

De la exitosa serie de
la familia Collinwood
QUÉDATE SIEMPRE A
MI LADO
Victoria Magno
VERGARA


De la exitosa serie de
la familia Collinwood
QUÉDATE SIEMPRE A
MI LADO
Victoria Magno
VERGARA

Victoria Magno

QUÉDATE SIEMPRE A MI LADO



VERGARA

México · Barcelona · Bogotá · Buenos Aires · Caracas
Madrid · Montevideo · Miami · Santiago de Chile

Para mi padre.
Sé que sigues a mi lado, aunque ya no pueda verte.
Gracias por todo tu amor y apoyo, por las bromas
y las anécdotas, gracias por no sólo leerme, sino convertirte en mi gran lector y mi fan número uno. Te amo, papá.
Este libro es para ti, con todo mi amor.

Para mis hijas, ustedes son la luz de mi vida.
Gracias por ser mi más grande motor,
la fuerza que me impulsa a ser mejor persona cada día.
Las amo con todo mi corazón.

Como duerme la chispa en el guijarro
y la estatua en el barro,
en ti duerme la divinidad.
Tan solo en un dolor constante y fuerte
al choque, brota de la piedra inerte
el relámpago de la deidad.

«Deidad»
AMADO NERVO

PREFACIO

KENT, GRAN BRETAÑA. Diciembre de 1873

William Collinwood mantenía la vista fija y el rostro sereno sobre la tierra recién removida. El contraste del negro de la tierra con el blanco de la nieve era hermoso de una forma poco convencional. Estaba seguro de que a su bisabuelo le habría encantado admirar ese día nevado… adoraba los días nevados.

Las personas reunidas en el sitio que se convertiría en el descanso eterno de Frederick McLaughlin eran más de las esperadas, como si todos en los alrededores quisieran acudir para darle la última despedida a su bisabuelo.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy para —Will inmediatamente dejó de prestarle atención a las palabras del sacerdote, estaba perdido en sus propios pensamientos.

De la mano de su madre, Will temblaba ligeramente mientras observaba el fino ataúd de cedro descender en la tierra que se convertiría en la sepultura de su bisabuelo.

Su madre se adelantó con él y lanzó una corona de delicadas rosas blancas sobre el féretro. Imitándola, Will alzó la rosa que ella le había dado para tal fin.

—Adiós, viejo guerrero… —musitó en voz baja, lanzando la flor.

Ambos se retiraron en silencio, permitiéndole a su padre y a sus hermanos hacer el mismo ritual de despedida para el hombre que habían conocido poco, pero amado intensamente durante esos años.

Aquél era el día más frío que Will podía recordar. La nieve había comenzado a caer pronto ese año, cubriendo de blanco los parajes de Collinwood Hall. Por lo general, a Will le encantaba esa época, en especial la nieve y la infinidad de posibilidades que otorgaba: salir a montar a caballo y sentir el viento frío colarse en los pulmones, provocando que el aliento se escapara de la boca de esa forma tan similar a las locomotoras. Solía imaginar que él era un tren y podía correr tan rápido como el viento sobre las montañas.

Adoraba deslizarse en trineo por la colina cubierta de nieve atrás

de su casa. Hacía competencias con sus hermanos y el perdedor se ganaba una buena zambullida en el agua casi congelada del río. Y ni hablar de la cantidad de juegos que podían inventarse en un día nevado. Su favorito eran las guerras de nieve, definitivamente él era el mejor y sin duda el más hábil al momento de crear fuertes para protegerse del fuego enemigo.

Un día nevado era el equivalente a horas de risas y diversión junto a sus hermanos. Y en ocasiones, también con sus padres. Casi se había hecho pipí de la risa la semana pasada, después de que le metiera a su padre un puñado de nieve por el cuello de la camisa. O cuando había escondido otro poco dentro de las botas de la remilgada y regordeta señora Fleming, su niñera, para hacerla gritar de horror cuando introdujera su sudoroso pie en el calzado y se encontrara con esa húmeda y fría sorpresa que Will le preparó.

Sí, también se había ganado una buena reprimenda. Aunque estaba seguro de que debían premiarlo en lugar de regañarlo por haber obligado a la señora Fleming a lavarse los pies. Estaba convencido de haberle hecho un bien a la humanidad y al mundo entero librándolo de esa peste, al menos por un par de días. Era obvio que sus padres no lo entendían, no eran ellos quienes debían oler los apestosos pies de la mujer cuando se quitaba los zapatos por las noches, cuando creía que nadie lo notaba, para vigilarlos mientras se dormían. No era su habitación la que después necesitaba ventilación… o un exorcismo. Apestaba a mil demonios, eso seguro.

Sí, Will amaba la nieve y la infinidad de cosas que existían gracias a ella. Sin embargo ese día no sentía la emoción de siempre al ver el prado convertido en un manto blanco tras la primera nevada.

Su bisabuelo, el conde Frederick McLaughlin había muerto de forma súbita e inesperada durante su visita a Collinwood Hall.

Su padre parecía muy triste, pero mantenía el semblante fuerte y gallardo que lo distinguía. A su lado se encontraba el tío Álex, que ahora lloraba en silencio frente a la tumba.

Will sintió tristeza por su padre y por el tío Álex. Sabía lo mucho que ambos querían al abuelo Fredy, como solían llamarlo. Después de todo, era el único familiar que les quedaba con vida…

De pie, su madre mantenía una mirada serena, fija en el paisaje frente a ellos, como si no viera nada en particular. Aunque algo reconoció Will en la expresión de su mirada que le hizo saber que realmente no era así…

Will siguió la dirección sus ojos y entonces lo vio. El abuelo Fredy lucía alto y gallardo, fumaba un grueso puro mientras los observaba

desde el otro lado de la tumba, de pie junto al sacerdote. Y sonreía, sonreía con una sonrisa pícara que resultaba tan familiar en él y, además, juvenil. Ya no era viejo, ahora era joven de nuevo. Debía de tener la misma edad de su padre… Y se le parecía bastante. El mismo cabello rubio, la misma sonrisa, el mismo porte.

Sin embargo, Richard, su padre, no era capaz de verlo. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro compungido por la tristeza, mientras mantenía la cabeza gacha, fija en el féretro que yacía sobre la tierra. Como si él creyese que su abuelo seguía allí dentro.

Will se movió y se situó entre sus padres y entonces tiró de la manga de su papá.

—¿Padre, no ves que él está allí, frente a nosotros? —le preguntó Will.

Richard le dedicó una sonrisa afectuosa a su hijo y se encogió de hombros, negando con la cabeza.

—Por desgracia, no poseo las habilidades que comparten tu madre y tú, hijo —le dijo, en voz baja—. Ahora calla, por favor, la gente intenta escuchar lo que dice el sacerdote.

Will asintió y fijó la vista sobre el hombre delante de él, quien reía.

De repente, los ojos de su bisabuelo se clavaron en Will y el niño dio un respingo. Había algo en ellos que provocaban una sensación que no era capaz de identificar. Algo similar a la sorpresa y el miedo.

—Tranquilo, no te hará daño —le dijo su madre, en un susurro —. Es sólo la luz de su alma, su divinidad.

Will no entendió una palabra de lo que su mamá dijo, pero le sirvió para calmarse. Su madre nunca mentía.

Su bisabuelo sonrió cuando lo volvió a ver y, esta vez, Will no dudó en devolverle la sonrisa.

Will no conocía mucho al abuelo materno de su padre. Sabía que era un conde escocés que había ayudado a su padre en un momento de gran dificultad. Y por cómo los había tratado siempre, era más que claro que los amaba. Y Will también le tenía muchísimo cariño.

Ese bisabuelo medio cascarrabias y algo brusco en sus modales había sido un gran amigo desde que tenía memoria. Fueron pocas las veces en que se vieron; él vivía en Escocia y ellos solían pasar parte del año entre Inglaterra y México. Sin embargo, siempre buscaban el tiempo para encontrarse, ya fuera en Inglaterra o en su castillo en Escocia. Y cada una de esas visitas había sido especial.

Era estupendo escucharlo hablar de antiguas historias de grandes guerreros, hombres valientes armados con espadas tan largas como ellos mismos. De acuerdo a lo que el abuelo Fredy contaba, eran

prácticamente de gigantes. Gigantes que formaban parte de sus ancestros.

Solía asegurarle que en el linaje de su familia, se encontraban los más grandes guerreros escoceses, de ahí que ellos fuesen tan altos y fuertes; era la herencia de su familia.

Le contaba de los tiempos antiguos, cuando damas tan hermosas como diosas y con cabellos de fuego, corrían libremente por los campos, sin preocuparse de los cercos que dividen ahora los terrenos. Mujeres que, según él, eran hijas de las ninfas de los bosques, que poseían en su interior el fuego de la vida. Y le contaba de la magia, de aquella que reinaba en el mundo, y que ahora yacía olvidada en los anales de la historia, arrumbada como viejas fantasías y cuentos que sólo servían para dormir a los niños.

Le recordaba a la manera de hablar de su abuelo Zalo y su bisabuela Lupe. Ellos vivían en México, en otra parte del mundo, tan diferente a Escocia o Inglaterra, sin embargo, ambos compartían las mismas creencias.

Una risotada escandalosa sacó a Will de sus pensamientos.

Su bisabuelo reía a carcajadas, como si algo le resultase sumamente divertido.

Will arqueó las cejas, y curioso miró hacia donde el espíritu señalaba con el puro. Una pareja elegantemente ataviada, acompañada por sus dos hijas pequeñas.

Y entonces notó aquello que divertía tanto a su bisabuelo. Una de las niñas, la más pequeña, que no debía de tener ni cuatro años, miraba fijamente a Will.

Tenía la piel muy blanca y cubierta de finas pecas, y el pelo más rojo que jamás había visto. Ella lo miraba fijamente, con una sonrisa en los labios, como si no pudiera evitar reír mientras lo veía.

—¿No es un encanto? —le preguntó su bisabuelo, sin dejar de reír —. Está enamorada de ti.

Will frunció el ceño y volvió la vista enfrente, molesto. Su bisabuelo soltó otra risotada, divertido por la escena. Aquello lo hizo enojar, ¿por qué esa niña lo estaba mirando tanto? ¿Qué quería?

Sus ojos se movieron discretamente para buscarla, y enseguida descubrió que ella seguía con la vista fija sobre él.

—Descarada —masculló, imitando el tono de su madre cuando se enojaba con algún hombre que intentaba pasarse de listo con ella. Eso antes de darle un buen bofetón. Pero él jamás le haría eso a una niña. Sabía que no estaba bien pegarles. Por muy molestas que fueran.

Will soltó un bufido enojado y se giró, quedándose prácticamente

de espaldas a ella. Pasados unos minutos, decidió espiar por encima del hombro. Ella aún lo observaba.

Frunció el ceño, buscando que esa mocosa notase su enojo. Pero aquello no persuadió a la niña a dejar de mirarlo. Por el contrario, ahora se reía.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alexander, de pie tras él, observándolo con curiosidad.

—Nada —replicó enojado, cruzándose de brazos.

—Tiene una admiradora. Eso le pasa —dijo Ben entre risas, señalando con un gesto a la niña pelirroja.

—¡Cállate, Ben!

—¡Shhh! —los mandó callar su madre—. Compórtense, niños —les dijo en voz baja, y los tres obedecieron al instante y fijaron la vista enfrente.

—Will es tímido con las niñas, no le gusta que lo miren, eso es todo —añadió su madre, abrazando a Will por los hombros y llevándolo a su costado, de modo que su cuerpo lo bloqueara de la vista de la pequeña.

—¿Eres una de esas madres celosas de que otra chica vea a su pequeño y adorado niño? —le preguntó Richard, manteniendo la voz baja y una risita provocativa en los labios.

—Sólo soy una madre amorosa y protectora. No es un crimen, ¿verdad? —replicó, aferrando con más fuerza a Will a su lado—. Gracias al cielo no tenemos hijas, o ya vería el dragón celoso en que te convertirías cuando entraran en edad casadera.

—Nada de gracias al cielo, quiero una hija y no pararemos hasta tener una —Richard esbozó una sonrisa pícara—. Y ten por seguro que seré el peor dragón, construiré una torre y pondré un foso de lava a su alrededor, para evitar que cualquier mequetrefe se le acerque.

—En ese caso, no me critiques por proteger a mis niños del mismo modo —contestó Lupita, alzando la nariz.

Will giró la cabeza para compartir una mirada mezcla de desconcierto y diversión con sus hermanos. Incluso el pequeño Matt, de pie junto a Ben, se reía por las discusiones tan fuera de lugar de sus padres.

En México su modo de actuar podía pasar desapercibido, pero en medio de la rígida y un tanto fría sociedad de Inglaterra, su comportamiento era calificado por lo general entre extravagante y peculiar.

Y por alguna razón, sus padres eran incluso más aceptados por ello.

Cuando la ceremonia terminó y la gente comenzó a dispersarse, el

alma del abuelo Fredy se situó al lado de su padre y de su tío Álex. Will lo vio abrazar a ambos con sumo afecto, sin importarle que ellos no estuviesen enterados de su presencia o de lo que hacía.

Will sabía que su padre no lo notó. No tenía el don, como él lo llamaba. Sin embargo, en ese momento, una lágrima escapó de sus ojos, como si una parte de él, tal vez su corazón, lo notara.

—¿Qué será ahora de él? —le preguntó Will a su madre, quien observaba lo mismo que él en ese momento.

Ella también podía ver a los espíritus, como solía llamarles.

—Está bien, cariño. Tu bisabuelo ahora está mejor que nosotros, de eso no tengas duda. Ahora es él quien velará por nosotros y por nuestro bienestar.

Will suspiró de alivio. Los últimos días de su abuelo no habían sido exactamente buenos. Había ido de visita, como solía hacerlo, pero no estaba tan animado como siempre. Parecía cansado y algo aletargado. Sin embargo, nadie sospechó nada. Suponían que era normal que se sintiese de ese modo, tomando en cuenta su edad y el cansancio ocasionado por el viaje. Por lo que fue una gran sorpresa descubrir, a la mañana siguiente, que él había abandonado la vida durante la noche. Había muerto mientras dormía.

Ahora, sin embargo, lucía sano, completamente recuperado, joven y lleno de vida. Algo irónico considerando que estaba muerto. Pero era así.

Y reía, vaya que reía.

Will lo vio rodearse de otras personas y de luz, mucha luz y, dedicándole una última mirada colmada de cariño, se dio la media vuelta y alzando una mano a modo de despedida, se marchó con ellos.

—¿A dónde va?

—Al paraíso, supongo.

—¿Ya nunca volveré a verlo? —le preguntó Will.

—Sí, cariño, siempre que él lo quiera, podrás verlo. Los espíritus de nuestros ancestros nos cuidan en todo momento y nos visitan de vez en cuando. Lo aprenderás con el tiempo —Lupita acarició la cabeza de su hijo con mucho cariño.

En ese momento, una mujer se acercó a la pareja para darle sus condolencias. Will la reconoció enseguida como la elegante señora que iba acompañada de las niñas pelirrojas.

Y allí la vio, justo delante de él. La misma niña molesta que no le quitaba los ojos de encima.

—Ya vino tu novia a saludarte —le dijo Ben al oído para molestarlo.

Will le dio un buen patadón en la espinilla que provocó que su hermano soltara un alarido y comenzara a dar saltitos en derredor, sobándose la pierna herida.

—¡Will! —lo regañó Alexander, dedicándole esa mirada altiva y tan de adulto, que solía adoptar como hermano mayor.

Will frunció el ceño y se cruzó de brazos, molesto. No era justo que lo regañaran a él cuando Ben había sido el culpable de todo.

Y para colmo, la niña pelirroja aún lo observaba, riendo de lo más divertida por lo que acababa de suceder.

Por suerte, en ese momento la madre de la niña la tomó de la mano y la llevó lejos de allí, para permitirle a los demás darle el pésame a sus padres.

La niña, como si no hubiera tenido suficiente, se giró para mirarlo una vez más y se despidió de él con la mano.

Will, como respuesta, le sacó la lengua.

Esa noche, mientras Will se iba a la cama, ayudado por su madre, las imágenes de aquella tarde no se le iban de la cabeza.

Will amaba a su madre más que a nada en el mundo y le encantaba que se tomase el tiempo de estar con él y sus hermanos, arroparlos por las noches y darles un beso en la frente antes de decir sus oraciones con ellos.

Era estupendo que Lupita, su mamá, no hubiese optado por seguir muchas de las normas inglesas, como dejar a los niños a cargo de niñeras e institutrices, y prácticamente olvidarse de su existencia, para dedicarse a seguir con su vida.

Su madre jamás haría eso. Era una madre completamente dedicada a sus hijos, y Will sabía que lo último que vería cada noche antes de cerrar los ojos sería su rostro , y que ese mismo hermoso rostro sería lo primero que vería en la mañana.

Will conocía a muchos niños que le habían confesado desear tener unos padres cariñosos como los suyos, después de conocer las costumbres de su familia, donde era su madre, y no un ejército de criadas, la que compartía la mayor parte del día con ellos.

—¿Qué pasa, Will? —le preguntó Lupita, tomando asiento en su cama—. ¿Sigues pensando en el abuelo Fredy?

—Algo así —él se encogió de hombros.

—¿Por qué no me cuentas? —Lupita lo abrazó. A Will le encantaba acurrucarse con su madre, escuchar el fuerte latido de su corazón mientras se quedaba dormido.

—Ahora que papá ha heredado también el título del abuelo, ¿nos

tendremos que mudar a Escocia? —le preguntó, preocupado—. Porque si es así, ya casi nunca tendremos tiempo de ir a México.

—Tranquilo, mi dulce cachorro, no será así —ella lo besó suavemente en la frente—. Tu padre es un hombre inteligente y se dará abasto para todo, ya lo verás. Hay muchos hombres que poseen más de un título, hijo, no es para tanto.

—Lo voy a extrañar tanto.

—Lo sé, mi vida, lo sé —Lupita lo abrazó más fuerte.

—El abuelo Fredy era estupendo, ¿no es verdad, madre? Un guerrero de verdad, como solía relatarnos en sus historias —sus ojos flameaban de emoción cuando se giró para mirarla—. Fue un héroe, después de todo, ¿no es verdad? Él fue quien se ocupó de restablecer a mi padre y al tío Álex en su sitio en la familia.

—Lo sé, cielo. Lo sé —repitió Lupita cuando no supo qué más decir. Era cierto, gracias a el poderoso conde Frederick McLaughlin, quien había luchado por volver a encontrar a sus nietos, su marido había recuperado lo suyo y se había ganado el título de conde de Hendingham, y ahora, el de conde McLaughlin.

Gracias a él, Richard había conseguido volver a ocupar su lugar en la familia, resarciendo el daño que su hermano Harold Collinwood le había provocado a él y a Álex, su hermano.

Después de que la madre de Richard huyera con un hombre que su padre no aprobaba, perdió contacto con su familia. Para el abuelo Fredy, perder a Ana, su hija, fue como perder una parte de su corazón. Dolido por su acto, no quiso saber nada de ella. Un acto de orgullo que lamentó toda su vida, pues nunca la volvió a ver ni a saber de ella hasta que recibió una carta de Ana, tras la muerte de ella.

El orgullo había conseguido perder el vínculo entre padre e hija, y fue ese mismo motivo por el cual el conde no supo que ella había muerto sino hasta mucho tiempo después, cuando una carta le fue entregada, la última que ella le había conseguido enviar, contándole sobre la desgracia de su vida, al lado de un marido abusador y despilfarrador, y el temor que sentía por la vida de sus hijos, en especial de su primogénito, un pobre chico que había nacido con un gran corazón, pero con una condición que lo hacía incapaz de comprender el mundo como cualquier otra persona y, a ojos de su padre, como un heredero poco apto para el título. Ella temía por su vida, y por ello había pedido a su hijo menor Richard, un chiquillo noble e inteligente, que lo protegiera, temiendo que lo matara con tal de librarse de él.

Fue entonces que Frederick se encomendó a la tarea que ella le

encargó: velar por sus tres nietos.

Sin embargo, el otro hermano de Richard, Harold, había heredado la misma mala sangre que su progenitor, e hizo todo lo posible por evitar que Álex, el mayor, heredara lo que le correspondía. Si quitaba a Álex de en medio, sería él el heredero, y nadie, ni siquiera Richard, se lo impediría. Fue tal el motivo por el que Richard debió huir de casa con su hermano mayor, buscando salvarle la vida. Y aquellos pasos fueron los que un día los llevaron a México, y a los brazos de Lupita.

El destino se había encargado de unirlos, y había sido el abuelo Frederick quien se encargó de resarcir el daño que Harold había provocado a la familia, restituyendo a Richard y a Álex en su lugar.

Había conseguido cambiar el odio por amor, y el orgullo quedó en el pasado. Los últimos años del abuelo Fredy, habían estado colmados de dicha, rodeado de la única familia que le quedaba y a la que amaba con todo su corazón.

Sin duda lo extrañaría, aquel hombre, aquel excelente guerrero se quedaría para siempre en sus corazones.

—¿Crees que lo volveremos a ver, mamá? —le preguntó Will, sacándola de sus pensamientos.

Ella sonrió y lo besó en la frente.

—Estoy segura de que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque así lo deseas, y cuando deseas algo de verdad, eso se cumple.

—¿Aunque sea ver a un muerto?

Ella rio.

—Él está vivo, ¿recuerdas? Tú lo viste. Está vivo de otro modo diferente.

—No lo entiendo.

—Él ahora es un alma libre, sin un cuerpo que lo retenga en este mundo material. Algún día todos nos libraremos de estos cuerpos y seremos únicamente esa parte divina, esa parte mágica de la que estamos hechos.

Will frunció el ceño.

—No entiendo nada.

Ella soltó una risita y lo besó en la frente.

—Sólo tienes ocho años, aún eres muy pequeño para entender muchas cosas. Y hay algunos temas que ni siquiera se consiguen entender en toda una vida —suspiró—. La bisabuela Lupe suele decir que todos guardamos en nuestro interior una parte divina que

compartimos con nuestro creador. Dentro de cada persona radica un poco de esa divinidad, una divinidad que yace dormida para que nosotros podamos hacerla despertar en algún momento. Y cuando lo hace, ocurre la magia.

—¿Y crees que eso también pasa en mí?

—La magia duerme en tu interior, igual que una semilla a punto de emerger, para convertirse en un gran y hermoso roble —sonrió y le posó una mano sobre la cabeza, igual que lo hacía su abuelo con él—. En ti duerme la divinidad.

Recordaba a su abuelo que le solía decir que cada persona llevaba oculta en su interior un poco de magia. Una magia que compartía con el mundo, con la divinidad. Esa es la magia que proviene del creador.

Will esbozó una sonrisa suave y miró a su madre.

—Y en ti también, mamá.

—En todos, mi amor. En cada persona de este mundo —se inclinó y lo besó en la frente—. Y en ti, mi niño, todavía más. Porque tú, mi cielo, eres muy especial. Y eso, algún día, lo descubrirás.

Él sonrió abiertamente.

—Eso ya lo sé, mamá. Soy un tipo genial.

Lupita rio a carcajadas, abrazándolo con fuerza contra su pecho y llenándolo de besos.

—Bien, mi niño genial, duerme ya. Necesitas descansar y crecer para convertirte en un hombre divinamente genial.

CAPÍTULO 1

COLLINWOOD HALL, KENT, GRAN BRETAÑA. Diciembre de 1875

La nieve había caído con fuerza la noche anterior, convirtiendo los extensos parajes de Collinwood Hall en un valle blanco. Sin embargo, el día había amanecido precioso, soleado y con el cielo, aunque algo gris, muy despejado. Un día perfecto para salir a jugar.

Y ninguna nevada detendría a los niños Collinwood Lobos de salir a correr por los jardines.

—Pónganse los abrigos y los gorros que les tejí, no quiero que ninguno se resfríe —les pidió Lupita, su madre, cuidando de tapar bien a los gemelos Cedric y Jacke, de dos años de edad.

—Madre, tú no sabes tejer —replicó Will, cuando ella le encasquetó un mullido gorro de lana y se lo bajó hasta cubrirle los ojos, de un azul intenso, como el cielo de verano—. Estos gorros los tejió la abuela Calita—. El niño refunfuñó y se quitó el gorro, revolviendo sus rizos rubios que cayeron sobre su frente morena, en un manojo desordenado y esponjoso de ondas, que siempre conseguía hacer sonreír a su madre.

—Los tejí yo, los tejió ella… —hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Es lo mismo —se encogió de hombros.

—No es lo mismo. Cada vez que tú has querido hacer algo, termina luciendo como si estuviera apolillado.

—Pues da gracias de que tienes un gorro tejido por tu abuela y deja de quitártelo —se lo volvió a poner, esta vez cuidando de sólo cubrir su cabeza—. Vuelve a quitártelo y te juro que te daré un coscorrón tan duro, que las polillas las sentirás en el cerebro.

—Primero tendrás que alcanzarme —Will se quitó el gorro de un tirón y salió corriendo.

—¡William Lee Collinwood Lobos, vuelve aquí enseguida o vas a ver! —gritó Lupita, a punto de perseguir al niño.

—¿Querida, no sería mejor que te ayudara a sostener a los pequeños? —le preguntó Richard, tomando de sus brazos a los

gemelos.

—Gracias, amor —ella lo besó fugazmente en los labios antes de salir corriendo tras Will, sin poder evitar reír mientras intentaba darle alcance a su tercer hijo.

—No sé si algún día irá a madurar esa niña —musitó Calita en español, la madre de Lupita, aunque también sonreía. Richard sabía que a la mujer le encantaba ver reír a su hija. Después de todo, había pasado varios años preocupada de que nunca fuera a recuperar esa sonrisa llena de vida—. Oh, mira a esos bebés, cada día están más grandes. Richard, querido, permíteme cargar a uno, ¿quieres? Una abuela no puede estar mucho tiempo sin llenar de besos a sus nietos —le aseguró, tomando a Jacke, uno de los gemelos, de los brazos de su padre.

—Por supuesto, Calita. Sabe que a los niños les encantan sus mimos.

—No tanto como estar en brazos de su padre. Estos pequeños te adoran, hijo. Lupita tiene mucha suerte de tenerte a su lado.

—La suerte es mía, Calita —le dijo Richard en un español con marcado acento británico, pero bien hablado, besando suavemente la coronilla de su hijo—. Lupita es la mayor alegría de mi vida. Cuando ella ríe, todo se ilumina.

—Hablas con tanto amor, hijo, que me conmueves —le dijo su suegra, dándole una palmadita cariñosa en la mejilla—. Aunque no lo niego, mi hija sabe cómo ponerle sabor a la vida.

—Es el ángel que ilumina nuestros días con su amor. Su ternura y dedicación maternal, son incomparables…

—¡Will, ven aquí, escuincle del demonio! —la escucharon gritar en español desde los jardines, interrumpiendo las palabras de su marido —. ¡No te atrevas a quitarte ese gorro, William Collinwood, o voy a darte una tunda que te dejará el trasero rojo hasta que cumplas veinte!

—Sí, es la mejor madre, sin duda —finalizó Richard, riendo ante la escena de su mujer correteando a su hijo en la nieve.

Alexander, el hijo mayor, que había escuchado toda la conversación, tuvo que morderse la mejilla para no soltarse a reír. Algo que no pudo conseguir su hermano, Ben, el segundo de los hijos Collinwood. Sentado a su lado, se desternillaba de la risa ante la escena.

—Dejen de reírse de sus padres, pequeños, y terminen de abrigarse para que podamos ir afuera de una buena vez —les ordenó Lee.

Lee prácticamente había criado a Richard y a su tío Álex,

ayudándoles en los momentos más importantes de sus vidas, ganándose así el nombre de padre por ambos, y de abuelo de los hijos de Richard; además de su amor incondicional.

—Estamos listos, abuelo Lee —anunció Alexander, quien llevaba el nombre en honor a su tío Álex—. Podemos irnos ya, si así lo deseas padre —añadió, mirando a Richard, quien continuaba absorto en la escena que se desarrollaba afuera.

Lupita al fin había alcanzado a Will, y ahora lo forzaba a colocarse el gorro una vez más, mientras el niño pataleaba y se removía, como un verdadero demonio.

—¿Vas a venir hoy, no es verdad, padre? —lo cuestionó Ben, la esperanza reflejada en sus hermosos ojos azules como el zafiro. Ben solía ser el hijo que más buscaba su cercanía.

—Por supuesto que sí, mi pequeño —Richard apoyó una mano sobre su hombro—. Creo que será una buena idea irnos adelantando. Tu madre parece bastante entretenida allá afuera —Will había vuelto a escaparse y ahora lo correteaba de nuevo—. Ya nos alcanzará con Will, cuando lo alcance.

—Quizá debería llevarle el arco y las flechas —comentó Matt, observando atentamente a través de la ventana, subido de puntillas sobre una silla para alcanzar a ver afuera—. O sus cuchillos.

—No digas tonterías, Matt —Alexander frunció el ceño—. Mamá es lo suficientemente rápida y hábil como para atrapar a Will y matarlo con sus propias manos.

—¡Alexander! —lo reprendió Lee—. Esas no son las palabras de un buen hermano mayor.

—Tu abuelo tiene razón, Alexander —la señora Woodhouse, la institutriz de los niños, entró en ese momento en la habitación—. Esas no son las palabras que un hermano debe dedicarle a otro, mucho menos las que deben salir de un vizconde, y el futuro conde de Hendingham.

—Mis disculpas, señora Woodhouse —le dijo Álex, adoptando el aire formal con el que solía desenvolverse con las personas de Londres y con su institutriz.

—Espero que no vuelva a repetirse —le dijo la señora, con severidad.

—Tenga por seguro que no será así —contestó el niño, adoptando un aire de seriedad raro en él.

Calita le dio una palmadita a la institutriz en la espalda y tomó asiento en una de las butacas, con el niño de dos años revolviéndose en sus brazos, deseoso de escapar para ir a jugar con sus hermanos

mayores.

La señora Woodhouse, que tenía gran afección por los gemelos, a pesar de que no era parte de su trabajo servir de niñera, alargó los brazos para tomar al pequeño del regazo de la mujer, pero ella se negó con una sonrisa amable.

Era así como se comunicaban, Calita no hablaba inglés, a pesar de haberse casado con un hombre mitad estadounidense, y la institutriz no entendía una palabra de español, pero conseguían darse a entender mutuamente.

La mujer entonces se dirigió a Richard, quien ayudaba a Matt a colocarse la bufanda, cargando al otro gemelo por la cintura contra su costado, de una manera bastante similar a como se cargaría un saco de harina.

—Lord Hendingham, permítame ayudarle con el pequeño —prácticamente le arrebató a Cedric de los brazos—. Supongo que se están preparando para su caminata diaria, ¿no es así?

—Sí, así es. Caminata diaria —Richard apretó los labios en una línea. Era así como la elegante institutriz prefería llamar al hecho de que un conde y su esposa salieran a jugar con los niños en el campo. Odiaba todos esos términos pomposos, le recordaban su vida anterior, antes de escapar de casa y librarse de los grilletes de su padre.

Sabía que a la mujer le costaba hacerse de la vista gorda y pasar por alto las innumerables faltas a la etiqueta y el buen comportamiento que él y su familia debían demostrar bajo su estricta mirada. Prefería la vida en el campo, alejados del bullicio y las estupideces a las que sometía su vida la gente de la clase alta con los que debía rodearse.

Sus amigos, aquellos que lo eran de verdad, permanecían fieles, sin tomar en cuenta su falta de elegancia o la escasez de apego por las costumbres. Y había bastantes personas que, aunque no compartían su estilo de vida, lo consideraban simpático y algo excéntrico. O era así como solían llamarlo ante otros, y con ello no hacían más que ganarle la simpatía de la gente.

Sin embargo, Richard Collinwood no era tonto. Sabía que muchas de esas personas no eran amigos de verdad, por lo que sólo se abría realmente a los que eran sinceros completamente. Como su gran amigo, John Goldbridge, un hombre de gran corazón, pariente de su madre y el abogado de su familia que supo ayudarlo en un momento trascendental de su vida; o la señora Woodhouse, esa estricta pero amable mujer, que conocía cada una de sus costumbres, que para ella eran casi bárbaras y, sin embargo, las aceptaba y lidiaba con ellas con

naturalidad y simpatía.

El señor Frankling, el mayordomo, entró en ese momento en el salón.

—Lady Waldow y sus hijas, milord —anunció, tras hacer una leve reverencia.

Una elegante mujer entró tras él, seguido de dos niñas pelirrojas.

Richard reconoció enseguida a la alta y elegante mujer como su vecina, lady Wadlow.

—Gracias, Frankilg. Lady Wadlow, qué sorpresa tenerla en nuestro hogar, y con tan encantadora compañía —Richard le dedicó una sonrisa amable a las niñas.

—Disculpe la intromisión, lord Hendingham, sé que no he avisado de mi visita. Oh, veo que van de salida —comentó al notar los abrigos y los gorros—. Será mejor que volvamos más tarde.

—Nada de eso y no se disculpe, lady Wadlow. Usted sabe que siempre es bienvenida en nuestro hogar. Por favor, tome asiento —Richard le señaló uno de los sofás—. No recuerdo si ya conoce a todos los presentes.

—Por supuesto, somos vecinos después de todo —contestó la mujer —. Buenos días, Calita, señora Woodhouse, niños —saludó con un gesto de la cabeza a los demás, quienes contestaron al saludo del mismo modo.

La mujer tomó asiento en uno de los sofás, y sus hijas la imitaron, tomando lugar cerca de su madre.

Richard notó con una sonrisa divertida la clara diferencia entre sus hijos. Esas pequeñas eran dos damas en miniatura. Se quedaron quietas y sentadas con la espalda muy recta, sacando a relucir sus impecables modales. Incluso la pequeña Lily, que no debía de tener más de seis años.

—Frankling, haga el favor de traer té —le pidió Richard al mayordomo, acercándose a la ventana para mirar al exterior—. Lupita debe estar por volver dentro de poco. Asumo que es a ella a quien ha venido a ver.

—Está en lo cierto, lord Hendingham. Le había comentado a Lupita sobre el inconveniente que me agobia en este momento, al tener que dejar a Lilianne, mi hija menor, sola en casa durante las festividades. Mi marido y yo iremos de viaje a Calais para visitar a mi hermana, que pronto contraerá matrimonio. Él ha decidido llevar a Meredith a Francia con nosotros, pero no desea que una niña tan pequeña nos acompañe. Es por ello que Lupita, tan amable como siempre, al conocer mi pesar me ha sugerido dejar a Lilianne aquí, con el fin de

que pase las festividades con su amable familia, milord.

—Estoy enterado de ello, Lupita me lo ha comentado y sepa que estoy completamente de acuerdo, mi señora. Será un placer disfrutar de tan placentera compañía durante las festividades navideñas.

—Milord, no tengo palabras para decirle lo mucho que se lo agradezco —sonrió la mujer—. Le aseguro que Lilianne sabrá comportarse a la altura. Mi hija está acostumbrada a nuestra ausencia, por supuesto, como cualquier niña —Richard apretó los labios. Sabía que sus vecinos solían viajar mucho, dejando a sus hijas en casa, acompañadas por los sirvientes. Sin embargo, no era una costumbre que él y Lupita compartían. A donde ellos fueran, los niños los acompañaban. Eran una familia, después de todo—. Sin embargo, con las festividades tan próximas, me rompe el corazón dejar a mi pequeña Lily sola en esa enorme casa, rodeada únicamente por los criados, pues su institutriz se tomará unas vacaciones para pasar un tiempo con sus familiares. Qué mujer tan desconsiderada, dejando sola a mi pequeña cuando más la necesita.

Richard carraspeó. Podría decir lo mismo de ella y su marido.

—Es por ello que hemos venido con las niñas, para darle a Lilianne la posibilidad de conocerlos. Y claro, para asegurarme de que usted esté de acuerdo con la idea, milord. Por supuesto mi hija no se quedará aquí si a usted le molesta.

—¡Qué idea tan ridícula!

Las cejas de la mujer se arquearon con sorpresa al escucharlo.

—Le aseguro que no es ninguna molestia, sin mencionar que si Lupita ha dado ya su palabra, este arreglo es ya un hecho. Lo que mi esposa promete, lo cumple —y dirigiéndose directamente a la niña. Añadió—. Lily, querida, será un placer contar con tu compañía en nuestro hogar durante las fiestas.

La pequeña niña pelirroja enrojeció hasta las orejas, pero sonrió sinceramente al escucharlo.

—Niños, ¿por qué no le enseñan a Lily la casa? —les pidió Richard —. Estoy seguro que a nuestra invitada le gustaría ir familiarizándose con el lugar.

—Por supuesto, padre. Será un placer —contestó Alexander, dedicándole a la niña una sonrisa amable que provocó que las mejillas de la pequeña se enrojecieran todavía más, compitiendo con el color de su pelo.

Meredith, la mayor de las niñas, le dedicó una sonrisa embelesada a Alexander, al mismo tiempo que se ponía de pie de un salto.

—A mí también me gustaría acompañarlos, Alexander —le dijo con

voz suave, esbozando una sonrisa elegante—. Me gustaría asegurarme de que mi hermanita se queda contenta. Espero que no te moleste.

—Faltaría más. Por favor, síganme —les pidió, mientras esperaba paciente a que las niñas lo siguieran.

—¡Ya están aquí! —gritó Will, entrando como un huracán a la casa —. ¡Están aquí!

—William, no corras dentro de casa. Podrías resba… —la señora Woodhouse no pudo terminar de decir la frase, cuando Will resbaló y cayó de espaldas en el piso encerado y continuó avanzando sin control, llevado por la inercia.

—¡Cuidado! —gritó Alexander, demasiado tarde, cuando su hermano chocó con las dos niñas y las derribó a su paso.

—¡Oh, no, mi vestido! Lo has llenado de lodo —gritó Meredith, soltándose a llorar.

—Lo siento —comenzó a disculparse Will con la chica, pero ella lo ignoró. En ese momento sólo tenía ojos para Alexander, quien en ese momento la ayudaba a levantarse del piso.

—¿Puedes ayudarme a mí? —le preguntó una vocecita tímida, a su lado en el suelo. Y al volverse Will, encontró a la otra niña, Lily, todavía en el suelo a su lado, riendo por lo que acababa de pasar.

Ben llegó en ese momento y cogió a la niña por los hombros, y de un solo empujón, la alzó del suelo y la puso de pie.

Will creyó ver por un momento una pizca de decepción en los ojos de ella, antes de que la chica se inclinara hacia él y le tendiera la mano.

—¿Te ayudo? —le preguntó, esbozando una vez más una sonrisa que le iluminó los ojos.

—Estoy bien —contestó él, enfurruñado, apartando su mano para ponerse de pie por sí mismo.

—William, no seas mal educado —lo reprendió Alexander.

Will masculló algo ininteligible y tomando la mano de la niña, permitió que ella lo ayudara a ponerse de pie.

—Gracias —masculló, cepillándose la ropa con las manos. Entonces notó que ella todavía lo veía, sonriéndole como si no tuviera nada mejor que hacer—. Yo… iré para allá… —dijo, molesto, apartándose un par de pasos de ella.

La niña, sin dejar de sonreírle, se acercó la misma distancia que él acababa de poner entre ellos, quedando una vez más a su lado.

—Oye niña, no te me pegues tanto.

—William —la voz dura de su padre le provocó un sobresalto.

Alzó la vista y notó, con bastante enojo, que todos los estaban

mirando. Y todos ellos con tremendas sonrisas en el rostro, como si compartieran un secreto que él no conocía.

—¿Es el día de sonreír como bobos o por qué todos me miran así? —preguntó, enfurruñado, cruzándose de brazos.

—William, esa no es manera de hablarle a tus mayores —comenzó a reprenderlo su institutriz, cuando la puerta principal se abrió de golpe y un mar de voces les llegaron desde el vestíbulo.

—¡Tío Jack, tía Danielle! —gritó William, loco de alegría, corriendo a recibir a la pareja que entraba en ese momento al salón principal, acompañados por su madre y el viejo mayordomo, que con cara de hastío, se quedó de pie junto a la puerta.

—¡Remolino! —gritó Jack a su vez, tomando a Will en brazos y alzándolo en el aire, como si fuese un balón.

—¡Cuidado, su cabeza! —le gritó Danielle, temerosa de que el pequeño se lastimase. Jack lo lanzaba tan alto que Will estuvo cerca de dar con la lámpara que colgaba del techo.

—Tranquila, cariño, este niño es hijo de su padre. Debe tener la cabeza tan dura como una roca, igual que Richard.

—Muy gracioso —masculló Richard, acercándose para saludar a su mejor amigo, a quien consideraba como a un hermano, y a su esposa Danielle, gran amiga de Lupita y de su familia.

—¡Tía Danielle, tío Jack! —Alexander, Ben y Matt se acercaron también a saludar. Sus tíos los abrazaron, tomándose su tiempo con cada uno para preguntarle cómo estaba y decirles lo guapo o lo mayor que se estaban haciendo.

—¡Agatha, pero qué alegría verte! —exclamó Lupita al notar la presencia de su vecina—. Qué bueno que al fin hayas decidido a venir a nuestro hogar —le dijo tras darle un beso en la mejilla.

La mujer le dedicó una sonrisa elegante y amable, Lupita era una de las pocas mujeres de la aristocracia que le caían sinceramente bien y que podía considerar una verdadera amiga. Era una lástima que ella frecuentase tan poco las reuniones sociales, tan comunes de la alta esfera.

—Es una alegría verte también, Lupita. Sin embargo, es obvio que están ocupados ahora mismo. Será mejor que no les quite más tiempo y me marche a casa —le dijo lady Wadlow, sonriendo encantadoramente, como siempre.

—Nada de eso, quédate un rato.

—No quiero molestar, de verdad. Además, tengo muchos asuntos que terminar de arreglar en casa —insistió, acercándose para darle un beso de despedida en la mejilla—. Tener que asistir a una boda en

otro país puede convertirse en una completa pesadilla.

La mujer se despidió de los presentes con suma cortesía. Lily, a su lado, no perdió de vista a Will en ningún momento. Ni siquiera cuando, al salir, por poco se da contra el marco de la puerta, de tan atenta que estaba a él.

Will soltó una risita, lo que le hizo ganarse un golpe de su hermano mayor en la cabeza.

—¿Ahora qué? —replicó molesto, sobándose la nuca.

—No te burles de una niña —lo reprendió Álex.

—Es su culpa, no deja de mirarme.

—Ni tú a ella.

—¡Eso no es verdad!

—¿Entonces cómo es que has notado que por poco se da de bruces contra el marco de la puerta?

Will frunció el ceño y apartó la mirada, molesto.

—Sólo estoy siendo precavido. ¿No nos dice Lee todo el tiempo que nunca bajemos la guardia?

—¿Estás a la defensiva con una niñita? —preguntó en un tono mezcla de diversión y enojo—. Ya tienes diez años Will, deberías dejar de temerle a las niñas.

—Nunca se sabe quién puede ser el enemigo, hermano —contestó, alejándose de él. Estaba harto de esa discusión, además de que tenía que admitir que no tenía más argumentos.

Afuera, Lupita acompañó a la mujer y las niñas hasta su carruaje.

—Nos vemos pronto, Lily —le sonrió a la niña, que se montaba en ese momento al coche—. Agatha, no temas por Lily, la cuidaremos bien.

Lily miró con tristeza a su hermana mayor y a su madre, le hubiese gustado ir con su familia a Calais, además de pasar una temporada con su tía Amalia. Ella era una mujer encantadora, y Edgar, su futuro marido, un hombre muy agradable y de elegantes modos.

Al menos eso solía decir su hermana.

—Hasta pronto, Lupita. Y gracias una vez más —le dijo Agatha, despidiéndose con la mano.

Lily se asomó por la ventana para despedirse de Lupita. Tras ella, por la puerta, vio aparecer a William, esa implacable sonrisa iluminando su rostro, como siempre.

Cuando sus ojos del color del cielo de verano se posaron sobre ella, no pudo evitar soltar un suspiro, entusiasmada por los días que muy pronto podría pasar con él. Ya sin tener que espiarlo desde el otro lado de la barda que los separaba.

La verdad es que siempre había deseado formar parte de la familia Collinwood. Sus vecinos eran las mejores personas que podían existir, y Will el niño más encantador de todo el mundo.

Todos los días solía observarlos corriendo y jugando en sus jardines. Eran tan felices.

¿Cómo se sentirá ser así de feliz?

Y Will era el más feliz de todos. Siempre sonreía. ¡Siempre!

Algún día se casaría con él, estaba segura.

Por ahora, el deseo de formar parte de esa familia, aunque fuese por unos días, se haría realidad.

Y podría estar al lado de Will todo el tiempo que quisiera.

CAPÍTULO 2

Calais, Francia. 1888

El eco de sus pasos retumbando contra las losas de la escalera de caracol se mezclaba con el de la respiración entrecortada y los gritos del hombre corriendo tras ella, dispuesto a alcanzarla.

Edgar había sido un buen tío mientras estuvo casado con su tía Amalia, pero desde que ella había muerto se comportaba de una manera escalofriante.

Y esa noche había sido la peor de todas…

Lo escuchaba llamándola por su nombre, ordenándole sin cesar que se detuviera. Pero ella no lo hizo. Tenía que salir de allí, escapar a como diera lugar.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Lily, incapaz de contenerlas, a pesar de que le entorpecían la visión. Aquella maldita escalera de caracol parecía interminable, y por más rápido que iba, escuchaba los pasos del hombre tras ella, siempre tras ella, a tan corta distancia que parecía ser que con sólo estirar un brazo le daría alcance.

—¡Lilianne, ya basta! ¡Vuelve aquí enseguida! —lo escuchó gruñir a su espalda, al tiempo que sentía el calor de una mano cerrándose contra su hombro semidesnudo.

—¡No! —Lily lanzó un grito, haciéndose a un lado instintivamente para zafarse del agarre del hombre.

Pero su tío aún era un hombre fuerte y consiguió aferrarse a ella. La chica lanzó un aullido de dolor cuando las uñas de él se le enterraron en la piel, obligándola a volverse.

—¿Qué pretendes, Lilianne? —gritó casi en su rostro—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Es nuestra noche de bodas, no puedes salir huyendo!

—¡No, no lo es! ¡Estás loco, tío Edgar! ¡Suéltame! ¡Te he dicho que no! —Lily forcejeó con él, intentando soltarse de sus brazos, pero aquello era en vano. A pesar de las copas de vino que traía encima, el hombre aún conservaba la cabeza fría como para mantenerla bien

sujeta.

Había esperado que el narcótico en el vino lo tumbara inconsciente toda la noche, como había hecho antes. Pero algo había salido mal. No lo entendía. ¿Por qué el narcótico no había funcionado esta vez?

No, no era tiempo de lamentaciones, se recordó Lily. Debía escapar, ¡y hacerlo cuando antes! Ese hombre sólo tenía una cosa en la cabeza, y ni todo el alcohol ni los narcóticos del mundo lo apartarían de esa idea.

—Vamos cariño, ven conmigo —sonrió él, inclinándose para besarla.

Asqueada, Lily giró la cabeza, forcejeando con más fuerza para escapar de sus besos.

—¡Ya basta, Lilianne! —gruñó él, comenzando a perder los estribos —. He esperado mucho por esto y vas a darme el derecho que me corresponde como tu esposo.

—¡Tú no eres mi esposo!

—¡Soy tu tutor y te he ordenado que te cases conmigo!

—¡No puedes obligarme a hacer algo así!

—¡Puedo, claro que puedo! Y te lo demostraré ahora mismo —intentó arrastrarla escaleras arriba, de vuelta a su habitación.

—¡No, tío, por favor! ¡Aún no estamos casados! —intentó razonar con él utilizando el mismo medio de locura por el que él se estaba llevando.

—¡Ya te he dicho que nos casaremos! —replicó él—. Celebrar la noche de bodas unos días antes no tiene importancia!

—¡No quiero! ¡Te he repetido mil veces que no deseo casarme contigo! —Lily se aferró a una antorcha colgada de la pared para interrumpir su avance.

—¡Harás lo que te ordene! —gritó él, haciendo retumbar su ronca voz en las paredes de piedra.

—¡No! —Lily intentó apartarlo cuando él se inclinó sobre ella, para besarla una vez más—. ¡Por favor, no!

—¡No me ruegues, niña estúpida! —la sujetó con más fuerza contra su cuerpo—. He pasado muchos años deseando este momento. ¿Sabes lo difícil que fue controlarme mientras tu tía vivía? Eres el pecado carnal que es imposible evitar para un hombre con sangre en las venas —sus pupilas se dilataron con el vivo deseo grabado en ellas—. ¡Y ahora eres mía!

—No, tío, por favor —Lily comenzó a sollozar cuando él intentó subirle las faldas—. Piensa en mi tía, ¡piensa en Amalia! Ella no permitiría esto.

Aquella declaración pareció surtir efecto en el hombre.

—Amalia —musitó él con una voz colmada de melancolía.

—Sí, Amalia. Mi tía. Tu esposa —Lily se esforzó por recalcar cada palabra—. A ella no le gustaría que hicieras esto, tío. Tú la amabas —lo miró a los ojos, buscando cualquier signo de cordura—. Le juraste en su lecho de muerte que cuidarías de mí.

—Yo le prometí cuidar de ti —sus ojos se humedecieron a causa de las lágrimas. Posando una mano sobre su mejilla con una delicadeza inusitada, la miró más allá de sí misma. Como si realmente no la estuviera viendo a ella—. Amalia… Mi amada Amalia.

—Soy Lilianne, tío. ¿Recuerdas?

—Te pareces tanto a ella —su voz se quebró—. Mientras seas mi esposa, cuidaré de ti. Lo he jurado sobre su tumba.

—¡Pero yo no quiero ser tu esposa! ¡Nunca lo he querido! ¿Por qué no lo entiendes? —Lily perdió la paciencia—. ¡Te has aprovechado por el título que te legó mi tía como mi tutor! Sabes que ella nunca te permitiría hacer esto. ¡Nunca!

—¡Tu tía está muerta, ahora soy yo quien decide sobre tu vida y he decidido que serás mi esposa!

—¡No, no lo seré! —se apartó de un empujón—. ¡Jamás, ¿me oyes?! ¡Jamás!

—Eso ya lo veremos —su voz se tiñó de enojo y lujuria.

—¡Es suficiente, tío Edgar! ¡Debes entrar en razón! ¡No me toques! ¡No!

—¡Vas a hacer lo que te ordene! —la cogió por el cuello y la obligó a acercársele—. Y te ordeno ser mía —susurró contra su oído—. Entregarte a mí.

Lily sintió un escalofrío recorrerle la columna al ver el fuego del deseo encenderse en sus ojos mientras sus manos desgarraban sus capas de ropa, intentando desnudarla a la fuerza.

—¡No! —Lily soltó un sollozo cuando él la besó en el cuello, luchando con la tela de sus faldas para subirlas.

—Te he dado todo cuanto me has pedido para la boda de tus sueños. Me has hecho esperar noche tras noche. Ahora es mi turno de obtener lo que quiero.

Lily soltó un sollozo ahogado. Había esperado que la locura de su tío fuese pasajera. Y cuando fue obvio que no era así, hizo todo lo posible por retrasar los preparativos de la supuesta boda, le pidió a su tío toda clase de cosas inútiles, en un intento de alargar la espera. Y al igual que Penélope aguardando a Odiseo, buscó la manera de demorarlo todo, deshaciendo cada noche el trabajo de los empleados

para la boda.

La idea era escapar antes.

Evelyn, su adorada prima, había sido su aliada y estratega. Ella había estado dispuesta a ayudarla desde un inicio, cuando Lily le contó sus penas a través de sus cartas. Su prima había sido muy lista toda su vida, pero sin duda hizo mérito de ese título cuando ideó todo un plan para que Lily pudiera escapar de su hogar y huir a Londres, donde ella vivía. Evelyn viajaría a Calais para ayudarla, fingirían que aquella era una visita casual y, entonces, una tarde mientras su tío estuviera fuera de casa, ambas tomarían sus maletas y escaparían en un barco que su prima ya habría contratado con la misión de trasladarlas a salvo a Inglaterra.

Mientras tanto, Evelyn le había ayudado enviándole un narcótico que debería poner en el vino de su tío. Eso había funcionado muy bien, manteniendo a raya a Edgar durante las noches, cuando su mente parecía perderse más en la oscuridad y sus manos ponerse más cariñosas y libertinas.

Todo había salido conforme a lo planeado. Evelyn llegaría dentro de dos días, y Lily debía estar lista. Había ido alistando sus maletas durante toda la semana.

Sin embargo, todo se había ido al traste cuando su tío despertó de su sueño de forma inesperada y fue a su encuentro en su habitación, y la descubrió haciendo las maletas para la huida que Lily llevaría a cabo.

A pesar de la droga y su estado mental deteriorado, no tardó en atar cabos y saber qué era lo que ella planeaba.

Furioso como nunca, se abalanzó sobre ella en medio de gritos y golpes, y la arrastró a la cama, sin escuchar las excusas que ella le daba. Era claro que estaba decidido a poseerla a como diera lugar.

Lily hizo todo cuanto pudo para defenderse de su ataque, pero su tío estaba completamente fuera de sí. Era como si la furia hubiese terminado de acabar con lo que le quedaba de razón.

Desesperada, Lily buscó lo que fuera para defenderse. Tanteando con la mano sobre las cosas que iba a meter en su maleta, ahora yacían desperdigadas sobre su cama, dio con el abrecartas que había usado para revisar la correspondencia de Evelyn de ese día.

Sin detenerse a pensarlo siquiera, lo encajó con todas sus fuerzas en el pecho de su tío.

Él se tambaleó, completamente sorprendido, y Lily aprovechó la oportunidad. Lo empujó con todas sus fuerzas y escapó a la carrera de su habitación.

Lo que no se esperó, fue la fortaleza de Edgar. Ese hombre debía haber perdido completamente la razón o bien haberse convertido en un ser sobrenatural, porque aún con el abrecartas encajado en el pecho, el hombre corrió tras ella y le dio alcance. Y ahora estaba dispuesto a terminar lo que había empezado. Incluso si tenía que hacerlo en las escaleras de la torre.

Lily sollozó, empujándolo con todas sus fuerzas. Si no hacía algo para detenerlo, él la violaría allí mismo.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño!

—¡Ven a la cama o me entregarás tu virtud aquí mismo, en las escaleras!

—¡He dicho que no! —Lilianne lo apartó con todas sus fuerzas, provocando que su tío trastabillara.

Lo siguiente sucedió tan rápido que apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que pasaba. Su tío resbaló en la escalera y tropezó con ella, haciéndolos caer a ambos. Lilianne se sostuvo de una saliente de roca de la pared, pero su tío no tuvo tanta suerte, y rodó escaleras abajo.

Con la respiración entrecortada, Lily se enderezó y observó con ojos desorbitados por el terror, el cuerpo tendido y ensangrentado de su tío en el suelo.

Temblando de pies a cabeza, bajó el tramo de escalera que faltaba y se inclinó sobre él. Posó una mano temblorosa sobre su espalda, pero no consiguió notar si el hombre continuaba respirando o no.

—¿Tío? —lo sacudió ligeramente. Luego más fuerte. Pero no hubo respuesta.

Con la respiración atorada en la garganta, se inclinó sobre su rostro y le apartó el cabello de la frente. Sus ojos estaban cerrados, cubiertos por la sangre que manaba de la herida abierta en su sien.

—Dios mío —musitó, temiendo lo peor.

Una mano se aferró con fuerza a su cuello y luego otra. Los ojos de su tío se abrieron de par en par, al tiempo que se enderezaba y se abalanzaba sobre ella. Lilianne intentó gritar, pero la voz no le salía. La estaba sofocando.

Lily buscó la manera de apartarlo en un reflejo instintivo. Sus dedos dieron con el mango del abrecartas, todavía enterrado en su pecho. Reuniendo todas sus fuerzas, lo arrancó de su pecho y lo volvió a clavar, ahora en su cuello.

Un río de sangre manó de él, bañándola con esa mezcla caliente y viscosa. Notó sus ojos ponerse blancos y su cuerpo aflojarse sobre ella.

Con un grito de terror, lo apartó de un empujón y se puso de pie.

No se detuvo a ver si estaba vivo o muerto. Abrió la puerta de la torre y escapó a la oscuridad de la noche, lejos de él.

Lejos de su hogar y todo lo que había conocido desde el momento en que murieron sus padres y se había quedado al cuidado de su tía y su nuevo esposo, al que hasta ese momento había considerado como un segundo padre.

CAPÍTULO 3

LONDRES, INGLATERRA. 1888

—¡Tío Jack, tía Danielle, qué alegría verlos! —exclamó Matt, abrazando a la pareja.

—Les agradezco que vinieran a vernos aquí —Will le dio un gran abrazo de oso a Jack.

—Calma, muchacho, me dejas sin aire —dijo su tío, sin dejar de reír.

—A veces Will olvida que está tratando con seres humanos y no con osos salvajes cuando se trata de abrazos —bromeó Ben.

—A ti te confundo con un oso, maldito gigantón peludo. Al tío Jack sólo lo estimo. Lo siento, es la emoción de verlos —Will rio también, suavizando el apretón del abrazo.

—Gracias por haber venido —dijo Alexander, sonriendo con tanta alegría como sus hermanos al aproximarse a saludarlos.

A su alrededor, las personas reunidas en el elegante saloncito de té se volvieron a mirarlos desde sus respectivas mesas, atraídos por el regocijo de aquel encuentro.

—Faltaba más —Danielle se acercó para abrazar a cada uno—. No podía permitir que mis chicos pasaran por Londres sin haber visto a sus tíos favoritos.

—Sin mencionar lo agradable que es este hotel —añadió Jack, tomando asiento en una de las confortables butacas—. Me parece estupenda la idea de quedarse aquí, chicos. Es mucho mejor que abrir la casa. Además de más rápido, cómodo, por supuesto, y sin duda, nos queda más cerca para visitarlos.

—Querido mío, me parece que es más el atractivo de la comida del hotel lo que te ha traído con tanta celeridad —intervino su mujer, provocando que los muchachos saltaran en carcajadas.

—Danielle, querida mía, me haces quedar mal ante mis sobrinos.

—No, sólo como un glotón —añadió Will, haciendo reír a su tía.

—Mis dulces muchachos, ustedes saben que bromeo, ¿no es verdad? —la mujer le dedicó a los cuatro hombres, a los que quería

como a sus propios hijos, una mirada llena de afecto—. Su tío Jack está más que encantado de venir a verlos, comida o no.

—Aunque la comida siempre mejora las cosas y alienta a las visitas a tomarse la molestia de compartir su tiempo con unos solitarios viajeros —añadió Will, provocando que su tío se sonrojara.

—¿Y qué hay de ti, tía Danielle? —le preguntó Alexander, el mayor de los hermanos Collinwood Lobos—. ¿No te da gusto vernos?

—Por supuesto que sí, querido mío. He esperado con ansias ir a visitarlos a su casa en Kent, su madre les debe haber puesto al tanto de nuestros planes de ir a verlos dentro de un mes a Collinwood Hall. Sin embargo, es todo un deleite tener la oportunidad de ver a mis queridos Lobos con anticipación. Lo único que lamento es que su estancia sea tan corta, ¿por qué no se quedan unos días más? ¿Y por qué se han alojado en el hotel, en lugar de abrir la casa Hendingham?

—No repliques, mujer. Este lugar es magnífico —le dijo Jack, comenzando a servirse de los bocadillos que un mesero acababa de traer.

—Tío, no te comas todo. Yo también tengo hambre —Will se apuró en coger un sándwich antes que él.

—Eso era mío, niño —gruñó el hombre.

—Ya no lo es —Will se lo echó a la boca antes de que su tío pudiera arrebatárselo de las manos.

—¡Jack! —lo reprendió su mujer—. Deja algo para los niños.

—Ya no son niños, querida. Son hombres hechos y derechos, más altos y más fuertes que yo. Y sin duda, más tragones —añadió, disputándose con Will una nueva tanda de sándwiches que acababa de traer un mesero—. Y no es mi culpa que sirvan comida para muñecas. ¿Has visto el tamaño de esos sándwiches? Mi dedo pulgar es más grande.

—Tú fuiste quien alabó la comida del lugar.

—Sí, y por ser tan buena deberían servirla en mayor cantidad. Ni un ratón se saciaría con esto —señaló un diminuto bocadillo de la bandeja antes de tomarlo y echárselo a la boca.

—Ahora les traigo más, señores —el mesero hizo una reverencia y se apuró en volver a la cocina.

—Jack, Will, compórtense —los reprendió Danielle—. Ese pobre hombre acaba de salir de aquí tan rápido y tan pálido, como si temiera perder una mano.

—Quizá la próxima vez deberíamos abrir la casa —comentó Matt —. Es cierto que en este lugar la comida es patéticamente diminuta — se quejó, examinando el único bocadillo que alcanzó a tomar de la

bandeja.

Will, aprovechando la oportunidad, se lo arrebató de la mano y se lo echó a la boca antes de que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Deja de quejarte, será minúscula, pero está realmente buena.

—¿Y cómo puedo saberlo? Te la has comido toda —replicó Matt, molesto.

—Chicos, me estaban explicando el motivo por el que no abrieron la casa —los interrumpió Danielle, notando que llamaban la atención de la gente con sus discusiones sobre la comida.

—Sólo estamos de paso, tía —comenzó a explicarle Ben, adoptando un porte sereno, distinto al de sus hermanos menores, que aún discutían por el último bocadillo robado—. Debemos llegar cuanto antes a México para comenzar la nueva siembra. El esfuerzo de este año irá dirigido completamente para los fondos de ahorros de Matthew. A este pedazo de alcornoque se le queman las habas por casarse —le palmeó la espalda a Matt, haciéndolo callar—, y no nos quedó más remedio que ayudarlo a cumplir su sueño.

—Nadie te obliga a venir, Ben —replicó Matt, frunciendo el ceño y sobándose la espalda.

—Por supuesto que no, de lo contrario no hubiera venido —contestó Ben, de buen talante.

—Para eso somos hermanos —intervino Alexander dándole un codazo a Will para que cerrara la boca de una vez—, para ayudarnos y apoyarnos. Darnos la mano en nuestro momento de necesidad, ¿no es así, Will?

—Por supuesto, estamos aquí para darnos la mano como hermanos —contestó él, sonriendo de esa forma pícara, tan única en él, luciendo como un demonio y un ángel al mismo tiempo—. Como cuando Matt me dio gentilmente la mano para que se metiera en un avispero.

—No te di nada —refunfuñó Matt—. Lo hiciste mientras dormía, pedazo de animal.

—¡William! —replicó Danielle, horrorizada—. ¿Metiste la mano de tu hermano menor en un avispero?

—Sólo un par de veces. La mayoría del tiempo usé hormigas. Solía untarle la mano con miel y entonces…

—¡William Collinwood, eres tremendo! —lo reprendió su tía, haciendo un gran esfuerzo por ocultar una risita.

—Tranquila, tía, se lo hice pagar con creces. ¿No es verdad, William tragacucarachas? —Ahora fue Matt quien sonrió mordazmente.

—Oye, que metieras cucarachas en el agua de horchata del altar de

muertos, fue un golpe bajo —contestó Will—. Aún no puedo ni mirarla sin sentir náuseas.

—Eso te pasa por robarte las ofrendas del altar de muertos, para empezar —replicó Matt riendo.

—Eso fue ya hace muchos años, hermanos —intervino Alexander—. Ahora somos hombres y hemos dejado los juegos y bromas infantiles atrás. En este momento debemos concentrarnos en nuestra meta, que es ayudar a Matt. Nada de meter manos en cubetas con agua caliente, hormigueros, avisperos o nidos de araña —añadió Alexander, mirando a Will con gesto divertido.

—Lo de las arañas sólo fue una vez —Will soltó una risita—. Nunca olvidas nada.

—Eres tan infantil —Ben soltó un suspiro—. Parece que aún tienes cinco años.

—No me hables de madurez, señor, cuando fuiste tú quien mojó mi ropa interior con jugo de piña ayer mismo.

—Era para ver si así se le quitaba la peste que traías encima.

—Dímelo a mí, traía puestos tus calzones.

—¿Qué hiciste?

—No pude encontrar los míos.

—Voy a matarte, William —Ben se puso de pie con los puños alzados.

—Chicos, ya basta —rio Danielle, conocedora de las bromas entre los hermanos—. ¿Qué les parece si satisfacemos a su tío y vamos al comedor a tomar una buena cena?

—Excelente, muero de hambre —Will se puso de pie de un salto y comenzó a dirigirse al comedor, acompañado por su familia, aún con la misma algarabía.

De pronto, algo no lejos de allí llamó su atención. Algo que alertó sus sentidos.

Se volvió con discreción, y al hacerlo, notó la figura de una mujer, de pie en las escaleras del vestíbulo.

Sus ojos se agrandaron por la sorpresa al ver a la hermosa joven de cabello castaño rojizo. Era inconfundible, de piel tan blanca como el alabastro y ataviada en ese fino y recto vestido azul marino, no debió esforzarse por reconocerla. Ese porte elegante y esa mirada altiva eran característicos de esa mujer.

Se trataba de Evelyn Lamberg, la hija del propietario del hotel. Y la ex prometida de Ben…

No la conocía muy bien, pero no por ello podía evitar sentir una gran aversión hacia ella. Después de todo, le había roto el corazón a

su hermano.

Aunque Ben nunca aclaró cómo habían sido las cosas, sabía que ella le había dado calabazas. La única mujer a la que su hermano había querido, lo había rechazado.

Y aunque Ben nunca dejó nada en claro, sabía que estaba dolido. Después de aquello, no había vuelto a mirar seriamente a otra mujer.

Will no se definía a sí mismo como un tipo romántico, pero sin duda no le agradaba el desprecio de una chica hacia su hermano. Ben podía hacerse el duro y aparentar darle poca importancia a los asuntos del corazón, pero en el fondo, era el tipo más bueno que conocía. Si alguna vez quiso a esa mujer, la quiso de verdad.

Y allí estaba ella, pavoneándose como si nada, completamente indiferente a los sentimientos que podía llegar a despertar en su hermano si llegase a verla.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó Alexander en voz baja, deteniéndose a su lado al notar lo mismo que él.

La mujer no los había visto. En ese momento daba órdenes a un par de empleados del hotel, ajena a su presencia.

—No lo sé. Me habían dicho que viajaría esta semana a Calais, de lo contrario no habría hecho los preparativos para llegar aquí —masculló Will, comenzando a ponerse de mal humor—. Debí abrir la casa, como mamá quería. Ella es una adivina, siempre tiene razón.

—Tranquilo, si tenemos suerte no la verá. Vamos, Will —su hermano le pasó un brazo por los hombros, obligándolo a continuar moviéndose antes de que los demás los echaran de menos, o mejor dicho, Ben. Lo último que deseaba era que su hermano regresara por ellos y al hacerlo se encontrase con esa mujer—. Debes moverte para llegar al comedor. Créeme, no puedes hacer que esa mujer se desvanezca con sólo mirarla.

—Sí, tienes razón —masculló apurando el paso sin notar por dónde iba, por lo que por poco se da de bruces con Ben.

—Cuidado, hermano, un paso más y me plantas un beso en la boca —Ben bromeó y lo empujó hacia atrás—. Sé que me amas, pero no necesito que me lo demuestres tan efusivamente.

—Me desconsuelas, tenía todas mis ilusiones plantadas en ese beso —bromeó Will.

Ben soltó una carcajada y entonces se giró hacia Alexander.

—¿Tienes la llave de la habitación?

—¿Para qué la quieres? —Alexander palideció. Para llegar a la habitación debían subir las escaleras.

Las escaleras donde todavía estaba parada Evelyn, hablando con

uno de los empleados del hotel.

—Necesito ir a buscar unos documentos para que los vea el tío Jack.

—¿Documentos?

—Sí, sobre el último embarque de café.

—Si son cuestiones legales, deja que Will se encargue de eso —le dijo Alexander, intentando llevarlo de una forma un tanto obvia de vuelta hacia el comedor, dejando la escalera a espaldas de ellos.

—Sólo tengo que subir a la habitación por los papeles —rio Ben—. No es que vaya a redactar los documentos ahora mismo.

—No es problema, es mi campo, yo me encargo —dijo Will siguiéndole el juego a Alexander—. Anda, Ben, ve a cenar. Debes estar muriéndote de hambre.

—Creí que el que se moría de hambre eras tú.

—Por supuesto y te aseguro que me comeré tu cena, si no estás allí para defenderla.

—Es el peor, ya lo conoces, cumplirá su palabra —convino Alexander, riendo de una forma bastante poco elocuente.

Ben frunció el ceño y miró a cada uno, antes de asentir.

—Bien —dijo, ya todo rastro de alegría se había esfumado de su rostro—. Te vemos en el comedor, William —añadió antes de alejarse a rápidas zancadas hacia el comedor.

—Estuvo cerca, ¿no es verdad?

Alexander apretó los labios y negó con la cabeza.

—Tú y yo sabemos que Ben es demasiado inteligente como para no haber sospechado nada —suspiró—. Maldita sea esa mujer por estar aquí justo ahora que nos ha tocado hospedarnos.

Will enarcó las cejas, sorprendido. Nunca antes había escuchado a su hermano maldecir a una mujer.

—Como sea, toma la llave y date prisa en volver al comedor, antes de que Ben sospeche algo y quiera ir a ver por él mismo lo que sucede.

—Cuenta con ello —Will tomó la llave que su hermano le alargaba y salió a paso rápido rumbo a la escalera.

Al momento de llegar al lado de Evelyn, dudó sobre lo que debía hacer. Un caballero saludaría a una dama, pero no sentía el menor deseo de saludarla a ella.

Entonces sus ojos se centraron en algo mucho más importante que el tema de no saber si ser educado o dejarse llevar por el orgullo.

Una mujer sollozaba intensamente, intentando en vano entrar al hotel, pues un par hombres, empleados del lugar, le impedían el paso. Ella intentaba explicarse, pero sus palabras resultaban ininteligibles en

medio de los gritos bravucones de aquellos hombres, que hacían lo posible por sacarla a empellones del lugar. Sin embargo, la mujer era muy ágil, y a pesar de su estado, en apariencia frágil, consiguió correr lejos de ellos, escapando de su agarre.

Will abrió mucho los ojos al verla. La pobre mujer estaba en un estado deplorable, sucia de lodo y quién sabe qué más, con la ropa hecha jirones y con el cuerpo cubierto de moratones.

Uno de los hombres consiguió darle alcance, y con un brusco tirón, la lanzó al suelo de espaldas. Ella lo miró horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos cuando el tipo alzó el puño, dispuesto a golpearla.

Antes de siquiera razonar lo que estaba haciendo, William se interpuso entre ellos y lo golpeó, lanzándolo de culo contra la alfombra.

—¡No te atrevas a maltratar a la dama! —le gritó colocándose entre ellos, impidiéndole volver a tocar a la joven.

El hombre le dedicó una mirada asesina, pero no replicó. Después de todo, William Collinwood era un huésped importante del hotel.

Bufando todavía por el enojo, Will se giró hacia la chica y se inclinó para ayudarla a levantarse.

—¿Se encuentra bien, señorita? —pronunció esa última palabra en español, en un gesto reflejo que ya tenía muy arraigado.

Ella lo miró con ojos agrandados por la sorpresa, sin notar la mano que él le tendía para ayudarla a levantarse. Tenía el rostro sucio de tierra y algo oscuro que él temió fuese sangre. A pesar de que llevaba un abrigo húmedo y cubierto de barro, pudo notar sus ropas rasgadas, como si algo, o alguien, las hubiera intentado arrancar a la fuerza.

Will sintió una rabia profunda al verla de ese modo. ¿Qué le habría pasado? ¿Qué es lo que habría sufrido esa pobre chica? Las peores escenas pasaron por su mente.

—Venga, permítame ayudarla a levantarse —le dijo intentando esbozar una sonrisa amable, a pesar de que la rabia lo corroía.

Seguramente esa chica era una persona sin hogar, pero no por ello merecía un trato como el que aquellos hombres le estaban prodigando. Además, era claro que necesitaba atención médica. Tendría que llamar a Ben y pedirle que…

—¡Dios mío!, ¿qué ha pasado aquí? —la voz de Evelyn retumbó en el lugar a medida que se acercaba a largas zancadas hasta donde ellos se encontraban—. ¿Quién es esta pordiosera y por qué le han permitido entrar al hotel?

Will prácticamente la fulminó con la mirada. Esa mujer tenía la

sangre fría de una víbora.

—No te atrevas a echarla, Evelyn Lamberg —le contestó en tono firme, intentando moderar su furia—. Esta mujer está bajo mi protección ahora.

Los ojos oscuros de la chica sacaron chispas.

—Tú no te atrevas a darme órdenes en mi propio hotel, William Collinwood.

—¡Evelyn, detente por favor! —la chica los interrumpió, adelantándose hacia la joven—. Soy yo, Lily. ¿No me reconoces?

Los ojos de Evelyn se abrieron como platos al reconocerla.

—Dios mío, ¿Lily? —su voz se tornó dura, pero Will notó que era sólo una máscara para ocultar el dolor que claramente la trastornó al reconocer el estado de la chica—. ¿Pero qué te ha pasado?

—Yo… yo… —Lily se soltó a llorar, incapaz de hablar.

Evelyn la abrazó. Su rostro, antes duro, ahora crispado por el dolor.

—Tranquila, estás a salvo a hora. Ya nada podrá dañarte, lo prometo —le dijo en voz baja, sin dejar de abrazarla.

—Quizá debería llamar a un médico —iba a decir a Ben, pero Will se interrumpió antes de terminar aquella frase.

—No hace falta, señor Collinwood. Le agradezco la oferta, pero nosotros nos haremos cargo en adelante —le dijo Evelyn con voz fría, sin dejar de abrazar a la chica en un gesto protector.

Will miró con preocupación a la joven. No parecía estar bien. Lloraba desconsoladamente, permitiendo que Evelyn la envolviera entre sus brazos, consolándola.

—Lilianne, todo estará bien. Ahora estás a salvo —escuchó que Evelyn le decía con una voz tan dulce, que no parecía de ella.

Lily sintió la calidez de una prenda sobre sus hombros. Al abrir los ojos, notó que alguien le acababa de poner una chaqueta.

La chaqueta que Will llevaba puesta, y se había quitado de encima para colocársela a ella. Lilianne, apartó el rostro del hombro de Evelyn y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Fue entonces cuando lo vio, de pie ante ella, irguiéndose como una imponente estatua dorada, fuerte como el mismo acero, hermoso como Adonis.

—Will —musitó en voz baja, sorprendida de verlo allí, como si recién notara su presencia—. Eres tú.

Will frunció el ceño, confundido.

—¿Nos conocemos?

—Sí —Lilianne lo miró con ojos agrandados, llenos de fervor—. Yo soy…

—No es momento de hablar ahora, querida —la interrumpió Evelyn—. William, le agradezco su ayuda, pero nosotros podemos hacernos cargo desde ahora. George, Jonathan —llamó a los dos valet que antes habían impedido que la joven entrara al hotel—, ayuden a la señorita a llegar a mis habitaciones, y díganle a madame Lafitte que le prepare un baño y una muda de ropa. Señor Collinwood… —añadió con una reverencia, siguiendo al séquito que ya partía lejos de la escalera, obedeciendo sus órdenes.

Will siguió con la mirada a la chica mientras pasaba por su lado camino a las escaleras, escoltada por los dos hombres. Uno de ellos, al que él había golpeado, le dirigió una mirada oscura, limpiándose con un pañuelo la sangre que todavía le brotaba de la nariz.

Pero Will no le prestó atención, sus ojos estaban en la joven que, cojeando lentamente, se alejaba del lugar, aún envuelta entre los protectores brazos de Evelyn.

La chica giró la cabeza una vez, y sus ojos, de un azul muy oscuro, se posaron en él.

Al encontrarse sus miradas, algo recorrió el cuerpo de Will. Una especie de sensación de corriente eléctrica…

Estaba seguro de haber visto antes a esa chica, pero… ¿dónde?

CAPÍTULO 4

—Dios mío, Lily, me tenías tan preocupada. No sabía nada de ti, y cuando dijeron que habías desaparecido, temí lo peor… —le dijo Evelyn con voz afligida, colmada de dolor, mientras ayudaba a su prima a recostarse en una cama—. Iba a viajar a Calais para buscarte, tal como planeamos. Pero cuando me enteré de que estabas desaparecida, supuse que vendrías aquí, y asumí que lo mejor sería esperar. Me alegra tanto no haberme equivocado, me has tenido tan preocupada, querida —soltó un sollozo ahogado.

—Evelyn, no pretendía angustiarte, lo siento tanto.

—No te disculpes conmigo, mi dulce prima. Has pasado ya por bastante, para encima tener que sumar a tus pesares mis nimiedades —Evelyn le dirigió una mirada maternal, mientras con sumo cuidado la ayudaba a quitarse las ropas rasgadas, reprimiendo un gemido mezcla de rabia y de dolor al notar el estado de sus prendas.

Deseaba saber qué había pasado, pero no quería angustiar a su prima con preguntas. No todavía, al menos. Debía esperar a que se calmara un poco.

Dócilmente, Lily permitió que Evelyn terminara de desvestirla. Su mirada parecía extraviada, como si ella aún no estuviese allí por completo. Lucía perdida, y Evelyn notó que su prima podía estar allí, presente físicamente, pero su mente se encontraba en otra parte. Quizá todavía recordando la pesadilla que había sufrido, reviviéndola una y otra vez en su mente….

Ya había visto aquello en su madre. No podía permitir que Lily se sumiera en ese tormento. No ella, no su querida prima pequeña.

Un par de criadas entraron en ese momento en la habitación y anunciaron que el baño estaba listo. Después de despedirlas, Evelyn ayudó a su prima a llegar a la bañera y con sumo cuidado la asistió al entrar en el agua.

Con paciencia maternal, Evelyn auxilió a la joven a lavarse y quitarse todas las capas de mugre que tenía encima. Era como si se hubiesen formado costras de suciedad, unas encima de otras, cubriendo la piel de la joven. Lo que fuera que Lily había vivido, debió ser sumamente duro. Y había dejado marcas en su cuerpo que

aún llevaba consigo.

Después de sacarla de la bañera y extenderle un camisón limpio, Evelyn condujo a su prima hasta una cama donde la recostó. Con meticulosidad, lavó y limpió las heridas de Lily, cuidando desinfectarlas y vendarlas correctamente. Tal como Ben le había enseñado a hacer, tanto tiempo atrás.

—Lo haces muy bien. Deberías ser enfermera o doctora —comentó Lily de repente, saliendo de su mutismo de forma tan abrupta que sobresaltó a Evelyn—. Serías una excelente doctora. Sé que existen algunas universidades que permiten a mujeres estudiar medicina. Tú serías una candidata sublime.

Ella le dedicó una sonrisa amable, antes de dedicarse a vendar otra de las heridas en su mano. Su pobre prima había perdido un par de uñas y estaba segura de que tenía un dedo roto.

—Me halagas, querida, pero estas no son habilidades innatas, sino simplemente las enseñanzas transmitidas por alguien experto y puestas en uso por esta mujer mundana y sin dotes médicas —le dijo con sencillez, sin detenerse en su labor—. Te aseguro que ninguna escuela de medicina se admiraría por mis conocimientos, que bien pueden ser imitados por cualquier madre al curar a sus hijos de una caída.

—¿Fue Ben quien te lo enseñó?

—¿Qué has dicho? —Evelyn pareció perder el balance por un momento, como si la sola mención de ese nombre le hubiese hecho disipar la aparente calma que la acompañaba.

—Ben —repitió Lily, reprimiendo un gemido de dolor cuando su prima comenzó a vendar el dedo roto—. Benjamin Collinwood. Es médico, ¿no es verdad?

—Sí… y sí —contestó ella, sin mirarla—. Ben me enseñó algunas cosas mientras estuvimos juntos.

—Él es un buen hombre, Evelyn. También Will —soltó un suspiro bajo—. Cuando lo vi abajo sentí que iba a desmayarme de la emoción. Han pasado tantos años.

—Si ibas a desmayarte, es por la terrible vivencia que has debido pasar, querida mía. William Collinwood no tiene nada que ver.

—Está tan guapo como lo recuerdo —continuó Lily, esbozando una sonrisa soñadora, ajena a las palabras duras de su prima.

—¿No tenías como diez años la última vez que lo viste?

—¿Y eso qué importa? Cuando una mujer ama de verdad, nunca olvida. Y yo lo recuerdo perfectamente, cada detalle —soltó un suspiro —. ¿Cómo podría olvidar al hombre con el que he de casarme algún

día?

—Querida mía, creo que deliras. Debiste golpearte la cabeza más duro de lo que supuse —Evelyn le dirigió una mirada de preocupación —. Será mejor que mande llamar al médico.

—No debiste ser tan dura con Will, allá abajo —le reprochó Lily, sin prestar atención a lo que su prima le decía—. Él sólo intentaba ayudar, lo sabes bien. Ni siquiera tuve oportunidad de agradecerle por su amabilidad.

—Lo siento, cariño, pero no tenemos opción ahora mismo —la interrumpió Evelyn—. Las cosas no pintan bien para ti en este momento, y lo mejor es que la menor cantidad posible de gente sepa que has estado aquí. William no te reconoció, y debemos mantener las cosas así. Te haremos pasar por una doncella en apuros, una sirvienta del hotel que fue asaltada en el camino —asintió para sí misma, fraguando un plan—. Así evitaremos las habladurías y nadie sabrá quién eres en realidad. Lo mantendremos así hasta que las cosas mejoren, que tú mejores. Entonces decidiremos el siguiente paso.

—¿Cómo va a reconocerme Will, si ni siquiera me conoce? —replicó Lily, adoptando una expresión triste, sin prestar atención al tema que su prima intentaba aclarar—. Él no se ha de acordar de mí. Seguramente ni aunque le hubiese dicho quién era, habría sabido de quién se trataba, quién era yo.

—Podría haberlo hecho, fuiste su vecina muchos años. No es que hubieses cambiado tanto, él tampoco lo ha hecho, ¿no es verdad? Eso has dicho —Evelyn sonrió amablemente, intentando darle por su lado. Era claro que hacerla pensar en cosas serias no era lo correspondiente por el momento.

Si pensar en William ayudaba a Lily a alejarse de la pesadilla que había vivido, al menos durante un tiempo, que lo hiciera. La pobre chica se lo merecía.

—No —suspiró Lily, soltando una risita soñadora. Cuando lo había visto, se había sentido completamente atontada. Parecía un sueño viviente.

Pero él no la recordaba. ¿Cómo podría? La última vez que se habían encontrado, había sido cuando ambos eran unos niños.

Y debía reconocer que probablemente tampoco ella lo hubiese reconocido de no ser porque lo había visto recientemente.

Fue durante unas vacaciones de verano, mientras visitaba a Evelyn en Londres, en compañía de sus tíos. Antes de que su tía Amalia enfermara.

Evelyn y ella habían estado dando un paseo por Hyde Park cuando,

de pronto, aparecieron un par de jinetes, haciendo suertes en sus caballos. La gente se detenía a observarlos, maravillada por las proezas que ambos hombres realizaban sobre sus monturas. Eran absolutamente admirables, y más considerando que parecían hacerlo en complacencia con los animales, sin forzarlos. Como si el caballo mismo quisiera apoyar a su amo con sus chanzas.

Lily había querido acercarse a mirar más de cerca, pero Evelyn, actuando más extraño que nunca, la había tomado por un brazo y prácticamente la había arrastrado tras un arbusto. Y cuando ella le preguntó el motivo de su conducta, le dijo que quería evitar ser vista por Benjamin y William Collinwood.

Entonces lo supo. Aquellos dos jinetes extraordinarios eran Ben y Will.

Sus antiguos vecinos y amigos. Y uno de ellos, el amor de su vida.

Evelyn no le dio más explicaciones, y ella no las necesitaba. Sabía que Evelyn había tenido algo así como un tórrido romance con Ben que no había terminado bien. Su prima nunca quería hablar del tema, a veces creía que Evelyn podía ser la mujer más reservada del planeta.

Sin embargo, cuando se trataba de Ben perdía la aparentemente eterna calma que solía acompañarla. Evelyn jamás se permitía estar en el mismo sitio que él, como si su sola cercanía la alterase hasta la médula. Algo sumamente extraño para su prima, en exterior dura y con nervios de acero.

Aunque Lily la conocía bien, sabía que Evelyn era una mujer dulce y amable, de corazón blando y entregado a quien se lo supiese ganar. Como sabía que aquel tema aún le resultaba doloroso, no hizo más preguntas.

Además, estaba demasiado absorta observando a Will.

Él había cambiado bastante con los años, no obstante, conservaba esa misma sonrisa, que de alguna manera hacía vibrar el intenso color de sus ojos azules, como el cielo de verano. Y era apuesto. Dios, era más apuesto de lo que recordaba. Había embarnecido con los años, su rostro se había afilado, madurado. Y, sin embargo, aún mantenía vivo algo de ese aspecto infantil y juguetón que a ella le había fascinado de niña.

Y aún continuaba haciéndolo.

Sólo había sido un momento cuando sus caminos se cruzaron durante ese día de verano. Un momento tan significativo para ella, que había quedado grabado en su memoria para siempre.

Como siempre, él viviría en su corazón.

—De todas maneras, no sé por qué le das tanta importancia a ese

hombre —continuó su prima—. Ningún hombre vale la pena tus lamentaciones, tus penas o un minuto de tu dolor —sentenció Evelyn —. Ninguno.

—Cuidado, querida, tus palabras comienzan a sonar como las de la abuela —replicó Lily.

—¿Me estás diciendo que sueno como una vieja amargada?

—Yo sólo digo…

—Bien, no me importa —Evelyn alzó las manos, hastiada—. La abuela siempre tuvo razón en lo que nos decía. Sólo ten en cuenta su vida, era una princesa, Lily. ¡Una princesa! Y lo perdió todo por huir con el abuelo. Ni siquiera su nombre quedó en los registros familiares.

—Pobre abuela, sus padres fueron muy duros con ella.

—Eran reyes de Austria, ¿qué querías que hicieran si a una de sus hijas se le ocurrió que la mejor manera de decidir su futuro, era huir con un pintor inglés?

—Fue una historia de amor maravillosa, se enamoraron mientras él pintaba su retrato, se veían a escondidas para profesarse su amor y cuando a ella la comprometieron con aquel duque alemán, decidieron huir juntos a Inglaterra para poder estar juntos para siempre.

—Sí, qué estupidez, poner a un pintor por encima de un duque.

—Lo amaba.

—Eso creía ella, ¿pero cuánto le duró el amor? El abuelo no tardó en engañarla. Y siguió haciéndolo durante toda su vida —Evelyn frunció el ceño—. La abuela lo perdió todo por él: su título, su fortuna, a su familia. ¿Y qué ganó? Un marido que sólo consiguió hacerla llorar durante toda su vida.

—Tuvo a sus hijas, que fueron su consuelo, la tía Amalia, mi madre y la tuya.

—Sí, otro trío de mujeres que han visto el infierno en vida gracias a los hombres que eligieron como sus maridos, o hacer ver el infierno a su sobrina por el marido loco que eligió. Lo siento, Lily, no quise — Evelyn se arrepintió enseguida por sus palabras, pero Lily no pareció tomarlas en serio.

—El tío Edgar amaba a la tía Amalia. La amaba de verdad — suspiró—. El dolor por su pérdida lo llevó a la locura.

—Sí, claro —espetó Evelyn, con desdén.

—¿Acaso crees que la abuela hubiese sido menos infeliz de haberse casado con el duque?

—Tal vez, no lo sé —se encogió de hombros—. Al menos se habría consolado con el hecho de haber podido mantenerse en la vida que conocía, y no ser repudiada por su familia, con su nombre y su linaje

tachado de las actas familiares. Sabes que la dieron por muerta. Para la familia de la abuela, nosotras no somos nada, no existimos. Nacimos de las hijas de una mujer muerta hace años, cuando aún era una joven de dieciocho. No la anciana que ambas vimos morir en su lecho, hace un par de años.

—¿Te molesta eso, Evelyn? —Lily le dedicó una mirada triste—. ¿Que no podamos ser reconocidas como parte de la descendencia de la casa real de Austria?

—No, ¿por qué me molestaría ser tratada como una bastarda?

—Evelyn…

—No me molesta, te lo aseguro. Yo no estoy enojada por ello, sino por la situación tan injusta que debemos vivir como mujeres. Es decir, sólo mira a nuestras madres, a nuestra tía Amalia, a la abuela, o a mi madrastra. ¿Quién es feliz al lado de un hombre, Lily? ¡Sólo los hombres! Porque sólo se toman en cuenta y se escuchan entre ellos. Y nosotras, las mujeres, debemos soportar lo que ellos decidan, hagan o planeen. Y los hombres son egoístas, egocéntricos y la mayoría imbéciles —pateó con furia—. ¡Y nosotras lo somos más por poner nuestras vidas en sus manos al desposarnos con ellos! —exclamó, roja por la cólera—. Por eso nunca me casaré. ¡Nunca!

—Ben no era así —Lily le dedicó una sonrisa amable—. Ben es bueno, lo conozco.

—Lo conociste de niño. No tienes idea de cómo es ahora —replicó su prima, aunque cuidó de apartar la mirada de sus atentos ojos.

—Pues yo no pienso como tú. Es verdad que la abuela pasó un mal rato con el abuelo, pero también tuvo buenos. Y no creo que todos los hombres sean malos. Will no lo es. Lo conozco, y hoy cuando lo vi…

—Cariño, has pasado por mucho, estás delirando —intentó posar una mano en su mejilla en un gesto compasivo, pero Lily se la apartó de un manotazo.

—No me trates como si estuviera loca sólo porque no pienso igual que tú. Creo que hay gente buena allá afuera, y sé que Will es un buen hombre.

—¿Cómo puedes asegurarlo? No lo conoces, Lily. Por Dios, ni siquiera te reconoció.

—Es lógico que no me reconozca, he vivido en Calais desde la muerte de mis padres y de Meredith —la amargura de ese recuerdo, de aquella navidad agridulce, le enfrió el corazón. No importaba el tiempo que pasara, siempre sería así—. Y mucho menos esperaría que me reconociera luciendo como lo hago ahora. Dudo que lo hiciera incluso si me hubiese quedado a vivir aquí, en Inglaterra. Después de

todo, yo nunca llamé su atención. Pero eso no lo convierte en un mal hombre. Yo no soy como tú, Evelyn, no soy bonita, ni inteligente ni llamativa. No soy la beldad de los bailes que persiguen todos los chicos de la ciudad, ni por la que hacen fila para anotar sus nombres en mi carnet, como lo hacen contigo. Él no tiene ningún motivo para recordarme.

—Cariño, te subestimas. Eres más hermosa de lo que crees, y por supuesto que eres inteligente y llamativa, y además muy simpática. Cualquier hombre, por más cerdo que sea, estaría feliz de tenerte como pareja. Incluido William Collinwood —le dedicó una sonrisa colmada de afecto—. Si ese imbécil no tuvo la inteligencia para notarte en su momento, no vale la pena —frunció el ceño—. Existen muchos hombres allá afuera, y ninguno vale la pena.

Lily soltó una risita que se apagó rápido al notar que su prima no bromeaba.

—Cariño, hablando de hombres que no valen nada la pena —suspiró, acariciando su maltrecho rostro—. ¿Vas a contarme qué sucedió con ese desgraciado hombre que se hacía llamar tu tío?

El rostro de Lily adoptó un tono cetrino al tiempo que toda alegría escapaba de sus ojos.

—Si no quieres hacerlo, lo entiendo —se apuró en decirle Evelyn—. Sé que has vivido muchas cosas duras y difíciles de afrontar, no estás con ánimo para hablarlas… —negó con la cabeza, intentando esbozar una sonrisa—. Eres tan valiente, querida. Aún me sorprende cómo has hecho para conseguir llegar aquí desde Calais. Y me siento tan mal por no haberte reconocido antes. Asumí que se trataba de ella una vez más…

—¿Te refieres a…? —Los ojos de Lily se abrieron, expectantes.

—Sí, la querida de mi padre —Evelyn asintió, arrugando la nariz, con disgusto—. La última que tuvo, al menos, por lo que sé. Ya ha roto con ella. Ya sabes, se aburre de esas y las tira a la calle. Sólo que ésta no lo quiere aceptar. Ha perdido el juicio, imagino, porque no sé qué más puede pasar por la cabeza de una persona que se presenta en público en harapos con tal de llamar la atención sobre sí misma.

—¿Ha hecho eso?

—Sí, está demente, te lo digo. No tengo claro si su intención es hacer quedar mal al hotel o a mi padre. Tal vez a ambos. Es una completa… —se contuvo de terminar la frase—. Mi pobre madrastra ha tenido que soportar las escenas de esa maldita mujer ya en dos ocasiones. No permitiré que sufra una vez más el tener que toparse con ella.

—Lo siento mucho, Evelyn. No tenía idea…

—No te preocupes por eso, son nimiedades sin importancia —Evelyn estrechó su mano—. Ahora concentrémonos en ti, ¿de acuerdo? Debes recuperarte.

—Evelyn —Lily la interrumpió en un susurro apagado—. ¿Qué has sabido de él?

—¿Te… refieres a tu tío? —preguntó Evelyn, sorprendida porque su prima tomara ese camino en la conversación.

—Sí… —suspiró—. ¿Has sabido algo del tío Edgar?

Evelyn soltó un largo suspiro, indecisa de si contarle o no. Pero cuando vio el brillo impaciente en los ojos de su prima, supo que lo mejor sería hablar.

—Hace dos noches escuché hablar a un par de mujeres en el comedor. Comentaban un rumor que habían oído en la calle, sobre un hombre que había sido atacado en su hogar en Calais durante la noche. Mencionaron su nombre. Edgar Bostick. Tu tío.

Lily asintió, tragando saliva al escuchar aquello.

—¿Dijeron… dijeron algo sobre si estaba vivo o muerto?

Evelyn negó con la cabeza.

—Sólo eran rumores, Lily. Nada seguro. Y temí indagar más, no quería llamar la atención y centrarla en nosotras —la miró a los ojos—. Esperaba que pronto llegaras, y lo mejor sería que nadie nos relacionara con lo sucedido en Calais. Pagué a alguien para que fuera a buscarte, un criado de confianza, pero esta misma mañana me llegó un mensaje de su parte, diciéndome que no había podido dar contigo. En cuanto a tu tío, nadie de la casa sabía de él, y no quisieron darle más noticias. Todo esto es muy extraño, Lily. Estaba tan asustada, temí lo peor por ti —se soltó a llorar, incapaz de retener más tiempo las lágrimas.

Lily la abrazó, consolándola con suaves palabras, como si fuese ella quien se hubiese llevado la peor parte de toda aquella pesadilla.

—Cuéntame ¿qué fue lo que ocurrió? —Quiso saber Evelyn, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Por qué no seguiste el plan que habíamos tramado?

—Lo iba a hacer, Evelyn, de verdad. Pero él me descubrió —la voz de Lily se quebró—. Fue horrible —se soltó a llorar una vez más—. Mi tío… él…

—¡Ese desalmado! —gritó Evelyn, llena de rabia—. No lo llames tío, no comparte tu sangre, no merece que lo tengas en tal consideración. Y menos si él ha… Oh, mi Dios, Lily… —apretó los puños, con rabia—. ¿Cómo lo descubrió? Creí que habías conseguido

convencerlo de esperar a la boda. Teníamos planeada la fuga para el martes, ¿qué ocurrió?

Evelyn estaba al tanto del sufrimiento de su prima gracias a las cartas. Lily solía contarle sobre las penas que sufría al lado de Edgar, el viudo de su tía Amalia. El hombre se había obsesionado con ella, deseaba desposarla, incluso en contra de su voluntad y había hecho todo lo posible por forzarla a aceptar sus deseos.

—Eso pensé yo también. Creí conseguirlo, Evelyn. Le di largas y largas a la boda, esperando que se cansara, que cambiara de idea, ganando tiempo para escapar a tu llegada… Pero él debió averiguar algo —soltó un sollozo—. Entró repentinamente en mi habitación y me acusó de jugar con él y sus sentimientos. Dijo que era mi tutor legal y como tal tenía que obedecerlo. Además, él tenía el poder de desposarse conmigo sin mi consentimiento.

—¡Ese maldito!

—Yo estaba sorprendida de verlo en la torre. Esa noche, durante la cena, le había hecho beber el vino con el narcótico que me enviaste, tal como lo hice las otras noches. Pero no sé qué pasó, porque esta vez no dio resultado. Quizá descubrió mi plan, y no lo bebió como yo creí, quizá fingió. ¡No lo sé! —comenzó a temblar—. Él apareció en la torre esa noche, estaba furioso… Y él intentó… Intentó… —su voz se quebró.

—Dios mío, Lily —la abrazó con fuerza—. Lo siento tanto.

Y realmente lo hacía. Había hecho lo posible para poder rescatar a su prima, pero necesitaba tiempo y recursos, dos cosas de las que no disponía en gran medida. Su padre solía limitarla en todo. Era una mujer, y para él las mujeres no valían la pena para desperdiciar recursos ni tiempo, ni aunque fuesen sus hijas.

Había tenido que esperar a que su padre se marchara de Londres, seguramente tras alguna nueva conquista, y la dejara a cargo una vez más del hotel, para disponer de la gente y el dinero necesario para rescatar a Lily.

Y ocurrió lo que tanto había temido. Había sido demasiado tarde.

—No lo consiguió, Evelyn —Lily intentó calmarla al verla tan enojada—. Lo apuñalé con un abrecartas y salí corriendo.

—¿Qué hiciste qué? —a pesar de la evidente sorpresa, Evelyn sonrió.

—Pero no fue suficiente — Lily continuó su relato—. Él era rápido, podía escucharlo atrás de mí mientras bajaba la escalera, y finalmente me dio alcance —inspiró hondo—. Le dije que no me casaría con él, que me dejara ir. Pero él no entendía razones, e intentó forzarme una

vez más —apretó los ojos, buscando apartar esas horribles imágenes de su mente—. Forcejeamos y de alguna manera caímos por la escalera. Él quedó mal herido, y cuando me acerqué a ver si estaba vivo, trató de asfixiarme —se pasó las manos por el cuello—. Entonces tomé el abrecartas, el mismo que él aún llevaba clavado en el pecho —cerró los ojos—. ¡Lo tomé y una vez más se lo enterré! —gimió—. Pero esta vez fue en el cuello. Oh, Evelyn, había tanta sangre. Tanta sangre… —sollozó, cubriéndose el rostro con las manos.

Evelyn la abrazó con fuerza, permitiéndole que se desahogara.

—Shhh, calma, ya pasó, ya pasó. Todo está bien ahora, Lily.

—No sé si lo maté, Evelyn —continuó ella, llorando sobre su hombro—. Me fui. No quise saber más, sólo me fui. Corrí hasta que las piernas ya no me dieron soporte y sentí que mis pulmones iban a estallar dentro de mi pecho. Me oculté bajo un puente hasta que amaneció. Entonces vi pasar al señor Mosley.

—¿El mayordomo?

Lily asintió.

—Él me ayudó —le contó—. Sabes la gran estima que él tenía a mi tía. Me dio su abrigo y algo de dinero, y también su caballo. Dijo que lo mejor sería que me ocultara, que no diera mi nombre, que nadie supiera quién soy hasta llegar contigo. Me acompañó hasta el puerto y le pagó a unos marinos para que me subieran como pasajero en su barco pesquero. Les dio instrucciones para que me trajeran a Londres y esos buenos hombres así lo hicieron. Mosley me dijo que me ocultara, que caminara al mediodía entre la gente e intentara no llamar la atención hasta dar contigo. Algo difícil considerando como iba vestida, pero él me dejó en claro que era demasiado peligroso regresar por algunas de mis cosas a la casa o arriesgarme a que alguien me viera si compraba ropa en una tienda. Vivo o no, mi tío es mi tutor, y como tal, prácticamente le pertenezco. De encontrarme, me llevarían de vuelta con él, ya fuera para volver a vivir bajo su techo o para sentenciarme a la horca por haberlo asesinado.

—Lily, tú no le perteneces a nadie, ¿me oyes? —le dijo Evelyn, adoptando esa mirada dura y decidida que tan bien conocía su prima —. Y nadie te va a condenar.

—¿Quién va a creerme, Evelyn? —Lily se soltó a llorar otra vez—. Sabes lo poderoso que era él, nadie confiará en mi palabra.

—Tranquila, resolveremos esto. Lo prometo —la abrazó, permitiéndole desahogarse en su hombro—. Nadie va a hacerte daño otra vez. Lo prometo. Lo prometo.

CAPÍTULO 5

—Will, ¿te gustaría comer un poco de chocolate? —le preguntó Matt, ofreciéndole un trozo—. ¿Will? ¡William!

Will, que había estado absorto en la lectura de unos documentos legales, pegó un respingo.

—¿Qué?

—Seguro sólo estás espiando un catálogo de ropa femenina y finges trabajar. Dudo que el contrato del embarque de café sea tan interesante como para quedarte absorto en él e ignorar a tu hermano favorito —le reclamó Matt, dejando el chocolate en la mesa, a su lado.

—La verdad es que no he podido pasar de la primera hoja —se quejó Will, pasándose las manos por el rostro en un gesto cansino—. Creo que debo haberla releído unas veinte veces.

—¿Y eso por qué? —Matt se sentó a su lado, escrutando el rostro preocupado de su hermano—. ¿En qué estás pensando?

Will estrechó los ojos, negando con la cabeza.

—Esa chica. No puedo quitármela de la cabeza —soltó un suspiro —. Estoy seguro de que la he visto en alguna parte. ¿Pero dónde?

—¿Te refieres a la mujer a la que Evelyn ayudó esta mañana?

—Sí, ella —el rostro de William se crispó en una tortura silenciosa al recordar el estado en el que había llegado esa pobre muchacha. Las penurias que debió haber pasado—. Me siento en la obligación de ayudarla. No obstante, si no consigo recordar quién es ella, Evelyn no me permitirá acercarme, como lo hizo esta mañana en el vestíbulo. Sin embargo, por más que lo intento, no consigo recordar dónde la he visto antes.

—Si Evelyn la conoce, seguramente debe ser alguna amiga suya, una empelada o incluso una pariente lejana. Pudiste conocerla con anterioridad en cualquier momento, mientras ella estuvo con Ben.

—No, no es eso. Estoy seguro que la conozco de otro lado. Nada tiene que ver Evelyn. Sólo que no consigo recordar dónde —se dio un golpe en la frente, como si con ello pudiera despertar la memoria que se le escapaba.

—Will, conoces a mucha gente ¡y de todo el mundo! No puedes pretender recordar a cada persona que has visto en tu vida —Matt

intentó razonar con él—. Después de todo, has pasado buena parte de ella viajando en un barco, de un país a otro, conociendo a personas de todos los continentes.

—Lo sé, pero esto es diferente. Estoy seguro de haber visto a esa mujer antes y —un fuerte golpe en la puerta interrumpió sus palabras.

—¿Quién puede ser? —se preguntó Matt, observando a Will ponerse de pie para dirigirse a la puerta—. ¿Crees que Álex y Ben perdieron la llave de su habitación?

—O podría ser el tío Jack, que ha vuelto por más bocadillos —Will enmudeció abruptamente al abrir la puerta y ver a la persona al otro lado de la misma.

—Will —los ojos de Evelyn se abrieron con sorpresa—. Yo… Lo siento. Tenía entendido que ésta era la habitación de Ben.

—¿Qué quieres con Ben? —los ojos de Will se estrecharon con disgusto.

—Necesito hablar con él. Es sobre un asunto urgente.

—Será mejor que te mantengas alejada de Ben —rugió Matt, apartando a Will de un empujón en su ímpetu para abrirse paso hacia la puerta.

—Oye cálmate, ¿quieres? —Will le devolvió el empujón—. Actúas como un lobo rabioso.

—Benjamin no quiere verte, Evelyn. Será mejor que te vayas ahora mismo —continuó Matt, sin prestarle atención a su hermano.

—Debo hablar con él de un asunto privado y sumamente importante, ¡y no, no pienso irme hasta haber hablado con él! —añadió antes de que pudieran interrumpirla—. ¿Quieren dejar de comportarse como un par de niños y decirme dónde está? —Evelyn puso los brazos en jarra, molesta—. ¡Es urgente!

—¿Qué sucede, Evelyn? —la dura y seca voz de Benjamin silenció la discusión.

Evelyn se giró para encontrar a Ben en el pasillo, al lado de su hermano mayor, Alexander. Obviamente habían salido de compras, porque ambos llegaban con paquetes envueltos en papel de regalo. Y por las expresiones en sus rostros al verla, fue claro para ella que ninguno de los dos se alegraba de encontrarla allí.

La mujer tragó con fuerza e inspiró hondo, buscando darse valor antes de volver a alzar la cabeza, decidida a llevar a cabo su cometido. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Ben, de ese azul zafiro tan intenso, toda la fuerza de su espíritu pareció abandonarla.

Allí estaba él una vez más, el hombre al que había amado con todo su ser.

El hombre que, a pesar de todos sus esfuerzos por sacarlo de su vida y de su corazón, seguía amando sin poder hacer nada para evitarlo.

Y él la odiaba.

Se lo había buscado ella misma, lo sabía. No obstante, esa verdad no lo hacía menos doloroso para ella.

Se sintió trastabillar, pero ni siquiera lo notó. Todo cuanto podía sentir era su corazón palpitando con tanta rapidez, que podía oír su zumbido.

Él pareció notar su turbación, porque se aproximó a ella y en menos de un parpadeo se encontraba a su lado, sosteniéndola por el codo, para ayudarla a retomar el equilibrio.

La alta figura de Ben quedó a la vista ante ella, contrastando con la luz del pasillo, luciendo tan imponente como hermoso para sus ojos atormentados.

—Ben… —musitó ella, quedándose de pronto sin palabras.

—Evelyn —contestó él, sin demostrar la más mínima emoción en su rostro.

O eso aparentaba. Ella lo conoció bien en un tiempo, sabía que era capaz de ocultar sus emociones, sus verdaderos sentimientos. De los que ahora sólo había evidencia en la forma en como él apretaba la mandíbula al verla.

—¿Qué quieres? —preguntó Alexander como único saludo. Se había adelantado para quedar al lado de su hermano.

Evelyn tragó saliva al notar cómo sus ojos se habían ensombrecido al verla. Alexander podía ser un hombre muy amable y honorable, pero también muy peligroso.

Haciendo acopio de los restos de su valor, se incorporó por sí misma y lo encaró, mirándolo directo a los ojos.

—Necesito hablar con Ben —contestó con la voz más firme que pudo—. Benjamin, por favor. No te lo pediría si no se tratase de un asunto de extrema importancia —añadió, dirigiéndose directamente a Ben.

—Él no tiene nada que hablar contigo —contestó Alexander por él.

—Está bien —Ben lo interrumpió—. Vamos.

—Ben, no tienes…

—No —Ben le dirigió una mirada dura a su hermano—. No tengo. Pero voy a hacerlo. Ella dijo que es importante.

Alexander soltó un suspiro y se alejó, negando con la cabeza, molesto.

—Como quieras —masculló de mala gana, entrando en su propia

habitación y cerrando con fuerza la puerta tras él.

Ben negó con la cabeza de manera idéntica a la de Alexander. Su hermano mayor solía ser excesivamente sobreprotector con él y los otros. Aún los veía como pequeños cachorros a los que cuidar, y a veces actuaba incluso infantil al intentar protegerlos de lo que asumía podía causarles dolor. Como lo que había hecho con Will para evitar que viera a Evelyn en el vestíbulo, esa mañana.

Sí, la había visto. Pero él no era un masoquista, no deseaba hablar con ella. Y prefirió fingir que nunca lo había hecho, seguirles el juego.

No obstante, ahora que ella estaba allí, no podía voltear el rostro y fingir que ella no existía.

No culpaba a sus hermanos por intentar mantenerlo lejos de la que una vez había creído la mujer de su vida. Después de todo, ellos estaban al tanto de lo mucho que le había dolido el rompimiento con Evelyn.

Sin embargo, ahora que ella estaba en su puerta buscándolo, no podía hacerse de la vista gorda o el sordo, y fingir que no la había escuchado. No era masoquista, pero tampoco un cobarde. Y sin duda no iba a esconderse de Evelyn.

Además, algo que vio en ella, en esa forma de mirarlo, esa angustia reflejada sus ojos, le hizo saber que ella realmente necesitaba decirle algo serio.

—¿Estás seguro de esto, Ben? —le preguntó Will, entreabriendo la puerta.

—No tienes que hacer nada que ella te diga —refunfuñó Matt, a su lado.

—Tranquilos hermanos, entren allí y terminen su trabajo. Will, debes revisar los contratos. Y tú Matt, asegúrate de que las cuentas del cargamento cuadren. Alexander necesita los documentos terminados para esta tarde, debemos dejarlos listos antes de embarcarnos en la mañana, recuerden.

—No necesitas decírnoslo, lo sabemos bien —replicó Will—. Tú, por otro lado, no pareces tener idea de lo que…

—Nos vemos luego, Will —lo cortó Ben, tomando el pomo de la puerta y cerrándola en las narices de su hermano.

Evelyn abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Ellos realmente se preocupan por ti —dijo, sinceramente conmovida.

Le hubiese gustado contar con un puñado de hermanos que se preocuparan por ella la mitad de lo que ellos lo hacían por Ben. Sin duda los Collinwood eran muy unidos, siempre se cuidaban entre sí.

—Si no te molesta, querida, me gustaría mantener esta conversación en privado. Y eso no sucederá si nos quedamos en el pasillo —la interrumpió Ben, ofreciéndole el brazo.

Ella lo tomó con una mano más temblorosa de lo que había esperado, y se dejó llevar por el joven, lejos de las habitaciones de sus hermanos, a los que prácticamente podía ver del otro lado de las puertas, espiándolos.

Con pasos seguros, Ben la guio por el pasillo hasta la escalera de servicio y de allí hasta el portillo que conducía al tejado. Evelyn lo acompañaba con pasos rápidos, aunque algo trémulos, incapaz de mantenerse fría ante los recuerdos que se abalanzaban unos sobre otros, en su mente.

Hubo un tiempo en que esas escaleras fueron un sitio añorado para ella, las conductoras a aventuras secretas colmadas de risas y momentos robados al lado de Ben.

—Si este lugar sigue siendo tan solitario como lo era hace años, estamos a salvo para hablar en completa confidencia —anunció él, apartándose de su lado.

Evelyn se abrazó a sí misma, sintiendo un frío repentino con su lejanía.

—¿Y bien? —Ben la miró fijamente, escrutándola con esos ojos de un azul oscuro que una vez amó tanto. Que aún amaba tanto —. ¿Qué es lo que querías decirme?

Evelyn tragó saliva. Necesitó armarse de todo su valor para decidirse ir a pedirle ayuda a Ben. Sin embargo, ahora que lo tenía frente a frente, sentía que sus fuerzas se desmoronaban.

Cuando lo vio esa mañana en el hotel, sintió que el corazón se le paralizaba. Había intentado huir antes de que él la viera también, pero esos molestos valet la habían entretenido en el vestíbulo para pedirle instrucciones sobre el proceder que debían tener con una cliente que robaba cubiertos en el comedor. Intentó despacharlos lo más rápido posible, pero aquello le resultó imposible cuando un par de camareras se unieron a los varones, para solicitarle instrucciones. Aunque aquello terminó en algo bueno y no dejaba de dar gracias por ese momento, o de lo contrario no habría podido ver a Lily a tiempo para ayudarla.

De no haber sido por Will, seguramente su querida prima habría terminado herida por culpa de esos hombres, guardias del hotel, a los que Lily intentaba pasar. Así que sí, estaba agradecida por todo aquel revuelo de la mañana que la mantuvo fija, en ese lugar.

Por Lily habría hecho lo que fuera. Incluso encarar a Ben…

Y era por Lily por quien estaba allí ahora, encarando al único hombre capaz de hacerla temblar con su sola mirada, por el hecho de tener que enfrentarlo después de tantos años.

Por Lily. Debía ayudarla. No iba a permitir que su pobre prima sufriera un destino injusto y miserable.

Y no iba a acobardarse ahora.

Sólo se le ocurría una salida para su prima. Y sólo la conseguiría con ayuda de Benjamin Collinwood.

—¿Qué es lo que quieres, Evelyn? —insistió Ben, cruzándose de brazos, impaciente.

—Necesito pedirte un favor —dijo ella, notando lo imponente que lucía. No lo había visto en varios años, no tan de cerca, al menos. Sin duda estaba más alto de lo que lo recordaba, más fornido. Ya no era el muchacho escuálido y larguirucho, aunque sumamente apuesto, que recordaba de su juventud.

Aunque, a pesar del tiempo, aún conseguía hacer latir su corazón a toda velocidad, como en aquellos tiempos.

—¿Un favor? —repitió él, dirigiéndole una mirada tan helada que le causó escalofríos.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada.

Él soltó una risita fría, interrumpiendo sus palabras.

—Después de lo que hiciste, me sorprende que tengas la desfachatez de pedirme nada.

—No estoy aquí para hablar de nosotros o el pasado, Ben —dijo ella, tajante—. El favor no es para mí, es para una persona que lo necesita. Urgentemente —añadió, poniendo énfasis en esa palabra.

—¿Y por qué crees que debería interesarme en ayudar a alguien relacionado contigo? —le preguntó él, manteniendo esa mirada fría e impasible que comenzaba a sacarla de sus casillas.

—Eres muchas cosas, Benjamin Collinwood, pero no un hombre indiferente a la necesidad humana —sentenció ella, acercándose un par de pasos hacia él—. Eres un buen hombre, Ben. Por más que intentes parecer frío o indolente, sé que eres un buen hombre. Como sé que no podrás negarte a ayudar a una inocente que necesita de tu auxilio.

—Tienes demasiada fe en una causa perdida —espetó él—. Si esa persona necesita tanta ayuda, busca a alguien que pueda ofrecérsela. Yo tengo cosas más importantes que hacer.

—Ben, escúchame —lo detuvo por el brazo, aunque él no había dado ni un paso—. Por favor. Te lo suplico.

—¿Tú suplicas? —su voz sonó más sorprendida que sarcástica.

—Me pondré de rodillas si es necesario —las lágrimas asomaron por los ojos de Evelyn al alzar la mirada para verlo a la cara—. Ayuda a mi prima, Ben. Por favor.

Él permaneció impasible, su rostro frío en apariencia, pero sólo en apariencia. Ella sabía que era así. Lo conocía bien, a pesar de todo, del tiempo transcurrido, lo conocía. Y sabía que él nunca se mostraría indiferente ante la necesidad de una persona en aprietos. Tenía un corazón demasiado bondadoso como para permitir que otro ser humano sufriera.

—Está bien —dijo él al fin, tras lo que pareció una eternidad—. Te ayudaré, y a tu prima. ¿Qué es lo que necesitas?

Evelyn soltó un sollozo mezclado con un suspiro, y Ben se sorprendió al verla romper en llanto. Debió inclinarse para sostenerla antes de que ella terminara en el suelo, cuando sus piernas le fallaron.

—Gracias, Ben—le dijo entre sollozos, y para su sorpresa, ella lo rodeó por el cuello, abrazándolo con fuerza—. Gracias… No sabía qué hacer… Gracias…

Ben le palmeó la espalda, sintiéndose un poco tonto, aturdido por aquella repentina muestra de aflicción. Tenía a Evelyn por una mujer dura, de carácter fuerte y un tanto frío. Nunca la había visto romper en llanto o perder el temple como en ese momento.

La sintió estremecerse entre sollozos bajo sus brazos, y esta vez no pudo fingirse indiferente. La abrazó contra su pecho, intentando consolarla. Aunque no tenía idea del motivo. Y por ahora, no le importaba.

—Lo siento, yo… —Evelyn dijo tras un largo rato, apartando el rostro de su pecho para secarse las lágrimas—. Soy un desastre. Creo que te he arruinado la camisa.

—Está bien, no pasa nada —le respondió él, ofreciéndole su pañuelo para que ella pudiera sonarse.

Ella se limpió el rostro y lo miró con gesto avergonzado.

—Lo lavaré y te lo daré de vuelta.

Ben negó con la cabeza.

—Quédatelo —esbozó una ligera sonrisa que a sus ojos lo hizo lucir joven una vez más, recordándole al muchacho amable y cariñoso que había conocido años atrás.

Ella sonrió también, incapaz de apartar la mirada de esos ojos tan azules, que aún conseguían hacerla perder la razón.

—Y bien.

—¿Y bien? —repitió ella, sin comprender.

—Supongo que si he de ayudar a esa prima, cuyo bienestar tanto te

preocupa, deberías comenzar por decirme de quién se trata, ¿no te parece?

Ella soltó una risita nerviosa, y asintió.

—Es cierto. Yo… Lo siento, me he comportado como una completa tonta desde que llegué. Ni siquiera te he dicho quién es.

—¿Se trata de la chica a la que recibiste esta mañana en el hotel? —él interrumpió su diatriba.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Will nos comentó lo sucedido —respondió él, cortante—. Y su preocupación por el estado en que la muchacha llegó.

El rostro de Evelyn se endureció por el dolor ante el recuerdo de la imagen de Lily esa mañana.

—Aunque no pudo decirnos quién es ella —concluyó Ben, aguardando para que ella se lo aclarase.

—Su nombre es Lilianne, Lilianne Wadlow.

—¿Lilianne Wadlow? —Ben frunció el ceño al escuchar ese nombre —. Me suena familiar. ¿Tiene alguna relación con los Wadlow de Kent?

—Sí, la tiene. Su familia vivió en una propiedad vecina a la de tu familia en Kent, cuando Lily era niña —le contó Evelyn—. Después de morir sus padres y Meredith, su hermana mayor, cuando su barco naufragó, ella se mudó a vivir a Calais, con nuestra tía Amalia y su esposo Edgar. El hombre que convirtió su vida en un infierno.

Ben no necesitó más explicaciones. Su rostro se crispó por el enojo, a pesar de su intento de mantenerlo a raya.

—Lily ha pasado por cosas horribles, Ben. Pero ella es buena y valiente, no tienes idea de todo lo que debió vivir para escapar de ese hombre y llegar aquí —sollozó—. Sin embargo, todo su esfuerzo podría ser en vano si la encuentran. Su vida corre peligro, Ben, es por ello que he venido a pedir tu ayuda. Nadie debe saber quién es ella ni que ha de acompañarlos.

—¿Acompañarnos? —Ben arqueó una ceja, interrogante—. ¿A dónde no va a acompañar exactamente?

—A México —contestó Evelyn, alzando el mentón en ese gesto desafiante que él tan bien recordaba de ella—. Lily debe ir con ustedes a México, y nadie debe saber quién es en realidad o la colgarán, y a ustedes por ayudarla.

Los ojos de Ben se endurecieron al escuchar esas palabras.

—Puede que mi prima sea buscada por asesinato, Ben. No fue su culpa —le aclaró enseguida—, sólo se estaba defendiendo de un

canalla… Te contaré todo a detalle, lo prometo. Sólo quiero asegurarte antes de que te niegues, de que ella es inocente. O al menos no lo hizo con perfidia. Lily nunca lastimaría a nadie a propósito —le aseguró—. Sin embargo, es riesgoso ayudarla. Tanto para ti como para tus hermanos. Y si no deseas ponerte en riesgo o a tu familia, lo entiendo. Buscaré otro modo de ayudarla si te niegas, y lo comprenderé, estás en todo el derecho.

—Ya te he dicho que la ayudaré —la interrumpió Ben, cortante—. Y cuando doy mi palabra, la cumplo.

—Ben —los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas.

—Querida, no llores de nuevo. No traigo más pañuelos.

Ella soltó una risita, negando con la cabeza mientras se volvía a limpiar los ojos con el pañuelo usado.

Intentando mantener la calma, le relató a Ben todo cuanto sabía de los hechos que habían acompañado a su prima durante su vida, incluido que había sido su vecina cuando ellos eran niños.

—Sí, ahora la recuerdo —comentó Ben, sonriendo ligeramente—. Will tenía razón, como siempre. No dejaba de mencionar que había visto a Lily con anterioridad. Se sorprenderá cuando…

—¡No! —lo interrumpió Evelyn—. Es importante que él no sepa quién es en realidad. Nadie debe saberlo, Ben. Ya es suficiente con que tú lo sepas —le dirigió una mirada llena de preocupación—. Créeme, si tú no tuvieras que involucrarte en esto… Nunca te pondría en peligro. Yo…

—Mientras menos personas conozcan quién es ella en realidad, será más sencillo mantener su identidad en secreto, entiendo —dijo él, cortante.

No era capaz de mantenerse firme cuando ella lo miraba así, como si él realmente le importase.

—Será lo mejor —convino ella apenada, bajando la mirada.

—Concuerdo contigo —asintió Ben. Y así era. Si iban a colgar a alguien por ayudar a Lily a escapar, no permitiría que fuera a sus hermanos. Prefería cargar ese peso él solo, con esa responsabilidad. Lo mejor es que ignoraran la verdadera identidad de esa chica—. Deberemos crearle una nueva identidad, otro nombre, una historia que pueda contar sin correr peligro de revelarse a sí misma —pensó en voz alta—. Será mejor que comience a pensar en todo eso. Debo hablar con Alexander, sin duda él no se opondrá. Tú debes ir con ella y comenzar a alistarla. Vístela con ropas de sirvienta.

—¿Sirvienta?

—Sí, o mejor, como una mucama del hotel. La gente la notará

menos si luce como una mucama —le explicó él—. La sacaremos de aquí por la puerta de atrás.

—¿Crees que realmente funcionará? —le preguntó Evelyn, temblando en medio de la turbación que la acompañaba.

Él sonrió, ahuecando ambas manos sobre su rostro, en un intento por apaciguarla.

—Confía en mí —le dijo con voz suave, posando su frente contra la de ella en un gesto que resultó tan familiar como doloroso por el recuerdo.

—Siempre —ella sonrió, mirándolo con ojos iluminados por las lágrimas.

—Tranquila, todo saldrá bien. Te juro por mi vida que haré todo lo posible por poner a salvo a Lily.

—Ben, lo siento. Nunca te habría puesto en peligro, ¿lo sabes, no es verdad? Lily es como mi hermana —sollozó—. No podría soportar que…

—No te preocupes, Eve, ella estará a salvo con nosotros —le dijo Ben con voz amable—. Cuidaremos de Lily y le procuraremos un buen hogar con nosotros en México.

Evelyn le rodeó el cuello con los brazos y se inclinó sobre su rostro, en un movimiento familiar, sin pensar, llevada por la emoción del momento. Ben se estremeció al sentir su aliento sobre su boca una fracción de segundo antes de que sus labios rozaran los de ella en un beso tan suave como fugaz.

Muy fugaz.

Fue como si ella despertara de un sueño, y, notando lo que estaba haciendo, se apartó de él. Su rostro, antes colmado de emociones, ahora lucía tan distante como antes, mientras ella luchaba por recobrar el control de sus emociones.

—Gracias Ben, sé que será así. A nadie más le confiaría la vida de Lily —le dijo con voz temblorosa—. No sabes lo mucho que te lo agradezco.

Y era cierto, él estaba poniendo en riesgo su vida, quizá la de su familia entera, al llevar a Lily con ellos.

—Ni lo menciones.

—Por supuesto que debo hacerlo —se acercó y tomó su mano, pero él la apartó.

—No lo menciones, porque no lo hago por ti. Lo hago por ella —le dijo él, adoptando una vez más esa expresión fría en la mirada que ella comenzaba a detestar—. Esa chica no merece ir a la horca por evitar que un desalmado la matara. Es justo salvarla, y tanto mis

hermanos como yo lo entendemos. No tienes nada que agradecer. Ahora, si me disculpas, debo hablar con mis hermanos. Nos veremos mañana en la puerta de la servidumbre, al despuntar el alba.

Ella asintió y vio con tristeza como él, el hombre que una vez había amado, y que sin duda seguía amando, le dedicaba una mirada tan fría como el hielo antes de darle la espalda y marcharse, dejándola sola en ese tejado.

CAPÍTULO 6

Lily se echó una mirada rápida en el espejo y sintió el deseo de reír al ver su reflejo, vestida con ese uniforme de mucama. No es que le causase risa en realidad, pero estaba tan nerviosa que seguramente cualquier cosa podría hacerla explotar en carcajadas.

Un golpe en la puerta la devolvió a la realidad. Evelyn, después de dejarle un uniforme de mucama dispuesto sobre la cama, le había dicho que volvería en unos minutos, después de que se cambiara.

—Adelante —dijo con voz trémula a causa de los nervios, cogiendo la cofia del tocador para colocársela.

Y por poco se le cae de las manos cuando al que vio asomarse por la puerta fue a Will.

—¿Estás lista? —le preguntó él en un murmullo tan bajo que ella casi no pudo oírlo.

—Sí —Lily sintió que el corazón se le aceleraba cuando él entró en la habitación.

—Excelente, es hora de irnos —le dijo, abriendo completamente la puerta para permitirle pasar—. Vamos, te llevaré al sitio donde nos encontraremos con los demás.

Ella asintió y se dirigió al armario, donde colgaba el abrigo que su prima le había dejado, al lado de una abultada valija que contenía algunas cosas que llevaría consigo, también gracias a la generosidad de Evelyn.

—Deja las cosas, una mucama no anda por ahí llevando su propio abrigo y maleta —le dijo Will—. Matt vendrá por esto más tarde. Él es bueno trepando por las ventanas.

—¿Trepando por…?

—Vamos, debemos marcharnos antes de que los demás criados despierten —la apuró, tomándola por el codo. Lily se quedó sin habla, los nervios le impedían pensar con facilidad, y al parecer le habían borrado completamente el vocabulario de la mente.

Will la llevó consigo a través de las escaleras de servicio y luego por los pasillos destinados al movimiento del personal, hasta la cocina. Al dirigirse a la puerta que conducía al patio trasero, Will por poco choca con un hombre muy sucio, que con evidente esfuerzo, llevaba

un cubo de hielo cargado sobre el hombro con unas enormes pinzas.

—Muévete de una vez, esto pesa una tonelada —le gritó el hombre, hablando con un acento de los barrios bajos, haciendo un enorme esfuerzo para mantener su carga en equilibrio.

Lily se sorprendió de que el hombre le hablara de manera tan grosera a Will, y fue entonces cuando lo notó. Will iba vestido como un camarero del hotel. Había estado tan sorprendida de verlo, que ni siquiera había notado lo que él llevaba puesto.

—Descuida, un poco de ejercicio te vendrá bien —Will le dio el paso al hombre, dejando la puerta abierta para que él pasara.

Lily notó que Will la miraba de reojo y entonces se percató de que le estaba haciendo gestos para que se marchara por la puerta, aprovechando la oportunidad de distracción que les daba el hombre del hielo. Ella dio un respingo y prácticamente voló afuera.

Aunque a medida que se alejaba del hotel, se dio cuenta de no tenía mucha idea de lo que debía hacer a continuación. Nadie le había dado instrucción alguna al respecto.

Se detuvo a mitad del patio, junto al carromato del vendedor de hielo, mirando en derredor, intentando descifrar qué era lo que se suponía debía hacer en ese momento.

Una sombra salió de la nada y la tomó por la cintura, al tiempo que la envolvía en una manta.

—Vamos, de prisa, sube al carro —escuchó a Will susurrarle al oído. No tenía idea de en qué momento había llegado, no lo había escuchado acercarse.

Lily se sintió alzada por la cintura y en un instante estuvo dentro de la caja trasera del carro, rodeada de los cubos de hielo. Will se dio prisa en subir a su lado, y para su sorpresa, comenzó a desvestirse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con una voz que sonó tan aguda como el chillido de un cuervo.

—Debemos quitarnos los uniformes. Aquí, en el hotel, nos vuelven invisibles, pero allá afuera, en las calles, llamarán la atención.

Lily notó su boca abriéndose de golpe cuando el torso de Will quedó desnudo ante ella, perfecto y dorado, como una estatua de oro. Sabía que debía desviar la mirada, que no era correcto quedarse mirando, pero sencillamente no podía apartar la vista de él.

—Tranquila, todo saldrá bien —le dijo él en tono tranquilizador, asumiendo que su aturdimiento era causado por el miedo.

—Eh… Sí, gracias —musitó ella, apartando la mirada y arrebujándose en la manta para ocultar sus mejillas, que en ese momento sentía arder por la vergüenza.

—Toma, esto es para ti. No debes quitarte la ropa, sólo colócalo sobre el uniforme. La idea es que luzcas como una mujer más obesa y de mayor edad —le alargó un vestido tan burdo como una túnica y una peluca bastante fea y desaliñada—. Tu color de pelo es muy llamativo y está demasiado limpio, esto lo cubrirá —le explicó—. Tienes que lucir como una mujer que pasa buena parte del día en las calles, trabajando junto a su marido.

—¿Marido? —la garganta se le secó.

—Querida mía, ahora eres la esposa del vendedor de hielo —le dijo una voz familiar, hablando con ese acento de los barrios bajos. Ella se sorprendió al ver que se trataba del vendedor de hielo, luciendo de pronto mucho más joven y agradable, sonriendo alegremente mientras introducía al carro una maleta y un abrigo.

De hecho, notó Lily en seguida, su equipaje y abrigo. ¿Cómo tenía sus cosas?

—Esposa, será mejor que guardes este abrigo dentro de la bolsa. No querrás perder una prenda tan valiosa —le dijo, esbozando una sonrisa perfecta con unos dientes muy blancos, que resaltaban en esa tez oscura y manchada de suciedad.

—Matt, ¿quieres dejar el jueguito de una vez para que podamos largarnos de aquí? —lo apuró Will, terminando de colocarse una camisa bastante sucia sobre su perfecta y hermosa piel—. Nos estamos congelando el cu… cuello aquí —se corrigió, antes de terminar la primera palabra.

—Descuida, un poco de frío te vendrá bien —replicó Matt, usando sus mismas palabras, antes de apurarse en cerrar las puertas traseras, dejándolos en la semioscuridad del interior del carro, iluminado sólo por la pequeña ventana que daba al asiento del conductor, donde ahora su hermano tomaba asiento.

—¿Matt? —Lily arqueó las cejas, sorprendida—. ¿Pero cómo…?

—Haría lo que fuera por mi esposa —anunció Matt, asomando la nariz por la ventanilla—. Incluso trepar a la torre más alta para recuperar sus pertenencias.

—¿Que hiciste qué?

—Te dije que ese mocoso era bueno trepando por las ventanas —rio Will al ver los ojos de la chica abriéndose todavía más a causa de la sorpresa.

—¿Quieres decir que Matt subió hasta mi habitación y entró por la ventana, para traer mi equipaje? ¡Pero si son seis pisos!

—Un vendedor de hielo no anda por los pasillos del hotel —le contestó Will, encogiéndose de hombros antes de meter la cabeza por

un raído y sucio suéter tejido de lana marrón.

—Pero eso es peligroso, Matt, no debiste hacerlo, ¡pudiste romperte el cuello! —Matt chasqueó la lengua y el carro dio una sacudida cuando el caballo comenzó a andar, poniendo al coche en movimiento, y silenciando a Lily, quien, tomada por sorpresa, resbaló de su asiento y cayó sobre el regazo de Will a causa de la inercia.

—Esa es una buena forma de calentarse, Will, pero te advierto que si le pones un dedo encima a mi esposa, te daré una paliza —le advirtió Matt a través de la ventanilla, soltando una carcajada.

—Cállate de una vez, pedazo de animal o te cerraré la boca a puñetazos —espetó Will, molesto, ayudando a Lily a volver a su lugar en el asiento improvisado sobre un cubo de hielo, a su lado.

Lily sintió que las mejillas se le calentaban al sentirse rodeada por los brazos de Will. Incapaz de decir nada lógico o coherente como le habría gustado, se quedó quieta y en silencio, aguardando a llegar hasta donde tenían planeado ir.

Evelyn le había explicado la noche anterior que los hermanos Collinwood iban a ayudarla a escapar de Inglaterra y la llevarían consigo a su hacienda, en México, donde podría vivir a salvo. Y a pesar de que la idea de marcharse y dejar a Evelyn atrás no le gustaba, entendía que no había otra salida. Si la policía la encontraba, la enviarían a la horca.

No le habían relatado mucho más del plan, al parecer era algo que tramarían entre los hermanos. Evelyn le había pedido que confiara en lo que ellos le hiciesen hacer, Ben le había dado su palabra de ayudarla, y estaba segura de que él cumpliría.

Algo que Lily no necesitaba que su prima le dijera. Ella recordaba muy bien lo buenos que habían sido sus vecinos en su niñez, sus padres eran personas sumamente honorables y bondadosas, y estaba segura de que sus hijos debían haber crecido a su imagen y semejanza. Además, Will formaría parte del plan, y ella confiaba plenamente en Will.

Se detuvieron abruptamente y Lily estuvo cerca de volver a perder el equilibrio, pero esta vez Will estaba preparado, y detuvo su caída antes de que ella terminara otra vez encima suyo.

La puerta no tardó en abrirse y por ella se asomó Matt.

—Vamos, esposa —le dijo con ese acento tan extraño en él, estirando una mano para ayudarla a bajar.

—Ve con él, es tu marido ahora, ¿lo recuerdas? —le dijo Will, infundiéndole confianza.

—¿Tú no vendrás? —le preguntó Lily, sin querer dejarlo atrás.

—Los alcanzaré enseguida, no te preocupes —le guiñó un ojo, ayudándola a levantarse para salir de allí sin resbalar entre los charcos y los cubos de hielo que los acompañaban en ese carro.

Matt la tomó de la mano de una manera bastante familiar, al menos para los ojos de los extraños, y la condujo por un callejón hasta un establo cercano. Juntos lucían como una pareja de mediana edad; él de apariencia encorvada y nervuda, ella bastante robusta bajo tantas capas de ropa, con el pelo raído y algo canoso, a causa del duro trabajo. No llamaban la atención de nadie, lucían tan comunes como la gente que los rodeaba, caminando a esas horas tempranas de la mañana, para ir a sus trabajos.

Atravesaron por un callejón bastante abarrotado a pesar de la hora y caminaron entre la gente hasta llegar a un bar cerrado. Una mujer de aspecto duro les abrió la puerta sin decir palabra y los condujo a la parte trasera, y de ahí a través de un diminuto y maloliente patio trasero hasta llegar a una especie de cobertizo cerrado, donde encontraron a Ben y a Evelyn aguardándolos.

—¡Evelyn! —exclamó Lily, corriendo a abrazar a su prima—. Temí no volver a verte para despedirnos.

—Nunca te hubiese dejado marchar sin antes decir adiós —Evelyn la abrazó también—. Dios mío, jamás te hubiese reconocido de verte en la calle. ¿Qué traes puesto? Luce como un saco de patatas.

Lily soltó una risita que se vio interrumpida por el sonido de la puerta abriéndose una vez más.

—Ya tengo los pasajes —Alexander entró en ese momento, quitándose un abrigo viejo y un bigote falso que lo hacía lucir varios años mayor—. ¿Dónde está Will?

—Fue a devolver el carro de hielo al hombre al que se lo rentamos en los establos —le explicó Matt—. ¿Los criados están ya listos con los baúles del equipaje?

—Así es —asintió Ben—. Antes de salir del hotel me aseguré de que estuviera ya todo cargado sobre los coches, y di instrucciones de encontrarnos en el puerto.

—Excelente, en ese caso, sólo nos faltaría Will.

—Aquí estoy —la voz animada de Will alegró el corazón de Lily al verlo aparecer por esa desvencijada puerta. Incluso vestido con ese feo y viejo suéter y esos pantalones manchados y raídos, lucía imponente y tan apuesto como para quitar el aliento.

Él los observó con el ceño fruncido, como si notara algo que le molestara.

—¿Aún no están listos? Tenemos poco tiempo.

—Es cierto, démonos prisa —convino Alexander—. Matt, ven conmigo.

—Vamos, Lily, tú también debes apurarte —Will se acercó a Lily y tomándola por el brazo, la condujo hasta una escalerilla que comunicaba con una especie de buhardilla.

Ella apoyó las manos sobre los maderos, dispuesta a subir, cuando notó que él no la seguía.

—¿No vienes?

Él arqueó una ceja.

—Me gustaría, pequeña, pero me temo que no sería algo honorable en un momento como éste.

Álex le dio un coscorrón.

—No lo escuches, Lily. Sube tú sola, y date prisa, por favor.

—Pero —se sintió tonta por tener que preguntar—. ¿Qué debo hacer?

—Arriba hay una muda de ropa para ti —Alexander le explicó pacientemente—. Cámbiate y coloca tus vestimentas en la bolsa de lona que hemos dispuesto para ti, sobre la mesa. Y por favor, hazlo lo más rápido posible.

—De acuerdo —Lily asintió y empezó a subir lo más rápido que pudo por la inestable escalerilla.

—¿No le explicaste? —Alexander le preguntó a su hermano una vez que ella los dejó a solas.

—No me dio tiempo —Will se encogió de hombros—, apenas comenzábamos nuestra conversación cuando tú nos interrumpiste.

—O tal vez querías subir con ella y explicarle paso a paso —su hermano le dedicó una mirada fría.

—Si es lo que ella hubiese deseado, no soy nadie para negarme a los deseos de una dama.

Alexander rodó los ojos.

—Te conozco, hermano. A pesar de tus muestras de fanfarronería, sé que estás preocupado por el bienestar de esa chica. Temes que si el hombre que la busca, la llegase a encontrar…

—Eso sobre mi cadáver.

Alexander le dio una palmada colmada de afecto en el hombro a su hermano. La noche anterior, después de que Ben le había explicado la situación, decidieron entre ambos ocultarle a los dos menores parte de la verdad. Will y Matt sólo sabían que iban a ayudar a una chica a escapar de un tirano que había intentado abusar de ella, aprovechándose de su título como su tutor. Una joven que, coincidentemente, era también prima de Evelyn.

Y que, claro, si el hombre llegase a dar con ella, usaría ese poder legal para llevarla de vuelta consigo, de ahí la importancia de sacarla del hotel y hacerla viajar en el más completo anonimato, de modo que el hombre ya no pudiera rastrearla.

En cuanto al resto de la verdad, era algo que sólo quedaría entre Ben y él.

Al principio, Ben no había querido relatarle toda la historia a su hermano mayor. Pero Alexander lo conocía muy bien y enseguida intuyó que le ocultaba algo, por lo que insistió hasta que Ben cedió y le reveló toda la verdad.

Finalmente, entre ambos, decidieron que la idea de Evelyn era buena y que lo mejor sería seguir su plan, sin que sus hermanos menores supieran la verdad y el peligro que aquel conocimiento acompañaba.

—¿Cuál es el plan ahora? —preguntó Evelyn, mirando a la pared mientras los hermanos se cambiaban de ropa.

—Tú regresarás al hotel en el coche de alquiler que te está esperando afuera —le explicó Ben—. Y nosotros nos marcharemos al puerto, con Lily.

—De hecho, ustedes tres se marcharán al puerto para encontrarse con los criados que nos acompañarán a México —lo interrumpió Alexander—. Lily y yo iremos aparte, y les daremos alcance después en el barco —lo había decidido con anterioridad. Si los atrapaban, sería solamente a él a quien acusarían. No permitiría que sus hermanos corriesen ningún riesgo.

—¿Otra vez estás asumiendo el papel de hermano mayor sobreprotector, Alexander? —refunfuñó Will—. Porque no irás solo, no te dejaremos.

—No les estoy preguntando.

—La respuesta es no, ¿me oyes? —intervino Ben—. No irás solo. Ni en un millón de años.

—Todos acordamos participar en esto, sabemos los riesgos —añadió Matt—. Y nos mantendremos unidos hasta el final, ¿está claro?

—Deben entender…

—No, Alexander —lo cortó Will, tajante—. No vamos a discutirlo. Estamos juntos en esto. Todos aceptamos y estamos dispuestos a sufrir las consecuencias que sean necesarias. Y no caeremos sin pelear. Mejor que nos atrapen a los cuatro juntos y no a ti solo.

Alexander suspiró, buscando la manera de razonar con sus hermanos.

—Además, considera esto, Alexander. Si vamos todos juntos, con

los mozos y los baúles, la chica no llamará tanto la atención —argumentó Matt.

—Eso sí que llamará la atención de la gente y de las mujeres. Ellas no suelen quitarte los ojos de encima. Seguramente querrán saber quién es la dama que te acompaña y les está comiendo el mandado —Will le dijo en tono burlón, sabedor de lo atractivo que resultaba su hermano para las damas.

—En realidad, no creo que eso ocurra —Alexander sonrió, divertido, señalando con un gesto de la cabeza la parte superior de la buhardilla, por donde en ese momento se asomaba la figura de un muchacho.

—Estoy lista —anunció Lily, con voz tímida.

—¿La has disfrazado de mozo? —preguntó Will, frunciendo el ceño, molesto.

—Es una idea excelente —comentó Matt, riendo—. Nadie buscará a un muchacho.

—Siempre debes quitarle la diversión a todo —replicó Will.

—Baja aquí y deja que te echemos un vistazo —le pidió Alexander, extendiendo una mano para ayudarla a bajar por la escalera.

Con las piernas temblorosas a causa de los nervios, Lily tomó la mano que él le ofrecía y terminó de bajar la escalera, para situarse delante de ellos, sintiéndose más incómoda que nunca en su vida.

Y más cuando notó que Will no dejaba de mirarla de una forma extraña, molesta.

La ropa que había encontrado Lily era la de un muchacho, por lo que debió zambullirse en unos pantalones desgastados que le quedaban un poco ajustados en las caderas y una camisa raída y vieja, que hacía juego con la chaqueta de lana que debió ponerse encima. A pesar de no poseer grandes atributos, debió colocarse una venda en el pecho, con el fin de mantenerlos ocultos, y también recogerse la larga melena roja en un moño que quedó escondido bajo un gorro muy grande para su cabeza.

Se sentía extraña usando esas ropas de hombre, pero estuvo segura de que no le quedaban bien cuando notó los ojos de Will tan fijos en ella… O mejor dicho, en su parte trasera.

Alexander le dio un codazo en las costillas a su hermano para sacarlo de su embotamiento.

—Ese par de pantalones no te van para nada, chiquilla —le dijo él abruptamente, fingiéndose molesto y apartando al fin la vista de su trasero, que esa prenda, demasiado ajustada para ella, conseguía resaltar de manera tan artística y llamativa—. Creo que debimos elegir

unos pantalones más holgados. Deberías usar una chaqueta encima. O un abrigo, mejor. Sí, un abrigo, largo hasta los tobillos —se alejó para buscar la prenda entre las cosas que habían traído con ellos.

—Eso no es importante ahora, sólo sacarla de aquí de una pieza —Ben se acercó a ellos, llevando un bote de grasa en la mano.

—¿Qué piensas hacer con eso? —le preguntó Will, aproximándose con el abrigo que había elegido para ella.

—Voy a darle un toque de realismo al rostro de nuestra buena amiga, ningún mozo de establos tiene la piel tan limpia o tan blanca —con cuidado, Ben le distribuyó la grasa por el rostro—. Listo, ahora parece que has estado un par de días puliendo las monturas de tus señores.

—Sí, eso o que se cayó de narices dentro de un frasco de betún de zapato —dijo Will, mordaz—. Anda, niña, ponte el abrigo encima —le pidió de forma un tanto brusca, ayudándola a colocarse la prenda encima, no sin antes echarle una última mirada a su bien formado trasero.

—Yo creo que ayuda para el disfraz. Quizá si añadimos también un poco de esto —Matt se acercó con algo oscuro y redondo en la mano.

—No irás a ponerle estiércol de caballo —exclamó Evelyn, que había guardado silencio hasta entonces.

Lily abrió mucho los ojos, espantada.

—Por supuesto que no, es carbón —Matt abrió la mano para que la muchacha pudiera ver lo que llevaba en ella, antes de hacerlo polvo entre sus dedos y mancharle el rostro con él, y buena parte de las ropas—. Los chicos de los establos suelen dormir en el suelo, o en las cocinas, cerca de las chimeneas. Y ya que ahora es invierno…

—Ahora eres una cenicienta —Evelyn miró a su prima con ojos llorosos, antes de acercarse para abrazarla.

—Voy a ensuciarte el vestido.

—Eso no importa, ven aquí —abrió los brazos y Lily permitió que su prima la envolviera en ellos con fuerza.

—Voy a echarte mucho de menos.

—Cuídate mucho, pequeña, te lo suplico —le pidió Evelyn, haciendo un esfuerzo descomunal por no llorar.

—Gracias por tu ayuda, querida prima. No sé qué habría sido de mí sin ti.

—No lo menciones siquiera. Sabes que cuentas con mi apoyo incondicional.

—Siento interrumpir, pero debemos marcharnos ya —Alexander les dijo en tono serio y solemne, comprendiendo el difícil momento que

ambas mujeres debían estar viviendo—. Mientras más temprano lleguemos al puerto, menos gente nos encontraremos.

—Tiene razón —Evelyn se secó las lágrimas—. Anda, ve y cuídate mucho, mi querida prima —Evelyn le dio un último abrazo—. Te escribiré todos los días, lo prometo.

—A nombre de la señorita Collinwood, no lo olvides —le dijo, recordando el seudónimo que usaría para que nadie fuera a sospechar, si llegaban a rastrear sus cartas.

—Lo sé, ahora eres parte de ellos —sonrió Evelyn, dirigiéndole una mirada colmada de afecto a Lily, antes de mirar a Ben—. Gracias.

Él asintió como única respuesta y se alejó hacia la puerta.

Los demás lo siguieron, dejando al final a las mujeres para que terminaran de despedirse.

—Adiós, hermanita del alma. Cuídate mucho —le dijo Evelyn por última vez.

—Lo haré, no te preocupes por mí. Estaré bien —Lily se forzó por sonreír a pesar de las lágrimas—. Tú también cuídate mucho, no permitas que el hotel absorba toda tu vida.

—No te prometo eso último, pero cuenta con lo primero —sonrió, despidiéndose con la mano—. ¡No olvides escribirme!

—Lo prometo —Lily miró por última vez a su prima antes de subir a un caballo que Will mantenía sujeto para ella.

Los demás subieron a sus monturas y ella los siguió en su caballo, intentando mantener a raya las lágrimas.

—No te preocupes, no permitiremos que nada malo te suceda —le dijo Will en voz baja, mirándola con esos ojos tan intensos y azules, que ella había adorado en secreto por tantos años.

—Gracias, Will.

—Ahora, pequeña, intenta no llorar o arruinarás tu maquillaje —añadió antes de darle una palmada a su caballo para hacerlo galopar.

Ella soltó una risita, olvidando las lágrimas por ese fugaz momento de alegría, al tiempo que hacía avanzar a su montura tras la de él, lista para iniciar la vida que fuese que el destino le tenía deparada en adelante.

CAPÍTULO 7

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Will, mientras se apeaban de sus monturas.

—Un poco —admitió Lily, sintiendo la garganta seca. No podía dejar de mirar en derredor con temor de que en cualquier momento alguien apareciera y se la llevara a rastras lejos de allí, para encerrarla en una torre donde sería condenada a muerte. Y lo peor de todo, que ella involucrara a aquellos buenos hombres en su problema.

—Tranquila, todo estará bien —Will le dedicó una de esas sonrisas que parecían ser siempre capaces de subirle el ánimo—. Ahora, intenta mantener la cabeza gacha, los mozos de cuadra no suelen mirar a los ojos a sus señores. No es que crea que no sea correcto, pero ellos no suelen hacerlo —aclaró cuando ella le dirigió una mirada dura.

—Tampoco suelen montar a caballo, sino ir caminando atrás de sus amos.

—Somos los Collinwood Lobos, todos saben que somos excéntricos y que tratamos bien a la gente a nuestro servicio. Y por cierto, no seas respondona, un mozo no lo sería.

—De acuerdo —ella se dio prisa en agachar la cabeza.

—Baja un poco los hombros y encórvalos hacia delante —le dio un ligero empujoncito—. Eso, que parezca que desearías estar en cualquier otro sitio, menos aquí.

—Créeme, lo deseo.

—¿Qué te dije de ser respondona?

—¿Se supone que no diga nada?

—¿Te gusta respirar? —él arqueó una ceja, adoptando una expresión dura en su mirada, a pesar de que aún sonreía—. Porque dudo que consigas seguir haciéndolo por mucho tiempo si ese hombre que te busca llega a dar contigo.

Ella abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Es que tú sabes? Creí que tú no lo sabías… —tartamudeó, nerviosa.

Will apoyó una mano en su hombro, dedicándole una sonrisa amable.

—Las marcas de manos en tu cuello aún no se borran, pequeña. Ben y Matt fueron amables en inventar las historias de los lustrabotas y el hollín, pero la verdad es que intentaban cubrir los moratones que aún llevas encima.

—No es raro que un mozo tenga moretones —replicó, a la defensiva, avergonzada de que él tuviera que verla en ese estado—. Sus amos no suelen ser amables con ellos.

—Nosotros no golpeamos a la gente a nuestro servicio. Mucho menos a un muchacho. Es cuestión de honor —la voz de Will se endureció al hablar—. Hubieras llamado la atención, quizá no tanto entre la gente de la alta, pero sí entre los criados. Ellos nos conocen, son gente de confianza y conocen nuestras costumbres. Saben que no golpeamos a nuestros criados. Sabrían que vienes de afuera, harían preguntas. Y lo mejor es que no se centren en ti, no demasiado al menos. No te conocen, después de todo, serás el nuevo. Y supongo que eso será imposible de ocultar —señaló la venda en su mano, que cubría su dedo roto.

Ella frunció el ceño, ocultando su mano con la otra.

—Tienes razón —musitó con voz entrecortada—. No diré nada. Actuaré bien mi papel, lo prometo. Haré cuanto me pides, Will.

—Señor —la corrigió.

—Señor —repitió, obediente.

—Señor todopoderoso y extraordinariamente apuesto que nubla mis…

—¡Will! —ella soltó una risita al comprender que le estaba tomando el pelo—. Lo siento —ella se mordió la lengua—. Señor, ya ha quedado claro.

—Eso es —él esbozó un amago de sonrisa—. No te preocupes, muchachito. Será por poco tiempo que debas morderte la lengua, dentro de unos días estaremos en las bellas costas de México y no tendrás que volver a preocuparte por nada.

Lily no dijo nada.

—¿No vas a agradecerme?

Ella alzó la vista, confundida.

—Pero si acabas de decirme…

—Puedes, no, mejor dicho, debes contestarme cuando te hago una pregunta.

—No me has hecho una pregunta —replicó ella, comenzando a perder la paciencia.

—Te estoy ofreciendo un regalo importante, querida mía, la idea de la prosperidad de una buena vida a mi lado, ¿no te sientes

agradecida? —él le guiñó un ojo—. Porque te aseguro que deberías estarlo.

—Comienzas a resultarme bastante fastidioso, señor Collinwood —le dijo con hastío, aunque sonreía.

Él arqueó una ceja de forma altiva.

—Es decir —tomó una honda bocanada de aire—. Gracias, mi señor.

—Eso es, así me gusta.

—Aunque no puedo dejar de mencionar, mi señor, que es usted ahora el que comete el error de llamarme querida, cuando soy claramente un mozo, un chico.

—Querida mía, antes dejaré que me cuelguen de los coj… del cuello —se corrigió—, que llamar a un hombre querido.

—Eso dices, pero no hay forma de asegurarlo —replicó Ben, que había escuchado parte de su conversación—. Todavía, al menos. Pero ya te agarraremos con las manos en la masa.

—El león cree que todos son de su condición —le respondió Will, riendo divertido—. Mozo, no te quedes a solas con este pervertido —ahora se dirigió a Lily—, a él no le molesta llamar a un chico de formas más fuertes que querido, o mi dulce amorcito.

—Hermano, estás hablando de tus propias experiencias. No me metas en tus fantasías —se defendió Ben.

—Te lo digo, muchacho, no te quedes a solas con él —Will abrazó a Lily por los hombros—. Le encanta el arroz con leche, si sabes a lo que me refiero.

—No —ella los miró sin comprender una palabra.

—Ben, Will, dejen de fastidiar a la pobre chica —lo reprendió Álex, llegando a su lado.

—Chico. Es un mozo, ¿recuerdas? —Will le dedicó una sonrisa divertida.

—Sí, lo recuerdo. Y tú también deberías hacerlo, considerando que lo estás abrazando en público y acabas de ser acusado por tu hermano de tener preferencia por la compañía masculina.

—¿Qué cosa? —preguntó Lily, notando que Will se apartaba de ella.

—No hagas caso, son juegos de estos dos viejos zorros, que nada tienen que ver con una dama decente —le explicó Alexander, dándole una palmada amable en el hombro—. Lo estás haciendo bien, ya falta poco, no pierdas el ánimo.

—Gracias —sonrió inspirando hondo para darse valor.

—Ya está todo listo, podemos embarcar —Matt llegó en ese

momento con los pasajes en la mano.

—Álex, yo me encargo de ella… de él —Will se corrigió, tomando a Lily por el brazo y apartándola del lado de su hermano—. Ustedes vayan adelante.

Álex arqueó una ceja, dedicándole a su hermano una mirada escrutadora al tiempo que una sonrisa florecía en sus labios al notar su mano sujetando firmemente el brazo de Lily.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Will, a la defensiva.

—No es nada —respondió él, negando con la cabeza—. Vamos, debemos embarcar.

Matt y Ben se adelantaron dando instrucciones a los sirvientes que se habían encargado de llevar su equipaje, sobre lo que debían hacer para subir los baúles a bordo del barco.

Aprovechando el momento en que nadie podía escucharlos, Álex se aproximó a Lily para hablar con ella, por excepción de Will, por supuesto. Él no parecía dispuesto a separarse de su lado.

—Te quedarás en nuestro camarote, es la única manera de asegurarnos de que estés a salvo y que ninguno de los otros sirvientes note que… hay algo fuera de lugar en ti —buscó la manera más acertada de mencionar que ella en realidad era una mujer.

Hasta ese momento Lily notó que todos los criados que los acompañaban eran varones. Y escasos. No debían ser más de seis o siete.

—Sería más sencillo si llevásemos sirvientas femeninas entre nuestro personal, pero a mamá nunca le ha gustado que las mujeres formen parte de la servidumbre que nos acompaña durante los viajes sin su supervisión —le explicó Matt, que se había acercado también para escuchar la conversación.

—Es una lástima, los viajes serían más divertidos con algunas chicas entre el personal —opinó Will, lo que le hizo ganar una mirada de enojo de su hermano mayor.

—Cuida tu lengua, hermano. Estás frente a una dama, no lo olvides —le advirtió Alexander.

—Mis disculpas, mi estimado mozo de cuadra —le dijo Will, haciendo una venia.

Aunque parecía haberlo dicho en son de broma, algo en su mirada le hizo sentir a Lily que realmente sus palabras habían sido en serio.

—Vamos, camina tras nosotros —le pidió él—. Llevarás los abrigos y entrarás al camarote con nosotros. Nadie sospechará nada.

—Seguramente no debimos ensuciarla tanto —opinó Ben—. Los mozos no van tan sucios como ella.

—La idea es que nadie pudiese reconocerla. Aún estábamos muy cerca del hotel —se explicó Álex—. Tendremos que adaptarnos a las circunstancias conforme los hechos vayan sucediendo. Inventaremos cualquier excusa, diremos que se cayó en el camino o lo que sea. Ya durante el trayecto podrá presentarse más limpia.

—Bien, en ese caso, no demoremos más —opinó Ben, y estuvo cerca de ofrecerle el brazo para comenzar a subir por la pasarela, pero recordó qué papel debían mantener y lo bajó de vuelta a su costado.

—Vamos, chico. No temas, todo estará bien —Will le guiñó un ojo, intentando animarla, al tiempo que iniciaba la caminata.

Nadie los veía, pero Lily sentía los ojos de todos en aquel muelle puestos sobre ella. Cuando llegó el momento de entregar los pasajes para que fuesen revisados por el encargado, debió hacer acopio de todo su valor para que no se le doblaran las piernas, que sentía temblar como hojas en el otoño.

—Ánimo, ya falta poco —escuchó que le susurraba Will, antes de pasar por su lado, incitándola a seguirlo.

Lily así lo hizo, manteniendo la mirada baja a medida que avanzaba entre la gente, siempre tras los que se suponía eran sus señores.

Cuando finalmente estuvieron a salvo en el camarote y Alexander cerró la puerta tras ellos, todos soltaron un suspiro de alivio. No lo parecían en absoluto, pero también ellos debían estar bastante nerviosos.

—Todo ha ido bien, pero no nos relajemos hasta haber zarpado —comentó Alexander, echando un vistazo por la ventana.

Afuera la gente estaba reunida a montones, lista para despedir al barco y a sus pasajeros.

—Bien, todo va conforme a lo planeado —comentó Ben—. Lily, escucha…

—No podemos llamarla Lily aquí —dijo Will, interrumpiendo a su hermano—. Podría levantar sospechas que un chico tenga nombre de mujer, ¿no lo crees?

—Es cierto, tendremos que llamarla de otra forma —comentó Matt.

—¿Qué nombre sugieren? —preguntó Alexander.

—Debería ser algo que se parezca a su nombre, de ese modo no le resultará tan difícil reaccionar cuando la llamemos.

—Les agradezco su gran preocupación, pero no soy tan idiota como para no acordarme del nombre con el que supuestamente me llamaré durante el viaje —replicó Lily.

Will esbozó una sonrisa ladeada que a ella le aceleró el corazón.

—Bien dicho, pequeña. ¿Qué nombre te gustaría tener?

Ella apretó los labios pensativa.

—Bien… ¿Qué les parece Henry? —preguntó mirándolo directamente.

—¿Henry? —Will juntó las cejas.

—Sí, como mi abuelo materno. Mi tía solía contarme que era una persona estupenda, a pesar de que mi abuela Amalia lo detestaba por haberla engañado toda su vida con otras mujeres. Seguramente debió ser un buen padre.

—De acuerdo, Henry está bien —Will sonrió, asintiendo.

Alguien tocó a la puerta en ese momento y todos guardaron silencio. Will, en un gesto de protección, tomó a Lily por el brazo y la condujo tras él.

—Tranquilo, no hagas nada que pueda llamar la atención —le pidió Alexander.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó Ben, abriendo la puerta cuando Álex le dio la señal con un asentimiento de cabeza.

—Disculpe la molestia, mi señor. Pronto zarparemos y el capitán desea asegurarse de que han encontrado todo a su gusto y correctamente dispuesto en sus camarotes —les dijo el marinero—. Y también los invita a compartir su mesa durante la cena de esta noche.

—Por supuesto, dígale al capitán que todo está perfecto, como siempre, y que será un enorme placer compartir su mesa —sonrió Ben, dándole al muchacho una propina.

El chico hizo una venia y se alejó a paso rápido, dejándolos a solas una vez más.

—Bien, será mejor que nos pongamos de acuerdo de una buena vez sobre lo que haremos durante el viaje y terminemos de distribuirnos en las habitaciones, porque si alguien vuelve a venir y nos encuentra a los cuatro hacinados en un solo camarote, encerrados y hablando en cuchicheos, como una maldita corte de damas cotillas en su cuarto de costura, les aseguro que vamos a llamar la atención —reclamó Will.

—Sí, es cierto —Alexander frunció el ceño.

—¿Qué dijiste? Podrías repetirlo más alto, no te escuché bien y esas palabras monumentales son unas que me gustaría tener bien grabadas en mi memoria.

—Deja de bromear, Will —gruñó Álex, aunque sonreía.

—Sólo digo que el que admitas que tengo razón es más raro que ver a la reina montando una mula.

—¡Will!

—De acuerdo, pongámonos serios —Will se cruzó de brazos—. El

asunto ahora es quién va a dormir con nuestro nuevo mozo de cuadra —opinó, adoptando un semblante muy serio—. Y yo, amablemente, me ofrezco a compartir mi habitación con ella. Digo, con él.

—Bien —la sola palabra de Alexander retumbó en la habitación.

Los tres hermanos, Will incluido, se giraron a mirarlo con gesto estupefacto.

—¿Lo dices en serio? —Will arqueó una ceja, incrédulo.

—Esta noche Lily se quedará contigo —asintió Alexander, acercándose a él—. Y estoy seguro de que la tratarás con la debida cortesía y el respeto que se le debe, como la dama que es.

—Eso no tienes ni que mencionarlo —Will frunció el ceño, tornándose serio.

—Lo sé, por eso es que he dicho que estoy seguro —y acercándolo en un abrazo por los hombros, añadió en su oído—. O de lo contrario te juro que te corto los cojones, hermano.

Will esbozó una sonrisa mordaz, y palmeándole la espalda a su hermano mayor, le dijo:

—Mi querido Alexander, tú siempre eres el vivo ejemplo de la amabilidad y la alegría. Por mis cojo… corazón —se corrigió, poniendo una mano sobre su pecho—, te aseguro que me comportaré de la forma más honorable con nuestra nueva amiga. O de lo contrario, que caiga la cuchilla, con todo el peso de la ley fraternal, sobre mis partes más nobles.

Lily frunció el ceño, no alcanzaba a escuchar lo que ellos estaban diciendo, pero la sonrisa de Will la tranquilizaba.

Siempre había sido así.

CAPÍTULO 8

COLLINWOOD HALL, KENT, GRAN BRETAÑA. 24 de diciembre de 1876

—Lo siento, este pequeño no se quiere dormir. Esta vez ni siquiera mi ayudante con carita de muñeca de porcelana pudo ayudarme a calmarlo —anunció Lupita, entrando con Lily de la mano en el gran salón, y llevando en brazos al pequeño Nathe, de cinco meses, quien parecía dispuesto a permanecer despierto toda la velada para pasarla festejando al lado de su familia.

—Oh, mi Dios, es encantador —Danielle alargó los brazos para coger al bebé de los brazos de su mejor amiga—. Mira esa carita…

—Sí, es rara. Tiene los ojos muy grandes —anunció Will, haciendo reír a Lily.

—Yo creo que es hermoso —lo contradijo su tía, dedicándole una mirada amable al niño y luego al bebé—. Lupita, tus hijos son todos hermosos.

—Gracias, querida. Eso es porque son tus sobrinos —Lupita le dedicó una mirada colmada de afecto—, y sabes que puedes cuidarlos todas las veces que quieras.

Danielle le dedicó una mirada agradecida, dándole un suave achuchón al bebé.

—Necesitaba esto… —musitó, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Los extrañaba, familia.

—Y nosotros a ti —Lupita la abrazó, aguantando sus propias lágrimas.

La pareja acababa de llegar para pasar las fiestas con ellos, y Lupita no podía sentirse más contenta. No había visto a Danielle y a Jack desde hacía varios meses, después de que ambos tuvieron que viajar con urgencia a México, al enterarse de que el padre de Danielle había caído enfermo.

Joe Hinto Hamilton había muerto en paz, en su cama, rodeado por la gente que amó en vida. Y Lupita sabía que ahora descansaba al lado de Ahanu, su amado hijo.

Pero su muerte había dejado a Danielle desconsolada, por lo que, tanto Lupita como todos los miembros de su familia, y también Lily, habían hecho lo posible para darles una alegre acogida en su hogar.

Habían preparado toda clase de exquisiteces para la cena de Navidad, la mayoría eran platillos mexicanos extraños que Lily nunca había visto antes, pero había estado contenta de ayudar a preparar al lado de Lupita y su madre, Calita. Además, había colaborado con los chicos para decorar toda la casa con guirnaldas que ellos mismos habían armado con ramitas de los abetos de los jardines. También el tío Álex le había enseñado a decorar galletas de navidad, e incluso Will había aceptado darle unas lecciones de piano, para que ella pudiera tocar una pieza durante la noche de Navidad.

Aquella era la segunda Navidad que Lily pasaba con los Collinwood, y no podía estar más encantada. El año pasado había sido estupendo, y sin duda éste también lo sería. Todos siempre eran muy amables con ella… Incluso él —suspiró, mirando a Will jugando con su padre con la nueva espada de madera que acababa de regalarle—, a pesar de su aparente hosquedad, siempre era amable con ella cuando estaban juntos.

—Hija, me alegro de verte al fin —Calita, que había estado ayudando en la cocina a terminar los preparativos, se acercó a saludar a los recién llegados. Abrazó a Danielle con sumo cariño y luego a Jack—. Siento mucho lo de tu padre, hija. Era un buen hombre, en paz descanse.

—Gracias, Calita. Lo sé —ella sonrió con tristeza—. Ahora descansa al lado de mi madre y mi hermano —suspiró—. Sé que no es para siempre, pero me duele no tenerlo ya más. Bueno, al menos hasta que me vaya a la otra vida.

—Lo que no será sino hasta dentro de mucho tiempo, cariño —le dijo Jack, abrazándola por los hombros y atrayéndola a su lado—. Vamos cielo, no eches el ánimo abajo, que a tu padre no le gustaría.

—Tienes razón, cariño. Lo siento —Danielle esbozó una sonrisa a través de las lágrimas—. Doña Calita, Zalo le ha enviado una carta —le entregó un sobre que llevaba guardado en su bolsillo—. Siente no poder pasar con ustedes las fiestas, y les manda todo su amor.

—Es increíble que papá no se decida a dejar por una vez El Janto —refunfuñó Lupita, aunque había orgullo en su voz. Su padre había luchado toda su vida por sacar adelante su rancho, y no se despegaba de él ni siquiera para hacer una visita a su familia, durante las navidades. Así era él, y no podía cambiarlo.

—Hija, ya conoces a mi viejo lobo, no se despega de sus tierras.

Parece otro árbol centenario arraigado allí, con sus raíces enterradas hasta lo más hondo de El Janto. Y su madre, tu abuela Lupe, no se separará de su lado, tampoco —Calita negó con la cabeza, aunque sonreía—. Qué se le va a hacer, un hombre viejo ya no cambia. Pero tú has cambiado mucho, Jack. Hablas ya muy bien español —cambió de tema, a propósito.

Lupita sabía lo mucho que su madre extrañaba a su papá. Quizá debería insistirle en quedarse las siguientes fiestas en México, a su lado.

—Gracias, doña Calita. He tenido a la mejor maestra —le dijo Jack con una sonrisa, antes de inclinarse a besar a su mujer en la frente.

Nathe empezó a llorar de repente, molesto a causa del cansancio.

—Hija, dame al niño, intentaré llevarlo a dormir —Calita se acercó a su hija para tomar al bebé de sus brazos. Esa navidad la institutriz había decidido pasar las fiestas con su familia, y Calita estaba más que encantada de hacerse cargo de los pequeños.

—¿Jack, te gustaría buscar la estrella de Navidad? —le preguntó el tío Álex, esbozando una gran sonrisa que era capaz de iluminar todo a su alrededor—. Tenemos un telescopio nuevo. Chad nos lo regaló —anunció señalando un flamante aparato que Alexander armaba en ese momento—. Y tenemos comida, preparé pastas.

—Seguro que sí, me encantaría —asintió Jack contento.

—Espera, aún no has jugado conmigo —Will lo apuntó con su espada de madera, interponiéndose en su camino.

—¡Cómo podría olvidarme de mi mejor amigo! —gritó Jack, colocándose a Will por encima del hombro como si fuese un saco de harina, mientras saludaba al tío Álex, a quien quería como si fuese su propio hermano—. Vamos a ver ese telescopio, Álex. Te he extrañado como no tienes idea, hermanito —le dijo con cariño, dándole un abrazo apretado, sin importarle llevar a Will de por medio—. Mira lo que te he traído, ¿eh? —sacó una bolsita de papel del interior de su chaqueta y se la tendió.

—¡Carameloz! —gritó el tío Álex con voz infantil, siseando como lo solía hacer cuando se emocionaba o se ponía nervioso, riendo de gusto al tiempo que cogía uno del interior de la bolsa para llevárselo a la boca.

—¿Y qué hay de mí? —le preguntó Will—. No olvides que soy tu sobrino favorito.

—Sobrino favorito número tres, no me olvidaría de ti —le dijo Jack a modo de broma, dejándolo al fin en el piso. Entonces sacó otra bolsa de caramelos y se la tendió.

—¡Bien, todos para mí!

—¡William! —lo reprendió su madre.

—Está bien, Lupita, le hemos traído a todos una bolsa como regalo de navidad —le dijo Danielle, entregando a cada niño una bolsa de dulces, incluida Lily.

—Muchas gracias, tía Danielle —dijeron los niños a coro, curioseando dentro de sus bolsas.

Cada uno se distribuyó en el salón, encantado con su regalo. Lily hubiese deseado sentarse al lado de Will, pero él estaba envuelto en una nueva pelea de juego con espadas, con su padre.

—Querida Lily, qué alegría volver a verte por aquí estas navidades —Danielle se inclinó ante la niña y le pellizcó la mejilla, mirándola con un gesto dulce en el rostro—. ¿Te han gustado los caramelos que te he traído de México?

—Sí, se lo agradezco mucho. Es usted muy amable, madame —Lily hizo una elegante venia, tal como su madre le había enseñado.

—¿No es un encanto? —Lupita se inclinó y la abrazó muy fuerte—. Parece una muñequita viviente.

—Mamá, si la abrazas tan fuerte, la harás vomitar los caramelos —le advirtió Will, quien a pesar de su juego parecía estar atento de todo lo que sucedía en la habitación.

—Es que no puedo evitarlo, es tan adorable —Lupita ahora le pellizcó la nariz.

—Sin duda lo es —Danielle le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—¿Has notado el tono que adoptan las mujeres cuando hablan con una niña pequeña? —Will le preguntó a su padre, frunciendo la nariz al ver a su madre y a su tía abrazando a la niña una vez más—. Suenan como si se hubiesen tragado una campana muy aguda.

—Las mujeres son maternales, es natural que actúen de ese modo —le explicó su padre.

—¿Es natural sonar como bobas?

—Me parece que estás celoso, jovencito —Richard le dio un toque en el vientre con su espada de madera, obligándolo a centrar una vez más la atención en él—. Quizá necesites una dosis de abrazos y besos, para que se te quite.

—Yo nunca dije que… ¡Papá, no! —gritó cuando Richard lo alzó por un brazo y una pierna y se lo cargó sobre los hombros—. ¡No, el saco de patatas!

—¿Cómo? ¿Las patatas ahora hablan? —preguntó él, girando sobre sí mismo y haciendo reír a Will con el juego—. Creo que debo sacar

estas patatas a los jardines para plantarlas en la nieve.

—¡Nieve, sí! —gritaron los gemelos, que desde su lugar frente a la chimenea habían observado entre risas aquella escena—. ¡Nieve, ahora!

—Richard, hace mucho frío —comenzó a decir Lupita, pero Matt corrió hacia ella y comenzó a suplicarle.

—¡Mamá, por favor, déjanos ir afuera! —juntó las manos en un gesto de ruego—. ¡Por favor!

—Sí, mamá, déjanos ir —pidió Ben, dejando de lado las instrucciones que había estado leyendo, para ayudar a Alexander y al tío Álex a armar el telescopio.

—Nos hará bien tomar algo de aire fresco, ¿no es verdad, tío Álex? —Alexander le preguntó a su tío, con el que había estado compartiendo unos comentarios acerca de las constelaciones que observarían esa noche con su telescopio, para buscar la estrella de Navidad.

—Sí, la nieve *ez ziempre* genial —asintió su tío, volviéndose para mirar a Lupita con expresión suplicante. Jack, a su lado, imitó el gesto consiguiendo que Lupita soltara una carcajada.

—Oh, no puedo contra ustedes cuando me miran como lobitos tristes —Lupita alzó los brazos en señal de rendición—. Bien, vamos afuera.

—¡Sí! —gritaron los niños a coro.

—Pero no olviden ponerse los abrigos —les dijo Lupita.

—Vamos cariño, tú también —Danielle tomó de la mano a Lily, quien en todo momento había estado riendo, observando divertida a cada uno mientras hablaba.

—¿Qué sucede, a dónde van todos? —Lee llegó en ese momento desde la cocina, llevando con él una bandeja con varias tazas con chocolate caliente.

—Iremos a la nieve, vamos abuelo —Alexander tomó la bandeja de sus manos mientras el tío Álex lo llevaba del brazo, para que los acompañara afuera.

—¡Richard, no olvides abrigar al saco de patatas! —le gritó Lupita a su marido, cuando éste ya corría con los niños hacia el vestíbulo—. ¡Estuvo agripado toda la semana!

—¡Lee, qué gusto volver a verte! —la pareja de recién llegados saludó al hombre con un efusivo abrazo, y en medio de conversaciones, siguieron a todos afuera. Con excepción de Calita, que decidió quedarse e intentar hacer dormir a Nathe una vez más.

Salieron a los jardines traseros del castillo, el vasto paisaje blanco

lo rodeaba todo, incluso se había apoderado del enorme bosque, y se extendía hasta perderse de vista en el horizonte. Algunos árboles salpicaban el panorama, con sus troncos y ramas sin hojas, contrastando contra el cielo gris.

Desde las caballerizas, se alcanzaba a escuchar el relincho de los caballos de fina raza, aquellos por los que la familia era famosa mundialmente, después de haberse ganado a clientes tan importantes como la misma reina de Inglaterra.

Caminaron por la nieve hasta llegar a una zona de claro rodeada por un muro bajo de piedras que lindaba el bosque.

Los niños comenzaron a jugar, lanzándose bolas de nieve y correteándose entre ellos. Lily, sentada como una dama sobre el muro de rocas, los observaba divertida, sin apartar los ojos de Will en ningún momento.

—He traído un detallito más para mi ahijado, que podría ser útil en este momento —anunció repentinamente Danielle, alargando una caja de madera hacia Alexander—. Es una reliquia de familia, perteneció a mi padre y luego a mi hermano, Ahanu… Y ahora es tuya. Creo que ya tienes edad para tenerla.

Alexander abrió mucho los ojos cuando, al abrir la caja, encontró una reluciente hacha india en su interior.

—¡Un tomahawk! —exclamó el niño, observando con detenida devoción el arma que ahora sostenía en su mano.

—Pero Danielle, ese tomahawk ha estado en la familia por generaciones. ¿Estás segura? —le preguntó Lupita, con evidente emoción en la voz.

Reconocía aquella hacha. Había pertenecido al hombre que una vez amó más que a la vida. Antes de que la muerte lo arrebatara de su lado. Antes de conocer a Richard.

—Querida, ya hemos aceptado que no podré tener hijos —ella le dedicó una mirada triste a Jack, quien se limitó a abrazarla por los hombros—. Ahanu hubiese querido que lo tuviera su hijo primogénito. Y ya que tú hubieses sido su mujer de no haber él muerto, me pareció lo más lógico que se lo quedara Alexander —ella le dedicó una mirada llena de afecto a su sobrino—. Después de todo, llevas su nombre, ¿no es así, Alexander Joseph?

—Joseph no es lo mismo que Ahanu —replicó Will.

—¡Cállate, Will! —lo reprendió Ben—. No seas mal educado.

—Sí, cállate Will —lo secundó Matt.

—Sigue hablando, enano, y serás un gnomo muerto.

—¡Will! No asustes a Matt —la dura voz de Alexander lo hizo

callar—. Matt, ya te he dicho que no eres un gnomo ni un enano, así que no le prestes atención.

—Sí, Alexander, ya lo sé —refunfuñó Matt, aunque todavía había desconfianza en esos grandes ojos verde azules con los que miraba a Will, a su lado.

Lupita le dedicó una mirada llena de orgullo a su hijo mayor. Alexander era un buen chico, pero sobre todo, era un buen hermano mayor. Un niño que algún día crecería para convertirse en un hombre de bien, que velaría por aquellos que no son capaces de defenderse por sí mismos y lucharía contra las injusticias.

Y si Dios era grande, también sus hermanos seguirían su ejemplo.

—El primer nombre de Ahanu era Joseph —le explicó Richard. Había tenido que cargar por mucho tiempo con ese nombre en su cabeza, como para haberlo olvidado. Después de todo, no había sido fácil ganarse el corazón de Lupita. Su mujer en el pasado había amado hasta rayar la obstinación a su prometido muerto, al que había jurado serle fiel a pesar de que los separaba la barrera de la vida y la muerte.

Nunca olvidaría el día en que ella finalmente le dijo que lo amaba. Fue, sin duda, el día más feliz de su vida junto con los días en que nacieron sus hijos.

—Gracias, tía Danielle —Alexander miró a su tía con ojos colmados de lágrimas por la emoción—. Prometo que haré buen uso de esta arma y la cuidaré muy bien.

—Estoy segura de que será así —su tía le dedicó una sonrisa, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Yo también quiero uno —exclamó Will, cruzándose de brazos.

—Tendrás el tuyo cuando seas mayor —Lupita le dirigió una mirada amable.

—Ya soy mayor, en octubre cumplí once.

—Cuando tengas catorce, como Alexander, podrás tener uno, hijo. Antes no —el tono de su padre no admitía réplicas.

Will miró con ojos enfurruñados a su hermano mayor, deseando ser él también un chico grande para poder recibir obsequios fenomenales, como un hacha india.

—Tranquilo, huracán, no te enojes por una simple hacha. Yo nunca he aprendido a tomarle el gusto a esa cosa. Pero ¿qué hay de las pistolas? Son geniales, amigo, créeme —le dijo Jack, posando una mano sobre el hombro del pequeño—. Y si quieres, te enseñaré a usarlas. No hay nada que le gane a la rapidez de una bala, y no hay casi nada que una bala no pueda atravesar.

—¿Las pistolas son mejores que las hachas? —Will enarcó las cejas,

sorprendido.

—Son lo mejor que hay, hijo. Y si quieres, te puedo enseñar ahora mismo a usar una —esbozó una sonrisa ladeada—. ¿Te gustaría eso?

—¡Sí!

—Excelente, Will —sonrió—. Con práctica, te convertirás en el mejor tirador para cuando tengas la edad de tu hermano mayor. Y para entonces, te aseguro que no te interesará saber manejar ningún hacha.

—¡Gracias tío! —Will lo abrazó—. Por eso eres mi favorito.

—Bien, ya que todo está arreglado entre nuestros pequeños lobos, ¿qué tal si practicamos un poco? ¿Te gustaría aprender a usar esa hacha, Alexander? —le preguntó su padre, sonriéndole de una forma que dejaba en claro lo orgulloso que estaba de él.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —Lupita enarcó las cejas, sorprendida.

—No hay mejor momento que el presente —anunció su marido, acercándose para abrazarla—. Y nadie mejor para enseñarte a lanzar esa arma que tu madre.

Lupita le dedicó a su marido una mirada colmada de amor y se inclinó para besarlo.

—Oh, no, ya empezaron otra vez —masculló Will, arrugando la nariz—. Qué asco.

Mientras los hombres preparaban todo para comenzar la lección, Will se sentó sobre el cerco de piedra y su mirada enseguida comenzó a divagar por la gigantesca fachada trasera del castillo.

Antaño Collinwood Hall, había sido un lugar lúgubre y colmado de recuerdos amargos que Richard, su padre, no quería cargar encima. Sin embargo, era su hogar y su herencia, y también de su familia. Por lo que dedicó años a transformarlo en un sitio precioso y moderno, con las comodidades de un palacio. Todo ello motivado por el amor que sentía hacia su esposa y su familia, que ahora habitaba el lugar.

Eso claro, en el tiempo del año que no se encontraban en La Guadalupana, su hacienda en México, nombrada así en honor a su amada esposa, Lupita.

Will pensó en ello con una sonrisa en los labios. Aquel había sido uno de tantos de los gestos de amor hechos por su padre hacia su madre a lo largo de los años.

Y por la forma en que siempre caminaban y se miraban, como si buscasen en todo instante un momento para un abrazo o un beso robado, sabía que ese amor nunca se acabaría.

Will arrugó la nariz y sacó la lengua, asqueado, cuando sus padres volvieron a besarse. Sí, sus padres se amaban y mucho, y eso era

bueno, pero no tenían que estarse besuqueando en público en todo momento.

Gracias al cielo lo hacían cuando creían que nadie los veía, o dudaba que esos dos pudiesen estar separados. Le recordaban a unas tortugas siamesas que había visto en un libro de cosas raras de la naturaleza. Esas tortugas tenían dos cabezas en un solo cuerpo, estaban pegados todo el tiempo el uno al otro. Seguro que sus padres serían felices de permanecer así sin reservas, pegados en cuerpo y alma todo el tiempo.

Se escuchó el sonido de la madera al romperse y los ojos de Will se clavaron en el blanco donde su hermano mayor acababa de encajar el hacha.

El primer tiro y había dado en el blanco. Alexander era un maldito tipo perfecto para todo.

Will soltó un suspiro de hastío. Nunca, ni remotamente, podría llegar a ser tan perfecto como su hermano mayor.

Con los labios fruncidos en una mueca de enojo y celos, apartó la mirada de Ben, que ahora tenía turno con el hacha, y la fijó sobre Jack. Él tampoco prestaba atención a la lección, y le hacía señas graciosas con las manos, simulando que sus dedos eran dos pistolas y disparaba como un loco a todas partes.

Will soltó una carcajada y Jack le guiñó el ojo, prometiéndole con un gesto mudo, que pronto podrían practicar a lo que a él le interesaba.

Una sonrisa apareció en los labios del niño. Algún día se convertiría en el mejor tirador del mundo. Sí, sería como esos hombres de los que había escuchado tantas historias, que iban de sitio en sitio, haciendo demostraciones de sus grandes habilidades con un arma.

Sus pensamientos dejaron de vagar cuando notó que alguien lo miraba.

La misma persona que siempre lo estaba mirando. Lily.

En algún momento se había acercado a él y ahora estaba sentada a su lado. Mirándolo.

—¿Acaso nunca se cansa de hacer eso? —masculló, molesto, poniéndose de pie y alejándose de la barda y de esa niña mirona.

Esa mocosa actuaba como si tuviera un problema de visión. Desde que podía recordar, ella tenía que estar observándolo, como si tuviera ranas en la cara o algo parecido. ¿Qué no encontraba nada mejor que hacer?

Molesto, echó un vistazo por encima del hombro, para encontrarse

con que lo seguía mirando.

—¿Por qué no me sorprende? —musitó, frunciendo el ceño cuando ella, al notar que él también la miraba, sonrió y lo saludó con la mano.

Taimado, se volvió de espaldas a ella y fingió prestar atención a la lección de tiro de hacha.

—Parece una buena niña —le dijo el tío Álex, acercándose a su lado. Él también había notado la mirada de la pequeña—. ¿Por qué nunca le hablas?

—No quiero —musitó enojado, frunciendo el ceño en aparente concentración a lo que fuera que estaba explicando su madre en ese momento acerca del tiro del hacha.

—Podría ser tu amiga.

—Es mucho más pequeña que yo. Incluso es más chica que Matt, acaba de cumplir siete años —protestó—. No quiero hablar con una niñata tonta con cara de boba.

—No creo que tenga cara de boba —replicó su tío Álex, bajando la vista con tristeza—. Creo que tiene una cara muy bonita. Y que sea menor que tú no la convierte en alguien menos valioso o importante.

Will soltó un suspiro. Era cierto. Y por la mirada que le dedicaba el tío Álex, sabía que había metido la pata. Su tío había sufrido toda su vida por los comentarios mal intencionados de la gente que solía llamarlo idiota. A él lo habían juzgado toda su vida por ser «diferente», lo subestimaban y lo insultaban, sin tomarse el tiempo para conocer al gran hombre con corazón de oro que era en realidad.

Richard y Lupita eran de los pocos que lo habían aceptado y tratado como a una persona real. Eso le había contado su tío en una ocasión. Y que después de la confianza que ellos le dieron, pudo comenzar a salir adelante, a sentirse seguro en el mundo, a buscar sus propios sueños y metas, como viajar y cocinar, cosas que le encantaban. Incluso había dejado de tartamudear la mayor parte del tiempo.

Sólo necesitaba que lo aceptaran. Que le dieran una oportunidad de demostrar su valía. Igual que esa niñata.

—De acuerdo —musitó él, soltando un suspiro—. Seré amable con ella.

—Ese es mi niño bueno —el tío Álex le dio una palmadita afectuosa en la espalda.

Sin mucho ánimo, Will giró la cabeza y gritó a todo pulmón.

—¡Oye, niña, ven aquí para mirarme de cerca!

—¡Will! —gritaron al unísono Lupita y Richard.

—Es decir… No mires desde lejos, ven a ver aquí —se corrigió Will.

La niña sonrió encantada y se acercó a él. Lupita se aproximó a recibirla, y la abrazó, a su lado, para explicarle lo que estaban haciendo con el hacha, para que ella también pudiera intentarlo cuando llegase su turno.

Will arrugó la nariz. No le gustaba admitirlo, pero era un pelín celoso, y más con su mamá. En especial cuando ella le daba abrazos a niñas vecinas. Sabía que sus padres siempre habían deseado tener una hija.

—Párate aquí, cariño —Lupita la ayudó a acomodarse sobre una roca para que pudiera ver mejor.

Pero Lily, en lugar de mirar la lección, se enfocó en Will, a quien le dedicó una sonrisa cálida mientras lo miraba con ojos entornados.

—El espectáculo es por allá —le dijo Will, señalando el sitio donde Alexander se preparaba para lanzar el hacha.

—¡Will! —lo reprendió su madre.

Él rodó los ojos y se decidió a ignorar a la niña y concentrarse en su hermano. Pronto le llegaría el turno y más le valía hacerlo bien. No le gustaba quedarse atrás de sus hermanos.

Ben mejoraba considerablemente, también él era un maldito niño perfecto. Nada más faltaba que Matt y los gemelos también hiciesen esa cosa de lanzar cuchillos y el hacha como si fuera tan fácil como Nathe ensuciando los pañales, y entonces él sería declarado definitivamente como el torpe de la familia.

—¡Will, tu turno! —le gritó Lee, alzando el mango del tomahawk en su dirección.

Will se acercó y tomó el arma. Antes de lanzarla, miró hacia atrás por encima del hombro. La niña continuaba mirándolo tan fijamente; parecía que no tenía nada mejor que hacer más que estar molestándolo.

Enojado, apretó el hacha en su palma y pretendió prestar atención a lo que Lee le decía, explicándole el modo en que debía lanzarla. Por el rabillo del ojo notó que ella todavía lo miraba, y cuando sus ojos se toparon, soltó una risita. Aquello lo irritó todavía más.

—¡Buena suerte, Will! —escuchó que le gritó Lily justo en el momento en que él se disponía a tirar.

Sin tener idea de lo que hacía, lanzó el hacha como pudo y ésta fue a caer a la nieve, muy lejos del tronco que usaban como blanco.

Escuchó a Matt reírse a carcajadas antes de que su madre lo reprendiera severamente.

—Tranquilo, sólo fue tu primer tiro —le dijo Alexander, posando una mano sobre su hombro en ese gesto tan paternal que él, como hermano mayor, solía tener con Will y con cada uno de sus hermanos —. Ya lo harás mejor la siguiente vez.

—Ya lo sé —masculló Will, molesto, tomando el hacha que Ben se había acercado a darle.

—Parece que tienes una admiradora, Will —le dijo Ben con una risita divertida, señalando con un gesto de la cabeza hacia atrás, a la pequeña niña pelirroja que en ese momento reprendía a Matt por haberse reído de él.

—¡Déjalo Lily, no necesito que me defiendas! —le gritó Will, enojado.

—Tampoco seas malo con ella —lo amonestó Alexander—. Lily sólo pretendía darte ánimos.

—No los necesito. ¿Me escuchaste Lily? ¡No necesito que me des ánimo! —le gritó—. Ni que me veas ni me sonrías ni me saludes, ¡será mejor que te mantengas alejada de mí!

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas al escucharlo, y antes de que él pudiera arrepentirse por las palaras que acababa de soltarle, ella se dio la media vuelta y se marchó corriendo lejos de allí.

—¡William, eso fue muy grosero! —lo reprendió Lupita, saliendo a la carrera tras la pequeña.

—¡Buena la has hecho! —le gritó Alexander, dándole un coscorrón.

Will apretó los labios y se llevó una mano a la nuca, molesto con Alexander por tener que siempre ser la voz de la razón. Pero más molesto consigo mismo por haber sido cruel con esa niña, que después de todo, no hacía más que intentar animarlo.

—Creo que deberías ir a hablar con ella —le dijo su padre, dedicándole una mirada severa.

Will asintió, cabizbajo.

—Está bien.

—Iré contigo —Alexander dejó a un lado el hacha, dispuesto a acompañarlo.

—No. Iré solo —le dirigió una mirada dura a su hermano mayor—. Yo solo metí la pata, y yo solo arreglaré el problema.

No notó el orgullo en los ojos de su padre al escucharlo decir eso, ni las lágrimas conmovidas en los ojos de su tío Álex, mientras lo observaba alejándose.

Todo cuanto podía ver era el rostro compungido de esa pequeña niña, que se había quedado grabado a fuego en su mente.

CAPÍTULO 9

1888

Lily estaba terminando de cepillarse el cabello, después de haber tomado un largo baño para quitarse de encima la suciedad que le había servido como disfraz, cuando la puerta del camarote se abrió.

—¿Henry, estás aquí? —escuchó la voz de Will.

Lily asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño, sorprendida de verlo allí.

—¿Has vuelto tan pronto del comedor? —le preguntó, confundida.

Los ojos de Will se agrandaron al verla. Ella pudo notar sus pupilas dilatándose mientras su mirada la recorría desde la cabeza a los pies, prestando especial atención a su cabello suelto, todavía húmedo y revuelto sobre sus hombros y espalda.

Entonces recordó que sólo llevaba encima el camisón de algodón que Evelyn le había dado.

—¡Oh, mi Dios! —sintiendo sus mejillas encenderse al rojo vivo, se ocultó en el baño y cerró con fuerza la puerta tras ella.

Will esbozó una sonrisa ladeada.

—Tranquila, no es que te haya encontrado desnuda ni nada.

—¡Will! —lo reprendió ella desde el interior del cuarto de baño, donde luchaba por colocarse el albornoz lo más rápido posible.

—Date prisa en salir de allí, niña impúdica. Te he traído la cena —la llamó, mientras movía un par de sillas para situarlas alrededor de la mesa.

Lily se asomó de nuevo por la puerta, notando que él colocaba un par de platos con comida sobre la mesa.

—¿Cuándo has traído eso?

—Lo he traído conmigo todo este tiempo, pero por la prisa que tenías por ocultarte en el baño, no lo notaste —contestó sarcástico—. Anda, niña, acércate y come.

Ella le dedicó una mirada agradecida, al tiempo que se aproximaba a la mesa. Hasta ese momento no había notado el hambre que tenía.

—No tenías que hacer esto, podrías haberte quedado con tus

hermanos en el comedor —le dijo, tomando lugar en la silla que él se había tomado la molestia de mover para ella—. ¿No los había invitado el capitán a su mesa?

—Eso no es novedad. Por otro lado, supuse que debías estar muriéndote de hambre y que sería cruel hacerte esperar hasta nuestro regreso para que pudieras cenar —descorchó una botella de vino y le sirvió una copa.

—Gracias, Will —lo miró a los ojos, esbozando una sonrisa encantada—. Esto es muy amable de tu parte.

Will la miró también, tan fijamente que ella comenzó a sentirse incómoda.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, removiéndose en su silla, notando el rostro caliente. No podía evitar que el color se le subiera a las mejillas cuando él la miraba de la forma como lo hacía en ese momento.

Él negó con la cabeza, sin dejar de verla.

—Estoy seguro de que te he visto en otra parte.

La sonrisa en el rostro de Lily desapareció.

—Tengo un rostro bastante común, seguramente me confundes con alguien más —ella apartó la mirada y la fijó en su plato, revolviendo la comida con el tenedor.

Sabía que él no debía enterarse de quién era en realidad. Era por su propia protección.

—Ciertamente me recuerdas a una persona —él estrechó los ojos—. ¿Pero quién?

Lily se puso pálida. Evelyn le había dejado muy claro que no dijera nada sobre quién era ella y su pasado, o de lo contrario podría poner en peligro a los hermanos Collinwood.

Si ellos no sabían quién era ella en realidad, no podrían inculparlos por haberla ayudado a escapar. Mientras menos supieran, más a salvo estarían. Al menos era lo que su prima le había explicado.

Alguien tocó a la puerta en ese momento, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

—De prisa, entra en el cuarto de baño —le pidió Will, apurado. Lily pudo notar que todo rastro de alegría se había borrado de su rostro.

Ella asintió y se dio prisa en hacer lo que él le pedía, cuidando de moverse lo más silenciosa posible. En cuanto hubo cerrado la puerta de baño, en perfecta sincronía Will abrió la del camarote.

—Buenas noches —escuchó la alegre voz de Matt, acompañada por el sonido de las patas de ese enorme lobo que siempre lo acompañaba, entrando en la habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Will en un tono de voz que dejaba claro que aquella inesperada visita no le alegraba mucho.

—Will, te olvidaste del postre, así que te he traído algo para compartir con nuestra joven invitada —le informó Matt—. ¿Lily? ¿Dónde te has escondido?

El enorme lobo rascó la puerta del baño, delatando el sitio donde Lily se encontraba.

—Tú estás comprometido, hermano, deja algo para los demás —espetó Will, sarcástico—. ¿De verdad has traído el postre o has venido a vigilarme?

—No deberías ser tan gruñón, hermano. Sólo he venido a cerciorarme de que no se le ofrezca nada a nuestra invitada y de que estés comportándote adecuadamente con ella —añadió Matt, con una sonrisita culpable.

—¿Alexander te envió? —preguntó Will alzando la voz por encima de los gruñidos del lobo, que no dejaba de rascar a la puerta, como si estuviera llamando a Lily en su propia lengua.

La bestia se había encariñado con la chica desde el instante en que Matt lo sacó de su jaula, tras zarpar el barco.

—Por supuesto que no. Álex sólo sugirió que sería bueno que les trajera un par de pasteles como postre, en caso de que Lily tuviera hambre. ¿Dónde está ella, por cierto? —buscó cambiar de tema, al notar el enojo de Will.

—Sí, claro, postre —masculló Will, señalando con la cabeza el cuarto de baño. Donde era obvio que el lobo la había encontrado hacía rato.

Le molestaba que Alexander seguía dispuesto a seguir tratándolo como a un niño pequeño al que debía vigilar y controlar, tal como había hecho desde que eran niños.

—No te enojes con el mensajero —Matt golpeó la puerta con los nudillos—. Lily, soy Matt, todo está bien. He traído algo de pastel, por si tienes hambre.

—¿Pastel? —Lily se asomó por la puerta tan de prisa como si hubiese sido un espíritu invocado—. ¿Qué clase de pastel? ¡Charles, espera! ¡Me estás dejando la cara toda mojada con tus babas! Lobito travieso —rio la chica, jugueteando con el lobo que se le había lanzado encima para llenarle el rostro de lengüetazos, en cuanto ella se asomó por la puerta.

—Charles, déjala en paz —le ordenó Matt, y el lobo obedeció enseguida.

—Déjalo, no me molesta —Lily se inclinó para seguir acariciando

al lobo, que se tumbó sumiso a sus pies, panza arriba, para que ella lo siguiera mimando—. ¿Tienes hambre, pequeño? Nos han traído el postre. ¿Quieres un poco? ¿Sí? Eso es —rio ella, mientras acariciaba la barriga del animal—. Nos encanta el pastel, ¿no es verdad, pequeño?

Verla tan contenta provocó que el mal humor de Will se esfumara.

—Creo que tenemos a una niña golosa como compañera de viaje —dijo con una sonrisa, comenzando a partir el pastel.

—Sólo un poco —ella sonrió, aceptando la rebanada que él le ofrecía.

Will la observó divertido mientras ella tomaba asiento en la silla al otro extremo de la mesa, llevándose un dedo con crema a los labios y saboreándolo. El lobo de Matt se acercó a su lado, atraído por lo que debía ser algo muy bueno para mantenerla tan absorta. Lily lo miró y luego a Matt, quien asintió con la cabeza, y entonces le ofreció un trozo de su comida al animal.

Matt rio cuando ella soltó un gritito al sentir la áspera lengua del lobo lamiéndole los dedos, antes de ofrecerle otro trozo más.

—Cuidado hermano, me parece que estás mirando demasiado detenidamente a nuestra nueva amiga —le advirtió Will frunciendo el ceño.

Matt soltó una risita seca, y se inclinó, para decirle en voz baja, de forma que sólo él lo escuchara:

—¿Celoso, hermano?

—Por favor, sólo quiero evitar que te metas en problemas con tu prometida —se encogió de hombros, aparentando desinterés—. A las mujeres no les gusta que vean a otras mujeres, ¿no te has enterado?

—No la estoy observando de ese modo —Matt adoptó un semblante muy serio de repente—. Es sólo que ella me parece familiar.

Will arqueó una ceja, curioso por sus palabras.

—¿Te parece en realidad o sólo me estás tomando el pelo, por lo que dije antes?

—Lo digo en serio, Will —Matt se acercó más, bajando la voz—. Sólo que no puedo recordar a quién…

—Sí, sé de eso, hermano —Will soltó un suspiro—. Créeme, estuve toda la noche intentando acordarme, pero… ¿qué? —se interrumpió al notar que Matt arqueaba las cejas, en un gesto de reconocimiento—. ¿Has conseguido hacer memoria?

—No… Sí… —Matt se contradijo y negó con la cabeza, indeciso—. No lo sé. No es posible.

—¿Qué cosa? Vamos Matt, sólo dilo —le pidió, impaciente.

—¿No te recuerda a esa niña que vivía en la propiedad junto a la

nuestra?

—¿Podrías ser más específico? —Will rodó los ojos—. ¿A qué propiedad te refieres exactamente?

—A nuestra casa en Kent —aclaró su hermano—. Cuando éramos niños, recuerdo que había una niña pequeña, hija de unos vecinos, que pasaba la Navidad con nuestra familia. Una chiquilla pelirroja y alegre, que solía seguirte como una sombra a todas partes… —le explicó Matt—. Sus padres murieron, ¿no fue así? Y ella se marchó a vivir con sus tíos a Francia. No recuerdo bien, fue hace tantos años —Matt negó con la cabeza—. Pero se le parece bastante, ¿no lo crees?

—Oh, sí —Will asintió, recordando a esa pequeña niña pelirroja que nunca lo dejaba en paz—. Sí, tiene un parecido, sin duda ¿Cómo se llamaba?

—Algo como una flor. ¿Rosa? ¿Jazmín? —Matt pensó en voz alta.

—No. Era un nombre con L… —pensó Will—. ¿Lola? ¿Lulú?

—Que tenía nombre de flor, de eso estoy seguro.

—¡Lily! —exclamó Will, recordando al fin.

Ella alzó la cabeza al escuchar su nombre y la sonrisa se borró de su rostro cuando los descubrió a ambos observándola fijamente.

—¿Sí? —preguntó, algo nerviosa—. ¿Qué ocurre?

—Nada —Will esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. No te preocupes, no es nada. Sólo estábamos charlando y tu nombre vino al tema.

Ella lo miró una vez más antes de volver a centrar la atención en el lobo. Aunque era obvio que ambos mentían. Podía sentir sus miradas sobre ella, escrutándola detenidamente.

Y podía notar que algo se traían en mente, a pesar de sus aparentes sonrisas.

CAPÍTULO 10

Lily observaba por la barandilla el océano que se extendía interminable en el horizonte. El sol se había puesto hacía rato, convirtiendo aquellas aguas en un hermoso paraje de infinitos tonos negros y azulados, donde se reflejaba la luna y los millares de estrellas que ahora brillaban sobre su cabeza.

De pronto, el sonido de una risa la hizo volver la cabeza y fijar su atención en una figura aproximándose en la lejanía. No importaba el tiempo que transcurriera, pensó, siempre reconocería esa risa, esa figura, a ese hombre.

—William —musitó con un suspiro entrecortado, sin perderlo de vista.

Él reía con Ben, haciéndose bromas mutuamente sobre algo que parecía mantenerlos muy divertidos a ambos.

Casi podía verlo una vez más como el niño que recordaba, aquel que vivía en la propiedad contigua a la de sus padres, y que ella solía espiar desde el otro lado de la barda, anhelando, siempre anhelando, poder acercarse a él y a su familia.

No importaba qué estuviesen haciendo, ellos lucían tan felices, tan llenos de vida. Y no podía dejar de preguntarse, ¿cómo un lugar podía parecer tan soleado y otro tan oscuro, con tan sólo una barda de separación?

El corazón se le aceleró al verlo. Era tan apuesto, pero no sólo eso, estaba tan lleno de alegría, de vida. Will era como una chispa de luz que iluminaba todo donde estuviera.

¿O quizá sólo ella era capaz de verlo así?

Nunca olvidaría el primer día que lo vio, durante el funeral del conde McLaughlin, el bisabuelo de Will. Ella apenas era una niña, sin embargo, la forma en que él sonreía fue algo que se le quedó grabado en la mente… y en el corazón. Will relucía en ese lugar, era como una luz en medio de la oscuridad que lo rodeaba, la alegría arrebatándole el terreno a la tristeza propia de un momento tan duro, como la muerte de un ser querido.

Desde entonces había deseado volver a verlo, y la oportunidad le llegó cuando su madre finalmente le permitió acompañarla en unas de

sus visitas al hogar de sus vecinos. Algo que consiguió después de rogarle durante una semana entera para que la dejase ir.

Debía tener poco más de seis años por lo que su madre estaba poco dispuesta a llevarla, su hermana Meredith, seis años mayor, era una dama bien portada y por supuesto siempre acompañaba a su madre a las visitas con los vecinos, y a sus padres en los viajes. Sin embargo, ella aún era muy pequeña, y aquel privilegio aún no le era permitido.

Por lo que cuando su madre accedió a consentir que la acompañara en su visita matinal a la casa de sus vecinos, los Collinwood, Lily no pudo sentirse más contenta. Frente a su madre se comportó como una dama, agradeció con voz suave y recatada, antes de subir a su habitación a cambiarse el vestido. Fue allí donde finalmente pudo saltar de alegría, contenta por su buena suerte.

Nunca olvidaría ese día. Habían llegado temprano y el primero en recibirlos había sido precisamente Will. Lily no pudo evitar reír divertida al ver a ese chico de ojos chispeantes y sonrisa fácil, correteando en calzoncillos y calcetines por la casa como un verdadero pillo, sin permitir que nadie le diera alcance. Ni siquiera su madre, que por raro que fuera, era quien lo perseguía por la casa, una tarea que en su propio hogar hubiese sido relegada a los sirvientes. Todo cuanto tuviera que ver con los niños, era tarea de los sirvientes.

Y esa mujer amable de cabellos negros y ojos oscuros parecía un ángel, era hermosa como ninguna otra mujer que hubiese visto antes, y a pesar de la carrera, era elegante y refinada. Por ello parecía un ángel, y porque corría como si en lugar de piernas tuviera alas.

Cuando al fin Lupita alcanzó a Will, lo mandó a su habitación a vestirse. Lily había esperado impaciente por verlo nuevamente, y una sonrisa apareció por si sola en sus labios cuando lo vio entrar en la salita donde en ese momento tomaban el té.

Él ni siquiera la miró. Se dirigió a un lugar libre, en el sofá donde estaban sentados sus hermanos y se dejó caer entre ellos. Los chicos compartieron con él risitas divertidas, y Lily tuvo claro que Will debía ser el payaso de la familia. Sin embargo, sus risas se apagaron al ver la mirada de amenaza de su madre.

—Ya que ahora están presentes todos mis hijos, me gustaría presentarlos —había dicho Lupita, señalando a los chicos, que, al escucharla, se pusieron de pie y se alinearon uno al lado del otro, en orden de edad.

Lily prestó atención entusiasmada, mientras Lupita presentaba a cada uno de sus hijos, y prácticamente dio saltitos de entusiasmo cuando le llegó el turno a Will.

Sin embargo, él, lejos de prestar atención a lo que decía su madre, parecía más interesado en algo que sucedía fuera de la casa, pues mantenía la vista fija en la ventana.

Lily, que no le había despegado los ojos de encima, siguió su mirada, sin embargo, no encontró lo que fuera que parecía mantenerlo tan abstraído. De pronto, él soltó una risita, como si estuviera viendo algo sumamente divertido.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó Lily saltándose las normas de buena educación que le había inculcado su madre, e interrumpiendo lo que fuera que su anfitriona decía en ese momento.

Lily enrojeció hasta las orejas al notar lo que acababa de hacer. No se atrevía a volverse a su madre, pero podía sentir su mirada dura, fija sobre ella, en una silenciosa reprimenda.

Seguramente nunca más le permitiría acompañarla en una de sus visitas de sociedad.

—Si te dijera que estoy viendo a un anciano indio comanche amigo mío haciendo suertes sobre su caballo, ¿me creerías? —le dijo Will sin molestarse por su intromisión.

Ella alzó la mirada, dirigiéndole una sonrisa tan de satisfacción y agradecimiento, como sorprendida por sus palabras.

—Will, sabes que las personas «normales» no ven esas cosas —Ben le dio un codazo en las costillas a su hermano.

A Lily no le pasó desapercibido el tono que había adoptado Ben al decir «normal», pero no dijo nada. Lupita se dio prisa en cambiar de tema, y pronto todos estuvieron sentados en sus lugares una vez más, bebiendo té y comiendo dulces.

El tío Álex, el cuñado de Lupita y tío de los chicos, entró a la salita y se sentó con ellos.

A Lily le cayó bien enseguida, y sintió un poco de envidia de la suerte que tenían esos hermanos, al tener un tío tan cariñoso y afable, que además les preparaba esos bocadillos tan deliciosos.

Mientras lady Hendingham conversaba con su madre, los chicos y su tío, escuchaban atentamente lo que ambas les decían. Todos excepto Will. Él miraba en derredor, distraído, sin prestar la menor atención. Y aquello hizo reír a Lily.

Sus ojos se posaron en ella al escucharla. Unos ojos enormes de un hermoso color azul, como el cielo de verano. Lily sintió que las mejillas se le calentaban al saberse descubierta. Temió verse reprendida, o que él se molestara, asumiendo que se había reído de él. Pero todo cuanto Will hizo fue esbozar una sonrisa, como si aquello le resultase sumamente divertido.

Entonces, en ese preciso momento, Lupita se dio la vuelta una vez más hacia sus hijos, para dirigirles la palabra. Will se dio prisa en fijar la vista enfrente, aparentando haber prestado atención a todo lo que su madre había dicho.

—¿No opinan del mismo modo, chicos? —les preguntó Lupita, con una sonrisa amable.

—Por supuesto que sí, madre —contestó Will antes que todos, provocando que Lily soltara una carcajada.

Su madre se giró hacia ella con los ojos muy abiertos en una expresión mezcla de desconcierto y enojo. Al verla, Lily enrojeció y agachó la cabeza, turbada y preocupada por la regañina que su madre le pondría al regresar a casa. Seguramente la encerraría en su habitación y no le permitiría salir hasta los veinte años.

—Madre, ¿te importaría que llevásemos a nuestras invitadas a jugar afuera? —preguntó Will, poniéndose de pie.

—Es una buena idea. Yo también voy —dijo el tío Álex.

—Will tiene razón, debemos mostrarle los jardines a nuestras invitadas —convino Alexander.

Lily sonrió, agradecida por su clara intención de ayudarla.

—¿Podemos, mamá? —preguntó Meredith, su hermana mayor quien, como siempre, había sido un completo ejemplo de temple y elegancia.

Lily la miró por el rabillo del ojo, sabía que a ella le gustaba Alexander. En realidad, conocía a muchas chicas a las que les gustaba Alexander Collinwood. Sin embargo, su hermana no hizo nada para demostrarlo, se mantuvo en silencio desde su llegada. Es más, parecía haber enmudecido en presencia de esos chicos.

Quizá era esa la forma correcta de comportarse de una dama frente al chico que le gusta. Después de todo, su hermana siempre hacía lo correcto.

—Por supuesto, si lady Hendingham está de acuerdo —contestó su madre, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

Lupita estuvo de acuerdo enseguida, y con una sonrisa amable los despidió con gesto de la mano.

—Lilianne, cariño, recuerda tus modales —le dijo su madre en un tono severo que a ella le borró la sonrisa.

Cabizbaja y sintiendo que los ojos se le humedecían, salió del saloncito de té, siguiendo a los demás hacia los jardines. Le había fallado a su madre en el único compromiso que había hecho, el de portarse a la altura de una niña mayor y bien educada.

Estaba segura que nunca más le permitiría acompañarla a sus

visitas.

—No te pongas triste —una mano se posó en su hombro y ella se sorprendió al ver que era Will—. Si yo lo hiciera cada vez que me reprenden, el mundo estaría cubierto por el océano de mis lágrimas.

Lily esbozó una sonrisa tímida.

—Eso es, te ves mucho más linda cuando te ríes —él limpió la lágrima que resbalaba por su mejilla y le dedicó una sonrisa—. Ahora estás lista.

—¿Para qué?

—Para ser feliz —contestó con sencillez, tomándola de la mano y llevándola hacia fuera con él y el resto de sus hermanos, que ya corrían por el campo.

Lily lo siguió riendo a carcajadas, corriendo a su lado como si no hubiera un mañana.

Y desde aquel mismo momento, Lily se había enamorado perdidamente de él.

Un sentimiento que no había cambiado con los años, a pesar de la distancia y de que él la hubiese olvidado completamente. Y es que no podía culparlo, a los pocos años de eso murieron sus padres y su hermana, ella debió mudarse a Calais para vivir con su tía y su nuevo marido. El único contacto que mantuvo con William Collinwood y su maravillosa familia, fue el de los recuerdos que se llevó consigo, guardados en su corazón.

Un fuerte empujón la sacó de sus pensamientos, tan repentino que no pudo hacer nada para evitar darse de bruces contra el piso. El dolor le hizo ver luces, y lo primero que hizo fue llevarse una mano al rostro para palparse la mejilla.

—Oye, muchachito, ¿qué estás haciendo allí parado? —le preguntó una voz masculina.

Apenas pudo ver a un par de hombres de pie ante ella, así de grande era el dolor, sentía que estaba a punto de perder la conciencia. Seguramente debió golpearse muy fuerte la cabeza al caer.

A través de la bruma de dolor, notó que le ponían una bota sobre el rostro, ocasionándole más dolor cuando la presión aumentó contra su piel. Se había golpeado tan fuerte al caer, que sentía que la cara debió habérsele quedado embadurnada contra la madera del suelo—. ¿No sabes que esta cubierta es sólo para primera clase? Quédate allí, donde perteneces, junto a la mugre —no pudo decir nada más cuando una sombra se abalanzó sobre él, apartándolo de la vista de la chica.

Estaba tan mareada que apenas notó cuando unas fuertes manos la

ayudaron a levantarse y la alzaron al vuelo, cargándola en brazos como si fuese un bebé.

—¿Will? —musitó con una voz tan baja que incluso a ella le costó escucharse.

—No, soy Ben —le contestó el hombre que la cargaba, posando sus ojos azules sobre ella. Unos ojos de un tono zafiro más oscuro que los de Will, notó la chica, antes de girar el rostro hacia la maraña de brazos y piernas que había llamado su atención, por el ruido que hacían.

Y allí lo vio, Will…

Aunque no parecía su Will de siempre. Estaba furioso y ya no sonreía. Parecía otra persona, la furia desencajaba su rostro mientras golpeaba y se defendía del par de hombres que la habían atacado hacía un momento.

—¡Will! —exclamó con un hilo de voz, preocupada por él.

—Estará bien, no te preocupes —Ben intentó tranquilizarla cuando ella comenzó a revolverse en sus brazos, intentando acudir en su ayuda—. Vamos al camarote, tengo que revisar tu cabeza.

—Van a lastimarlo, son cuatro contra él solo —ella se esforzó por hablar.

—En realidad son dos, pequeña. Creo que te han golpeado la cabeza más fuerte de lo que pensaba —a pesar de que intentaba mantener un tono ligero de voz, ella notó el enojo en el brillo oscuro de sus ojos—. No tienes que preocuparte, Will puede con ellos de sobra. Además, ya viene llegando la caballería.

—¿Caballos? —preguntó, frunciendo el ceño.

Pero entonces vio a Alexander y a Matt aparecer como un suspiro antes de abalanzarse sobre los dos hombres.

Bastaron unos pocos segundos para que entre ambos consiguieran contener a los dos rivales de su hermano. Sujetándolos por los brazos, los pusieron de pie y los arrastraron lejos de Will, que parecía dispuesto a seguir peleando hasta volverlos puré.

—Will —musitó ella, llamándolo en su semiinconsciencia.

Él se giró hacia ella. Sus ojos azules y hermosos, más brillantes de lo que los recordaba, se posaron en los suyos, antes de que la inconsciencia la venciera.

CAPÍTULO 11

Removiéndose en la incómoda silla de madera, Will observaba en silencio a Lily recostada sobre su cama. Dormía tan plácidamente que no parecía que hubiese sufrido un severo golpe en la cabeza.

—Ella estará bien —escuchó a Ben decirle de pie a su lado.

—No puedes asegurarlo.

Ben le dedicó una mirada amable a su hermano menor. Will solía aparentar ser un bravucón, pero sabía que por dentro tenía un corazón sumamente sensible. Era obvio que estaba preocupado por esa chica, aunque apenas la conocía. O eso es lo que él creía.

—Esto va a escocerte un poco —le advirtió su hermano, antes de colocar un algodón mojado con desinfectante sobre una cortada en su pómulo.

—¡Ay, eso duele! —se apartó, molesto.

—Te lo advertí. Ahora quédate quieto, ¿quieres? Actúas como un niño pequeño —lo amonestó su hermano, obligándolo a permanecer en su lugar mientras limpiaba sus heridas—. Quizá deba suturar.

—¡No! —Will se puso de pie bruscamente, tanto que estuvo a punto de tirar la silla en su apuro por alejarse de Ben—. No vas a ponerme una aguja encima, ¿me oyes?

Benjamin negó con la cabeza, soltando un suspiro cansino.

—Puedes recibir contento una paliza, pero no permites que te toque una aguja —se cruzó de brazos—. Lo que acabo de decir. Eres un bebé.

—Dijiste niño pequeño —replicó Will, a la defensiva.

—En ese caso me corrijo, eres un bebé —Ben se puso de pie y comenzó a recoger sus instrumentos médicos —. Iré a revisar a esos dos pobres demonios, a los que linchaste. Seguramente necesitarán algunas suturas.

—Malditos mal nacidos, debería haberles arrancado la cabeza con mis propias manos —gruñó Will, todavía enojado—. Ahora mismo estarían pudriéndose en el infierno.

—Calma, Will, de nada sirve que dejes que la cólera te invada. Ya están encerrados, y el capitán nos aseguró que llegando a puerto los pondría bajo custodia de la policía.

—Como si eso sirviera de algo. En cuanto sus padres ricachones se enteren de que los han encerrado, los mandarán sacar. Odio a ese tipo de gente —espetó, golpeando la pared con el puño.

—¿Pretendes romperte la mano o la pared? Aunque ambas ideas son una completa idiotez —lo reprendió su hermano—. Y hablando de idiotas.

—No me compares con esos tipos.

—Bueno, los has llamado hijos de ricachones. Y no es que tú seas el hijo de un hombre pobre.

—Padre jamás permitiría que tratásemos de mala forma a nadie, mucho menos a alguien indefenso, lo sabes bien —gruñó—. De enterarse que hicimos algo así, nos hubiese dado una paliza con sus propias manos, y luego consentiría feliz que nos pudriésemos en la cárcel, de habernos portado como esos imbéciles.

—Eran unos pobres imbéciles, lo has dicho ya.

—Eso no quita la importancia de lo que han hecho. Sólo mírala —musitó, furioso, fijando los ojos en los moretones de la chica—. Esos tipos van derecho a convertirse en grandes idiotas, como el hombre que la maltrató antes. ¡Y me siento furioso por ello! No poder hacer nada para defender a personas como Lily, de esos imbéciles que son felices maltratando a otros sólo por ser diferentes, por tener menos dinero, por tratarse de un simple mozo… o una chica sin dinero —añadió con voz gruesa, colmada por el enojo, posando con ternura una mano sobre la frente de Lily, dormida en su cama—. No quiero ni imaginar lo que esos desalmados le habrían hecho, de saber que era una chica.

—Te entiendo y comparto tu sentir, hermano —Ben estrechó una mano sobre su hombro en un gesto tranquilizador—. Sin embargo de nada sirve que te malpases por un enojo. Tú no eres así, dejas que las cosas se vayan. Hazlo ahora, no permitas que te afecte —le sugirió, intentando apaciguar sus ánimos. Will pocas veces se dejaba llevar por el enojo, pero el que maltratasen a alguien era algo que nunca había podido consentir.

En realidad era algo que todos los hermanos compartían, un sentimiento heredado por sus padres, quienes solían luchar abiertamente contra las injusticias a las que el tío Álex, el hermano de su padre, había sido sometido desde su niñez, sólo por el hecho de haber nacido diferente.

—Ve a dormir, descansa un poco y recupera algo de energía —continuó Ben—. Yo me quedaré cuidando a Lily en cuanto regrese de revisar a esos dos idiotas.

—No, yo me quedaré con ella —Will le dedicó una mirada llena de decisión—. De todas formas, no podría conciliar el sueño.

—Creo que será mejor si yo me quedo —Ben adoptó ese gesto solemne de médico preocupado que Will conocía tan bien—. Sabes que ella recibió un fuerte golpe en la cabeza. Lo mejor sería que yo la vigilara durante la noche.

—Ben, si surge algo importante, te despertaré enseguida —lo interrumpió Will—. Hermano ve a dormir. Tienes ojeras y estás exhausto. Confía en mí, me haré cargo de ella.

—Jamás lo he puesto en duda, hermano —Ben esbozó una sonrisa que dejaba entrever el orgullo que sentía por ese Will obstinado y responsable—. Es sólo que pensé que después de todo ese ejercicio que hiciste, ya sabes, golpeando a esos matones, necesitarías descansar un poco.

—¿Descansar? ¡Bah! —bufó Will, adoptando una vez más ese porte de altanería y superioridad, tan propios de él—. Podría haber liquidado a esos tipos y seguir con otros diez más, sin derramar una gota de sudor.

—Ahora estás de hablador —Ben rodó los ojos—. Me voy, tú y tu ego inflado ocupan todo el aire de esta habitación.

Will soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Gracias por la ayuda, Ben. En serio —le dijo, adoptando un semblante grave, raro en él—. Es genial poder contar contigo en estas situaciones.

—Siempre podrás contar conmigo para suturarte la cara, hermano —Ben sonrió, dándole una palmadita en el hombro a Will—. Que tengas una buena noche. Cualquier cosa, sabes dónde encontrarme.

—Lo sé, gracias —se despidió—. Descansa, hermano.

—Hasta mañana —dijo Ben antes de cerrar la puerta tras él.

Will soltó un suspiro al ver el rostro maltrecho de la chica, mientras volvía a tomar asiento en la silla, frente a la cama donde dormía Lily.

Aún inquieto, se acercó a ella, con la intención de percatarse de si todavía respiraba. Ella dormía tan tranquilamente que a veces se le figuraba que ni siquiera lo hacía. Estaba tan quieta, que la imagen de *Ofelia* en el agua, de Millais, se le vino a la mente de pronto.

No, ella iba a estar bien, se recordó. Ben se lo había asegurado. La contusión a causa del golpe no debía de provocarle mayores daños, aunque algo le hacía saber que él lo estaba diciendo para tranquilizarlo.

—Lily —musitó, al tomar su mano. ¿Sería ella realmente la

pequeña pelirroja que había conocido de niño? ¿Aquella vecina que solía seguirlo como una sombra, a donde fuera que iba?

No. Era imposible. Ella hubiese mencionado algo… o quizá no. En el tiempo en el que ella vivió en la propiedad vecina a la de su familia, eran tan sólo unos niños pequeños. Él apenas podía recordarla, y considerando que ella era mucho más joven que él, era claro que se habría olvidado de lo ocurrido durante aquellos años.

Aunque lo más probable es que ella no fuese la misma Lily que lo seguía a todas partes. La noche anterior habían hablado con Matt al respecto y habían llegado a la misma conclusión. Había muchas mujeres llamadas Lily en Inglaterra, en todo el mundo, en realidad. Lo más probable, es que sólo se tratase de una coincidencia.

Apenas podía recordar a esa Lily de su pasado, de hecho no había vuelto a pensar en ella hasta la noche anterior, cuando Matt la mencionó. Sin embargo, desde entonces, no había dejado de rememorar el tiempo en que ambos compartieron la Navidad. En especial una, cuando él había sido cruel con esa pequeña.

No recordaba mucho, sólo el sentimiento de repulsión hacia sí mismo después de haberle gritado cosas horribles y crueles.

Ella había salido corriendo, envuelta en lágrimas. Sin darle la oportunidad de disculparse enseguida por lo que había hecho.

La halló al poco tiempo escalando un árbol que lindaba la barda que separaba los terrenos de Collinwood Hall y el de sus vecinos. Notó que ella trepaba con sencilla familiaridad las viejas ramas del nogal, dejando claro que no era la primera vez que lo hacía.

Lo que no sabía es que aquel era el árbol favorito de Lily, donde ella mantenía su guarida secreta, una casita de árbol que ella misma se había hecho, y donde solía pasar la mayor parte del día. Al menos cuando no estaba helando.

Pero en aquel momento lo último que consideró fue el frío. Todo cuanto quería hacer era llorar y llorar.

No era la primera vez que espiaba a Will y a los Collinwood. Su pequeña casita en el árbol podía no ser bonita, pero le encantaba. Aquel sitio era su refugio, el único que ella había construido con viejas cajas y trozos de madera, y que lucía más como un nido de pájaro que una verdadera casa, al ser un simple montón de maderas amontonadas sobre las ramas. Y lo mejor de ese lugar, es que se situaba sobre la colina que colindaba con el terreno de Collinwood Hall, y desde ahí podía ver a la familia reunida en el salón o en los jardines traseros, jugando y pasándola bien, de un modo que ella nunca conoció en su propia familia.

Había soñado infinidad de veces con formar parte de ese cuadro, tan cercano y a la vez tan lejano a la vista. Pero un mundo entero los separaba. Ella no era parte de esa alegría y esa convivencia. En su familia nunca viviría algo como eso.

Y soñaba con poder ser amiga de Will. Le encantaba el modo en que Will, de alguna forma, siempre parecía estar feliz. Como si tuviera un secreto oculto acerca de la felicidad, que nadie más sabía. Siempre sonreía. Y en el mundo de Lily, una sonrisa así, era algo a lo que aferrarse.

Pero cuando él le gritó esas cosas tan horribles, no pudo hacer más que salir corriendo antes de soltarse a llorar allí mismo frente a todos.

No quería que nadie la viera llorar. Él en especial. Aunque dudaba haberlo conseguido realmente. Sí, se había portado como una llorica completa frente a todos, frente a él.

—¿Lily?

Lily pegó un gritito de susto al ver asomarse a la cabeza de Will entre las ramas desnudas del árbol.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con voz entrecortada, limpiándose las lágrimas con el dorso de las manos.

—Yo… ¡Ay, mier…! —gritó cuando un montón de nieve se desprendió de la rama de la que se sostenía y le cayó de golpe en la cabeza—. ¡Miércoles! —se corrigió, cuidando su lengua ante ella.

—¿Miércoles? —ella no pudo evitar soltar una risita, viéndolo sacudirse el pelo como un perro.

Él sonrió también, contento de verla reír. Y sin dejar de hacerlo, terminó de escalar y se sentó en un tablón, frente a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Lily, abrazando la vieja muñeca que mantenía oculta en su casita, para evitar que su madre la tirara a la basura, notando los mechones húmedos goteando sobre su frente.

—No te preocupes por mí, he venido a verte a ti —sus ojos adoptaron una expresión seria, rara en él—. ¿Estás…? ¿Cómo te encuentras? —tartamudeó sin saber qué decir.

No le gustaba admitirlo, pero Alexander tenía razón. Las niñas lo ponían nervioso. Incluso las pequeñas. Eran raras, delicadas y olían extraño.

Pero Lily era una buena niña, aunque lo volviera loco siguiéndolo a todos lados, le caía bien. No había deseado lastimarla.

—He venido a pedirte perdón —le dijo con voz sinceramente apesadumbrada—. No debí hablarte así. Lo siento mucho.

Ella lo estudió con la mirada, intentando mantener las lágrimas dentro de sus ojos.

—Está bien —musitó en voz baja.

—No lo dices en serio —él escrutó su rostro buscando la verdad.

—Por supuesto que sí —Lily agachó la vista.

—No es cierto, puedo notar que estás mintiendo.

—¡Yo nunca miento, William Collinwood! —replicó, subiendo el tono de voz.

Aquello no hizo más que hacer renacer la sonrisa tan familiar de William.

—Ahora suenas como la misma mandona de siempre —le dijo en son de broma, y debió esquivar una muñeca que la niña le lanzó a la cara al escucharlo.

—¡No soy mandona! Retráctate ahora mismo.

—Y aquí vamos —él rodó los ojos.

Esta vez fue Lily quien soltó una risita, incapaz de negar los hechos.

—Bueno, quizá sí sea un poquitín mandona —suspiró.

—Lily, sólo quiero que sepas que en realidad lo siento. No debí hablarte así —negó con la cabeza, nervioso—. ¿Podrías perdonarme? Y lo digo en serio, no como algo a lo que te sientas obligada. No de esos perdones de los mayores, que los sueltan todo el tiempo, y nunca es en serio —se explicó a toda velocidad—. ¿Me perdonarías de verdad?

Ella sonrió, conmovida por sus palabras.

—Seguro que sí.

Él miró en derredor, estudiando la casita mal hecha.

—¿Qué es este sitio, por cierto?

—Es mi casita del árbol.

—Pues de casa no tiene mucho. Sí, ya, ya me callo —dijo antes de darle la oportunidad de replicar.

—Mildred, una criada que es muy buena conmigo, me ayudó a construirla. Pero ella murió de fiebre el año pasado y no pudimos terminarla —le explicó la niña, hablando en tono bajo y triste.

—¿Y tus padres? ¿Ellos no te pueden ayudar?

Lily lo miró como si acabase de volverse loco.

—Creo que sería más factible sugerir que mi madre se vistiera con dos cocos y un taparrabo, y se pusiera a bailar en medio de la corte de la reina —le dijo ella, provocando que Will se soltara a reír a carcajadas.

—Eres bastante divertida para ser tan pequeña —sonrió y desordenó con la mano sus cabellos pelirrojos.

—No soy pequeña, ya cumplí siete, ¿recuerdas? —refunfuñó ella,

juntando los labios en una mueca bastante cómica.

—Bien, ancianita, ¿y qué hay de tu padre? —le preguntó—. ¿Él no podría ayudarte?

—Tendría que aparecerse por casa de vez en cuando. Y eso jamás ocurre.

—Bueno… —Will suspiró. Pobre Lily, en realidad estaba muy sola —. La verdad es que este lugar no está tan mal, ¿sabes? —se puso de pie e inspeccionó los alrededores—. ¡Oye, mira, desde aquí se alcanza a ver mi casa!

—¿En serio? —ella sintió que las mejillas le enrojecían.

—Y también los jardines. Mira, allá está mi familia. Siguen practicando —sonrió, animado—. ¿Te gustaría regresar? Podrías intentar tú también hacer lo del tiro con el hacha.

—En realidad no tengo muchas ganas ahora mismo.

Él soltó un suspiro y asintió, apoyando la espalda contra una de las ramas.

—No deberías hacer eso —le advirtió Lily—. No es seguro. La rama podría romperse.

—Si no es seguro para mí, tampoco lo es para ti —refunfuñó él—. No deberías estar aquí arriba.

—Tal vez, pero me gusta este sitio, ¿sabes? A veces es un buen lugar para pasar el rato y no escuchar… Y no estar en casa —musitó, apartando la mirada.

—Ya… —él frunció el ceño. Había escuchado a los sirvientes hablar en varias ocasiones sobre lo sola que debía estar Lily en su casa. Sus padres nunca estaban, y las pocas veces que pasaban el tiempo en su hogar, todo cuanto hacían era ignorarse mutuamente, y cuando no, se gritaban el uno al otro.

Incluso escuchó una vez a una mucama que había trabajado antes en la casa de Lily, relatándole a su madre sobre lo cruel que era el padre de Lily con su mujer y sus hijas. Solía golpearlas bastante, en especial a su hija pequeña.

Will nunca se había atrevido a preguntarle a Lily directamente si su padre la pegaba. De hecho, dudaba que hubiese hablado más de dos palabras con Lily hasta ese momento.

Y ciertamente, no tenía idea de cómo preguntarle algo así. A él le habían dado azotainas un par de veces cuando sus travesuras se habían pasado de la raya. Como la ocasión en que cambió el azúcar por la sal en las cocinas, y todos los pasteles para una cena elegante que ofreció su padre, salieron salados en lugar de dulces. O la ocasión en que vertió las acuarelas de su madre en el té de su niñera, y le dejó

los dientes de color morado intenso.

En ambas ocasiones, su padre le había dado un par de palmadas en el culo, pero tuvo el cuidado de tomarse el tiempo para explicarle que su condición no era excusa para comportarse mal con las personas a su alrededor, y mucho menos con las personas que trabajaban para él y su familia. Aquellas personas podían llegar a perder sus trabajos o su reputación, como el caso de la cocinera, o pasar un terrible bochorno, como el que había vivido su niñera al sonreírle a su padre con unos dientes morados, por culpa de sus juegos.

Fuera de esas veces, nunca le habían pegado, y no en serio, como sabía que sucedía en casa de Lily.

Podía entender por qué Lily prefería ese lugar frío e incómodo arriba de un árbol, por encima de su casa.

—Lily, creo que he encontrado la manera de resarcirme contigo.

—¿Qué cosa? —ella abrió mucho los ojos, curiosa por sus palabras.

—Te ayudaré a mejorar este lugar para hacerlo un sitio confortable o, al menos, seguro.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, porque deseo que me perdones.

—Pero si ya te he perdonado.

—Ya, pero ahora me toca hacer algo para hacer las paces —se explicó, examinando una rama a su lado. No le gustaba mostrarse tan blando, ni que ella supiera lo mucho que sentía haberla lastimado—. Algo como un tributo; un regalo.

—No tienes que hacerlo, Will.

—Precisamente por eso, quiero hacerlo. ¡Ahhh! —gritó cuando la rama se rompió, provocando que él cayera en picada contra la nieve del suelo.

—¡Will! —gritó Lily, asustada, bajando tan rápido como pudo del árbol—. ¡Will! ¡Estás herido? ¡Will! —lo sacudió.

—Creo que acabo de romperme el culo —gruñó, apartando la rama que había provocado su caída, y sobre la que había aterrizado.

—Oh, pobre Will —sollozó Lily—. Iré por ayuda, no te muevas.

—No, tranquila, estoy bien —musitó él, sentándose sobre la nieve —. Gracias al cielo por la nevada o lo que tendría roto es el cuello — se quejó quitándose la nieve de encima.

—Iré por tu madre, no demoraré —intentó ponerse de pie, pero Will la detuvo por el brazo.

—No, no lo hagas —le pidió—. Si mis hermanos se enteran de que me he caído de un árbol, se reirán de mí todo lo que me queda de vida. Y no dejarán de burlarse si además se enteran que una niñita de

siete años ha podido escalar el mismo árbol con la facilidad de una ninfa, y salir ilesa.

Los ojos de Lily se abrieron desmesuradamente, sorprendida por lo que a sus oídos sonó como un elogio.

—Sólo ayúdame a ponerme de pie, ¿vale? —le pidió, estirando una mano.

Intentando aguantar una sonrisa, ella asintió y tiró de su mano, ayudándolo a levantarse.

—Vamos, apóyate de mi hombro, Will —le dijo ella, amablemente —. Te ayudaré a llegar a casa.

—Está bien, pero sólo porque me quedas a la altura de un bastón —bromeó él, haciéndola reír.

—Podré ser bajita, pero no me caigo de los árboles —replicó.

—Touché —Will soltó una carcajada—. ¿Sabes, Lily? Para ser una niña, no estás tan mal. Creo que incluso eres inteligente.

—Vaya, gracias —contestó ella sarcástica.

—Me refiero a que eres más lista de lo que esperaría de una niña de tu edad. A veces hablas como un adulto.

—Lo sé, mi abuela dice que me junto con demasiadas personas adultas, y por ello hablo ya como si tuviera cuarenta años. Ella insiste en que debería asistir a un internado en Francia, como lo hace Meredith, y convivir con otras niñas de mi edad.

—¿Y por qué no lo haces?

La sonrisa en el rostro de Lily se esfumó.

—Mi padre dice que no desperdiciará su dinero en mí.

Will frunció el ceño, sorprendido por esa declaración.

—Pero no me importa. Soy feliz aquí, cerca de ti… de ustedes —se corrigió, sintiendo que las mejillas le enrojecían—. Aunque tampoco ustedes estén mucho por acá, es divertido verlos de vez en cuando, durante el tiempo que no están en el colegio o entre sus viajes a México.

—Tal vez algún día tú también puedas ir a México conmigo —él le dedicó una amplia sonrisa, intentando animarla—. ¿Eso te gustaría?

—Sí, me encantaría —asintió ella, esbozando una sonrisa de oreja a oreja—. Muchísimo.

Lily se revolvió en la cama, sacando a Will de sus pensamientos.

Notó que ella estaba helada, por lo que se puso de pie y fue hasta el ropero donde se guardaba la ropa de cama, para sacar una frazada extra.

Al extender la manta sobre la cama, la tela tiró las cosas que había

dejado en la mesita de noche. Entre ellas había una cajita fina de terciopelo, que al chocar contra el piso, se abrió de golpe, dejando al descubierto el collar de perlas que le había comprado a Clara como regalo.

—Son muy bonitas —escuchó una suave voz a su lado.

Él alzó la cabeza, sorprendido al ver a Lily con los ojos abiertos y mirándolo.

—Lo siento, te desperté.

—No te preocupes —ella parecía algo aturdida todavía, pero sonrió, sin dejar de mirar el collar en su mano—. En verdad es muy bonito. Seguramente le gustará mucho a la persona a la que vas a regalárselo. Porque vas a dárselo a alguien, ¿no es verdad? ¿O es para ti?

Él soltó una risita divertida.

—No, niña, las perlas no me van —rio—. Son para una amiga que vive en México.

—¿Clara?

Él abrió mucho los ojos, sorprendido de que ella supiera eso.

—¿Cómo …?

—Solías hablar de ella todo el tiempo. Decías que ibas a casarte con ella… —su voz se apagó un poco.

Will no lo notó, demasiado sorprendido por lo que ella acababa de decirle.

—¿Lily…?

—¿Sí? —respondió la chica, cerrando los ojos, todavía soñolienta a causa de los medicamentos.

—No… Me refiero… ¿Eres tú realmente? La chica que… —se calló al notar que ella ya no lo escuchaba, había vuelto a dormirse y ahora roncaba ligeramente.

Él sonrió, cubriéndola una vez más con las mantas.

—Bienvenida a casa, Lily —musitó sobre su oído—. Ahora estás a salvo —le dijo antes de besarla suavemente en la frente.

CAPÍTULO 12

—¡Ella es Lily! —William entró corriendo a la habitación donde dormían Alexander y Ben.

—¿Qué pasa? —Alexander se puso de pie de golpe, empuñando el hacha que mantenía guardada bajo su cama.

—¿Dónde están los buñuelos? —preguntó Ben, sentándose en la cama todavía con los ojos cerrados.

—¿Los buñuelos? —Will frunció el ceño—. ¡Benjamin, despierta de una vez! —gritó lanzándole a la cara un panecillo, resto de la cena, que fue lo primero que encontró a su alcance.

A pesar de estar medio dormido, Ben lo cogió en el aire, antes de que le golpeara el rostro.

—Estoy despierto —dijo, dando un largo bostezo—. ¿Qué ocurre? ¿Lily está bien? —preguntó preocupado, poniéndose de pie.

—Sí, lo está —Will intentó tranquilizarlo cuando su hermano comenzó a vestirse a toda velocidad—. No te preocupes por eso.

—¿Entonces por qué demonios nos has despertado? —le preguntó Alexander, dejándose caer de nuevo en la cama.

—Sí, niño —refunfuñó Ben, desvistiéndose otra vez—. Estaba teniendo un buen sueño.

—¿Con buñuelos? —Will arqueó una ceja, mirando a su hermano sarcástico.

—Will, ¿qué ha pasado tan importante para que nos vinieras a despertar de forma tan abrupta? —lo interrogó Alexander, dedicándole una mirada asesina a su hermano.

—¡Es Lily! —gritó Will, señalando hacia la puerta que comunicaba con la habitación conjunta—. ¡Allí está Lily!

Alexander y Ben se miraron de reojo, con idénticas expresiones de desconcierto en el rostro.

—¿Y? —Alexander arqueó una ceja.

—¡Lily! —Repitió Will—. ¡Ella es Lily!

—Y yo soy Ben, él Alexander y tú Will.

—Muy gracioso —Will le lanzó ahora el plato donde habían estado los panecillos, y esta vez Ben estuvo cerca de no esquivarlo.

—Will, ¿te has vuelto loco? —le preguntó Alexander, dejándose

caer sobre la almohada una vez más—. Ya sabemos que ella es Lily.

—¡Estoy hablando de que ella es Lily, la niña que era nuestra vecina! —se explicó Will—. La niña pelirroja que solía vivir en la propiedad cercana a Collinwood Hall.

Alexander se sentó de golpe, dedicándole a su hermano una mirada de interés renovada.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Ben con voz seca.

—Algo que ella dijo.

—No lo entiendo. Se suponía que no debía decir nada.

—¿Lo sabías? —los ojos azules de Will se entrecerraron con sorpresa y rabia—. ¡Lo sabías y no me dijiste nada!

Ben y Alexander compartieron una nueva mirada, esta vez de resignación.

—Era por tu seguridad, Will —Alexander comenzó a explicarle, pero su hermano lo interrumpió.

—¿Quién más lo sabe?

—Sólo Alexander y yo —contestó Ben —. Decidimos que sería lo mejor que nadie más conociera la verdad.

—¿Cuál verdad? —Matt entró en ese momento en la habitación, llevando a su lobo caminando a su costado.

—¿Dónde estabas? —le reclamó Alexander, adoptando una vez más ese aire de hermano mayor preocupado.

—No podía dormir y fui a dar un paseo —contestó su hermano con naturalidad, dejándose caer en una cama deshecha. A partir del arreglo que habían tenido que hacer al llevar con ellos a Lily, se acomodaban los cuatro hermanos en una habitación, para permitirle a la chica tener un poco de privacidad en el otro dormitorio—. ¿Qué está pasando?

—Creo que nuestros hermanos tienen algo que confesar —contestó Will, muy serio, cruzándose de brazos.

—¿Ah sí? —Matt arqueó una ceja—. ¿Sobre qué?

—¿Recuerdas nuestra teoría acerca de Lily? Pues resultó ser cierta.

—¿Qué? —Matt se levantó de un salto—. ¿Lo dices en serio? Pero, ¿cómo?

—Eso no es todo. Álex y Ben ya lo sabían, y por alguna razón, decidieron no decírnoslo.

—¿Por qué hicieron eso? —preguntó Matt, adoptando un gesto molesto idéntico al de Will.

—Eso es lo que ahora nos van a revelar —Will le dedicó una mirada asesina a sus dos hermanos mayores—. ¿No es así?

Esa mañana, Will aún seguía molesto por la mentira encubierta por sus dos hermanos mayores. En parte entendía su sentir y la preocupación que habían compartido hacia Matt y él, así como al resto de su familia, en su intento de protegerlos. Sin embargo, le molestaba que no lo hubiesen incluido en la toma de decisiones, ni compartido toda la verdad con él. Era un hombre hecho y derecho, no un niño. Tenía derecho a decidir en el tema, podía colaborar con esa responsabilidad y enfrentarse a las consecuencias, sin temor a lo que pudiera venir, tanto como lo hacían Alexander y Ben. Además, era abogado, por un demonio. Si alguien podía ayudar a Lily ante la ley, era él.

Le había reclamado a sus dos hermanos, por supuesto. Aunque ya no servía de nada. Lo hecho, hecho estaba.

Ahora lo importante era proteger a Lily de su pasado, del maldito hombre que se suponía debía resguardarla, si es que continuaba con vida, y de la ley.

Notó a Lily removiéndose en la cama, con el rostro compungido, como si estuviera sintiendo dolor. Se aproximó a su lado y le secó el rostro con un trapo húmedo. Había pasado la noche con fiebre, y en ese momento parecía haber ido en aumento. Ella estaba muy caliente y cubierta de sudor.

Alarmado, se puso de pie dispuesto a salir en busca de Ben, pero una mano sobre la suya lo detuvo.

—¿Will? —musitó Lily, buscando su rostro con unos ojos apagados y enfebrecidos.

—Hola, pequeña —la saludó, volviendo a tomar asiento en la silla a su lado—. ¿Cómo te sientes esta mañana?

—Tengo sed —musitó con voz muy baja, queriendo incorporarse.

—Tranquila, yo te alcanzo el agua —le dijo, posando ambas manos sobre sus hombros para ayudarla a recostarse una vez más sobre las almohadas.

Ella soltó una exclamación de dolor, como si acabase de romperle los huesos en lugar de sólo tocarla.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, asustado, apartando instintivamente el camisón de sus hombros, para dejar al descubierto la piel y poder examinarla.

Y allí los vio, grandes moretones en sus hombros y cuello, contrastando con la pálida piel de la joven.

—Estoy bien —ella le apartó las manos de un manotazo, y se volvió a cubrir con la tela de su camisón.

—Lo siento, no quería propasarme —para su sorpresa, Will se

sonrojó—. Sólo quería ver si no te había hecho daño. Yo… voy a matar a esos hombres —masculló atropelladamente, nervioso y enojado—. Debí detenerlos antes. ¡Pudieron matarte!

—Will, tú me salvaste. Llegaste a tiempo, no te recrimines por tonterías —Lily posó una mano sobre la de él, en un gesto tranquilizador.

—Pero estás muy lastimada. Sólo con ver las marcas en tu cuerpo, tus hombros —comenzó a replicar, pero ella lo interrumpió.

—Nada podías hacer, no fueron ellos los que ocasionaron esto. Apenas me habían lanzado al suelo cuando tú llegaste. De no haber sido por ti, todo habría terminado mucho peor. Y el mayor golpe me lo llevé porque me tomaron por sorpresa y no alcancé a poner las manos. Estos moretones, por otro lado —su voz se apagó un poco—… No los hicieron ellos.

Los ojos de Will se encendieron con enojo.

—Fue tu tío quien los hizo, ¿no es verdad, Lily? —le preguntó con un tono de voz grave que intentaba disfrazar el enojo que sentía—. Sinceramente, espero que lo hayas matado.

Los ojos de Lily se abrieron con sorpresa.

—Sí, conozco la verdad. Toda la verdad —sentenció, dedicándole una mirada especial que a ella le llegó al alma.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —tartamudeó mientras luchaba por volver a sentarse en la cama.

—Sé quién eres en realidad, Lilianne Wadlow —le dijo él, inclinándose para posar con sumo cuidado ambas manos en sus brazos y obligarla a recostarse una vez más, sin lastimarla.

—No lo entiendo. ¿Cómo?

—¿Ya lo olvidaste? —Will esbozó una sonrisa ladeada—. Tú misma me lo dijiste anoche.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Está bien, no lo hiciste a propósito, Ben asegura que debió ser por una especie de delirio ocasionado por el golpe y la fiebre. No te culpes a ti, pequeña, ese par fue el causante de que soltaras la lengua —sonrió.

—Will, yo…

—Me alegra que lo hicieras, Lily —la miró de una forma especial, una forma tan dulce y llena de ternura, que le llegó al alma—. Te agradezco que confiaras en mí para sincerarte —sonrió, posando una mano en su mejilla. Entonces su rostro cambió de expresión, adoptando un semblante preocupado—. Debería ir a buscar a Ben. Aún estás muy caliente —posó una mano sobre su frente,

cerciorándose de que era así.

—Will… —susurró, tomando la mano de su rostro y bajándola para poder mirarlo a la cara—, siento no haberte dicho la verdad desde un inicio.

—Está bien, entiendo que tenías tus motivos —él se encogió de hombros—. Sin embargo, te agradecería que fueses completamente sincera conmigo en adelante, ¿de acuerdo? Después de todo somos amigos, o lo éramos de niños. Y ya que nunca dimos por terminada nuestra amistad, es de suponer que aún continúa, ¿no lo piensas así también?

—Por supuesto —una sonrisa le iluminó el rostro a Lily.

Will sonrió también, apartando cuidadosamente los mechones húmedos que habían caído sobre su frente.

—Bien, en ese caso, te recomiendo que mantengas las confidencias conmigo tal como solías hacerlo antes. Quiero ayudarte, Lily, y me facilitaría hacerlo si me lo contaras todo —le explicó, hablando con una seriedad rara en él—. Puedo recordar que solías contarme todo cuando éramos niños, incluso las cosas más absurdas, como el sitio donde guardabas tus costras de la varicela y tus dientes de leche.

—Oye, eso no era absurdo. Era ciencia —reclamó ella, adoptando un aire altivo bastante similar al de Evelyn—. Deseaba estudiar todo de cerca cuando recibiera mi microscopio, como regalo de navidad.

—Sí, ahora lo recuerdo. Me pediste prestadas las costras de mis rodillas, ¿no es verdad?

Ella soltó una risita.

—Niña, eras muy rara, y lo digo de forma positiva —aclaró, al notar su sonrisa borrándose—. Me gusta que seas rara. Eras interesante, sin duda. Y bastante divertida, debo admitir. No entiendo cómo puedes estar emparentada con la pesada de Evelyn… Es decir, con esa noble mujer —se corrigió.

—Evelyn es una buena persona, no pienses mal de ella —le pidió adoptando un gesto severo—. Ha pasado por muchas cosas difíciles en su vida.

—Tú también, y no por ello te has vuelto una persona insufrible —replicó él, frunciendo el ceño—. Y sin duda tú no serías capaz de romperle el corazón a nadie. Mucho menos a un hombre tan bueno como Ben. Y por cierto, eso último no debí decirlo. Así que olvídalo, ¿de acuerdo? —le pidió en tono compungido, cubriéndose los ojos con una mano.

—No volveré a repetirlo —ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Y no te preocupes, ya lo sabía antes de que me lo

dijeras.

—Supongo que tu prima ha de presumir de los corazones rotos que lleva en su cuenta.

—Ella no es así, Will —le aseguró—. Por lo que sé, y conozco muy bien a mi prima, quizá mejor de lo que se conoce ella misma, tu hermano Ben ha sido el único hombre al que ha querido. Creo que aún sigue queriéndolo, aunque no lo admita abiertamente.

—Por favor, eso es imposible —bufó él, cruzándose de brazos—. Si lo quisiera, no habría roto el compromiso con él.

—Evelyn no se permite amar, Will —ella soltó un suspiro bajo—. Le tiene miedo al amor. Su madre murió cuando ella era un bebé, pero nunca fue feliz al lado de su padre, y esa infelicidad probablemente la llevó a la tumba. Y su madrastra raya en la locura por lo mucho que ha sufrido por el amor, a causa de su propio padre, que ha sido durante toda su vida un marido inconstante, que ha malgastado su dote y su fortuna en sus placeres, un hombre que se pasea con mujerzuelas por todas partes. Y ni hablar de nuestra abuela. Ella fue la más amargada de todas, y esa amargura se la transmitió a Evelyn. Le hizo jurar que ella no sufriría ese mismo destino. Jamás —lo miró a los ojos.

Él se mantuvo serio, sin dejar de mirarla fijamente.

—¿Y tú compartes también ese pensar?

—No… Siempre fui una causa perdida —se encogió de hombros.

Will soltó una risita divertida, negando con la cabeza.

—Me alegra saberlo. Sería una lástima que alguien como tú se amargase la vida también —le dijo, mojando su rostro con el paño húmedo—. Y en defensa de mi género, te aseguro que no todos los hombres somos unos completos desalmados.

—Lo sé —ella esbozó una suave sonrisa y estrechó la mano con la que él le limpiaba el sudor del cuello—. Tú nunca serías así.

Él sonrió también, pasando un mechón de cabello tras su oreja.

—¿Sabes algo? —le preguntó esbozando esa sonrisa ladeada que ella recordaba tan bien—. Me alegra volver a verte después de tanto tiempo, Lily.

Ella sonrió, luciendo de pronto mucho más animada.

—A mí también me da gusto volver a verte, Will. Han pasado muchos años.

—¿Cómo te fue en Calais? —Will se arrepintió de la pregunta nada más hacerla, al notar sus ojos tiñéndose de tristeza.

—Bien, supongo —contestó la chica, a pesar de todo—. Mi tía era muy buena conmigo, me consentía y me trataba como si fuera su

verdadera hija. Me envió al mismo internado en París donde asistía Evelyn, y me permitía pasar las vacaciones de verano y las navidades con ella en Londres. Tuve una vida muy agradable, hasta que ella murió… Entonces su marido se quedó como mi tutor y —su rostro se ensombreció.

Los ojos de Will se oscurecieron por el enojo.

—¿Te hizo daño?

—No. No al principio —negó con la cabeza—. Él era bueno cuando mi tía vivía. La amaba muchísimo, todos podían notarlo. Fue después de que ella muriera que las cosas se tornaron… raras.

—¿Raras?

—Él comenzó a tratarme de forma diferente. Me daba regalos, ropa nueva, joyas. Me hablaba como si fuera su… esposa —agachó la mirada.

—¿Se propasó contigo? —él parecía estar haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para mantener el tono de voz calmado, y no demostrar el enojo que sentía.

Ella apretó los ojos, intentando mantener a raya las lágrimas.

—Lo intentó —admitió ella con voz apagada—. Al menos al principio se controlaba. Intentaba quedarse a solas conmigo, tocarme de formas que no eran apropiadas —agachó la vista, avergonzada.

Will tomó su mano, intentando infundirle ánimo para continuar hablando. Debía saber toda la historia para poder protegerla. Y antes que nada, ella debía sacar esos recuerdos de su interior, para evitar que siguieran persiguiéndola y haciéndole daño.

—No se lo permití, Will —lo miró a los ojos, adoptando una expresión colmada de valentía que a él lo hizo sentir orgulloso—. Lo enfrenté, le dije que no debía tocarme de ese modo. Que lo acusaría ante la ley. Entonces él reveló que había decidido desposarme. Me negué enseguida, naturalmente, pero él se apegó al hecho de que era mi tutor y podía obligarme si así lo deseaba.

—Maldito —él apretó tan fuerte la mandíbula que Lily pensó que iba a romperse los dientes.

—Fue entonces cuando Evelyn y yo tramamos un plan para mi huida —ella continuó su relato—. Mi prima estaba al tanto de todo. En sus cartas me alentaba a mantenerme firme, me aseguró que me ayudaría a escapar de casa y ocultarme para que mi tío nunca me encontrara de nuevo. Pero, de algún modo, él me descubrió —cerró los ojos, angustiada por el recuerdo—. Se puso furioso conmigo, me acusó de engañarlo, engatusarlo para retrasar las cosas, y entonces él…

—¿Abusó de ti, Lily? —preguntó Will con voz baja, rayando en la furia.

—¡No! No lo hizo. Yo me defendí —le aseguró—. Corrí y entonces él intentó atraparme, y yo… Lo maté, Will —su voz se quebró—. No estoy completamente segura, pero creo que lo hice… —le reveló, soltando un sollozo—. Lo maté. Soy una asesina.

Will se sentó a su lado en la cama y la abrazó, permitiéndole desahogarse contra su pecho.

Y Lily así lo hizo, liberando al fin todo lo que había llevado dentro por lo que parecía ser una eternidad.

—Bien hecho, niña —le dijo él, tras un largo rato, cuando ella pareció calmarse un poco.

Lily apartó el rostro para mirarlo con ojos iluminados por las lágrimas, sorprendida por sus palabras.

—No digo que esté bien que seas una asesina —le aclaró, notando su desconcierto—. Pero me alegro que te hayas defendido. Era justo, Lily. Y no tienes que sentirte mal al respecto —Will le aseguró, dedicándole una amable sonrisa mientras limpiaba sus lágrimas con el pulgar—. Fue un acto de preservación, defendiste tu vida. Y eso no es más que un acto natural y completamente justo.

—Will, me ahorcarán si…

—No, no lo harán —le aseguró él, frunciendo el ceño, hablando con una seguridad que a ella le traspasó el alma—. Yo te protegeré, Lily. Nadie volverá a hacerte daño. De eso me encargo yo.

CAPÍTULO 13

—Lily, mete la cabeza de una vez, sólo te falta sacar la lengua para lucir como un cachorro asomándose por la ventana del carruaje —la reprendió Will, riendo a carcajadas.

Ella rio también y le sacó la lengua, para continuar disfrutando de aquel maravilloso paisaje. Desde que habían desembarcado en el puerto e iniciado la travesía hacia La Guadalupana, la hacienda de la familia Collinwood Lobos, la joven había experimentado una mezcla de emociones, pasando del miedo y la consternación por el inicio de esa nueva vida, lejos de todos y todo cuanto conocía, hasta llegar a la euforia, la incredulidad y la fascinación por el entorno exuberante y magnífico que se abría ante ella, por donde fuese que mirase.

—¿Es bonito, no es verdad? —le preguntó Will, asomándose por la ventana también—. Es una tierra mágica.

—Nunca imaginé que pudiera existir un lugar tan hermoso en el mundo —contestó ella, alzando la cabeza para observar a una parvada de loros que pasaba volando en ese momento por encima de ellos, colaborando con sus estridentes llamados a la enorme cantidad de sonidos que formaban parte del lugar.

Lily no podía dejar de observar a su alrededor, asombrada de lo hermosa que era la tierra que ahora se extendía ante ella. México era muy diferente a todo cuanto había conocido del mundo antes; la vegetación era espesa y abundante, colmada de colores tan intensos que parecían estar vivos, y vibraba en conjunto con los insectos y los animales que la rodeaban. No recordaba jamás haber visto un cielo tan azul o aguas de un color tan brillante como la del mar de Veracruz. Y el calor, ¡Dios el calor! Era descomunal, y sin duda insufrible, acompañado por una humedad que provocaba que la ropa se te pegara al cuerpo y que nunca dejaras de sudar.

Sin embargo, aquél era por mucho el sitio más emocionante y hermoso que jamás había visto.

Will sonrió, observándola con alegría. Era algo bueno verla tan feliz, en especial tras los terribles eventos que habían acompañado a su vida los últimos días.

Al principio, cuando llegaron al puerto de Veracruz, Will temió por

ella. Había estado seguro de notar la tensión fluyendo a través del cuerpo de Lily, como el agua de un manantial, lista para quebrarla a la primera oportunidad.

Sin embargo, la joven se había mantenido fuerte y de una pieza. Y al poco tiempo, se devoraba el paisaje, deslumbrada por las maravillas que iba descubriendo a su alrededor.

Y Will se alegró por ello. Sabía que no todas las mujeres podían sentirse encantadas por las bellezas del campo. Una situación que empeoraba, al hablar de un campo situado al otro extremo del mundo conocido por ellas.

Sin embargo, Lily lucía tan feliz que parecía que acababa de llegar al cielo, en lugar de sólo haber desembarcado en México.

Y cuando ella se giró para mirarlo, y cuando aquella sonrisa se ensanchó aún más, no pudo evitar sentir que el pecho se le henchía de orgullo y algo más. Algo que en ese momento no supo cómo identificar.

—Gracias, Will —le dijo ella repentinamente, sin dejar de sonreír —. Gracias por haberme traído aquí.

—Es todo un placer, niña —él la miró fijamente, sin saber qué decir exactamente—. Todo un placer.

Al poco tiempo llegaron a la hacienda de su familia, donde ya los esperaba una comitiva encabezada por sus abuelos, listos para recibirlos.

—¡Mis pequeños Lobos, qué sorpresa tan encantadora! —Calita, su abuela, se acercó a abrazar a Alexander, Ben y a Matt, en cuanto bajaron del otro coche, que iba por delante del suyo—. Cuando el mensajero llegó con el aviso de que habían arribado en el puerto, casi me caigo de espaldas por el asombro —anunció encantada—. ¡Qué alegría tan grande poder tenerlos acá, mis niños hermosos!

—¿Recuerdas a Calita, no es verdad? —le preguntó Will al oído, notando que Lily se había puesto muy seria de repente, y observaba la escena con ojos abiertos como platos.

—Sí, la recuerdo —musitó la joven, con voz baja y entrecortada, y él notó que el nerviosismo había vuelto a ella—. Sin embargo, dudo que ella me recuerde a mí.

—Estoy seguro que sí. Calita tiene memoria de elefante, y por lo que recuerdo, te tenía mucho cariño cuando —la voz de su abuela llamándolo interrumpió sus palabras.

—¿Dónde está mi osito de ojitos pizpiretos? —preguntó la mujer, volviéndose hacia el carruaje donde venía Will—. ¿No vas a venir a saludar a tu abuela, cachorrito travieso?

—Creo que se refiere a ti —le anunció Lily lo obvio, ocultando una risita. No había entendido una palabra, ya que todos hablaban en español, pero era claro que su abuela lo había llamado de alguna forma que le resultaba embarazosa a Will considerando las risas de sus hermanos y lo muy rojo que él se había puesto de repente.

—No me digas —refunfuñó Will, sarcástico, encasquetándose el sombrero de vaquero antes de bajar del coche.

Lily lo observó detenidamente mientras él, en rápidas zancadas, alcanzaba a su abuela, para darle un apretado abrazo que la levantó del suelo, antes de llenarle el rostro de besos.

Ella rio divertida y encantada por aquel, en apariencia, rudo hombre, que se derretía entre los brazos de su abuela, halagado por sus mimos y palabras de cariño.

Entonces notó que ambos se giraban hacia ella, y antes de percatarse de que ya no estaba sola, Alexander ya le tendía una mano, pidiéndole con una amable sonrisa que lo acompañara.

—No tengas miedo, ahora estás a salvo —le aseguró él cuando ella posó una mano temblorosa sobre la suya, helada a pesar del calor que hacía.

Lily intentó sonreír, pero se sentía tan cohibida y fuera de lugar y sólo consiguió esbozar una mueca extraña, similar a la que una persona hace frente al espejo para revisar que no tenga restos de comida entre los dientes.

—Calita, ella es Lily —anunció Alexander en español y luego repitió en inglés, para su amiga, estrechando a la joven por los hombros en un intento de infundirle confianza. Y de evitar que fuese a darse de bruces contra el piso, porque temblaba tanto que parecía a punto de desmayarse—. Confío en que la recuerdes.

—Por supuesto que sí, jamás podría olvidarte, mi pequeña muñequita de porcelana —la mujer se acercó a ella y la abrazó.

—Ya había olvidado ese sobrenombre —Will arrugó la nariz.

—¿Celoso de no ser el único con un mote, osito de ojitos pizpiretos? —le preguntó Ben, en son de broma.

—Cállate, ojitos de zafiro —se burló Will, recordándole el viejo apodo que su abuela solía usar para llamar a Ben, hasta que el niño le pidió que dejara de hacerlo, considerándolo muy femenino.

—¡Huracán, ven aquí a abrazar a tu abuelo! —lo reprendió Zalo, que hasta ese momento había estado hablando con Matt.

—¡Ese apodo es uno bueno! —Will sonrió, orgulloso, y se acercó a saludar a su abuelo.

—Querida mía, ven a conocer a mi marido —le pidió Calita,

llevando a Lily con ella—. Él nunca ha querido viajar a Londres, es muy tímido.

Con una sonrisa amable, Alexander repitió en inglés todo lo que su abuela decía.

—No soy tímido, mujer. Hay cosas que un hombre debe hacer, como cuidar sus tierras —replicó Zalo, hablando en inglés—. Un placer conocerte, querida. Qué gusto que vengas a visitarnos, espero que te sientas contenta en nuestro país. Considera ahora éste tu hogar y nuestra manada, como tu familia.

—Gracias —rio ella, encantada con los extraños modales del hombre, una mezcla de elegancia y algo salvaje. Era claro que Matt lo había puesto rápidamente al tanto del asunto y su presencia allí—. Es un gran placer para mí poder estar aquí y tener la oportunidad de convivir con ustedes.

—Vamos, mi muñequita. Debes estar agotada después de un viaje tan extenuante, te darás un largo baño para quitarte el polvo del camino y luego podrás ponerte unos encantadores vestidos de dama. En adelante, podrás olvidarte de las horribles ropas masculinas —le dijo Calita, llevándola consigo, sin tomarle importancia a que ella no entendía una palabra de lo que le decía.

—Creo que debería acompañarlas —comentó Will riendo divertido al notar la mirada que Lily le dedicó por encima del hombro, una mezcla de confusión y petición de ayuda.

—Creo que Lily puede tomar un baño sin tu ayuda, Will —Alexander lo detuvo por el brazo.

—Sólo intento ser amable. Siempre tienes que pensar lo peor de mí —Will rodó los ojos, fingiéndose ofendido.

—Motivos no me faltan —bufó su hermano, aunque sonreía, divertido—. Anda, ayúdanos a bajar el equipaje. Ya tendrás tiempo de hablar con Lily más tarde.

—Además, nuestra amiga necesitará sus cosas una vez que termine de bañarse —añadió Ben, ocupado en la misma tarea que sus hermanos—. La abuela lucía determinada a devolverle su imagen femenina, y seguramente necesitará sus vestidos para conseguirlo.

—De acuerdo. Pero que quede constancia de mi amabilidad —contestó Will, con hastío, trepando sobre el coche para ayudar a los empleados a desatar las cuerdas que mantenían sujetos los baúles.

—Nadie lo pone en duda, Will —Matt rio, sarcástico, ayudando a su hermano a bajar el primero de los baúles—. Aunque por la forma en que casi se te salían los ojos cada vez que Lily caminaba delante de ti usando esos pantalones de mozo, entiendo que desees evitar que

vuelva a lucir vestidos que oculten esa curva de su cuerpo particularmente atractiva para ti.

CAPÍTULO 14

Lily terminaba de vestirse, después de haber tomado un largo baño caliente, cuando escuchó unos gritos infantiles afuera. Asustada de que se tratase de algo serio, se asomó por la ventana abierta, buscando con la mirada el origen de aquel alboroto.

Un grupo de niños pequeños de tez morena y cabellos muy oscuros, le devolvieron la mirada, sorprendidos de verla.

—¿Qué ocurre? —les preguntó, pero ellos no la comprendieron.

Lily hizo señas con las manos y se encogió de hombros, intentando explicarse. Los niños no parecieron entender al principio, pero tras un momento comprendieron lo que ella quería, y los gritos se reiniciaron, acompañados por toda clase de señas y saltos.

La joven siguió con la vista a lo que fuera que los niños señalaban y, entonces, lo vio, un diminuto gatito balanceándose entre las ramas de un árbol frente a su ventana.

—Está bien, iré por él —les anunció, asomando el cuerpo por la cornisa. Los niños retuvieron el aliento cuando ella se balanceó en el marco y saltó, para alcanzar una rama cercana.

Fue sencillo para ella, todavía podía recordar muy bien los años de su niñez que se pasó balanceándose entre las ramas de los árboles. Su hermana mayor solía llamarla mono y, por raro que pareciera, era un apodo que le encantaba.

Con bastante agilidad, se movió entre las ramas de aquel frondoso árbol, cuidando de no pisar zonas que fuesen demasiado frágiles. Llegó el momento de gatear, y con cuidado, se arrastró de forma poco decorosa por la superficie de una rama, hasta llegar al extremo más alejado. El gatito maullaba sobre su cabeza, balanceándose peligrosamente en las frágiles ramitas que colgaban por encima de ella.

—Tranquilo, ya falta poco —le dijo Lily, balanceándose en la rama para ponerse de pie. Con cuidado estiró los brazos y cogió al gato justo en el momento en que él perdía el equilibrio—. ¡Te tengo! —gritó cogiéndolo en el aire.

El gatito maulló con fuerza, aferrándose con sus diminutas garras a las manos de la joven, que a pesar de todo reía contenta, acompañada

por los vítores alegres de los niños reunidos en el suelo, en torno al árbol.

El sonido de una puerta al cerrarse la hizo alzar la cabeza. Sin darse cuenta, en su camino para dar con el gato, se había detenido frente a una ventana.

La ventana de una habitación.

La habitación de Will.

La habitación en la que él acababa de entrar, completamente desnudo, todavía goteando agua, después de haberse dado un baño.

Los ojos de Lily se abrieron casi tanto como su boca, al verlo. Estuvo a punto de gritar, pero el grito se atoró en su garganta cuando él, como si se hubiera sentido observado, alzó la cabeza y su mirada se encontró con la de ella.

Lo primero que apareció en su rostro fue una expresión de sorpresa mezclada con desconcierto, al verla de pie en una rama de un árbol. Pero como si fuese capaz de leerle el pensamiento, enseguida se percató de lo que seguramente a ella la mantenía petrificada en su sitio, mirándolo con ojos tan abiertos, que parecían a punto de escaparse de sus órbitas.

—¡Lily! —le gritó, cubriéndose con lo primero que encontró a mano, que resultó ser una delicada toalla de manos, con flores rosas bordadas en ella—. ¿Qué demonios estás haciendo allí?

—Yo… Gato… No quería… —tartamudeó ella, comenzando a temblar de pies a cabeza.

—Lily, bájate de allí enseguida, antes de que te caigas y te rompas el cuello —la reprendió él, corriendo a la ventana y asomando medio cuerpo por ella, para alcanzarla.

Dubitativa, Lily miró hacia abajo. Los niños, asustados por los gritos, se habían lanzado a la carrera, lejos de allí, dejando a la vista el suelo, que de pronto se veía a mucha más distancia de lo que había considerado la primera vez.

Y cada segundo se veía más y más lejos…

—¡Lily, hazme caso! —la voz de Will la regresó a la realidad.

Ella apartó la mirada, sintiéndose enrojecer hasta la médula. Intentó moverse, pero era como si de pronto se hubiese olvidado de todo, incluso de cómo caminar.

—Dame la mano de una vez, mujer, antes de que resbales —insistió Will, asomándose más por la ventana, provocando que la toalla se moviera peligrosamente de su sitio.

Lily dio un paso trémulo, más nerviosa que nunca en su vida, y como si él hubiese presentido lo que iba a ocurrir, los pies de la joven

patinaron en su lugar, y la chica se precipitó hacia abajo. Will saltó sobre la cornisa de la ventana y alcanzó a sostenerla al vilo, antes de que ella terminara estrellándose contra el césped.

Con una agilidad y una fuerza que sorprendieron a Lily, Will consiguió balancearla en el aire para meterla dentro de su habitación, a salvo.

Lily miró a Will con ojos entornados, sus iris convertidos en plata líquida mientras se sentía fuertemente sujeta entre sus brazos, su cuerpo fuerte y poderoso, pegado al suyo. Podía notar cada parte de su ser, caliente y todavía mojado, a pesar de las capas de ropa que la separaban de él.

Will la miraba fijamente, respirando con tanta agitación como ella, a causa del esfuerzo que acababa de realizar. Lily pudo notar algo extraño en sus profundos iris azules que le hacía saber en una parte oculta e instintiva de su ser, que había algo más allí…

Sus sospechas se intensificaron cuando él, acercándola con más fuerza contra su cuerpo, bajó la mirada hacia su boca, como si de pronto se hubiese convertido en la mayor tentación existente sobre la tierra.

Lily notó su rostro inclinándose ligeramente sobre el suyo, antes de que el calor de su aliento le diera contra la mejilla, aproximándose peligrosamente a sus labios…

—¡Hijo de…! —Will gritó de pronto, apartándose de ella de un salto, cuando el diminuto gato se le lanzó encima, apoderándose de la toalla que a duras penas se había mantenido colgando de sus caderas.

Los ojos se Lily se abrieron desmesuradamente cuando él quedó una vez más desnudo ante ella, antes de apartar la vista y cubrirse el rostro con las manos. Aunque eso no evitó que enrojeciera hasta las orejas.

—¡Maldito gato del demonio! —gruñó Will, cubriéndose sus partes íntimas ahora con su sombrero, que fue lo primero que consiguió alcanzar.

—No le hagas daño, sólo está jugando —le pidió Lily, sin mover las manos de su sitio, que ahora parecían estar pegadas a sus ojos.

—No voy a hacerle daño, sólo quiero que me devuelva lo mío — Will le arrancó la toalla al animalito y volvió a envolverla alrededor de sus caderas—. Ya puedes abrir los ojos, Lily.

Ella apartó lentamente las manos, como si necesitara asegurarse antes de que era seguro.

—Tranquila, no soy un morboso que anda enseñándole sus joyas privadas a las damas—le dijo él, en tono bastante molesto, tomando al

diminuto gato del suelo para ponerlo entre sus manos—. Aquí tienes a tu fiera. Una bastante impertinente como para arriesgarte a romperte el cuello por él, si me lo preguntas.

—No es mi gato, Will, sólo lo salvaba.

—Peor entonces —gruñó él, dirigiéndose a la cajonera al otro extremo de la habitación. Abrió uno de los cajones y sacó una muda de ropa limpia—. Aguarda allí, ahora vuelvo.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella, con voz intranquila.

—Al cuarto de baño. A menos que quieras que el espectáculo continúe y me vista aquí —alzó un par de calzoncillos, provocando que el rostro de ella se sonrojara profundamente una vez más.

—No, gracias —musitó Lily, apartando el rostro, completamente rojo.

A pesar de su enojo, Will esbozó una sonrisa ladeada, y negando con la cabeza, entró en el cuarto de baño, mientras gruñía algo en español sobre los malditos gatos nacidos en el infierno.

Unos minutos más tarde, Will volvió a entrar en la habitación, completamente vestido y luciendo más fresco que antes…

—¿Te has vuelto a mojar el cabello? —le preguntó ella, buscando algo que decir, aunque fuese lo obvio.

El gatito jugueteaba a sus pies con los hilos de la alfombra, ajeno a todo el alboroto que acababa de provocar.

—Sentí la necesidad de darme un baño rápido de agua fría— contestó él, sin mucho ánimo, sentándose sobre la cama para colocarse las botas.

—Te entiendo, el calor aquí es abrumador.

—No tienes ni idea… —masculló él, dedicándole una mirada oscura que a ella le hizo revolotear el estómago.

—Will, no sabes cuánto lo siento —Lily inspiró hondo, hablando sin mirarlo directamente, como si ya no fuese capaz de verlo a los ojos —. No fue mi intención invadir tu privacidad. Nunca hubiese querido verte desnudo a propósito.

—Niña, deja de hablar, o sólo vas a conseguir hundirme el orgullo, ¿de acuerdo?

—Es que no puedo explicarte lo mucho que lamento lo que hice —su voz se quebró—, ¡fue algo horrible!

—Lily, ya basta, en serio, o vas a dejar por el piso mi hombría —para su sorpresa, él estaba riendo.

—No quise decir… Eres un hombre muy atractivo, en serio —tartamudeó, intentando arreglar las cosas—. Y tu… tus… —señaló su entrepierna—, tus joyas son bonitas —ella no pudo decir nada más

cuando Will, que la había alcanzado en una zancada, la rodeó por la cintura y le cubrió la boca con una mano.

—Lily, no te ofendas, pero por favor, no digas una palabra más —le pidió, sonriendo divertido—. Te lo suplico.

Ella asintió con la cabeza, todavía con la mano de él cubriendo su boca.

—Excelente —él se apartó al fin, y fue en busca de su sombrero, que en medio de aquel barullo, había quedado tirado en un rincón de la habitación.

—Will… —musitó Lily con voz muy baja. Él arqueó una ceja, mirándola por encima del hombro con una expresión de advertencia en el rostro—. Gracias.

—¿Por el espectáculo?

—Por salvarme la vida —ella no pudo evitar soltar una risita, mezcla de diversión y nerviosismo.

—Te dije que te protegería, ¿no es verdad? —se enderezó, encasquetándose el sombrero—. Y lo haré, Lily. Sin importar las circunstancias… Ni la poca o nula ropa que lleve encima.

Las mejillas de ella se encendieron como tomates.

—Sólo te pediré de favor que si decides espiarme nuevamente, me avises con antelación la próxima vez, para estar preparado y tener algo mejor que ofrecerte que la visión de un papanatas distraído recién salido de una bañera.

—Te aseguro que no fue así, lucías muy bien —tartamudeó—. Quiero decir, ¡no habrá una próxima vez! —se corrigió, enrojeciendo de pies a cabeza al percatarse de lo que estaba diciendo.

Will soltó una carcajada tan fuerte que silenció sus palabras.

—Cielos niña, eres capaz de mandar el orgullo de un hombre al piso y al cielo en menos de cinco minutos —le dijo él entre risas, provocando que Lily enrojeciera aún más.

—¡Oh, cállate Will! —ella le gritó, enojada, corriendo fuera de la habitación.

—Lily espera, no te enojes —Will le dio alcance justo en el momento en que ella iba tocar la puerta, y rodeándola por la cintura, tiró de ella hacia atrás—. Vamos, no quería hacerte enojar. Sólo pretendía que te dejaras de sentir abrumada, no pasa nada. Ha sido sólo un accidente, lo sé.

—¿De verdad lo sabes? —ella arqueó las cejas, mirándolo en una mezcla de sorpresa y alivio.

—Claro que sí —le aseguró él, esbozando una sonrisa radiante—, no creo que seas de esa clase de mujeres que andan por ahí, espiando

a los hombres espectacularmente atractivos por las ventanas, por más tentador que suene, ¿no es verdad?

Ella rodó los ojos pero rio apartándolo de un empujón.

—Es claro que te tienes en una muy alta estima, William Collinwood —le dijo en tono mordaz, cruzándose de brazos.

—Sólo repito lo que cientos, no, miles de voces femeninas piensan cada vez que me ven —le respondió, acercándose peligrosamente a su rostro.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella intentando mantenerse impasible, a pesar de sentir que las piernas le temblaban y el corazón le latía tan rápido que iba a salírsele del pecho.

—Tú lo sabes, es lo mismo que estás pensando ahora mismo. William Collinwood, un hombre que es… ¡mierda! —gritó cuando el gato le trepó por la pierna hasta la espalda, usándolo como escalera humana.

Lily soltó una carcajada que sonó extraña a sus oídos, y al mismo tiempo, maravillosa. Nunca la había visto reír de esa forma. Y aquello le resultó exquisito, de una manera que nunca antes había experimentado.

Incluso el enfado por el maldito gato se le olvidó, al escucharla reír así.

—Lily, toma tu gato mitad demonio de una buena vez, ¿quieres? —le pidió en un falso tono de enfado, inclinándose para que ella pudiera cogerlo de su cabeza, donde el diminuto animal se había afianzado.

—Gracias, Will —dijo ella entre risas, alzándose sobre las puntas de sus pies para alcanzarlo.

Y al hacerlo, sus rostros quedaron una vez más frente a frente… y el tiempo pareció detenerse.

Se escuchó un golpe en la puerta una fracción de segundo antes de que Ben entrara en la habitación.

—¿No te han enseñado a tocar? —Will le preguntó a su hermano, apartándose bruscamente de Lily y su gato, que se había apoderado de su sombrero.

—Toqué —aclaró Ben, mirando a Will y luego a Lily con un gesto interrogante.

—Pues debes esperar a que te den permiso para entrar —refunfuñó Will—. Pudiste encontrarme en paños menores.

—¿Con Lily aquí? —preguntó él, como si aquello fuese absurdo. Pero al notar que la chica enrojecía como tomate, la preocupación apareció en las facciones de su rostro—. ¿Qué está pasando aquí?

—Me estoy peleando con este maldito gato roba sombreros, ¿no es

obvio? —le dijo Will, tomando al gatito de las manos de Lily y empezando a sacudirlo en el aire, para obligarlo a soltar el sombrero.

—No hagas eso, vas a lastimarlo —lo reprendió Lily, volviendo a tomar al animal para quitarle el sombrero de una forma mucho más delicada—. Aquí tienes, gruñón.

—No sería gruñón, de no tener un gato usando mis cojones como alfiletero —replicó él, encasquetándose el sombrero una vez más.

—¿Qué cosa? —Ben frunció el ceño, poniéndose muy serio de pronto.

—Es un decir, hermano —le aclaró Will, encogiéndose de hombros en un gesto impaciente, para quitarle importancia—. ¿Necesitabas algo?

—Sí —Ben estudió a ambos una vez más, como si estuviese resolviendo cómo actuar antes de decidirse a hablar—. Me han venido a buscar del pueblo, una mujer embarazada se cayó en la plaza principal, y ha entrado en trabajo de parto prematuro. Debo ir enseguida, y necesito que me acompañes.

—¿Yo? —Will palideció de pronto—. ¿Por qué demonios me necesitas a mí?

—La señora Márquez, mi enfermera de cabecera, está de viaje en la Ciudad de México, de visita con su familia. Y necesito a alguien que me asista.

—Pues pídele a Alexander o a Matt…

—Ellos han salido con los abuelos a ver los terrenos vecinos que Matt va a comprar para su rancho, ya lo sabes —le dijo Ben—. Sólo quedas tú.

—Maldición —Will masculló en voz baja, agachando el ala de su sombrero para ocultar sus ojos con él.

Odiaba la sangre. Siempre la había odiado. Y todo lo que tuviera que ver con médicos, jeringas y cosas similares.

—Bien, te acompañaré —le dijo de mala gana—. Lily, te quedas en tu casa, cualquier cosa…

—¿Puedo ayudar yo también? —ella interrumpió sus palabras al dirigirse a Ben.

—¿Es que te has vuelto loca? —le preguntó Will, mirándola como si ella realmente acabase de perder la cabeza—. Quédate aquí, tú que puedes.

—Si puedo ayudar en algo, me encantaría hacerlo —ella lo miró y luego a Ben una vez más—. Por favor.

Ben pareció dudar.

—¿Sabes algo de medicina?

—No… —admitió con desgano—. Pero siempre he querido aprender. Y Evelyn me enseñó algunas cosas que tú… Es decir, ella me enseñó algunas cosas básicas —se corrigió, y alzando la mirada para mirarlo directamente a los ojos, añadió—. Puedo ser útil, lo sé. Sólo dame una oportunidad, Ben. Prometo que no voy a estorbarte, y te ayudaré en todo lo posible.

—Bien —él le dedicó una sonrisa amable—. Vamos. Estoy seguro de que serás más útil que este pedazo de animal, que se desmaya con sólo ver una aguja.

—¡Oye, no me ofendas! —le gritó Will, molesto—. Una aguja puede ser muy peligrosa, con el contenido correcto.

—Sí, claro, Will —Ben rodó los ojos—. Lo que digas, hermano. Luego nos vemos.

—Espera, yo también voy con ustedes.

—Si nunca has soportado la sangre, supuse que estarías contento de librarte de esto —Ben le dirigió una mirada inquisitiva.

—Dije que voy también —repitió él, bajando el ala del sombrero de vaquero hasta las cejas, ocultando sus ojos una vez más, antes de adelantarse fuera de la habitación.

Había jurado proteger a Lily de cualquier cosa.

Incluso si a lo que tuviera que enfrentarse, se tratase de una de sus fobias más grandes, como una mujer a punto de dar a luz.

CAPÍTULO 15

Will, hacía trucos con su pistola como cada vez que se ponía nervioso, mientras se paseaba de un lado a otro en el patio trasero de la pequeña clínica de su hermano, escuchando a través de la ventana abierta los gritos de la pobre mujer embarazada a la que Ben atendía en ese momento.

De no ser porque el otro médico del pueblo, un hombre más anciano que la Biblia, se encontraba afuera dando su ronda habitual a los pacientes de las inmediaciones del lugar, Ben no habría tenido que ser llamado de forma tan urgente para atender ese caso, prácticamente al desembarcar.

Por un momento Will odió al otro médico por encontrarse fuera. Aunque entendía que era una suerte que Ben se hallase allí, ya que, de no ser por él, seguramente esa mujer moriría a causa de la caída que le había adelantado el parto.

Sin embargo, no podía dejar de maldecir por lo bajo. Odiaba los nacimientos, y todo lo que ese horrible momento conllevaba.

Y por los gritos de esa mujer, era claro que las cosas no iban bien para ella.

—¡Will! —Lily apareció por el umbral de la puerta que conectaba a la clínica con el patio donde él se encontraba—. Ben te necesita. Ven enseguida, por favor.

Will tragó saliva, pero asintió. Con un giro experto, devolvió el revólver a su cartuchera, antes de dirigirse al interior de la clínica.

—Eso ha sido magnífico —le dijo Lily, mirándolo boquiabierta—. ¿Cómo has hecho girar la pistola de esa forma en tu mano?

—Es sencillo, te enseñaré más tarde —él sonrió, intentando no demostrar lo contento que le hizo sentir que ella le diera tanta importancia al truco, que nadie más parecía notar—. Quizá también te dé algunas lecciones de tiro al blanco.

—Eso sería estupendo —ella asintió guiándolo por el pasillo que conducía al consultorio de Ben, donde la mujer se encontraba en ese momento.

Nada más atravesar la puerta, Will sintió una oleada de náuseas. Debió sujetarse del marco, cuando sintió que el piso se movía bajo sus

pies.

—¿Estás bien? —le preguntó Lily notando que él se había puesto muy pálido.

—Sí —él prácticamente gruñó y se acercó al sitio donde Ben reunía su material médico, después de esterilizarlo.

—¿Vas a hacerlo? —le preguntó en voz baja, adivinando para lo que su hermano lo había llamado.

No era la primera vez que debía asistirlo. Lo odiaba, pero si alguien lo necesitaba, Will estaba allí. Aunque tuviera que salir a vaciar las tripas, al acabar el trabajo.

—Es necesario. La placenta se ha desgarrado por el golpe, si no saco al niño, ambos morirán —le explicó Ben en voz baja, evitando que la mujer, a la que Lily atendía en ese momento, lo escuchara—. Necesito que te laves y te prepares con la mayor rapidez que te sea posible. Vamos contra el tiempo.

—De acuerdo —asintió Will, y se dirigió a la otro cuarto para comenzar a lavarse, dejando de lado sus temores y poniendo por encima su deber.

—Lo siento —escuchó que Ben le decía en voz baja—. Sé que no te gusta nada todo esto.

—No hay problema. Sé que se trata de algo delicado —Will le dedicó a su hermano una sonrisa tranquilizadora, a pesar de que él no se sentía así en absoluto.

—Gracias, hermano —Ben asintió, dirigiéndole una mirada llena de orgullo—. Vamos a ello, entonces.

Will observó a Ben mientras hacía dormir a la paciente con un poco de cloroformo en un paño, hasta que la mujer perdió completamente el conocimiento. Entonces le dio indicaciones a Lily, que seguía al lado de la mujer, para que continuara vertiendo la sustancia a gotas sobre el paño, cada cierto tiempo. Después de ello llamó a Will, quien ya conocedor del proceso, muy a su pesar, se colocó del lado de la mesa frente a su hermano.

—¿Listo? —le preguntó Ben.

Will asintió, enfocándose completamente en la mujer ante él.

—Comencemos —dijo Ben, estirando una mano a su hermano—. Bisturí.

Will cogió el instrumento de la bandeja que Ben había dispuesto a su lado y se lo alargó a su hermano. Un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando Ben encajó el filo en la piel de la mujer, provocando que un chorro de sangre brotara de su abultado vientre, sin embargo, Will no le prestó atención. Con un paño esterilizado, se dio prisa en

limpiar la sangre, permitiéndole a su hermano continuar con su labor.

Varios minutos más tarde, Will acunaba al recién nacido al que acababa de asear. Era increíble lo bien que ese pequeño estaba a pesar de las dificultades con las que había conseguido llegar al mundo. Lucía saludable, a pesar de ser un bebé prematuro y diminuto, pero con unos pulmones excelentes. Esa criatura sí que sabía cómo llorar.

Una vez envuelto en mantas limpias, se lo entregó a Lily y se acercó a terminar de ayudar a Ben con las suturas.

—Muy bien, eso es todo —anunció Ben, satisfecho con su trabajo, mientras Will terminaba de limpiar la herida, tal como su hermano le había enseñado a hacer años atrás.

Viviendo en un pueblo pequeño, alejado de las comodidades de las grandes ciudades y donde los médicos eran escasos, Ben había tenido que recurrir a sus hermanos en incontables ocasiones por ayuda. Y ya que todos ellos habían comenzado a instruirse acerca de curaciones y plantas medicinales con su bisabuela, a la que llamaban curandera, no les fue difícil aprender un poco más acerca de algunos cuidados de la medicina moderna, o las rutinas a llevar en algunas operaciones y tratamientos.

Y Will, a pesar de su reticencia, era un excelente colaborador cuando hacía falta.

—Excelente —contestó Will, ayudando a su hermano a vendar la herida recién suturada.

—Me han dicho que la familia de la señora Domínguez se encontraba en los campos en el momento en que sucedió el accidente —les comentó Ben tanto a Lily como a Will—. Enviaron gente a buscarlos. Para este momento deben estar llegando al pueblo. Se alegrarán de conocer al nuevo miembro de su familia —sonrió al recién nacido acunado entre los brazos de Lily—. La madre no tarda en despertar. Quédate a su lado, Lily, para que ella pueda conocer a su hijo en cuanto abra los ojos.

—De acuerdo —Lily asintió, arrullando con suma ternura al recién nacido, que gracias al cielo ya se había calmado un poco y dejaba de llorar.

—Bien, si eso ha sido todo, me retiro —dijo Will apartándose para lavarse las manos y la cara.

—Te agradezco tu ayuda, Will —Ben le palmeó la espalda, acercándose para lavarse una vez que su hermano terminó—. No tienes idea del grandioso asistente que eres. Debiste ser médico… Eso si no odiaras la sangre y todo lo relacionado a las prácticas quirúrgicas.

—No tienes idea cuánto —contestó él esbozando una sonrisa tensa—. Si me disculpan, me marcho —se despidió de Lily y de su hermano, antes de atravesar apresuradamente la puerta.

—¿Él estará bien? —cuestionó Lily a Ben—. Se veía muy pálido.

—Will odia los partos, pero es un hombre fuerte, estará bien… —escucharon fuertes arcadas acompañadas por el típico sonido de alguien vomitando. Ben carraspeó, intentando sonar despreocupado cuando dijo—: A veces vomita un poco después de las operaciones, pero te aseguro que no es nada, estará bien.

—Aquí tienes, bebe un poco de agua, esto te hará sentir mejor —Lily alargó un vaso a Will y se sentó a su lado en las escalerillas que daban al patio trasero—. ¿Cómo te sientes? ¿Ya un poco mejor?

—Sí, gracias —contestó él en un gruñido bajo, alzando la cabeza que había mantenido entre sus piernas para beber el agua que ella le había traído.

Lily sonrió con ternura, notando la palidez de su rostro. El pobre Will había soportado tanto como pudo para ayudar a esa pobre mujer. Era claro que no la había pasado nada bien…

—Qué buen día el que he tenido —se quejó él, de mala gana, terminándose el agua—. Seguramente has de pensar que soy un completo idiota.

—Por supuesto que no —le aseguró ella enseguida, frunciendo el ceño—. La sangre es impresionante, mucha gente se desmaya al verla. Tú sólo has vomitado un poco.

Él soltó una risotada amarga.

—Lily, eres un ángel, niña —bufó, dejando el vaso a un lado con un golpe duro—. No tienes que endulzarme las cosas, sé que es ridículo que me enferme con ver la sangre.

—Lo ridículo es que pienses así, todos tenemos nuestras debilidades. No tiene nada de malo.

—Yo creo que sí —él frunció el ceño, manteniendo la vista fija en el paisaje que se extendía ante ellos. La clínica, situada a los extremos del pueblo, tenía vista a la cañada y los bosques, ofreciéndoles un paisaje majestuoso y muy hermoso. Sin embargo, Will no parecía notarlo. Era como si su mente se hubiese ido muy lejos, a otro sitio —. Antes no solía ser así. Es decir, siempre odié las agujas y esas cosas, pero no era un completo cobarde.

—Will, no eres un cobarde.

—Lo soy —le aseguró hablando con una rudeza rara en él—. Lo soy —repitió agachando la cabeza—. Mi madre… Ella estuvo cerca de

morir cuando nacieron los gemelos.

—No lo sabía —Lily enarcó las cejas, sorprendida.

—No, claro que no. No es algo de lo que se hable abiertamente. Ni siquiera a nosotros nos quisieron decir nada. Pero yo me enteré —él mantuvo los ojos fijos en el paisaje, como si no fuese capaz de verla a la cara—. Mi madre estaba muy contenta por ese nuevo bebé, algo en esa especie de magia que posee le hizo saber que serían gemelos. Tanto ella como mi padre estaban impacientes por el nacimiento. Sin embargo, cuando llegó el día del parto, las cosas no salieron como debían —sus ojos se entrecerraron con dolor ante el recuerdo—. Estábamos en Kent, y el parto le vino de repente, antes de la fecha esperada. Recuerdo la gente moviéndose por el lugar, las miradas asustadas, los gritos… —se detuvo, incapaz de continuar hablando.

—Will —Lily posó una mano sobre la suya, y la estrechó con fuerza.

—De alguna forma conseguí colarme a la habitación. Quería verla, saber cómo estaba. No hice caso a las órdenes de las criadas y de mi padre de mantenerme alejado. Necesitaba ver a mi madre. Ella y yo siempre fuimos muy unidos, ¿sabes? Si iba a morir, quería estar a su lado —le confesó él, y por primera vez la miró a los ojos. Y ella notó que estaban húmedos.

Lily posó una mano sobre su mejilla en un gesto colmado de cariño, intentando consolar de alguna forma su corazón herido.

—Había sangre por todas partes —le dijo él en voz baja volviendo a fijar la vista en el paisaje frente a él, aunque para Lily fue claro que estaba viendo otra escena, una grabada a fuego en su mente—. Mi madre yacía en una cama, apenas consciente, tan pálida como nunca la había visto jamás… Y la sangre… ¡Dios, la sangre! Estaba en todas partes. Lo bañaba todo; la cama, las paredes, las alfombras y… a mamá —su voz se quebró—. No tengo idea de cómo, si tenía los ojos cerrados, supo de mi presencia. Asumo que ella presintió que yo me encontraba allí, porque me llamó por mi nombre y alzó una mano hacia mí —suspiró—. Yo me asusté, no supe qué hacer. Tenía miedo. No quería que ella muriera —inspiró hondo—. Me acerqué y tomé su mano. Estaba tan fría —Lily vio una lágrima rodando por su mejilla y su corazón se partió—. Y entonces llegó papá. Él me tomó por los hombros y me sacó de allí. Mi padre —exhaló—. Él no parecía en ese momento el hombre que había conocido hasta entonces. Había estado en la habitación también, pero yo ni siquiera lo noté. Él parecía otra persona, lucía horrible, como un muerto —negó con la cabeza—. Me pidió que me mantuviera lejos, dijo que ya me avisaría cómo seguía

mamá. Fue rudo, más de lo que jamás lo vi en toda mi vida —negó con la cabeza—. Supongo que también tenía miedo. Él siempre ha amado muchísimo a mi madre y de alguna forma, temí en ese momento que mi padre muriera también ese día, junto con ella.

—Will —Lily lo abrazó y posó la cabeza en su hombro, en un intento de consolarlo—. No puedo imaginar lo difícil que debió ser para ti.

—¿No puedes? —preguntó él sarcástico—. Lily, tú perdiste a tus dos padres.

—Will, mis padres nunca significaron para mí tanto como los tuyos para ti. Yo… apenas los recuerdo —admitió con tristeza—. A Meredith, por otro lado, nunca dejé de extrañarla. Era algo distante conmigo y bastante fría, pero era mi hermana. La única que tuve. Por excepción de Evelyn, por supuesto. Ella ha sido como una hermana para mí desde que mi familia murió.

—Eres muy valiente, Lily e increíblemente fuerte —él le dedicó una sonrisa colmada de orgullo, pasando una mano por su mejilla en un gesto sumamente dulce.

—No tanto como tú —le dijo con voz apenada.

—Por favor, no puedes creer realmente que un tipo que se desmaya al ver la sangre es la viva imagen de la valentía.

Ella soltó una risita negando con la cabeza.

—Sólo te enfermaste un poco, y eso después de hacer algo increíble. Will, lo que hiciste fue sumamente difícil. No cualquiera tendría el estómago.

—Tú lo hiciste, y es la primera vez para ti. Yo, por otro lado, me desmayé después de la primera operación en la que tuve que asistir a Ben. Y para colmo caí en los brazos de la obesa esposa del enfermo, que se interpuso en mi carrera para salir a vomitar fuera de la clínica —bufó, juntando las cejas, molesto—. Fue espantoso. Mi cara aterrizó entre sus enormes pechos —se tapó el rostro con las manos, apenado.

Lily se cubrió la boca con una mano, ocultando una risita.

—Niña, no te burles de la desgracia ajena —él la reprendió, fingiéndose molesto—. Desde ese día, cada vez que esa mujer me ve no deja de guiñarme el ojo y lanzarme sonrisas lascivas.

Esta vez Lily rio con ganas, incapaz de mantener la compostura.

—De cualquier forma, Will, es importante lo que haces —le dijo ella, una vez que él volvió a adoptar ese semblante pensativo y un tanto triste—. A pesar de que no te gusta hacerlo, ayudas a Ben siempre que hace falta. Viviste algo sumamente difícil y lo superaste. Intentas ayudar a otras personas cuando lo necesitan. Eres muy

valiente, Will, por sortear tantos obstáculos —posó una mano en su brazo—. Lo de Lupita debió ser sumamente duro para ti, pero has conseguido superarlo.

—¿Superarlo? —bufó, soltando una risita mordaz—. ¿Sabes lo que hicieron mis hermanos después de ese día? Alexander se convirtió en un hombre. Lo que le quedaba de infancia sencillamente desapareció, a partir de ese día, él se calzó las botas de primogénito y hermano mayor, se volvió la mano derecha de mi padre, su mejor aliado, un hombre dedicado completamente a la familia y a la responsabilidad que su lugar como hijo mayor y heredero conllevaba. Ben, a su vez, hizo lo propio. Juró convertirse en médico y evitar así volver a vivir algo similar. Y lo hizo, consiguió graduarse antes de tiempo y entrar a la facultad de medicina como el alumno más joven de la historia de su universidad —le explicó—. ¿Y yo qué hice? Conseguí una fobia a la sangre y a las mujeres parturientas —rio, aunque no había humor en su risa.

—Deja de compararte con tus hermanos —Lily habló con una rudeza rara en ella—. Siempre lo has hecho, desde que éramos niños, y no está bien. Tú eres tú, y eres perfecto siéndolo.

—Gracias, niña, al menos me queda claro que nadie puede ser un mejor yo, más que yo mismo —le dijo él en tono burlón.

—Me refiero a que eres perfecto tal como eres, Will —ella continuó, hablando con una fuerza y gravedad que a él le fue imposible ignorar—. Alexander tiene sus dones, por supuesto, al igual que Ben, pero tú también los tienes. Y a mí parecer, tus cualidades siempre han sido superiores. Si me dieran a escoger a mi favorito entre cualquiera de ustedes, siempre te habría elegido a ti, Will. Sin pensarlo, te elegiría a ti —declaró hablando con sumo fervor—. Eres alegre, jovial, amable y sumamente inteligente, además del chico más divertido del mundo. No cambiaría nada de ti, ni siquiera la fobia a la sangre, porque eso te hace humano, es una huella de la humanidad que guardas en ti, del dolor que una vez viviste. Del gran corazón que tienes.

Él la miró con ojos agrandados, reflejando el asombro que sus palabras le habían provocado.

Y Lily cayó en la cuenta de todo cuanto le había revelado en ese impulso por detener sus palabras.

De pronto, se puso muy roja y toda esa vehemencia que había expresado hacía un momento, se convirtió en timidez.

—Lo siento, no podía soportar que hablaras de esa manera de ti mismo —le dijo a la carrera—. No cuando la verdad es tan diferente, y

es ilógico que precisamente tú seas quien no lo note.

—Niña, ya te lo dije, soy extraordinario —Will sonrió de esa forma socarrona que a ella le era tan familiar—. Me alegra que lo notes, aunque no sé si tengas la autoridad para darme el título del hombre más divertido de todo el mundo. Es decir, dudo que conozcas a cada persona de este planeta.

Ella soltó una risita, aliviada de que él no se lo hubiese tomado tan a pecho, seguramente buscando no mortificarla más.

—Gracias, Lily —él estrechó su mano—. Lo digo en serio.

—Es un placer, Will —contestó ella, sonriendo encantada cuando él, en un impulso, se inclinó y la besó en la frente—. Un placer —suspiró, con una sonrisa boba en los labios.

CAPÍTULO 16

—¿Qué tal está la sopa? —le preguntó Lily, observándolo con ojos resplandecientes.

Will tragó con pesar, conteniendo las náuseas.

—Nunca he probado nada igual —admitió forzando una sonrisa.

—Gracias —ella sonrió de oreja a oreja, apurándose en servir otro plato con el brebaje que había preparado para la cena de esa noche—. ¡Ben, date prisa o se va a enfriar!

—Lo siento, me perdí en los documentos que han quedado sin resolver desde que la señora Márquez se marchó —les contó Ben tomando asiento en una silla vacía de la diminuta mesa de la cocina de su hogar.

Debido a que Ben debería pasarse buena parte de la noche cuidando a su paciente, Lily había insistido en quedarse a ayudarlo. Y ya que Will no estaba dispuesto a dejarla sola con su hermano, decidió acompañarlos también. Por lo que ahora se encontraban sentados a la mesa de la cocina de la casa de Ben, al lado del consultorio. Pernoctarían allí, y por la mañana tanto Will como Lily partirían de vuelta a La Guadalupana.

—¿Ella es tu enfermera, no es verdad? —le preguntó Lily dejando un humeante plato de sopa frente a él.

—Lo era —confesó Ben, estirando la mano para tomar un trozo de pan de la panera ubicada en el centro de la mesa—. Esta tarde me llegó un telegrama de su parte, anunciando que se quedaría con sus parientes una temporada, por lo que no podría seguir trabajando para mí —Ben se atragantó al probar la sopa, y debió hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no escupirla.

—¿No te parece incomparable la comida de Lily? —le preguntó Will dándole a su hermano una patada disimulada por debajo de la mesa.

—Sin duda —contestó Ben, apurándose a llevarse el vaso de agua a la boca para beberse el contenido completo en dos tragos—. Lily, tu comida es… incomparable —buscó una palabra que fuera acorde a su sentir, sin herir sus sentimientos.

—Gracias, chicos, son muy amables —ella sonrió, encantada—. Es

la primera vez que cocino en realidad.

—¿De veras? Nunca lo hubiese imaginado —comentó Will, sarcástico, y ahora fue Ben quien le propinó un patadón por debajo de la mesa.

—Ben, estaba pensando —Lily adoptó un semblante muy serio de repente—, si ya no tendrás una ayudante de cabecera aquí… ¿Crees que yo podría serlo?

Ahora fue Will quien se atragantó con la sopa, pero por un motivo muy diferente.

—¿Qué cosa? —le preguntó tosiendo. Ben le golpeó con fuerza la espalda, ayudándolo a recobrar la compostura—. Gracias hermano, ya estoy bien, ¿puedes parar de una vez, antes de que termines por zafarme la cabeza del cuerpo? —espetó dirigiéndole a Ben una mirada asesina.

—Sólo pretendía ayudar —Ben sonrió de forma mordaz, antes de dirigirse de vuelta a Lily—. Querida, sería estupendo contar con tu ayuda, mas me temo que podría resultar ser un trabajo sumamente duro para una joven como tú, acostumbrada a otra clase de vida.

—Ben, puedo hacerlo, te lo aseguro —le dijo ella, con voz confiada—. Y si no es así, te aseguro que cuentas con la completa libertad de despedirme cuando lo consideres oportuno. Sin embargo, te prometo que pondré todo mi empeño por ser la mejor asistente que puedas conseguir. Aprenderé todo cuanto me enseñes, trabajaré más duro que nadie y estaré aquí día y noche, para cuando me necesites.

—¿Cómo que de noche? —la interrumpió Will.

—Una enfermera debe estar disponible en todo momento, de día o de noche —le dijo ella, hablando en tono solemne—. Podría rentar una habitación en el pueblo, de esa forma podría estar al pendiente de los casos urgentes y cuando lo necesites, Ben.

—Eso no será necesario, hay bastante espacio aquí. Puedes quedarte en mi casa.

—Espera un momento, ¿no lo estarás considerando en serio, Ben?

—¿Por qué no? —replicó Lily, subiendo el tono de voz, enfadada—. ¿No me crees capaz de hacer este trabajo?

—Niña, no dudo de tu capacidad. Es sólo que eres una dama de la alta —la señaló como si ella no se hubiese percatado de su propio estado—. Creciste entre algodones, lujos y sirvientes. Este es un pueblo pequeño, Lily. La gente es ruda y no creo que tú…

—Seré capaz, te lo aseguro —ella parecía a punto de sacar humo de las orejas—. Ben, no te fallaré. Siempre he querido aprender, valerme por mí misma y no depender de nadie. Además siempre me

ha llamado la atención la medicina. Esta es mi oportunidad de cumplir mi sueño —lo miró a los ojos—. Por favor, confía en mí. Pondré todo de mi parte para ser la mejor asistente y enfermera que podrás tener jamás. ¿Crees que podrás darme una oportunidad?

Ben no contestó, atento a Lily y a la mirada de advertencia que Will le dedicaba.

—Estoy seguro de que serás magnífica en el puesto —afirmó él, sonriendo de oreja a oreja—. El trabajo es tuyo, Lily.

—¿Estás diciendo que…? —Lily abrió mucho los ojos al mirarlo.

—Estoy de acuerdo —él le palmeó una mano, asintiendo con la cabeza.

—¡Oh, Ben, gracias!.

—¿Has perdido la cabeza? —Will se puso de pie de golpe, silenciando las palabras de Lily—. Hemos jurado protegerla…

—Le estoy dando una oportunidad de trabajo, no la estoy forzando a nada —replicó Ben.

—Debemos cuidar de ella, no obligarla a trabajar y mantenerse por sí sola, fuera de casa. ¿Qué ocurrirá si le pasa algo malo? Ella no sabe nada del mundo.

—Will, esto es lo que yo quiero —lo interrumpió Lily—. No soy una muñeca de cristal a la que tengas que proteger. No debes sentir que tienes que cuidar de mí todo el tiempo, puedo valerme por mí misma. Sólo necesito una oportunidad.

—Y la tienes —Ben le dijo con seguridad—. Estoy seguro de que harás honor a tu palabra, y serás la mejor en el oficio, Lily.

—Gracias, Ben —ella sonrió, encantada.

—Bien, hagan lo que quieran —espetó Will, tomando su sombrero, que había dejado sobre el respaldo de la silla.

—¿A dónde vas? —le preguntó Lily, al ver que se dirigía a la puerta.

—Los dejaré a solas para que continúen con sus planes. No me necesitan para eso —anunció, antes de cerrar con un portazo.

Lily se encogió de hombros ante el estruendo, apesadumbrada por haber molestado a Will.

—No lo tomes en serio —le pidió Ben, dedicándole una sonrisa amable—. William es un poco sobreprotector a veces. Suele molestarse tanto con Alexander porque prácticamente tienen el mismo modo de ser —le explicó—. Todo cuanto él quiere es protegerte, Lily. Y de poder, te tendría dentro de una vitrina, envuelta entre algodones, para evitar que te pase algo malo. Nuestro padre nos ha enseñado a tratar bien a las mujeres, cuidar de ellas, y supongo que Will a veces adopta

una idea exagerada de ello. Dale tiempo, enséñale con hechos que no necesita mantenerte resguardada bajo su ala, para saberte a salvo, y él podrá sentirse feliz al verte realizar tus deseos. Después de todo, él sólo desea verte feliz, Lily.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó ella mirándolo a través de un velo de lágrimas.

—Conozco a mi hermano —le confió palmeándole con cariño la mano—. Es un buen hombre, Lily. Con un corazón más grande de lo que él jamás admitirá.

—Lo sé —Lily suspiró, dirigiendo una mirada decidida hacia la puerta por la que Will acababa de marcharse—. Lo haré, Ben. Trabajaré muy duro.

—Aquí están tus cosas —Will llevó un par de maletas a la nueva habitación de Lily, en casa de Ben—. Calita ha puesto algunos vestidos extra para ti, pero creo que de todas maneras debería llevarte a comprar algunos nuevos con la costurera del pueblo.

—Will, estoy bien, pero te lo agradezco —ella le dirigió una mirada amable, comenzando a abrir las maletas para deshacer el equipaje.

—Lily —él parecía nervioso de pronto, miraba las puntas de sus botas en lugar de a ella—. Siento mucho la manera en cómo me comporté el otro día.

—Está bien, entiendo que te preocupes por mí. Pero te aseguro que esto es algo que deseo hacer, y estaré bien —ella le dirigió una sonrisa amable mientras comenzaba a colgar los vestidos en el armario. Sabía que con Will era mejor no darle mucha importancia a esa clase de temas, él podía llegar a sentirse muy abrumado—. Ben ha prometido darme lecciones de medicina durante nuestras horas libres. Estoy muy emocionada.

—¿Por tener lecciones privadas con Ben? —él frunció el ceño, y alzó la cabeza de golpe para mirarla a los ojos.

—Por aprender —ella rio, y se acercó a él—. ¿Te confieso algo? Desde que mi tía enfermó, comenzó a interesarme todo acerca de la medicina. Me hubiese gustado tanto poder ser médico. De haber nacido hombre…

—Ya hay mujeres médico. Podrías serlo tú también —le aseguró enseguida.

Ella negó con la cabeza, adoptando un semblante bastante desanimado.

—Ahora es imposible. Después de todo lo que ha pasado, ya sabes —se encogió de hombros.

Will posó una mano en su mejilla intentando animarla.

—Nunca se sabe qué nos depara el futuro —él sonrió—. Y por ahora, puedes comenzar a aprender con Ben. Estoy seguro que será un excelente maestro —una mueca apreció en sus labios cuando una idea le pasó por la cabeza—. Sólo prométeme que no se quedarán a solas por mucho rato, y nunca de noche, ¿de acuerdo? Eso podría… ser mal visto por las cotillas del pueblo. Y los comerían vivos a ambos.

Lily soltó una risita y asintió.

—No te preocupes por eso, la señora Oliver está la mayor parte del día aquí. Es la criada de Ben, ¿lo sabías no? —sonrió cuando Will asintió, dirigiéndose de vuelta a su maleta para continuar desempacando—. ¿Te vas a quedar a comer? Pienso preparar algo muy especial, la receta me la ha dado la señora Robles, una anciana que vino esta mañana por sus píldoras. Ben me ha tenido que traducir todo, pero estoy segura de que aprenderé el español muy pronto, y así podré hablar con los pacientes por mí misma dentro de poco tiempo.

—Gracias, Lily, me encantaría probar tu comida —sólo con decirlo sintió que se le revolvía el estómago—, pero hemos venido a buscar a Clara para darle la sorpresa de nuestra llegada. Calita la invitó hoy a la hacienda, por lo que mis hermanos y yo pensamos que ya que debíamos venir al pueblo a dejarte las maletas, podríamos venir en el carruaje y pasar a recogerla para llevarla con nosotros de vuelta a casa.

—Oh, ya entiendo —el ánimo de Lily se fue al piso al notar la emoción en la voz de Will al hablar de Clara—. ¿Vas a darle el regalo que le has traído? Le va a encantar el collar de perlas, es precioso.

—Ese es el plan —él sonrió de oreja a oreja—. ¿Te gustaría venir? Así podrás conocerla de una vez. Estoy seguro de que se convertirán en buenas amigas.

—Me encantaría, pero será en otra ocasión —ella forzó una sonrisa —. Estoy segura que ella preferirá pasar un tiempo a solas con ustedes, después de todo, no los ha visto en mucho tiempo.

—Es cierto, pero Clara es una buena persona, —sonrió y ella no pudo evitar notar el anhelo y orgullo en sus palabras—, no le molestará que te nos unas. Te lo aseguro.

—Eres muy amable, pero preferiría quedarme aquí y terminar de arreglar mis cosas.

—Bien, en ese caso, ¿qué tal mañana? —sugirió—. Podríamos ir a comer algo al restaurante del hotel, allí la comida es muy buena.

Lily arqueó la ceja, notando un timbre singular de emoción en esa última frase.

—De acuerdo, mañana entonces —ella asintió, intentando no tomarle tanta importancia al entusiasmo que prácticamente irradiaba Will por saber que pronto iba a encontrarse con Clara.

—Bien, nos vemos mañana, Lily. Ah… lo olvidaba —añadió alargándole una cesta cubierta con una manta, que había dejado junto a la puerta—. Te traje a tu demonio con cara de gato.

Removió la manta, dejando al descubierto al pequeño gatito que tantos problemas les había dado el otro día.

—¡Kitty! —exclamó ella sonriendo de verdad esta vez.

El gato saltó fuera de la canasta y se refugió bajo la cama, jugueteando con las borlas de la alfombra.

—Eso me encanta de los gatos, siempre se alegran de verte —bufó Will, rodando los ojos.

—Sólo tienen una manera diferente de querer —le dijo Lily, dirigiéndole una mirada colmada de cariño al gatito—. Son como las personas. No todas saben corresponder el cariño del mismo modo del que se les da.

—Sí, tal vez —se encogió de hombros—. Como sea, me voy ya. Hasta mañana, Lily —se inclinó y la besó en la mejilla—. Intenta no ponerte en una situación mortalmente peligrosa por culpa de ese demonio. Y por lo que más quieras, no vayas a subirte a otro árbol —le dirigió una mirada significativa que a ella la hizo sonrojar hasta la coronilla.

CAPÍTULO 17

Un domingo, Lily acompañó a Ben a El Janto, donde fueron recibidos por una alegre comitiva que festejaba el cumpleaños de Calita. La joven, con mirada tímida, observó con fascinación todo a su alrededor, las decoraciones de la casa y las mesas dispuestas en el jardín, las personas riendo y bailando, mientras otras conversaban y se deleitaban con los manjares dispuestos para los invitados.

—¡Mi niña, qué alegría que llegaras al fin! —Calita se acercó a recibirlos, y saludó a Lily con un enorme abrazo—. Vayan a comer, ambos están muy delgados. Este día es para festejar, mi cielo, así que quiero verte bailar mucho —le dijo a la joven, apretando su mejilla como si de una niña pequeña se tratase.

Ben le tradujo todo lo que su abuela decía, aunque ya casi no era necesario. Él se sentía muy orgulloso de ver los grandes avances que Lily había hecho con el idioma, tanto, que su amiga pudo contestarle en español a la anciana.

—Es un placer enorme estar aquí, Calita. Le he traído un presente, espero que le guste —le dijo la chica, alargándole una maceta con un diminuto rosal plantado en ella.

—¡Me encanta, cariño! Gracias, lo plantaré en mi jardín —le dijo la anciana, radiante por el obsequio—. Ben, asegúrate de que Lily esté cómoda, ¿quieres? —le pidió, despidiéndose tan rápido, que Ben temió que la mujer dejara su festejo de cumpleaños con la intención de ir a ponerse a trabajar en su tan adorado jardín en ese mismo momento.

—Acertaste con ese obsequio —le dijo él, con una sonrisa satisfecha—. Ni siquiera se detuvo a mirar los pendientes de diamante que le regalé.

—Lo siento.

—No te disculpes, me hace feliz que conozcas tan bien a mi abuela, te tiene mucho cariño.

—Y yo a ella —le aseguró la joven encantada de ver a Ben tan contento.

—La próxima vez recuérdame pedirte consejo para su obsequio —le dijo él, sonriendo al ver que ella reía por su broma—. Vamos, no

seas tímida. Este día es para divertirte —le dijo Ben, tomándola de la mano para llevarla consigo hacia la concurrencia.

Lily le agradeció el gesto con una sonrisa, y caminó a su lado, saludando al paso a todas las personas que conocía, que para su sorpresa, resultó ser la mayoría.

Se acercaron a una mesa y Ben, en un gesto galante, movió la silla para ella. Lily tomó asiento, y apenas tuvo tiempo para darle las gracias, cuando él estaba buscando un par de vasos para ofrecerle algo de beber. Sin duda, ese hombre era encantador como un príncipe azul de los cuentos que solía leer cuando era niña.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él, atento a cada una de sus necesidades—. Si lo deseas, puedo traerte algo de comer, Lily. ¿Qué se te antoja?

—Estoy bien, gracias Ben —ella sonrió, agradecida, bebiendo un sorbo de la limonada que él acababa de traerle, al tiempo que echaba una mirada en derredor, buscando de forma inconsciente a esa persona especial, que siempre tenía presente en su mente y en su corazón.

En una improvisada pista de baile, en el centro del jardín, bailaban varias parejas al son de la movida música, y Lily se deleitó al reconocer entre ellos a Matt, haciendo gala de unos pasos que habrían provocado la envidia del mejor bailarín.

De pronto, escuchó una risa que reconocería en cualquier lugar. No estaba cerca, pero lo reconoció enseguida. Sólo había una persona que era capaz de reír así.

William.

Sin embargo, cuando sus ojos buscaron a Will entre la multitud, su sonrisa menguó, al encontrarlo no lejos de ella, bailando con Clara, demostrando una maestría similar a la de su hermano menor.

Ben pareció notar su turbación, porque tomándola de la mano, la obligó a ponerse de pie al tiempo que le decía:

—Vamos a bailar.

Ella no pudo negarse, ya se encontraba en el centro de la pista de baile, llevada por los fuertes brazos de Ben, unos brazos musculosos que apenas conseguían mantenerse ocultos bajo la elegante camisa que llevaba puesta, o las batas de médico que él utilizaba.

Muchas veces Lily había tenido la sospecha, sino es que la certeza, de que muchas de las pacientes que Ben revisaba a diario en su consulta, eran mujeres sanas que se inventaban cualquier excusa para ir a verlo a él y a deleitarse con ese excelente físico.

Y es que Ben poseía el mismo extraordinario atractivo por el que

era famosa su familia, pero que Ben no parecía notar que poseía. De corazón bondadoso y despreocupado, Ben era un hombre demasiado ingenuo en ocasiones, y cuando se trataba de mujeres más. No le pasaba por la cabeza que alguna de esas féminas llegasen a su clínica con otra intención que no fuera buscar sus cuidados médicos.

Entonces recordó algo que una vez su prima le había dicho. «Es tan inocente como un niño, por eso tengo que defenderlo de todas las arpías que se le acercan. No vaya a ser que alguna lo cace, valiéndose de su noble corazón para manipularlo».

Deseó que Evelyn estuviera allí. No sabía por qué habían terminado, pero de una cosa estaba segura, su prima siempre amaría a Ben. Y comprendía perfectamente el por qué…

—¿En qué estás pensando? —le preguntó su pareja de baile, haciéndola dar un sorpresivo giro que sacó una sonrisa en sus labios.

—Sólo pensaba en el gran bailarín que eres —mintió, provocando que una sonrisa satisfecha apareciera en los labios de Ben.

—Permíteme devolverte el cumplido, señorita —pronunció la última palabra en español, haciéndola reír encantada, dejándose llevar por la maestría de ese hombre en el baile, que nada tenía que envidiarle a sus hermanos.

Antes de siquiera darse cuenta, Lily estaba riendo y divirtiéndose tanto, o incluso más, que los demás invitados, disfrutando de ese momento de fiesta.

Cuando ya no pudo dar un paso más, ambos volvieron a la mesa y tomaron asiento en sus lugares. Ben, galante y caballeroso como siempre, se alejó enseguida para traerle algo para beber.

Una sonrisa divertida apareció en el rostro de la joven cuando vio a su pareja de baile siendo rodeado por un grupo de chicas, que seguramente habían estado aguardando impacientes por hablar con él, sin duda buscando que la siguiente a la que él invitara a bailar, fuera alguna de ellas.

Aun riendo, notando el apuro en el rostro de Ben tras dirigirle una disculpa pronunciada sólo con los labios, Lily se giró en su asiento, buscando con la mirada a Will una vez más. Sin embargo, por mucho que se esforzó, no lo encontró. ¿Se habría marchado?

Entonces su visión se topó con Alexander, quien bailaba con Clara un delicado vals, tan ensimismado en ella, que no notaba los ojos colmados de envidia que varias chicas le dirigían a su pareja.

Ella soltó una risita, sabía que Alexander era el más codiciado de los hermanos Collinwood, tanto en Inglaterra como en México y no dejaba de ser asediado por las mujeres. Quizá fuese por su título, su

dinero, su atractivo, su encanto o su bondadoso corazón, había muchas cualidades de las cuales elegir, y que lo convertían en la presa más codiciada para las chicas. Pero nada de eso importaba, era obvio que el único sitio en el corazón de Alexander Collinwood estaba destinado para Clara.

—¿Tú también te vas a unir al club de los suspiros y los santos de cabeza por Alexander Collinwood? —escuchó una voz familiar a su lado.

Al volverse, Lily esbozó una sonrisa divertida al encontrar a Will, ofreciéndole un vaso de limonada.

—Toma, supuse que después de bailar tanto con mi hermano, estarías sedienta.

Ella no pudo dejar de notar cierta nota de celos en su voz, pero decidió pasarlo por alto. Aquello debió ser sólo su imaginación.

—¿A qué te refieres con eso del santo de cabeza? —le preguntó, interesada en sus palabras, tras darle un sorbo a la bebida que él le acababa de dar.

—Es una costumbre local. Las chicas ponen una estatua de san Antonio con la cabeza hacia abajo, como una forma de pedirle que les llegue un novio. A lo cual muchas de ellas, si no es que todas, añaden el nombre de mi perfecto, adinerado y muy apuesto hermano mayor —señaló a Alexander, quien continuaba bailando con Clara, bajo la atenta mirada de las cotillas del pueblo.

—Vaya costumbre rara —pensó Lily en voz alta, y entonces se llevó una mano a los labios—. Es decir, me parece interesante —añadió, temerosa de haberlo ofendido.

—Entonces —continuó Will, tomando asiento a su lado al tiempo que jugueteaba con el contenido de su propio vaso—. ¿Vas a unirte a su club de amor por Alexander? —le preguntó como quien no quiere la cosa.

—¡No!, qué locura —bufó y volvió a taparse la boca con la mano —. Sin ofender, por supuesto.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Y si hiciera esa cosa del santo, sin duda no sería por Alexander.

—¿Y entonces por quién? —preguntó Will, cuya sonrisa desapareció tan rápidamente como había aparecido. Una profunda quemazón se expandió en su pecho, con algo similar a los celos, al imaginar que la persona por la que ella pondría el santo de cabeza, era Ben, con el que había estado bailando tan sonriente las últimas horas.

—Pues por t… Por otra persona —se interrumpió, y desvió la mirada, notando que Will no dejaba de escrutarla con esos hermosos

ojos, que le provocaban que el corazón se le acelerara a toda velocidad.

Las mejillas de Lily se colorearon al encontrarse en un aprieto, al percatarse de que estuvo a punto de revelarle a Will el destinatario de sus sentimientos, y se apuró en cambiar de tema.

Vio a Clara, su querida amiga, a la que sabía que Will también apreciaba mucho, por más que aquello le doliera. Y decidió usar aquello en su ayuda, al notar que él se había fijado en la misma persona que ella.

—Es muy bonita, ¿no es verdad? —le dijo Lily observando lo mismo que él veía—. Te vi bailando con ella cuando llegamos.

—¿Estabas espiándome? —él arqueó una ceja, esbozando una sonrisa pícara.

—¡No, claro que no! —ella se puso todavía más colorada—. Sólo los observaba. Ambos bailan muy bien. No es que me sentara a mirarte a ti, sólo pasaba y te vi.

—Entonces sí estabas espiándome —zanjó, tajante, bromeando con ella.

Las mejillas se Lily se encendieron tanto que compitieron con el rojo de su pelo.

—Estaba observando el lugar —replicó ella, evitando su mirada a propósito—. No sabía que Matt bailara tan bien —cambió de tema una vez más, fijándose en el chico que ahora bailaba con Clara—. También Ben es un excelente bailarín. Cuando vea a tu madre la felicitaré, aún recuerdo las lecciones que les daba de niños. Aunque creo que el mejor de todos es Matt —sonrió divertida, al verlo dar unos pasos realmente complicados, siguiendo el ritmo de una melodía bastante movida.

—No lo hace mejor que yo —Will se puso de pie de un salto y le tendió una mano—. Vamos, te lo probaré.

—Will, no puedo bailar así —le dijo ella en un susurro, notando que varias personas se habían girado a mirarlos—. No me sé esos pasos.

—Eso no tiene importancia, es sólo una fiesta familiar. No está la corte de la reina presente para juzgarte —bromeó, pero ella no rio, por el contrario, frunció el ceño.

—Lo sé, pero…

—Además, te prometí una vez que te pediría un baile, ¿recuerdas?

Ella abrió mucho los ojos sorprendida de que él recordara esa promesa que le había hecho una vez, siendo niños, cuando ella le había pedido que cuando fuesen mayores, la sacara a bailar cuando se

encontrasen en uno de aquellos elegantes bailes, con los que solía soñar con asistir de pequeña.

—Sí, por supuesto. Pero se supone que sería durante mi fiesta de presentación.

—¿No quieres bailar conmigo? —él adoptó una expresión de fingida aflicción, y se llevó una mano al pecho, en forma teatral—. ¿Estás rechazándome, Lily? —subió el tono de voz, de modo que todos a su alrededor pudieron escuchar lo que él decía.

—Will, ya basta —siseó ella, tirando de su mano para devolverlo a su asiento, pero en lugar de eso, él se aferró a ella y la alzó al vilo.

—Mi dulce dama, me siento tan conmovido por tu ardiente deseo —le dijo, apretándola contra su cuerpo—. Por supuesto que bailaré contigo, no me ruegues más.

—¡No te he pedido nada! —exclamó ella demasiado alto antes de darse cuenta de lo que hacía, llamando la atención de los demás de vuelta sobre ellos.

Sintió que las mejillas le ardían y no pudo hacer menos que esconder el rostro en el hombro de Will.

—Tranquila, pequeña, no pasa nada —le dijo él con una sonrisa, abrazándola con una dulzura que parecía rara en él—. Sólo bromeaba. Si no quieres bailar conmigo, no hay problema —y notando que la gente continuaba mirándolos, añadió—. Vamos, te llevaré fuera de aquí, para que te relajes un poco.

—¡No! —replicó ella de forma abrupta, sorprendiéndolo por ese sobresalto—. Es decir, no quiero irme —repitió, moderando el tono de su voz—. Me prometiste un baile, y quiero bailar contigo —le aseguró, con una seriedad que resultaba extraña en ese momento.

—Es un honor para mí, princesa —él sonrió guiándola por la cintura a la pista de baile.

La música cambió, la banda comenzó a tocar una deliciosa y suave melodía que resultó ser familiar para ella.

Will la rodeó por la cintura con un brazo y tomó su mano, comenzando a guiarla en un delicado vals a la luz de la luna.

Lily se sintió estremecer entre sus brazos, y no por la brisa de aquella noche cercana al invierno. Al contrario, sentía tanto calor que la piel le ardía. Debía de tener las mejillas enrojecidas, seguramente cada parte de su cuerpo debía estar de un brillante color escarlata, pero no le importó.

Se sentía bailando sobre una nube. Aquel debía ser un sueño, porque sólo en sus sueños esas cosas eran posibles. Su más grande ideal convertido en realidad, la mirada de William Collinwood sobre

la suya, su sonrisa dedicada a ella y sólo a ella, mientras la mantenía firmemente sujeta contra su cuerpo, en ese mágico vals.

Un vals que estaba segura, se quedaría para siempre grabado en su corazón.

La música cesó, pero a ella no le importó. Todo en lo que podía pensar era en Will sosteniéndola con fuerza contra su cuerpo, mientras la envolvía en ese abrazo protector.

—Estás temblando —le dijo él, mirándola a los ojos de una manera que nunca lo había hecho antes—. No vayas a coger un resfriado.

—Tengo calor —confesó ella antes de contener sus palabras.

Él esbozó una sonrisa ladeada, pasando un mechón de cabello que había escapado de su moño, tras su oreja.

—¿Bailamos otra vez? —le preguntó él, sin soltarla.

—Una dama no debe bailar dos veces seguidas con el mismo hombre, o podría comprometer su reputación —Lily repitió de memoria las palabras enseñadas por su tía, acerca del comportamiento de una dama.

—Prometo guardar el secreto —él guiñó un ojo de forma pícara, provocando que ella soltara una risita, mientras ambos comenzaban a moverse una vez más con la música, en aquel mágico vals que parecía ser un sueño.

Un hombre del pueblo que Lily reconoció como el encargado de la estación de correo, se acercó a pedirle un baile a la joven, pero Will se negó en rotundo a cederle a su pareja de danza.

Esa noche, Lily era sólo suya, y no iba a compartirla con nadie.

—¡Dios mío, Lily! —gritó Will, entrando a la carrera en la cocina, envuelta en una nube oscura de humo—. ¡Lily!, ¿Dónde estás? ¡Se quema la casa! ¡Contesta!

—¡Will, cálmate, todo está bien! —le gritó ella desde la ventana abierta, abanicando con fuerza un paño para disipar el humo—. Tranquilízate, no es nada.

—¿Nada? ¡Pero si toda la casa está llena de humo! —corrió hacia la puerta trasera y la abrió, ayudándola a ventilar la habitación.

—Es por mi culpa —ella suspiró, apartando la mirada, avergonzada —. Intentaba preparar unos panecillos para los niños del orfanato.

—Querida, ¿no han sufrido ya suficiente esos niños? —le preguntó Will, en son de mofa.

—¡William Collinwood, eres un completo grosero! —ella le lanzó el paño a la cara.

Él rio divertido y con el mismo paño que ella le había lanzado,

tomó la bandeja con panecillos completamente negros, del aparador donde Lily los había dejado.

—Lo siento, pequeña, pero no creo que esto se lo coman ni los cerdos —Will soltó una carcajada, examinando uno de los panes chamuscados.

—¿Realmente están tan mal? —le preguntó ella, con voz compungida.

—No. Si lo comparas con un trozo de carbón. ¡Ay! —gritó, sin dejar de reír cuando ella le dio un puño en las costillas.

—Nunca más volveré a cocinar —anunció prácticamente arrancándole la bandeja de las manos para tirar su contenido en el cesto de la basura.

—Todo acto que obre por el bien de la humanidad, es de admiración —bromeó él, pero ella ya no reía—. Vamos, no hablo en serio. Ya mejorarás, todo el mundo es malo haciendo algo nuevo en un inicio.

—Quizá, pero como tú lo haces sonar, no soy mala, sino una aprendiz de envenenadora.

Will soltó una carcajada y se acercó a ella para abrazarla por los hombros.

—Mira, envenenadora o no, tienes talento escondido. ¿Qué te parece si vengo unos días esta semana a enseñarte a preparar algunas cosas?

—¿Tú sabes cocinar? —ella arqueó una ceja, mirándolo tan sorprendida como si él acabase de confesarle que por las noches se pone un tutú y sale a las calles a bailar ballet.

—Niña, la cocina no es un tema dominado únicamente por las mujeres —le picó la punta de la nariz—. ¿Cómo crees que nos alimentamos los vaqueros, cuando salimos al campo por días enteros a revisar el ganado? No es que llevemos una cocinera guardada en la alforja.

—Bueno, es verdad —ella frunció el ceño—. Nunca lo había pensado, en realidad.

—Además, mi abuela y mi madre me han enseñado algunas recetas básicas. Ellas, como ya sabes, son fantásticas en la cocina. Y mi madre una gran admiradora de Mary Wollstonecraft y sus ideales acerca de la igualdad entre hombres y mujeres.

—¿Quién?

—¿Nunca has escuchado de ella? —ahora era él quien parecía sorprendido—. Mi madre nunca deja de hablar sobre sus enseñanzas acerca de que tanto hombres y mujeres, de ser educados de la misma

forma, podrían tener roles paralelos en la sociedad, por lo que no hay motivo para decir que las mujeres son seres inferiores, y deben ser consideradas en igualdad al hombre en nuestra sociedad —le explicó Will—. Basada en estos ideales, mi madre siempre nos crio, tanto a mis hermanos y a mí, con la idea de que debíamos respetar a las mujeres como iguales, y además, aprender los mismos roles tanto en el hogar como en la vida práctica. Es de ese modo como nos ha instruido a todos nosotros por igual, incluida Roxy. Es de suma importancia para ella que cada uno de sus hijos, hombre o mujer, sepa valerse por sí mismo, por ello nos ha enseñado desde lavar platos y zurcir nuestras camisas, hasta montar a caballo como un jinete experto y aprender de los grandes maestros de la filosofía, literatura, ciencias y biología.

—Eso es maravilloso —los ojos de Lily resplandecieron con ilusión —. Me hubiese gustado tanto tener una educación como la tuya.

—Bueno, nunca es tarde —le dijo él con voz animada—. Ya estás aprendiendo con Ben algunas cosas médicas, ¿no es así? Y en cuanto a mí, puedo enseñarte a usar un arma, como te dije antes.

—¿Crees que yo podría usar un arma? —ella abrió mucho los ojos, haciéndolo reír.

—Por supuesto que sí —le despeinó el cabello—. Incluso te enseñaré algunos trucos. Y si quieres, puedo darte algunas lecciones de montar a caballo. No tengo la misma habilidad de Alexander o Matt, pero me defiendo bien en ese tema.

—Me encantaría —ella sonrió encantada—. Te lo agradezco, Will.

—No hay de qué, niña —inclinó el ala del sombrero, de modo que ella no pudiera ver su sonrisa—. Y no olvidemos las lecciones de cocina, ¿de acuerdo? No me gustaría que terminaras muriendo por envenenamiento accidental. ¡Ay! —rio a carcajadas cuando ella le dio un nuevo golpe en el brazo con el puño.

—¡Buenos días, Lily! —una alegre voz interrumpió sus risas.

Lily se giró para ver entrar por la puerta trasera a una hermosa joven de largo cabello tan claro que lucía blanco bajo la luz del sol, peinado en una elegante trenza que colgaba sobre su espalda. Tenía unos hermosos ojos ambarinos, que al contraste con su piel morena, resaltaban como joyas en su bello rostro.

Sí, sin duda Clara era tan hermosa por fuera como por dentro. Cuando Lily la conoció, no pudo evitar sentirse intimidada por ella. Clara era una mujer que irradiaba una especie de fortaleza en sí misma, como un fuego ardiendo, poderoso y hermoso, al mismo tiempo.

No le había resultado difícil comprender el motivo por el que Will

se había sentido prendado de ella por tantos años.

Clara era, sin duda, una chica estupenda que no había tenido reparos en abrirle su corazón y convertirla en su amiga. Ahora entendía el motivo por el que la querían tanto los hermanos, Clara era una de las mejores personas que había conocido en su vida, una mujer sumamente bondadosa y generosa, con un corazón de oro.

En un principio, se había sentido cohibida en su compañía, pero Clara enseguida le demostró con su amabilidad y bondad, que no debía sentirse así en absoluto. Y al poco tiempo se habían vuelto grandes amigas.

Su única amiga, en realidad, tomando en cuenta que era la única persona, además de los Collinwood, que hablaba inglés en ese pueblo.

—Buenos días, Clara —la saludó Lily, esbozando una sonrisa amable—. ¿Ya es hora de ir al orfanato?

Clara solía ayudar en el orfanato del pueblo, y la había invitado a asistir con ella ese día. Motivo por el cual Lily había considerado que sería una buena idea preparar unos panecillos para llevarle a los niños.

Idea que, obviamente, ahora estaba descartada.

—Así es, Alexander nos espera afuera con la carreta. Ha traído algunos barriles con fruta y algunas otras cosas para la despensa de los niños —anunció, y Lily no pudo evitar un orgullo distintivo en su voz mezclado con algo más, en la voz de la chica al mencionar a Alexander.

—¿Y qué hay de mí? La carga es de parte de todos los Lobos —reclamó Will, obviamente celoso—. Y yo también he ayudado a traerla aquí.

—Lo siento, Will. Tienes toda la razón —rio Clara, dándole a Will por su lado, como si se tratase de un hermanito entrometido —. ¿Ya están listos para marcharnos? —la joven entró en la cocina, llevando con ella un enorme cesto con panecillos, cubierto por una servilleta a cuadros rojos y blancos.

A su lado caminaba su enorme perra negra, un animal tan imponente que de sólo verlo, Lily siempre se sentía tan temerosa como debió estarlo la Caperucita ante el lobo feroz.

Sin embargo, la perra era tan noble como mansa, con quien no se metía con ella. Sin siquiera mirar a Lily se dirigió a un extremo de la cocina y se echó a esperar a su ama.

—Sí, ya podemos irnos —Will se adelantó a ayudarla, tomando el cesto por ella y dejándolo sobre la mesa.

Clara le dio una palmada en la mano cuando él comenzó a husmear

bajo el paño, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que sacara uno de los panecillos.

—Buenísimos, Clara —la halagó, dando otro mordisco—. Como siempre.

Los ojos de Lily no pudieron dejar de fijarse en la perfección de aquellos panes, que además de hermosos, olían maravillosamente, y por la forma en que Will devoraba el suyo, debía estar delicioso.

—¿Alguna vez paras de comer, Will? —le preguntó Clara, divertida.

—No —contestó él, encogiéndose de hombros antes de darle otra mordida al pan.

—Lily, ¿te gustaría probar uno? —Clara alzó el paño y le ofreció el cesto a Lily, para que tomara uno.

—No, gracias. Son para los niños.

—Anda, prueba uno, hay bastantes —le dijo Will, alcanzado uno de los panes para ella y de paso tomando otro para él—. Clara siempre prepara de más, ya sabe que de camino al orfanato me devoro la mitad.

—Hay batallas que son imposibles de ganar. Como la de apartar a Will de la comida —Clara rodó los ojos, riendo divertida.

Lily sonrió también, dando un bocado al panecillo, que estaba incluso mejor de lo que había supuesto.

—¡Clara, está delicioso! —dio otra mordida—. ¡Tienes que enseñarme a preparar esto!

—Por favor —añadió Will, sin reparos.

—¡William! —gritaron las dos chicas al unísono, provocando que él soltara una carcajada.

—Ustedes dos están pasando demasiado tiempo juntas —anunció, aún entre risas, terminándose su segundo panecillo—. Bien, será mejor que nos demos prisa, se hace tarde y Alexander está esperando. Vamos, yo llevo esto por ti — tomó el cesto de la mesa, antes de que Clara pudiera replicar.

—¿Y Ben? —preguntó Clara, mirando en derredor—. ¿No viene con nosotros?

—Él no vendrá, me pidió que lo disculpara contigo —le explicó Lily—. Ha tenido que ir a hacer un seguimiento de un paciente. Un pequeño que anoche tenía muchos vómitos.

—Pobre criatura, espero que se recupere pronto —le dijo Clara, con sentida preocupación.

—Sí, no tienes que angustiarte. Ben me ha dicho que se trataba de un sencillo caso de indigestión. Al parecer, el niño ha pecado de

goloso y se comió tres tartas que robó de la cocina de su madre.

—Un pequeño goloso —Clara sonrió con ternura, y entonces miró a Will, quien aún comía, manteniendo la puerta abierta, esperando por ellas —. No sé a quién me recuerda —dijo, sarcástica, haciendo reír a Lily.

—¿Están hablando de mí? —Will arqueó una ceja, curioso.

—Sólo recordaba la cantidad de veces que el médico del pueblo debió de acudir en tu ayuda, Will, después de que te zamparas de una sentada tú solito todos los postres de la cena.

—Oh, los buenos tiempos… —Will sonrió, con gesto soñador—. Ahora Calita vigila su cocina con ojo de águila. Es imposible robar nada.

—No entiendo cómo podías comer así, y menos seguir haciéndolo, después de los dolores que sufrías por empacho —Clara negó con la cabeza dirigiéndole una mirada mezcla de reprimenda y cariño.

—Es un don cariño —Will esbozó una sonrisa orgullosa—. Aquello sólo fue el entrenamiento de un soldado en formación. Ahora estás viendo al general —anunció tomando otro panecillo.

—Vaya entrenamiento difícil que tuvo —Clara le contó a Lily, palmeando en la cabeza a su perra, que se había levantado y ahora volvía a caminar a su lado—. Will debía de pasar días en cama, tomando esa horrible medicina con olor a pescado podrido que el médico le recetaba, y que él odiaba tanto. Y con buena razón —rio—. ¡Era terrible! Sólo de olerla te daba náuseas.

—No era tan horrible tomando en consideración que siempre venías a visitarme, Clara, y te quedabas a mi lado, cuidándome, hasta que los dolores pasaban —Will sonrió, dedicándole una mirada tan intensa a la joven, que Lily no pudo evitar sentir una oleada de celos.

—Cómo no hacerlo, Will, sabes que te quiero —ella le palmeó el brazo en un gesto colmado de afecto—. Siempre has sido como mi hermano.

—Sí, como tu hermano —la sonrisa desapareció del rostro de Will —. Vamos de una vez, tu otro hermano, Alexander te está esperando —le dijo en un tono un tanto mordaz. Y Lily no pudo evitar notar la acritud en sus palabras.

Sin embargo, Clara pareció indiferente a ellas, y para Lily fue obvio que esa joven no tenía la menor idea de los sentimientos que Will albergaba por ella.

Como fue obvio también, desde el primer momento en que vio a Clara y a Alexander juntos, que ellos dos estaban más que enamorados el uno del otro.

—Lily, dame ese saco de harina —la reprendió Will, arrebatándole el saco que ella intentaba cargar en ese momento—. No deberías hacer un esfuerzo así, mujer. Podrías romperte la espalda.

—¿Qué pasó con la igualdad entre hombres y mujeres? —le preguntó ella, poniendo los brazos en jarra.

—Creo en la igualdad, no en la idiotez. Y sólo un idiota cargaría un saco más pesado que sí mismo sin tener entrenamiento —le dijo él llevándose con total facilidad el enorme saco por encima del hombro.

Lily no pudo evitar soltar un suspiro al verlo, notando los fuertes músculos de sus brazos. Por primera vez dio gracias por el calor que había obligado a Will a remangarse la camisa y abrirse los botones, dejando a la vista buena parte de su perfecto pecho masculino.

—Vamos, dime dónde lo quieres —le ordenó él, ajeno a los sentimientos que despertaba en ella, haciendo un gesto con la cabeza para que ella se le adelantase.

—En la despensa —le anunció Lily, mirándolo por encima del hombro mientras caminaba—. Debo dividir el contenido en varios sacos más pequeños y manejables.

—¡Lily, cuidado! —él la tomó por el pelo y la jaló hacia atrás, justo antes de que ella se diera de narices contra la puerta cerrada de la despensa—. Mujer, debes fijarte por dónde vas.

—Lo siento —ella rio, azorada, abriendo la puerta y permitiéndole pasar.

—Niña, a veces me sorprende que sigas viva, con lo descuidada que eres —bufó él, negando con la cabeza.

—No soy descuidada, sólo un poco patosa —se defendió tomando una escalerilla y acercándola a los tablones de la despensa.

—Mejor dame eso y dime qué es lo que quieres, antes de que te caigas de esa cosa y te partas el cuello —le dijo él, arrebatándole la escalera.

—No es para tanto, sólo iba a tomar los sacos de ese aparador —señaló un tablón por encima de su cabeza—. Nadie se muere por subir dos peldaños.

—En tu caso, mejor no arriesgarnos —Will esbozó una sonrisa mordaz—. Además, sólo tienes que estirar la mano, enana —le dijo, alcanzando sin el menor esfuerzo los sacos, que le quedaban a la altura del hombro.

—No es mi culpa no haber nacido con la altura de una jirafa —contestó ella, arrebatándole los sacos de la mano.

—¿Jirafa? —repitió él, ofendido—. Niña, no me compares con ese animal larguirucho y sin chiste —de pronto se quedó callado y la

sonrisa desapareció de su rostro, reemplazada por un gesto de desconcierto.

Lily siguió su mirada, y fue entonces cuando los vio. Clara lloraba entre los brazos de Alexander. Entre los sollozos, alcanzaron a entender algo que ella decía sobre un hombre que entró en su casa, y prácticamente la insultó.

—Maldito —escuchó a Will a su lado. Se había tensado visiblemente, manteniendo las manos en puños a sus costados—. Ese malnacido la va a pagar.

—Will, espera —Lily lo detuvo cuando él ya partía a buscar a quien fuese que había insultado a Clara—. Ni siquiera has escuchado toda la historia, ni sabes quién es ese hombre del que habla.

—¡Eso no importa! —espetó él soltándose de su agarre, muy enojado—. Quien sea que haya osado ofender a mi hermana, pagará con la vida si es necesario.

—¿Tu hermana? —Lily sonrió, enternecida por sus palabras.

—Bueno, sí —él se encogió de hombros—. Ya sabes que ella es como mi hermana en cierto sentido. La conozco desde siempre. Como a ti —la miró por el rabillo del ojo, antes de volver a fijar la vista sobre Alexander y Clara, que en ese momento caminaban al jardín trasero sin notar que la sonrisa se había borrado del rostro de Lily al escuchar sus palabras.

Con un suspiro, Lily también miró a la pareja sentada bajo un árbol, en los jardines.

Y entonces todo fue claro como el agua para ella una vez más. Por la forma en que Clara fijaba sus grandes ojos sobre Álex, era más que obvio que ella lo amaba. Y a su modo de ver, al notar la completa devoción en los ojos de Alexander cuando la abrazaba, él también la amaba a ella.

—Ambos son tan tiernos —musitó Lily, soltando un suspiro muy diferente al anterior.

—No seas boba, Lily —espetó Will, molesto ahora con ella.

Lily dio un paso atrás, sorprendida por su brusquedad. Hasta ese momento notó los celos prácticamente brotando por cada poro de la piel de Will. Era innegable que él también había notado la forma en que Alexander abrazaba a Clara.

—¡Clara, existen en este mundo desgraciados que no dudarían en hacerte daño! —alcanzaron a escuchar que decía Alexander—. Tú no eres consciente de lo hermosa que eres, de lo tentadora que puedes resultar para un hombre.

Lily vio a Clara arquear las cejas, notoriamente sorprendida por sus

palabras.

—¡En camisón de dormir y a solas con un extraño! —continuó Alexander, revolviéndose los cabellos, como si no consiguiera expresar exactamente lo que deseaba decir sin lastimar sus sentimientos—. Clara, por favor, tienes que prometer que nunca harás eso otra vez —la tomó por los hombros enfatizando sus palabras—. ¡Nunca!

—Está bien —contestó ella en un murmullo, mirándolo con ojos fervorosos, como si aún no fuese capaz de creerse lo que acababa de escuchar.

Y aquello pareció ser la gota que colmó la paciencia de Will. Antes de que Lily pudiera hacer nada para detenerlo, había salido a los jardines al encuentro de su hermano mayor y de Clara.

—Will, espera —ella corrió tras él, intentando evitar que interrumpiera aquel momento íntimo entre Clara y Alexander. Era indiscutible que su amiga habría querido más tiempo a solas con el hombre que amaba. Ella lo hubiese querido.

—Alexander, allí estás —Will prácticamente gritó, apurándose a llegar antes de que Lily pudiera darle alcance—. Es hora de hacer cambio, yo me quedo con Clara y tú con la chica pelirroja —le dijo en español, aunque no se molestó en disimular lo que decía señalando directamente a la chica a su lado.

—¡William no seas grosero! —gritaron al unísono Alexander y Clara.

Lily lo miró con una ceja arqueada, pero era claro que entendió que estaba hablando de ella, porque agachó la cabeza, apenada.

—Ahora ustedes dos hablan igual, parecen una pareja de ancianos —Will voló los ojos cruzándose de brazos, molesto.

—Will, tú ayuda a Alexander. Yo me quedo con Lily con mucho gusto —le dijo Clara con voz de reproche, tomando a la chica del brazo y llevándola consigo—. Vamos, Lily, te voy a enseñar el huerto. Ya están creciendo las granadas y pronto podremos comerlas hasta empacharnos.

La chica le sonrió agradecida, aunque Clara pudo notar que tenía los ojos mojados. Tendría que tener una plática con Will y dejarle claro que no debía tratar a esa chica de ese modo.

Alexander miró a su hermano con gesto de pocos amigos.

—Vamos, no fue para tanto —Will se rascó la coronilla observando por el rabillo del ojo al par de mujeres alejarse por el camino lateral al orfanato—. Me disculparé con ella más tarde —intentó no darle importancia, aunque en realidad no era así.

No pudo evitar sentir una punzada de pesar en el corazón bastante

similar a la que había experimentado tantos años atrás, cuando había lastimado a esa pequeña niña pelirroja, que tan sólo intentaba animarlo.

Mientras hablaba con su hermano la miró disimuladamente alejándose por el camino al lado de Clara.

Tendría que disculparse con ella. Lo sabía.

Pero por ahora, tenía asuntos más urgentes de los que preocuparse, como quién era el imbécil que había insultado a Clara y hacerle pagar su merecido.

—No prestes atención a las palabras de Will —le dijo Clara, dedicándole una sonrisa amable mientras le entregaba un par de granadas—. Él siempre ha sido un tanto impulsivo al hablar pero no tiene malas intenciones. Te aseguro que no pretendía hacerte sentir mal.

—Lo sé —dijo Lily en voz baja, aguantándose las lágrimas mientras dejaba las granadas en el cesto, a sus pies.

—¿Sabes? A veces he llegado a considerar que mientras más rudo es él con una persona, es porque más afecto le tiene —comentó su amiga, partiendo una granada en dos.

—Lo conoces muy bien, ¿no es verdad? —Lily fijó la vista en la mitad de la fruta que Clara le ofrecía.

—Eso creo, nos hemos conocido por muchos años, desde que éramos niños —le explicó ella, sacando un granito rojo y echándoselo a la boca—. En un principio me era difícil entenderlo, a diferencia de Alexander, Will no es abierto con sus sentimientos, y puede ser un tanto… brusco —buscó la palabra exacta—. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que en realidad es porque es tímido, en especial con las chicas, y su forma de llamar la atención es diciendo la primera cosa que le viene a la mente. Aunque en ocasiones sea una completa tontería, como intercambiar a una amiga por otra.

Lily soltó una risita, agradecida por la referencia al tema que la había lastimado.

—Sin embargo, te aseguro que no lo hace con mala intención. Will no es malo, sólo un poco impulsivo, y algo atolondrado para percatarse de los sentimientos de los demás —sonrió de forma conocedora, dándole a entender a Lily que estaba al tanto de sus sentimientos por Will.

Lily abrió mucho los ojos, sintiendo que las mejillas le enrojecían.

—Oh, mira qué hermosas flores —Clara señaló a un arbusto cercano—. ¿Crees que podamos colocar algunas en los ramilletes que

venderemos durante la feria para el orfanato? —le preguntó cambiando de tema para evitar abochornar a Lily—. Esa idea que has tenido de los ramilletes es estupenda, ¿ya te lo había dicho?

—Gracias, Clara, eres muy amable —le dijo, sinceramente agradecida por su delicadeza al no forzarla a hablar de un tema que le era muy difícil —.Y sí, creo que esas flores quedarían muy bien en los ramilletes.

CAPÍTULO 18

COLLINWOOD HALL, KENT, INGLATERRA. Diciembre 1879

Lily se despertó esa mañana con el suave sonido de una melodía de piano. Saltó de la cama y salió de la habitación donde se alojaba, en el tercer piso, junto a la de los niños Collinwood.

Descalza y en camisón, con su larga melena roja suelta a la espalda, vagaba en silencio por los pasillos, protegida por la mullida alfombra que le permitía avanzar a su antojo, sin ser descubierta.

Apenas amanecía esa mañana de veinticuatro de diciembre, sin embargo el alegre sonido de las personas del servicio, ya levantadas hacía horas, le llegaba desde abajo, sus conversaciones y algunas risas mezcladas con el ruido de los muebles al moverse y la vajilla al ser dispuesta sobre las mesas, además del tintineo clásico de los decorados navideños que eran colocados por todas partes.

Lily los observó desde arriba, desplazándose en alegre armonía, esas personas lucían pequeños como muñequitos de juguete, revoloteando por todos los salones del enorme castillo, alistando cada detalle para la fiesta que se llevaría a cabo en Collinwood Hall por la celebración de la Noche Buena. Igual que cada año.

El aroma de las delicias preparándose en la cocina provocó que las tripas de Lily gruñeran. Esa noche se zamparía un delicioso festín, sin duda.

Siguiendo el sonido de la melodía, Lily canturreó mientras continuaba su avance, hasta llegar a la puerta que ocultaba las escaleras que conducían al desván. Subió por ellas de dos en dos hasta llegar arriba.

Arriba todavía estaba muy oscuro, apenas los rayos de sol eran capaces de colarse a través de la mugre y el polvo que recubrían las ventanas y las paredes, y seguramente también el suelo. Tendría que lavarse los pies, o mejor dicho, restregárselos bien cuando volviera a su habitación.

Pero no le prestó atención a aquello en ese momento, sus ojos sólo estaban fijos en la figura sentada frente al piano, absorta en su música,

sin notar el sonido de las maderas que crujían débilmente a cada paso que ella daba.

Will.

Pasó con cuidado entre muebles antiguos cubiertos por sábanas apolilladas, y baúles y cajas con trastos viejos, hasta conseguir situarse tras él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lily? —le preguntó Will de pronto, sin volverse.

Ella dio un respingo, sorprendida de que él estuviera al tanto de su presencia.

—Creí que no me habías escuchado.

—Tengo buen oído —le dijo él, dejando de tocar y girándose en el banquillo para quedar de cara a ella—. Mi abuelo Zalo nos ha enseñado algunas cosas, como prestar atención a los sonidos, y caminar con la punta de los pies, si no deseas ser escuchado —esbozó una sonrisa ladeada, tan propia de él—. Algo que deberías intentar si tu intención es asustar a una persona.

—No intentaba asustarte —se apuró en aclararle—. Oí la melodía y la seguí. Era muy bonita, ¿cómo se llama?

—Aún no tiene nombre.

—¿Cómo es eso? —se inclinó por su costado, buscando algo—. ¿Y las partituras?

—No tiene.

—¿Te sabes esa melodía de memoria? —ella arqueó las cejas sorprendida.

—Por supuesto. Todo viene de aquí —se señaló la sien con la punta del dedo.

—¿Acaso…? —sus ojos se abrieron aún más—. ¿La has inventado tú?

—Sólo es una melodía boba —él se encogió de hombros.

—¡Es bellísima, Will! —ella lo miró con intensa emoción, juntando ambas manos frente al rostro—. No me habías dicho que eras compositor.

—Claro que no, sólo estaba haciendo el tonto. Inventando un poco —se volvió a encoger de hombros, dándole la espalda a propósito para que ella no notara que se había puesto muy rojo.

—No puedo creer que tú hayas hecho una melodía tan hermosa.

—¿Te sorprende que sea capaz de inventar algo?

—¡No! Me refiero a que es realmente bella —le dijo de forma atropellada—. Deberías escribirla, Will.

—Sólo son melodías sin importancia —se puso de pie y se alejó del

piano—. Vengo aquí para que nadie me escuche. Me gusta ese piano, aunque mi padre no soporte ni siquiera verlo.

—¿Por qué? —cuestionó Lily, pasando una mano por la superficie negra de madera. Estaba impecable, seguramente Will se había ocupado de mantenerlo pulido.

—Le recuerda a su padre —contestó Will, secamente—. Era de él.

—¿De tu abuelo?

—Lee es mi abuelo —aclaró frunciendo el ceño—. Ese hombre, el dueño del piano, sólo era el padre de mi padre.

—¿No lo convierte eso en tu abuelo? —preguntó confundida.

—No —contestó tajante.

Lily tragó saliva, retrocediendo un paso, asustada por su dura respuesta.

—Lo siento. No pretendía —Will suspiró, pasándose una mano por el cabello y revolviéndolo todavía más, convirtiéndolo en un manojo de rizos rubios que le cayeron de forma desordenada sobre los ojos—. Mi abuelo no fue una buena persona, ¿comprendes? Le hizo mucho daño a mi padre y al tío Álex.

Lily sintió un nudo en el corazón. El tío Álex había muerto hacía dos años, mientras la familia pasaba una larga temporada en México, buscando que él recobrase la salud. Sin embargo, no pudieron hacer nada para detener lo inevitable. Lily lo extrañaba muchísimo y no podía dejar de lamentarse por no haber podido despedirse de él. Le tenía mucho cariño. —Mi padre no habla mucho de ello, pero lo he escuchado en ocasiones sin que él se dé cuenta, y sé que fue un mal hombre, un completo desalmado —continuó Will—. Papá le llama el conde, es como si fuese incapaz de llamarlo padre. Y yo no creo que deba llamarlo abuelo —pateó con enojo una trampa de ratón colocada en el suelo.

No hubo más que silencio por un buen rato. Will se giró para mirarla por encima del hombro. Lily se había quedado muy seria de repente, sus ojos fijos sobre las teclas del piano.

—Lo siento, ¿qué dije ahora?

—¿Qué? —ella frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Te he ofendido, ¿no es verdad? —bufó, dejándose caer sobre un viejo y mullido sofá, provocando que cientos de puntitos blancos se alzaran en una nube de polvo que lo hizo toser.

—No, no lo has hecho. Sólo pensaba en tus palabras —riendo, Lily se acercó a ayudarle a levantarse, pero en lugar de tomar su mano para hacerlo, Will jaló de su brazo, y la hizo caer a su lado en el sofá, alzando una nueva nube de polvo—. ¡William Collinwood, eres

perverso! —lo reprendió ella, aunque reía.

—Lo sé, pero perverso y todo, soy tu persona favorita. Admítelo —le dijo él, esbozando esa sonrisa ladeada que a ella tanto le gustaba.

—Sí, lo eres —Lily apartó la mirada, incapaz de verlo por más tiempo a los ojos. De pronto notó una tirita de hilos entretejidos que estaba sobre el sofá.

—Will, ¿no es tuyo esto? —le preguntó ella, alzando la tira ante su rostro.

—¡Mi pulsera! — la tomó de su mano—. Gracias, Lily. No sé qué habría hecho de perderla —le dijo, intentando colocársela una vez más.

—¿Te puedo ayudar? —ella se inclinó sobre su brazo y tomó su muñeca para anudarle la pulsera.

—Haz un nudo doble esta vez, no quiero perderla.

—Seguro —ella esbozó una sonrisa satisfecha cuando terminó y le devolvió el brazo para que él pudiera admirarlo—. Es muy bonita.

—¿Verdad que sí? —él sonrió también, complacido—. Me la dio Clara, mi novia en México. Ella misma la hizo.

Lily abrió mucho los ojos, sorprendida por esa noticia.

—¿Tu novia?

—Es un secreto, no se lo digas a nadie.

—De acuerdo —musitó, de repente con el ánimo bajo. Se sentía como si ella misma se hubiese convertido en nieve derretida bajo el sol, una cosa aguada y sin forma—. Y, ¿están comprometidos en secreto o algo así?

—¡No! ¿De dónde sacas esa idea? —él arrugó la nariz, repugnado.

—Una vez escuché a mi madre hablar sobre una pareja que se comprometió en secreto y… —se encogió de hombros—. Como has dicho que es tu novia.

—Lo es, pero es un completo secreto, también para ella.

—¿Cómo es eso? —frunció el ceño.

—Ella todavía no sabe que es mi novia.

—Es decir, que ella en realidad no es tu novia —aclaró.

—No, todavía no. Pero lo será algún día, y cuando sea viejo como papá, me casaré con ella —sonrió—. Te invitaré a mi boda, podrás ser la niña de las flores.

—Ya soy mayor para eso, pero gracias —forzó una sonrisa.

—Creo que a Clara le gustará conocerte, le caerás bien. Es una chica muy amable —sonrió, tocando la pulsera en su muñeca—. Si la conocieras, te caería muy bien.

—Sí, supongo —musitó Lily—. Will, si es un secreto, ¿por qué me

lo has contado a mí?

Él se volvió, estudiándola con la mirada.

—La verdad, no tengo idea —se encogió de hombros—. Supongo que se me ha salido.

—Oh… Ya…

—O es que me das confianza. No lo sé —continuó, sin notar la turbación en ella—. Pareces una persona que no anda contando los secretos de otros como si cualquier cosa.

—Oh, eso tenlo por seguro, Will —afirmó, adoptando una expresión grave en el rostro que resultaba divertida en sus facciones infantiles—. No se lo diré a nadie. Es más, si quieres puedo contarte un secreto y así estaremos a mano.

—Confío en ti —él sonrió palmeándole la espalda—. Pero me gusta la parte del secreto. Aunque no sé qué puede ocultar alguien como tú.

—¿Como yo? —ella frunció el ceño.

—Eres aún muy pequeña, ¿qué secretos podrías tener?

—Ya tengo diez años, ¿podrías no llamarme pequeña? —frunció el ceño.

—Lo siento, era una broma —rio pasándole la mano por el cabello, despeinándolo a propósito.

—Tengo un secreto muy grande, Will. Uno que nadie más sabe, ni siquiera Meredith.

—¿Sí? —Él arqueó una ceja, curioso—. ¿Y cuál es?

—Antes que nada, debes jurar sobre tu corazón no decirlo jamás a nadie.

—Por supuesto —él hizo una seña sobre el pecho con el dedo—. ¿Me lo dirás de una vez o debemos pactar con sangre también?

Ella lo miró muy seria, más de lo que jamás la había visto en todo el tiempo que la había conocido.

—Creo que mi padre… no es mi papá verdadero.

Will no supo qué decir, se quedó en su lugar, mirando a Lily con ojos muy abiertos.

—En realidad, no lo sé con certeza —continuó ella, bajando la vista y fijándola en la punta de los dedos de sus pies descalzos—. Los escuché pelear en una ocasión. Mamá quería enviarme al mismo internado al que Meredith asiste en París, pero papá se negó. Le dijo que no pagaría por la educación de una bastarda a la que le habían impuesto para callar las malas lenguas.

—Lily —Will posó una mano sobre su hombro—. Lo siento… Yo… No sé qué decir.

—Está bien —ella sonrió, aunque sus ojos se habían humedecido a

causa de las lágrimas—. Ese es mi secreto, así que ahora estamos a mano, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió—. ¿Quieres cerrar el pacto con saliva? —escupió sobre a palma de su mano y se la tendió.

—Gracias, pero no —Lily arrugó la nariz—. Confío en tu palabra.

Will soltó una carcajada, limpiándose la mano en el pantalón.

—¿Sabes una cosa, Lily? —le preguntó él—. Me alegra que te quedes con nosotros a pasar la Navidad.

—Yo también me alegro de estar aquí para las fiestas —ella forzó una sonrisa, secándose una lágrima con el dorso de la mano.

Notó que él tiraba de su muñeca y entonces vio que lo que hacía era deshacer el nudo de su pulsera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, cuando él comenzó a colocarla ahora en su muñeca.

—Es tu regalo de navidad —le dijo él, atándola cuidadosamente—. Tú la necesitas más que yo.

—Pero Will, es el regalo de tu novia.

—Es un regalo especial, uno hecho con el corazón. Y ahora yo te lo doy para que tengas algo mío que te recuerde estas navidades que pasaste con nosotros, las mejores que tendrás jamás. Yo me ocuparé de eso —él le dedicó una sonrisa amable que ella contestó del mismo modo. Y él notó con alegría que el brillo volvió a animar sus ojos, encendiéndolos como dos hermosos pozos de plata—. Además, cuando vea a Clara otra vez, le pediré que me teja una nueva pulsera. Ésta es ahora tuya.

—Te lo agradezco mucho, Will —ella lo miró con una sonrisa triste en los labios—. Clara será muy feliz al casarse con un hombre tan bueno. Cualquier chica sería muy afortunada de tenerte. Es decir, porque eres muy bueno. A eso me refiero —dijo a toda velocidad, sintiendo que las mejillas se le encendían.

Él se removió, incómodo de pronto, como si fuese incapaz de permanecer mucho tiempo en un solo sitio.

Poniéndose de pie de un salto, se acercó a un viejo baúl y sacó de su interior algunas prendas antiguas guardadas en él.

—Gracias —contestó, colocándose un viejo sombrero y estudiando su reflejo en un desvencijado espejo cubierto de polvo—. Pero te dije que no nos casaremos sino hasta que seamos viejos, y no antes de que yo ya haya viajado por el mundo entero. Planeo subirme a cada barco de la flota del tío Jack y conocer tantos lugares como él.

—Pero te extrañaré. Es decir, ¿ella no te extrañará? —se corrigió.

—No lo creo. Le compraré regalos caros, como hace papá con

mamá, y le construiré un palacio. Entonces no notará que me he ido.

—Yo sí lo notaría —musitó Lily agachando la cabeza.

Will enarcó una ceja al mirarla.

—Es decir, si yo fuera tu esposa, te extrañaría. ¿No es para estar juntos el matrimonio?

Will sonrió, encogiéndose de hombros antes de volver a rebuscar en el baúl.

—No creo que ella me extrañe mucho en realidad —la sonrisa se borró del rostro de Will—, Clara está enamorada de Alexander.

Los ojos de Lily se abrieron como platos.

—¿Te lo dijo ella?

—No, pero es obvio —confesó de mala gana—. Sin embargo, no me lo tomo en serio —sonrió una vez más, adoptando ese gesto valiente y un tanto bufón—, todas las chicas están enamoradas de Alexander.

—Yo no.

Él se volvió hacia ella, visiblemente sorprendido.

—Ahora me caes mucho mejor —le confió, haciéndola sonreír de oreja a oreja—. No eres igual que todas las pazguatas que siguen a Álex y le besan la sombra, como si estuviera hecho de helado o algo parecido.

—Oye, no insultes a esas chicas. A mi hermana le gusta él.

—Pazguata —dijo él, sin inmutarse.

—Will, no te permito que la insultes —Lily se puso de pie de un brinco, muy enojada—. Además, Alexander es un buen chico. A mí me cae muy bien, siempre es amable con todos.

—¿No acababas de decir que no estabas enamorada de él?

—Pues tal vez debería estarlo —ella apretó los labios, indignada, y se dio la media vuelta, lista para marcharse.

—Oye Lily, espera un momento —él la alcanzó por el brazo.

—¿Qué quieres ahora, William Collinwood? —gruñó, soltándose de su agarre—. No quiero hablar contigo.

—Bien, como quieras. Pero tienes una araña enorme en el hombro.

—¡Qué! ¡Quítala! —chilló ella, abriendo los ojos como platos al ver una horrible araña subiendo por su cabello.

Will la lanzó lejos de una palmada y entonces la aplastó con el pie.

—Gra… gracias por salvarme —musitó ella en un tartamudeo, sollozando bajo.

—No tienes que agradecerme, sólo fue una araña.

—Odio las arañas —gimió, sacudiéndose los hombros con ambas manos, como si temiera que se le hubiese subido otra.

Will rio desordenándole el cabello con la mano una vez más.

—Entonces no deberías ir a México, niñita —le dijo, sin dejar de reír—. Allá hay unas arañas enormes, algunas son más grandes que mi mano y peludas como… ¿Vas a vomitar? —Se interrumpió al notar la expresión de su rostro—. Te has puesto un poco verde…

—Estoy bien. Sólo necesito sentarme un momento —ella se fingió valiente y se dejó caer sobre el sofá al sentir que las piernas le temblaban tanto que con dificultad conseguía mantenerse en pie.

—No me sentaría allí en tu lugar, Lily —le advirtió—. Si había una araña, lo más seguro es que haya más. Aunque las arañas son territoriales, o eso me dijo el abuelo Zalo —recordó, pensando en voz alta.

—¿Podríamos dejar de hablar de arañas? —pidió ella, cubriéndose los oídos con las manos.

—De acuerdo —él se encogió de hombros, esbozando esa sonrisa ladeada tan particular—. ¿De qué quieres hablar?

—No sé —ella frunció el ceño, intentando recordar las enseñanzas de su madre—. ¿Qué tema trivial te gustaría, el clima o los chismorreos de la última temporada?

—Si hablas de cualquiera de esas cosas, me iré —le advirtió, frunciendo el ceño—. Además, ¿tú qué sabes de la última temporada?

—Ansío ver alguna —suspiró—. Mi hermana pronto será presentada en sociedad.

—No serás de esa clase de chicas que espera impaciente por ir a un baile de sociedad.

—¿Qué tiene de malo?

—¿Qué tiene de bueno? —replicó él, comenzando a vagar por el lugar, incapaz de mantenerse quieto.

—Los vestidos hermosos, la música gloriosa, la comida fabulosa…

—¡Por favor! —bufó él, rodando los ojos —. No son más que bobadas. Yo espero no tener que ir jamás a ninguno de esos estúpidos bailes, ni toparme con ninguna de esas fiestas pomposas.

—Son importantes para conseguir un buen marido. Eso dice mi madre.

—Yo no quiero un marido —él bromeó, haciéndola reír.

—Te diría que para conseguir una buena esposa, pero ya que tú tienes a una chica esperando por ti para eso, imagino que realmente no necesitas asistir a ningún baile.

—Tenlo por seguro.

Ella asintió y fijó la vista en la ventana.

—Aunque —musitó tras una pausa, manteniendo los ojos clavados en el cristal, sin atreverse a verlo a los ojos—, si alguna vez decides

asistir a alguna de esas fiestas, ¿me pedirías un baile?

Él arqueó una ceja.

—Ya sabes… En caso de que nadie más me lo pida —se apuró en añadir.

Él se acercó a ella muy serio. Tanto que comenzó a asustarla cuando se inclinó hasta quedar a la altura de sus ojos. Entonces él estiró una mano y la estrechó con la suya.

—Es una promesa —le dijo, esbozando una de esas sonrisas ladeadas que ella tanto amaba.

Lily sonrió también y en un impulso, se inclinó y lo besó en la mejilla.

—¡Gracias, Will! —exclamó, antes de escapar corriendo del lugar.

CAPÍTULO 19

1888

—Lily, aquí tienes alguna ropa de niño y unos zapatos —le dijo la monja, hablando en un inglés forzado.

—Le agradezco mucho, hermana —Lily sonrió, cogiendo el paquete con la muda recién planchada y envuelta en papel marrón que ella le entregaba—. No debió molestarse.

—Al contrario, es mi deber cristiano estar al pendiente de los necesitados, en especial los niños. Es ropa usada, pero en buen estado —le dijo ella, esbozando una sonrisa amable.

Sor Teresa había llegado muy temprano esa mañana, dispuesta a ayudar a Lily con el pequeño niño que Clara y Alexander habían encontrado la noche anterior, vagando por el prado.

Lo habían llevado enseguida a casa de Ben para que el médico lo revisara y después de que él se aseguró de que todo estaba bien con el pequeño, Lily se había ofrecido a cuidarlo. Por lo que había pasado toda la noche en vela, vigilándolo de cerca.

Aún no sabía si era a causa de algún susto vivido o si tan sólo era un niño diferente, pero ese pequeño no hablaba, ni parecía tener intención de revelarles nada acerca de su identidad o su familia.

—Luces cansada, criatura, ¿has dormido algo? —le preguntó la monja, notando las oscuras ojeras bajo los ojos de Lily.

—No, me he pasado la noche cuidado al pequeño —confesó ella, algo azorada—. La pobre criatura ha tenido una noche difícil. Recién ha conseguido conciliar el sueño.

—Pobre angelito —la monja suspiró—. Deberías aprovechar para dormir algo ahora, no te quito más el tiempo. Intenta recostarte y reposar querida, aunque sea unos minutos.

—Le agradezco mucho, sor Teresa.

—Por el contrario, Lily, es a ti a quien hay que agradecer. Es un acto sumamente bondadoso el que te hayas ofrecido a hacerte cargo de la criatura, en lo que conseguimos hacerle un sitio en el orfanato.

—No se preocupe por eso, no me molesta en absoluto cuidar de él.

Además, no tiene que ir al orfanato, aún puede aparecer su familia.

—Sí, bueno —la monja suspiró, esbozando una mueca de tristeza—. Está desnutrido, querida, y parecía tan sucio como si hubiese llevado días, quizá semanas, caminando solo, vagando por su cuenta. Ya lo he visto antes —negó con la cabeza—. Espero equivocarme, pero lo más seguro es que lo hayan abandonado, querida.

Lily estrechó la ropa contra su pecho en un abrazo instintivo e inconsciente, sintiendo de pronto un enorme vacío en su interior.

—Pobre criatura —musitó, negando con la cabeza.

—No te aflijas, Lily. Lo bueno es que Clara y Alexander lo han encontrado, y ahora ese niño está a salvo bajo tu cuidado —posó una mano en su hombro—. Volveré más tarde para traerte algunas cosas más, y cuando regrese, espero tener alguna nueva noticia favorable sobre el pequeño.

—Se lo agradezco. Hasta pronto, hermana.

—¡Azul Rosa Blanca! —el llamado de Will interrumpió las palabras de Lily—. Qué sorpresa encontrarte aquí, y tan temprano ¿a qué has venido? —le preguntó a la monja, sin inmutarse por su condición de religiosa.

La mujer frunció el ceño, dedicándole una sonrisa amable a Will, que la hizo lucir como un gato travieso a punto de cometer una fechoría.

—Te estaba buscando, William —ella metió la mano a su bolsillo y sacó un dulce, que le entregó en la mano—. Hoy he preparado esto en el convento como postre, pero me encuentro en ayuno voluntario. Por lo que, recordando lo mucho que siempre te han gustado las golosinas, he decidido traerlo para ti.

—Qué considerada, Azul Rosa Blanca —él sonrió, tomando el dulce y echándoselo a la boca—. Gracias, los dulces de las monjas me encantan. ¡Oh, mierda! —gruñó, escupiendo el caramelo.

—Sí, algo así —rio la monja, sin inmutarse por la palabrota—. Espero que hayas aprendido la lección, William. Te dije que me vengaría.

Lily abrió los ojos como platos, no entendía una palabra de esa conversación en español, pero era claro que ambos mantenían una especie de guerra de bromas. Algo extraño para una monja respetable como sor Teresa.

—Lo hiciste, y caí redondito —rio Will, escupiendo una vez más—. ¿Qué cosa era eso? ¿Era realmente mierda? ¡Sabe horrible!

—Oh, tan chilletas como siempre —lo molestó la monja—. Sólo es un poco de jabón al que le di forma de caramelo. Sabía que no podrías

resistirte, siempre has sido un glotón —ella alzó la nariz, pasando por su lado con aire de superioridad—. Nos vemos luego, William.

—Hasta pronto, Azul Rosa Blanca.

—¡Sor Teresa! —lo corrigió ella sin siquiera voltear, acostumbrada a esas disputas que mantenía con Will desde que ambos eran unos niños de colegio y compartían la banca del salón de clases.

Todavía riendo, Will se giró hacia Lily para encararla, y con sólo verla, la sonrisa se borró de sus labios.

—Hola —la saludó, adoptando un semblante serio, raro en él. Los últimos días Lily había estado evitándolo a propósito, molesta por el modo en que él la había tratado—. ¿Cómo has estado?

—Bien, gracias —contestó haciendo un gesto con la mano para invitarlo a pasar—. ¿Y tú?

—Igual —él se encogió de hombros, quitándose el sombrero al cruzar el umbral. Algo raro en él, que no solía tomarse en serio esos modales—. Pasé buena parte de la noche y de esta madrugada con Matt, preguntando a la gente del pueblo si sabían algo de un niño perdido, pero nadie parece conocerlo. Al parecer, debe haber llegado desde otro sitio.

—Sí, eso me comentó la hermana Teresa. Dijo que lo más probable es que su familia lo hubiese abandonado —Lily arropó una vez más al pequeño niño dormido en su cama, velando su sueño intranquilo.

—A veces ocurre eso —musitó Will, en un tono de voz bajo y triste, que ella nunca le había escuchado antes—. Sin embargo, él tiene suerte de tenerte a su lado para cuidarlo, Lily.

—Sólo será por un tiempo, luego tendrá que ir al orfanato —ella le contó, mirando al pequeño con pesar.

—No te sientas mal, los pequeños la pasan bien en el orfanato, ya lo has visto —él posó una mano sobre su hombro—. Y Azul Rosa Blanca cuidará de él con esmero, como hace con todos los pequeños. Ya sabes que ella es como una mamá gallina, manteniendo bien cuidados bajo el ala a todos sus pollitos.

—¿Por qué la llamas así? —le preguntó Lily intentando contener la risa—. ¿Por qué no la llamas sor Teresa como todos los demás?

—Me divierte molestarla, y a ella también le gusta devolverme las jugadas, no me mires así —alzó las manos, a la defensiva—. No hago nada de reproche, si a ella no le gustara seguirme el juego, hacía años que habríamos parado. Pero hemos vivido de broma en broma, desde que éramos niños, y yo me burlaba de su colorido nombre.

—¿Sabes lo que dicen que ocurre con un niño que no deja de molestar a una niña? —Lily arqueó una ceja.

—No, ¿qué cosa?

—Que está enamorado de ella en secreto, y sólo la molesta para llamar su atención.

—Qué ridiculez —bufó Will—. Para el caso, hubiese sido al contrario. Fue ella quien comenzó a molestarme en el colegio. Metió un puñado de hormigas rojas dentro de mi camisa.

—No te creo —Lily soltó una risita.

—Lo hizo, la santa monja hizo eso —le aseguró él—. Y yo me vengué metiéndole las trenzas en el tintero. Desde entonces hemos sido amigos, gastándonos bromas continuamente. Un hábito que nada ha podido romper.

Lily rio de nuevo, pero se detuvo al notar que el niño se removía en su cama, inquieto.

—Será mejor que continuemos charlando en la cocina —le pidió ella después de revisarlo una vez más y cerciorarse de que aún dormía —. El pobre niño no lleva mucho dormido, necesita descansar.

—Tú también lo necesitas, luces exhausta por cuidar a Rodrigo toda la noche —él la siguió al interior de la cocina.

—¿Rodrigo? —Lily lo miró confundida, arqueando una ceja.

—Tiene cara de Rodrigo, ¿no te parece? —Will sonrió, acercándose a la estufa para coger la tetera y llenarla con agua—. Como Rodrigo Díaz de Vivar, el gran héroe.

Lily sonrió, negando con la cabeza.

—Se te ocurren las ideas más extrañas, pero me gusta. Lo llamaremos Rodrigo.

—Me parece una buena idea —él le guiñó un ojo, volviendo a la estufa para calentar la tetera—. ¿Te gustaría tomar un poco de té?

—En realidad, últimamente me he hecho algo aficionada al café — confesó Lily.

—Esa es mi chica —Will sonrió, provocando que el corazón de ella se detuviera.

—Prepararé un poco, dame un minuto —dijo Lily a la carrera, abriendo la alacena para buscar el saquito con granos de café de la despensa.

De pronto sintió la imponente presencia de Will en su espalda, inclinándose por encima de ella para coger el saco en su lugar.

—Lo tengo —anunció, aunque no se movió. Permaneció a su lado, tan cerca de ella, que Lily podía sentir el calor de su cuerpo, emanando de él como si de fuego mismo se tratase.

Sus ojos se encontraron, de pronto él se había puesto muy serio, mirándola con un detenimiento que provocó que el corazón de Lily

comenzara a latir a toda velocidad.

—Lily —dijo en voz baja, sin dejar de mirarla.

—¿Sí?

—Siento la manera como te llamé el otro día. No quise… —se removió nervioso, rascándose la coronilla—. Estuvo mal de mi parte. Lo siento.

—No te preocupes, ya lo he olvidado —asintió apartándose de su lado, pero Will la cogió por el brazo.

—Espera, hay algo más que quería preguntarte.

—¿Ah, sí…? —Lily enarcó una ceja, sorprendida por ese repentino gesto.

Will se situó ante ella, buscando su mirada una vez más.

—Lily, ya sabes que pronto celebraremos la feria del pueblo para reunir fondos para el orfanato. Bueno, no sé si lo sabes, pero siempre se celebra un baile y… Yo… —se rascó la coronilla una vez más, claramente nervioso—. ¿Me guardarías una pieza?

Los ojos de Lily se abrieron como platos a causa de la sorpresa.

—No tienes que bailar conmigo si aún estás molesta. Pero si lo haces, entenderé que me has perdonado y…

—Me encantaría —ella lo interrumpió, conteniendo la emoción que comenzaba a brotar de su interior como un volcán en erupción.

—Excelente —él sonrió, visiblemente aliviado—. Bien… Creo que prepararé ese café antes de que se me queme el agua —bromeó, dirigiéndose a la estufa—. ¿Y qué te parece si también te hago algo para desayunar? Debes comer algo, niña, luces muy delgada.

—Yo puedo preparar el desayuno.

—No, tú descansa y relájate —él la tomó por los hombros y la obligó a sentarse en una silla—. Lo mereces, en serio. Además, te lo debo después de la forma en que te traté el otro día.

—¿Lo dices en serio o sólo intentas evitar que prepare la comida? —ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Te gustan los huevos revueltos? —sonrió él de forma angelical, evadiendo su pregunta.

—Will, no me ignores.

—Quizá un poco de jamón también —continuó él rebuscando en la despensa.

—¡Will! —insistió Lily, pero él continuó ignorándola a propósito.

—Oh, y unos tomates. Siempre vienen bien los tomates.

CAPÍTULO 20

—¿Necesitas que te ayude con el resto de las guirnaldas? —Lily le preguntó a Clara, llegando a la carrera al puesto de venta de pasteles que habían estado decorando desde temprano, llevando a Rodrigo con ella de la mano.

—Lily, ¿qué haces aquí? —Clara miró sorprendida a su amiga, que en ese momento acomodaba al niño en una silla—. Ya estuviste aquí toda la mañana, ve a casa y descansa un poco. Debes estar agotada después de tener que suplirme buena parte del día.

—No te preocupes por eso, me encanta ayudar. Y Rodrigo se aburre encerrado, ahora que ya ha comido su almuerzo, necesita tomar un poco de aire fresco. Y qué mejor que aquí, en la plaza principal —Lily tomó algunas guirnaldas de la mesa y se encaramó a una silla para ayudar a Clara a terminar con las decoraciones.

Esa noche había llovido, estropeando buena parte del trabajo que habían hecho con anterioridad.

—¿Estás segura? No puedo dejar de sentirme culpable por haberte dejado sola esta mañana —las mejillas de la joven se colorearon, como si un recuerdo privado pasara por su mente.

—Ni lo menciones —Lily le dedicó una sonrisa amable y algo pícara—. Pero luego me tendrás que contar qué fue lo que hiciste durante toda la mañana con Alexander.

—¿Cómo es que…? —los ojos de Clara se abrieron como platos, al tiempo que su rostro adoptaba un tono aún más rojo.

—Tranquila, nadie lo sabe. Simplemente lo adiviné —Lily le guiñó un ojo—. No has dejado de canturrear y bailar contenta desde que llegaste. E imagino que eso únicamente tiene una explicación —hizo una pausa teatral, que provocó que las mejillas de Clara se encendieran todavía más—. Sólo cantas después de haber visto a Alexander.

Clara rio cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¿Tan obvia soy? —preguntó visiblemente azorada.

—No, no lo eres. Pero como tu amiga, te conozco y sé cuando estás feliz por un buen motivo —Lily se acercó y la abrazó—. Te felicito, no sabes cuánto me alegra tu felicidad.

—Gracias, Lily —Clara la abrazó también, sinceramente agradecida

por sus palabras.

—Espero que una vez que hayamos pasado por este temporal —extendió los brazos refiriéndose a los preparativos de la feria llevándose a cabo a su alrededor—, puedas contarme todo a detalle. ¡Muero de curiosidad!

—No lo dudes ni por un momento —Clara soltó una risita cantarina, asintiendo con la cabeza—. Por cierto, no me has contado cómo te fue en el viaje con Ben y Zalo.

—Muy bien, gracias —Lily sonrió de oreja a oreja—. Nunca imaginé lo emocionante que podría resultar acudir al puerto a recibir los cargamentos. En mi vida había hecho algo así, y no puedo esperar el momento para volver a hacerlo. Zalo me explicó todo el proceso con la paciencia de un santo, y prometió que yo ayudaría a enviar el próximo cargamento de café —le contó, visiblemente emocionada, mientras colocaba las guirnaldas—. Ben recibió una gran cantidad de medicamentos y otros enseres necesarios para la clínica, y prometió enseñarme a preparar sueros medicinales con unas nuevas sustancias que han aparecido recientemente en el mercado. Y lo mejor de todo es que recibí un paquete de Evelyn, mi prima, con algunas cartas retrasadas. No puedo esperar a leerlas.

—Lily, no sabes cuánto me alegro por ti —le dijo Clara con sinceridad—. Lamento haberte mantenido tan ocupada con todo este trabajo durante el día completo. No has tenido tiempo ni siquiera para leer las cartas de tu adorada prima.

—Está bien, me gusta sentirme útil y ayudar —confesó la joven, moviéndose muy contenta por la improvisada tienda de pasteles que entre ambas habían levantado—. Calita me enseñó a preparar algunos pasteles, y ahora finalmente tengo algo propio que donar a la causa —le dijo con voz sumamente entusiasmada.

—¿Calita? —preguntó Clara, arqueando una ceja con curiosidad.

—Sí, de hecho es de su casa de donde venimos Rodrigo y yo, ella llegará en un rato y traerá consigo los pasteles de maíz que estuvimos haciendo. No puedo esperar a que los pruebes, creo que te van a gustar —dio un par de palmaditas, emocionada—. Por primera vez, creo que nadie moriría por hincarle el diente a mi comida.

Clara soltó una risita, negando con la cabeza.

—Lily, querida, por supuesto que tus pasteles de maíz estarán deliciosos. Tu comida siempre lo es.

—Clara, eres demasiado buena para ser real —Lily le dio una palmadita cariñosa en la mano—. Gracias, eres muy amable. Pero me tendrás que decir la verdad cuando los pruebes. Si no te gustan, no se

los daré a Will. Apenas puedo esperar a que él —notó que el rostro de Clara adoptaba un semblante preocupado—. ¿Qué ocurre?

—Nada… —su amiga negó con la cabeza y se apartó, intentando adoptar una expresión alegre que disfrazara la turbación que obviamente sentía—. ¿Has visto a Will desde que llegaste de tu viaje?

—No, llegamos con Ben y Zalo al atardecer del jueves, después de que recibieran una misiva urgente por parte de Matt, pidiéndoles regresar cuanto antes para resolver un asunto apremiante en la hacienda. Como Calita se había quedado cuidando a Rodrigo, me dejaron con ellos en El Janto, el rancho de Calita y Zalo, y ellos se fueron directamente a La Guadalupana, para atender el tema que nos había traído de vuelta con tanta premura —le explicó la joven—. Y como le había pedido a Calita que me enseñara a preparar el dulce favorito de Will, ella amablemente, insistió en aprovechar la oportunidad para hacerlo, ya que me encontraba allí. Por lo que estuvimos todo el día de ayer y buena parte de la noche cocinando pan de maíz. Sólo espero que a Will le guste —suspiró, muy emocionada.

—Oh, ya veo —Clara musitó, sin apartar los ojos de la guirnalda que preparaba en ese momento—. En ese caso, no has hablado con ninguno de los hermanos, ni siquiera con Will…

—No, con ninguno. Apenas esta mañana he llegado al pueblo, y ayer ninguno de ellos fue a El Janto, por lo que no he vuelto a ver a ninguno de los hermanos después de eso, ahora que lo pienso —se llevó un dedo a los labios—. Ni siquiera a Ben, que prometió pasar hoy temprano por Rodrigo y por mí para traernos a la feria —negó con la cabeza, sonriendo dulcemente—. Pobrecillo, supongo que debieron pegársele las sábanas, porque envió a un peón en su lugar para traernos al pueblo esta mañana —se calló al notar el repentino silencio de Clara—. ¿Por qué lo preguntas? —Lily se acercó a ella, comenzando a preocuparse por su expresión turbada—. Clara, por favor, me estás asustando. ¿Qué ocurre? —sus ojos se agrandaron con temor—. ¿Le pasó algo a Will mientras no estuve? ¿Es por ello que Matt envió esa misiva, solicitando nuestro regreso con tanta urgencia?

—No, no es nada. No te preocupes —Clara forzó una sonrisa, posando una mano en el hombro de su amiga—. Lo siento, Lily, no quería asustarte. Sólo estoy un poco dispersa, creo que tengo la mitad del cerebro todavía en las nubes, después de lo vivido con Álex.

Lily frunció el ceño, sin creerse por completo su explicación.

—Entiendo… Quizá deberías beber algo, te ves un poco cansada ¿quieres que te traiga un poco de café? —le preguntó, preocupada

ahora por su amiga, a quien notó repentinamente muy pálida.

—Oh, Lily, eso sería maravilloso —Clara asintió—. No sabes cómo te lo agradecería.

—Ahora mismo vuelvo —Lily tomó de la mano a Rodrigo y se dio prisa en alejarse.

De camino vio a Susi, una amiga de Clara que trabajaba en el hotel de la familia de Clara, llegando con un par de trabajadores y una mujer mayor, cargando con los pasteles que debían haber preparado para vender en el puesto.

Ambas jóvenes se saludaron al cruzarse sus caminos con la cortesía correspondiente, sin embargo Lily no se alegró de verla. Susi no le agradaba mucho, en realidad no le gustaba nada. Había algo en ella, en su mirada fría y sus modales adustos, que le provocaban rechazo. No obstante, la chica era amiga de Clara, por lo que había optado por mantener a raya su sentir, por mucho que esa mujer le desagradase.

No tardó mucho en volver al puesto, cargando encima con varios cestos con pasteles de maíz, además de un poco de café para Clara. Y estuvo cerca de dejarlo caer todo por la sorpresa de encontrar a Will en el lugar, hablando con Clara.

No lo había visto hacía varios días, y se sorprendió al notar que lucía algo demacrado. O quizá fuese el moretón que se extendía por su mandíbula, o el ojo ligeramente amoratado.

¿Qué le había pasado a Will? ¿Se habría peleado con alguien durante su ausencia? ¿Sería ese el motivo por el que Clara había actuado tan extraño? Pero si era así, ¿por qué ella no le había dicho nada?

Un revoloteo bastante similar a los celos se encendió en su estómago al notar la forma en que él se inclinaba hacia Clara, mirándola de una forma que hubiese deseado lo hiciese con ella. Pero se dio prisa en aplacar ese fuego dañino. No es que Will le hubiese ocultado alguna vez lo que sentía por Clara.

—Ahora me voy, tengo mucho que descargar de la carreta que he traído de la hacienda —le dijo él a Clara en ese momento, despidiéndose de la joven, sin siquiera notar la presencia de Lily—. Nos vemos esta noche, Rajá.

—Hasta esta noche —contestó Clara, observándolo alejarse con una sonrisa en los labios antes de retomar su trabajo.

—Ya estoy aquí —anunció Lily forzándose por mantener sus emociones a raya—. Te he traído el café y Rodrigo me ha ayudado a cargar con los pasteles de maíz. Es un niño tan bueno —miró al pequeño cargando con un cesto, dedicándole una sonrisa maternal

colmada de orgullo.

—Gracias Lily, permíteme ayudarte con eso —Clara se aproximó a la carrera, auxiliándola con la carga.

—Doña Calita ha dicho que vendrá más tarde para ayudarnos —le contó Lily comenzando a acomodar los pasteles con ayuda de Clara y Rodrigo—. También ha enviado este cesto de flores para los ramilletes.

—Son preciosas, gracias Lily —Clara tomó las flores y las unió a las que ya tenía, para formar los ramilletes con significado que venderían en la fiesta.

La idea que Lily había sugerido era magnífica. Vender ramilletes de flores, como solía hacerse en las calles de Londres. Cada flor tenía un significado y por lo tanto recibirlas enviaba un mensaje secreto a la dama o caballero que las recibiría; podía ser amistad, amor eterno o incluso rechazo.

—Hambre —escuchó reclamar a una vocecita infantil, y Clara bajó la vista a las faldas de Lily, donde Rodrigo se ocultaba.

—¿Tienes hambre, pequeño? —le preguntó con voz suave, acuclillándose para mirarlo de cerca. El niño no respondió y se pegó más a las faldas de Lily—. Está bien, no tienes que abrazarme hoy. Pero puedes abrazarla a ella —hizo un gesto con la mano y Jade, su enorme perra negra, estuvo enseguida a su lado.

Al verla, el niño se soltó de las faldas de Lily y en su lugar se aferró al cuello de Jade, sonriendo de oreja a oreja.

—Es increíble cómo quiere a tu perra —comentó Lily con una sonrisa tan grande como la del niño—. Parece una perra mágica. Y le tiene tanta paciencia. Creo que él sólo se fía de ella.

—A veces es más fácil confiar en los animales que en las personas —comentó Clara en voz baja, mirando con cariño al pequeño que en ese momento corría al lado de Jade de un lado a otro—. Dime, Lily, ¿Rodrigo aún no ha dicho nada sobre su familia?

—No, sobre nada. No habla más que algunas palabras sueltas —suspiró—. Pero ya tendrá tiempo más delante de hacerlo, aún es muy pequeño.

—Seguro que sí —Clara sonrió apretando la mano de Lily—, y con una maestra tan buena como tú, estoy segura que él tendrá muchos avances dentro de nada.

Lily sonrió, azorada, y bajó la cabeza.

—No hago nada espectacular con él. Sólo lo entiendo —suspiró—. A veces, a mí tampoco me gustan mucho las personas. Excepto tú, tú eres mi amiga.

Clara sonrió y la abrazó con suma ternura.

—Puedes contar conmigo siempre, Lily. Soy tu Jade.

Lily soltó una risita por la broma y la abrazó a su vez.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra o la feria comenzará y nosotras no habremos terminado de colocar los postres.

Mientras trabajaban, Lily le iba contando los progresos de Rodrigo. El pequeño a veces tenía unos berrinches muy fuertes que desesperaba a todos, y despertaba a media noche y con él a los demás niños del orfanato. Eso había impedido que lo adoptaran unas parejas que se habían interesado en él, eso además de que a pesar de tener unos cinco años aún no hablaba.

Fuera de los berrinches, era un niño adorable. Le encantaba el agua, los animales y los juegos de mesa. Y los pasteles.

Ambas chicas debían estar apartándolos en todo momento de su alcance, antes de que él los robara.

De pronto los ojos de Lily se posaron en un turbante y una barba, colgados junto a un traje bastante llamativo. Comprendió lo que había dicho Will acerca de un Rajá.

Entonces lo recordó, los encargados del festival de ese año se disfrazarían con el fin de alegrar la fiesta y a los niños a los que estaba dedicada.

Clara había estado contándole toda la semana sobre el disfraz que se estaba haciendo para la ocasión, basado en una idea que había sacado de un viejo libro de cuentos sobre la india, que Alexander le había regalado.

Notó que Clara la veía, y entonces preguntó lo que estaba pensando, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Es tu disfraz? —le preguntó, señalando el traje colgado—. Es muy lindo.

—Gracias —Clara alzó la vista de la escoba con la que barría—. ¿Qué usarás tú?

—No tengo ninguno —dijo Lily con pesar. No había tenido tiempo de prepararlo. Entre la llegada de Rodrigo, el trabajo en la clínica, sus estudios y el repentino viaje al puerto, el tiempo se le había esfumado de las manos—. Me quedaré con mi ropa y me ocultaré para…

—No, usarás el mío —le dijo Clara con decisión, entregándole el traje que tanto trabajo le había costado hacer.

Lily abrió los ojos como platos y negó vivamente con la cabeza.

—No puedo…

—Lo harás, insisto —Clara colocó el traje entre sus manos.

—¿Pero de qué irás tú?

—Seré la niña de las flores —contestó su amiga, tomando el canasto con los ramilletes que ya había hecho—. Me sentiré como toda una dama londinense.

Lily negó nuevamente, algo horrorizada con la idea.

—Pero si son niñas muy pobres y…

—Es una broma, Lily —rio ella—. Además, ¿no son esas pequeñas también damas londinenses? Seré una de ellas, una pequeña niña de las flores —dijo colocándose un paño en la cabeza.

—Si lo dices así, creo que tienes razón —admitió comprendiendo sus palabras—. Y creo que serás una hermosa damita de las flores —convino Lily abrazando al pequeño Rodrigo y dándole un beso en la mejilla—. ¿No lo crees así, mi pequeño ángel?

—No —contestó él, repitiendo la primera palabra que ella había dicho.

—¿Sí lo crees así? —le preguntó esta vez, Clara.

—Sí —contestó el niño, haciéndolas reír de gusto.

—Te has ganado un trozo de pastel por ser tan bueno, Rodrigo.

—Pastel —repitió el niño, aplaudiendo contento.

—Este niño repite lo que quiere, es demasiado inteligente —rio Lily, besándolo otra vez en la mejilla mientras Clara, sin dejar de reír, le servía un buen trozo de pastel.

Lily caminaba a toda prisa entre el gentío reunido en la plaza, el festejo ya comenzaba y el lugar estaba repleto. Había tenido que cambiarse de ropa y ponerse el disfraz tan rápido como consiguió, para volver a su lugar en el puesto de pasteles. No le gustaba dejar a Clara a solas por mucho rato, suponía que su amiga no podría esperar para volver a encontrarse con Alexander y pasar un buen momento a su lado.

En cierta forma, era así como se sentía ella. Aunque Will sólo le había prometido un baile, y no se hacía ilusiones de que nada más fuese a pasar. Después de todo, dudaba que él estuviese de muy buen humor después de que se enterase de que Alexander y Clara ya eran más que amigos.

—Pobre Will —musitó con sentida tristeza, adelantándose a una pareja de ancianos que parecían caminar más lento que las hormigas. Sin duda su amigo no la pasaría bien. Sabía que él le tenía gran afecto a Clara.

Con cuidado rebasó a un grupo de niños que observaban a una mujer haciendo malabares sobre un caballo, y continuó avanzando. Calita estaba cuidando el puesto y a Rodrigo, y no quería cargarle la

mano a la mujer. Después de todo, ya era mayor y había pasado buena parte de la noche enseñándole a cocinar.

Consiguiendo esquivar a un nuevo grupo de gente, vio al fin el puesto y corrió a él. Y para su sorpresa, fue a Ben a quien encontró custodiándolo.

Y no lo hacía solo, con Rodrigo sentado sobre el mostrador ayudándolo a servir trozos de tarta y pastel, entre ambos atendían a la larga fila de mujeres que repentinamente parecían haberse interesado en los postres que vendían allí.

—Qué sorpresa tenerte aquí, Ben. Veo que el negocio va estupendamente bajo tu cuidado —le dijo Lily sonriendo de forma pícara mientras se acercaba a él y tomando un cuchillo, comenzó a cortar rebanadas, para ayudarle.

—¿Lily? —Ben arqueó las cejas, notablemente asombrado al verla.

Entonces ella recordó que llevaba un disfraz con una barba y un turbante, que le cubría el cabello y buena parte del rostro.

—Sí, soy yo —admitió, riendo divertida al notar su expresión de sorpresa—. ¿No es un disfraz estupendo? —se palpó la barba—. Clara me lo ha prestado, ella misma lo hizo.

—Es… original —él pareció buscar una palabra aceptable para describirlo—. Luces bien en él. Debimos usar algo así en Londres, nadie te reconocería con esa barba puesta. Aunque el turbante es un tanto llamativo.

Lily soltó una risita, entregándole un trozo de pastel de fresas con crema, que una regordeta mujer acababa de pedirle a Ben.

—Gracias —le dijo él dedicándole una sonrisa amable antes de entregarle el postre a la clienta, que no dejaba de ver a Ben con ojos entornados, como si intentase comérselo con la mirada—. Aquí tiene, señora Gómez. Que tenga un buen día.

—Gracias, doctorcito —la mujer colocó un billete en su palma, tardándose mucho más de lo necesario en apartar los dedos de su mano—. No olvide ir a hacerme una visita de cortesía cuando tenga oportunidad. Y no se preocupe por la hora —añadió ella, guiñándole un ojo antes de marcharse.

—Dios mío —musitó Ben, pálido como el papel.

Lily soltó una risita divertida.

—Ánimo, Ben. No es tan malo —le dijo la joven, palmeándole la espalda—. Tu popularidad entre las damas ayuda a nuestra causa.

—Muy graciosa —masculló él, aunque reía—. ¿Por qué no dejas de burlarte de mí y traes más tartas de manzana? —señaló algunos pasteles, colocados en orden sobre algunas mesas, en la parte trasera

del puesto—. Nos harán falta. ¿No es así, mi pequeño amigo ayudante?

—No —contestó Rodrigo, sirviendo otra rebanada en un plato antes de entregárselo a Ben.

Lily rio, despeinando los mechones negros de Rodrigo, que claramente estaba encantado con poder ayudar a Ben.

—Ahora vuelvo, pequeñito —le dijo, alejándose después de darle un fugaz beso en la frente.

A paso rápido para no hacer esperar a la clientela, se dirigió a la trastienda y buscó entre la gran cantidad de tartas y pasteles perfectamente ordenados sobre las mesas, los de manzana que Ben le había pedido.

De pronto, notó una mano sobre su hombro, antes de que alguien la girara en redondo, haciéndola quedar frente a él.

—¿Will? —apenas consiguió decir a causa de la sorpresa, intentando equilibrar en las manos los pasteles que había tomado.

Él no respondió. Lucía extraño, turbado de un modo que no alcanzó a comprender.

Y entonces, lo más irreal sucedió.

Él la rodeó por la cintura, y pegándola contra su cuerpo, se inclinó sobre su rostro y la besó.

Lily sintió como si una chispa eléctrica se encendiera en el punto exacto en que sus labios habían tocado los suyos, y la recorriera de la cabeza a los pies.

Las tartas cayeron de sus manos, incapaz de sostenerlas un segundo más. Incapaz de pensar o hacer nada coherente. Sólo podía estar allí de pie, envuelta entre los fuertes brazos de Will, que la mantenían sujeta contra su cuerpo, prácticamente devorando sus labios con los suyos.

—Te amo —le dijo él en susurro ronco, rompiendo el beso de forma tan abrupta como lo había iniciado. Y pegando su frente a la de ella, le dijo con viva emoción, hablando sobre sus labios—. Siempre te he amado, y no podía esperar otro segundo más para decírtelo.

CAPÍTULO 21

Lily sintió que el mundo se ponía de cabeza, y ahora se encontraba flotando entre las nubes. Jamás creyó que podía llegar a sentirse más feliz que en ese momento.

Las lágrimas acudieron a sus ojos revelando la emoción que la embargó al escuchar esa confesión. Lily se estremeció al sentir su aliento sobre sus labios, hinchados y húmedos por el beso, el calor del pecho agitado de Will, respirando contra el suyo tan rápido como lo hacía ella.

Con una mano trémula, acarició con suma ternura la mejilla de Will, en un gesto de puro amor.

—Yo también te amo, Will —le dijo con voz suave.

Will se apartó bruscamente de ella, entornando los ojos al mirarla.

—¿Lily? —preguntó, claramente confuso.

Ella asintió, sintiéndose repentinamente más insegura que nunca en su vida.

—Yo… No… —Will tartamudeó, meciéndose los cabellos con una mano—. No lo entiendo… ¡Ay! —gritó cuando un diminuto pie conectó con su espinilla.

—¡Rodrigo! —gritó Ben, apareciendo tras el niño, que de pronto había confundido a Will con un balón de fútbol—. Aquí estás, buen susto me has dado. No salgas corriendo así —de pronto se calló, al notar a Will—. William, no te había visto.

—Acabo de llegar —contestó su hermano, en un tono más tosco de lo que pretendía.

—¿Has venido a ayudar a la venta de pasteles? —Ben arqueó una ceja al notar su porte tenso, al igual que el de Lily, quien no dejaba de mirar a Will con los ojos muy abiertos y húmedos—. ¿Ocurre algo? —preguntó adoptando un tono firme, bastante similar al de Alexander cuando se ponía en papel de hermano mayor.

—No… Yo… —Will tartamudeó sin saber qué decir. Notó los ojos de la joven fijos en él, un par de lágrimas rodaban por sus mejillas sin que ella siquiera las notara. Era claro que Lily se había percatado de su turbación después de besarla…

El corazón le dolió al verla allí de pie, luciendo tan frágil y

vulnerable. Él la había besado en un impulso estúpido, y ella le había correspondido, abriéndole su corazón sin reparos.

Y maldita sea, él no iba a lastimarla de nuevo.

No después de todas las estupideces que había hecho.

No cuando podía ver con total claridad el amor reflejado en su mirada al verlo, expectante por sus palabras. Como si él tuviera el poder de enviarla al cielo o aplastar su corazón con lo que fuera a decirle en ese mismo momento.

Y por Dios que no iba a romperle el corazón.

No cuando había jurado protegerla de todo mal, y sabía, por experiencia propia, lo mucho que eso dolía.

—Lily me había prometido guardarme una pieza —dijo al fin Will, alzando una mano hacia ella—. El baile ya comienza, espero que cumplas tu palabra, querida.

Lily abrió mucho los ojos, derramando un par de lágrimas por la emoción que el escuchar esas palabras le provocó.

—Por supuesto —contestó ella, tomando su mano con dedos trémulos—. Ben, ¿no te importa si me ausento por un momento?

—En absoluto —él la interrumpió, sonriendo contento—. Vayan y diviértanse, Rodrigo y yo nos haremos cargo del negocio. ¿No es así, amigo?

—No —contestó Rodrigo, ajeno a su pregunta, más atento a los trozos de las tartas que Lily había tirado dispersos en el piso.

—No se preocupen —les aseguró Ben tomando al niño por la cintura y alzándolo sobre su hombro, como un saco de patatas. El pequeño rio encantado, olvidándose de las tartas gracias a aquel juego —. Anda Will, date prisa y vete a bailar con la señorita —dijo la palabra en español—, antes de que me arrepienta y sea yo quien le pida a Lily que baile conmigo. Esta noche luce encantadora, y me es difícil resistir la tentación.

—Sé que nunca te has sabido resistir a las barbas, hermano, pero esta chica es mía —Will la rodeó por la cintura, atrayéndola a su lado en un gesto protector—. Y esta vez no permitiré que uno de mis hermanos me entorpezca el camino —añadió en español.

—Me alegra oírte decir eso —Ben contestó del mismo modo, alejándose con el niño cargado sobre su hombro.

Lily observó a Will con ojos colmados de devoción, incapaz de dar crédito a su buena fortuna.

Jamás, en toda su vida, hubiese imaginado que podría llegar a sentirse tan feliz como en ese momento, envuelta entre los fuertes brazos de William.

Lentamente caminaron entre la multitud hasta llegar a la improvisada pista de baile de la plaza. Dentro del quiosco ubicado en el centro del lugar, una orquesta compuesta por personas del mismo pueblo, tocaban sus instrumentos, amenizando el ambiente con sus algo desafinadas, pero hermosas melodías.

Will, sin dejar de mirarla a los ojos, le rodeó la cintura con el brazo y entrelazó sus dedos con los de su mano libre, antes de comenzar a guiarla por la pista, con la maestría de un experto. Lily rio maravillada por aquel momento que parecía mágico, envuelta entre sus brazos en esa danza, que la condujo hasta el mismo cielo.

—Luces hermosa esta noche, niña rajá —le dijo Will, esbozando una sonrisa ladeada que a ella le paralizó el corazón—. A nadie podría venirle mejor la barba que a ti.

—Gracias, puedo prestártela si tanto te gusta —bromeó ella, dejándose llevar por él a través de esa hermosa melodía, sin siquiera notar a las personas que los rodeaban.

Era como si todo el mundo hubiese desaparecido, para dejarlos a ellos dos solos, bailando sobre las nubes, disfrutando de aquel maravilloso momento que Lily hubiese deseado durara por toda la eternidad.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Lily de repente—. Me asustaste terriblemente hace un momento.

—¿Fue tu primer beso? —él arqueó una ceja sonriendo pícaramente.

—No, no lo fue —ella alzó la nariz, adoptando un aire de misterio que a él le picó el orgullo—. Y los besos no me asustan, William Collinwood. Soy más fuerte que eso.

—¿Cómo que no fue tu primer beso? —él frunció el ceño, repentinamente sintiéndose bastante celoso.

—No fue el tuyo tampoco, ¿no es verdad? —desvió la mirada.

—Niña, no es lo mismo. Yo soy hombre.

—¿Y qué hay de la igualdad entre hombres y mujeres? —lo picó ella, arqueando una ceja.

Will sonrió, negando con la cabeza.

—Lo discutiremos más tarde —le dijo en un tono que dejaba claro que no era un tema que dejaría pasar tan fácilmente—. Ahora dime, si no fue mi beso lo que te impresionó, ¿entonces qué?

—No dije que me impresionaras, dije que me asustaste.

—Niña, ya te lo he dicho, sabes cómo hacer picadillo el orgullo de un hombre —bufó, alzando el brazo y haciéndola girar, antes de envolverla nuevamente por la cintura y acercarla a su cuerpo—. Pues

bien, habla de una vez, mujer. ¿Qué es lo que hice que te provocó tanto miedo?

Ella lo miró a los ojos, adoptando de pronto un semblante grave.

—Creí… Yo pensé… —musitó entrecortadamente—. Temí que me hubieses confundido con Clara.

La sonrisa en el rostro de Will se desvaneció y por una fracción de segundo, perdió el paso. Lily tropezó con él y le piso la punta del pie, provocando que él lanzara una maldición.

—Lo siento, no quise.

—Estoy bien —le aseguró forzando una sonrisa a pesar del dolor—. Lily, ¿por qué pensaste eso? Es decir, ¿cómo es que tú sabías que yo…?

—Tú me dijiste que estabas enamorado de ella cuando éramos niños, ¿ya lo has olvidado? —le preguntó, sin poder mirarlo a la cara, manteniendo la vista clavada en su hombro—. Le trajiste ese collar de perlas de Londres, y… —inspiró hondo y lo miró a los ojos—. Dime la verdad, Will. Cuando me besaste, ¿lo hiciste porque creíste que era ella?

Will notó el dolor en su mirada al hacerle esa pregunta, y fue incapaz de revelarle la verdad.

—Fue a ti a quien te pedí una pieza de baile esta noche, ¿no es cierto?

—Eso no responde a mi pregunta —ella bajó la vista, ocultando las lágrimas que sentía tras los párpados, luchando por salir. Cuando se trataba de William, siempre se volvía una sensiblera.

Will se detuvo de repente, sin importarle las demás parejas que continuaban bailando a su alrededor.

—Si eso no responde a tu pregunta, quizá esto lo haga —le dijo él, tomando su barbilla entre sus dedos y alzando su rostro para que ella volviera a verlo a los ojos—. Esta noche te elijo a ti, y a nadie más, Lily —le dijo sobre sus labios, antes de romper la distancia que los separaba y besarla una vez más.

Lily sintió como si un mar de mariposas nacieran todas al mismo tiempo en su estómago cuando los labios de Will se posaron sobre los suyos, moviéndose con la suavidad de un aleteo sobre su boca.

Ella se aferró a sus hombros, sintiendo de pronto que el piso se movía bajo sus pies. Y él estuvo allí para sostenerla, aferrándola contra su cuerpo con ambos brazos, envolviéndola con tanta fuerza por la cintura y la espalda, que parecía buscar fundirse con ella para no volverla a dejar ir ya más.

Lentamente, él se apartó de sus labios. Mirándola con unos ojos

oscuros y brillantes, pegó su frente a la de ella, sonriendo socarronamente al notar su respiración entrecortada.

—¿Esa ha sido suficiente respuesta o quieres un poco más? —le preguntó, hablando sobre sus labios en un susurro ronco, que a ella le estremeció el alma.

Lily sonrió mirándolo a los ojos mientras, envuelta entre sus brazos, se deleitaba con la sensación que el calor de su cuerpo, tan cercano al suyo, le otorgaba. Podría morir feliz entre sus brazos, embriagándose con ese aroma masculino, tan familiar y único, esa mezcla de aire libre y campo, la esencia de Will que nadie más poseía.

Y un estremecimiento bastante parecido a la felicidad absoluta la recorrió al notar la agitación de su pecho, subiendo y bajando tan rápidamente como el de ella. Sentir los latidos frenéticos de su corazón bajo sus palmas, igual a como latía el suyo dentro de ella.

—Te amo, Will —le dijo casi con devoción—. De todas las personas de este mundo, tú eres mi persona favorita, al único que elegiría, el único hombre al que he amado toda mi vida —sus ojos se volvieron plateados al fijarlos sobre los suyos—. El único hombre al que jamás podré amar.

Will la miró de una forma extraña, como si mil emociones recorrieran su mente. Ahuecando una mano en su mejilla, secó con suma ternura una lágrima que rodaba por su barbilla, antes de inclinarse sobre sus labios y volver a besarla.

Y Lily se dejó perder en ese beso mágico, que la condujo de vuelta al cielo, envuelta entre los poderosos brazos de Will mientras juntos, bailaban bañados por la luz de las primeras estrellas de esa nueva noche, que quedaría grabada para siempre en su corazón.

CAPÍTULO 22

—¿Qué ocurre? —le preguntó Will a Lily, paseando entre los puestos de comida de la feria—. No has parado de mirarme fijamente desde que dejamos la pista de baile, ¿tan guapo estoy o es que tengo un moco asomado por la nariz y no quieres decirme?

Lily rio apartando al fin la mirada de su rostro.

—Lo siento… Es que he querido preguntarte algo, y no he sabido cómo hacerlo.

—Puedes preguntarme lo que sea, Lily. Lo sabes —le dijo él en tono amable, palmeando la mano con la que ella se sujetaba a su brazo.

—Will, yo quería saber… —Lily inspiró hondo, como si necesitara darse valor—. ¿Qué te pasó en la cara? ¿Te peleaste con alguien?

—Oh, esto —él se rascó la barbilla amoratada—. No es nada.

—¿Cómo que nada? —Lily frunció el ceño.

—No tiene importancia. Me di contra una puerta.

—¿Te diste contra una puerta? —Lily entrecerró los ojos, mirándolo de forma inquisitiva.

—Cariño, te aseguro que no es nada por lo que preocuparte, ¿de acuerdo? —Will le dirigió una mirada que dejaba claro que no quería continuar hablando del tema.

—Bien, como quieras —masculló ella, zafándose de su brazo.

Will la tomó de la mano, antes de darle tiempo de alejarse.

—Espera, no te molestes —la atrajo a su lado—. No arruinemos esta noche con tonterías sin sentido, ¿de acuerdo?

Lily soltó un suspiro bajo y asintió.

—De acuerdo —convino.

—Eso está mejor —él esbozó una sonrisa ladeada, acariciando su mejilla—. ¿Qué te gustaría hacer ahora? ¿Quizás comer algo?

—No tengo mucha hambre en realidad —y así era, la joven sentía el estómago tan revuelto como si acabara de hacerlo girar dentro de un trompo—. Pero si tienes apetito, hay algo que me gustaría que probaras.

—Niña, no recuerdo un momento de mi vida en el que no haya tenido apetito —bromeó Will haciéndola reír.

—En ese caso, ven conmigo —ella tiró de su brazo, y Will se dejó llevar, sintiéndose de pronto más cómodo de lo que había esperado con esa situación.

—¿Quieres comer pastel? —Will enarcó una ceja al darse cuenta del sitio al que ella lo estaba conduciendo—. Supuse que estarías cansada de él, después de haber pasado aquí todo el día.

—Te tengo una sorpresa —le anunció, mirándolo emocionada.

—¿Una sorpresa? —Will pareció realmente impresionado—. ¿Qué es?

—Debes verla, no te lo diré —Lily lo tomó de la mano y lo llevó con ella a la parte trasera de la tienda.

Ben, todavía ocupado atendiendo a los clientes, los saludó con la mano, antes de entregarle a Rodrigo un plato donde el niño colocó una nueva rebanada, para otra clienta.

La fila para comprar pasteles y tartas no parecía tener fin. Todas las mujeres solteras del pueblo, y algunas que no lo eran, se encontraban allí, buscando conseguir una tajada de dulce y un buen vistazo de su médico favorito.

Lily tomó de la mesa de los postres uno de los pasteles de maíz que había preparado con Calita el día anterior, y se lo entregó a Will.

—Pruébalo —le pidió, alargándole un tenedor.

Él no puso reparos, tomó un bocado y se lo llevó a la boca. Y para gusto de Lily, no lo escupió.

—Está muy bueno —le dijo sinceramente complacido, llevándose otro trozo a la boca—. Es el pan de maíz de Calita, ¿no es verdad? Es mi favorito.

—Lo es, pero en realidad yo lo hice —ella sonrió de oreja a oreja —. Calita me enseñó a hacerlo especialmente para ti. ¿De verdad te ha gustado?

Will abrió mucho los ojos, notoriamente sorprendido.

—Niña, es el mejor que he probado en mi vida —la alabó—. Es mejor incluso que el de Calita.

—No seas bobo, si es su receta —ella rio, pero la sonrisa se le borró del rostro cuando él, posando una mano en su nuca, se inclinó y la besó en los labios.

—Gracias, ha sido un lindo detalle —le dijo con sinceridad.

Lily se sintió como si flotara en el aire, y lo miró anonadada, incapaz de decir nada coherente. Era como si las palabras se hubiesen borrado de su mente.

—Yo también tengo algo para ti —le dijo Will de repente.

Ella lo miró buscar en el interior de su chaqueta antes de sacar una

medalla, que colgó de su cuello.

—Will, es muy bonita —ella observó casi con reverencia cada detalle del grabado.

—Sólo es el segundo lugar —le explicó, algo apesadumbrado—, pero seguro que si vas a verme el próximo año durante la competencia, ganaré el primero. Me hizo falta que me animaras para ganar —bromeó, recordando cuando eran pequeños y ella solía ser la que más lo vitoreaba.

—Para mí ya eres un ganador —le aseguró ella, estrechando la medalla entre sus manos—. Oh, Will, siento no haber podido ir a tu competencia de caballos. Le prometí a Clara que cuidaría el puesto.

Sus palabras hicieron mella en Will. Clara había estado en la competencia animando a Alexander. Había sido él el ganador ese año, y su trofeo lo había compartido con ella, después de besarla ante todos.

En aquel momento, algo murió en el interior de Will…

En un impulso de celos, Will había acudido en su busca para enfrentarla y declararle sus sentimientos antes de que fuera más tarde. Pero en su lugar, se había encontrado a Lily usando el disfraz de Clara.

Idiota, eso había sido él. Clara no había llevado ningún disfraz durante la presentación de habilidades ecuestres, ¿cómo pudo olvidarlo? Recordaba haberla oído hablar esa tarde con Susi acerca de su disfraz, y cómo su amiga se había mofado de su elección.

Nunca le había agradado Susi, y menos cuando le hablaba de forma tan ácida a Clara.

Se había acercado a su amiga para animarla después de que Susana se había marchado, asegurándole que su disfraz era ingenioso y bonito. Y se había quedado con esa idea en la mente. Clara llevaría puesto el traje del Rajá, con el turbante y la barba.

Nunca se esperó que Lily fuese quien realmente lo llevase puesto.

Sin embargo, lo hecho, hecho estaba. Y no iba a retractarse.

Había besado a Lily por error, pero no cometería otro más grande, revelándole la verdad y rompiéndole el corazón.

Podía ser un completo idiota en muchas formas, pero si de algo estaba seguro era que esa chica lo quería sinceramente.

Siempre había sido así…

De pronto, esa idea lo golpeó hondo, de formas que ni siquiera imaginó pudieran ser posibles.

Lily siempre lo había querido.

A él. No a Alexander. No a su título o fortuna. No a su apellido.

Lo quería a él. Siempre lo había elegido a él… Por encima de

todos. «…mi persona favorita, al único que elegiría», recordó sus palabras, que resultaron como un bálsamo que calentó su corazón.

—¿Sucede algo, Will? —Lily frunció el ceño, notando que él se había puesto muy serio de repente.

—No es una competencia de caballos, cariño, sino de demostración del mejor jinete —le aclaró, retomando el hilo de su conversación—. Y no te preocupes, sé que te habías comprometido ya para cuidar del puesto. Y tú nunca faltas a tu palabra. El próximo año podrás verme y animarme, te aseguro que no te decepcionaré —pasó una mano por su mejilla, apartando un mechón rojo de su rostro.

—Tú nunca me decepcionarías, Will —aseveró ella con sentido fervor—. Estoy segura que tuviste una actuación estupenda, y el próximo año estaré allí para ti, en primera fila, para animarte.

—Eso me encantaría —la miró con una sonrisa sincera y pura, que pocas veces nadie le había visto, antes de inclinarse una vez más para besarla.

Lily lo miró con fervor, perdida en la profundidad de sus ojos azules, mientras él la abrazaba.

—¿Te gustaría ir a dar otro paseo? —le preguntó Will, hablando sobre sus labios—. Conozco un sitio donde podríamos…

—¡Ir a lo oscurito y te muestro mi pajarito! —gritó una voz, interrumpiendo sus palabras.

—¡Pity! —exclamó Lily sintiendo que las mejillas le habían enrojecido hasta las orejas—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Will vio al loro de lenguaje pintoresco de Clara, revoloteando por encima de las guirnaldas de la trastienda, buscando llamar su atención.

—Le encantan los dulces, seguro se escapó de su percha para comer un poco de pastel —le explicó Lily girándose para coger un trozo de tarta para ofrecerle al ave—. Ven Pity, ven aquí.

El loro chilló sonoramente antes de volar hasta el brazo de Lily, y de allí se encaramó al plato, del cual comenzó a comer con avidez.

—Te lo dije, es un goloso —Lily le acarició la cabeza—. Será mejor que lo lleve de vuelta al hotel, o Clara se preocupará por él.

—Ya lo hago yo —Will intentó tomarlo de su mano.

—¡No, espera! —antes de que Lily pudiera evitarlo, el loro le dio un fuerte picotazo a Will en el dedo.

—¡Maldito pájaro del…!

—No le gustan los hombres —le explicó Lily—. Lo siento, Will.

—No te disculpes, no fue tu culpa, sino de ese maldito pájaro —gruñó él, chupándose el dedo herido—. Creo que atraes sólo bestias a

tu lado, Lily. Incluyéndome.

Ella soltó una carcajada.

—Bestia o no, me alegra de que haya sido así —le dijo ella, mirándolo con ojos luminosos como dos pozos de plata.

Will se aproximó a ella, apartando otro mechón de pelo antes de inclinarse sobre su rostro, pero aquello sólo molestó más al ave, que comenzó a aletear con furia, intentando atacar su oreja.

—¡Malnacido hijo de p…!

—¡Pity! —gritó Lily por encima de los chillidos del loro—. Será mejor que lo lleve al hotel, o este lorito terminará por espantar a todos los clientes. No tardaré…

—De llevarte al paraíso, súbete la falda y te meto el…

—¡Ya me voy! —gritó Lily por encima de la voz del loro, saliendo a la carrera con el ave aferrada a su brazo.

—¿Qué fue todo eso? —Ben apareció en la trastienda, luciendo bastante enojado—. ¿Qué demonios le estabas diciendo a Lily?

—¡No fui yo!, lo juro —Will alzó las manos en son de paz—. Fue el maldito loro que Clara tiene como mascota. Ya sabes, ese que se crio escuchando puras sandeces y ella tuvo que adoptar, antes de que los vecinos lo mataran, por su mala lengua.

—No lo dudo, sentí deseos de matarte a ti al escuchar esas barbaridades.

—Te dije que no fui yo —repitió Will riendo divertido.

—Ya —Ben asintió sin el menor atisbo de risa—. Calita ha venido a llevarse a Rodrigo a dormir a su casa. Avísale a Lily cuando vuelva para que no se asuste y sepa dónde encontrarlo.

—¿Te vas?

—Ese pájaro del demonio espantó a la clientela, y realmente ya no hay nada que vender. Sólo quedan un par de pasteles por allá —señaló los pasteles de maíz que Lily había preparado para él—. No vale la pena mantener el local abierto sólo por dos pasteles. Ya es tarde y la gente se está marchando a sus casas o al baile.

—Espera, yo los compraré.

—¿Qué cosa?

—Los pasteles —Will le tendió un par de billetes—. Los preparó Lily, ¿no es así? Los quiero.

Ben le dirigió una mirada inquisidora antes de coger el dinero de su mano.

—Como quieras.

—¿Qué ocurre contigo? —le preguntó Will, notando su repentina frialdad.

Ben pareció dudar, pero tras mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba, le dijo:

—No está bien lo que estás haciendo —prácticamente le escupió las palabras—. No puedes engañar a Lily, Will.

—¿Engañarla?

—Era a Clara a quien creías estar besando, ¿no es verdad? —lo enfrentó.

Will suspiró, sabiéndose descubierto. No podía engañar a Ben.

—Yo… No supe qué decir… —confesó—. Me tomó por sorpresa. No quise herir sus sentimientos. Hubieses visto su cara, lucía tan contenta…

—Sí, entiendo que no quisieras lastimarla. Pero una cosa es seguirle el juego y otra aprovecharse de ella.

—Ben, ya te dije que no fui yo el de las frases pícaras —Will frunció el ceño.

—No, tal vez no, pero te vi besándola, Will —sus manos se cerraron en puños—. Te conozco, hermano. No es como si fueses un modelo de castidad, y por la forma en que la abrazabas, dudo que no estuvieras pensando en llevarla a lo oscurito —repitió las palabras del loro, hablando casi con desprecio en la voz—. No es justo para Lily que hagas esto. No te aproveches de sus sentimientos, sabes muy bien que ella te quiere de verdad y que haría lo que fuera por ti.

—¿Por qué clase de bestia me tomas, Ben? —rugió Will—. ¡Yo nunca le haría daño a Lily! Y te aseguro que me mataría antes de aprovecharme de ella.

—¡Entonces dile la verdad! —lo encaró subiendo el tono de voz—. Lily cree que fue a ella a quien te declaraste, con esas palabras de amor que iban dirigidas a otra mujer.

Will abrió mucho los ojos, negando con la cabeza horrorizado.

—¿Estás loco? Eso le rompería el corazón.

—¿Y por qué te importa tanto? Siempre has sabido que ella te quiere, ¿qué es diferente ahora? —espetó—. Desde niños has sabido que ella estaba enamorada de ti. Te seguía más que tu propia sombra.

—Lo sé, pero entonces era una niña pequeña, nunca le presté atención en realidad. Ahora… —suspiró—. Ahora es diferente.

—¿Porque ahora es una mujer hermosa y atractiva, de la que puedes sacar ventaja?

—Porque es mi amiga —replicó Will, dirigiéndole a Ben una mirada asesina—. Y no vuelvas a referirte a Lily de esa forma, ya te dije que nunca me aprovecharía de ella. Sí, es una mujer hermosa, lo admito. Pero nunca pensaría en hacerle daño de ningún modo. Yo…

No sé qué hacer, es todo —suspiró, meciéndose los cabellos con las manos—. No quiero lastimarla.

—Debes decirle la verdad —repitió Ben, en tono conciliador, notando el verdadero pesar de su hermano—. Ella lo merece.

—¿Y romperle el corazón? No —Will negó con la cabeza—, Lily no merece eso. La has visto, es frágil, y ella podría… —volvió a negar, esta vez con más fuerza—. Yo juré protegerla. No voy a lastimarla. No otra vez.

—A veces la verdad duele, Will. Yo lo sé —la voz de Ben se tornó tensa, y Will supo que hablaba por sí mismo—. Sin embargo, lo vale. Nadie quiere a su lado a alguien que no corresponde a sus sentimientos. Ni por una mentira, o porque esa persona tuvo miedo de herirlo.

—No estoy diciendo que no la quiera, Ben —le aclaró, mirándolo muy serio. Más de lo que Ben lo había visto en mucho tiempo—. Lily no me es indiferente, es hermosa y lista, inteligente en tantas formas, y sin duda muy divertida.

Una sonrisa un tanto burlona se formó en los labios de Ben.

—¿Qué? —espetó Will, a la defensiva—. ¿Por qué te ríes?

—¿Estás seguro de que no la amas? —Ben arqueó una ceja interrogante.

—Ben, sabes tan bien como todos dónde está mi corazón —bufó Will, meciéndose los cabellos con las manos.

Ben suspiró, quitándose el sombrero y pasándose una mano por los cabellos, más oscuros que los de Will.

—Si es así, no considero justo para Lily que intentes aparentar que la quieres —dijo tras una larga pausa, declarando su pensar—. Ella te ama de verdad.

—Y yo pretendo corresponderla, hacerla feliz, Ben. No es que vaya a engañarla con otras mujeres —le aseguró—, si estoy con ella, le seré fiel.

—No en tu corazón.

—Por favor —Will rodó los ojos—, comienzas a hablar como mamá.

—¿Y qué crees que te diría ella si se enterase que pretendes mentirle a Lily, diciéndole que la amas del mismo modo como ella te ama a ti, cuando no es así?

—No me importa. Ya he lastimado a Lily en el pasado y no voy a volver a hacerlo.

—¿Y prefieres jugar con su corazón?

—¿Quién dice que jugaré con él?

—Pero si tú amas a Clara…

—¡Sí, y ella ama a Alexander! —espetó—. Yo no entro en ese conjunto. Ya me ha quedado claro.

—¿Y te parece correcto desquitarte entonces con una chica inocente?

—No me desquitaré con ella, sólo aprovecharé el momento. Dicen que un clavo saca a otro clavo, ¿no es verdad? —sus ojos ardían con furia al mirar a su hermano—. Además, no es como si la estuviese obligando. Ella me ama, lo sabes tan bien como yo. La oíste decirlo.

—No le harás ningún favor aparentando corresponder a sus sentimientos, Will.

—Ben, no pretendo aparentar nada. Lily es una buena mujer, con el tiempo, estoy seguro que podré llegar a quererla —le dijo, intentando moderar sus ánimos—. Después de todo, ella lo hace fácil. Me quiere de verdad. Algo que no puedo decir de cualquier mujer.

—Y ella merece ser correspondida con la misma moneda.

—Lo sé, Ben. Lo sé muy bien —Will apretó los puños—. Y algún día, así será.

—Aquí están —Matt apareció en ese momento, llegando tras la que debió ser una buena carrera, porque lucía bastante agitado—. Es la hora del baile.

Will apretó la mandíbula. Todos los años, los hermanos se turnaban para bailar con Clara, actuando como sus hermanos ante su hermana.

Sólo que este año ella bailaría con uno de ellos como su pareja, y no como su hermano.

—No tienes que venir, si no lo deseas —le dijo Ben, de pronto adoptando un semblante preocupado ahora por él y su corazón roto.

—Está bien, quiero hacerlo —Will se caló el sombrero bajando el ala hasta ocultar sus ojos, a pesar de que ya era de noche. Y Ben supo que era sólo una forma que tenía su hermano para encubrir sus verdaderas emociones.

—¿Estás seguro? —Matt miró a Will casi con compasión. Él había presenciado parte de la pelea entre William y Alexander, después de que el primero encontrara a su hermano mayor besando a Clara y explotara contra Álex en un arrebato de celos.

Desde entonces ambos hermanos no habían vuelto a hablarse. Will se había apartado de todos ellos, trabajando en exceso y manteniendo la conversación siempre fuera del tema. Por lo que la única huella de la pelea, era la que él llevaba en el rostro, con las marcas de los moretones productos de los puños.

—No me mires como si estuviera condenado a muerte, mocoso —le

espetó Will—. Sólo me rechazó una mujer. No es como si nunca te hubiese pasado.

—En realidad, no —Matt se cruzó de brazos, sonriendo mordaz.

Will sonrió también, y antes de que Matt pudiera evitarlo, le dio un puño en el estómago.

—¿Y eso por qué fue? —preguntó el joven, sobándose las barriga.

—Por presumido —contestó Will, riendo—. Ahora vamos a bailar con nuestra hermana, antes de que Alexander se termine llevando todos los bailes con ella.

—Will —resopló Ben, rodando los ojos.

—Sólo es una broma —le dijo Will, calándose una vez más el sombrero frente a los ojos, al pasar por su lado—. Eso es agua pasada. Ya te lo dije.

CAPÍTULO 23

—¿Lily? —Will entró por la puerta de la cocina—. ¿Estás aquí?

—Buenos días, William —Ben apareció desde el comedor, abrochándose las mangas de la camisa—. ¿No te han enseñado a tocar cuando entras a la casa de otra persona?

—Sí, pero nunca he sido bueno para seguir las normas —contestó él, dirigiéndose a la estufa para investigar el contenido de una olla.

—¿Gustas desayunar con nosotros? —le preguntó Ben sarcástico al verlo servirse una generosa ración en un plato.

—Gracias, me encantaría —Will sonrió de forma angelical, llevándose una cucharada a la boca—. Te quedaron buenos los frijoles esta mañana —lo halagó—. Creo que vendré a desayunar contigo más seguido.

—No los preparé yo, lo hizo Lily —contestó Ben, aceptando el plato humeante que Will acababa de servir para él.

—¿Lily? —Will arqueó las cejas, y a poco estuvo de tropezar con la pata de la silla por la sorpresa.

—No sé por qué te asombra tanto, sé que has estado dándole lecciones de cocina. Y también Calita le ha enseñado algunos trucos, por lo que Lily me contó anoche —le dijo Ben, sentándose tranquilamente en la mesa a comer su desayuno—. Nuestra amiga es muy lista, debo admitir que es mucho mejor aprendiz en el mundo de la medicina que tú, hermano.

—¿Cómo que estuviste hablando anoche con Lily? —Will frunció el ceño—. ¿Hasta qué hora se quedaron ustedes dos solos?

—¿Ahora también vas a hacer una actuación de celos? —espetó Ben, dirigiéndole una mirada dura a su hermano—. ¿Acaso escuchaste alguna otra palabra de todo lo que dije?

—Sé que Lily es muy inteligente —contestó él con sinceridad, tomando asiento en la silla frente a Ben—. No tienes que decírmelo.

—En ese caso, te darás cuenta de que ella no tardará en percatarse de tu farsa. Y como es lógico, saldrá más herida.

—Ya te dije que no tengo intenciones de lastimarla. Voy muy en serio con ella.

—No me digas —Ben suspiró.

—¿Qué es lo que pasa contigo? ¿Tienes alguna intención con ella que no me has dicho? —le dijo apuntándolo con un dedo, de forma acusatoria.

—Si así fuera, ¿tendrías algún problema?

—¡Por supuesto que sí! —gruñó, golpeando la mesa con el puño—. ¿Qué demonios pasa contigo? ¡Sabes perfectamente que estoy cortejándola! Y que ella corresponde a mis sentimientos.

—¿Y esos sentimientos serían? —Ben enarcó las cejas poniendo a su hermano en jaque.

—Yo… No lo sé con exactitud —admitió Will.

—Exactamente —Ben juntó las manos frente al rostro, mirando a su hermano de forma crítica—. Y mientras no lo sepas, lo mejor sería que mantuvieras las cosas con calma. A Lily no le conviene que todo el mundo sepa sobre su relación, si tarde o temprano terminarás dejándola. Es poca la gente que vive en este pueblo, y sabes muy bien que las personas no suelen olvidar con facilidad cuando se trata de temas de pareja. Quizá no ames a Lily, pero sé que le tienes cierto cariño. No querrás arruinar su reputación por un mero capricho pasajero.

—Esto no es un capricho, hermano —gruñó Will apretando los puños.

—Eso sólo podré creerlo con el tiempo. Por ahora, sólo veo a una chica lista, inteligente, divertida y hermosa que está cayendo sin remedio dentro de la cueva del lobo, creyéndose a salvo bajo sus garras.

—¡Te dije que nunca la lastimaría! —bramó Will poniéndose de pie de golpe.

—¡Y yo te digo que no te permitiré hacerlo! —Ben se levantó también, igual de furioso que su hermano—. No es mentira cuando te dije que Lily no me es indiferente. Esa chica vale mucho, hermano, y más te vale que no juegues con sus sentimientos, o seré yo quien te lo haga pagar —añadió, señalándolo con un dedo acusador.

Will se debatió entre el enojo y la turbación, mirando a su hermano fijamente al hablar.

—Entonces, ¿es verdad que sientes algo por ella? —preguntó con voz incrédula.

—No sé por qué te sorprende, la mitad del pueblo está prendado de esa chica —espetó dirigiéndole una mirada fría, casi despreciativa—. Parece que tú eres el único que no nota lo extraordinaria que es. Además de una belleza.

—Si es así, ¿por qué nunca te le declaraste? —Will inspiró hondo,

sintiendo que ya había vivido esa situación. Las cosas estaban al revés, la misma escena se repetía ahora con los roles cambiados, con Ben tomando su papel—. ¿Por qué nunca dijiste nada?

—Porque a diferencia tuya, hermano, reconozco que ella te ama a ti.

Will se quedó callado, mirando fijamente a Ben, sin saber qué decir.

—Me voy. Te quedas en tu casa, Will. Lily no tardará en bajar —anunció su hermano con voz fría, cogiendo su chaqueta y su maletín médico—. Más te vale comportarte con ella, mi consultorio está justo al lado y las paredes son delgadas. Si intentas aprovecharte de ella, no dudes que volveré aquí y te daré una paliza, antes de darte tiempo de explicar nada.

Will entrecerró los ojos, pero no contestó. Se mantuvo de pie en su lugar, observando a Ben hasta que se hubo marchado.

Un torbellino de emociones lo recorrió. Comenzó a caminar por la cocina y luego por la estancia, intentando dominar el ímpetu que sentía por ir al encuentro de su hermano y enfrentarlo una vez más. A veces era más fácil resolver las cosas con los puños que con las palabras. De niños solían hacerlo.

Pero ahora eran hombres. Y le gustara o no, tenía que reconocer que Ben tenía razón.

Y si Benjamin realmente quería a Lily, no era justo que él le entorpeciera el camino. Le gustase o no, Alexander amaba a Clara. Pero él… ¿Él amaba a Lily?

Suspirando, se dejó caer sobre la silla del escritorio junto a la ventana, y fijó la vista en el jardín trasero. Lily había convertido en poco tiempo ese sitio terroso y sin chiste, en una hermosa parcela rebosante de vida. Flores de diferentes clases además de varios arbustos crecían ahora allí, además de un huerto y varias plantas medicinales.

Esa chica era hábil para más cosas de las que seguramente ella se habría imaginado. De las que él habría creído.

Sí, tal vez Ben tenía razón, y nunca había sabido apreciarla en realidad, suspiró con pesar, bajando la cabeza y apoyándola en la mano. Entonces notó una carta a medio terminar sobre la superficie del escritorio, semioculta entre las páginas de un libro de hierbas medicinales entrecerrado.

Era la letra de Lily, la reconoció enseguida. Las cejas de Will se arquearon al notar su nombre escrito entre las líneas que quedaban a la vista, despertando su curiosidad.

Seguramente ella había estado escribiéndola antes de que algo la interrumpiera, y la guardó a la carrera entre las páginas del libro para evitar perderla o que al pasar, alguien la viera.

Sabía que no era correcto espiar, pero sentía la necesidad de saber lo que ese papel decía.

Con la agilidad de una serpiente, cogió la hoja y comenzó a leer tan rápido como le permitieron los ojos.

Querida Evelyn,

Tengo tantas cosas que contarte desde mi última carta. La más importante, es que soy más feliz de lo que jamás pensé que podría llegar a ser. ¡Will me ha dicho que me ama! Y lo ha hecho de la forma más dulce y romántica que puedas llegar a imaginar.

Todos estos años soñando con él, anhelando lo que asumía como un sueño imposible, se ha vuelto realidad.

Lo amo tanto, Evelyn. Sé que nunca has confiado en los hombres y no crees que el amor pueda ser duradero, pero en este caso, te aseguro que lo es.

Tú eres la única a la que una vez le revelé mis sentimientos por él, sentimientos que jamás murieron, a pesar de los años que pasamos separados. Y ahora que nuestros caminos nos han vuelto a reunir, esos sentimientos se han fortalecido, forjándose como eslabones de acero irrompible, que sé, lo mantendrán unido por siempre a mi corazón.

Ahora estoy segura de que no me equivocaba, querida prima. Will es el hombre de mi vida, al único al que he amado y al que podré jamás llegar a amar.

De no estar con él, elegiría un camino de soltería, tal como has hecho tú…

Nunca antes comprendí mejor tus palabras, cuando me dijiste que si vas a luchar por un matrimonio, mejor lucha por alguien a quien ames. De lo contrario, mejor es quedarte sola y luchar por ti misma.

Eso era lo que yo esperaba hacer por el resto de mi vida, Evelyn. Desde que llegué a México, supe que estaría sola y que, en adelante, tendría que forjarme un futuro por mí misma y por mi propio bien.

Sin embargo, ahora Will está conmigo, y tengo la firme esperanza de que el futuro ya no será solitario para ninguno de los dos.

Tengo fe en él, Evelyn. Fe en su bondad, en esa increíble fortaleza colmada de alegría y de vida que vi en Will desde el primer momento que lo conocí.

William Collinwood es el hombre más extraordinario que he conocido jamás, y yo la mujer más afortunada por tenerlo a mi lado, sabiendo que me ama.

Will bajó el papel, incapaz de continuar leyendo. Con un movimiento rápido, lo devolvió a su lugar entre las páginas del libro, como si el sólo tenerlo entre sus dedos le quemara.

—Maldición —gruñó en voz baja, meciéndose los cabellos con las

manos. ¿Qué iba a hacer ahora?

Lily lo amaba. Realmente lo amaba. Dios, prácticamente lo idolatraba. No podía sentirse más miserable.

¿Cómo es que alguien podía verlo de la forma en que ella lo describía en esa carta? Esa niña era estúpida o estaba loca. Él no era ninguna de esas cosas. Recordó sus palabras, «increíble fortaleza colmada de alegría y de vida». No, debía estar confundiéndolo con otro o intentaba convencerse a sí misma de que él era un hombre diferente al real. No el imbécil que era en realidad, incapaz de siquiera definir sus sentimientos por esa chica extraordinaria de verdad.

—¿Will? —Lily entró en el salón sonriendo alegremente al encontrarlo allí.

Will tragó saliva, ella lucía preciosa, con el cabello rojo brillando como un halo de fuego a su alrededor, infundiéndole una imagen etérea que rayaba en lo sobrenatural.

—Qué sorpresa encontrarte aquí, ¿has venido a desayunar? —le preguntó ella situándose frente al enorme ventanal del salón para abrir las cortinas.

La luz del sol de esa mañana entró a raudales y le dio de lleno, haciéndola lucir como un hada aparecida en medio del bosque, pura e intangible, rodeada de polvo mágico de luz.

—He preparado frijoles, no sé si te gusten, pero creo que están buenos. Al menos no te matarán —bromeó, acercándose a otra ventana para descorrer sus cortinas—. ¿Quieres que te sirva un poco? —se calló al notar lo muy serio que él estaba, mirándola de una forma tan fija que a ella se le detuvo el corazón por una fracción de segundo —. ¿Will? —musitó confundida—. ¿Sucede algo?

Sin darle tiempo de decir nada, él atravesó el salón en dos zancadas hasta llegar ante ella, y con un movimiento tan rápido que la tomó por sorpresa, ahuecó ambas manos en sus mejillas y la besó.

Lily enarcó las cejas, sorprendida por ese repentino arrebato, pero no se alejó. Rodeó a Will por el cuello, encantada al sentirlo tomarla entre sus fuertes brazos y pegarla a su cuerpo, como si de pronto la necesidad de su cercanía le resultara tan urgente como el respirar.

—¿Y eso por qué fue? —le preguntó ella en un murmullo bajo, cuando él se apartó, permitiéndole tomar un poco de aire.

—Te extrañé —Will le dijo observando casi con reverencia la belleza de ese rostro que nunca antes se permitió apreciar.

Sus labios sonrosados e hinchados por el beso, sus mejillas arreboladas en esa piel de alabastro. La luz de esos hermosos ojos

grises, convirtiéndose en dos pozos de plata pura al mirarlo.

—Te amo, Lily.

Una sonrisa pura y hermosa afloró de los labios de la joven, convirtiéndose en lo más hermoso que Will jamás había visto.

—Yo también te amo, William Collinwood —le dijo con voz solemne, inclinándose sobre la punta de los pies para darle un beso fugaz en los labios.

Sólo que él la alzó por la cintura, ahondando ese beso antes de darle la oportunidad de apartarse, perdiéndose en ella como nunca antes se permitió perderse en nadie más.

Y entonces lo supo, amaba a esa chica. Dios, la amaba tanto que no sabía cómo no pudo darse cuenta antes.

No supo cuándo pasó ni cómo, pero se había enamorado como un loco de Lily.

CAPÍTULO 24

Will, de pie frente al mostrador observaba con detenimiento el catálogo de la tienda principal de mercancías del pueblo, repasando a detalle cada artículo de las páginas, al tiempo que iba anotando en una libreta a su lado, las cosas que seleccionaba de él.

—William Collinwood, otra vez ordenando pomada para las hemorroides —escuchó la voz de sor Teresa a su espalda—. No me digas que te has vuelto a rozar con la silla de montar.

Will dio un respingo, tomado por sorpresa por la monja. Sus mejillas se encendieron al notar las miradas de las personas reunidas en la tienda, esbozando risas divertidas y compartiendo cuchicheos entre ellos.

—Azul Rosa Blanca, asumí que mantendríamos en secreto nuestras intimidades —contraatacó Will, cerrando el catálogo de golpe—. No a cualquier mujer le permito echarme una ojeada tan cercana al trasero.

La monja, lejos de molestarse, soltó una sonora carcajada.

—¿Qué estás buscando, Will? ¿Algún regalito para tu amiga novicia? —ella se asomó por encima de su hombro, intentando echar un vistazo a la lista.

—¿Novicia? —bufó Will—. ¿No estás ya pasadita de años para ser novicia? Más bien vas para madre superiora.

—Aún soy considerada una joven rebosante de vida, William.

—Al igual que los montes, y ellos tienen cientos de años y no se quejan.

—Serás tarugo —la monja le dio un coscorrón en la nuca, soltando otra risotada—. Nos vemos luego, Will. Y espero que en nuestro siguiente encuentro, me traigas mi regalo. Me gustan las sombrillas y los libros.

—Te llevaré un catálogo de sombrillas, entonces —contestó Will, despidiéndose con la mano.

La monja le sacó la lengua y estuvo cerca de chocar con Matt, que iba entrando a la tienda en ese momento.

—Sor Teresa, buenos días —la saludó él, quitándose el sombrero ante la dama.

—Matt, mi dulce querubín de ojos turquesa —la monja le pellizcó

la mejilla, igual como solía hacerlo cuando eran niños—. Qué alegría verte. Si también has venido a elegir algo del catálogo, será mejor que te des prisa. Will lo está pidiendo todo.

—¿El catálogo? —Matt arqueó una ceja mirando a Will con curiosidad.

—Sí, el catálogo femenino. ¿Es el cumpleaños de tu madre? Que tu hermano te cuente, yo llevo prisa —la monja se despidió, percatándose por la mirada tensa de Will que había metido la pata.

—Así que… ¿revisando el catálogo femenino? —le preguntó Matt, acercándose a él para echar una ojeada, como quien no quiere la cosa.

—Sí, ¿hay algún problema con eso? —espetó Will, a la defensiva.

—No, por supuesto que no. Siempre he considerado que te verías estupendamente con unas enaguas.

—Maldito mocoso —Will sonrió, dándole un puñetazo juguetón en el hombro a su hermano—. Lárgate de aquí, estoy ocupado.

—Will, ya hablando en serio —Matt inspiró hondo, y fijó la vista en su hermano—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Will arqueó una ceja, dirigiéndole una mirada peligrosa.

—¿No acabo de decírtelo?

—No es el cumpleaños de mamá ni de Calita, y como sé que no usas perfume de rosas, porque apestas, ¿debo asumir que es un regalo para Clara?

—¿Y por qué habrías de asumir eso? —Will frunció el ceño—. ¿Qué no hay más mujeres en este pueblo que Clara?

—Will, tienes que aceptar que Clara quiere a Alexander. Están juntos. No debes intervenir —posó una mano en su brazo, intentando hacerlo entrar en razón—. Que le des un obsequio, o toda una lista de ellos —señaló el papel en el que él había estado escribiendo—, no cambia nada.

—Hombre, sí que eres terco —Will se soltó de su agarre—. No intento elegir un obsequio para Clara. Estoy eligiendo algo para Lily.

—¿Lily? —Matt frunció el ceño, confundido de repente.

—Sí, Lily —Will volvió a abrir el catálogo de golpe y comenzó a rebuscar entre sus páginas—. Ella ha mencionado un par de veces el collar de perlas que le traje a Clara desde Londres. Quiero comprarle algo especial también a ella, algo que le haga saber que es importante para mí. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras con esa cara de mojarra loca?

—¿Mojarra loca?

—Tienes la boca abierta y los ojos parecen a punto de saltársete de la cara.

—Will, ¿qué demonios estás haciendo? —soltó Matt, plantando la mano en el catálogo para impedirle que lo siguiera viendo—. ¿Pretendes encelar a Clara dándole regalos a Lily? ¿Vas a jugar con esa pobre chica?

—¿Por qué diablos todos piensan eso? —espetó Will a su vez—. ¡No tengo ninguna intención de jugar con Lily! ¡Yo la amo!

—¿Qué? —el joven abrió mucho los ojos negando con la cabeza, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Estoy enamorado de Lily, Matt —repitió Will, esta vez con voz serena, adoptando un semblante solemne—. Y estoy aquí intentando encontrar algo especial para ella. Un obsequio que le demuestre lo mucho que la quiero.

—¿A qué te refieres con que tú quieres a Lily? —Matt entrecerró los ojos mirando a su hermano con tanta extrañeza como si acabara de revelarle que realmente era un payaso y estaba a punto de irse de gira con el circo.

—Estoy enamorado de ella, ya te lo dije —repitió Will una vez más, la que sentía era la confidencia más grande que le había hecho a su hermano, y que él no parecía tomarse en serio—. ¿De qué otra forma quieres que te lo explique?

—Tú estás enamorado de Lily —Matt repitió lentamente cada palabra, como si intentara encontrarle el truco a la frase—. ¿Lily? La chica pelirroja que vino con nosotros en el barco. La que solía seguirte como una sombra. ¿Esa Lily?

—Sí, esa Lily. ¿Necesitas que te haga un dibujo para que lo entiendas de una vez?

Matt soltó un largo chiflido sacándose el sombrero de vaquero de la cabeza para mecerse los cabellos.

—Hombre, eso es algo grande.

—Al fin comprendes —bufó Will, alzando los brazos con gesto teatral.

—Es sólo que no consigo entender… —Matt entrecerró los ojos al mirarlo—. ¿No decías apenas ayer que amabas a Clara?

—Sí, la amo… Y también a Lily… —se pasó una mano por el cabello en un gesto ofuscado—. No sé qué demonios pasa conmigo.

—Will, a menos que quieras convertirte en polígamo, creo que deberías ponerle orden a tu corazón. No puedes amar a dos mujeres a la vez.

—Eso es fácil para ti decirlo, sólo has amado a una mujer durante toda tu vida.

—Sí, y eso mismo jurabas hacer tú. Al menos hasta ayer.

—No sé qué demonios pasa conmigo, Matt… —suspiró—. Quiero a Clara, pero también a Lily. Y no es algo para preocuparse, ¿de acuerdo? Sé que Clara nunca me ha querido, no como quiere a Alexander, al menos. Ella me ve como a su hermano, siempre nos hemos tratado de ese modo.

—¿Y estás seguro de que tú no la quieres de ese mismo modo?

—¿Qué? No…—negó con la cabeza—. No lo creo. Yo la amo. No como a Lily, pero la amo.

—Will, no tengo idea de qué demonios pase por tu cabeza ni por tu corazón, pero sé que vas a lastimar a alguien si no pones orden a tus sentimientos. Sabes que no puedes estar con Clara, pero no por ello vas a estar con Lily sólo para consolarte.

—Comienzas a hablar como Ben —gruñó Will—. Te acabo de confesar que estoy enamorado de Lily, no estoy jugando con sus sentimientos.

—Dudo que a ella le agrade saber que tiene que compartir tu corazón con otra mujer —Matt frunció el ceño—. Hay muchas cosas que no entiendo del ámbito femenino, pero una que tengo muy segura, es que a ellas les gusta el privilegio de conocerse como las únicas dueñas del corazón de un hombre.

—Tal vez… pero también debe contar que la quiero, ¿no es verdad?

—Sí, supongo que sí —Matt soltó un resoplido—. Hombre, sí que estás metido en un lío. Me has hecho doler la cabeza.

Will rio palmeándole el hombro a su hermano.

—No todos tenemos la misma fortuna que tú de saber con exactitud dónde está tu corazón, ni ser correspondido del mismo modo.

—Lo sé —contestó Matt, con una sonrisa satisfecha—. Pero algo es seguro, y es que Lily es una chica estupenda, y tal vez tú no tengas en claro nada, pero ella realmente te ama —le clavó el índice en el pecho —. No vayas a lastimarla o…

—Sí, me darás una paliza. Lo sé —bufó Will rodando los ojos—. Puedes unirte a Ben si es así.

—¿Ben te hizo la misma advertencia? —Matt soltó una carcajada.

—Sí, así fue. Y digamos que no lo tomé tan bien de él como de ti — admitió apesadumbrado—. Verás, Ben está un poco… enamorado de Lily.

—¿Qué? —exclamó Matt, muy sorprendido.

—Me lo confesó esta mañana —le contó Will—. Y creo que no reaccioné muy bien. Quizá debí ser un poco más considerado con sus

sentimientos. Después de todo, sé lo que él está pasando ahora mismo.

—Pero… Él nunca dijo nada —Matt negó con la cabeza, confundido—. Aunque Ben y Lily llevan mucho tiempo trabajando juntos, y viviendo en la misma casa.

—Matt, no traigas a mi cabeza ideas que no quiero ahora mismo, ¿de acuerdo? —lo reprendió Will—. No quiero tener que asesinar a mi hermano.

—Ben nunca tomaría ventaja de su situación para seducir a Lily, lo sabes perfectamente —rebatió Matt—. Él es un caballero. Por malditamente cursi que suene. Ben es el más honorable de todos nosotros.

—Lo sé, pero no por ello puedo dejar de sentirme.

—¿Celoso?

—Intranquilo —Will se puso serio de repente—. Matt, me conoces. Al lado de Ben o de Alexander, ¿qué soy más que un idiota? No sé qué le pasa por la cabeza a Lily para quererme, pero tengo el presentimiento de que si se diera cuenta de que Ben la quiere, no dudaría en darle su corazón a otro Collinwood.

—Por favor, eso es una estupidez —bufó Matt—. Lily siempre te ha querido. Y conoce a cada uno de nosotros desde hace años. Si se hubiera fijado en Ben, lo habría hecho antes.

—Nunca convivió con Ben tanto como lo hace ahora. De niños era mi sombra, no la de él, ¿recuerdas?

—Dale algo de confianza a la chica, ¿de acuerdo? Después de todo, ha sido ella la que ha mantenido su corazón en un solo lugar. A diferencia de ti —le picó la frente con un dedo—. Y por un demonio, deja de ser tan inseguro. No sé de dónde mierda sacas que no vales tanto como Alexander o Ben, por lo que yo sé, naciste en la misma casa, de los mismos padres, y tuviste los mismos privilegios que cada uno de tus hermanos. Y eres tan valioso como ellos.

—Mocoso, de pronto comienzas a caerme mejor que nunca, ¿sabes? —Will sonrió de oreja a oreja.

—Soy un caso perdido, es mi debilidad ayudar a los animales idiotas —bromeó su hermano, haciéndolo soltar una carcajada.

—Gracias, Matt. Lo digo en serio —le dijo con afecto, adoptando un semblante grave, raro en él.

—Cuando quieras, hermano —Matt sonrió también y le palmeó el hombro—. Y en cuanto a Lily, creo que realmente la quieres, Will. Es cierto que creías sentir algo similar por Clara, pero con Lily compartes algo que nunca te he visto tener.

—¿A qué te refieres? —Will frunció el ceño, confundido.

—Te llevas muy bien con Clara, pero nunca te vi conversar tan abiertamente con ella como lo haces con Lily, ni estar tan cómodo a su lado. Y santo Dios, nunca te vi mirarla a ella como miras a Lily. Y doy gracias al cielo por ello, o Alexander te habría matado hace tiempo. Demonios, a veces parece que la estás desnudando con los ojos —gruñó Matt, haciendo reír a su hermano.

—Hermano, aún tengo que darme baños fríos cada vez que la recuerdo usando ese maldito pantalón de mozo —rezongó Will, pasándose una mano por el cabello.

—¿Lo ves? Es diferente —continuó Matt, dándole una nueva palmada en el hombro—. A Clara la querías, pero tal vez nunca la quisiste de la manera correcta, no la que significa amor verdadero. Y eso es porque nunca tuviste a nadie con quien comparar tus sentimientos. Y ahora que está Lily en tu vida —se encogió de hombros.

—¿Tengo la sangre caliente?

—Tienes a una amiga con la que conversar y a la que deseas ver todo el tiempo, no dejas de pensar en ella, y cuando estás a su lado, desearías que ese tiempo nunca terminara. Y sí, se te calienta la sangre de sólo pensar en ella. Tanto, que desearías poder tocarla en todo momento, como si la vida se te fuese en ello —sonrió de forma pícara—. Si alguna vez te sentiste así por Clara, dudo que hubieses podido aguantar tanto tiempo para declararle tus sentimientos. Es decir, a Lily no tardaste ni un día en decírselo desde que la besaste, ¿no es así?

Will se quedó pensativo.

—No, tienes razón.

—¿Lo ves? —Matt soltó una risita divertida—. Quieres a Lily. No entiendo dónde está tu confusión.

—Pero toda mi vida he querido a Clara.

—Toda tu vida has sido un maldito competidor. Y has convertido a Alexander en tu principal rival, quizá porque es él por encima de todos a quien admiras más, en el fondo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Muchas veces he considerado la idea de que sólo quieres a Clara como una forma de competir con él —se explicó Matt—. Para todos ha sido claro durante todos estos años, que Clara ha estado enamorada de Álex. Como Lily de ti —le picó la frente con el dedo—. Pero tú nunca la notaste, porque estabas demasiado obsesionado con ganarle la competencia a Alexander. Quizá, de haber estado más ocupado en tus propios asuntos y no en competir con Álex, te habrías fijado en la linda chica que suspiraba por ti todo este tiempo.

—Soy un idiota, ¿no es verdad? —musitó Will tras una larga pausa.

—Uno muy grande. Pero qué le vamos a hacer, hermano. Así te queremos, de todos modos.

—Maldito mocoso —Will le dio una palmada en la espalda—. Eres más inteligente de lo que pareces.

—Y tú tan idiota como luces —bromeó Matt, haciéndolo reír de nuevo.

—Pero que quede clara una cosa, yo no compito con mis hermanos.

—¿En serio? —Matt arqueó una ceja—. ¿Qué hay de la competencia de tiro a la que nos retaste la próxima semana? ¿O la competencia ecuestre? ¿O…?

—Bien, ya entendí —lo cortó—. Pero no compito por las mujeres de mis hermanos. Nunca competí contigo por Alissa, ¿no es verdad?

La sonrisa se borró del rostro de Matt.

—No, no lo hiciste. Y tampoco competiste realmente con Álex por Clara. No abiertamente, al menos. Supongo que en el fondo sabes respetar los sentimientos de tus hermanos.

—Si es así, ¿no debería yo respetar los sentimientos de Ben? —le preguntó con voz sinceramente preocupada.

Matt suspiró, pasándose una mano por los cabellos antes de fijar sus grandes ojos verde azules en los de Will.

—No soy un maldito psicólogo, Will, pero creo que Ben sólo te dijo eso para hacerte reaccionar.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo estar seguro, pero los Collinwood somos hombres de un solo amor. Y el corazón de Ben, por mucho que nos moleste, lo sigue teniendo Evelyn.

—¿Y por qué demonios me diría algo así?

—Porque, hermano, a veces eres tan cabeza dura que hace falta ponerte entre la espada y la pared para conseguir hacerte reaccionar —Matt rodó los ojos—. Y como un buen competidor, era seguro que no te tomarías las cosas con tanta calma, sabiendo que hay otros haciendo fila por ganarte el corazón de la chica a la que quieres.

Will inspiró hondo, tomando en cuenta las palabras de su hermano.

—Voy a darle un puñetazo en las costillas a Ben —dijo, de mal humor—. Y después le daré las gracias.

Matt soltó una carcajada.

—Gracias, Matt. Y lo digo en serio —le despeinó los cabellos, igual como lo hacía cuando era pequeño—. Debiste ser un maldito psicólogo, te habrías hecho rico.

—Lo sé, te lo dije, siempre se me ha dado bien tratar a las bestias

—resopló Matt, peinándose con las manos—. Y bien, ¿qué regalo vas a elegir al fin?

Will esbozó una sonrisa ladeada, antes de mover las páginas del catálogo hasta una sección que acababa de revisar y apuntar con el dedo una joya en particular, que lo había dejado pensativo durante la última media hora.

Las cejas de Matt se arquearon con sorpresa al tiempo que una sonrisa abierta afloraba en sus labios.

—¿Qué te parece? —le preguntó Will.

—Hermano, le va a encantar.

CAPÍTULO 25

—¡Lily! —Will corrió a alcanzarla—. Al fin te encuentro, llevo buscándote toda la mañana.

Lily, que caminaba presurosa por una de las calle laterales del pueblo, con el pequeño Rodrigo de la mano, se giró al escuchar el llamado.

—Hola, Will —lo saludó con una sonrisa encantadora, que a él le detuvo el corazón por una fracción de segundo—. Qué gusto verte.

—No tanto como el mío, preciosa —Will se aproximó a ella con los brazos abiertos, ansiando poder tenerla una vez más bien envuelta en un abrazo—. ¡Oh, demonios! —el niño, al ver acercarse a Will, no dudó en propinarle un buen patadón en la espinilla.

—Rodrigo, no hagas eso —lo reprendió Lily.

—Hola a ti también, pequeño demonio —lo saludó Will, aun sobándose la espinilla y aguantándose una maldición.

—Hola —contestó Rodrigo, sin mirarlo.

—Creo que le caes bien —Lily soltó una risita y le despeinó los cabellos negros, que sor Teresa se había ocupado de acomodar perfectamente en un peinado de lado, con ayuda de agua y limón.

El niño, molesto con las caricias y la atención, se alejó hasta el tronco de un árbol cercano y comenzó a jugar con un caracol que subía por la corteza.

—Seguro que sí —contestó Will, sarcástico—. ¿Y cómo le va al pillo en el orfanato?

La sonrisa titubeó en los labios de Lily. Desde que Rodrigo se había marchado a vivir al orfanato, lo extrañaba muchísimo. Aunque sabía que era por el bien del pequeño. Si continuaba en su casa, no podría encontrar una familia que lo adoptase. Necesitaba estar con los otros niños, convivir y sobre todo, estar presente en el lugar durante las visitas inesperadas de las familias.

Lo bueno es que aún podía verlo con regularidad. Y realmente estaba agradecida con las concesiones que le otorgaba la amable sor Teresa, al permitirle llevarlo de paseo cuando quisiera.

—Le va muy bien —contó Lily—. Aún no conseguimos hacer que hable, pero Ben está optimista, cada vez repite más palabras. Lo bueno

es que a los otros niños no parece importarles eso, se lleva bien con los demás pequeños del orfanato, y es el favorito de sor Teresa —miró al niño con ojos colmados de cariño—. Y cómo no hacerlo. Rodrigo es estupendo. Estoy segura de que no tardará en encontrar una familia que sepa amarlo.

—No te pongas triste, es por su bien —Will se adelantó a consolarla, ahuecando una mano en su mejilla.

—Lo sé, y lo entiendo perfectamente. Es sólo que lo extraño —suspiró, forzando una sonrisa al mirar de vuelta a Will—. Por cierto, ¿por qué me buscabas? ¿Me necesitabas para algo?

Él arqueó una ceja, al tiempo que una luz singular se encendía en su mirada.

—En realidad, te necesito para muchas cosas. Pero no podemos hablar de esos temas frente a un niño —esbozó una sonrisa pícara que provocó que las mejillas de Lily se encendieran.

—William Collinwood, compórtate —lo reprendió, dándole un golpe juguetón en el brazo—. Alguien va a oírte.

—Nunca hubiese imaginado que fueras tan mal pensada —rio—. Te necesito para que me acompañes.

—¿A dónde?

—Eso es una sorpresa. Este viernes, los dos solos, pasaré por ti al consultorio a las dos, ¿estás de acuerdo? —le preguntó alzando su mano y besándola en los nudillos.

—Por supuesto —sonrió, sintiendo que las mejillas se le encendían al notar el fervor en los ojos de Will al mirarla—. Pero no tenías que correr para decirme eso. Habíamos quedado de almorzar juntos, ¿no recuerdas?

—Lo sé —él entrelazó sus dedos con los suyos y tiró de su mano, acercándola a su cuerpo—, pero no podía esperar un segundo más para verte. Tenía que decirte…

—¡Hermosa dama, de grandes nalgas! —chilló una voz familiar por encima de sus cabezas.

—¡Maldito loro! —gruñó Will, frunciendo el ceño al ver a Pity, el loro de Clara, revoloteando por las ramas de un árbol cercano—. ¿Acaso ese pájaro del demonio siempre tiene que aparecer en los momentos más inoportunos?

—Will, cuida la lengua —lo regañó Lily cubriéndole los oídos a Rodrigo, que había corrido a su lado para poder ver mejor al loro.

—¡Maldito! —gritó el niño, provocando que las mejillas de Will se encendieran.

—Creo que ya es tarde para eso, cariño —Will hizo una mueca que

resultó bastante divertida, apartando las manos de Lily de los oídos del pequeño.

—Deberás tener más cuidado en adelante con lo que dices frente a Rodrigo —le dijo Lily, poniendo los brazos en jarra—. Últimamente repite todo lo que oye.

—No me culpes sólo a mí, ¿qué hay de ese pájaro de pacotilla? —señaló a Pity, cantando una canción bastante subida de tono, sobre unas mujeres de la buena vida y las cosas que le habían enseñado al trovador.

—Pity, a diferencia de ti, no sabe lo que dice.

—…y entonces la puta se paró de cabeza y sacando la lengua me chupó la…

—¡Pity, guarda silencio de una vez! —gritó Lily, que gracias a sus avances con las lecciones de español que le había dado Clara, ya conocía lo bastante de español para darse una idea de lo que decía el ave. Y por la risa divertida de Will al escuchar la letra de la canción, supo que no se equivocaba.

—Será mejor que llevemos a ese maldi… maleducado —Will se corrigió antes de terminar la palabra—, loro, de vuelta con su dueña.

—Clara está ahora en el orfanato —le anunció Lily—. Pero yo voy camino al hotel para buscar algo de comida para la celebración. Puedo llevarlo conmigo.

—¿Qué celebración? —le preguntó Will, curioso.

—Hemos pasado la mañana con Clara y la madre superiora, contando los fondos recaudados en la feria para este año, y hemos conseguido superar la cantidad esperada —Lily sonrió gustosa—. El orfanato podrá mantenerse sin problemas otro año más.

—Me alegro de que así sea —Will esbozó una sonrisa un tanto melancólica.

Estaba seguro de que buena parte de esa buena fortuna se debía a la generosidad de Alexander.

Cada año su hermano solía donar una gran cantidad de dinero al orfanato, de forma anónima. Y por lo que Azul Rosa Blanca le había dicho en confidencia, en un buen número de ocasiones, había sido gracias a esas donaciones, que el orfanato había conseguido sostenerse.

Alexander era un gran hombre, sin duda… Y él lo extrañaba.

No sólo era su hermano, sino también uno de sus mejores amigos. Uno con el que sabía que podía contar incondicionalmente.

Quizá era tiempo de dejar el orgullo de lado y hacer las paces con él. Después de todo, tenía que reconocer que se había comportado

como un completo…

—¡Idiota! —gritó una voz por encima de su cabeza, ganándole la palabra.

El chillido de Pity lo hizo regresar de golpe a la realidad, para encontrarse a Lily encaramada sobre el árbol, dirigiéndose hábilmente entre las ramas al sitio donde revoloteaba el ave.

—¡Por un demonio, Lily! —gritó Will, quitándose el sombrero para verla mejor—. ¿Qué fue lo que te dije sobre subirte a los malditos árboles?

—¡William, cuida tu lengua! —lo reprendió Lily, mirándolo desde arriba.

—¡Niña, vas a partirte el cuello si…! —Will se quedó callado de repente, al tiempo que una sonrisa pícara se formaba en sus labios—. De acuerdo, continúa. Yo te cuido desde aquí abajo.

—¿Y ahora qué pasa contigo? —Lily entrecerró los ojos—. ¿Por qué sonríes como un demonio a punto de darse un festín?

—Niña, yo sólo estoy aquí parado inocentemente, disfrutando de la vista —contestó Will, esbozando una sonrisa angelical.

—¿La vista…? —ella siguió el curso de su mirada hasta debajo de sus faldas, y entonces dio un gritito, comprendiendo lo que estaba haciendo.

—Hermosa —continuó él, sonriendo de oreja a oreja—. Hermosa vista, sin duda…

—¡William Collinwood, eres un completo descarado! —gritó ella, intentando cubrirse las piernas con la falda y mantenerse sobre el árbol al mismo tiempo.

—Lily, deja de hacer eso o vas a resbalar del árbol —ahora él estaba muy serio.

—Deja de mirar entonces —replicó ella.

—Lo haré, pero será para darte tres segundos para que bajes de allí, antes de que me hagas subir a buscarte.

—No seas ridículo, nunca has sido bueno para trepar a los árboles.

—Uno… —comenzó él.

—William, no puedo bajar de aquí en tres segundos a menos que me deje caer de cabeza —le gritó ella desde el árbol—. Además, ya casi alcanzo a Pity.

—Ese pájaro tiene alas. Si pudo subir allá, sabrá bajar. Ahora trae tu trasero aquí, niña, o te obligaré a hacerlo —refunfuñó Will y tuvo que aguantar una nueva sonrisa cuando, al alzar los ojos, dio un buen vistazo del trasero de Lily—. Por muy a mi pesar…

—Tápate los ojos, descarado, y bajaré —lo reprendió ella,

haciéndolo reír en serio.

—Bien, lo haré. Pero te advierto que si intentas engañarme para coger a ese maldito pájaro…

—Cógeme el pajarito y te llevo al paraíso… —chilló el loro, saltando entre las ramas, ajeno al problema que había provocado.

—¡Pity, guarda silencio de una vez! —le gritó Lily, sin poder evitar sonreír al escuchar las carcajadas de Will—. William, deja de reírte y cúbrele los oídos a Rodrigo.

—Bien, como quieras, pero entonces ya no podré taparme los ojos —dijo él con fingida inocencia, tapándole los oídos al niño.

—Tienes párpados, Will. Úsalos —gruñó ella, luchando por conseguir bajar del árbol sin mostrar más de sus encantos.

Will rio con ganas, pero obedeció, manteniendo los ojos cerrados mientras ella bajaba. O eso le hacía creer. La verdad es que en ningún momento perdió la vista de ella, concentrado en sus pasos y en la posibilidad de tener que lanzarse como un maldito cácher de béisbol para detener su caída, si es que ella llegaba a resbalar.

Lily dio un último salto y por fin sus pies estuvieron en el suelo. Pero no su falda, que se había quedado enganchada en una rama, dejando a la vista buena parte de sus piernas y su trasero.

Esta vez Will tuvo que apartar la vista, sintiéndose endurecer como una roca con esa sola visión.

Lily podía resultar más tentadora de lo que jamás imaginó podría llegar a serlo una mujer para él.

Por el rabillo del ojo, vio a un par de personas aproximándose por la calle y corrió a auxiliar a Lily. Con un movimiento rápido, desenganchó la falda y la ayudó a colocarla de vuelta en su sitio, cubriendo su muy bien torneado cuerpo.

—¿No te dije que mantuvieras los ojos cerrados? —ella no pudo decir nada más cuando él, cogiéndola por la nuca, la pegó contra su cuerpo y la besó.

—Niña, me estás matando —le dijo él con voz ronca sobre sus labios.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por sus palabras.

—¡Will! —el grito de Matt interrumpió el momento, provocando que ambos se separaran bruscamente.

Lily corrió al lado de Rodrigo, que jugaba con una lagartija, y lo abrazó contra su cuerpo, observando con preocupación a Will que corría al encuentro de su hermano.

Nada más ver su rostro preocupado al escuchar el grito de su hermano, supo que algo grave ocurría.

Matt detuvo su montura junto a su hermano, y sin bajar de la silla, le dijo, con evidente ansiedad en la voz:

—Tienes que venir conmigo, algo grave ha ocurrido y Alexander te necesita.

El rostro de Will adoptó una expresión mezcla de preocupación y decisión.

—Lily, toma a Rodrigo y ve a casa —le pidió a la joven, montando tras Will con una agilidad sorprendente—. En cuanto pueda iré a darte noticias. ¡Vamos, Matt!

Matt no lo hizo esperar, el caballo salió a todo galope, llevando consigo a ambos hermanos, y dejando a Lily con el corazón en vilo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Susi, cruzando la calle para llegar a su lado.

—No lo sé —Lily inspiró hondo, intentando ocultar su desasosiego.

Esa chica no le agradaba, pero sin duda le desagradó mucho más ahora, al notar la extraña sonrisa en su rostro mientras observaba a los hermanos alejándose.

—¿No habías ido por pescado? —le preguntó Lily con el ceño fruncido, notando sus manos vacías.

Al hablar en español, había hecho todo lo posible por pronunciar correctamente cada palabra. A Lily se le daban con bastante facilidad los idiomas, y el español no fue una excepción. Ya era capaz de mantener una conversación con bastante fluidez.

Sin embargo, esa pesada mujer solía molestarla continuamente por los errores que llegaba a cometer y los sacaba a relucir a la menor oportunidad.

Lo último que quería en ese momento es que ella se burlara diciéndole que no entendía sus palabras.

—¿Y tú no dijiste que irías al hotel a buscar la comida para los huérfanos? —contestó Susi con otra pregunta.

—Rodrigo estaba un poco estresado, por lo que decidí traerlo por este camino menos transitado —explicó ella—. A él le gustan los prados y los árboles.

—Sí, y no es el único, ¿no es verdad? —cuestionó la mujer, esbozando una sonrisa cínica—. Y no te culpo, linda, a quién no le gustaría subir a un gran árbol, si con ello puede llamar la atención de un Collinwood.

Lily notó sus mejillas enrojecer, a su pesar.

—O ser recibida con un beso que haría persignar a las mojigatas del pueblo —añadió Susi, provocando que los colores se expandieran aún más en el rostro de Lily—. Eres bastante más descarada de lo que

jamás imaginé, pequeña Lily. Mira que llegar en barco acompañada únicamente por hombres, ya era algo que daba mucho de qué hablar. Pero también seducir a uno de los tan codiciados Lobos del pueblo.

—Yo no he seducido a nadie —la interrumpió ella, ofendida.

—No, no lo has hecho. Pobrecita mía —Susi hizo un puchero, dedicándole una falsa mirada de compasión—. Sólo has sido el juguete de William Collinwood.

Lily frunció el ceño, tomada por sorpresa con esas palabras.

—Mi dulce niña, ¿realmente creías que tú, un ser tan insignificante, una simple enfermera traída a rastras de las calles de Londres, podría conseguir que alguien como William Collinwood se fijase en ella?

—William me ama —soltó a la defensiva, sintiendo un nudo en la garganta cuando sus propios temores le fueron dichos a la cara. Y lo peor, por la odiosa de Susi, a quien no soportaba.

—¿Te ama? ¿De verdad? —Susana soltó una risita aguda, despiadada—. ¿Realmente le creíste cuando te lo dijo, en medio de ese beso apasionado en la trastienda de los pasteles? —Lily abrió la boca, sorprendida de que ella supiera eso.

—¿Cómo?

—Cariño, no es difícil enterarse de esa clase de cosas si se andan besuqueando a la vista de todos —la mujer volvió a reír—. Deberías tener más cuidado, o tu reputación podría irse a la basura. Todas sabemos que en la mujer, es en lo último en lo que los hombres piensan. Más si están utilizándola para encelar a otra. Oh, mi dulce niña, ¿no te habías dado cuenta de que eso es lo que Will intenta hacer? —ella alzó la mano para acariciar su mejilla, en una falsa tentativa de consolarla. Pero Lily la apartó de un golpe, impidiéndoselo.

—William me ama, nunca haría nada para hacerme daño —le aseguró, aunque su voz sonó quebrada.

—Vamos, eres inteligente, Lily. Todos sabemos que él siempre ha querido a Clara, ¿y de pronto dice amarte a ti? —rio, mirando a Lily con falsa tristeza—. ¿De verdad no te hizo levantar sospechas que él te besara, justamente cuando traías puesto el disfraz de Clara? Es bastante obvio que él debió creer que era a ella a quien besaba, y no a ti.

—¡No! Él no… Él me dijo que no había sido así —tartamudeó, sintiendo que una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¿Eso te has repetido para creerle? Porque sé que eres lo suficientemente inteligente para saber que es una mentira.

—¡No! —Lily negó con la cabeza—. No sé por qué haces esto, Susana. Pero no me harás dudar de él con tus artimañas inventadas.

—¿Inventadas? ¡Yo lo escuché confesarlo! —espetó, poniendo los brazos en jarra—. Justo después de que te marcharas a dejar a ese maldito pájaro de vuelta al hotel —señaló a Pity, todavía revoloteando en el árbol—, se lo confesó a Ben.

—No es cierto —Lily negó con la cabeza, sintiendo que las lágrimas luchaban por salir tras sus párpados.

—Lo es, cariño. Lo siento mucho, pero es la verdad —ella inspiró hondo—. William nunca te ha querido, sólo lo dijo para no lastimar tus sentimientos, después de que te confesó erróneamente su amor. Lo siento, linda, pero es la verdad, por mucho que duela. Will sólo está contigo por lástima.

Lily sintió como si una bala le atravesara el corazón, rompiéndolo en mil pedazos.

—No —musitó en voz muy baja, sintiéndose de pronto sin fuerzas —. No te creo.

—En ese caso, pregúntale tú misma —Susi se encogió de hombros —. Dudo que él sea capaz de mentirte a la cara. Y a pesar de todo, tú eres mujer. Sabrás reconocer la verdad, teniéndola de frente. A menos que seas tan idiota como para preferir mantener la mentira. Porque eso fue su confesión de amor, una total y completa mentira.

Lily soltó un sollozo, y se apuró en cubrirse la boca con la mano.

—No llores, linda. La verdad es dura, ¿no es cierto? Pero piensa, linda, ¿qué es mejor?, ¿vivir una mentira o conocer sus verdaderos sentimientos? —le preguntó, sonriendo como un gato que acaba de comerse un ratón—. Aunque admito que en tu lugar, yo no me privaría de mantener a Will atado a mi lado a la fuerza, bajo su falsa promesa de amor —soltó una risita estridente que provocó que Rodrigo se cubriera los oídos y comenzara a gritar, molesto.

Lily lo abrazó, intentando consolarlo.

—Ese niño necesita un exorcismo —le dijo Susi dedicándole al pequeño una mirada de desprecio—. Qué bueno que te tiene a ti a su lado. Las solteronas son excelentes para cuidar a los hijos de otras.

—No lo creo, tú lo eres y no te veo a ti rodeada de niños. Gracias al cielo —espetó Lily recobrando la compostura.

Susi apretó los dientes, evidentemente molesta por el comentario.

—Vamos a casa, cariño. No es bueno que estés cerca de malas compañías —Lily tomó al niño de la mano, lista para marcharse.

—Por cierto, Lily —añadió Susi, sujetándola por el brazo, antes de darle la oportunidad de alejarse—. Clara lo sabía todo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Lily, dándole la fuerza suficiente para apartar el brazo del agarre de Susi.

Rodrigo, como si entendiera su sentir, llevó atrás su pequeña pierna y le dio el puntapié más fuerte que su pequeño cuerpo fue capaz, justo en la espinilla de la mujer.

Ella chilló audiblemente, despotricando toda clase de palabrotas nada femeninas contra el pequeño, justo un momento antes de recibir una buena dosis de excremento de pájaro, cortesía del mal hablado Pity.

—¡Mierda! —gritó el niño cuando Lily lo cargó en brazos, mirando a la mujer limpiándose con la mano el menjurje blanquecino de la cara.

—Sí, Rodrigo. Es mierda y popó de pájaro sobre ella —contestó Lily, sonriendo con gusto, antes de alejarse con la frente en alto, con el pequeño Rodrigo bien sujeto entre sus brazos.

CAPÍTULO 26

Lily avanzó atropelladamente por las calles, después de dejar a Rodrigo a salvo de vuelta en el orfanato.

Algo terrible había ocurrido, pudo notarlo nada más ver los ojos enrojecidos de sor Teresa cuando abrazó a al niño, al recibirlo en la puerta.

No hizo falta que Lily preguntara. La joven se había fijado de inmediato en las salpicaduras de sangre en las mangas y el delantal de la monja, así como en el trapo sucio y el agua enrojecida del balde que llevaba en la mano, al salir del despacho de la madre superiora.

El despacho donde tan sólo hacía unos minutos se había encontrado Clara.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó Lily, su voz convertida en un chillido agudo, a causa de la angustia—. ¿Dónde está Clara? ¿De dónde viene esa sangre? ¿Qué pasó?

—Tranquila, pequeña, Clara está a salvo —la monja la tomó por el hombro, intentando calmarla al notar que la chica había palidecido hasta el borde del desmayo—. Pero podría necesitarte en este momento.

—¿A qué se refiere? —los ojos de la joven se habían humedecido una vez más a causa de la angustia.

—Ve a la clínica, pequeña —le dijo la mujer, con voz entrecortada y apurada—. No demores, Lily, Clara te necesita.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Lily asintió y salió a la carrera, de vuelta a la clínica. Todo dolor propio por lo que acababa de escuchar de Susi, quedó en el olvido. En ese momento, sólo podía pensar en que alguien herido podría necesitarla.

Y ese alguien podía ser su mejor amiga.

Como el camino más rápido a la clínica era el que colindaba por el bosque, corrió por el sendero, esquivando ramas y arbustos, raíces y piedras sueltas, hasta conseguir llegar al jardín trasero de la casa de Ben.

Tan rápido como le permitieron las piernas, entró por la puerta de la cocina y se dirigió a la clínica. Apenas había entrado en el lugar, cuando escuchó la familiar voz de Ben desde el consultorio, y por la

tensión que percibió en ella, estaba operando.

—¿Lily, eres tú? —preguntó desde dentro.

—¡Ben, aquí estoy! —gritó ella, entrando como un huracán al lugar —. ¿Qué ha ocurrido? Oh, mi Dios… No… —musitó sintiendo que las lágrimas acudían una vez más a sus ojos al ver al paciente recostado en la camilla.

Jade, la hermosa perra negra de Clara, ese animal enorme que parecía ser la encarnación de Cancerbero, y tan imponente y poderoso como él, yacía sobre la camilla, jadeando por aire, notoriamente luchando por su vida. Los ojos de la joven notaron la sangre que mojaba la sábana bajo el animal, brotando de un agujero de bala en su costado, apenas visible por el color negro de su pelaje.

Junto a Ben, Clara lloraba en silencio, haciendo todo lo posible por ayudar a su amigo a atender a su amada mascota.

El corazón de Lily se partió un poco más de dolor al ver la aflicción en el rostro de su amiga.

Una de las razones por las que había conseguido llevarse tan bien con Clara, era porque ambas compartían muchas cosas en común. Una de ellas, la soledad con la que habían crecido las dos, al margen de sus propias familias. Sólo que a diferencia de ella, Clara había contado con esa perra negra, que se había convertido en su más grande amiga y compañera durante buena parte de su vida. A veces su única amiga, por lo que ella le había relatado. Y sin duda, la más fiel.

La prueba estaba allí, frente a ella. Esa perra había dado la vida por su ama. Nadie tenía que decírselo para saberlo. Lily había visto a Jade con regularidad, ella nunca se separaba de Clara, y era el animal más dócil y amable que había conocido. Inteligente y sumamente noble. Y la gente del pueblo le tenía estima. Nadie le hubiese disparado porque sí.

No, si algo le había sucedido a esa perra, tuvo que ser defendiendo a su ama.

—¿Qué necesitas, Ben? —le preguntó Lily, dejando de lado su turbación y poniéndose en acción.

—Trae el instrumental esterilizado, tendremos que abrir la herida.

—De acuerdo —Lily, después de lavarse a toda velocidad en la jofaina, se colocó el delantal limpio sobre su ropa e hizo lo que Ben le pedía.

Entre ambos comenzaron a curar la herida, haciendo lo posible por ayudar a la perra mientras Clara le sostenía la cabeza, susurrándole palabras de aliento.

Sin embargo, Lily podía notar con tristeza que era poco lo que

podían hacer por ella. Jade estaba sufriendo, y a pesar de que era obvio que luchaba por aferrarse a la vida, dudaba que pudiera conseguirlo.

Se escuchó un frenético ruido de pasos antes de que Matt entrase en la estancia acompañado por Raúl Valenzuela, el hijo del capataz de La Guadalupana.

Los ojos de Lily se abrieron con reconocimiento. Sólo había visto a Raúl en un par de ocasiones, pero realmente nunca había hablado gran cosa con él, a pesar de que era un amigo allegado a los hermanos Collinwood.

No obstante, conocía su reputación como veterinario y se alegró de verlo. Sabía que el hombre era excelente en su trabajo. Y por lo que le había contado Will, uno de los mejores veterinarios del país.

Lily se acercó a él con la jofaina, para que el veterinario pudiera asearse. El hombre cruzó una rápida mirada con ella y asintió como agradecimiento por su ayuda, antes de girarse a la camilla y comenzar a revisar a la perra.

—Déjame echarle un ojo —le pidió a Ben, colocándose rápidamente a su lado.

—¿Crees que puede salvarse? —le preguntó Clara con un hilo de voz.

Su semblante adusto no le dio falsas esperanzas.

—Es una perra vieja, Clara —dijo al fin el hombre tras una larga pausa. Como si buscara la manera más directa, pero a la vez amable, de soltarle la verdad—. No voy a mentirte, creo que ella sufrirá más si intento operarla para sacarle la bala, y será en vano. Ha perdido mucha sangre y su corazón no lo resistirá. Lo mejor sería que la dejases ir en paz, ella ha cumplido con su labor, te ha sido fiel y ha muerto defendiendo a su ama —la miró a los ojos—. No puede haber muerte más honorable y feliz para un perro como Jade. Una perra que pasó toda su vida velando por tu bienestar. Pero claro, haré lo que me digas. Es tu decisión.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas y por un momento pareció que iba a derrumbarse. Ben pasó los brazos en torno suyo, sosteniéndola en un abrazo confortador.

Lily sintió un nudo en la garganta, sintiéndolo tanto por la pobre perra como por su amiga. Sólo con ver la aflicción reflejada en su cara, pudo saber con certeza lo mucho que eso le dolía.

—Tienes razón —dijo Clara al fin, intentando en vano someter los terribles sollozos que acudían a su garganta—. No quiero hacerla sufrir más.

Raúl asintió con gesto solemne, era claro que le enorgullecía la valentía de la joven al pensar en el bienestar de la perra antes que el suyo.

—Por favor, ¿me ayudarías pasándome la jeringuilla? —Raúl se giró hacia Lily, señalando un estuche dentro del maletín médico que él había traído—. Y también el frasco blanco, a su lado.

La joven asintió y tomó ambas cosas.

—¿Qué dosis necesitas? —preguntó ella, tomando ambas cosas con obvio conocimiento, claramente familiarizada con el proceso.

—Quince mililitros, por favor —contestó él, observando cada detalle de la joven mientras llenaba la jeringuilla. Sus movimientos eran rápidos y eficientes, incluso en esa situación extremadamente tensa.

Lily, todavía con la concentración reflejada en sus facciones, le alargó la jeringa con el medicamento. Raúl lo tomó de su mano, agradeciéndole con un gesto de la cabeza, antes de inyectar la sustancia en la perra.

—Te daremos un momento para que te despidas de ella —le dijo Raúl a Clara, cuando terminó, posando una mano sobre su hombro—. Está tranquila, le he dado algo para el dolor y ahora no sufre. Será cuestión de minutos… ¿De acuerdo?

Clara asintió, pasándose por la cara un pañuelo que Ben le ofreció.

Todos salieron de la habitación, dejando a Clara a solas con la perra. Pero Lily no lo hizo, quiso quedarse para su amiga. Lo sentía como un deber estar allí para ella, durante ese doloroso momento.

—Jade, oh mi dulce Jade —sollozó Clara, abrazando a su perra. Sentía su pecho agitarse débilmente, aquel pecho que antes se había alzado con tanto vigor en cada respiración.

Aguantando un sollozo, Lily se acercó a su amiga y posó una mano sobre su hombro, intentando transmitirle un poco de paz.

Clara le hablaba al oído a su perra, transmitiéndole en palabras todo el amor que sentía por ella, liberándola para que Jade pudiese partir en paz.

Los ojos verdes de la perra se fijaron en ella y su rosada lengua apareció para darle un último lametazo. Clara cerró los ojos, abrazándola con más fuerza, notando cómo los latidos de su frágil corazón se iban haciendo más lentos bajo su oído hasta convertirse en el más gélido de los silencios.

—Descansa, mi preciosa Jade. Ve en paz —musitó Clara con voz rota, cerrando los ojos ya sin vida de su perra y soltándose a llorar amargamente a su lado.

Lily permaneció en silencio con ella, una mano sobre su hombro como señal de lo mucho que sentía su dolor.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Lily a Clara, observando a su amiga llorar en silencio delante de su taza humeante de té.

Ambas, sentadas en la mesa de la cocina, permanecían en silencio, con sus tazas de té intactas por delante.

A Lily le había costado lo que pareció una eternidad conseguir que Clara se apartase del cuerpo sin vida de Jade. Entre ambas habían envuelto a la perra en una sábana, y tras decidir que lo mejor sería sepultarla al día siguiente, Lily guio a Clara hasta la cocina para servirle algo de comer. Era obvio que esa chica necesitaba fuerzas, estaba más pálida que el papel.

Sin embargo, su amiga estaba devastada, y todo cuanto le aceptó fue un té. Aunque hasta ese momento no lo había tocado, pensó Lily con pesar. Lo había endulzado en exceso con la intención de que al menos el dulce le ayudase a su amiga a recobrarse del mal paso.

—Estoy bien —contestó Clara con voz apagada, sus ojos ambarinos brillantes a causa de las lágrimas—. Ahora ella ya no sufre.

Lily suspiró por lo bajo, estirando una mano para alcanzar la de su amiga.

—No sabes cuánto lo siento —le dijo con sinceridad—. Sé lo mucho que querías a Jade, lo importante que era ella para ti. Me duele sobremanera que hayas tenido que despedirte de ella de este modo. No puedo siquiera imaginar lo duro que tiene que estar siendo para ti.

Los ojos de Clara se alzaron para fijarse sobre los de su amiga, derramando un par de lágrimas mientras le decía:

—Gracias, Lily —estrechó la mano que ella mantenía sobre la suya —. Eres la mejor amiga que podría pedir.

Lily esbozó un asomo de sonrisa, sintiéndose desconsolada. Las últimas palabras de Susi antes de marcharse, volvieron a su mente, atormentando más su ya afligido corazón.

Sin embargo, las hizo a un lado.

Clara no era una mala persona, a diferencia de la mujer que la había hecho llorar en la calle. Ella nunca la lastimaría. Conocía a Clara, era su amiga, su mejor amiga.

Se amonestó interiormente por las dudas que esa malvada Susana pudo despertar en ella. Después de todo, eso no era lo importante ahora, sino lo que estaba sucediendo. Aún no sabía qué era, pero era claro que se trataba de algo gordo.

Pensó en preguntarle a Clara, pero al ver la aflicción en su rostro, supo que no era oportuno. Lo mejor sería consolarla sin reservas. Ya se enteraría más tarde.

El sonido de voces masculinas provenientes de afuera la hicieron perder el hilo de sus pensamientos.

Por la ventana, pudo ver a Matt y Ben hablando con Raúl afuera del hospital. Y para su sorpresa, hablaban en inglés, como si quisieran evitar ser entendidos si es que alguien llegaba a pasar por allí. Una precaución extrema, tomando en cuenta que se encontraban en el jardín trasero de la propiedad.

—Deberíamos ir con Alexander —decía Matt en ese momento, acariciando la cabeza peluda de su lobo. El animal lucía intranquilo, nervioso como si temiera algo malo, y no se separaba del lado de su amo—. Es ahora cuando más nos necesita.

—Creo que es la primera vez que Alexander realmente nos necesita —añadió Ben, pensativo—. Pero ya tiene a su lado a Will. Es el mejor abogado que podría haber, se fingirá idiota, pero es un genio cuando de asuntos de leyes se trata.

El corazón de Lily se detuvo al escuchar el nombre de Will. Recordó la angustia en sus ojos cuando Matt fue a buscarlo esa tarde. ¿Qué es lo que había pasado? ¿Por qué Alexander lo necesitaba?

—Es un abogado inglés —intervino Raúl—, ¿será tomado en cuenta entre nuestra gente?

—Por supuesto que lo hará, Will tiene tanto conocimiento de las leyes mexicanas como de las inglesas, no ha sido la primera vez que ha prestado sus servicios aquí, y por lo tanto deben darle reconocimiento —comentó Ben, con vehemencia.

Lily se llevó una mano al corazón, conocía muy bien a Ben, a pesar de su aparente apacibilidad, era claro que estaba intranquilo. La situación debía ser realmente seria.

—También recuerden que allí está don Osvaldo y él lo presenció todo. La gente no dudará en aceptar como fidedigno su testimonio a favor de Alexander —comentó Raúl.

El ceño de Lily se frunció. ¿Don Osvaldo? ¿El abuelo de Clara? ¿Qué hacía él allí?

—No obstante, opino como Matt, y creo que deberíamos ir a prestarles nuestro apoyo —añadió Ben—. Zalo se dirigía para allá, pero no estaría de más que nos vieran a todos juntos, unidos como siempre.

Lily escuchó la silla ante ella moviéndose, antes de ver a Clara salir por la puerta trasera tan silenciosa y rápida como un fantasma. Sin

pensarlo, Lily la siguió afuera, preocupada por la extraña mirada que había visto en el rostro de la chica al pasar por su lado.

—¿Pero qué hay de Clara? —preguntaba Matt en ese momento, bajando aún más el tono de voz—. Alexander nos pidió que no nos separásemos de ella…

—Vayan con él —la voz de Clara se hizo oír desde la puerta.

—¿Clara? —Ben arqueó las cejas, sorprendido de verla allí.

Y Lily notó el motivo de su sorpresa. El rostro de Clara, por lo general dulce y amable, lucía duro y frío, con una expresión de desasosiego rara en ella.

—Vayan con él, por favor —les dijo una vez más, subiendo el tono de voz—. Iría yo misma, de no saber que las mujeres no son bien aceptadas en estos asuntos de hombres. Pero si me llegasen a necesitar, estaré aguardando. Me mantendré despierta, por lo que no duden en avisarme sobre cualquier eventualidad —y con un tono gélido, añadió—. No permitan que ese bastardo de García consiga meter preso a Alexander.

Lily se llevó una mano a los labios al escuchar ese nombre.

García, el hombre más odiado entre los Collinwood.

¿Qué demonios había pasado?

Las cejas de todos los hombres se arquearon por igual al escuchar esas palabras. Nunca, en toda su vida, habían oído a Clara hablar mal de nadie.

—Clara… —musitó Matt con la voz apagada.

Lily dio un paso al frente, comprendiendo que ellos no se marcharían si temían por el bienestar de Clara. Después de todo, la querían como a una hermana. Y ellos eran famosos por sus fuertes lazos de lealtad. No iban a abandonar a uno de sus hermanos en momentos de necesidad.

—Clara estará bien aquí, yo me quedaré a su lado —dijo Lily con firmeza y seguridad, posando una mano sobre el hombro de su amiga —. Ahora vayan. Su hermano los necesita.

CAPÍTULO 27

Lily observaba con ojos agrandados desde la ventana del salón la enorme conmoción que se suscitaba en las calles del pueblo. La gente se movía en grandes grupos, dirigiéndose a la comisaría de policía. Gritaban toda clase de insultos contra García y exigían que Alexander fuese liberado de su prisión.

La puerta trasera se abrió y Lily corrió a la cocina con la esperanza de que se tratara de William, sin embargo, la decepción brilló en sus ojos cuando vio que eran Matt y Raúl.

—Buenos días —los saludó, caminando a su encuentro—. ¿Qué tal ha ido todo con Alexander?

—Aún no tenemos grandes novedades —le contestó Matt con voz cansina quitándose el sombrero al verla, en señal de respeto—. Will sigue llamando a todo el mundo, pero es difícil considerar que pueda conseguir un cambio importante en su situación en tan poco tiempo.

—¿Alexander? —Clara entró en ese momento desde el salón, donde había estado esperando a Alexander hasta quedarse dormida en una de las sillas, agotada de tanto llorar. Lily la había cubierto con una manta tejida, que ahora ella traía envuelta sobre los hombros.

Lily sintió lástima al verla. Lucía exhausta al extremo, tenía la tez muy pálida, lo que marcaba en exceso sus ojeras. Pero eso no era lo peor, sino la expresión de completo desasosiego de su rostro.

—Lo siento, cariño, aún no te traemos noticias —le dijo Matt, abrazándola por los hombros—. No llores. Mira, estaba pensando, esto va a tardar un tiempo todavía, y debemos encargarnos del cuerpo de Jade. ¿Qué te parece si vamos juntos a enterrarla? Ben me ha dicho que podemos hacerlo en su jardín. Le haremos una tumba digna, a la altura de la gran perra que fue.

—Bien, creo que sería lo mejor —asintió Clara, secándose el rostro con el pañuelo que Matt le tendía.

—¿Necesitarán ayuda? —preguntó Lily mirando con preocupación a su amiga.

Quizá Matt debiera llevarse las sales, no creía que Clara soportara mucho sin desmayarse. No había querido comer nada desde el día anterior, y apenas había bebido una taza de té.

—No te preocupes, pequeña. Estaremos bien los dos solos —Matt le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Lo mejor será que ustedes se queden aquí a esperar noticias. No demoraremos mucho.

—Espera Matt, quizá deberían llevarse algo de comer con ustedes. Ninguno de ustedes ha probado bocado desde ayer, ni siquiera Clara —le dijo en un tono que sonaba un tanto acusador, pero no le importó.

Quizá Clara escuchase a otros cuando se refería al tema de su alimentación.

—Si quieres comer algo, Matt, hazlo —Clara habló con voz tan baja que era difícil escucharla—. Yo no tengo apetito.

—Lily, guarda esa cesta para cuando volvamos, entonces Clara y yo nos devoraremos hasta la última migaja —le dijo Matt con seguridad a Lily, regresándole la cesta con fruta y algunos sándwiches que ella había preparado a la carrera para ellos.

—Como quieran —dijo Lily, frunciendo los labios, molesta—. Pero regresando comerán los dos. Sin excusas —añadió, dirigiéndole a Clara una mirada dura.

Su amiga le dedicó una leve sonrisa de agradecimiento y salió de la cocina, seguida por Matt, que ya caminaba desde la clínica cargando con el cuerpo de la perra envuelta en sábanas.

—Quizá debería ir con ellos de todas formas —pensó Lily en voz alta, notoriamente preocupada—. Deberán llevar una pala, y se ve que Jade pesa bastante.

—Toma asiento por un momento, señorita —Lily notó que alguien la jalaba por el brazo y antes de reparar en lo que sucedía, estaba sentada en una silla, frente a la mesa de la cocina, con Raúl ante ella, inclinado sobre su rostro al hablarle, tan cerca que pudo notar cada mota de oro en sus ojos marrones—. Matt puede arreglárselas perfectamente, no tienes que preocuparte por ellos. Por otro lado, tú luces como si hubieses pasado la noche entera en vela. Deberías ir a dormir un poco, te avisaré si llegamos a saber algo nuevo.

Lily apretó los labios molesta de que ese prácticamente desconocido le diera órdenes.

—Si todos los demás pueden permanecer sin dormir y seguir como si nada con el día, yo también puedo hacerlo sin inconveniente —le dijo Lily cruzándose de brazos, en una pose defensiva que hizo reír a Raúl.

—Luces como una niña a punto de soltar un berrinche —le dijo—. Ahora entiendo por qué todos te llaman pequeña.

—No me llaman. Bueno, sí, pero sólo en ocasiones. No siempre —

replicó ella, apartándolo de un suave empujón para ponerse de pie—. De cualquier forma no quiere decir que lo sea.

—Eso es muy notorio, señorita —una vez más pronunció esa última palabra en español, mirándola de arriba abajo, sonriendo de una forma peculiar que la hizo sonrojarse.

—¿Qué quieres decir con eso? —lo encaró Lily, poniendo los brazos en jarra.

—Nada, nada —él rio, alzando los brazos en son de paz—. ¿Qué te parece si preparo un poco de café? Si vamos a quedarnos despiertos los dos, lo mejor será tener un poco de ayuda.

—Es una buena idea —convino Lily—. Y quizá nos vendría bien algo para desayunar también, cuando Matt y Clara vuelvan, seguramente querrán comer.

—Me parece muy bien —Raúl sonrió, observándola moverse por la cocina.

—¿Me harías un favor, Raúl? —le preguntó Lily, inclinándose en un estante para sacar un par de cazuelas.

—Lo que quieras, señorita —contestó él, mirando la curva de su trasero sin que ella se diera cuenta.

—¿Me sacarías el chorizo y los huevos?

—¿Qué? —Raúl estuvo cerca de tropezar con su propio pie al escuchar aquello.

Lily se giró en redondo y lo miró con extrañeza al notar que se había puesto muy rojo.

—Raúl, ¿no estarás enfermo? Luces acalorado —se acercó para tocar su frente, pero él se apartó antes de que pudiera tocarlo.

—De pronto parece que hace mucho calor aquí —le dijo intentando disimular su molestia—. ¿Te importa si abro la puerta para que nos llegue el aire fresco?

—En absoluto —contestó ella, sin dejar de mirarlo con perplejidad.

—Entonces… ¿estábamos en el desayuno? —él sonrió, cambiando de tema.

—Oh, sí —recordó Lily—. Quería el chorizo y…

—Ya los traigo —él se adelantó y fue a cogerlos a la alacena—. Y dime, Lily, ¿te has acostumbrado a la comida mexicana?

—Un poco. Gracias —ella tomó las cosas que él le alargaba—. La verdad me ha costado habituarme al picante. Son pocos los platillos que puedo comer sin terminar sintiendo la lengua encendida en llamas.

—Lo sé, me lo han dicho varias personas —rio de repente, y ella lo miró con una ceja arqueada, en una muda pregunta—. Recuerdo que

mi padre me contó que Lupita solía usar el picante como un arma contra Richard, antes de que él se ganara su corazón —se explicó.

Lily lo miró con ojos como platos por la sorpresa.

—No lo haría —dijo casi riendo—. Lupita adora a Richard.

—Sí, ahora. Pero antes, cuando él la estaba pretendiendo, todo cuanto quería era alejarlo de su vida y usó todas sus armas. El picante incluido —le contó, haciéndola reír.

—Perdona si la comida no está perfecta, aún me falta práctica —Lily le dirigió una mirada de disculpa antes de comenzar a calentar el sartén—. Espero que te gusten los huevos revueltos con un poco de cáscara. Son los únicos que sé preparar.

—Me encantan —él soltó una carcajada, observándola moverse por la cocina—. ¿Te gustaría que te ayudara con algo? Me siento un poco zángano aquí parado, sin hacer nada mientras tú haces todo el trabajo. Mi madre ya me estaría dando en la cabeza con el cucharón, en tu lugar.

—No te preocupes, debes estar cansado después de haber estado afuera toda la noche.

—¿Y qué hay de ti? No dormiste nada vigilando a Clara. Anda, aunque sea déjame hacer el café —él tomó la cafetera de sus manos, tardándose más de lo necesario en apartarse cuando sus dedos rozaron los de ella.

Lily no pareció notarlo, porque sencillamente continuó preparando la comida.

—¿En Londres también hacías todo esto? —le preguntó él, colocando la cafetera en la estufa.

Ella se quedó con el cuchillo alzado sobre la tabla de picar, tomada por sorpresa con esa pregunta. ¿Qué se supone que debía de decir? ¿Debía adoptar el papel de una mujer de clase baja caída en desgracia, que había viajado con los Collinwood, como había tenido que hacer con los demás? ¿O podría ser sincera con Raúl?

—¿He dicho algo que te molestara? —preguntó él adoptando una expresión preocupada al notar su turbación.

—No, no te preocupes. Es sólo que —pensó tan rápido como pudo — hablar de mi antigua vida me resulta doloroso. Ya sabes, por los recuerdos. Prefiero enfocarme en mi vida en el presente.

—Te entiendo —él se apartó de la estufa para colocar un par de tazas y platos en la mesa—. Supongo que en tu lugar haría lo mismo.

Ella le dirigió una mirada de agradecimiento por encima del hombro, antes de continuar con su trabajo, intentando ocultar el alivio que le produjeron sus palabras.

—¿Quieres una taza de café? —le preguntó Raúl tras unos minutos de silencio—. Ya está listo.

—Gracias, te lo agradecería mucho.

Raúl tomó con la jarra caliente, envuelta en un trapo para protegerse la mano, y vertió el café en las tazas.

—Aquí tienes —le dijo Lily, colocando ante él un plato humeante de huevos revueltos con chorizo y una guarnición de frijoles a un lado —. Espero que sobrevivas.

Raúl arqueó una ceja, deteniéndose con el tenedor a medio camino de la boca.

—Es una broma entre Will y yo —le contó Lily, sonriendo divertida ante su expresión—. No te asustes, no soy buena cocinando, pero no he matado a nadie. Aún —añadió a propósito cuando él volvía a llevarse el tenedor a la boca.

—Siempre he sido un necio valiente —confesó él probando al fin la comida—. ¡Demonios, Lily! ¡Esto está buenísimo! —exclamó, sobresaltándola.

—Por Dios, qué susto me has dado —ella se llevó una mano al pecho—. Por un momento temí que te hubieras atragantado con un trozo de cáscara de huevo.

Él rio muy fuerte, llevándose otro bocado a los labios.

—Mujer, no sé de dónde sacas esas tonterías. Por lo que decías, esperaba una bazofia, pero esto está realmente bueno —le aseguró él, comiendo tan rápido que se terminó todo antes de darle tiempo a ella de probar su propio desayuno.

—Todo el mundo encuentra deliciosa la comida cuando se está muriendo de hambre —ella soltó una risita al verlo raspar el plato con una tortilla—. ¿Quieres que te sirva un poco más?

—Por favor —él le tendió el plato sonriendo de oreja a oreja ante el ofrecimiento—. Espero que quede suficiente para los demás.

—No te preocupes por eso, siempre puedo hacer más —ella le dijo en tono amable, poniendo un plato a rebosar de comida delante de él.

—Gracias, señorita —él alzó su tenedor—. Y buen provecho… Espera, ¿aún no has comido nada? —frunció el ceño al notar que el plato de ella estaba intacto.

—No tengo hambre —suspiró—. Me preocupa Alexander. Dime Raúl, ¿te mencionó algo Will acerca de cuánto tiempo tomará esto?

—Es imposible saberlo —Raúl negó con la cabeza, pensativo—. Pero no te angusties, Will es un gran abogado. Si algo siempre se le dio bien, es discutir hasta salirse con la suya, aunque tenga que sacar de las casillas a medio mundo en el proceso —bromeó—. Y es

precisamente lo que está haciendo ahora. Se ha quedado toda la noche discutiendo el caso y, conociéndolo, no tardará mucho en liberar a Alexander. Will es el mejor en su trabajo.

—Me alegra saberlo —Lily sintió el orgullo crecer dentro de su pecho al escuchar esas palabras.

—El problema aquí es García —continuó Raúl, después de tragar otro bocado—. Ese maldito bastardo sólo quiere hacerle daño a los Collinwood, al igual que su familia lo hizo en su tiempo. Y no parará hasta haberlo conseguido.

—¿García? —Lily entrecerró los ojos, reconociendo ese nombre de algunas conversaciones.

—¿No sabes quién es? —Raúl pareció sorprendido.

—Lo he oído antes. Clara lo ha llegado a mencionar, pero nunca ahondó en el tema. ¿Quién es él? —frunció el ceño—. ¿Es el culpable de encerrar a Alexander?

—Sí, esa maldita cucaracha, con el perdón de las cucarachas por el insulto, es el desgraciado que metió a Alexander a la cárcel, acusándolo de intentar asesinarlo.

—¿Pero por qué ese hombre lo acusaría de algo como eso?

—Porque es una maldita alimaña que estaba buscando una oportunidad para dañar a Alexander y, después de lo que sucedió ayer, hará todo lo posible por sacarle ventaja.

—¿Qué fue lo que pasó ayer, a todo esto? —quiso saber, inclinándose hacia delante, en la mesa, deseosa de saber eso que había estado mortificándola desde el día anterior.

—¿Nadie te lo ha dicho?

Lily negó con la cabeza.

—Todo ha sucedido muy rápido, y lo cierto es que no he creído que sea correcto preguntarle a Clara, considerando lo mal que se encuentra.

—Por supuesto, lo entiendo —afirmó él, asintiendo con la cabeza —. No sé si me corresponda contártelo. Es decir, no quiero herir tu sensibilidad. A veces soy un tanto crudo con las palabras.

—No hay nada que puedas decir que pueda provocarme mayor desconcierto del que ya siento. Por favor, Raúl, quiero saber qué está pasando.

—Bien —pensó por un momento—. ¿Qué tanto sabes de García?

—Es el hombre por el que todo el pueblo clama que decapiten, ¿no es verdad? —Ella frunció el ceño—. El que acaba de llegar, y dice ser el único heredero de una familia que solía vivir aquí hace años, ¿no es verdad?

—El mismo —asintió Raúl—. Ese desgraciado… Él… ayer estuvo a punto de… —dudó, mirando a Lily como si ella fuese una figura de cristal y él estuviese a punto de soltarle un golpe que amenazara con romperla.

—¡Vamos, dímelo! —insistió la joven golpeando la mesa con el puño.

Él pegó un salto, sobresaltado.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No me asustaste, sólo me tomaste por sorpresa —él sonrió, y por primera vez Lily notó lo guapo que era. Hasta ese momento no había tenido oportunidad de fijarse en él, era muy apuesto, con esa piel morena y esos grandes ojos negros, que sonreían también al verla—. Supongo que no debo tener tanto cuidado contigo, ¿no es verdad, señorita? —una vez más pronunció la última palabra en español.

Lily sonrió. Le agradaba que Raúl le hablase en su idioma, la ayudaba a sentirse más en confianza con él, pero también esa peculiar manera de pronunciar el señorita. Le recordaba a Will, él también solía hacerlo.

—Bien, como decía —él tomó una bocanada de aire y habló, volviendo a ganarse toda su atención—. Ayer García intentó matar a Clara.

—¿Qué? —Lily palideció, aunque ya comenzaba a imaginarlo. No era tonta, y había unido mentalmente las piezas del rompecabezas desde el día anterior. Sin embargo, que Raúl se lo confirmara con palabras le daba realidad y peso a su teoría.

Y la angustia que todo ello conllevaba…

—Al parecer, García ha estado intentando conseguir que Clara acepte sus avances románticos —le explicó Raúl—, aunque sólo conseguía molestarla. Por desgracia, ese insecto no es de los que aceptan una negativa. Y ayer fue a hacerle algo así como una propuesta indecorosa —negó con la cabeza, visiblemente molesto—. Cuando Clara se negó, el hijo de p… hijo de su madre —se corrigió antes de soltar una palabrota—, intentó golpearla. Jade la defendió y el maldito desgraciado le disparó.

—Oh, mi Dios, pobre criatura… —Lily se llevó una mano a los labios, sintiendo que las lágrimas volvían a sus ojos. Ahora comprendía muchas cosas.

—La sangre de ayer —musitó ella, pensando en voz alta—. La que la hermana Teresa limpiaba… Era de Jade —pobre animal, había sido fiel a su ama hasta la muerte. La había salvado, tal como ella había supuesto.

—En realidad —la respuesta de Raúl interrumpió sus pensamientos —. Era sangre de Jade y de García.

Los ojos de Lily se agrandaron con sorpresa. ¿Habría Jade alcanzado a pegarle un buen mordisco al desgraciado antes de que él le disparara?

—García es un completo cobarde —Raúl apretó el puño, furioso—. No le bastó con dispararle a la perra, iba a matar a Clara de todas formas. Y lo habría hecho, de no ser porque Alexander llegó justo a tiempo y lo evitó.

—Oh, bendito Dios —Lily palideció al extremo.

—Alexander le cortó la mano con todo y pistola, con el hacha que siempre lleva consigo, antes de que pudiera dispararle a Clara.

—¿La tomahawk? —Lily arqueó las cejas, recordando el tiempo de su infancia cuando Alexander recibió esa hacha—. Alexander es realmente rápido usando esa cosa. Y nunca falla —una sonrisa de gusto apareció en los labios de la chica. Había visto el arma en el cinto de Alexander en varias ocasiones, y daba gracias por ello y por su buena puntería.

—Veo que estás familiarizada con esa arma —Raúl sonrió—. Pues sí, gracias a esa habilidad de nuestro amigo Alexander, Clara ahora sigue con vida. Pero ahora García ha enviado a Alexander a la cárcel, acusándolo de intento de asesinato.

—¡Pero si él fue quien quiso matar a Clara!

—Por desgracia, no hay testigos. García alega que sólo intentaba defenderse del ataque de Jade, y ya que la perra le dejó unas buenas mordidas, le han creído. Y tiene a su favor la prueba de una mano rebanada.

Lily negó con la cabeza, horrorizada ante la sola mención de aquello.

—No lo entiendo —dijo tras un momento—. Yo los escuché a ustedes hablando anoche, mencionaron que el abuelo de Clara lo había presenciado todo.

—No todo, en realidad. Él llegó después de Alexander, debes entender que Álex es muy rápido y don Osvaldo un anciano que apenas pudo seguirle el paso. Para cuando llegó al orfanato, ya todo había sucedido. No es un testigo fidedigno, después de todo, es de esperar que él declare en favor de su nieta.

—Maldito hombre —masculló Lily furiosa—. ¿Cómo puede haber gente tan mala en este mundo?

—Tratándose de él, era de esperarse, viene de una familia de alimañas, y él no es la excepción —Raúl frunció el ceño—. Es

conocido por todas las personas más antiguas de este pueblo, la forma en que los García convirtieron este lugar en un sitio de terror, tortura y castigo en el pasado. Para enriquecerse, Cástulo García, el patriarca de la familia García, había robado sin misericordia a ricos y pobres, quedándose con la mayor cantidad de tierras y riquezas del lugar —le explicó Raúl—. El único que se atrevió a encararlo y no dejarse amedrentar por sus amenazas y las de sus matones, fue Zalo. Y gracias a él, y la llegada de Richard Collinwood, que había conseguido hacer prosperar a El Janto, los días de poder absoluto de García sobre la gente del pueblo de Santo Tomás de Aquino terminaron de forma abrupta. Gregorio fue el único sobreviviente. Se marchó del pueblo y nadie supo nada de él hasta ahora, que volvió a esparcir el veneno de su familia.

—No lo entiendo, creí que se llamaba Esteban.

—Ese maldito se cambió el nombre para no levantar sospechas. En este pueblo aún hay muchos García, algunos relacionados con ellos, otro no —le contó—. Es un apellido bastante común. Y le sirvió como camuflaje para pasar desapercibido como la víbora que es, hasta dar la mordida e inyectar su veneno contra los Collinwood. Y Alexander es sólo su primera víctima. O eso espera él, nosotros no permitiremos que nuestro amigo caiga. No sin luchar, y lo haremos hasta la muerte de ser necesario —sus ojos se habían oscurecido—. García se equivocó al meterse con nosotros.

Lily sabía que tenía razón. Los hermanos Collinwood y su gente eran unidos y no permitirían que uno de ellos fuese encerrado. Y por los gritos que continuaban llegando desde afuera, era claro que tampoco la gente del pueblo lo permitiría. Esa gente no iba a dejarse amedrentar.

Gritaban el nombre de Alexander, Collinwood y Lobos, cada uno por separado, como si cada uno significase algo. Y pedían la cabeza de García, amenazando con matarlo a él y a lo que quedaba de su familia, por haber atacado a Clara, una joven bastante querida en el pueblo.

—Me enferma sólo pensar que ese desgraciado de García pueda salirse con la suya —dijo Lily sintiendo deseos de salir a gritar junto a esa gente por la libertad de su amigo.

—A todos nos sucede eso, Lily. Pero no te angusties, lo sacaremos de allí —le aseguró Raúl, palmeando su mano para infundirle ánimo —. Will ha dicho que si no lo saca por las buenas, lo hará por las malas. Y aunque tenga que echar abajo los barrotes de su celda con sus propias manos, lo pondrá en libertad —sonrió—. Y allí estaremos

todos nosotros para ayudarle.

—Cuenta conmigo para eso —Lily lo miró con gesto decidido.

Raúl soltó una carcajada.

—Muy bien, señorita. Así será —le dijo él, tendiéndole una mano que ella estrechó enseguida.

La puerta se abrió y por ella entraron Will y Ben, luciendo más cansados de lo que jamás los había visto.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Lily, poniéndose de pie para ir a su encuentro.

—Avanzando lento —contestó Will, con el ceño fruncido. Su aguda mirada no había pasado por alto las manos de Lily y de Raúl entrelazadas, en el momento en que entraron a la cocina.

—¿Les gustaría comer algo? —les preguntó Lily a ambos, cogiendo una sartén antes de esperar la respuesta.

—Te lo agradezco, pero ahora mismo sólo quisiera dormir un poco —le contestó Ben, dedicándole una amable sonrisa—. ¿Cómo sigue Clara?

—No quiso dormir nada en toda la noche. Tampoco pude hacerla comer nada —Lily apretó los labios, negando con la cabeza—. Está desconsolada por Jade y Alexander. Y no la culpo… Yo estaría igual en su lugar.

—Ya comerá cuando le dé hambre, estas cosas son así, la pena a veces supera a los sentidos. De cualquier manera, gracias por quedarte al lado de Clara toda la noche, pequeña —Ben posó una mano sobre su hombro, mirándola con sentido afecto.

Aquello fue suficiente para Will. Se acercó a ella y la rodeó por los hombros, apartando la mano de Ben con la suya.

—Sí, gracias Lily. Has sido muy amable —convino, dirigiéndole a su hermano una mirada dura.

Ben le mantuvo la mirada, sin dejarse intimidar por Will.

—Lo hago con gusto, aunque me hubiese gustado ayudar más —comentó Lily sin notar lo que sucedía a su alrededor—. La pobre Clara está desconsolada —ella negó con la cabeza, con sentida tristeza—. Ahora sigue afuera, enterrando a Jade con Matt. Imagino que ya no tardarán.

—Por favor, ¿podrías decirle a Clara en cuanto llegue que Alexander le envía sus saludos? —le preguntó Ben, ahogando un bostezo—. Estoy muerto, y no creo poder esperar despierto.

—En realidad, le envía sus saludos junto con todo su amor y un beso. Pero claro, eso no le agradará que se lo des personalmente —bromeó Will.

—Por supuesto, sube a descansar Ben. Yo me hago cargo —Lily no hizo caso de la burla de Will, y siguió a Ben hasta la estancia—. ¿Realmente crees que no es necesario darle a Clara algún medicamento? Quizá algo que la ayude a relajarse y dormir. Me preocupa sobremanera su estado, luce al borde del desmayo —le preguntó mientras lo ayudaba a quitarse la chaqueta.

Él le dirigió una mirada amable, complacido por su preocupación.

—Actúas cada vez más como un médico —él posó una mano sobre su hombro—. Quisiera intentar con algo suave, mi bisabuela usaba una mezcla de hierbas que le vendrían de maravilla a Clara en este momento. Están en el armario de herbolaria, bajo el título «té de relajación milagrosa de la abuela Lupe». Prepara una infusión con ellas y dásela a beber como té.

Lily asintió y se dirigió inmediatamente a la clínica, para buscar el frasco que le había dicho Ben. En cuanto Clara vuelva, ella estaría esperándola con ese té listo, y se lo metería por a la fuerza si ella no accedía a beberlo. Esa chica necesitaba descansar.

Entró en la clínica y se dirigió al despacho de Ben, donde solía guardar en un estante las hierbas y medicinas, en frascos bien rotulados para distinguirlos. No le tomó mucho dar con lo que buscaba, cerró el estante y se dirigió a la salida, cuando sus ojos se toparon con algo encima del escritorio que llamó su atención.

Una carta con la letra de Evelyn.

La reconocería en cualquier parte. Esas cartas eran su único consuelo cuando más desesperada se sentía.

A pesar de saber que no era correcto, no pudo resistirse. Su prima no le había escrito hacía semanas. ¿Por qué Ben tenía una carta de ella? ¿Sería un asunto amoroso?

Pero entonces notó su nombre entre las líneas y se decidió. Con manos temblorosas, tomó la hoja de papel y comenzó a leer.

Mi muy estimado Ben:

Siento ser la que ocasione tantos inconvenientes en tu vida imponiéndote la presencia de mi prima, cuando su vida es motivo de tanta preocupación y peligro. No lo haría si no fuese ella mi familia y el ser más amado para mí en este mundo. Como sabes la quiero como a una hermana, y es por ello que me he tomado el atrevimiento de escribirte estas líneas.

La vida de Lily corre peligro una vez más. Y me temo que peor que nunca.

Como habíamos supuesto, Edgar está muerto. Las circunstancias de su muerte todavía se mantienen en el misterio, mas me temo que no tardarán en inculpar a Lily. Su desaparición ha levantado muchas sospechas. Ya han venido un par de

inspectores a preguntarme al hotel sobre ella. Gracias al cielo que ustedes supieron actuar con premura y la sacaron de aquí, sin que nadie se enterase de su presencia.

Sin embargo, ella sigue en peligro. No me he atrevido a escribirle por temor a que sigan la carta y den con ella. O que por otro lado, conociendo a mi amada prima y su carácter valiente y un tanto necio, decida marcharse al enterarse de estas noticias, con el fin de no poner en peligro a su familia. Ya te he revelado en varias ocasiones con anterioridad, el enorme cariño que Lily profesa por ustedes, en especial por William, de quien ha estado prendada en su corazón desde la niñez.

Temo por su vida, Ben. Temo que ella decida marcharse y ponerse a sí misma en peligro, en este mundo hostil y tan peligroso para cualquier ser humano, y mucho más para una mujer.

Te ruego que la protejas y no permitas que se entere de nada de esto. No creo volver a escribir pronto. He usado el contacto de confianza que me has dado en caso de emergencia, mas no creo que sea conveniente volver a hacerlo pronto. Incluso la gente de confianza puede caer en tentación, o puede perder una misiva secreta, que, en manos equivocadas, pondría en peligro la vida de las personas que amo.

Cuida de ella, Ben. Confío en ti con todo mi corazón.

Evelyn.

CAPÍTULO 28

Los ojos de Lily se abrieron con horror al terminar de leer esas palabras. ¿Estaba en peligro? ¿Por qué Ben no le había dicho nada de esto? Miró el matasellos de la carta, había llegado el día anterior. Seguramente Ben no había tenido tiempo de ocultarla, con toda la conmoción del día anterior. ¿Habría más cartas como ésa? ¿Qué más no le estarían diciendo? ¿Acaso creían que era una niña pequeña a la que debían sobreproteger entre todos y ocultarle la verdad?

El enojo trajo de vuelta a su mente las palabras de Susana. ¿Y si era verdad que Will estaba con ella sólo por lástima? ¿Si su supuesta declaración no era más que otra manera de sobreprotegerla? ¿Qué tal si realmente creía que ella era Clara y le mintió por temor a lastimar sus sentimientos?

La puerta se abrió a sus espaldas y Will entró por ella. Lily se dio prisa en ocultar la carta en su delantal, antes de que él la viera.

—Hola —la saludó él, buscando su mirada. Lucía algo extraño, de no conocerlo, Lily habría jurado que estaba siendo tímido.

—Hola —contestó a su vez Lily, dedicándole una sonrisa forzada—. Ya encontré las hierbas de tu bisabuela, voy a preparar la infusión para Clara —añadió, rodeándolo para pasar por su lado.

Él le dirigió una mirada de extrañeza, ¿estaba loco o ella se estaba portando fría?

—Lily, espera un segundo —la tomó por la larga trenza pelirroja, provocando que ella diera un traspié. Él se apuró a tomarla por la cintura antes de que ella cayera y sujetó el frasco de hierbas con su mano libre, como un malabarista.

—Will, si quieres llamar mi atención, sólo tienes que decir mi nombre —le dijo ella en tono sarcástico—. No hace falta que jales. No es la cuerda de una campana —le quitó la trenza de su mano.

—Lo siento —la miró fijamente, ella sonreía, aunque era claro que ocultaba algo—. Quería hablar contigo.

Lily lo miró a los ojos, poniéndose muy seria de repente.

—¿Sobre qué? —preguntó en tono bajo.

—¿Ocurre algo? Te noto extraña. No sé cómo explicarlo —se rascó la coronilla—. Siento como si no te alegraras de verme. No como

antes…

Ella apartó la vista, fijándola en la ventana abierta que daba a los jardines.

—Es cierto —contestó con voz monótona. Will se estremeció, ciertamente no esperaba esa respuesta—. Necesitamos hablar, Will. Pero no en este momento. Ahora mismo tenemos que concentrarnos en cosas mucho más urgentes, en especial tú —volvió a mirarlo a los ojos—. Alexander cuenta contigo, toda tu familia lo hace. No debes distraerte en cosas triviales y sin importancia.

—Espera —la detuvo por el brazo, antes de que pudiera marcharse —. Lo que te suceda a ti, a nosotros, no es algo trivial. Y sin duda importa —añadió, poniendo énfasis en las últimas palabras—. ¿Qué es lo que pasa, Lily?

Ella lo miró a los ojos, notando su turbación. A pesar de todo, no podía sentirse molesta con él por haberle mentido. William era demasiado bueno, si le había ocultado la verdad, seguramente era porque intentaba no lastimarla.

En este momento, lo que él necesitaba era la mayor tranquilidad mental, para conseguir lidiar con el caso de Alexander. No iba a poner más preocupaciones sobre sus hombros, revelándole sus problemas.

Ya podrían hablar de eso después, cuando Alexander estuviera libre y todo ese caos hubiese pasado.

—No te preocupes —ella sonrió y estrechó la mano con la que él sujetaba su brazo—. Son cosas de mujeres. Nada que sea de tú incumbencia —añadió en fingido tono molesto, provocando que él se pusiera colorado.

—De acuerdo. Siento… No quise molestarte —él tartamudeó, visiblemente nervioso.

Lily sonrió, esta vez de verdad, sintiéndose deseosa de abrazarlo. Will era encantador cuando se ponía nervioso.

Y Evelyn tenía razón. «Dile a un hombre que se trata de asuntos de mujeres, y enseguida dejarán de hacerte preguntas. Ninguno quiere hablar del tema. De hecho, no quieren saber ni siquiera que existe el tema», le había dicho.

Will pareció relajarse un poco al verla sonreír. Hizo un gesto hacia la puerta, cediéndole el paso, y ambos regresaron a la casa.

Lily se sintió aliviada al ver a Clara y a Matt sentados en la cocina. Raúl les servía el desayuno, y ella se dio prisa en comenzar a preparar el té para su amiga. Esperaba que esa infusión pudiera ayudarla a relajarse un poco.

Caminó directamente hasta el gabinete donde guardaba la vajilla

para tomar una taza, cuando notó a un hombre observando la casa desde los jardines.

—¿Quién es? —preguntó girándose por encima del hombro para llamar a Will.

Él se asomó por su costado y escrutó los alrededores.

—¿A qué te refieres? —preguntó, frunciendo el ceño.

Ella abrió mucho los ojos al notar que ya no había nadie afuera.

—Creí ver a un hombre de pie allá afuera —dijo, confundida—. Quizá sí necesite dormir un poco…

—O tal vez se trate de algún espíritu que viene de visita —contestó Will con naturalidad, encogiéndose de hombros.

Ella lo miró con ojos entornados. Había olvidado que él solía decir que veía espíritus cuando era niño.

—¿Aún puedes verlos? —le preguntó en voz muy baja.

—¿A quiénes? —él imitó su tono, haciéndola reír.

—Los espíritus —la sonrisa se borró de sus labios cuando él se puso serio.

—A veces —frunció el ceño—. No pienso mucho en ello, en realidad. Era cosa de niños, ahora soy un adulto.

—Creo que es una habilidad increíble. Me parece sumamente interesante.

Él esbozó una sonrisa ladeada, tomando la taza que ella tenía en su mano.

—Deberías charlar con mi madre al respecto cuando vuelva de Inglaterra. Ella nunca se cansa de hablar de los espíritus. ¡Maldición! ¿Qué mierda es esto? —preguntó, escupiendo el trago de té que se había llevado a los labios.

—Es un té para relajarse, y no es para ti —lo reprendió Lily, arrebatándole la taza de las manos—. Clara, querida, aquí tienes tu té. Está muy bueno —sonrió, aunque su amiga le dedicó una mirada que dejaba claro que había escuchado todo y no le creía una palabra—. Bien, tal vez sepa a caca, como dice Will, pero te ayudará a descansar.

—Está bien —suspiró ella, llevándose la taza a los labios. La olisqueó y arrugó la nariz—. Realmente huele a boñiga de caballo.

—No te preocupes, si lo endulzas con un poco de miel, sabrá bien —Raúl le entregó a Lily un frasquito con miel de abeja. Ella revolvió un par de cucharadas en el brebaje y se lo alargó a su amiga.

—¿Mejor? —preguntó, expectante.

—Mucho. Ahora sabe a caca dulce —sonrió Clara, mordaz, haciéndolos reír a todos.

—Quizá tú también te deberías tomar un té de caca, Lily —le dijo

Raúl posando una mano sobre su hombro—. Necesitas descansar un poco.

—Estoy bien —ella negó con la cabeza—, además, quiero vigilar a Clara un rato más —se acercó a la joven y la ayudó a levantarse—. ¿Te gustaría subir a mi habitación? Puedes dormir en mi cama.

Clara le dedicó una mirada agradecida a su amiga y la acompañó escaleras arriba, llevándose consigo el té maloliente.

—Sube a dormir un poco, Matt. ¿Matt? —Will lo sacudió en su asiento, y Matt cayó de bruces contra la mesa, profundamente dormido.

—Este chico se dormiría hasta estando parado —rio Raúl—. Es como un caballo.

—Supongo que no le pasará nada si lo dejamos aquí por un rato. Ya se despertará cuando deje de sentir el cuello —comentó Will, aunque fue al salón por un cobertor y cubrió la espalda de su hermano menor con él.

—Yo me retiro por un par de horas. Iré a casa a dormir un poco, ¿te veo en la comisaría a eso de las once?

—Espera un momento —Will le dirigió una mirada dura, que borró la sonrisa del rostro de Raúl—. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Ocurre algo? —Raúl frunció el ceño, preocupado al notar su tono grave.

—¿Qué te traes con Lily? —fue directo al grano.

Él soltó una carcajada, aliviado de que se tratara de eso.

—Hombre, te has dado cuenta —se rascó la barba incipiente—. Como que me gusta un poco. En realidad, me gusta mucho —sonrió—. Siempre he tenido debilidad por las pelirrojas, ¿sabes? Pero no te preocupes, sé que es la protegida de tu familia, mis intenciones son completamente serias. Y hombre, después de verla en acción ayer, en el consultorio de Ben —chifló—. Esa chica es intensa. Y lo digo completamente en el buen sentido, es la clase de persona con la que nunca te aburrirías. Y Dios, parece un ángel.

—Más te vale que cuides tus palabras —gruñó Will, con los dientes apretados.

—¿Por llamarla ángel? —Raúl arqueó una ceja, confundido.

—Lily está conmigo, ¿entiendes?

Los ojos de Raúl se abrieron con sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Ella es mi novia —espetó Will, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué? —Raúl arqueó las cejas, muy sorprendido—. ¿Tu novia?

—Sí, mi novia. Y te pediré que mantengas tus manos alejadas de

ella —él frunció el ceño—. Lily es aún muy joven e ingenua como para comprender los intentos de avance de un hombre, pero tú sabes muy bien lo que estás haciendo.

—Dios, Will, no tenía idea —Raúl parecía realmente consternado —. Sabes que no me habría fijado en ella de saber que era tu novia. Tenemos un código de respeto entre nosotros —le dijo a la carrera—. Hermano, me conoces bien. Sabes que yo jamás habría intentado nada con ella, de haber sabido que ustedes eran pareja.

—Está bien, no te alteres tanto. Sé que no lo sabías —Will suspiró —. Sólo mantén las manos lejos de ella, ¿de acuerdo? Y también tus intenciones.

El lobo de Matt, recostado a los pies de su dueño, gruñó de repente, alzando la cabeza en dirección a la ventana. Will siguió su mirada hacia afuera, y se quedó de a piedra al ver a un hombre de pie en los jardines.

A pesar de tener la luz del sol a su favor, el hombre apenas era visible, completamente vestido de negro y cubierto con una capa oscura, que le ayudaba a mimetizarse entre las sombras.

Pero aquello no fue lo que alarmó a Will tanto como el hecho de que estaba bajo la ventana de Lily.

—¡Oye! —gritó Will, saliendo a la carrera a su encuentro.

El hombre no esperó, corrió hacia el bosque con una agilidad sorprendente, y se perdió entre la espesura antes de que Will pudiera darle alcance.

—¿Quién era? —escuchó a Raúl preguntarle a sus espaldas, respirando de forma agitada.

—No lo sé, no lo reconocí —confesó, molesto consigo mismo—. Aunque no alcancé a verlo de cerca. Se alejó antes de que pudiera verle la cara.

—¿Crees que sea un hombre de García? —le preguntó su amigo.

—Ni idea, quizá. Eso no es lo importante ahora, sino darle alcance —Will apretó los puños—. Ese tipo estaba mirando a la ventana de Lily.

—Quizá ahora ella es su blanco —Raúl se intentó explicar—. Es decir, después de intentar dañar a Clara, es lógico que intente hacerle algún mal a Lily. Después de todo, juró vengarse de cada uno de los miembros de su familia. Y qué mejor que con las mujeres que son sus parejas.

La mandíbula de Will se apretó. Nunca habría imaginado que su amor por Lily la pondría en peligro.

—Vuelve a casa con ella, no vaya a ser que ese tipo aproveche la

oportunidad de regresar a la casa, mientras estamos nosotros aquí afuera —Matt los había alcanzado, con su lobo olfateando a su lado—. Charles y yo seguiremos el rastro.

—Iré contigo —Raúl desenfundó su pistola.

—Quizá yo también debería ir con ustedes —comentó Will—. Ben está en la casa, con las chicas. Él podrá cuidarlas. Y yo soy mejor que ustedes dos juntos con un arma.

—Gracias por el apoyo, hermano —le dijo Matt en tono sarcástico —, pero será mejor que te quedes en la casa. Ben está exhausto. Y sabes que en ese estado, tiene una coordinación peor que la de un borracho. No podría darle ni a un elefante a un metro de distancia. Lo mejor será que vayas a cuidarlo a él también, y dejes de hacernos perder el tiempo. El mirón se aleja a cada segundo —concluyó, saliendo a la carrera, junto a su lobo, seguido de cerca por Raúl, sin darle la oportunidad a su hermano de replicar.

Con el ceño fruncido, Will los observó perderse en la espesura antes de decidirse a volver a la casa. Siempre que se preocupaba, sonaba fanfarrón, lo sabía. Aunque la verdad es que se preocupaba por la seguridad de Matt y Raúl. A veces, el deseo de sobreproteger a su hermano menor y a su amigo, que era casi como otro hermano, emergía de él como la lava de un volcán, y era incapaz de detenerla.

Se sentía como una especie de segunda versión de Alexander. Una menos perfecta, claro estaba.

Al regresar a casa, vio desde la ventana a Lily sentada frente a su escritorio, atenta a una carta que estaba leyendo. Parecía muy concentrada, tanto que ni siquiera notó la turbación que sucedía en sus propios jardines.

No quería que nada pudiera dañarla jamás. Fue en ese momento que comprendió a Alexander, su preocupación extrema por Clara, cuando era él quien estaba encerrado tras las rejas.

Si algo llegaba a sucederle a Lily por su culpa, jamás se lo perdonaría.

Y por Dios que si ese maldito de García le tocaba un solo cabello, lo mataría.

CAPÍTULO 29

—Ella ha terminado con Alexander.

Lily estuvo cerca de dejar caer el plato de sopa que tenía en las manos.

—¿Qué has dicho? —miró a Ben incrédula.

—No lo entiendo. Nadie lo hace —él negó con la cabeza—. Ella asegura que ahora se casará con García.

—¡Imposible! —exclamó Lily—. ¡Ella ama a Alexander! Lo sé, todos lo sabemos.

—No lo dudo, sin embargo ella no habla al respecto, Lily. Sabemos que ocurre algo, que García la debe tener amenazada de alguna forma, pero ella no nos lo quiere decir.

Lily se llevó una mano a los labios, turbada. Los últimos días habían sido un completo caos, pero ahora las cosas se ponían más extrañas que nunca. ¿Cómo era posible que Clara decidiera terminar con Alexander para casarse con ese maldito de García?

—Yo hablaré con ella —le aseguró, mirándolo decidida—. Clara nunca haría algo así por su propia voluntad. Ella ama a Alexander, y jamás le daría la espalda de esa forma. No con ese desgraciado que le ha hecho tanto daño a su familia, a Alexander, a Jade. Eso es prácticamente una traición, y Clara nunca traicionaría a nadie. No, algo ocurre aquí —sentenció, golpeando la encimera de la cocina con el puño—, y lo voy a descubrir.

Ben le dirigió una sonrisa amable.

—Sabía que lo harías, pequeña —señaló la sopa con la cabeza—. No olvides eso, es tu excusa para entrar allí y hablar con ella.

Lily asintió, comprendiéndolo. Ben acababa de pedirle que le llevara algo de comer a Clara, pero obviamente había otras intenciones ocultas en esa petición.

Tan rápido como pudo, terminó de arreglar la bandeja y se encaminó a la habitación de la clínica donde se encontraba Clara.

Al entrar, ella la miró con unos ojos hundidos y apagados, que le estremecieron el corazón. En pocos días, Clara se había convertido en un manojo de huesos sin vida.

—Clara —musitó Lily con tristeza, dejando la bandeja sobre la

mesita de noche, para sentarse en la cama a su lado. Tomó una de sus manos entre las suyas, que percibió más huesuda que antes y tan fría como la de un muerto, y la estrechó con cariño—. ¿Qué ocurre, Clara? Sabes que puedes hablar conmigo.

Ella la miró a través de un velo de lágrimas, y luego a la ventana. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—No pasa nada —dijo al fin, en un murmullo tan bajo que a ella le costó escucharlo, incluso estando a su lado.

—García te ha amenazado, ¿es eso?

Clara no respondió, mantuvo la mirada fija en la ventana, sin verla.

—Clara, por favor, somos amigas —le suplicó—. Puedes confiarme lo que sea. ¿Por qué estás actuando así? Tú nunca habrías terminado con Alexander, ¡lo amas más que a ti misma!

—Precisamente —musitó ella, cerrando los ojos para evitar soltarse a llorar.

Lily suspiró y la abrazó contra su hombro, permitiéndole desahogarse.

Alguien tocó a la puerta y Susi entró por ella, llevando consigo una cesta con panecillos recién horneados.

—Hola, Clara —saludó, y al ver a Lily, añadió—, ya llegó tu amiga favorita. Ah, Lily, no te había visto allí. Tus ropas son siempre tan simplonas, te pierdes con los muebles de la habitación.

Lily frunció el ceño.

—Mejor eso que confundirme con las pirujas del pueblo.

Susi apretó los labios, dejando con más fuerza de la necesaria la cesta con comida sobre la cama.

—Querida, te traje algo para comer. Supongo que has de estar muriéndote de hambre, dicen que la comida de los hospitales es horrible —arrugó la nariz a la sopa que Lily le había llevado a Clara —. Y dicen que a veces enferma incluso más a los pacientes.

—La sopa está exquisita, en realidad —Clara salió en defensa de su amiga. Notando su molestia, tomó la sopa de las manos de Lily. Su amiga parecía deseosa de lanzársela a la cabeza a Susi.

—Pero, querida, no es nada comparado a esto —alzó la servilleta para que pudiera ver los panecillos, e incluso Lily debió reconocer que olían maravillosamente. Por supuesto, las brujas de los cuentos son buenas con los dulces, así atraen a los niños que van a cenarse—. Mira, son tus favoritos, pastelillos de mantequilla y pasas. Los hice yo misma —sonrió de oreja a oreja—, sabes que no existe mejor cocinera que yo en este pueblo o en todo el mundo.

—Como si tú conocieras a todo el mundo —bufó Lily rodando los

ojos.

Ahora fue Susi quien estuvo a punto de lanzarle uno de los panes a Lily.

—Gracias, Susi. Los comeré más tarde, ¿de acuerdo? —Clara tomó la cesta de sus manos, evitando una pelea—. Ahora mismo sólo quiero descansar un poco.

—Bien, como quieras —Susi se encogió de hombros, intentando aparentar que aquello no la molestaba, cuando era claro por la expresión crispada de su rostro, que así era—. Nos vemos mañana, amiga mía. Cuídate de las garrapatas, se trepan a las camas y se te pegan antes de que te des cuenta.

—Nadie quiere saber lo que haces de noche, Susi —replicó Lily, mordaz, provocando que los ojos de la mujer se encendieran de furia.

Antes de darle oportunidad de decir nada, Clara la despidió y Susi se marchó de la habitación, cerrando tras ella con un portazo.

—¿Qué fue todo eso? —le preguntó Clara a Lily, una vez que se quedaron a solas.

Ella frunció el ceño, intentando dominar el enojo que todavía sentía.

—Sé que Susi es tu amiga, pero no la soporto —Lily apretó los puños, arrugando las sábanas—. Nunca me cayó bien, pero desde que me abordó en la calle para soltarme todas esas sandeces de Will. ¡Creo que la odio!

—¿Qué fue lo que te dijo? —Clara le preguntó, preocupada.

Lily inspiró hondo, intentando controlar su lengua.

—No quiero hablar de ello, sé que estás pasando por mucho y no quiero molestarte.

—Lily, por favor —la tomó por la mano—. ¿Susi te dijo algo que te molestó?

—Esa arpía —Lily bajó los ojos, negando con la cabeza—. Sólo quiso dañarme. Es mala, Clara. Lo noto, aunque intenta ocultarlo tras esa sonrisa melosa, es una mala persona.

—¿Pero qué fue lo que te dijo que te molestó tanto?

—Si te lo digo, ¿tú también me cuentas lo tuyo? —le preguntó, intentando volver al tema que le interesaba más.

—Lily…

—Son sandeces sin sentido, Clara, no tienen importancia. Ahora sólo preocúpate de recuperar la salud y sentirte mejor. Y por el amor del cielo, aléjate de ese monstruo de persona a la que llamas amiga —añadió, apretando los dientes—. Ella es la auténtica chupasangre que anda por ahí buscando succionarle la vida a los demás.

Clara negó con la cabeza.

—Susi es una buena persona, Lily. Un tanto… directa —buscó la palabra—, tal vez, pero es buena persona.

—Clara, confía en mí —Lily la miró a los ojos, muy seria—. No lo es.

CAPÍTULO 30

Las cosas continuaron siendo raras con el paso de los días, a pesar de que Will había conseguido poner a Alexander en libertad, Clara seguía decidida a no volver con él y mantener su compromiso con García. Y no sólo eso, vivía prácticamente encerrada en su casa, vigilada de cerca por García y sus matones. Nadie podía hablarle sin el permiso del hombre, su mejor amiga prácticamente era una esclava del hombre, viviendo y haciendo todo lo que él le ordenaba.

Y lo peor de todo es que nadie sabía por qué ella lo permitía. Era obvio que debía estar siendo intimidada de alguna forma, pero mientras ella se negase a que la ayudaran, era poco lo que podían hacer.

La puerta de la clínica se abrió y por ella entró Ben, luciendo agotado. Últimamente parecía llevar encima el peso de las preocupaciones del mundo.

—Hola, Lily —la saludó, sorprendido de encontrarla allí—. ¿Por qué sigues despierta?

—Estaba preocupada —contestó, mirando la puerta tras él—. ¿Will no vino contigo?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, se quedó con Alexander. Mandó sus saludos, y dijo que vendría mañana a verte.

Lily le dirigió una mirada turbada, últimamente no podía decidir quién era el que estaba más deprimido por la situación de Clara, si Will o Alexander.

Ni siquiera había ido a verla, a pesar de que el día anterior lo había prometido. Al igual que el anterior, y el anterior. No, no podía ser egoísta, se reprendió. Sabía que Will estaba cuidando a su hermano. Alexander estaba muy mal, deprimido al extremo tras la ruptura con Clara. Trabajaba sin parar, sin querer hablar con nadie, ni siquiera con sus hermanos. Sin embargo, ellos permanecían a su lado, intentando consolarlo. En especial Will, que parecía sufrir tanto como él con aquella situación.

—¿Cómo sigue Álex? —le preguntó Lily, terminando de guardar las vendas, perfectamente limpias y ordenadas, en su caja.

—Igual —Ben suspiró negando con la cabeza—. No entiende razones, ni Zalo ni el abuelo Lee han conseguido hacerlo salir de ese estado —se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza contra la pared—. Trabaja hasta agotarse, así no tiene que pensar en lo que sucede. Sólo duerme cuando prácticamente se desmaya por el cansancio.

Lily apretó los labios, negando con la cabeza. Lee había regresado de su viaje en el mejor momento, para apoyar a los muchachos. Sin embargo, tras la decisión de Clara de romper su relación con Alexander, ni siquiera él parecía ser capaz de animarlo.

—No lo entiendo, Clara nunca permitiría que él viviera eso. Lo ama —pensó—. Debe haber algo que se nos escapa —aseguró Lily—. García debe estar amenazándola de algún modo.

—¿Tú tampoco has podido ir a hablar con ella? —le preguntó Ben, pasándose una mano por el cabello. Hasta entonces, ninguno de ellos había conseguido acercarse a Clara.

—No, tampoco me permiten verla. Sólo a su familia y a esa serpiente de Susi —siseó cruzándose de brazos.

—¿No te cae bien? —Ben esbozó una sonrisa divertida al verla tan molesta.

—Ni un poquito —bufó ella, guardando la caja con vendas de vuelta en su gabinete. Entonces se quedó de pie, dudando—. Ben… Hace algunos días he querido hablar contigo.

Él arqueó una ceja, prestándole atención.

—Susi me dijo algo el otro día —ella se pasó una mano por el rostro, apartando los cabellos que se habían soltado de su moño—. No quise sacar el tema antes, sabía que todos estaban muy preocupados por Alexander, pero ahora que él está libre. Bueno, tal vez podríamos charlar.

—¿Y bien? —insistió él—. No te quedes callada, pequeña, no soy adivino. Dime, ¿qué fue eso que te dijo esa mujer, que obviamente te mantiene tan preocupada?

Ella alzó el mentón y se acercó a él.

—Ella dijo que Will no me quiere en realidad, es a Clara a la que ama, a quien realmente quiso besar el día de la feria del pueblo. Pero me confundió con ella y luego —negó con la cabeza—. Dijo que los había escuchado hablar. A ti y a Will.

Ben se quedó callado, mirándola fijamente con expresión estoica.

—¿Y bien? —Lily inspiró hondo—. ¿Es verdad?

—Lily —él se meció los cabellos, poniéndose de pie y comenzando a pasearse por la habitación—, la verdad es tan subjetiva.

—Es verdad, entonces —ella palideció al extremo, y tuvo que

sentarse en la silla que él acababa de dejar vacía cuando sintió que las piernas le flaqueaban de repente.

—Lily, mi hermano puede ser un hombre un tanto complicado en ocasiones. Es temperamental, se deja llevar por los impulsos —Ben se arrodilló ante ella—. Es verdad que Will amaba a Clara. Pero ahora asegura quererte a ti, ¿comprendes?

Ella no respondió, mantenía la vista fija en el piso.

—Esto deberías hablarlo directamente con él, nadie te puede explicar mejor que William lo que pasa por su corazón. Sin embargo, te aseguro que he discutido con él al respecto, y me ha repetido en varias ocasiones que te tiene un cariño sincero —intentó tomar su mano, pero ella se apartó.

—¿Por qué no me lo dijiste, Ben? —lo miró a los ojos tras un velo de lágrimas—. Creía que eras mi amigo. Confiaba en ti.

—Soy tu amigo, Lily —le aseguró—. Pero no puedo traicionar a mi hermano.

Ella soltó una risa áspera, rara en ella.

—¿Quieres decir que es correcto solapar una mentira si es por proteger a tu hermano? —le preguntó, derramando un par de lágrimas.

—No he solapado ninguna mentira, Lily. Will asegura quererte. Lo que él sentía por Clara…

—¿Ella lo sabía? —lo interrumpió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué?

—Susi dijo que Clara estaba al tanto de todo —le contó—. ¿Eso también es verdad?

—No, eso no es cierto —él frunció el ceño—. Clara no estuvo presente durante nuestra discusión, no sabía nada sobre el beso, no se enteró de los sentimientos que albergaba Will hacia ella, sino hasta el momento en que él se peleó con Alexander, después de descubrirlos besándose.

—¿Él se peleó con Alexander por celos? —los ojos de Lily se abrieron con horror.

Ahora comprendía el motivo por el que tenía esos moretones en el rostro. Se había peleado con su hermano, y lo había hecho por Clara.

—Eso fue antes de la fiesta del pueblo, Lily. Antes de que él se te declarara.

—Él se le declaró a Clara —Lily se puso de pie bruscamente—. No a mí.

—Lily, no permitas que el enojo te gane.

—No, Ben. No lo he hecho. He permanecido en silencio, por el bien de todos, pero ya no lo soporto más. Estas mentiras —lo miró con una mezcla de decepción y enojo—. Todos ustedes, los creía mis amigos, pero sólo me han mentido.

—Lily, no exageres las cosas. No es como imaginas.

—¿Esto lo estoy imaginando también? —ella sacó la carta que había estado guardando en el bolsillo de su delantal.

Los ojos de Ben se abrieron de golpe al reconocerla.

—¿De dónde has sacado eso?

—Eso no importa ahora, sino el hecho de que me has estado ocultando la verdad. Aquí dice que estoy en peligro, incluso revela el motivo por el que no he recibido ninguna carta de Evelyn, cuando yo no he dejado de escribirle. Temí que algo malo pasara, te lo comenté en varias ocasiones, y nunca me dijiste la verdad. No tuviste el corazón de aliviar mi pesar —una lágrima escapó por su mejilla—, ¿no pensaste que tal vez me ayudaría saber la verdad? ¿El motivo por el que mi prima, mi única conexión con mi antigua vida, ya no me escriba?

—Supuse que era mejor así, Lily. Que mantuvieras contacto con Evelyn era peligroso para todos.

—¿Y no pudiste decírmelo antes de enviarle mis cartas? ¿Qué ocurre si alguien las rastrea? —se calló al notar la expresión turbada en él—. Mis cartas no le han llegado, ¿no es verdad? —adivinó.

Él negó con la cabeza.

—Tengo todas tus cartas guardadas, las enviaré en el momento oportuno con alguien de confianza. Ahora no.

Lily negó con la cabeza, con incredulidad. Se sentía herida en lo más hondo del alma, en la confianza que había profesado por aquellos a los que asumió la querían tanto como ella a ellos.

—Lily, pequeña.

—No me toques —ella se apartó antes de que Ben pudiera abrazarla—. Ni siquiera puedo verte ahora mismo. Evelyn tenía razón, no se puede confiar en nadie.

—No digas eso —la mirada de él revelaba sincero pesar, pero a ella no le importó. Estaba herida en lo más profundo, y ya no era capaz de confiar en nadie.

Era lógico, si ni siquiera su propia familia había intentado protegerla, ¿por qué lo harían los Collinwood, que realmente no eran nada para ella? No compartían lazos sanguíneos, y ahora lo entendía, no eran sus amigos.

—Lily, debes comprender que todo cuanto intentamos hacer es

protegerte —Ben intentó razonar con ella.

—No, lo que han hecho es traicionarme —lo miró con el ceño fruncido y la mirada encendida por el enojo—. Tú, Will, incluso Evelyn —su voz se quebró.

—Lily, no te enojes. Intentamos protegerte.

—No, Ben, por favor, no sigas con eso —ella le dirigió una mirada colmada de dolor—. No puedo soportarlo más. Ya no puedo confiar en ustedes, en nadie.

—Lily —pero ella no lo escuchó. Salió corriendo de la habitación, dejándolo a solas con su preocupación, y llevándose con ella su dolor.

Sintiendo el corazón atormentado, Lily subió a su habitación y cerró la puerta con llave. Sabía que Ben no entraría si ella no se lo permitía, pero necesitaba sentirse poseedora de algún control en su vida, aunque fuese la simple llave que mantenía a los demás afuera del cuarto, y de su vida.

Caminó hasta la ventana y la abrió de golpe, intentando buscar algo de aire. De pronto, se sentía como si no pudiera respirar. Pero entonces, a través del reflejo del vidrio, vio una oscura figura emerger de entre las sombras.

—¿Quién? —intentó gritar, pero enseguida una mano cubrió su boca, al tiempo que un fuerte brazo la envolvía por la cintura desde atrás, inmovilizándola.

Lily intentó removerse, sintiendo pánico cuando otra oscura figura ante ella avanzó hasta situarse a menos de un metro.

Sintiendo el corazón latiéndole a toda velocidad por el terror, vio al hombre apartarse la capucha que escondía su rostro, para dejar al descubierto un semblante sereno, pintado completamente de negro, lo que provocaba que sus ojos grises contrastaran extremadamente con su tez, resaltando de una forma casi antinatural.

—Lily —lo escuchó pronunciar su nombre, al tiempo que extendía una mano hacia ella. Lily se removió, intentando escapar del hombre a su espalda que la mantenía sujeta, pero él era demasiado fuerte.

Cerró los ojos de golpe cuando la mano del hombre la alcanzó, percibiendo el calor de su mano sobre su piel, a pesar de que él llevaba todavía puestos los guantes tan oscuros como toda su vestimenta. Era por ello que no lo había visto, todo él se confundía con las sombras.

—No temas —escuchó que él le decía ahuecando la mano en su mejilla—. No voy a hacerte daño. Estoy aquí para ayudarte.

Ella abrió los ojos y enfocó la vista en el hombre, sin comprender sus palabras. Quiso hablar, pero la mano del otro individuo

continuaba cubriendo su boca, impidiéndoselo.

El hombre ante ella alzó la vista y sus ojos debieron cruzarse con los de su compañero, a su espalda, en una conversación muda, porque el otro la soltó.

Lily trastabilló, libre de repente. El hombre ante ella la sujetó por los hombros, y antes de que ella pudiera pensar en cómo escapar, la abrazó.

—Al fin te he encontrado, hija mía —escuchó que él le decía al oído.

Ella se apartó, escrutando en esos ojos grises alguna respuesta a su muda pregunta. Él asintió esbozando una sonrisa ligera.

—Soy tu padre, Lily.

CAPÍTULO 31

—Mi padre está muerto.

—Soy tu verdadero padre, Lily —él parecía mortificado de pronto —. Imagino que ha de ser un golpe para ti enterarte de este modo, pero es la verdad. Yo soy tu verdadero padre, Lilianne. Derrick Wadlow, el marido de tu madre, no…

—No lo era —ella concluyó su frase—. Ya lo sé. No es nada nuevo para mí. En cambio, tú… —Lily inspiró hondo, sintiéndose muy nerviosa—. ¿Cómo es posible que seas tú mi padre?

—Sé que puede ser difícil de creer. Aparezco de la nada, después de tantos años.

—Lo es, y mucho —ella frunció el ceño—. ¿Y por qué me buscarías después de tanto tiempo? ¿Y tú quién eres, a todo esto? —añadió, echando un vistazo al hombre a su espalda, y la sorpresa la invadió al descubrir que se trataba sólo de un muchacho no mayor de quince años.

—Son muchas preguntas, y es poco el tiempo que tenemos —le dijo el hombre que se hacía llamar su padre—. Es fundamental que sepas que corres peligro, hija. Y que no estás sola, he venido a ayudarte.

—¿A ayudarme? ¿Cómo vas a hacerlo? —ella entrecerró los ojos, negando con la cabeza.

—Hablaremos en otro momento, alguien viene para acá.

Lily iba a preguntar cómo era posible que él supiera aquello, pero el hombre continuó hablando, sin darle la oportunidad.

—Nos encontraremos al medio día bajo el puente del río al norte de aquí. Ve sola, Lily —le pidió, antes de volver a colocarse la capucha y salir como un suspiro por la ventana que el chico a su espalda ya había atravesado.

Lily apenas consiguió verlos escapar por el alfeizar y usar la fachada de la casa para descender hasta llegar al jardín y perderse entre las sombras del bosque.

Un segundo después, alguien llamó a la puerta.

—¿Lily? —escuchó la voz de Ben desde el otro lado—. ¿Te encuentras bien?

Ella hizo rodar la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Sí, estoy bien —le dijo a Ben a la carrera, sin saber exactamente cómo debía actuar. Aquello parecía irreal. ¿Cómo podía ser posible que ese hombre fuese su padre? Había aparecido de la nada, como un fantasma, y se había marchado del mismo modo.

—Lily, siento lo que sucedió —Ben le dirigió una mirada afligida —. No quiero que te molestes, las cosas no son tan malas como parecen.

—Disculpa, Ben, pero estoy agotada —lo interrumpió—. ¿Te importaría si continuamos mañana con esta charla?

—No, por supuesto que no —él le dirigió una sonrisa suave antes de marcharse a su habitación.

Con cuidado, Lily cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. No podía decirle la verdad a Ben, no sabía en realidad si podía seguir confiando en él.

Seguramente a él no le agradaría saber que ese hombre que decía ser su padre había entrado a hurtadillas en su habitación. Y sin duda, no le creería. Y con buena razón, es decir, ¿cómo poder confiar en que ese hombre, un completo extraño, era su padre?

Agotada física y emocionalmente, Lily se dejó caer sobre la cama y soltó un resoplido.

No le diría nada a nadie. Todos tenían preocupaciones mayores en sus vidas en ese momento, aquel era su problema, y ella se encargaría de resolverlo.

Además, le gustaba la idea de que, para variar, fuese ella quien tuviera un secreto.

A la mañana siguiente, Lily se levantó temprano. Había pasado buena parte de la noche tan nerviosa, que apenas había conseguido cerrar los ojos. Por lo que decidió que sería mejor levantarse en lugar de continuar dando vueltas en la cama. Lo que resultó ser bueno, porque al bajar las escaleras escuchó a alguien llamando a la puerta de la clínica.

—Todavía no abrimos —le dijo en español al hombre que en ese momento se encontraba esperando.

—No quiero molestarla, señorita, pero es urgente. Mi hijo se encuentra muy enfermo, ha estado con diarrea toda la noche.

Lily palideció.

—Iré a buscar al médico, espere un momento —le dijo y volvió al interior de la casa.

Encontró a Ben en su habitación, todavía dormido. Una sonrisa divertida apareció en sus labios al notar que tenía varios libros

abiertos en la cama, cada noche solía quedarse dormido leyendo varios libros a la vez. Y uno de ellos descansaba abierto sobre su cara, como el tejado de dos aguas de una casa.

—Ben —lo llamó en voz baja, para no asustarlo. Se acercó a su lado y lo sacudió por el brazo—. Ben, hay alguien en la clínica.

Como respuesta, él soltó un sonoro ronquido.

—Despierta, doctor dormilón —mordiéndose el labio para no reír, Lily levantó el libro que Ben tenía en el rostro y lo cerró, para colocarlo en la mesita de noche—. Tus pacientes te necesitan.

—Evelyn —lo escuchó murmurar antes de que una fuerte mano se cerrara en su cintura y ella cayó de espaldas sobre su cuerpo.

—¡Benjamin! —gritó, sacudiéndose para levantarse. Su pie conectó con su entrepierna y él gritó de dolor.

Lo escuchó soltar una palabrota, algo raro en Ben, justo antes de que la soltara.

—¿Lily? —le preguntó, confundido, poniéndose en posición fetal a causa del dolor—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Intentando despertarte —se explicó, sintiendo las mejillas encendidas—, hay un paciente abajo y tú no me oías.

—¡Pedazo de idiota! —escucharon una voz familiar, justo en el momento en que la puerta de la habitación se abría.

—¿Lily? —Will apareció en el umbral, llevando la jaula de Pity con él—. ¿Estás bien? Te escuché gritar —sus ojos se ampliaron con sorpresa al encontrarla en la cama con Ben—. ¿Qué demonios es esto? —rugió, y Lily pudo notar su rostro enrojecerse por la rabia—. ¿Qué está pasando aquí?

—No es lo que piensas —Ben se apuró en explicarle—. Lily intentaba despertarme.

—¿Y cómo es que terminó acostada a tu lado? —sus ojos sacaban chispas.

—No te imagines cosas que no son —Lily frunció el ceño—, Ben me confundió con Evelyn. Sólo me abrazó porque creyó que era ella.

Ni siquiera había terminado de decirlo, y ya se había arrepentido. William ahora sí parecía a punto de matar a alguien.

—Lily, será mejor que esperes afuera —le pidió Ben, manteniendo un tono tranquilo a pesar de todo—. Mi hermano y yo tenemos que hablar.

Ella asintió, manteniendo los labios bien cerrados, temerosa de decir algo inconveniente que empeorara las cosas.

—Quizá deberías llevarte esto contigo —Will le alargó la jaula con el ave en su interior—. No ha dejado de insultarme y de picotearme a

cada oportunidad.

—¿Por qué tienes tú a Pity? —Lily le preguntó, tomando la jaula.

—Clara encontró la forma de enviarnos un mensaje con él —una sonrisa colmada de orgullo apareció en sus labios—. Esa chica es realmente muy inteligente. Nos ha mantenido a Alexander y a mí despiertos toda la noche, siguiendo sus pistas.

Lily no pudo evitar sentir una pizca de celos. Últimamente Will sólo hablaba de Clara. Y por lo visto, tampoco había ido a verla la noche anterior, por estar preocupado por ella.

—¿Qué mensaje envió? —preguntó, intentando dominar los celos.

—De eso he venido a hablar con mi hermano. Vamos a reunirnos los cuatro, Ben —Will frunció el ceño al fijar los ojos sobre el hombre que ya buscaba una muda de ropa limpia en el armario—. ¿Cuánto vas a tardar?

—No lo sé, Lily dice que hay un paciente abajo.

—Sí, no lo conozco. Debe ser algún campesino de los que visitas durante tus rondas, ha venido a buscarte diciendo que su hijo estuvo con diarrea toda la noche —le explicó la joven.

—¿Ha traído al niño con él?

—No, estaba solo. Seguramente quiere que vayas con él.

—Dale algo de medicina o pídele que regrese con el niño, Ben. Esto es urgente —le dijo Will.

—No puedo hacer eso, William. Si un paciente me necesita, es mi deber atenderlo.

—Bien, como quieras —espetó él, de mal humor—. Pero ve a la hacienda en cuanto termines. Te necesitamos, Clara te necesita.

—Allí estaré —le aseguró su hermano, comenzando a desabrocharse la parte de arriba de la pijama.

—Espera a que salgamos de la habitación, le vas a quemar las córneas a Lily si te ve desnudo —le reclamó Will, tapándole los ojos a la joven al tiempo que la empujaba fuera de la habitación.

—William, eso fue muy grosero —lo reprendió Lily, colocando la jaula de Pity como escudo entre ambos—. No tenías que hablarle a Ben de esa manera tan ruda.

—Cuando acaba de despertar, Benjamin tiene el cerebro todavía adormilado. Mi hermano se habría desnudado ante ti, sin siquiera percatarse de lo que hacía —él frunció el ceño—. Créeme, les hice un favor a ambos.

—No hiciste ningún favor, yo ya iba de salida. Además, como si no hubiera visto antes a Ben sin camisa —ella frunció el ceño—. No tenías que…

—¿Cómo que lo has visto sin camisa? —la interrumpió Will, volviendo a adoptar ese tono rojizo en el rostro.

—Vivimos en la misma casa, Will. Es lógico que a veces lo vea sin la camisa puesta, en este lugar hace calor, a veces he entrado en la habitación cuando él se está lavando para entregarle una camisa limpia y planchada, no ha sido a propósito. Son cosas que ocurren en el mismo hogar —ella rodó los ojos, como si aquello fuese lo más lógico.

—Voy a matar a mi hermano —gruñó entre dientes.

—¿Quieres dejar de comportarte como un cavernícola?

—Cuando tú dejes de portarte como una desvergonzada —le recriminó.

—¿Cómo te atreves a llamarme así? —ella abrió mucho los ojos, horrorizada.

—Lily, una dama jamás habría entrado a la habitación de un hombre que no es su marido. Y el que admitas que has visto en paños menores al hombre con el que convives en la misma casa, tampoco habla bien de ti —replicó—. No digo que seas una mala mujer, Lily, pero esta clase de cosas levanta las habladurías de la gente, ¿qué no te das cuenta? No puedes ser tan descuidada, tu ingenuidad podría ocasionarte la ruina.

—¿Quieres parar de tratarme como a una niña idiota que no sabe lo que hace? —ella estaba tan molesta como nunca antes la había visto—. ¿Crees que no soy capaz de saber lo que está bien o mal? ¡Ben es un buen hombre, él jamás me haría lo que me hizo mi tío! —Will retrocedió al escuchar esas palabras—. Desde que llegué aquí todo cuanto Ben ha hecho es preocuparse por mí, enseñarme como el mejor maestro, darme un techo y comida. Ha sido el mejor amigo, sobreprotector, pero sin duda el mejor. Y a diferencia de ti, no me ha mentido a la cara cuando lo he enfrentado —añadió con rabia, picándole el dedo en el pecho.

—¿De qué demonios estás hablando? —Will frunció el ceño, apartándose cuando Pity sacó el pico a través de los barrotes de la jaula e intentó atravesarle la camisa con él.

Ella inspiró hondo, mirándolo a través de un velo de lágrimas.

—El día de la feria del pueblo, tú me dijiste que ese beso, aquella declaración en la trastienda, habían sido para mí y no para Clara, como yo temía —ella notó los ojos de Will abriéndose al comprender a dónde iba—. Pero era mentira. Y tú me dijiste a la cara que no me habías confundido con ella cuando te lo pregunté.

—No, no lo hice.

—¡Claro que lo hiciste!

—Te dije que esa noche te elegí a ti, y a nadie más, Lily.

Ella se calló, lo recordaba. No había contestado a su pregunta, se había valido de evasivas, de besos y palabras dulces para no hacerlo.

—Eres vil, William Collinwood —le dijo con resentimiento, apartándose de él para dirigirse a su habitación, todavía llevando la jaula de Pity bien aferrada en las manos.

—Lily, espera —Will la siguió, intentando frenar su avance, y estuvo cerca de que el ave le arrancara un dedo, cuando ella se giró hacia él.

—¡Maldito malnacido! —gritó Pity desde el interior de su jaula, frustrado de no haber conseguido arrancarle un trozo de carne.

Will frunció el ceño al notar que una pequeña sonrisa aparecía en los labios de Lily, antes de que ella lograra disimularla.

—¿Qué quieres, William? —le preguntó, adoptando un tono áspero que no era propio en ella—. Por lo que entiendo, ambos tenemos un día muy ocupado, así que te pido que seas breve. Imagino que has de estar ansioso por volver a casa a seguir tratando el asunto de Clara, como lo has hecho toda la semana y la anterior a ésta, y la anterior. De hecho, William, desde que llegamos a México no has hecho otra cosa que preocuparte por ella, no sé cómo fui tan idiota como para realmente creerte cuando me dijiste que era yo quien te interesaba, y no Clara.

—¡Nunca dije que Clara no me interesaba!

Lily retrocedió un paso, dolida.

—Ella me importa, Lily. Es mi amiga, lo ha sido por muchos años, desde que éramos niños.

—¿Y yo no? —las palabras de Lily, duras y frías, contrastaban con su expresión de dolor—. ¿No éramos acaso los mejores amigos cuando éramos niños?

—Es diferente, Lily. Tú eras pequeña, te veía como una escuincla que no dejaba de entrometerse en mis asuntos. Me caías bien —añadió, al notar sus ojos llenarse de lágrimas—, pero nunca dejé de verte como a una niñita, la hija pequeña de mis vecinos que iba a mi casa de visita de vez en cuando. Una niña a la que debía cuidar. En cambio, Clara era mi amiga de verdad, de mi edad, con la que podía tratar como a una igual. Ella siempre ha sido parte de mi familia, de mi corazón —negó con la cabeza—. ¿No lo entiendes?, es lógico que me interese por ella, que esté preocupado por su situación. No tienes ni idea del infierno que ha tenido que vivir.

—Por supuesto, porque yo no tengo idea de lo que puede ser vivir

un infierno —le dijo, sarcástica, derramando un par de lágrimas.

—Lily, no quise decir eso. Sé que has sufrido mucho, pero es Clara ahora quien necesita todo mi tiempo y atención y no voy a disculparme por ello.

—No, ni quiero que lo hagas. No es eso lo que te estoy reclamando, sino el hecho de que me hayas mentido.

—No te he mentido.

—Tu corazón siempre ha estado con ella, William. No conmigo.

—Lily, eso no es verdad —la tomó por el brazo—. Las amo a las dos por igual.

—¿Cómo puedes decir eso? —ella estalló, soltándose de su agarre. Pity, como si hubiera entendido su sentir, aprovechó la oportunidad para sacar el pico por los barrotes de la jaula y lanzarle a Will un picotazo tan fuerte en el brazo, que le sacó sangre.

Él se apartó, maldiciendo junto con el ave, que no dejaba de insultarlo con todas las palabras altisonantes que formaban parte de su extenso vocabulario.

Lily, sintiendo un peso en el pecho como si su corazón acabase de ser pisoteado y retorcido por un puño gigante, caminó a toda prisa a su habitación, incapaz de permanecer un segundo más en su presencia. No quería que él la viera llorar, no lo merecía.

—Lily, aguarda un segundo, por favor —él intentó alcanzarla justo en el momento en el que ella intentaba cerrarle la puerta en las narices—. Tenemos que hablar.

—Ya todo está dicho, William. Vete de esta casa, no quiero volver a verte.

—Es la casa de mi hermano, tú no puedes echarme.

Ella frunció el ceño, dirigiéndole una mirada airada y dolida.

—Pero ésta es mi habitación, y sí puedo echarte de aquí. ¡Largo! —intentó cerrar una vez más, pero él puso la bota de por medio.

—Lilianne, no me voy a ir hasta que hayamos aclarado esto —le dijo, entrando a la fuerza.

—Las cosas son claras, William. Hemos terminado. Ahora sal de mi habitación y déjame sola —le gritó, señalando la puerta.

El dolor que notó en los ojos de Will al escuchar esas palabras casi la hizo retractarse, pero se mantuvo firme.

Evelyn tenía razón, los hombres sólo hacían sufrir a las mujeres. Y ella no se convertiría en otra víctima, una mujer más de su familia que terminaría su vida resentida por tener a su lado un hombre que no la amaba y la trataba como la suela de su zapato.

—Lily, lo siento, ¿de acuerdo? —le dijo él, quitándose el sombrero

y pasándose una mano por la mata de rizos rubios, en un gesto nervioso—. Hablemos por favor, no tomes una decisión tan drástica.

—¿Drástica? —ella bufó, forzando una sonrisa para no soltarse a llorar—. Me has estado engañando desde un principio. No has venido a verme ni una sola vez en dos semanas. Y ahora has admitido amar a otra mujer, ¿cómo podría estar tomando una decisión drástica? Yo la llamaría necesaria.

—Lily, tú sabías lo que sentía por Clara —no pudo decir nada más cuando ella se soltó a llorar al escucharlo—. Lily, no llores, por favor —intentó acercarse, pero ella lo rechazó.

—Vete, William. Sólo vete —le pidió, dándole la espalda.

Él la miró ceñudo, notando con dolor cómo sus hombros se contraían a causa de los intensos sollozos que ella se forzaba por ocultar.

De pronto, unas garras se cerraron en su muslo y estuvo cerca de soltar una palabrota. Al bajar la vista, notó que Pity continuaba en su jaula, que Lily había dejado a un lado de su cama, entonces vio al pequeño gato de Lily encajando sus garras en su pantalón con total soltura, como si lo hubiese confundido con un tronco en el que poder afilarse las garras.

—Kitty, no hagas eso —Lily lo agarró de su pierna con delicadeza y lo abrazó, sentándose en la cama con el animal bien envuelto en sus brazos, como si ahora fuese ese gato el único ser en el que podía refugiarse. En el que podía confiar.

Will notó que el gato era toda una dulzura en manos de su dueña, y mientras Lily lo abrazaba contra su pecho, sintió celos de ese peludo, que podía permitirse el lujo de permanecer entre sus brazos.

Y entonces lo comprendió. La dura realidad. Ella ya nunca más volvería a abrazarlo. Nunca más le dedicaría una de esas encantadoras sonrisas que eran tan únicas, capaces de acelerarle el corazón y llevarlo al cielo en una fracción de segundo. Nunca más volvería a mirarlo como si él fuese el único ser en este mundo al que pudiese amar.

Ella se iba a alejar de él.

Y eso no lo podía soportar.

—Lily, te lo suplico, no hagas esto —le dijo él con voz colmada de emoción, arrodillándose ante ella para poder verla a los ojos—. Te amo.

Ella lo miró a través de un velo de lágrimas.

—Eso debiste pensarlo antes, William Collinwood. Evelyn siempre tuvo razón, eres igual que todos los hombres. Dijo que me romperías

el corazón, y lo hiciste —le dirigió una mirada llena de dolor y decepción—. Ya no puedo confiar en ti.

—Lily —él intentó ahuecar una mano en su mejilla, pero ella apartó el rostro.

—Sal de mi habitación, William —le dijo, sin mirarlo—. No es correcto que un hombre se encuentre aquí.

—No soy cualquier hombre, yo…

—William —lo llamó Ben desde la puerta.

Ambos se volvieron, sorprendidos de su presencia. Ninguno había notado el momento en que él había llegado. ¿Cuánto habría escuchado de su conversación?

—Vamos, William. Lily ha sido clara, déjala sola —le dijo en tono firme, inflexible.

Will pareció dudar, pero finalmente optó por ponerse de pie y salir de la habitación. Le daría tiempo a Lily para calmarse y entonces hablarían.

Zalo siempre decía que el lodo fresco sólo ensucia más la ropa cuando intentas quitarlo con las manos. Es mejor esperar a que seque. Entonces saldrá completo, sin dejar huella. Lo mismo con las discusiones, se debe esperar a que el enojo pase, y entonces es posible hablar con calma. De lo contrario, lo más seguro es que sólo quede una embarrada.

Ben cuidó de cerrar la puerta tras su hermano, dejando a Lily a solas en su habitación.

Will avanzó por el rellano, dirigiéndose a las escaleras.

—William, espera —lo llamó Ben.

—¿Qué? —preguntó de mal humor, girándose hacia él.

Y lo que recibió fue un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que lo lanzó al suelo.

—¿Pero qué demonios pasa contigo? —le reclamó Will, sobándose la quijada.

—Te advertí que no la lastimaras —siseó Ben, cuidando de no subir el tono para no perturbar a Lily.

De todas maneras, no era necesario, la expresión en sus ojos bastaba para dejar claro lo furioso que se sentía.

—Ben, no fue mi intención lastimarla. No quería que las cosas terminaran así —Will se puso de pie de un salto y lo encaró.

—Ocultarle la verdad nunca fue una buena idea, William. Y eso lo hiciste con toda intención —le clavó el índice en el pecho—. Te mereces esto y más por el daño que le has ocasionado a esa dulce muchacha. Es por escoria como tú que los hombres tomamos mala

reputación ante las mujeres de corazón noble. Ahora sólo un milagro la hará confiar en otro hombre para entregarle su corazón.

Los ojos de Will se encendieron por la furia.

—¿Y acaso esperas ser tú el siguiente en su lista? —le preguntó Will, apartándole la mano de un golpe—. Porque de ser así, te tengo una mala noticia. No lo voy a permitir. Amo a Lily, y esto no ha terminado.

—Creo que ella ya ha dejado muy claro que es así —le contestó Ben, empujándolo para abrirse paso a las escaleras—. Y por cierto, hermano. Esta casa es tan de ella como mía —añadió, dirigiéndole una mirada airada al pasar por su lado—. Si alguien se debe largar de aquí, eres tú.

CAPÍTULO 32

Un par de horas más tarde, Lily salió de casa para acudir a la cita con su padre. Aún sentía el corazón tan apesadumbrado que le costaba mantenerse erguida sobre sus piernas, los ojos se le habían hinchado de tanto llorar, a tal grado que ahora se le dificultaba ver con claridad. Por excepción de su nariz, se le había puesto tan roja, que lucía como uno de esos payasos de circo. Y era visible a cincuenta metros de distancia.

Arrebujándose bien bajo su sombrero, abrió su sombrilla y bajó las escalerillas del pórtico, dispuesta a que nadie la viera con esas fachas mientras caminaba por las calles del pueblo. Sin embargo, su intención se vio frustrada casi enseguida, cuando un hombre la detuvo por el brazo, hablándole de forma muy apresurada en un dialecto que apenas entendía, mezcla de español y una lengua que seguramente debía ser autóctona de la zona.

—Mi niño… la *diarría* no para… el *totor* debe venir a mi casa *utra* vez…

—Aguarde un momento, señor, ¿podría hablar más despacio, por favor? —le pidió Lily, esforzándose por entenderle.

Pero su petición no ayudó, el hombre volvió a repetirlo, esta vez todavía más rápido. Y ella pudo captar las mismas palabras que antes, si no es que menos.

—¿Señor, su hijo está enfermo? —le preguntó.

—Yo víne esta mañana… el *totor* fue a mi jacal…

—¿Es usted el hombre que vino esta mañana? —Lily intentó sacar alguna frase que pudiera entender, sintiéndose más inútil que nunca con su pobre español.

—Mi niño *istá* aquí —la tiró del brazo, señalando una carreta detenida a un lado del camino—. *Usté* vea a mi niño, es la enfermera —le pidió, arrastrándola con él.

—Señor, el doctor es quien debería revisarlo —le explicó Lily—. Él no debe tardar, vamos a la clínica para esperarlo allí, y veré si puedo darle algo a su hijo mientras tanto.

—Él *istá* aquí —insistió el hombre, sin soltarla—. Revíselo, niña. *Usté* vea a mi niño, es la enfermera —repitió, llevándola hasta la parte

trasera de la carreta.

Lily intentó atisbar el bulto bajo la manta, pero el niño estaba cerca del pescante, por lo que le era imposible verlo desde allí.

—Revíselo, niña —insistió el hombre, tomándola de la cintura para ayudarla a treparse al carro.

Lily no discutió con él, era claro que el pobre hombre estaba desesperado por su hijo y no podían entenderse. Quizá después de echarle una mirada pudiera reconocer el grado de gravedad de su enfermedad.

Se acercó al bulto envuelto en mantas de lana y apartó un extremo, buscando el rostro del pequeño.

Pero fue la cara de un hombre maduro la que le regresó la vista, perfectamente sano y fuerte como para tomarla e inmovilizarla de un golpe.

Lily apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que aquello había sido una trampa, cuando el fuerte puño del hombre conectó con su mandíbula. El dolor en el rostro la hizo ver luces, antes de que todo se oscureciera.

—¿Nos vio alguien? —preguntó el atacante, envolviendo el cuerpo inconsciente de Lily entre las mantas, para evitar que se viera.

—A quién le importa, ya hicimos el trabajo. Larguémonos de aquí —contestó el otro, hablando perfectamente en español, al tiempo que se trepaba a la carrera en el pescante.

Con un duro latigazo puso en marcha a los caballos, sin notar la oscura figura que había permanecido oculta observando todo desde las sombras.

Will caminaba de un lado al otro, girando la pistola en su mano, haciendo suertes con ella mientras escuchaba a sus hermanos trazar el plan que llevarían a cabo para ayudar a Clara y rescatarla de García.

Maldito fuera el momento, ¿por qué había tenido que discutir con Lily justo ahora?, no conseguía concentrarse en nada que no fuese ella. Todo en lo que podía pensar era en volver a su lado y suplicarle que lo perdonara por haber sido tan idiota, pero sabía que no era el momento. Tenía que darle la oportunidad de calmarse.

—¡William! —lo llamó Matt, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué? —espetó él, girándose todavía con el arma en la mano.

Matt alzó las manos, arqueando las cejas por la sorpresa.

—Sólo quería saber qué te parece el plan, no te enojes —le dijo en son de broma.

Will masculló una palabrota y devolvió el arma a su cartuchera.

—¿Qué te traes en mente, cachorro? —le preguntó Zalo, notando su turbación—. Por lo general eres el más interesado cuando se trata de tramar un plan, y ahora apenas has dicho dos palabras.

Will miró por el rabillo del ojo a Ben. Como siempre, su hermano permanecía con el semblante serio, estoico ante sus emociones. Él no había dicho nada sobre lo sucedido con Lily, y se lo agradecía. Mientras menos personas supieran que ella había terminado con él, mejor.

Así serían menos las personas a las que tendría que poner sobre aviso cuando ella lo perdonara.

Porque haría que lo perdonara, aunque tuviese que suplicar y vender su alma al mismo infierno, volvería con ella.

—Es cierto, Will. Es ahora cuando necesitamos al demonio que vive en ti —le dijo Matt—. Nadie más listo que tú para salirse con la suya y terminar impune.

Will soltó una palabrota y se dejó caer en su asiento. Era otro el plan el que deseaba tramar, el de la reconciliación con Lily.

—Quizá necesitemos un descanso —comentó Alexander, mirando a su hermano con preocupación—. Les he exigido mucho a todos últimamente. Apenas han conseguido dormir.

—Nada de eso, estamos bien —lo contradijo Will—. Clara nos necesita y debemos actuar cuanto antes para ayudarla.

—Will tiene razón —convino Lee, dejando su taza de café a un lado para señalar un punto en el mapa del pueblo que tenían desplegado en la mesa ante ellos—. ¿Qué les parece si esperamos aquí a García?

—Will —el sonido de su nombre pronunciado por aquella voz profunda y femenina, provocó que el hombre pegara un salto en su asiento.

Turbado, miró en derredor, buscando con la mirada a la persona que le había hablado. Pero al volverse no encontró a nadie.

—Me parece una buena idea —comentó Ben, apuntando a otra zona del mapa—. Creo que deberíamos salir desde aquí y movernos sigilosamente.

—¡William! —el grito desesperado de la mujer le llegó al alma. Will se puso de pie de golpe y se giró en redondo esta vez, buscando el origen del llamado. Sin embargo, una vez más, no había nadie.

—¿Qué pasa contigo, hombre? —le preguntó Matt, frunciendo el ceño—. Parece que has visto un fantasma.

—Verlo no, pero —se quedó callado cuando la etérea figura de una mujer se materializó ante él.

Iba vestida con una especie de manto blanco, inmaculado, que

resaltaba las perfectas curvas de su cuerpo.

Will se quedó sin aire al verla. Y no porque hubiesen pasado años desde la última vez que había visto un espíritu.

Esa mujer era bellísima, de cabello rojo como el fuego, tan brillante que parecía irradiar luz propia, y con unos ojos resplandecientes que parecían ser capaces de atravesarle el alma.

—¡Lily! —la llamó, avanzando un paso para tocarla, pero en cuanto su mano la hubo alcanzado, ella se desvaneció.

Los ojos de Will se abrieron desconcertados, mirando en derredor de forma casi desesperada.

—¿Lily? —Ben lo miró como si acabase de volverse loco—. ¿De qué demonios estás hablando? Ella no está aquí.

—Acabo de verla, vestida de blanco, allí mismo —señaló el punto donde la mujer acababa de aparecerse—. Se desvaneció entre mis manos, ¿no la vieron?

—¿A Lily? —Raúl enarcó las cejas, mirando en derredor.

—Sólo los muertos se aparecen, Will —Matt se interrumpió en sus propias palabras, cayendo en la cuenta del peso de su significado.

Will palideció al extremo al tiempo que sus ojos se agrandaban con comprensión.

—No —musitó, sintiendo que las piernas le flaqueaban—. Lily. ¡No, Lily! —gritó, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos.

Alexander estuvo a su lado, sosteniéndolo por los hombros antes de que él se derrumbara.

—Tranquilízate, no significa nada —le dijo, intentando calmarlo—. Puede ser otra persona que se le parezca.

—Debo ir con ella —Will se soltó de su agarre y salió a la carrera.

—Vamos —Alexander no tuvo siquiera que girarse, sabía que sus hermanos ya los seguían.

Si algo era seguro entre los miembros de su familia, es que estarían allí de forma incondicional para apoyarse en los momentos de necesidad.

Sintiendo el corazón latirle a toda velocidad, William se montó en su caballo y partió al galope, sin detenerse a mirar atrás.

Con los dientes apretados, lanzó una oración al cielo, pidiendo que a su montura le salieran alas. Necesitaba llegar cuanto antes al lado de la mujer que amaba.

Rogó en silencio porque ella no se encontrase del otro lado, lejos de su alcance, del perdón de sus palabras, de un último abrazo, el que tanto había anhelado esa mañana.

¿Por qué desperdició la oportunidad de abrazarla una vez más?

Una oportunidad más, eso necesitaba. Y rogaba al cielo poder llegar con ella a tiempo, antes de que se la arrebataran.

CAPÍTULO 33

Lily despertó con un fuerte dolor de cabeza, se sentía como si hubiese bajado rodando a toda velocidad por una pendiente y que su cabeza hubiese detenido la caída al chocar contra una roca. Intentó moverse y, al hacerlo, la mandíbula le palpitó dolorosamente, provocando que viera chispas.

A través de la bruma de dolor, se forzó en enfocar la vista y echar una mirada a su alrededor, pero le fue imposible, todo estaba a oscuras. No lejos, escuchó el relincho de un caballo, sin embargo, seguía sin ver nada. Fue entonces que se percató, en medio de la neblina de la inconsciencia, que tenía los ojos vendados.

Pudo percibir un intenso aroma a estiércol de caballo y algo más, una mezcla de algo putrefacto, alcohol y sudor de hombre. Apenas conseguía respirar y sentía algo asqueroso en la boca, quien fuera su atacante la había amordazado también, después de meterle algún trapo inmundo dentro de la boca.

Sólo con pensarlo se le revolvieron las entrañas, pero se esforzó en no vomitar. Sabía que, de hacerlo, podría asfixiarse.

Escuchó un sonido extraño, una voz retorcida y lejana, como si estuviera oyendo desde debajo del agua. Aún se sentía muy mareada, pero sabía que no estaba a salvo. Debía intentar hacer algo, escuchaba a alguien y por el tono de su voz, supo que no estaba sola. Y que, quien fuera su acompañante, no tenía buenas intenciones.

Intentó quitarse la asquerosa mordaza de la boca, pero enseguida se dio cuenta que tampoco podía mover las manos. Las tenía atadas contra lo que debía ser un poste del establo. Sus únicas extremidades libres eran sus piernas.

Y cuando notó la sensación de unas manos callosas subiéndole por el muslo, comprendió el motivo.

—¡No! —intentó gritar, pateando al que fuera su atacante.

—¡Quédate quieta, zorra! —un nuevo golpe llegó de la nada, aturdiéndola. Pero Lily se forzó por no perder la conciencia, se había despertado justo a tiempo para evitar que la violaran.

O para presenciar en carne viva esa pesadilla.

—¡Suéltame! —gritó a través de la mordaza, apretando los dientes

cuando una manaza se le cerró en el cuello.

Vivas imágenes de otra mano sobre su cuello regresaron a su mente, trayendo consigo aquellos tormentosos recuerdos. El pánico se apoderó de ella y, a pesar de la falta de oxígeno, Lily se revolvió, gritando tanto como le permitieron sus pulmones. Se hacía daño al intentar zafarse de sus amarres, pero no le importaba. Todo cuanto quería era que ese idiota dejara de tocarla.

De pronto escuchó un extraño sonido semejante a un crujido de huesos, seguido de un golpe sordo de un cuerpo al desplomarse.

El silencio invadió el lugar, roto únicamente por los relinchos lejanos del caballo.

Temblorosa, Lily intentó desatarse frenéticamente, quería saber qué estaba pasando.

—Tranquila hija, ya estás a salvo —escuchó esa voz ronca y suave, que a pesar de sólo haberla escuchado en una ocasión antes, le resultó tan familiar que le hizo brotar lágrimas de alivio de los ojos.

—¿Papá? —preguntó en un sollozo, cuando él le arrancó la mordaza, notando la calidez de unas manos enguantadas antes de que él le apartara la venda de los ojos.

—Soy yo, Lily —él le sonrió, y ella se soltó a llorar de alivio al ver esos ojos grises, que extrañamente, le resultaban tan conocidos—. Tranquila, te sacaremos de aquí.

—De prisa, alguien viene —dijo la voz de otro hombre, y al alzar los ojos alcanzó a atisbar la figura del joven de ojos verdes que acompañaba a su padre la noche anterior.

—¿Puedes caminar? —le preguntó, después de quitarle la mordaza y romper los amarres de sus manos con una navaja.

Ella asintió y se puso de pie con su ayuda. Una mueca de asco arrugó su nariz, cuando vio el cadáver de su atacante tendido a su lado. Su cabeza se encontraba en una posición extraña, completamente girada hacia la espalda.

Seguramente su padre le había roto el cuello. Eso debió ser lo que había escuchado.

Lo reconoció como el hombre que la había atacado en la carreta, y en ese momento no pudo sentir ninguna lástima por él. Era obvio que le había tendido una trampa. Además de que la había golpeado con tanta fuerza, que aún le dolía tanto la mandíbula como si se la hubiese roto del puñetazo.

—Ya vienen —el muchacho se acercó, arma en mano, y se inclinó a su lado para que ella le pasara un brazo por los hombros para sostenerse con su ayuda.

—Vamos, hermanita, no te quedes atrás —le dijo, dedicándole una sonrisa ladeada que dejó a la vista un encantador hoyuelo.

Lily enarcó las cejas, sorprendida por esa declaración. ¿Aquel chico era su hermano?

—Adam, de prisa, por aquí —lo llamó su padre, precediéndolos hacia la puerta. Lily lo observó desenfundar su arma y colocarla junto a su cabeza justo antes de abrir la puerta y apuntar con ella.

En menos de un parpadeo, el hombre se encontraba afuera del establo. Adam aprovechó la oportunidad para subir a Lily sobre el lomo del caballo que se encontraba atado por las riendas a la entrada del establo, aquel que había escuchado antes.

Se oyeron un par de disparos, y el animal alzó la cabeza, amenazando con encabritarse.

—Tranquilo —Lily lo palmeó en el cuello, hablándole con voz suave y segura, tal como Will le había enseñado—, tranquilo, chico.

—Bien hecho, hermanita —Adam le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, que esta vez hizo aparecer ambos hoyuelos, y montó frente a ella sobre el lomo del animal—. Son pocas las mujeres que conozco que saben apaciguar a un caballo.

—Tuve un buen maestro —admitió ella.

—Sostente de mi cintura, vamos a correr un poco —le dijo el chico, tomando una de sus manos y obligándola a sujetarse bien de él, antes de tomar las riendas del caballo y hacerlo salir al galope de la caballeriza.

Afuera, el sonido de los tiros se intensificó. Lily alcanzó a atisbar a varios hombres ocultos en una casucha, tan vieja y desvencijada, que no sabía cómo era posible que todavía se mantuviera en pie. Disparaban en otra dirección, una completamente contraria a la que ellos se encontraban. Y no se percataron de su huida hasta que estuvieron a suficiente distancia como para que sus balas no les dieran alcance.

Por encima del hombro, escrutó los alrededores, en busca de su padre. Entonces lo vio aparecer como un torbellino tras una colina, montando un hermoso alazán que parecía ser tan veloz como el viento.

Les dio alcance, y juntos continuaron al galope por el camino. Sin embargo, el caballo que los llevaba a ellos, no era ni remotamente tan veloz como aquel en el que iba montado su padre. No tardaría en agotarse y quedarse rezagado.

Apenas lo había considerado, cuando su hermano juntó los dedos en la boca y chifló con fuerza. Otro caballo, éste tan negro como el

ébano, apareció de la nada y se mantuvo al galope, junto a ellos.

—Sujétate fuerte, Lily —escuchó que su padre le decía, justo antes de rodearla por la cintura y llevarla sobre su propia montura.

Al instante, su hermano saltó sobre el caballo negro y tomó el control del animal. El pobre caballo que habían robado fue bajando el paso, visiblemente aliviado de ya no tener que continuar con esa carrera, y salió del camino para saciarse con las hierbas.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Adam a su padre, desde su propio caballo.

Lily notó un brillo acerado en los ojos del hombre mayor, al tiempo que asentía en la cabeza.

—Por supuesto —contestó una fracción de segundo antes de que una enorme explosión se escuchara tras ellos.

Lily observó con ojos agrandados cómo una enorme nube de humo se alzaba tras ellos, al tiempo que trozos de madera y otros objetos salían despedidos en todas direcciones.

—Dios mío —musitó Lily con la respiración agitada—. ¿Qué ha sido eso?

—Eso ha sido una enseñanza, hija mía —contestó el hombre, y ella pudo notar la frialdad en su mirada al hablar—. Nadie se mete con la hija de Asher Jones y sale impune.

Ella dio gracias por los músculos de su mandíbula, porque seguramente habría terminado en el suelo, de lo mucho que abrió la boca al escuchar aquello.

Asher Jones era un nombre que ella conocía bien, más relacionado con los cuentos infantiles que con la realidad.

El capitán Jones, como era conocido, había sido un afamado pirata, uno de los más conocidos y hábiles que recordaría la historia de la humanidad. Su habilidad para atracar barcos y salir impune, rayaba con la fantasía. Se decía que había amasado una fortuna mayor a la de la reina de Inglaterra.

Lily sabía bien que su fama lo precedía en todo el mundo, conocido por sus estrategias. Era considerado casi un héroe de cuento, por la sangre fría que lo acompañaba en cada uno de sus actos y un historial increíble de anécdotas que se mezclaban con lo fantástico, que decoraban los cuentos infantiles, como los que solía oír Lily antes de ir a la cama. Incluso los adultos solían hablar de él como un ser mítico. En varias ocasiones había escuchado a hombres discutir si el pirata era en realidad un fantasma o asegurar que las mismas sirenas eran sus cómplices a la hora de escapar.

Las personas que lo habían visto en persona relataban que el pirata

solía atacar de noche protegido por la oscuridad, aparecía de la nada, como un fantasma y, después del robo, tanto él como sus hombres desaparecían en alta mar de forma tan misteriosa como habían llegado.

Nadie había podido atraparlo jamás, nadie supo nunca dónde se encontraba su guarida, y todo rastro de él desapareció de la faz de la tierra de un día para otro, por lo que se le dio por muerto. Para los más fantasiosos, se fue a vivir al fondo del mar, donde podría disfrutar de la fortuna que había conseguido reunir tras su corta, pero exitosa vida como uno de los mejores piratas de la historia.

Sin embargo, ninguna de ambas historias era cierta, claramente. Porque el hombre estaba tan vivo como ella, y había sido el ángel vengador que la había rescatado en su momento de necesidad.

De pronto, un par de caballos le salieron al paso, bloqueándoles el camino. Sus monturas, asustadas, se encabritaron y Lily estuvo a punto de caer de la silla.

—Alto ahí —el corazón de Lily latió con fuerza al reconocer esa voz—. Están rodeados, no intenten nada o será su muerte. Suelten a la chica inmediatamente, si les interesa vivir.

—¿Will? —preguntó con un hilo de voz, observando al hombre que amaba delante de ella.

Él, montado muy erguido sobre su caballo blanco y negro, lucía como un felino a punto de atacar, y movía su caballo de un lado al otro, decidido a no dejarlos pasar. A pesar de la distancia, pudo notar el brillo asesino de sus ojos azules, tan claros como el cielo de verano, mientras mantenía su arma alzada, apuntándola directo contra su padre.

Y Lily sabía que no fallaría.

A su lado, Ben se mantenía sobre su montura, apuntando una pistola hacia Adam.

—¿Estás bien, pequeña? —le preguntó Will, sin apartar los ojos del hombre.

—Sí, todo está bien. Will, estos hombres han ido a rescatarme —le aseguró Lily, intentando apaciguar las cosas. Podía notar a su padre tensándose tras ella, su mano sobre la cartuchera de su pistola, listo para usarla.

—Baja del caballo y ven conmigo —le pidió, sin apartar la vista de los dos hombres.

—Eso no va a pasar, muchacho —contestó su padre—. Será mejor que te marches, si quieres llegar a cenar con tu mamita esta noche.

El único movimiento de Will fue el de sus cejas frunciéndose, sin

dejarse llevar por el enojo de esa clara provocación.

—No fue una petición. Fue una orden —replicó William, quitándole el seguro a su arma—. Dejen ir a la chica. Ahora.

—Por favor, entiendan, no son enemigos. Ambos han ido a ayudarme —Lily intentó conciliar las cosas, pero el estridente sonido de un disparo interrumpió sus palabras.

Vio con ojos agrandados que Adam había sacado un arma, pero antes de poder alzarla, Will la había hecho volar de su mano con un balazo.

—Vuelve a intentar algo así y tendrás un tercer agujero en la nariz —lo amenazó él, amartillando el revólver.

—Tienes buena puntería, muchacho —comentó su padre, sin atisbo de enojo.

—Y también la tienen mis hermanos —Will señaló con un gesto de la cabeza la cima de las lomas que los rodeaban, desde donde pudieron ver asomándose a Alexander y a Matt.

Desde atrás escucharon los cascos de unos caballos, cuando Lee y Zalo llegaron por el camino, apuntando sus armas contra ellos.

—Les dije, están rodeados —una media sonrisa apareció en el rostro de Will, notando la sorpresa en los ojos de su padre.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué es lo que quieren con Lily? —preguntó Ben, apuntando su propia arma, desde su montura, situada junto a la de su hermano.

—Mi nombre es Asher Jones y él es mi hijo, Adam —contestó el hombre, sabiéndose superado—. Y lo que quiero, es llevar a mi hija de vuelta a casa.

CAPÍTULO 34

—¿Puedes seguir mi dedo? —le pidió Ben, después de revisarle la herida en el rostro.

Sentada en la camilla del consultorio de la clínica, Lily hizo lo que él le pedía. A pesar de su habitual estado estoico, pudo notar que estaba perturbado. Prácticamente podía leer la furia en sus ojos.

Después de que hubieron dejado claro que era cierto que estaban rodeados, su padre había accedido a ir con ellos de vuelta al pueblo y llevar a Lily a la clínica. William, actuando como abogado, les había hecho toda clase de preguntas, a las que su padre había prometido contestar cuando ella estuviera a salvo.

Así pues, ahora se encontraban en la clínica, y Ben curaba sus heridas mientras los demás aguardaban sentados en el salón de su casa.

—Vas a ponerte bien, pero tendrás el rostro morado por un tiempo —le dijo él, con sentido enojo—. Voy a colocarte una pomada en la barbilla para que la hinchazón pase pronto. Es excelente, receta de mi bisabuela —le guiñó un ojo, y ella supo a que se refería, aquella pomada debía formar parte del arsenal de medicamentos, pomadas y pociones «mágicas» de la bisabuela Lupe, que había sido una especie de bruja y curandera, reconocida por la excelencia de su trabajo en toda la localidad.

Ben había aprendido mucho de ella y sus recetas se habían preservado gracias a ello, pues él solía usarlas continuamente en su andar de médico.

—Gracias, Ben. Estoy segura que esa pomada hará magia —sonrió, pero enseguida la sonrisa se transformó en una mueca de dolor.

—Intenta no hablar demasiado ni mover los músculos de la cara —le pidió él, comenzando a vendar sus heridas—. Al menos por un tiempo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo sin mover los labios, haciéndolo reír.

Alguien llamó a la puerta, y la voz de Will se alcanzó a escuchar del otro lado.

—¿Ya puedo hablar con ella?

—Te he dicho ya cinco veces que todavía no —gruñó Ben—.

Espera allá afuera, como los otros.

—¡Hermano, me estoy muriendo aquí! —replicó Will—. Déjame verla aunque sea de lejos. Quiero cerciorarme de que está bien.

Una punzada de dolor atravesó el pecho de Lily al escucharlo decir esas palabras.

—Ella te está oyendo, tarado. Si quieres verla, pregúntaselo tú mismo —contestó Ben, con voz glacial.

—¿Lily? —su voz sonó nerviosa—. ¿Podríamos hablar un minuto? Por favor —añadió, cuando no hubo respuesta.

Ella suspiró y miró a Ben, quien mantenía los ojos fijos en la venda que colocaba en ese momento en sus muñecas y brazos, en los sitios donde se había hecho daño al intentar escapar.

—Está bien —dijo sin mucho ánimo, pero incapaz de mantener a Will lejos. Por mucho que le molestara, todavía lo seguía amando. Y demasiado.

Él abrió la puerta enseguida y entró en la habitación. Al verlo, Ben le dedicó una mirada fría, antes de tomar sus cosas y llevarlas sobre una mesa lateral.

—Tienen un minuto —Ben lo detuvo por el brazo al pasar por su lado—. Más vale que te comportes.

—No hace falta ni que lo digas —espetó Will, soltándose de él.

Se acercó a Lily con paso lento, observando a detalle las vendas y curaciones que ella tenía por todo el cuerpo. No notó la puerta cerrándose a su espalda, a causa de la rabia.

—Voy a matarlos —gruñó, apretando los puños a los costados.

—No hace falta —contestó ella, incómoda ante la intensidad con la que él la miraba—. Mi padre ya lo ha hecho.

Creyó notar un atisbo de dolor en su mirada al escuchar esas palabras, pero se esforzó en ignorarlo.

—Así que, ¿ese hombre es tu padre? —arqueó una ceja de forma interrogante.

—Increíble, ¿no es verdad? —ella contestó, intentando mantener un tono neutro. Aún se sentía temblar por el miedo y la mezcla de emociones que había vivido esos últimos días, y no quería que él lo notara.

Estaba cansada de lucir débil ante los demás.

—Tienes sus ojos —soltó él, como si no supiera qué decir.

Ella se quedó pensativa. Era cierto. Con razón se le habían hecho familiares los ojos de su padre.

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó Will, sin mirarla, y ella supo que estaba sentido con ella por eso.

—¿Cuándo se supone que debí hacerlo? —ella le dirigió una mirada fría—. No te has aparecido por aquí en días, y el poco tiempo que te he visto, ha sido sólo porque has venido a buscar a Ben para hablar sobre Clara. No vi la oportunidad.

Ese reclamo le llegó al alma.

—Lily, hablamos esta misma mañana.

—Créeme, Will, entre tus reclamos absurdos por haber visto a tu hermano sin camisa, y el confirmar que me mentiste a la cara cuando me dijiste que me amabas, no tuve muchas ganas de hablar de nada contigo —espetó, desviando la mirada—. Ciertamente, estoy cansada de ser la última persona en tu lista de prioridades.

Él entrecerró los ojos y, a pesar de su aparente frialdad, ella pudo notar que aquellas palabras le habían dolido.

—Sabes que eso no es cierto, Lily —intentó tomar su mano, pero ella la apartó.

—Lo que me duele, es que sé que sí lo es —le dijo, sin mirarlo todavía.

Él frunció el ceño, manteniendo los ojos clavados en ella.

—Lily, has pasado por mucho —él tomó su barbilla, obligándola a verlo a los ojos—. Entiendo que estés molesta conmigo, yo también lo estoy. ¡Dios, quiero colgarme a mí mismo por haberte decepcionado!

Una ligera sonrisa curvó los labios de la joven al escucharlo.

—Niña, te prometo que llegará el día en que deje de ser tan idiota y te compense por todos mis errores. Lucharé sin cansancio para que puedas perdonarme —acarició su mejilla con el pulgar, tan suave que ella apenas lo notó—. Hasta ese momento, sólo quiero que sepas una cosa.

—¿Qué es?

—Lo feliz que me hace encontrarte viva —y antes de darle la oportunidad de reaccionar, él la rodeó con los brazos y la atrajo contra su cuerpo, en un abrazo cuidadoso, pero colmado de afecto—. No tienes idea de lo mucho que me alegra que estés a salvo, Lily —le dijo al oído, con una voz tan colmada de emoción que a ella la estremeció hasta la médula.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Lily. Había creído que nunca más estaría entre los brazos de William. Al despertarse en esa pesadilla viviente, atada en un lugar desconocido y con ese hombre intentando violarla, había sentido tanto miedo. Estaba segura de que moriría.

Aún podía sentir las ataduras, la peste de ese sitio oscuro y maloliente donde había despertado, el terror de encontrarse atada e

indefensa ante sus captores.

Las imágenes del martirio vivido hacía tan poco con su tío, se mezclaban con las nuevas, en un revoltijo que le produjo náuseas.

—¿Estás bien? —le preguntó Will, notando que ella temblaba bajo sus brazos.

Ella se llevó una mano a los ojos y negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Todo está bien, Lily. Ahora estás a salvo y todo irá bien.

—¡No, no es verdad! —chilló ella, en un exabrupto—. Esos eran hombres de García, ¿no es verdad? Ustedes lo mencionaron en el camino, y dijeron que él no pararía hasta hacerles daño a todos ustedes y a las personas que los rodeaban. ¡Ellos no pararán hasta matarme!

—Lily, estamos haciendo un plan, detendremos a García —le aseguró él, intentando calmarla.

—El plan es para ayudar a Clara, no a mí —ella lo miró con unos ojos tan fríos que le helaron el alma—. A mí bien pudo llevarme el demonio, de no ser por mi padre que se preocupó de ir a rescatarme.

—No digas eso, Lily. Estábamos muertos de preocupación por ti. Yo te vi —él cerró los ojos, todavía confundido por la imagen de la mujer que había visto antes—. Íbamos a rescatarte, lo sabes.

—Para cuando hubieran llegado, habría sido demasiado tarde. Me habrían violado y seguramente asesinado, antes de que siquiera me extrañaran.

—¿Por qué dices esas cosas tan crueles? —su voz sonaba pesarosa, dolida por sus palabras—. Tú no eres así, Lily.

Ella lo miró a los ojos, sabía que era cierto. Era como si algo se hubiera roto en su interior ese día. Golpe tras golpe, había terminado derrumbándola, rompiéndola en pedazos.

—No, no lo soy —admitió, bajando la mirada—. Supongo que una persona se vuelve así después de que le han roto el corazón —su voz se quebró—. Cuando se da por enterada de que no le importa realmente a la persona que creía que la amaba. Y queda claro que es la última en una lista de prioridades, donde siempre estará otra persona por delante de ella.

—Lily, no…

—Ahora lo entiendo —musitó, frunciendo el ceño—. Ahora las entiendo a todas; mi abuela, mis tías, mi madre, Evelyn —le dirigió una mirada dura—. Todas tenían razón. No vale la pena amar a nadie. Porque en realidad nadie va a ser capaz de amarte.

Will le dirigió una mirada dolida, negando con la cabeza.

—No creerás realmente eso.

—Lo creo —afirmó ella, arrebujándose en la manta que Ben le había colocado sobre los hombros y poniéndose de pie—. Y has sido tú quien me ha enseñado a creer.

Él, con ojos colmados de incredulidad, la miró pasar por su lado y salir de la habitación, sin siquiera detenerse a mirar atrás.

Esa mujer dura y de ojos fríos no era su Lily.

¿Qué es lo que había hecho?

—¿Cómo es posible que seas realmente el famoso Jones? —le preguntó Lee, en una mezcla de incredulidad y admiración—. Te sepultaron, tienes una cripta y todo.

Adam, de pie con la espalda apoyada contra la pared, atrás del sofá donde se encontraba sentado su padre, soltó una risita divertida al escucharlo.

—A veces son necesarias medidas extremas para dejar atrás el pasado —él se encogió de hombros.

Lily entró en ese momento en el salón. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba puesto uno de sus vestidos de diario, que se veía un tanto abultado al tener que cubrir los vendajes de sus brazos y cuerpo.

El alma se le fue al piso cuando notó la mirada de compasión en los ojos de todos, y debió hacer acopio del máximo de su valor para no volver sobre sus pasos y esconderse en su habitación.

—Lily, permíteme ayudarte —le dijo Raúl, alcanzándola a medio camino. La ternura de su mirada la conmovió, por lo que no dijo nada cuando él la ayudó a llegar a un lugar libre en el sofá a su lado, igual que a una anciana de cien años.

—¿De qué están hablando? —preguntó, forzando una sonrisa. Sus ojos se toparon con los de Will, que en ese momento caminaba hasta situarse a su lado, y se dio prisa en apartar la mirada.

—Tu padre nos estaba contando algo de su pasado —le contestó Alexander, quien no dejaba de observar a Jones con ojos escrutadores.

—Es increíble que seas él —Lee soltó un chiflido, negando con la cabeza—. Es decir, ¡yo le contaba historias sobre tus aventuras a estos muchachos para hacerlos dormir en la noche! —palmeó el hombro de Ben, haciéndolo reír.

—Si mis historias hacían dormir, no hablan muy bien de mí —bromeó el hombre—. Aunque no deja de ser un honor, gracias.

—¿Dormir? ¡bah! —bufó Matt—. Nos mantenía en el suspenso y el abuelo nos amenazaba con no contarnos lo que había pasado después, si no nos íbamos a la cama.

—No encontraba otra manera de mantenerlos quietos —afirmó Lee, haciendo reír ahora a Jones.

—Eso es cierto —convino Zalo, riendo también—. Estos cachorros eran tan revoltosos, que causaban más daños que un terremoto. Algunos lo siguen siendo —añadió, señalando a Will con el pulgar—. A él debieron llamarlo Huracán. Cuando se enfada, convierte todo en una tempestad.

William sonrió, negando con la cabeza.

—Será mejor que me hagas el favor de firmarme un par de autógrafos, Jones —le pidió Raúl—. O mi padre me va a matar cuando se entere de que te he visto y no tengo ninguna prueba de tu presencia. Él es un gran admirador tuyo.

—¿Un par? ¿Y el otro para quién es? —quiso saber Matt.

—Bueno, algo bueno tengo que tener para enseñarle algún día a mis nietos, ¿no? —comentó Raúl un tanto a la defensiva, haciendo reír a sus amigos.

—Lo que a mí me gustaría saber —intervino Will, que no reía en absoluto—, es el motivo por el que abandonaste a Lily a su suerte hasta ahora.

Todos se callaron de golpe, sorprendidos por la rudeza de las palabras del hombre.

—Él no me abandonó —Lily contestó antes que su padre pudiera hacerlo—. Yo vivía con mi familia, lo sabes perfectamente.

—Eso no es excusa para un padre. Y si Jones sabía que era tu padre, Lily, ¿por qué tardó tantos años en venir a buscarte? —Will alzó la vista y la fijó en el hombre—. ¿Qué no sabías que sus padres habían muerto? Toda su familia, en realidad —añadió, con brusquedad—. Ella se quedó sola, a cargo de un mal hombre que intentó abusar de su poder sobre ella. Y Lily no tuvo a nadie mas que a sí misma para protegerse. Y gracias al cielo que es una mujer valiente que supo darle a su agresor su merecido o ahora estarías lamentando mucho el no haberte aparecido antes en su vida.

Los ojos de Jones se encendieron con tanta rabia, como los de Lily se abrieron por sorpresa, al escucharlo decir esas palabras.

—Lo sé, muchacho. Y ya estoy resolviendo eso —aseguró Jones, mirando a su hija con una mezcla de decisión y ternura—. Nadie podrá acusarte de nada, Lily.

—¿Cómo exactamente? —la mirada de Will era asesina—. Llevo meses intentando mover mis influencias para ayudar en el caso de Lily, pero la ley.

—La ley puede deformarse de formas que un abogado no conoce —

el hombre le dedicó una sonrisa sagaz—. Hay mejores formas de salir de un apuro.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alexander, arqueando una ceja.

—Preferiría tratar ese tema únicamente con mi hija.

—Nosotros somos los protectores de Lily —saltó Will, adoptando esa pose de abogado tiburón que no permitía que nadie le ganara la partida—. Cualquier tema que debas tratar con ella lo tendrás que tratar antes con nosotros.

—No es necesario —Lily lo interrumpió, dirigiéndole una mirada dura—. Ustedes tienen cosas que hacer, y yo soy perfectamente capaz de hablar con mi padre sin la supervisión de un adulto. Después de todo, yo soy uno —añadió en tono mordaz.

—No voy a dejarte a solas con él —espetó Will, decidido.

—No te estoy pidiendo permiso —contestó ella con voz fría, y alzando el tono para dirigirse a los demás con una sonrisa que no le llegó a los ojos, añadió—: Ciertamente no deben quedarse aquí, entiendo que están en medio de algo importante. Clara necesita de su ayuda y su pronta intervención es fundamental. Les suplico que no pierdan el tiempo con nimiedades como ésta.

—Clara es tan importante como tú —le aclaró Will enseguida—. Queremos saber más acerca de este hombre que se hace llamar tu padre, y no vamos a dejarte sola con él hasta asegurarnos de que estás a salvo.

—Lo estoy. Él me salvó —pudo notar una nota de resentimiento en su voz—. Sin ofender, lo que mi padre y yo tengamos que hablar, es entre nosotros. Y ustedes tienen que terminar de tramar un plan, algo que a mí me importa tanto como a ustedes que consigan realizar pronto. No quiero que el tormento de Clara se alargue más por mi culpa. Ella es mi mejor amiga y deseo verla a salvo tanto como ustedes. Por favor, no se retrasen por mí, este asunto no es urgente. Soy perfectamente capaz de manejar sola esta situación.

—Lily, hicimos la promesa de protegerte a toda costa —le dijo Alexander, dirigiéndole una mirada amable—. Es nuestro deseo estar a tu lado en este momento.

—Es verdad, debes estar todavía muy asustada —Matt posó una mano sobre su hombro, pero ella se apartó con una mueca de dolor.

—Lo siento. Preferiría que no me tocaran por ahora —le dijo con sincero pesar.

Las imágenes nauseabundas de su tío, la sensación áspera de la mano de ese hombre en su muslo, todo era una pesadilla que no dejaba de revivir en su mente.

—Discúlpame tú a mí —le pidió Matt, mirándola preocupado—. Olvidé por un momento que estabas herida. Quizá deberías ir a la hacienda con nosotros, descansar un poco. Allá podremos protegerte bien, y Calita te hará compañía.

—Es una buena idea —convino Ben, a su pesar—. Me duele decirlo, porque sabes que me encanta tenerte como compañía, Lily, pero mientras no hayamos conseguido detener a García, no estarás completamente segura aquí.

—Opino igual que los muchachos —comentó Zalo, asintiendo con la cabeza—. El mejor lugar para ti en este momento es La Guadalupana.

—De hecho, el mejor lugar para Lily es al lado de su padre —Jones dio un paso enfrente y se dirigió a Lily—. Cariño, ya te lo dije, he venido a llevarte conmigo de vuelta a casa.

—¿A qué te refieres con eso? —espetó Will—, no vas a llevarte a Lily a ninguna parte.

—Mi estimado muchacho, es la decisión de ella, no la tuya —le dijo el hombre en un tono cortante que helaba.

—¿A dónde quieres que vaya contigo? —le preguntó Lily, haciendo lo posible por ignorar la molestia en el rostro de Will al mirarla.

—A Inglaterra, por supuesto. Es allá donde naciste, donde está tu hogar.

—Ella no puede regresar, existe una orden de aprehensión en su contra —intervino Will, rodeando a Lily por los hombros con gesto sobreprotector—. Sólo con poner un pie en territorio de la reina, la meterán a la cárcel.

—No, muchacho. Eso no ocurrirá —afirmó Jones con total seguridad —. Ya te he dicho que yo me he hecho cargo del asunto.

—¿Cómo es eso, padre? —quiso saber Lily, escrutando el rostro, en apariencia frío, del hombre.

—Ya te lo expliqué, hija. A veces las cosas deben manejarse de una forma diferente a la tradicional.

—La ley es clara —Will comenzó a discutir, pero Jones lo interrumpió.

—La ley busca a Lilliane Wadlow y ella está muerta.

Los ojos de Lily se abrieron como platos.

—¿Cómo que estoy muerta? —chilló en un graznido similar a los que lanzaba Pity.

—¿Qué? —Raúl frunció el ceño.

—¿Qué mierda estás diciendo? —espetó Will, terminando lo que fuera a decir Raúl.

Jones pareció pensárselo antes de hablar.

—Asumo que, ya que han ayudado a mi hija hasta ahora y ella claramente les tiene aprecio, son merecedores de conocer la verdad. Sin embargo, sobre sus cabezas pesa la promesa de que si han de hablar fuera de aquí una palabra de lo escuchado en esta sala, mi espada les atravesará el cuello y tendrán que despedirse de sus cabezas. Están advertidos.

—Bien, entendemos la amenaza del pirata mercenario, ¿podrías continuar ahora? —le pidió Will, con el ceño fruncido.

El hombre, en lugar de molestarse, sonrió.

—Me caes bien, chico. Tienes pelotas —se puso serio—, pero más te vale cuidar tu lengua en adelante.

—Y a ti más te vale no amenazarme.

—Padre, nadie va a traicionarme. Por favor, explícate de una vez —le pidió Lily, posando una mano sobre el pecho de Will para apaciguarlo.

—El cuerpo de una muchacha de cabello rojo, de tu edad y complexión, ha sido hallado hace poco tiempo flotando en un río cercano al palacio donde vivías con tus tíos, en Calais. Las autoridades la han identificado como Lilianne Wadlow, la sobrina de la difunta esposa de Edgar Bostick. A quien el hombre, en medio de la locura que venía acosándolo hacía ya tiempo, un hecho testificado por los empleados de la casa, debió asesinar y lanzar el cadáver de la pobre desdichada al río, antes de acabar él mismo con su vida, cometiendo suicidio con su propio abrecartas.

—¿Cómo es eso posible? —Lily negó con la cabeza—. ¿Quién era esa joven?

—Ninguna chica inocente murió, no te preocupes. Es el cuerpo de una prostituta desconocida que encontramos muerta en la calle y lanzada a la fosa común de una ciudad cercana. Todo lo que hicimos fue trasladar su cuerpo.

—¿Y la hicieron pasar por Lily? —Will parecía tan molesto que Lily temió que fuese a golpear a su padre.

—Después de tantos días en el agua, el cuerpo estaba hinchado, putrefacto e irreconocible. Ése era el plan —le explicó Jones, con una frialdad que le heló el alma a Lily—. Después de sobornar a unos cuantos empleados para que, de hecho, dijeran la verdad sobre el estado mental del dueño de la mansión, la forma como solía acosar a su sobrina y las pruebas de la violencia encontrada en la torre donde Lily tenía sus aposentos, fue fácil hacer creer el resto de la historia a la policía. Ahora Lilianne Wadlow no es una criminal buscada por el

posible homicidio de su tío, sino una víctima de éste, un loco sin escrúpulos que la asesinó antes de quitarse él mismo la vida.

—¿Qué policía creería que él se suicidó? —Lily negó con la cabeza—. Le enterré ese abrecartas dos veces, una en el pecho y otra en el cuello.

—Sí, eso está registrado, linda. Te defendiste, como era de esperar de una valiente hija mía, y le enterraste el abrecartas en el pecho. Es una lástima que no hayas atinado a ningún órgano vital o vaso importante, y él te haya terminado matando de todas maneras —le explicó la que debía ser la mentira que habían alzado—. Después de matarte, él se cortó la yugular con el mismo abrecartas que usaste para defenderte. El arma se encontró ensangrentada, todavía aferrada en su puño. De eso dio cuenta el mayordomo, que fue el primero en llegar al lugar la mañana del incidente.

Lily abrió mucho los ojos, así que incluso ese buen hombre que la había ayudado a escapar había mentido para ayudarla. Quizá había colocado incluso el arma en la mano de su tío, para que así lo encontrase la policía.

—¿Cómo puede hablarle con tal insensibilidad? —le preguntó Will, rodeando a la joven en un abrazo protector—. ¿No puede imaginar lo mucho que a ella le afecta todo esto?

—Sí, lo sé, muchacho. Son cosas que nadie debe vivir, mucho menos una joven inocente como Lilianne. Es por ello que voy a llevarte conmigo, hija, a un sitio donde nunca más tengas que volver a vivir esta clase de martirios. Te ofrezco un futuro estable, en paz, querida mía —estrechó su mano—. Lily, mi dulce hija, acepta venir conmigo. Tienes libertad de decidir dónde vivir, estoy dispuesto a complacerte. Te daré mi apellido y podrás comenzar una nueva vida a mi lado.

—¿El apellido de un pirata? —Will saltó, enojado—. No creo que le vaya mucho mejor de ese modo. Y dudo que tenga mucho tiempo de tranquilidad. Después de todo, no tardarán en relacionar su nombre con la fama del pirata y alzar sospechas sobre de quién es hija.

—Chico, me subestimas demasiado. ¿Crees que sería tan idiota como para seguir usando mi nombre? Al igual que Lily, el pirata Jones está muerto desde hace años. Tengo otro nombre y un trabajo respetable y bien remunerado en Estados Unidos. Pero de eso me reservo el derecho de hablar sólo con mi hija —la miró a los ojos—. Sé que he estado ausente por mucho tiempo, mi cielo, pero es hora de recompensarte por el tiempo perdido. Ven conmigo, lejos de todos los infortunios que te han acompañado hasta ahora.

—No puede llevársela —insistió Will—. Aunque no haya nadie buscándola ahora la reconocerán, y entonces su farsa se irá al traste.

—Lilianne vivió los últimos años de su vida en Francia, es poca la gente que la conoce en Inglaterra. Además, pretendo llevarla a vivir conmigo a mi casa en Estados Unidos, si es que ella lo prefiere. Y en caso de decidirse por pasar una estancia en la campiña inglesa, pongo a su disposición mis propiedades en Essex. Nadie la molestará allá. Eso puedo asegurarlo —sus ojos brillaron de una forma que dejaba en claro que así sería. Él se encargaría de ello.

—Lily, no puedes irte con él —Will se dirigió directamente a ella —. Esto no es correcto, lo sabes.

Ella negó con la cabeza, mirando a Will y luego a su padre. Se sentía extraña, como si un gran peso se le hubiese quitado de encima. Ya nadie la buscaba para ahorcarla. Estaba a salvo. Aunque hubiese una enorme mentira de por medio, no podía dejar de sentirse aliviada.

Pero ahora era otro el peso que la agobiaba, el de tomar la decisión entre la familia que la había acogido, ayudado en su momento de necesidad y con la que se sentía en deuda, y su padre, su verdadera familia.

Y por supuesto, William. Él en sí era el mayor peso de todos.

Sólo que no conseguía decidir si en favor o en contra.

—Tengo que pensarlo, una decisión así no se puede tomar a la ligera —musitó ella y mirando a Will a los ojos, añadió—. Ahora más que nunca, entiendo que éste no es mi lugar.

Sus palabras parecieron dolerle en lo más profundo, porque se apartó de ella, como si acabase de golpearlo donde más le dolía.

—Lily —Ben intentó razonar con ella.

—No decidiré nada. No todavía —dijo ella, antes de darle la oportunidad de continuar—. Ahora debemos ocuparnos de Clara y librarla de García. Ustedes vuelvan a hacer lo que tenían planeado, y cuenten conmigo para lo que lleguen a necesitar. Ya volveremos a hablar de esto cuando ella esté a salvo. Entonces, les comunicaré mi decisión.

Ellos compartieron unas cuantas miradas, pero terminaron por asentir, consintiendo su resolución. No tardaron en marcharse, dejándolos a solas en la casa con su padre y hermano.

Lily los observó alejarse desde la puerta, sabiendo que el peso de esa decisión era enorme. Era la decisión que la conduciría directamente a su futuro. Uno que podía ser muy diferente a la vida que tenía ahora.

Will detuvo su caballo frente a la puerta y se giró a mirarla.

—Lo que decidas hacer, yo te apoyaré —le dijo—. Y por un demonio, que aunque te marches a la luna, no te librarás de mí, niña —le dijo con esa media sonrisa que tanto amaba.

Él se tocó la punta del sombrero con el índice como saludo, antes de lanzarse al galope y alejarse a la carrera de allí, junto con sus hermanos.

CAPÍTULO 35

—¿Por qué no quisiste hablar de esto con los demás? —le preguntó Lily, una vez que se quedaron a solas.

Se habían acomodado para hablar sentados en las agradables sillas de mimbre de la terraza. Ben les había sugerido el lugar, considerando que sería un sitio más conveniente para su familia, después de todo, su padre y su hermano parecían estar un tanto incómodos a causa del calor.

—Porque la siguiente parte de mi vida es privada, hija. Un tema que sólo deseo compartir contigo —le explicó él—. Debes comprender que la seguridad de mi familia depende de que mi identidad pasada siga allí, en el pasado. Y que no se mezcle con mi nueva vida, ni mi nuevo nombre.

—Si es así, ¿no debiste darles entonces tu nuevo nombre a los Collinwood, en lugar de hacerte llamar por el anterior?

—No deseo que me puedan encontrar utilizando mi nuevo nombre —le explicó él—. Entiendo que para ti esos hombres son de confianza, pero para mí, siguen siendo desconocidos.

—Además, padre aún goza con el dramatismo —añadió su hermano, sentado a su lado con una taza de café en las manos—. Le encanta ver el miedo en los ojos de los hombres al escuchar el nombre de Asher Jones.

Su padre soltó una carcajada, asintiendo con la cabeza.

—También hay verdad en ello —admitió—. En todo caso, Lily, mi intención es llevarte para convertirte legalmente en mi hija. La hija de un hombre de bien, que se gana la vida honradamente. No de un pirata ni un corsario, que puede decirse que fue en lo que me convertí después de mi retiro como el capitán Jones.

—¿A qué te refieres? —ella frunció el ceño, sin comprender.

—Cuando aún era joven y pasaba mis días como pirata, apareció una oportunidad de oro para hacerme rico fácilmente.

—¿Una mejor que atracar barcos y salir impune? —preguntó ella, arqueando una ceja.

Él soltó una carcajada.

—Sí, se trataba de una oportunidad incluso mejor. Encontré un

próspero mercado con enormes ganancias en Estados Unidos, gracias al bloqueo que puso el norte al sur, durante la guerra civil. Aquel contrabando era oro puro, todo lo que tenía que hacer era pasar el bloqueo de los yanquis y vender mis mercancías a los estados del sur —le contó—. Esa gente estaba ansiosa por poder comprar cualquier clase de productos, desde armas hasta sedas y horquillas para sus damas. No sé si lo sabes, pero esa gente de la alta sociedad sureña sabe apreciar muy bien a sus mujeres, y a sus hombres no les gusta verlas privadas de nada. Aquello era negocio redondo —sonrió, encantado—. Y yo era muy bueno en él. Hasta que un día conocí a tu madre.

Los ojos de Lily se agrandaron por la sorpresa.

—Ella viajaba en un barco de pasajeros, junto con su marido, rumbo a Nueva York —su rostro se puso serio ante el recuerdo—. La tripulación sufrió de una plaga durante el viaje que se llevó al capitán y a varios miembros del equipo, junto a algunos pocos pasajeros. El navío perdió rumbo y después de navegar en esas condiciones por unos cuantos días, fue azotado por una tormenta y zozobró. Nosotros alcanzamos a llegar a tiempo para rescatar a los sobrevivientes y los condujimos a tierra. Sí, aunque no lo creas, yo no era tan malo todo el tiempo. A veces también ayudaba a otros —él le dedicó una sonrisa amable, al notar el desconcierto en el rostro de Lily—. Tu madre iba entre los pasajeros que salvamos, era una mujer hermosa, muy parecida a ti. Y estaba muerta de miedo —una sonrisa colmada de cariño que a Lily no le pasó desapercibida se formó en los labios del hombre—. Atracamos en Virginia, aunque aquello era un gran riesgo para nosotros, pues era allí donde se llevaba a cabo una guerra encarnizada entre el norte y el sur. Sin embargo, conseguimos poner a los náufragos a salvo entre los miembros del ejército yanqui. Para mi sorpresa, había varios hombres de color entre sus filas que me dieron su confianza al relatarme sus historias —él agachó la vista, negando con la cabeza—. Historias colmadas de dolor y de miseria, hija mía. No te voy a abrumar con los recuerdos de esos relatos, que hasta hoy me martirizan. Sólo te diré que después de aquello, decidí cambiar de bando. No ayudaría más al sur, sino que, por el contrario, me uniría al ejército yanqui y ayudaría a las tropas del norte a derrocar la esclavitud que continuaba martirizando a tantas almas inocentes. Así pues, me sumé a las filas del ejército de Grant y en poco tiempo me convertí en su principal estratega. Me convertí en una especie de corsario, encargado de hacer de espía, robar los barcos enemigos y conseguir prisioneros o mensajes secretos del bando contrario, que

pudieran serle de utilidad a mi general para estar al tanto de las estrategias que planeaban los sureños. También fui el encargado de situar bloqueos eficientes que inmovilizaran al sur. Estuve al lado de Grant cuando tomamos el control del río Misisipi y vencimos en Chattanooga. Y estuve allí cuando Lincoln lo nombró general en jefe del ejército de la Unión.

—Increíble —musitó ella, que había escuchado de la grandeza de esas batallas.

—Finalmente, cuando Grant llegó a la presidencia, me eligió para dirigir un grupo secreto armado dedicado a la protección del presidente —le explicó—. Temeroso de sufrir un destino similar al de Lincoln, Grant nos eligió para servirle de guardaespaldas y salvaguardar su vida en todo momento, de cualquier amenaza posible. Mi labor y la de mis hombres era asegurarnos de que nada ni nadie pudiera dañar al presidente. Nuestras funciones comenzaron siendo simples, pero poco a poco se fueron ampliando, convirtiendo nuestro deber en uno más complejo: frenar a aquellos que consideramos una amenaza para el presidente actual y la nación que gobierna.

—¿Algo así como la guardia real de la reina? —le preguntó Lily.

Él rio y asintió.

—Sí, algo similar.

—Y esa labor, ¿cómo la realizan? —quiso saber ella, sorprendida por el relato de su padre.

—Tenemos a varios hombres, encargados desde la guardia personal del presidente, hasta el espionaje y la detención de aquellos que podrían ser una amenaza.

—¿Los… asesinan?

—Cuando es necesario, sí.

Ella abrió mucho los ojos.

—Pero tranquila, eso es algo que ocurre en los casos más extremos. Prácticamente soy el guardaespaldas personal del presidente, o lo era hasta el año pasado.

—¿Cómo? Ya no lo eres…

—Me he retirado —contestó su padre—. Ahora me dedico a la seguridad de navíos. Tengo una empresa que se dedica a mantener a salvo a los pasajeros y los cargamentos de los barcos. Como supondrás, después de tantos años en el mar, no pude resistirme de mantenerme tanto tiempo lejos de las aguas del océano. Aunque de vez en cuando me llaman para alguno que otro trabajo, y es mi obligación atender a la petición del presidente actual.

—Tengo una duda… ¿Dónde entra mi madre en todo esto? —le

preguntó Lily—. Sólo la mencionaste una vez, pero…

—Tu madre y yo nos sentimos… atraídos —buscó una palabra que fuera apropiada para los oídos de la joven—, desde un inicio. Mantuvimos una relación secreta por años, nos enviábamos cartas y yo iba a verla de vez en cuando.

—¿Quieres decir que eran amantes? —los ojos de Lily se abrieron de forma desmesurada.

—Ya lo debiste haber imaginado, no eres tonta, hija mía —él se encogió de hombros—. Cuando ella se quedó embarazada de ti, tuvo miedo de que su marido lo descubriera. Le pedí que huyera conmigo, le aseguré que nadie nos encontraría jamás, la tomaría como esposa, y aceptaría a Meredith como si fuera mi propia hija. Era una propuesta que llevaba haciéndole hacía años, pero tu madre se negó, como siempre. Temía al desprecio de su familia y la sociedad —suspiró molestó, negando con la cabeza—. Me molesté mucho con ella. Era a mi hijo al que traía en las entrañas, después de todo.

Lily suspiró, sintiendo pena al notar el dolor reflejado en las facciones de ese hombre al contarle aquella historia.

—Tu madre me aseguró que podría hacer pasar al niño por hijo de su marido, y él nunca diría nada. Temía el escándalo mucho más que ella. Así pues, le di un ultimátum, o se decidía por mí o me iba para siempre, para dejarla con su marido a vivir la vida en apariencia perfecta que tanto empeño se imponía en mantener a la vista de la sociedad. Y ella se decidió por él —sus ojos se tornaron fríos—. No por amor. Ella aseguró amarme a mí, no a él. Lo hizo por el estatus que estar al lado de ese hombre elegante y de buena familia representaba para ella.

Lily se estremeció al escuchar el enojo y claro sufrimiento que había en las palabras de su padre, a pesar de la aparente apacibilidad de su rostro.

¿Cómo pudo ser su madre tan fría al actuar de ese modo? Le dijo amarlo y de todos modos lo dejó de lado, prefiriendo los privilegios del marido al que detestaba. Ella lo sabía, había estado allí.

Le había roto el corazón a ese hombre, sólo por el nombre, el estatus, el mantener una buena fachada ante el mundo.

—Pasaron los años, y nunca dejé de pensar en ti, Lily. Aunque no lo creas —continuó su padre, y tomando su mano, la estrechó entre las suyas con sumo cariño—. El rencor y el orgullo me impidieron volver a buscar a tu madre, pero me enteré de algunas cosas de tu vida, gracias a los contactos que mantenía en Inglaterra.

—¿Te enteraste de la muerte de mamá?

Él asintió con la cabeza.

—Fue algo que lamenté mucho.

—No lo entiendo… Si decías interesarte por mí, ¿por qué no fuiste a buscarme cuando quedé huérfana?

—Lily, tú no sabías nada de mí, creías que tu padre era otro —él frunció el ceño—. No consideré conveniente aparecer de la nada en tu vida y presentarme como tu verdadero padre. No vi cómo pudiera ayudarte eso. Tú creías que tu padre era un elegante caballero inglés, ¿cómo habrías reaccionado de enterarte que en realidad tu papá era un asesino, un soldado, un antiguo pirata? —ella notó el vivo pesar en su mirada al hablar—. Además, no quedaste desamparada. Te fuiste a vivir a un palacio con tu tía, la hermana de tu madre, que sé que te adoraba como si hubieses sido su verdadera hija.

—Sí, ella lo hizo. Pero estuvo enferma la mayor parte del tiempo, y quedé al cuidado de su marido, que en cuanto murió mi tía, intentó… —se calló, incapaz de pronunciar aquellas palabras.

—Lo sé, pequeña, y no sabes cuánto lamento que hayas tenido que vivir eso —él le dedicó una mirada mezcla de furia y angustia—. De haber sabido que corrías ese peligro, sin duda habría acudido en tu busca mucho antes.

—Está bien, no fue tu culpa, Asher —ella suspiró, intentando consolarlo.

—Papá —él la tomó por las manos y ella pudo notar el cariño en su mirada al hablarle—. Sé que es mucho pedir, pero harías feliz a este viejo si me llamases así.

Ella se sintió cohibida, la verdad es que le resultaba extraño llamarlo de esa forma, pero asintió. No quería herir sus sentimientos.

—De acuerdo… papá —forzó una sonrisa.

Él se la devolvió, pasando una mano por su cabello y su rostro en un gesto colmado de ternura.

—Hija, no puedo resarcir el pasado, pero estoy aquí para ofrecerte un mejor futuro. Ven conmigo a casa, forma parte de mi familia. Hayden, mi esposa, te recibirá con las puertas y los brazos abiertos en nuestro hogar, al igual que tu hermano —señaló a Adam, que asintió con la cabeza, conviniendo con sus palabras—. A nuestro lado tendrás un hogar, una familia, y estarás a salvo, Lily. Yo te mantendré a salvo, te lo prometo —ahuecó una mano en su mejilla.

Lily lo miró con ojos agrandados, indecisa.

—No lo sé, padre. Aquí tengo una vida ya, estoy estudiando con Ben, me estoy convirtiendo en una buena enfermera, ayudo a la gente.

—Si vienes a casa conmigo, podrás convertirte en médico —le

aseguró él, y aquellas palabras provocaron que Lily abriera tanto la boca por la sorpresa, que estuvo cerca de tragarse una mosca.

—¿Estás bromeando? —ella frunció el ceño—. No hay mujeres médicas.

—Claro que las hay. Mi madre es una de ellas —afirmó Adam, sonriendo divertido al notar el pasmo en el rostro de Lily—. Y tú también puedes convertirte en una, si entras a estudiar en la Universidad de Medicina para mujeres de Elizabeth Blackwell.

—¿Quién?

—Ella es la primera mujer que se tituló de médico. Ahora hay muchas más —le explicó su padre—. Mi mujer fue su discípula, y participó con ella durante la guerra civil en el hospital en el que ella y sus hermanas servían. Ellas solas ayudaban a los heridos en combate, pues los hombres se negaban a participar con mujeres médicas. Fue allí donde nos conocimos, cuando caí herido, tras un encarnizado combate —le contó su papá—. Es una excelente escuela, y aunque ella ya no la dirige personalmente, es una gran institución a la que puedes acudir.

—No puedo creerlo, convertirme en médico —musitó Lily, sinceramente asombrada.

—Puedes serlo y ayudar a mucha gente, tal como deseas —le aseveró su padre—. Y lo más importante, podrás hacerlo en compañía de tu familia.

—Danos una oportunidad, Lily —le pidió Adam, mirándola de una forma tan colmada de cariño que le llegó al corazón—. Soy tu hermano, merezco tenerte a mi lado para que me reprendas y me vuelvas loco, como es el deber de toda hermana mayor —bromeó, haciéndola reír—. Además, ¿qué hay en este pueblo olvidado del mundo que te retenga?

Lily agachó la cabeza, sintiendo un nudo enorme en el corazón.

—Tengo a los Collinwood. Ellos son mis amigos, me ayudaron cuando más los necesité.

—Y por ello tendrán mi eterna gratitud. Una deuda que jamás olvidaré —su padre apoyó una mano sobre su hombro—. Sin embargo, eso no te ata aquí.

—No lo sé… Siento que los abandonaría si me marcho.

—No es que no vayas a volverlos a ver jamás —le aseguró Adam—. Nuestro padre sigue viajando, podrías acompañarlo en algunas ocasiones y visitarlos. O ellos también podrían ir a verte. No estás rompiendo la relación con ellos, sólo estás marchando a casa. Lo que, después de todo, es lo natural, ¿no es así? ¿O es que pensabas

quedarte a vivir con ellos por el resto de tu vida?

Lily frunció el ceño, pensativa.

—En realidad, así lo creía. Es decir, no tenía otra opción.

—Ahora la tienes, hija mía —su padre tomó su mano y la estrechó con cariño—. Ahora tienes a tu familia a tu lado para apoyarte. Una familia de verdad —posó una mano en su mejilla—. Tu familia, mi cielo.

CAPÍTULO 36

COLLINWOOD HALL, KENT, INGLATERRA. Diciembre 1879

—Lily, sostén esa tabla o nunca voy a terminar —le pidió Will, molesto al verla revolotear a su alrededor como una mariposa mientras él hacía todo el trabajo duro.

—Está bien, no te enojes —ella apoyó ambas manos contra la tabla y él al fin pudo martillar los clavos.

—Espero que esta vez el techo no se nos caiga encima —dijo él, echando un vistazo al tablón que acababa de colocar para terminar de armar el techo. Por cuarta vez.

Lily miró con cariño aquella casita del árbol, que había comenzado siendo sólo un montón de tablones y ahora tenía forma y era, a su parecer, preciosa.

Y lo era porque la había hecho con ayuda de Will.

—Yo creo que esta vez aguantará —comentó ella, orgullosa de su trabajo.

—Eso dijiste la última vez, y se vino abajo con la primera nevada. Tuvimos suerte de no terminar convertidos en muñecos de nieve.

—Me gusta la nieve, ¿a ti no? —ella rio, divertida de encolerizarlo tan fácilmente.

—Por primera vez entiendo a mi abuela cuando me dice que le saco canas verdes —masculló él, comenzando a guardar las herramientas de trabajo.

De pronto, notó que él se puso serio, observando fijamente algo a lo lejos.

Lily se colocó a su lado y miró en la misma dirección que él, intentando divisar aquello que parecía mantenerlo tan abstraído. Pero por más que se esforzó, no consiguió ver nada.

No había nada allí. Nada más que árboles y nieve, a su parecer. Pero sabía que para Will no era así.

—¿Aún los ves? —le preguntó ella, mirándolo ahora a él.

—¿A quiénes? —arqueó una ceja, interrogante.

—A los espíritus.

—No… No de la misma forma —él frunció el ceño y se encogió de hombros—. Cuando creces, dejas de prestarle atención a esa clase de cosas.

—Oh, ya veo —ella parecía decepcionada.

—Aunque aún hay ocasiones en que puedo ver a alguien, o escuchar voces…

—¿Como ahora? —se aventuró a preguntar.

Él rio.

—Eres difícil de engañar —sonrió—. Sí, como ahora —la sonrisa se borró de su rostro al volver a fijar la vista en algo que llamaba su atención.

Lily se preocupó al notar que su rostro palidecía.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó ella, viendo la preocupación encenderse en sus iris azules.

Él tragó saliva y la miró a los ojos.

—Lily, está enfriando y se hace tarde, vamos a casa —le pidió, comenzando a bajar del árbol.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, siguiéndolo por los tablones de madera que habían clavado al tronco, a modo de escalera.

—No es nada, sólo tengo un poco de frío —Will la tomó de la mano y comenzó a andar con ella por la nieve, de vuelta a casa.

—¿Tú tienes frío? —ella frunció el ceño—. Tú jamás en tu vida has tenido frío. No te creo una palabra, William Collinwood. Dime la verdad, ¿qué has visto allá atrás que tanto miedo te ha dado?

—Ya te dije que no vi nada.

—No seas mentiroso —ella escrutó su rostro con la mirada—. ¿Has visto algo realmente espantoso?

—Un hombre —confesó él, al percatarse de que ella no se iba a dar por vencida—. Un pirata.

—¿Un pirata? —ella frunció el ceño con mayor intensidad, volviéndose hacia atrás—. ¿Qué hace por aquí un pirata? ¿Estás seguro de que no se trata de otra persona?

—Debe ser un pirata, porque sus ropas no son finas, pero definitivamente son de marinero. Y lleva un parche en el ojo, sabes que los piratas los usan.

—¿Por qué los usan? —preguntó ella, curiosa.

—Les ayuda a no perderse de nada cuando bajan de cubierta, como para buscar algo en la oscura bodega, y luego deben volver a subir a pleno sol. Se cubren un ojo y luego el otro, evitando así deslumbrarse —le explicó, sin dejar de avanzar—. Ya sabes, cuando eres pirata, no puedes estar desprevenido, tienes que ser capaz de ver en todo

momento. Cuando eres un pirata, el enemigo puede atacarte en cualquier momento.

—¿Es en serio eso de los parches? —ella abrió la boca, asombrada—. ¿Cómo lo sabes?

—Fui pirata hace unos años.

Ella abrió mucho los ojos.

—Es una broma, Lily —él soltó una risita divertida al notar la decepción en su rostro—. Mi tío Jack me lo contó. Él ha viajado por todo el mundo en sus barcos, y sabe mucho acerca de todo lo relacionado con el mar. Fue él quien me enseñó el modo correcto para aproximar un bote a la costa, sin correr el riesgo de estrellarte contra las rocas, o cómo hacer trueques con los isleños del caribe, las leyes náuticas —se encogió de hombros—. Todo lo que alguien que pasa la mayor parte de su vida en el mar debe saber.

—¿Tu tío es un pirata?

—No, no lo es. Ojalá lo fuera —suspiró, soñador.

—A mí me encantaría poder conocer a un pirata de verdad —ella sonrió, jugueteando con una ramita que cogió en el camino y alzó como una espada—. ¿Es verdad que llevan un loro en el hombro? Amo los loros. Quisiera tener uno.

—Ni idea —él rio, negando con la cabeza—. Pero mi tío me contó que una vez vio un marino que tenía un monito.

—¿Un monito? —los ojos de ella resplandecieron.

—Así de alto —puso una mano por debajo de su rodilla—, y con una cola larga que le servía para sujetarse del mástil.

—¡Qué encantador! —ella aplaudió—. Me encantaría poder tener un monito así.

Él sonrió, divertido.

—Quizá algún día te traiga uno. Cuando me convierta en marinero de los barcos del tío Jack, viajaré por todo el mundo y podré traerte los regalos que tú quieras desde cualquier ciudad que elijas.

—¿Deseas convertirte en marinero? —ella pareció sorprendida.

—Sí, es mi deber —él asintió, alzando la cabeza con orgullo—. Mi padre tiene algunos barcos en sociedad con el tío Jack. Son para llevar los cargamentos de café y cacao desde México a Londres y Nueva York. El tío Jack es quien se hace cargo de la mayor parte de todo lo relacionado al transporte de los cargamentos, pero a su edad comienza a hacérsele pesado. En especial la parte de los viajes. Es por ello que me gustaría reemplazarlo en su puesto algún día.

—¿Pero, a ti te gusta eso? Creí que lo tuyo eran los caballos y el campo.

—Me gustan, pero el mar me parece sumamente interesante —confesó, esbozando una sonrisa soñadora—, la idea de poder llegar a cualquier parte del mundo, conocer lugares completamente diferentes a los que has visto hasta ahora, gente nueva —suspiró—. Todo eso me parece fascinante.

—Te entiendo —ella bajó la mirada—. Ojalá yo también pudiera hacer algo así.

Él sonrió, mirándola a los ojos.

—Tal vez algún día me acompañes en alguno de esos viajes.

—Eso es algo que realmente me gustaría —ella sonrió también, convirtiendo sus ojos en un mar de plata.

Al aproximarse a las inmediaciones de la casa, divisaron a Lupita saliendo de la casa al lado de los gemelos y con el pequeño Nathe en brazos. Lily corrió a saludarlos, encantada de poder jugar un rato con los pequeños.

Will se quedó de pie en su lugar, forzándose por sonreír cuando Lily se giró en su busca, como si ya lo extrañara, y alzó una mano para saludarlo a la distancia.

—¡Will, ven aquí! —lo llamó ella, haciéndose eco con las manos.

Él iba a dar un paso cuando sintió la presencia de un espíritu a su lado. Sin volverse, notó por el rabillo del ojo cómo tomaba forma, adoptando la figura de una joven pelirroja.

—Sé que puedes verme, no pretendas que no es así —escuchó que ella le decía—. Lily me contó cientos de veces cómo era que tú podías ver a los fantasmas y nunca le creí. Hasta ahora.

Él soltó una bocanada de aire y se giró hacia ella, y la sorpresa se reflejó en sus ojos al reconocerla.

—Por cierto, buena idea la de decirle lo del pirata —ella continuó, ajena a la tristeza que ahora se veía con claridad en la mirada del niño ante ella—. La pobre pequeña no habría soportado saber la verdad —sonrió, aunque la alegría no le llegó a los ojos.

—Meredith —musitó en voz baja, para que Lily no pudiera escucharlo. Una prevención excesiva, considerando que ella estaba muy lejos—. ¿Qué es lo que sucedió? —le preguntó Will con voz pesarosa.

—El barco en el que viajábamos con papá y mamá se hundió en altamar —ella apartó la mirada y la fijó en su hermana pequeña, que en ese momento seguía jugando con los pequeños—. No hubo sobrevivientes.

Él tragó saliva y asintió.

—¿Quieres darle un mensaje a Lily?

Una sonrisa triste se formó en los labios de Meredith.

—Es una buena niña. Me hubiese gustado pasar más tiempo con ella, aprovechar estar viva… Ahora es demasiado tarde.

Will frunció el ceño, notando el vivo pesar en el rostro de la chica.

—Ella necesitará tanto de una hermana mayor —su voz se escuchaba colmada de dolor—, alguien en quien apoyarse, que la conforte, una persona que la quiera sinceramente, en quien pueda confiar —una lágrima pálida y luminosa rodó por su mejilla, hasta perderse en la nada—. Yo soy su hermana mayor. Yo debí ser esa persona. Ahora es demasiado tarde —repitió, con una tristeza que a él le tocó el corazón.

—Yo cuidaré de ella. Lo prometo —Will apretó el puño, hablando con fervor—. No permitiré que ella se sienta sola.

Meredith se giró y lo miró a los ojos, dedicándole una sonrisa amable.

—Lo sé.

—¿Will? —Lily caminaba hacia él, mirándolo con una ceja arqueada—. ¿Con quién estás hablando?

Will alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de su madre, que caminaba a un lado de la niña, llevando al pequeño Nathe en brazos. Y por la tristeza que vio en sus ojos negros, supo que ella también era capaz de ver a la chica de pie a su lado.

Meredith alzó una mano y acarició la mejilla de Lily, aunque sus dedos eran imperceptibles para su hermana menor, ella se estremeció, como si el viento helado le hubiese dado en el rostro.

—Dile que la amo, por favor —le pidió Meredith, inclinándose para besar la frente de su hermana—, y que siempre voy a cuidar de ella.

Will tragó saliva y asintió, notando con un nudo en la garganta cómo la chica se desvanecía para desaparecer completamente.

—¿Escucharon algo? —preguntó Lily, mirando en derredor—. De pronto sentí un escalofrío.

—Cariño, ¿por qué no vas adentro y buscas a Alexander? —le pidió Lupita—. Sé que tiene chocolate.

Los ojos de la niña se iluminaron.

—No tardaré —dijo, saliendo a la carrera de vuelta a la casa, acompañada por los gemelos.

—¿Mamá? —Will miró a su madre, en busca de una respuesta.

—No podemos decirle nada, Will. No hasta tener noticias oficiales —le explicó Lupita, posando una mano en el hombro de su hijo—. Es mejor así.

—Pero eso podría tardar días.

—Tal vez, aunque no lo creo. Las malas noticias vuelan —suspiró y él notó un gran pesar en sus ojos negros—. Lo que sí es seguro, es que Lily nos va a necesitar a su lado para apoyarla. Lo que esa pequeña va a tener que enfrentar dentro de muy poco, va a ser la prueba más difícil de su vida —le rodeó los hombros en un abrazo y lo atrajo contra su cuerpo—. Y todos los que la queremos tendremos que estar allí para ella, para apoyarla y consolarla.

Will asintió, manteniendo la vista fija en la silueta de Lily, alejándose en la nieve.

Era cierto, Lily tendría que enfrentarse a algo horrible a su corta edad.

No sabía cómo, pero él haría todo lo posible por ayudarla a pasar el trago amargo.

CAPÍTULO 37

1888

Lily no podía dejar de pensar en la propuesta de su padre. Era una oportunidad única y la idea de dejarla pasar le carcomía el alma. Toda su vida había deseado convertirse en una mujer útil y autosuficiente, y cuando conoció la medicina al lado de Ben, se enamoró de ella. Y ahora, con la oportunidad de convertirse en un médico de verdad, sencillamente no podía dejar de soñar con esa idea.

—Cariño, dudo que el piso tenga hambre —le dijo su padre, devolviéndola al presente.

Ella lo miró y luego al piso del comedor. Se había quedado metida en ese hilo de pensamientos con el cucharón extendido, lo cual provocaba que la comida cayera al piso en lugar de terminar en el plato que su padre mantenía alzado ante ella.

—Lo siento tanto —se disculpó y dejó a un lado la olla, para comenzar a limpiar.

Sin duda los niños no necesitaban a una asistente de cocina distraída que desperdiciara la comida compartiéndola con el piso, y además pudiendo provocar un accidente si alguien llegaba a resbalarse con eso.

Esa mañana Lily ayudaba a las monjas a servir la comida a los pequeños, y su padre y hermano habían ido a acompañarla como protección para las hermanas y los pequeños, en caso de que García intentara alguna venganza contra ellos. Una idea de Will que su padre aprobó, para variar.

Esos dos no se conseguían llevar bien ni coincidir en nada que no se tratase en ideas para asesinar o evitar ser asesinado.

—No te preocupes, Lily. Ve a dejar la olla de vuelta a la cocina, yo me encargo de limpiar eso —le dijo su padre, dedicándole una sonrisa amable.

—¡Lily! —las puertas se abrieron de golpe cuando Will entró corriendo al comedor del orfanato—. ¡Lily, ha terminado! ¡Lo hemos conseguido!

Ella se giró hacia él, cargando todavía con la olla en un brazo y el cucharon lleno de frijoles en la mano libre.

—¿Lo dices en serio? —su rostro se iluminó de emoción. Sabía que aquel era el día en que realizarían el plan para desenmascarar a García y liberar a Clara. Ella había estado esperando toda la mañana, muerta de nervios, para saber cómo habían resultado las cosas—. ¿Ha salido todo bien? ¿Clara está a salvo?

—¡Todo salió perfecto! —Will recorrió las mesas hasta llegar ante ella y la abrazó, sin importarle llenarse la ropa de frijoles.

—William Collinwood, mírate, pareces un mollete —lo molestó sor Teresa, pasando a su lado con una sonrisita divertida en los labios.

—¿Te apetece dar una mordidita, Azul Rosa Blanca? —le preguntó él, arqueando las cejas de forma pícara.

—¡Will! —lo reprendió Lily.

—Tranquila, cielo, hay para todas —él la rodeó por la cintura y la alzó del piso para darle un largo beso en los labios.

Los niños gritaron entusiasmados, gritándoles cosas chistosas y lanzando silbidos, los que podían.

—¡Muchacho, corta con eso si no quieres que te rebane el cuello! —gritó Asher, alzando en alto el cuchillo de mantequilla con el que untaba mermelada en una rebanada de pan para una de las niñas, sentada a su lado.

La pequeña abrió los ojos como platos, muy asustada.

—Tranquila, no lo dice en serio —le aseguró Adam, quitándole la rebanada de pan de las manos a su padre para ponerlo en el plato ante la chiquilla—. Anda, come, linda. Está deliciosa la mermelada de fresas.

La niña palideció y el ver el rojo de la mermelada en su tostada no pareció ayudarla.

—Oye, pirata, deja de aterrorizar a mis niños —lo reprendió sor Teresa, poniendo los brazos en jarra antes de girarse a Will—. Y en cuanto a ti, si vas a besar a alguien.

—¿Qué sea a ti? —Will arqueó las cejas, juntando los labios para darle un beso.

—Ya quisieras —la monja lo sujetó de la barbilla y le apretó los mofletes—. Pareces una mojarra lujuriosa.

—Si eso te gusta —él se apartó y se sobó las mejillas, adoloridas—. Dios, ahora entiendo por qué los niños te respetan tanto. Esas manos son duras.

—No tienes idea de cuánto —ella lo fulminó con la mirada antes de girarse hacia la chica, aguardando con el rostro encendido, de pie a su

lado—. Lily, cariño, deberías ir a ver a Clara, has estado muy preocupada por ella toda la mañana. Y así me haces el favor de llevarte a este pervertido con cara de pescado lejos de la vista de mis pequeños angelitos, me aliviarás el día.

—Por supuesto, hermana —contestó Lily antes de darle la oportunidad a Will de replicar nada, y tomándolo de la mano lo obligó a seguirla fuera del comedor.

—Lily, no olvides mandarle a Clara nuestros saludos y cariño —le pidió sor Teresa, riendo antes de quitarle la olla de las manos—. Si no te molesta, esto se queda aquí. A menos que William quiera que le termines de decorar la camisa con frijoles.

—Te agradezco tu amabilidad, Azul Rosa Blanca, pero creo que ya tengo suficientes frijoles por una temporada —le dijo él, sarcástico—. Si hay algo que pueda hacer para compensarte el prestarnos a Lily unas horas, no dudes en hacérmelo saber.

—Ven para el desayuno. Habrá atole de fresa —lo miró de arriba abajo—. Siempre he creído que te verías bien de rosa.

—Muy graciosa —él rodó los ojos, pero rio—. Le daré tus saludos a Clara.

—Y mi bendición.

—No abuses —él frunció el ceño y tomó la mano de Lily—. Si quieres encargos de esa altura, pídeselos a ella.

Lily lo miró con ojos agrandados por la sorpresa que le causaron sus palabras.

—¿Ahora te crees mucho para dar una bendición? —la monja puso los brazos en jarra.

—Temo dar algo más parecido a una maldición, de llegar a intentarlo —él bromeó—. Y hablando de peticiones, necesito llevarme a Rodrigo por un rato. Le tenemos una sorpresa con mis hermanos.

La monja lanzó un suspiro melodramático y asintió.

—Adelante, pero tráelo antes de la hora de dormir, demonio. O me ocuparé de exorcizarte con litros de agua bendita, y te la meteré por un lugar al que nunca le da el sol.

—Siempre pensando en mi trasero, Azul Rosa Blanca —él subió y bajó las cejas, sonriendo pícaramente.

—Me refería a tu garganta, muchacho. Quizá así dejes de soltar tanta barbaridad por esa sucia bocota tuya —ella rodó los ojos.

Will soltó una carcajada, y en su alegría le dio un gran abrazo de oso a la monja, antes de alejarse a la carrera con Lily de la mano.

—¿A dónde van? —le preguntó Jones desde su mesa.

Lily le dedicó una mirada divertida, era claro que había escuchado

todo.

—¿Quieres venir, papá?

—No, gracias. Sólo llévala temprano a casa, muchacho —le indicó a Will, apuntándolo con el cuchillo de mantequilla en una muda amenaza.

La niña sentada a su lado abrió todavía más los ojos, dejando caer la tostada de su mano.

—Regresaremos pronto, no te preocupes, papá —le dijo Lily, dándole un rápido beso en la frente—. Y por lo que más quieras, deja de apuntar con ese cuchillo.

—Tranquila, yo vigilaré que el viejo no mate a los niños del susto —le aseguró Adam, volviendo a colocar la tostada en la mano de la niña—. Se te cayó, cielo.

Ella lo miró y luego a su pan, antes de salir corriendo hacia la hermana Teresa.

—Todo está bien, ¿lo ves? —le aseguró Adam, sonriendo de forma angelical.

Lily pareció dudar, pero Will tiró de ella hacia la puerta.

—Disfruten la comida —se despidió él, tomando a Rodrigo de su asiento para llevarlo con ellos.

—No tanto como tú, obviamente —musitó Adam, fijando la vista en los restos de comida que tenía en la camisa.

Will rio y cargó en brazos al pequeño, antes de volver a tomar a Lily de la mano para conducirlos a ambos hacia afuera, donde Matt los esperaba, sentado en el pescante de una carreta, con su inseparable lobo como compañía.

—Al fin llegan, comenzaban a impacientarse —les dijo él, esbozando una sonrisa ladeada bastante parecida a la de Will.

—¿Quiénes? ¡Oh, mi Dios! —Lily abrió los ojos como platos cuando Matt destapó una caja de madera que llevaba en la parte trasera, dejando al descubierto a un par de cachorros—. ¡Son hermosos! —exclamó ella, corriendo a verlos de cerca con Rodrigo de la mano.

Matt compartió una sonrisa con ella y ayudó a subir al niño a la carreta. Lily iba a trepar tras él, cuando notó las familiares manos de Will rodeándola por la cintura, antes de alzarla con facilidad a la carreta.

—Gracias —le dijo, estirando una mano para ayudarle a subir a él también.

Él sonrió y tomó su mano, aunque no le hacía falta para poder subir. Sólo tocarla era placer suficiente, y rechazarlo era una

estupidez.

En cuanto él estuvo arriba, Lily se zafó de su agarre y se acercó a la caja, donde Rodrigo ya jugaba con un cachorro revoltoso de color gris. Matt le tendió el otro, tan negro como el ébano. Y Lily supo enseguida para quién sería ese perrito.

—¿Es para Clara, no es verdad? —le preguntó a los dos hermanos, riendo divertida cuando el cachorro comenzó a lamerle el cuello.

Will frunció el ceño, deseando poder encontrarse en el lugar de ese perrito.

—Will mencionó lo triste que estaba Rodrigo por la muerte de Jade, y Charlie y yo pensamos que algunos de sus hijos podrían consolarlos, y al mismo tiempo, conseguir un buen hogar —le comentó Matt, acariciando la cabeza de su lobo.

—Gracias —ella se dirigió a Matt y luego a Will—. Ha sido todo un detalle. Hacía muchos días que no veía a Rodrigo tan feliz —dijo, sumamente contenta de ver al pequeño riendo mientras jugaba con el perrito.

—Es un placer —Will tomó su mano y la estrechó—. Sabemos lo importante que es para ti ver a Rodrigo feliz. Haríamos lo que fuera por ayudarte, pequeña.

Ella lo miró a los ojos, perdiéndose en las profundidades de sus iris como el cielo de verano. Cuando él se portaba de esa forma con ella, no podía evitar sentirse tan atraída por él, que era capaz de olvidar todo lo malo y dejar a un lado los dolores del pasado. Era como si él fuese un bálsamo capaz de curar todas sus heridas, sus inseguridades y temores que pudiesen embargarla.

Matt carraspeó, devolviéndolos a la realidad. Lily se apartó, apenada, y se acercó a Rodrigo para tomarlo de la mano.

—Será mejor que volvamos al orfanato. Tenemos que encontrarle una buena cama al cachorro.

—Nada de eso, vamos a festejar. Y toda la familia debe estar presente —le dijo Will, con sentida emoción—. Así que tú no puedes faltar, Lily. Es gracias a ti también, que podemos cantar victoria por el hecho de que finalmente esta pesadilla ha terminado.

—Es verdad —convino Matt—. Y también vamos a celebrar el compromiso de Clara y Alexander, y como ha dicho Will, tú debes estar presente. Ya eres parte de nuestra manada.

Lily no pudo dejar de notar que Will no había mencionado ese hecho. ¿Es que a él le perturbaría tanto la noticia del compromiso de Clara, que prefería no mencionarla?

—¿Qué ocurre? —le preguntó Will, notando su mortificación.

—Nada, sólo estaba orando en silencio para agradecer que todo ha terminado con bien. Me alegro mucho —dijo Lily, sonriendo con sinceridad, aunque Will notó que algo le faltaba a esa sonrisa. Algo que opacaba su alegría.

—Y te tenemos una sorpresa más esperando —Will esbozó una sonrisa de oreja a oreja, intentando animarla—. Mis padres han llegado desde Londres.

—¿Lupita y Richard? —los ojos de Lily se abrieron como platos.

—No, mis otros padres —él rodó los ojos, pero sonrió.

—Voy a darte un azote, William Collinwood —ella se cruzó de brazos.

—Por mí bien, pero mantengamos nuestros asuntos en privado, cariño. Hay un niño presente —él le guiñó un ojo, provocando que las mejillas de Lily se encendieran.

—No le hagas caso a este zopenco —Matt le dio un coscorrón a Will—. Mis padres están ansiosos por verte, Lily. Y han traído al resto de la camada con ellos, esperan en La Guadalupana.

—Se refiere a nuestros hermanos —Will le devolvió el golpe a su hermano—. Hablas con un ser humano, tarado, no con uno de tus lobos. Recuérdalo.

—Muero de ganas de conocer a Roxy y ver cuánto han crecido los gemelos y Nathe —dijo Lily, riendo divertida de ver a los hermanos peleando como niños pequeños.

—¡Tarado! —gritó Rodrigo, abrazando a su perro.

—Eres todo un ejemplo, Will —Lily frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Mejor elige otro nombre para tu cachorro, pequeño. Dudo que le caigas muy bien a la gente si andas llamando a tu perro «Tarado» por la calle. Varios fulanos podrían darse por aludidos —le dijo Will, riendo a carcajadas.

—¡William, eres lo peor! —lo reprendió Lily, aunque no pudo evitar que una sonrisa apareciera en sus labios.

—Será mejor que partamos de una vez, antes de que termines contaminando a este pobre niño inocente con toda la sarta de palabrotas que conforman tu vocabulario —Matt volvió al pescante e hizo andar a los caballos, y Lily, movida por la inercia, cayó sobre el regazo de Will, sentado a su lado.

—Creo que esto comienza a hacerse familiar entre nosotros —bromeó él, rodeándole la cintura con un brazo.

Pero ella se apartó, sin mirarlo. Y él supo que algo sucedía.

¿Sería que habría aceptado la oferta de su padre y se marcharía a

vivir a con él?

Tenía que hablar a solas con ella. Lo que fuera que decidiera, la apoyaría. Pero una cosa era segura, no permitiría que ella se alejase de su corazón.

CAPÍTULO 38

Hacía tantos días que Lily no reía de forma tan relajada como en ese momento, porque no podía dejar de sentirse agradecida de que la pesadilla al fin hubiese terminado.

Lupita y Richard eran incluso más maravillosos de como los recordaba. Ellos se alegraron tanto como ella por ese reencuentro, y no dejaron de demostrarle con palabras y abrazos lo felices que se sentían de volver a tenerla en sus vidas.

Reunirse con los pequeños y conocer al fin a Roxy fue otra gran alegría para ella. Los recordaba con gran cariño, aunque se llevó una gran sorpresa al percatarse de que los gemelos hacía tiempo que habían dejado de ser ese par de adorables diablillos que recordaba de su niñez, y a sus diecisiete años eran tan altos como Alexander. A pesar de haber nacido el mismo día, eran tan distintos entre sí como el día y la noche.

Jacke se había convertido en un joven sumamente apuesto, poseía un rostro de elegantes y de afiladas facciones, con altos pómulos y mandíbula ancha, parte de la herencia comanche de su lado materno, así como el color de su piel, tan morena como la de su abuelo Zalo. Además, tenía unos ojos verdes bellísimos, que resaltaban de forma casi sobrenatural contra su tez oscura.

Cedric, por otro lado, era bastante parecido a sus hermanos mayores, y tan guapo como su padre. De piel clara y con una melena rubia que competía con la de Will, lucía unos rasgos aleonados que rayaban con la ferocidad y que, combinados con sus ojos negros, herencia de su madre, le daba un aspecto tan salvaje y poderoso como atractivo. Seguramente en él se habrían basado los antiguos narradores al describir a los increíbles dioses paganos del pasado.

Nathe, a los trece, era un encantador muchacho larguirucho con cara de ángel y encantadores rizos castaños que caían sobre sus grandes y hermosos ojos verde pardo. Era obvio que un día se convertiría en un hombre tan guapo como sus hermanos, aunque Will no dejaba de molestarlo por sus grandes ojos, comparándolo continuamente con un cervatillo.

Y la pequeña Roxy, de nueve, era un verdadero encanto de niña,

compartía la belleza natural de su madre, con la única diferencia de sus ojos, herencia de su padre, de un tono extraño azul que rayaba con el verde acerado, lo cual le otorgaba una apariencia exótica y salvaje que dejaba entrever el brillo de una sagaz inteligencia, y que sólo hacía resaltar la gracia y encanto que, a su corta edad, ya poseía.

Para sorpresa de Lily, pudo también volver a ver a Jack y Danielle, lo cual sólo hizo aumentar la alegría del momento. La pareja había vuelto a México junto a la familia Collinwood, en cuanto se enteraron de que Alexander había sido encerrado en la cárcel.

Y Lily vio con ternura cómo Danielle se encariñaba casi al instante con Rodrigo, y con un sentimiento agridulce vio sus ojos iluminarse en cuanto supo que el niño era huérfano y que podían adoptarlo.

Le dolería dejar ir a Rodrigo, sin embargo, por otro lado, sabía que era lo mejor para el pequeño. Y eso le daría la libertad que le hacía falta para poder marcharse tranquila.

Ya no tenía nada por lo que quedarse.

—¿Lily? —Will se acercó a ella cuando la joven se colocaba el abrigo, dispuesta a marcharse—. Creí que te quedarías un rato más. Aún no han servido la tarta de fresas, ¿no es tu favorita?

—Tengo que marcharme, lo siento. Prometí llevar a Rodrigo temprano de vuelta al orfanato.

—Jack y Danielle se encargarán de eso. Creo que desean hablar con la madre superiora.

—Lo imagino —una sonrisa triste se formó en sus labios—. De todas maneras, debo levantarme temprano y será mejor que me marche. Por favor, despídeme de todos.

—Te acompañaré a casa —él tomó su sombrero y su chaqueta del perchero.

—No hace falta.

—No discutas conmigo —él abrió la puerta para ella—. Sabes que no te dejaría marchar sola.

—Creía que el peligro de García ya había pasado.

—Ha pasado, pero eso no quiere decir que me quite el privilegio de tu compañía —le ofreció el brazo, que ella tomó con cierto recelo.

Will la ayudó a subir a la carreta y no tardó en colocarse a su lado.

—¿Y bien? —le preguntó, una vez que los caballos comenzaron a andar—. ¿Vas a decírmelo?

—¿Qué cosa? —ella arqueó una ceja.

—¿Vas a decirme por qué has estado evitándome todo el día?

—Will, no te he estado evitando.

—Será más sencillo si no me mientes, Lily —él se giró hacia ella,

encarándola—. ¿Qué sucede?

Ella volvió la vista al frente, incapaz de seguir mirándolo.

—Yo… —soltó un suspiro—. Voy a marcharme, Will.

Él detuvo los caballos y se giró completamente hacia ella.

—¿Qué?

—Voy a aceptar el ofrecimiento de mi padre —confesó, arrugando la falda del vestido entre sus manos—. Lo he estado pensando mucho y es una oportunidad que no quiero dejar pasar. Siempre he deseado convertirme en alguien útil para la humanidad, en alguien independiente, y el poder llegar a ser médico —inspiró y él vio sus ojos iluminarse, llenos de ilusión—. Convertirme en médico sería como alcanzar un sueño imposible. Deseo hacerlo, Will, deseo ser doctor con todo mi corazón. Y es por eso que me marcharé con mi padre a Estados Unidos y estudiaré medicina —inspiró hondo y lo miró a los ojos—. Es mi deseo.

—Lo entiendo, si es tu deseo, te apoyo con eso. Pero, ¿qué hay de nosotros?

Ella arqueó las cejas, negando con la cabeza.

—Will, nosotros rompimos.

—No, tuvimos una discusión —alzó un dedo, dispuesto a comenzar otra disputa allí mismo—. Dijimos cosas sin sentirlas realmente, no creo que…

—No, Will. Las cosas quedaron muy claras, tú y yo no podemos estar juntos —ella lo cortó, tajante.

—¿Por qué no? —frunció el ceño—. Yo te amo y tú me amas.

—No, Will. Tú no me amas.

—Lily eso no es cierto, sabes que te amo —intentó tomar su mano, pero ella la apartó.

—Tú amas a Clara.

—Clara es la futura esposa de mi hermano, mi futura cuñada.

—Eso no cambia lo que sientes por ella. El sitio donde yace tu corazón.

—Mi corazón está contigo, Lily. Créeme —ahuecó una mano en su mejilla.

Él pudo notar la calidez de sus lágrimas cuando ella negó con la cabeza.

—Lo siento, Will, pero no puedo creerte.

—Espera, ¿a dónde vas? —le preguntó cuando ella se apartó y comenzó a bajar de la carreta.

—A casa —contestó Lily, odiándose porque su voz sonara tan rota, como sentía su corazón en ese momento.

—Lily, espera —él la alcanzó—. No hagas esto, déjame llevarte a casa.

—Quiero caminar —lo rodeó, intentando dejarlo atrás.

—Caminaré contigo, entonces —le dijo con decisión, colocándose a su lado.

—No puedes dejar la carreta allí tirada.

—No me importa, no voy a dejarte sola.

—Will…

—No repliques, niña. No voy a dejarte, te guste o no —hubo tal vehemencia en sus palabras, que ella supo que no lo decía sólo por aquel momento.

Esta vez no replicó, se limitó a asentir con la cabeza mientras reiniciaba la marcha, camino a casa.

Will la observó por el rabillo del ojo, sin saber qué decir. Ella parecía decidida a partir, tanto como parecía estarlo a no creerle cuando le aseguraba amarla.

Realmente, después de todo lo que habían vivido, no podía culparla.

No obstante, no podía resignarse a perderla. ¿Cómo podía convencerla de que lo que sentía era sincero?

—Bueno, aquí estamos —ella dijo de pronto, sacándolo de sus pensamientos.

Will alzó la vista, habían llegado antes de lo esperado a la casa de Ben.

—Gracias por acompañarme, Will. Buenas noches —ella le dirigió una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Lily, espera —él la detuvo por el brazo, antes de que pudiera marcharse.

Ella arqueó las cejas con gesto interrogante.

—Por favor, no te vayas así —le pidió, y ella notó el fervor en su mirada cuando ahuecó sus manos sobre su rostro, atrayéndola hacia él —. Dame una segunda oportunidad. Te demostraré que te amo —le dijo, pegando su frente a la suya—. Sólo dame la oportunidad y te juro que no volveré a decepcionarte. Te haré saber que eres la única mujer en mi corazón, la única a la que amaré cada momento de cada día, por el resto de mi vida, si tú me concedes el honor de hacerlo.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas cuando él se arrodilló y sacó del interior de su chaqueta una fina cajita forrada con terciopelo que abrió ante ella, dejando al descubierto un hermoso anillo de compromiso con un brillante rubí en el centro.

—Cásate conmigo, Lily —le pidió él, tomando su mano para

colocar en su dedo anular la sortija.

Ella sintió que sus piernas se habían convertido en mantequilla, por un momento no creyó ser capaz de sostenerse en pie. Deseaba tanto decir que sí, su corazón siempre había sido de William y, el verlo arrodillado ante ella con ese fulgor en sus hermosos ojos celestes, era la culminación de cada sueño que había anhelado desde niña.

Pero no podía hacerlo…

No, si deseaba realmente lo mejor para él, y lo amaba demasiado como para condenarlo a una vida de infelicidad, únicamente por el deber que él sentía hacia ella. Ese compromiso de protegerla…

Y ella no permitiría que se sacrificara a sí mismo, con tal de verla feliz.

—No… —musitó ella con la voz quebrada, retrocediendo un paso —. Lo siento, no puedo…

El dolor que vio reflejado en los ojos de él le rompió otra vez el corazón, pero no podía echarse atrás. No podía.

—Will, eres un buen hombre, y sé que crees que haces lo correcto al intentar protegerme, pero esto no está bien. Tú no me amas, y no voy a permitir que te sacrifiques a ti mismo, con tal de no lastimarme —los ojos de ella estaban llenos de lágrimas—. Quizá Clara no sea para ti, pero llegará una mujer que provoque en ti los mismos sentimientos que albergabas hacia ella. Y cuando esa mujer llegue, debes ser un hombre libre para conquistarla.

Él se puso de pie y la miró con unos ojos brillantes que le atravesaron el alma.

—La única mujer con la que deseo desposarme está parada ahora mismo delante de mí, rechazándome —le dijo con una voz dura, mezcla de enfado y dolor.

—¡Tú no me amas! —ella negó con la cabeza—. Lo sabes tan bien como yo…

Él ahuecó las manos en sus mejillas, impidiéndole marcharse.

—¿Lily, crees que sería tan estúpido como para pedirle a una mujer a la que no amo que se case conmigo?

—¡Sí!

—Vaya, pues gracias por la sinceridad —espetó, sarcástico.

—No creo que seas estúpido, pero sí lo suficientemente noble y caballero como para no permitir que una mujer caiga en desgracia — ella lo miró, y todo cuanto él pudo ver en sus ojos fue dolor y decisión —. Pero no lo haré, Will. Sé que la gente habla, pero no me importa. Me iré de aquí, iniciaré una nueva vida, estudiaré medicina y me convertiré en doctor. Seré una mujer independiente, y ya nadie tendrá

que velar por mí y mi seguridad. Y tú serás libre para hacer de tu vida lo que tú quieras. ¿No lo ves, Will? Ya no tienes que cargar conmigo. No más.

—Tú nunca has sido una carga, Lily —intentó abrazarla, pero ella se apartó.

—No sigas, Will. No daré marcha atrás —le dijo con la voz más firme que consiguió, a pesar de que se sentía morir por dentro—. No te permitiré cometer el peor error de tu vida, lo siento. Quizá creas que es lo correcto, quizá incluso creas que en verdad me amas, pero sé que no es así. Y en cuanto estemos un tiempo separados comenzarás a ver la verdad. Entonces te darás cuenta de lo cerca que estuviste de cometer el peor error de tu vida, y me lo agradecerás, porque entonces tendrás la libertad para hacer de tu vida lo que tú quieras, y casarte con una mujer a la que en verdad ames —lo miró a los ojos.

—Lily, por favor —estiró una mano, pero ella volvió el rostro.

—Adiós, Will.

Él cerró la mano y la bajó, frunciendo el ceño en una mezcla de frustración y aflicción.

—Bien, como quieras —le dijo él con voz áspera, y ella notó que le temblaba la mandíbula—. Márchate y haz de tu vida lo que quieras. No me importa.

—Will —lo llamó cuando él comenzó a alejarse a zancadas, muy molesto—. No te enojes, por favor. Sólo quiero que seas feliz.

—¿Feliz? —espetó él, girándose hacia ella con vehemencia, y ella pudo notar que sus ojos se habían iluminado a causa de lágrimas no derramadas—. ¿Cómo quieres que sea feliz, si me dices que te marcharás de mi lado?

—Es lo mejor, créeme —la voz de ella se quebró.

—Sólo te digo una cosa, Lily —se acercó, apuntándola con un dedo—. No importa el tiempo que pase, no cambiaré de opinión sobre ti. Eres la mujer a la que amo, y algún día te demostraré que la única persona equivocada esta noche fuiste tú. Y entonces te casarás conmigo, porque te habré probado que tú, y sólo tú eres la única mujer a la que en verdad he amado.

Ella negó con la cabeza, observándolo con lágrimas en los ojos alejarse a rápidas zancadas.

Sabía que lo había lastimado, pero era lo mejor.

Él nunca sabría lo muy difícil que aquello había sido para ella. El dolor de su corazón era tan palpable como si cientos de cuchillas le hubiesen atravesado el pecho de lado a lado, sin tregua a su desolación.

Pero era así como las cosas debían ser. Sólo buscaba que Will fuese feliz. Verdaderamente feliz.

Ahora él sería libre, y sin culpa ni remordimientos por algo que nunca debió ser. Podría reiniciar una vida nueva, en busca del verdadero amor, sin tener que cargar con ella nunca más en su conciencia.

Porque eso era ella para él, un peso en su vida del que él se sentía responsable, al grado de sacrificar su propia felicidad con tal de complacerla a ella, de hacerla feliz a ella, sin tomarse en cuenta a sí mismo y su propio derecho a la felicidad. ¡Y eso no lo podía permitir!

Lo amaba demasiado como para consentir que él fuese miserable al quedarse a su lado.

Will merecía encontrar el verdadero amor, la verdadera felicidad.

Y eso nunca lo hallaría a su lado.

Quizá hubiese magullado su orgullo, y quizá lastimó un poco sus sentimientos, pero pronto su corazón sanaría y él se daría cuenta de que aquello había sido lo mejor.

Ella, por otro lado, tendría que pasar el resto de su vida sabiendo que había dejado ir al único hombre que había amado y que, estaba segura, amaría en su vida.

Pero era por él, y ella siempre buscaría lo mejor para él.

Eso significaba amar.

CAPÍTULO 39

—Lily se va mañana —la voz de Lupita, firme y clara, resonó en el silencio de la noche.

—Eso he escuchado —contestó Will, sin dejar de estibar la paja sobre la carreta que llevaría al campo para que comieran los caballos.

—Le hemos organizado una despedida en el pueblo, ¿por qué no estás allí?

Will clavó la horca en el suelo y se giró hacia su madre.

—Ella no querría verme allí.

Lupita frunció el ceño y puso los brazos en jarra.

—De todos nosotros, es a ti a quien más quisiera ver, William. Sabes lo mucho que esa chica te quiere. Siempre ha sido así.

—¿Sí? Pues no me quiso lo suficiente como para casarse conmigo —le dijo, comenzando a mover la paja nuevamente.

El ceño de su madre se suavizó.

—¿Acaso tú…?

—Le pedí que fuera mi esposa y me rechazó —le contó, lanzando la horca sobre el montón de paja como si se tratase de un arpón.

—Oh, Will —su madre se acercó a él y lo abrazó—. Lo siento mucho, mi cielo.

—No pasa nada —él se encogió de hombros—. Sólo es otra mujer más que me rompe el corazón. Ya empiezo a acostumbrarme.

—¿Te refieres a Clara? —su madre le dedicó una mirada llena de tristeza—. Cariño, ella siempre ha querido a Alexander.

—Lo sé, mamá. Y lo acepto, te lo juro, ya no siento por ella nada más que un amor fraternal, pero Lily no me cree —frunció el ceño, enojado—. Ella está convencida de que aún amo a Clara, y asegura que sólo quiero estar con ella como un compromiso obligado para no lastimarla.

—¿Y por qué creería eso?

—Se enteró de que le declaré mi amor, creyendo que ella era Clara.

—¿Qué hiciste qué? —los ojos de ella se encendieron, enojada.

—Es una larga historia, mamá —él apartó la vista. Nunca lo admitiría, pero su madre enojada seguía siendo un tema de respeto para él—. Y realmente no tengo ganas de hablar de ello. Supongo que

la decepcioné y ahora no hay forma de retroceder el tiempo y cambiar las cosas. Metí la pata y lo arruiné todo con ella.

Lupita suspiró, notando el sincero dolor en el rostro de Will.

—Hijo, mira, por difícil que sea de entender, sinceramente creo que Lily te ama —posó una mano en su hombro—. No te des por vencido. Lucha por ella, por su amor. Convéncela de que lo que sientes por ella es real, y no una ilusión, como ella cree.

—No sé cómo hacerlo, mamá —él frunció el ceño, frustrado—. Realmente lo intenté. Le pedí que se casara conmigo.

—¿Y crees que sólo por hacer eso ella debe creer que realmente la amas? —una sonrisa divertida colmada de cariño se formó en los labios de su madre.

—¿Te estás riendo de mí? —su ceño se intensificó.

—Cariño, a veces puedes ser tan ingenuo —ella negó con la cabeza —. Pedirle a una mujer que se case contigo no es ninguna prueba de amor. ¿Sabes cuántas proposiciones de matrimonio recibí antes de aceptar a tu padre? Incluso él tuvo que pedírmelo varias veces, antes de que yo consintiera ser su esposa.

—¿Entonces crees que debo volver a pedírselo?

—Cariño, creo que debes ser paciente y ganarte su amor —ahuecó una mano en su mejilla, en un gesto colmado de ternura—. No esperes que ella cambie de opinión de la noche a la mañana, dale tiempo para convencerse de la veracidad de tus sentimientos. Demuéstrale tu amor, no sólo con palabras, sino con hechos.

—Pero ella se va mañana, mamá. Tú misma lo has dicho.

—Eso no es ningún impedimento, cariño. Aún es tu amiga y de nuestra familia, puedes ir de visita, escribirle, mantener contacto con ella —se encogió de hombros, sonriendo cariñosamente—. El que estén separados no es una excusa para que ella se distancie de tu corazón.

—Mamá, no creo que eso sea posible. Ella me olvidará —apretó los labios, frustrado—. Lily es una mujer tan hermosa e inteligente que no faltarán hombres que deseen desposarla.

—No, seguramente no —convino con él, asintiendo con la cabeza.

—Con eso no me haces sentir bien en absoluto —suspiró—. Bien, ¿qué sigue? ¿Planeamos robarla? —bromeó.

Ella rio, negando con la cabeza.

—No me dejaste terminar. Seguramente no faltarán hombres que anhelen su corazón, pero ella te lo dio a ti hace muchos años, y se mantuvo fiel a ese sentir. Ten fe en ella, si te ha amado por tantos años, y eso sin verte ni mantenerse en contacto contigo, seguramente

lo seguirá haciendo ahora que tú le has declarado tu amor, a pesar de todo.

—¿Cómo sabes que me ha amado por tanto tiempo?

—Una mujer sabe cosas —ella sonrió—. Y hablé con ella, antes de hacerlo contigo.

Él soltó una carcajada.

—Eres una bruja, madre.

—Ya me conoces —ella sonrió de forma pícara, antes de volver a ponerse seria—. Ella realmente te quiere, Will. Y entiendo su temor, ella cree que tú aún quieres a Clara, pero no le preocupa tanto eso sino el hecho de que tú estés con ella sólo por un sentimiento de obligación y culpa. Te ama tanto que desea tu felicidad por encima de la suya —suspiró—. Eso es algo extraordinario. Conozco a muchas mujeres a las que les importaría un comino el sentir de su pareja, con tal de conseguir lo que ellas anhelan. Muchas mujeres que han comprometido a hombres con mucho menos, con tal de conseguir amarrarlos a su lado. Y ella que te ama de verdad, no lo hace. Porque para ella primero estás tú y tu felicidad. Eso habla de una persona sumamente honorable, hijo. De un corazón noble y generoso.

—Es la mujer que amo, por supuesto que ella es así —él sonrió, orgulloso de su Lily.

—Es cierto.

—Sin embargo, no consigo entender por qué no me cree. La amo, y quiero que se case conmigo —adoptó esa sonrisa pícara que su madre tan bien conocía—. Debería considerar en serio lo de robarla, eso le dará tiempo de pensar bien las cosas y terminará por creerme.

—¿Vas a obligarla a quedarse a tu lado? —su madre lo interrumpió, frunciendo el ceño.

—¡Ella me ama, tú misma lo has dicho!

—Y también te he dicho que debes ser paciente y convencerla con hechos —le clavó el índice en el pecho—. ¿Cómo demonios vas a hacerlo si te la llevas contra su voluntad?

—Es romántico.

—¡Es de bárbaros! —ella le dio un coscorrón. Aunque como él era tan alto, apenas alcanzó a darle en el cuello—. ¡Gánate su amor como un hombre civilizado y no como un cavernícola! ¡No crie a una bestia!

—Mamá… no puedo perderla —el ceño de ella se suavizó al notar el dolor sincero en sus palabras.

—Lo sé, cariño —Lupita suspiró y lo abrazó—. Pero ponte en su lugar por un momento, bebé. Ella está más que segura de que no la amas. Para ella, aceptar tu propuesta es algo similar a condenarte a

pasar la vida con una persona a la que realmente no amas, y negarte así a encontrar a la mujer de tu vida.

—Ella es la mujer de mi vida.

—En ese caso, demuéstraselo —su madre buscó su mirada—. Demuéstrale que tu corazón realmente está con ella y con nadie más.

—Si tan sólo supiera cómo…

—Va a estudiar medicina, ¿lo sabías? —le preguntó Lupita.

—Sí, me lo contó.

—Bien, podrías comenzar apoyándola —ella alzó la barbilla—. Existen muy pocas mujeres médicas, hijo. Lily no tendrá un camino fácil, seguramente se sentirá complacida de saber que tú la apoyas. Y también de que la esperarás para cuando ella se gradúe.

—¿Sabes cuántos años de preparación debe tener un médico? —él alzó la voz, alterado—. Ben tuvo que estudiar como cien años, y eso que era un genio y terminó antes la escuela.

—Apoyo —repitió su madre, dándole una palmadita en el rostro para calmarlo—. Ella necesita tu apoyo, no lo olvides. No importa cuánto demore, que Lily sepa que estarás allí esperando por ella. Es un gran paso para ganarse su confianza. Créeme, te lo digo por experiencia.

—¿Eso fue lo que hizo papá?

Ella sonrió y él pudo notar una luz especial encenderse en sus ojos, como cada vez que hablaban de su padre.

—Sí, eso fue lo que hizo tu papá. No aceptó una negativa, estuvo allí siempre para mí, apoyándome y a mi familia, insistente en su amor, probándome con sus actos que sus sentimientos eran reales y sus palabras sinceras. Hasta que me convenció —una sonrisa colmada de amor se formó en sus labios.

Will bajó la vista y asintió.

—Bien, si es lo que debo hacer, lo haré —tomó una honda bocanada de aire—. Al menos tengo en mi ventaja que Lily nunca ha tenido tan mal genio como tú.

—¿Cómo que mal genio? —Lupita le dio un golpe en el brazo—. ¡Yo nunca he tenido mal genio!

—No, seguro que no —espetó él, sarcástico, sobándose el sitio dolorido. Su madre era pequeña, pero demonios, sabía cómo soltar un buen golpe.

Llevando un ramo de flores en la mano, a paso lento, Will se abrió paso entre la multitud de pasajeros y sus acompañantes, que se encontraban en el puerto realizando las habituales despedidas y

medidas de regulación para abordar al barco que pronto zarparía.

No tardó en dar con el conjunto que conformaban su familia y amigos, rodeando a Lily para despedirla.

Sus cejas se juntaron al verla, deseando haber podido encontrar el modo de retenerla a su lado.

—No, ella debe cumplir su sueño y yo debo apoyarla —se repitió —. Eso es lo correcto.

A medida que se aproximaba a ella, sentía su corazón latir con más fuerza a causa de los nervios. Las últimas semanas ambos habían hecho lo posible para evitarse mutuamente. Lo cierto es que él nunca admitiría lo mucho que le había dolido su rechazo, y más por el hecho de que ella no parecía creer en su palabra cuando le aseguró amarla.

El orgullo le hacía decir que aquello no le importaba, aunque la verdad es que sí lo hacía. Y mucho…

La amaba con todo su corazón y ahora ella partiría para siempre. Y a menos que hiciera algo, la perdería sin remedio.

Por lo que se había armado de valor y haciendo el orgullo a un lado fue a despedirse de ella.

Le sorprendió encontrar a Alexander y Clara en el puerto. Se habían casado hacía apenas una semana, no esperaba volver a encontrarse con ellos sino hasta dentro de un buen tiempo, después de su luna de miel.

Pero más aún le sorprendió ver a Matt…

Su pobre hermano estaba destrozado después de enterarse de la repentina muerte de Alissa. Pronto viajaría a Londres en busca de respuestas y él lo acompañaría. Hasta ahora la muerte de su prometida estaba en el misterio, sólo les habían hecho saber que había sido a causa de un accidente, pero sin ningún detalle específico, ni siquiera el sitio donde estaba enterrada, para que Matt pudiera ir a darle una última despedida. Algo muy extraño considerando lo cercano que era Matt de John, el padre de Alissa, además de que el abogado era un gran amigo de la familia.

El único contacto habían sido un par de cartas de Anne Marie, la prima de Alissa, y ella se había portado decidida en no revelar el sitio donde se encontraba la tumba de la joven ni dar más detalles sobre el accidente que se había llevado la vida de su prima. Con lo cual, sólo había conseguido romperle un poco más el corazón a Matt. Si es que eso era posible.

El pobre chico sencillamente estaba despedazado por dentro, un muerto en vida, desde que se había enterado de la muerte de la mujer a la que amaba.

Sin embargo, él se había hecho un espacio para ir a despedir a Lily. Algo raro, pues últimamente su hermano no quería ver a nadie. Y él lo entendía.

De encontrarse en sus zapatos, seguramente estaría tan mal como él…

Lily se sorprendió de encontrar a Matt allí. Él no había acudido a la fiesta de despedida que le celebró su familia y no lo culpaba. Sabía lo mucho que él estaba sufriendo. Con dificultad había estado presente en la boda de Alexander y Clara, y aunque había hecho todo lo posible por sonreír, su dolor era casi palpable.

Últimamente pasaba los días solo en el campo, acompañado únicamente por su caballo y su inseparable lobo. Por lo que se sorprendió bastante de encontrarlo allí para despedirla.

Ella se apuró a dejar en el piso el cestito con el gatito que se llevaría consigo y se acercó a él. Matt la abrazó y ella pudo notar la aflicción que todavía lo acompañaba, reflejada en esos hermosos ojos verde azules.

—Cuídate mucho, pequeña —le dijo él al oído, antes de apartarse de ella—. Nos harás falta.

—Matt, gracias por venir —los ojos de ella se empañaron—. Debería quedarme contigo. Aún no estás bien.

Él esbozó una sonrisa ladeada y negó con la cabeza.

—Sé que has alargado tu partida por mí, y que has usado la boda de Clara como excusa para hacerlo. Pero ahora que la boda ya ha pasado no tienes ninguna tapadera para quedarte.

—Tú no eres una tapadera, eres mi amigo y necesitas a las personas que te aman a tu lado.

—Está bien, pequeña —él pasó una mano por su cabeza, despeinándola—. Debes marcharte y seguir con tus planes, convertirte en médico es tu sueño y no debes dejar que nada te detenga. Ni siquiera el sentimiento de lástima por un amigo.

—No te tengo lástima, es cariño —le aseguró.

—Lo sé —él la interrumpió y sonrió, y tomando su mano, colocó algo en su palma.

—¿Qué es esto?

—Un pequeño regalo de despedida —se encogió de hombros—. Pensé que te gustaría.

Ella abrió los ojos de par en par al ver el hermoso camafeo de oro que Matt acababa de poner en su mano. Y su sorpresa fue mayor cuando, al abrirlo, encontró una fotografía de Will y de ella.

—Clara me la dio, en parte es su regalo también. La tomaron durante la boda, y supuse que te gustaría conservarla —le explicó él—. Así no olvidarás su horrible rostro.

Ella sonrió, derramando un par de lágrimas de emoción.

—Gracias, Matt —lo abrazó con fuerza—, de verdad lo aprecio.

—Supuse que te gustaría —él se encogió de hombros y la miró, muy serio—. Lily, si algo aprendí del amor, es que es intenso y tan fugaz que debes aprovechar la oportunidad cuando la tienes enfrente. O luego podría ser demasiado tarde.

—Lo sé. Es por eso que hago esto —ella agachó la vista—. Él merece ser feliz, y perderá su oportunidad si me tiene cerca.

—¿Y si tú eres su oportunidad?

—Entonces supongo que nuestro momento llegará —ahora ella se encogió de hombros—. No lo sé. Todo lo que sé es que él no me ama, y que necesita tiempo para saber qué es lo que quiere en verdad. Y no me necesita cerca para distraerlo o hacerlo sentir culpable, o con la obligación de corresponder a mis sentimientos.

—Te entiendo. No estoy de acuerdo, pero te entiendo —él apoyó una mano en su hombro—. Y respeto tu decisión.

—Ven a verme cuando quieras, ¿de acuerdo? —le pidió ella, abrazándolo una vez más—. Te voy a extrañar, Matt.

—Y yo a ti, pequeña —intentó sonreír, pero la alegría no le llegó a los ojos. Era como si no fuese capaz de sonreír nunca más—. Te escribiré, lo prometo —le dijo antes de apartarse para darle la oportunidad a los demás de despedirse de ella.

Will esperó pacientemente a que Matt terminara de hablar, para aproximarse a la multitud que conformaban su familia y amigos, buscando la oportunidad de hablar con Lily.

—Te vamos a extrañar. Y recuerda, no te preocupes por Rodrigo, le daremos el mejor hogar —le aseguraba Danielle en ese momento, mientras abrazaba a Lily.

—Estoy segura de que él será sumamente feliz teniendo a unos padres tan maravillosos a su lado —Lily se lo agradeció con lágrimas en los ojos antes de darle un nuevo abrazo a Rodrigo—. Adiós, mi dulce angelito. Sé un buen niño y come todas tus verduras, y nunca olvides que te amo muchísimo —sollozó ella antes de apartarse del pequeño.

Jack se inclinó y tomó al niño en brazos, y para sorpresa de Will, Rodrigo lo abrazó por el cuello. Era obvio que en ese corto tiempo, el niño ya se había encariñado con sus nuevos padres.

—Cuídate, hermosa. No olvides que aquí tienes a mucha gente que

te quiere —le dijo Raúl, acercándose para abrazar a Lily ahora que estaba sola.

Will sintió que la sangre le hervía mientras se abría paso hacia ellos.

—Te agradezco mucho… ¡Will! —los ojos de la chica se abrieron desmesuradamente cuando vio a Will de pie ante ella.

—Raúl, yo soy Raúl, ¿recuerdas, pequeña?

—No, me refiero a que él está allí —Lily señaló a su espalda. Raúl se iba a dar la media vuelta justo cuando una fuerte mano se cerró en su hombro.

—Creo que ya has tardado demasiado en ese abrazo, hermano —siseó Will, haciendo un enorme esfuerzo por dominar su ímpetu.

—William, qué sorpresa verte aquí. Pensamos que ya no venías —Raúl dio un paso atrás, apartándose de su agarre—. Lily y yo nos despedíamos, como buenos amigos. ¿Podrías concedernos un minuto? Entonces tendrás tu turno.

Will frunció el ceño, pero asintió.

—Como te decía, Lily, es una pena que tengas que irte, pero estoy seguro de que te convertirás en una gran médica —se inclinó y la abrazó una vez más—. No olvides escribir, y si llegas a necesitar algo, no dudes en decírnoslo. Te extrañaremos —le dio un beso en la mejilla como despedida, antes de alejarse.

Will le dirigió una mirada oscura, pero no dijo nada. Sabía que no tenía derecho de ponerse celoso y, después de todo, Raúl era un buen amigo y quería sinceramente a Lily, tenía derecho a despedirse de ella. Aunque ese último beso pudo ser merecedor de un puño en la cara.

—Will, qué alegría verte aquí —su padre se acercó a él y lo abrazó —. Pensamos que no alcanzarías a llegar para despedirte.

Will miró a Lily. De pie ante él, permanecía en silencio, observándolo de una forma que no alcanzó a descifrar.

—No me lo hubiese perdido por nada del mundo —dijo con total seguridad, y una sonrisa se formó en los labios de la chica al escucharlo.

—Creo que será mejor que les demos unos minutos a solas —comentó Ben, de pie a un lado de Lupita.

—Es una buena idea —concedió ella, tomando a su marido y a Roxy de las manos, para alejarse con ellos. Los demás la siguieron y pronto ambos se quedaron a solas.

—Toma, son para ti —le dijo él, alargando el ramo de flores hacia ella junto a un paquetito envuelto en papel de estaño—. Es vainilla. Es originaria de aquí, ¿lo sabías? Es un recuerdo de Veracruz para ti. Así

no olvidarás esta tierra, ni la gente que te quiere y se queda aquí.

—Gracias, lo aprecio sinceramente, aunque no lo necesito para recordar este lugar. Es mi segundo hogar y ustedes mi familia —Lily miró a Will a los ojos, parecía nervioso, se había quitado el sombrero de vaquero y ahora lo giraba entre las manos—. Nada podrá conseguir borrarlos de mi corazón.

—Lily… voy a extrañarte —le dijo al fin, arrugando el sombrero entre sus manos.

Ella sintió un nudo en la garganta, y sin decir nada se alzó de puntillas y lo abrazó.

—Yo también voy a extrañarte, William Collinwood —sus ojos se habían llenado de lágrimas cuando se apartó lo suficiente para verlo a la cara—. Prométeme que te cuidarás, ¿de acuerdo?

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Justamente iba a pedirte lo mismo.

Ella soltó una risita y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Él le entregó un pañuelo, en un gesto tan familiar que a ella le hizo estremecer el corazón.

—¿Irás a visitarme? —le preguntó con la voz quebrada.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —él arqueó una ceja, interrogante.

—Por supuesto que sí, Will —ella suspiró y lo miró a los ojos—. Sin importar lo que sucedió entre nosotros, te quiero. Eres mi amigo. Siempre fuiste el mejor para mí y no quisiera que eso cambiara.

—¿Quieres que sigamos siendo amigos?

—Sí. Eso me encantaría.

—¿Amigos que se aman en secreto? —subió y bajó las cejas.

—Will, no…

—Bien, me parece bien —dijo él, tomando su mano—. Seamos amigos.

—¿Lo dices en serio? —ella lo miró, esperanzada.

—Por un lado tendremos que comenzar, ¿no es verdad? —el esbozó una sonrisa pícara—. Al menos si eres mi amiga, tendré la excusa para ir a visitarte y de paso tal vez te convenza de llevar nuestra amistad a algo más.

—Will…

—Yo sólo digo —sonrió, y tomando algo del interior de su chaqueta lo colocó en el centro de su palma—. Toma, es un regalo de despedida.

Ella no necesitó abrir la cajita negra para saber qué tenía en su interior.

—Will, no puedo aceptarlo —intentó regresarle el anillo, pero él

cerró sus dedos alrededor de la caja.

—Llévatelo. Era un regalo para ti que mandé traer desde México, y es tuyo. Te cases o no conmigo.

—Will, no es correcto.

—Sólo guárdalo, Lily. Si no te gusta, puedes lanzarlo al mar.

—¿Estás loco? No voy a hacer eso.

—Entonces sólo guárdalo como un recuerdo de mí. Si algún día cambias de parecer, úsalo y entonces sabré que has aceptado casarte conmigo.

Ella pareció dudar, mirando con ojos llenos de lágrimas la cajita.

—Will, no hago esto para lastimarte, ¿lo sabes, no es verdad?

Él posó una mano sobre su mejilla y la obligó a alzar el rostro para verlo a la cara.

—Lo sé, Lily —esbozó una sonrisa llena de tristeza—. Algún día te convenceré de la verdad, hasta entonces ve y cumple tus sueños, mi amor. Y cuando te conviertas en una gran doctora, yo estaré esperando por ti.

—Will… —su voz se quebró—. No tienes que hacer eso. No tienes que esperarme.

Él se inclinó y la besó, silenciando sus palabras con ese beso. Ella se sintió estremecer entre sus brazos, sintiendo que su cuerpo se derretía y se fundía con el suyo, uniendo sus almas con una conexión que nunca nada ni nadie podría separar.

—Aquí estaré para ti, Lily —le aseguró él, poniendo énfasis en cada palabra—. Te voy a esperar. Si eso te demuestra que te amo de verdad, te voy a esperar. Y aquí estaré, aguardando el momento en que regreses para quedarte para siempre a mi lado.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, y antes de siquiera pensar en lo que hacía, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, para besarlo una vez más. Notó los fuertes brazos de Will rodeándola por la espalda y la cintura, acercándola contra su cuerpo con tal intensidad que, por un momento, estuvo segura de que él nunca la dejaría ir.

Y por ese momento ella tampoco quiso marcharse. Se sentía bien, como si éste fuese el lugar donde debía estar.

Escucharon un carraspeo a sus espaldas y ambos se apartaron, no sin bastante reticencia.

—Lily, hija —Asher le dedicó una mirada dura a Will—, es hora de embarcar.

—De acuerdo, dame un minuto, por favor, papá —le pidió ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Su padre asintió y los dejó a solas una vez más.

—Es hora de que me vaya —ella se giró hacia Will—. Pero antes de separarnos quiero que tengas esto —le entregó una pulsera tejida que le resultó sumamente familiar.

Y entonces la reconoció. Era la pulsera tejida que él le había regalado siendo niños. Aquella que Clara le había dado, hacía tantos años.

—¿Cómo es que las has guardado todos estos años? —le preguntó, sinceramente sorprendido.

—¿Cómo no hacerlo? Me la diste tú —fue su respuesta, provocando que el corazón de él le doliera.

Ella lo había amado tanto esos años como para guardar ese trozo de lana desteñida, en su recuerdo. Y él no había sabido apreciarlo.

Pero cambiaría las cosas, le haría saber que su amor era sincero y entonces la recuperaría. Aunque se llevase toda la vida lo conseguiría.

—Recuerda tu promesa. Vuelve a mí… —le pidió él, tomando su rostro entre sus manos para besarla una vez más, con un beso largo y profundo que a ambos les llegó al alma—. No importa cuánto demores, yo te estaré esperando, amor mío.

CAPÍTULO 40

Lily cruzaba la calle con una sonrisa en los labios. Aquel día había sido fabuloso, había aprendido tanto sobre la anatomía humana, que apenas podía esperar a llegar casa y sentarse a estudiar para el examen del día siguiente. La profesora había prometido que la alumna que obtuviera la mejor nota, se ganaría el derecho de acompañarla durante la siguiente operación en el hospital. Su madrastra, que era la subdirectora de la universidad, había estado allí para corroborarlo. Y Lily estaba decidida a ser ella quien obtuviera ese privilegio.

De pronto, un hombre alto envuelto en una gabardina oscura y con el rostro oculto bajo el ala de su sombrero negro le salió al paso bloqueándole el camino. Lily se alarmó por un momento, temiendo que se tratase de un delincuente. Su mano fue directo a su costado, donde guardaba una navaja que le había dado su padre, hasta que reconoció esa sonrisa, que habría sabido distinguir en cualquier parte.

—¿Will?

—Hola, preciosa —la saludó él, rodeándola por la cintura y alzándola en el aire, en un apretado abrazo.

—¡Qué alegría verte! —ella rio, ahuecando ambas manos en sus mejillas con la intención de verlo mejor—. ¡No puedo creer que estés aquí! ¿Cuándo llegaste? ¿A qué has venido? —lo acribilló a preguntas.

—Hoy mismo y, por supuesto, he venido a verte —contestó él, esbozando una de esas sonrisas ladeadas que ella tanto amaba—. Tuve que hacer mil promesas y conceder favores hasta el día en que me muera, para que el tío Jack me permitiera venir en su lugar en el barco para hacer la entrega a Nueva York, pero al final lo conseguí. No podía permitir que pasara otro mes sin verte, Lily.

Ella lo miró a través de un velo de lágrimas, profundamente conmovida por sus palabras.

—Me alegra mucho que lo hayas hecho —le dijo con un hilo de voz antes de volver a colgarse de su cuello para abrazarlo—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, pequeña —él la estrechó con más fuerza contra su cuerpo, aspirando el aroma de su cabello que tanto había añorado esos meses de separación.

La había extrañado tanto que nunca podría expresar con palabras la falta que ella le había hecho en su vida. Los días sencillamente no parecían tener color si Lily no estaba a su lado. Era como si ella se hubiese convertido en el centro que daba sentido a toda su vida.

Pero al menos ahora podía abrazarla. Y con ese gesto esperaba demostrarle, aunque fuera en una ínfima parte lo mucho que ella significaba para él.

Lo mucho que la amaba…

—Cuéntame, por favor —Lily se apartó para poder mirarlo a la cara—, ¿cómo están todos? ¿Cómo está Rodrigo?

—Estupendamente —contestó Will, esforzándose para mantener el control y no volver a rodearla con los brazos—. Rodrigo se está adaptando muy bien a su nueva vida, mis tíos lo consienten como si fuera un príncipe, creo que nunca he visto un niño más rodeado de atenciones y mimos, que ese pequeño. Te aseguro que es muy feliz. Danielle y Jack se encargan de eso con esmero.

—Eso me alegra tanto —Lily esbozó una sonrisa soñadora—. Aunque lo extraño, sé que no pudo caer en mejores manos. Jack y Danielle son personas estupendas, en pocos días consiguieron que Rodrigo los quisiera y les abriera su corazón. Nunca le dieron importancia a que no hablara mucho o que se portara diferente. Estoy segura de que también serán los mejores padres para él.

—Lo son, te lo aseguro —convino Will.

—¿Y cómo se encuentran Clara y Alexander? —le preguntó, no sin cierto tono de duda en la voz. No quería molestarlo con amargos recuerdos, pero extrañaba a su amiga que se había convertido en casi una hermana para ella.

Sin embargo, su pregunta no pareció molestarle. Al contrario, pareció tomársela bien, porque sonrió.

—Son la pareja más empalagosa y dulce que he visto, aparte de mis padres —le confesó él—. Y lo digo en el buen sentido. No pongas esa cara, estoy hablando muy en serio.

—Lo sé, te creo —ella asintió, aunque él no se lo creyó.

—Ya te dije que Clara no me interesa más —él tomó su mano y la llevó a su pecho, donde ella pudo sentir los latidos de su corazón—. Tú eres la única en mi corazón, Lily. Y aunque no fuera así, y no te amara, de todas formas no iría tras Clara. Hace mucho que me di cuenta de que ella es perfecta para Alexander. Amo a mi hermano, es el mejor hombre que puede existir. Y cuando me enteré que lo habían encarcelado, sentí que moría. Fue como si todo se pusiera patas arriba, el mundo me cambió de perspectiva completamente. Me di cuenta de

que Alexander es el mejor ser humano y yo no lo había sabido valorar. No hubiera sabido qué hacer de haberlo perdido —una tristeza genuina se reflejó en su mirada—. Así que me siento muy feliz de que él ahora esté al lado de Clara, la mujer que ama, y que sea dichoso en su matrimonio. Es lo que él se merece.

—Me alegra sinceramente escucharte hablar así, Will —ella esbozó una sonrisa amable—. Es un sentimiento muy noble de tu parte que estoy segura traerá paz y dicha a tu vida.

—Tú ayudarías bastante con ese tema, si aceptaras casarte conmigo —él le dirigió una intensa mirada, al tiempo que la rodeaba por la cintura, con la intención de acercarla a su cuerpo.

—¿Y cómo están los demás? —ella se apartó, intentando cambiar de tema.

—Todos bien, gracias. Mis padres están de vuelta en Inglaterra —le contó Will con un suspiro, dejándola ir, pero decidido a que no iba a rendirse con ella—. Por cierto, mi madre te ha enviado una maleta completa llena de obsequios, junto con la advertencia de que vendrá a visitarte con toda la familia el próximo año.

—Eso no es una advertencia, es una buena noticia —replicó ella, riendo.

—Tómalo como quieras —él se encogió de hombros—. Esa mujer te quiere tanto que bien podría decidir radicar aquí una temporada con tal de tenerte cerca. Te quería como a una hija cuando eras niña, y creo que de alguna manera todavía te ve de ese modo.

—Es tan dulce. Yo también la veía como a una madre cuando era pequeña, la echo mucho de menos, ¿sabes?

—Podrías hacerla muy feliz concediéndole la felicidad de convertirte en su hija, ya sabes, casándote conmigo —él arqueó las cejas de forma sugerente.

—Will…

—Sólo piénsalo, ¿de acuerdo? —le pidió, pasando un mechón de cabello que caía sobre su rostro, tras su oreja, en una caricia dulce y pausada, que a ella le ocasionó calosfríos. Y no por el viento helado que soplaba esa tarde.

—Parece que va a llover, será mejor que vayamos a casa o nos agarrará el agua —le dijo Lily, cambiando el tema una vez más.

—¿Te das cuenta que no estamos en Londres, ¿verdad?

—Aquí también llueve, Will —replicó ella, agachándose para tomar el bolso con sus libros, que había dejado caer para abrazarlo—. ¿Dónde te estás quedando? ¿Crees que puedas acompañarme a casa a cenar?

—Me encantaría —él dedicó una sonrisa de oreja a oreja, decidiendo que retomaría el tema más tarde, al tiempo que le quitaba de las manos la mochila, para cargarla por ella—. ¡Dios santo! ¿Pero qué traes aquí, mujer? ¿Piedras?

—No, ladrillos —bromeó ella, haciéndolo reír—. Sólo mis libros de anatomía. Mañana tengo examen.

—¿Qué te han hecho aprender una enciclopedia completa para mañana?

—Algo así —ella rio—. Pero me encanta. No puedo sentirme más emocionada, todo lo que aprendo cada día es estupendo. Y lo mejor de todo es que pronto nos permitirán hacer rondas en el hospital. No puedo esperar a ver a los pacientes y tratar con ellos, me desvelo sólo imaginando el día que pueda convertirme en un médico de verdad y ayudar a todos aquellos que lo necesiten.

—Me recuerdas a Ben en sus días de estudiante —él apartó otro mechón de cabello de su rostro y lo pasó tras su oreja—. Por lo visto te va estupendamente en el camino de convertirte en doctora.

—Lo intento —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Aunque debo admitir que me siento sumamente feliz por tener esta oportunidad.

—Me alegro por ti, Lily —él sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos. Había ido a verla con la intención de convencerla para casarse con él, pero por lo visto aquello no podría ser posible. No todavía, al menos.

No la haría desistir de su sueño. Era obvio que ella se encontraba en la gloria en ese camino para convertirse en médico.

Además, todavía tenían toda una vida por delante para pasarla juntos.

—¿Deseas comer un poco más de estofado, Will? —le preguntó Hayden, la madrastra de Lily, una mujer sumamente hermosa de cabello dorado y sonrisa amable, que debía ser la persona más dulce que Will había conocido en toda su vida.

—Si no es molestia —Will alzó su plato, que la mujer no tardó en volver a rellenar hasta el tope, por tercera vez.

—Mamá, deja algo para tu hijo —replicó Adam, alzando su propio plato al tiempo que le dedicaba a Will una mirada hosca.

—Las visitas primero, cariño.

—Pero esta visita se está terminando toda la comida —refunfuñó Adam, comenzando a atacar la comida que su madre acababa de servirle.

—Discúlpalo, cariño, a veces mi hijo olvida sus modales —le dijo Hayden con gentileza a Will, esbozando una sonrisa de lo más tierna, que contrastó cuando ella, al pasar tras su hijo para tomar asiento en su lugar, le dio un golpe en la cabeza a Adam con el cucharón al tiempo que mascullaba un «compórtate».

Will rio bajito, comenzando a comer de su plato mientras que Adam hacía lo mismo, en una competencia muda.

—Ustedes dos, paren de una vez. Nadie les va a robar la comida de sus platos —los reprendió Lily, notando que aquellos dos prácticamente sorbían los alimentos directamente del plato.

—Quizá tú no, pero nada garantiza que él no lo haga —replicó Adam, sin dejar de mirar a Will con esos ojos retadores, al tiempo que se zampaba el contenido del plato ante él.

—Y yo que creía que los piratas podían ser desagradables a la hora de comer —se mofó Asher, llevándose una copa con vino a los labios —. Entonces, hija mía, ¿vas a ganar ese lugar en el hospital al lado de tu madre la próxima semana?

Lily apartó la vista de Will para fijarla sobre su padre.

—Tenlo por seguro, papá. No permitiré que nadie me venza esta vez —ella sonrió, radiante.

—Si no ganaste la vez anterior, es porque aún estabas poniéndote al corriente, cariño —Hayden salió en su defensa, aunque no era necesario—. Pero verás como esta vez destacarás por encima de todas las otras chicas, eres sin duda la mejor de mis estudiantes.

Lily sonrió de oreja a oreja, complacida con las palabras de su madrastra y también su profesora favorita en la universidad.

—Gracias, mamá. Estoy encantada con la idea de poder participar en el hospital. Y sin duda no habría podido hacerlo sin todo tu apoyo, y gracias a Ben, por supuesto —añadió, hablando con un tono colmado de afecto que Will no pasó desapercibido—. Él me enseñó tanto, mientras estuve en México —Lily se quedó callada al notar la mirada airada que Will le dedicó. Incluso había dejado de comer.

—¿Sucede algo? —le preguntó Asher a Will, notando también su molestia.

—Qué va —él esbozó una sonrisa, limpiándose con la servilleta—. Todo está delicioso, señora Jones. Perdón, quise decir señora Blake —se corrigió. Todavía no podía hacerse a la idea de que el famoso pirata Asher Jones, el pirata de los relatos de su infancia, ahora tuviera el apellido Blake. Y sería mejor que no lo olvidara, después de todo, él y su familia dependían de ello para mantener su vida apacible, como hasta ese momento.

—Te agradezco, Will, eres muy amable —le dijo la mujer, sin molestarse por el error—. Y por favor, llámame Hayden —le pidió una vez más, alzando una copa de vino para llevársela a los labios.

—¿Y cuánto tiempo te quedarás en Nueva York, hijo? —quiso saber Asher, dirigiéndole a Will una mirada inquisitiva.

—No mucho, un par de días, quizá una semana, a lo sumo —contestó Will, adoptando un semblante serio, raro en él—. Debo encargarme de las transacciones de la mercancía y después tomaré rumbo a Londres.

—¿Te quedarás tan poco tiempo? —le preguntó Lily con desilusión en la voz.

—Lo siento, pero además de venir a verte, debo trabajar. Y no puedo demorar en mi partida, o retrasaré las entregas a Londres —le contestó Will, estrechando su mano por debajo de la mesa.

—Está bien, lo entiendo —ella esbozó una sonrisa triste.

—Un hombre trabajador nunca deja de lados sus obligaciones y mantiene la cabeza centrada, me agrada que seas de esa clase de personas, Will, y no un rico aristócrata sin cerebro y con la misma energía para el trabajo que el de una lapa —Asher le dedicó una mirada de afinidad a Will—. Y en cuanto a ti, hija, debes mantenerte concentrada en tus estudios. Ya tendrán tiempo para cortejos más adelante, cuando te hayas graduado.

—¡Padre! —exclamó Lily, ruborizándose visiblemente.

Will rio bajito, provocando que el azoramiento de ella se convirtiera en enojo, que ella no dudó en demostrar dándole una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! —se quejó él, haciéndola reír ahora a ella—. Tranquila, no te enojes, ten por seguro que vendré a verte nuevamente —le aseguró Will, acariciando el dorso de su mano con el pulgar.

De pronto, unas garras se aferraron a sus dedos, provocando que Will soltara otro alarido. Y grande fue su sorpresa, cuando, al alzar la mano, lo hizo con un gato colgando de ella.

—A ti te reconozco, demonio —le dijo, zarandándolo para que lo soltara.

—¡Kitty, ya basta! —Lily lo tomó por la cintura y tiró de él, hasta que el animal se dignó a soltarse de la mano de Will—. Lo siento tanto. ¿Te ha lastimado?

—Estoy bien. Esa bestia siempre ha tenido una atracción indomable hacia mí —le dijo, limpiándose los arañazos con su servilleta.

—Debes limpiar esa herida —le dijo ella, tomando su mano para

revisarla.

—Cariño, ayúdale con eso —le pidió Hayden, dedicándole una mirada un tanto pícara a su hija.

—Él estará bien —refunfuñó Asher.

—Ella va a curarlo —repitió Hayden en tono autoritario, silenciando la protesta de su marido.

Lily aguantó una sonrisa y se puso de pie, junto con Will.

—Y Lily —añadió su madrastra, antes de que pudiera alejarse de la mesa—, recuerda, los estudios son importantes, pero también lo es la diversión. Mañana, después de tu examen, podrías llevar a Will a dar un paseo por la ciudad, antes de que se marche —sugirió Hayden, esbozando una sonrisa soñadora—. Tu padre solía llevarme de paseo a Central Park.

—Mamá, es sólo un simple parque —replicó Adam—. Y no creo que sea una buena idea que ellos dos anden vagando solos por la ciudad.

—Quizá tú quieras acompañarlos —sugirió su madre, arqueando una ceja.

—Espero que se diviertan —anunció el chico, fijando la vista de vuelta en su plato.

—Es una sugerencia encantadora, mamá —convino Lily y se giró hacia Will—, aunque no sé si sea de tu agrado, Will. Tú conoces a la perfección la ciudad. Después de todo, tu padre solía vivir aquí con tu tío, y me contaste que todavía ambos mantienen un negocio en la ciudad, además de varias relaciones comerciales, por lo que has viajado por negocios a esta ciudad varias veces en el pasado. No es ninguna novedad para ti.

—Pero nunca he visto la ciudad contigo, Lily —apuntó Will—. Me encantaría poder hacerlo. Además, hace mucho tiempo que no doy un paseo ni tomo un descanso, últimamente creo que sólo trabajo.

—Eso hacen los hombres para olvidar las penurias de amor —comentó Adam al aire, alzando su copa—. Eso o ahogarse en el alcohol.

—En ese caso, eres un ejemplo a seguir, Will —le dijo Hayden, mirando al hombre, que claramente estaba enamorado de su hija, con profundo orgullo—. Y por ello Lily no dudará en acompañarte mañana, ¿no es verdad, cariño?

—Por supuesto, madre —ella le dirigió a Will una mirada preocupada, ¿es que realmente él estaría enterrándose en el trabajo? ¿Pero por qué lo hacía? Él no la amaba en realidad.

¿No es cierto?

—Yo no puedo acompañarla mañana, tengo clases hasta tarde —comentó Adam, intentando robar un trozo de comida del plato de Will, pero su madre lo evitó picándole los dedos con su tenedor antes de que pudiera tocar su comida.

Adam soltó un alarido que Hayden ignoró magistralmente, actuando como si no hubiese pasado nada malo.

—Retomando el tema de la salida de mañana —Hayden junto las manos en la mesa, actuando como una perfecta dama de alta cuna—, y que Adam no puede acompañarlos, tal vez yo me pueda hacer un tiempo para hacerlo en su lugar. Aunque había acordado ir a visitar a las damas de una casa para adultos mayores a las seis, por lo que no tendremos mucho tiempo —pensó en voz alta, llevándose el dedo índice a los labios.

—Lily es una jovencita madura que sabe cuidar bien de sí misma, mi cielo —intervino Asher—. Además, William es un hombre que ha sabido protegerla y tratarla bien, no pongo en tela de juicio su valía. Si existe alguien con quien permitiría que mi hija paseara a solas, es con él —comentó Asher, para sorpresa de Will—. Además, él sabe que si llega a propasarse con ella, lo asesinaré.

Will tragó con fuerza y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Se lo agradezco, señor.

—Bien, ya está decidido —aplaudió Hayden—. Ahora, cariño, ve a curar la mano de tu pretendiente, antes de que termine de arruinarme la alfombra con su sangre.

Will esbozó una extraña sonrisa que lucía más como una mueca, sorprendiéndose de que su familia no parecía ser la única salida de un manicomio.

No obstante, se sentía contento. Eran buena gente, y lo mejor de todo es que podría pasar un tiempo a solas con Lily mañana.

Y estaba decidido a hacerlo rendir.

CAPÍTULO 41

Lily, sentada ante la mesa de su escritorio, releía un artículo escrito por Hayden, para el periódico, preparándose para el examen del día siguiente, donde cada detalle podría contar para conseguir obtener la calificación máxima.

Alguien tocó a la puerta en ese momento, y Lily se sorprendió enormemente al ver asomarse a Will dentro de la habitación.

—¿Te interrumpo?

—No, pasa —ella le pidió, esbozando una amplia sonrisa que se transformó en un gesto de asombro, cuando vio que él iba cargando consigo varios libros y papeles.

—Pensé que ya que tienes que estudiar, podría trabajar a tu lado —se explicó Will ante su mirada inquisitiva—. De ese modo podremos estar juntos sin interrumpir nuestras labores.

—Es una idea estupenda, Will. Ven, aquí puedes sentarte —sonrió encantada, corriendo a apartar los papeles que había acumulado en una mesa junto a la ventana para hacerle lugar.

—¿Tendrás un examen de periodismo? —preguntó él, en tono de broma, notando que ella recogía varios periódicos.

—No, mi madre suele publicar algunos artículos en ocasiones en el periódico de la universidad, y estoy releyéndolos para tener todo fresco mañana en el examen.

—Parece que no la tienes fácil, pequeña.

—El grupo de chicas con las que estudio son todas muy inteligentes y también algo competitivas. Deseo ser la mejor, y para ello necesito esforzarme al máximo —se explicó—. Quiero que mi madre se sienta orgullosa de mí, y también mi padre, él paga mi educación, después de todo, y no deseo que piense que está desperdiciando su capital en mí.

—Estoy seguro que él no piensa eso y que está tan orgulloso de ti como lo está tu madre —le aseguró él, pasando una mano por su mejilla en una suave caricia—. No dejó de alabarte en toda la cena. Nunca había visto a una madre más orgullosa de su hija.

—Lo sé, es tan dulce —ella sonrió, apretando el montón de papeles contra su pecho—. Aunque no por ello me hace las cosas fáciles. Por

más que las otras chicas asuman que ella, por ser mi madre, me ayuda a pasar los exámenes con buenas notas, lo cierto es que es muy dura conmigo a la hora de estudiar y aprender las lecciones. Me exige tanto como a las otras, si no es que más. Ni siquiera ha consentido a ayudarme a estudiar para este examen, haciéndome una ronda de preguntas.

—¿Qué es eso? —se interesó.

—Una técnica de estudio —ella se encogió de hombros—. Las otras chicas se reúnen en grupos para estudiar y se hacen preguntas entre ellas, pero ninguna ha aceptado incluirme en su grupo de estudios —frunció el ceño—. Me hacen el vacío porque asumen que mi madre me regala todo sin tener que esforzarme como ellas.

Will frunció el ceño, molesto porque esas chicas la tratasen de ese modo.

—No las necesitas —le aseguró, intentando aligerar el ambiente—. Vamos, yo te haré las preguntas —le dijo, tomando los periódicos por ella.

—Pero debes trabajar —señaló el montón de papeles en la mesa, que él acaba de dejar

—Ya tengo todos los documentos listos, sólo era una excusa para estar contigo —le confesó, haciéndola reír.

Se sentaron en un sofá, frente a la chimenea, y Will abrió los documentos comenzando una ronda de preguntas.

Trató de todo, hasta que la noche cayó y cada uno de los temas que vendrían en el examen estuvo revisado.

—Creo que estás lista para escribir una enciclopedia médica —le dijo Will, esbozando una sonrisa colmada de orgullo, tras lo que parecía ser una jornada más dura que las que habría tenido en el campo, labrando la tierra todo el día—. Mañana superarás con ventaja a todas esas celosas víboras cobardes malintencionadas que tienes por compañeras.

—No es para tanto —ella rio, negando con la cabeza al tiempo que le ofrecía una taza de humeante café que su madre les había llevado hacía poco—. Pero te lo agradezco tanto, Will. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

—Te lo sabías todo, habrías aprobado de todas maneras, con o sin mi ayuda —le aseguró él, aceptando la taza—. Sin embargo, si realmente me quieres agradecer el favor, acompáñame mañana todo el día en ese paseo que sugirió tu madre. Muero de ganas por conocer la ciudad.

—Creí que habíamos acordado que así lo haría.

—Quiero que lo hagas por gusto, no porque te lo ordene tu madre —le dijo él, acariciando el vendaje que ella había colocado en su mano—. Si realmente así lo deseas, ven conmigo mañana a ver la ciudad.

Ella esbozó una sonrisa colmada de afecto y posó una mano sobre la suya.

—Me encantaría ir contigo, Will. Te aseguro que nunca hubiese accedido de no ser así. Es sólo que realmente creí que no era algo que te interesara. Después de todo, es verdad que has estado aquí en varias ocasiones con tu familia y tu tío.

—Sí, pero nunca contigo —le dijo él, posando su mano sobre la que ella mantenía encima de la suya, y la estrechó con cariño—. Y es a ti a quien he venido a ver, no a la ciudad.

Al día siguiente, al salir de clases después del examen, Lily se sorprendió de encontrar a Will de pie en la puerta del edificio, esperándola con un enorme ramo de flores.

Ella sonrió de oreja a oreja, encantada de verlo, y ni siquiera lo pensó cuando salió corriendo a recibirlo y se lanzó a sus brazos.

—¡He sido la nota más alta! —le dijo entre risas de alegría, abrazándolo por el cuello—. Y todo gracias a ti.

—Fue gracias a ese cerebro privilegiado que tienes, preciosa, yo sólo te hice compañía —le dijo él, estrechándola con fuerza contra su cuerpo—. Y no me extraña que sacaras la nota más alta, mi pequeña geniecillo. Aunque ahora tendrás que cumplir tu parte y llevarme de paseo, como acordamos.

Ella rio cuando él se apartó para entregarle el enorme ramo de flores y tenderle uno de sus brazos, para que ella se asiera de él.

Entre risas, se cogió con fuerza de él y lo siguió hacia afuera, donde los esperaba un elegante carruaje. Mientras subía, Lily pudo notar las miradas colmadas de envidia y sorpresa de sus compañeras, incapaces de apartar los ojos de Will. Los años no hacían más que aumentar el atractivo de ese hombre que desde siempre había sido el dueño de su corazón.

—Aún no puedo creerme que esa cosa sea real —comentaba Will, manteniendo el rostro y las manos pegadas al vidrio del estanque, de forma bastante infantil.

De hecho, a su lado había un niño de unos diez años que, en su misma postura, admiraba con la misma fascinación a la criatura que

nadaba dentro del agua, del otro lado del vidrio.

—¿A que es el bicho más raro que has visto jamás? —le preguntó el crío, pegando tanto la nariz al vidrio, que del otro lado el animal debió divisarlo como una especie de cerdo humano.

—De no estarlo viendo ahora mismo moviéndose, habría jurado que alguien le había pegado un pico de pato a un castor —contestó Will al niño, antes de girarse hacia Lily, que, de pie junto al cartel que exponía los datos del espécimen expuesto, lo observaba con la misma fascinación que él tenía para el animal que nadaba con gracia delante de él—. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Ornitorrinco —contestó ella, disimulando una sonrisa tras su elegante mano enguantada—. Y viene de Australia.

—Australia —repitió Will—. Es allí a donde te llevaré para nuestro primer aniversario de casados, Lily. Iremos a ver ornitorrincos.

—Antes tendrás que casarte conmigo, William Collinwood —ella puso los brazos en jarra, hablando en forma retadora.

—¿Es una proposición? ¿Aquí, frente a todos? —él enarcó las cejas pícaramente, alzando la voz y abriendo los brazos, de forma que todos a su alrededor se giraron a mirarlos—. ¿Cómo negarme a eso? ¡Acepto!

—¡Will, déjate de payasadas! —ella lo tiró del brazo lejos del recinto, huyendo a la carrera de un público que aplaudía y les gritaba felicitaciones a los futuros novios.

—¿No te gusta Australia para viajar en nuestro primer aniversario? —le preguntó él, con fingida inocencia—. Está bien, si lo prefieres puedo llevarte allí de luna de miel —la rodeó por la cintura, atrayéndola en un abrazo—. Aunque tenía pensado para ello una costa paradisiaca al sur de México que te maravillará con sus aguas cristalinas

—Will, ya basta. No me casaré contigo —lo cortó ella—. Ya te lo dije, sólo somos amigos.

—Eso no significa que no puedas cambiar de opinión en un futuro.

—No lo haré.

Ella pareció notar que sus ojos se apagaban un poco al escucharla decir esas palabras, pero él enseguida se recompuso, y tomándola de la mano la llevó hacia otro de los recintos, donde se encontraba otra variedad de animales.

—Will… Lo siento —lo detuvo y lo miró a los ojos—. No quiero lastimarte, te lo juro. Sólo quiero que estén las cosas claras entre nosotros. Ahora sólo somos amigos, y es ésa la única relación que espero que mantengamos en un futuro. No pretendo casarme ni ahora

ni nunca. Mi deseo es convertirme en médico, ¿lo comprendes, verdad?

—Por supuesto —él sonrió, aunque ella notó que la alegría no le llegó a los ojos—. Pero no lo acepto.

—Will…

—Está bien, no digas nada. Tú puedes mantenerte obstinada en esa decisión, como yo puedo mantenerme en la mía. Y no desistiré, Lily —le aseguró—. Algún día serás mi esposa, ya lo verás —le dijo tomando su mano y tirando de ella consigo—. Ahora vamos a ver a esas cebras, ¿crees que me permitan montarlas?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y qué me darías si consigo subirme a una?

—¡Te daría un azote en el trasero!

—¿Es una promesa? —él subió y bajó las cejas, mirándola de forma retadora.

—¿Pero qué pasa contigo, tienes cinco años? —le preguntó Lily, sin poder evitar enrojecer hasta la coronilla—. No te vas a subir a ninguna cebra, William Collinwood —lo reprendió, tomándolo por la oreja y llevándolo consigo lejos del recinto donde se encontraban las cebras. No fuera a ser que él se sintiera demasiado tentado a subirse a una.

Pasearon por horas, disfrutando de aquel momento de mutua compañía, observando los diferentes animales que, de no ser por ese zoológico, muchas personas nunca habrían podido conocer.

Aunque Will ya había visto la mayoría con anterioridad, se divertía aparentando completa sorpresa cada vez que se detenían en una nueva exhibición, gozando del genuino gozo de Lily, quien realmente disfrutaba con la primera visión de esos animales. Camellos, jirafas, leones, gorilas, incluso las ardillas que circundaban el lugar, todo parecía maravillarla.

Y él se sentía del mismo modo a su lado, disfrutando de ese momento juntos, que esperaba tuviese la oportunidad de repetir cada día, hacerla feliz por el resto de su vida. Como ella lo hacía feliz cuando estaba a su lado.

Porque desde hacía un tiempo ya se había dado cuenta que su única felicidad yacía al lado de esa mujer que le había robado el corazón sin que siquiera lo notara, y que, de alguna forma, debía conseguir convencer de la sinceridad de su amor por ella.

Los días transcurrieron con celeridad, y antes de que pudiera hacerse a

la idea de volver a separarse de su amada, Will tuvo que marcharse.

La mañana de su partida, Lily fue a despedirlo al muelle, incapaz de dejarlo ir sin verlo hasta el último momento en que podrían estar juntos. Aunque jamás lo admitiría ante él.

Con lágrimas en los ojos, lo abrazó por última vez, deseándole un buen viaje y rezando interiormente por volver a verlo. Un deseo que no tenía el valor de exteriorizar en palabras.

—Buena suerte en tus estudios, sigue siendo la mejor de la clase —le dijo Will, esbozando una de esas encantadoras sonrisas que le paralizaban el corazón—. Prométeme que no permitirás que ninguna de esas arpías que tienes por compañeras te rebaje. Recuerda que eres la mejor, sin importar nada —finalizó, pasando una mano por su mejilla en una dulce caricia.

Lily no pudo resistirlo más, le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó.

—Dios, cómo voy a extrañarte —le dijo con un sollozo entrecortado, hundiendo el rostro en su pecho. Will la rodeó con los brazos, atrayéndola con más fuerza a su cuerpo.

—Podrías pedirme que me casara contigo y no habría problema con quedarme aquí. De hecho, sería lo más lógico —le dijo él al oído, provocando que ella soltara una risita—. ¿Por qué te ríes? Lo digo muy en serio.

Ella sonrió y se apartó de él, negando lentamente con la cabeza al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la mano. Al verla, Will sacó un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta y se lo tendió.

—Gracias —musitó ella, pasando la tela bajo sus ojos antes de devolvérselo.

—Quédatelo —él llevó un mechón de cabello tras su oreja—. Así tendrás algo más para recordarme.

—Ya tengo unos cien de estos, gracias a ti —bromeó ella, antes de ponerse muy seria al mirarlo—. Y te aseguro que no necesito ninguno de ellos para recordarte. Tú ya eres parte de mi corazón.

Will no pudo resistirlo más, ahuecó la mano en su nuca y la atrajo contra sus labios para darle un beso que a ella le robó el aliento. Lily tuvo que aferrarse a su camisa, sintiendo que las rodillas se le doblaban, deleitándose con ese último momento, ese beso que parecía ser capaz de conducirla al cielo. Hasta que la razón volvió a sus sentidos y se apartó.

—Por favor, no lo hagas —le suplicó, aunque sus ojos, nublados por la pasión, decían claramente que no quería que aquel beso

terminara—. Somos amigos, nada más.

—¿Aún no has cambiado de idea?

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, no me hagas esto más difícil. No quiero perderte como amigo, Will. Pero si sigues insistiendo en ir por ese camino, tendré que pedirte que no vuelvas a verme.

Él frunció el ceño, aunque ella pudo notar claramente el dolor reflejado en sus hermosos ojos celestes.

—¿Es que ya no me amas?

—Eso no importa.

—¿Cómo no va a importar?

—Porque sé que tú no me amas, por eso —le dijo, sacando a la luz el dolor que guardaba dentro—. Quizá me tienes cariño, nos conocemos hace mucho tiempo y somos amigos, pero no me quieres de la manera en que un hombre ama a una mujer, Will. El amor que debe sentir un hombre para desposarse. El tipo de amor que Alexander siente por Clara, o bien, como el que tú…

—Ni siquiera termines esa frase —la atajó él—. Ya te dije que eso se acabó. No siento ya nada por Clara, más que el cariño que un hermano puede profesar hacia una hermana. Es a ti a la que amo como a una mujer, el tipo de amor del que hablas es el que yo siento por ti, ¿qué debo hacer para que lo veas, Lily?

Ella negó con la cabeza, mirándolo a través de un velo de lágrimas.

—Te lo suplico, no sigas —le rogó y el notó la profundidad de la aflicción que guardaba en su alma, reflejada en su voz, en su rostro, en cada lágrima.

Él asintió, resignado.

—Está bien —le dijo soltando un suspiro—. Por ahora.

—Will…

—Lily, sé que anhelas estar a mi lado tanto como yo —él la rodeó por la cintura, atrayéndola contra su cuerpo—. Debe haber algo que yo pueda hacer para demostrarte la sinceridad de mis sentimientos.

—No creo.

—Te lo pido, Lily, ¿qué debo hacer para probarlo? ¿Qué deseas que haga para demostrarte de una vez que te amo y te convenzas de que soy sincero?

—No tienes que hacer nada, Will, hemos acordado…

—Te lo suplico, dame otra oportunidad. Haré lo que sea. Ponme a prueba, dime lo que sea que quieres que haga, y lo haré —insistió, hablando con un fervor que le traspasó el alma—. Mi madre le exigió a mi padre lo mismo, y él lo hizo, cumplió cada cosa sin rechistar.

Incluso se puso una falda para probarle que no le importaba nada, ni hacer el ridículo, con tal de que ella se convenciera de su amor.

—¿Richard se puso una falda? —Lily soltó una risita—. No te creo.

—Es cierto. Una falda escocesa que perteneció a su abuelo, pero una falda al fin —apuntó él, esbozando una sonrisa ladeada—. Vamos, pequeña, dame una oportunidad —él se inclinó sobre sus labios—. Danos a ambos una oportunidad.

Ella suspiró entrecortadamente, sintiendo el corazón latirle a toda velocidad dentro de su pecho cuando los labios de él se apoderaron de los suyos una vez más, con una pasión desbordante que la hizo olvidarse de todo, incluso del lugar donde se encontraba.

—Cartas —contestó ella al fin, hablando sobre su boca, sin conseguir reunir la fuerza suficiente para apartarse de él—. Quiero que me escribas. Cada semana, si te es muy difícil, cada dos. Pero quiero que lo hagas al menos una vez al mes y…

—Te escribiré una todos los días —le aseguró él enseguida—. Cada mañana y cada noche, para que sepas que he pensado en ti en todo momento de cada día.

Ella le dedicó una mirada de sorpresa y negó con la cabeza.

—Will, no tienes que hacer eso, sé que estás muy ocupado.

—Nunca estaré demasiado ocupado para ti, amor mío —le dijo, pegando la frente a la suya, de forma que ella pudo deleitarse con cada detalle de sus hermosos ojos—. Te probaré que te amo, Lily. Y ésta será sólo una de las cosas que deseo hacer para convencerte de mi amor. Pídeme lo que sea y lo haré. No dejaré de luchar hasta convencerte de que cada vez que te digo que te amo, lo hago con el corazón en la mano.

Ella le dedicó una mirada anonadada y, posando una mano en su mejilla, le dijo con dulzura:

—Y pensar que en el pasado tenía que corretearte por todos lados, para conseguir que quisieras pasar unos minutos a mi lado.

Will soltó una carcajada y se inclinó para besarla una vez más.

—Qué puedo decir, cariño, era un niño muy estúpido —bromeó, pero ella negó con la cabeza.

—Eras adorable y demasiado tímido como para reconocer que te incomodaba estar cerca de una chica, aunque se tratase de una niña pequeña.

—Aún lo sigo siendo.

Ella soltó una risita.

—Sí, claro.

—Es cierto, soy tan tímido que por eso te necesito a mi lado, tú

eres la única mujer a la que deseo a mi lado. Sin ti estoy jodido.

Fue ella quien rio ahora.

—Eres demasiado dramático.

—Eso díselo a mi madre, ella desea nietos y tiene plena confianza en ti para que me ayudes a cumplir su deseo.

—¡Will! —exclamó ella todavía riendo y le dio un golpecito juguetón en el brazo.

—¡Will, es hora! —un hombre lo llamó a la distancia, alzando un reloj por encima de la cabeza para que él lo viera.

—Es el capitán de tu barco. Debes irte —ella intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Recuerda, una carta cada día —le dijo él, hablando sobre sus labios, antes de besarla una última vez—. Y para cuando vuelva a verte quiero me tengas preparada la siguiente prueba que desees que vaya a realizar.

—¿Cuántas pruebas van a ser? —ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Las que tú consideres necesarias para convencerte. Tú pon el número, cariño, yo haré el resto.

—¿Y si fuesen cien? —ella arqueó una ceja, probándolo.

—En ese caso cumpliré cien —él esbozó una sonrisa ladeada, tomando su barbilla entre los dedos para obligarla a mirarlo a los ojos—. Pero después de esas cien tendrás que cumplir tu parte y casarte conmigo. Y cuando eso suceda, lo sabré, porque llevarás en tu dedo el anillo que te di, junto con mi corazón.

CAPÍTULO 42

Los meses pasaban y luego también los años, y Lily no dejaba de maravillarse ante los detalles de Will, que habían comenzado con las cartas. Una diaria, escrita cada noche y cada mañana, como él había prometido. En ella le relataba las proezas de cada día, y cuando no tenía mucho que contar, pues había pasado una jornada tranquila de trabajo sin grandes novedades en comparación al día anterior, le narraba alguna anécdota de su familia, del pueblo, le escribía alguno de sus poemas favoritos o incluso algún pasaje de una buena novela que le recordaba a ella.

Pero siempre, sin falta, le confesaba su amor eterno e indiscutible para finalizar cada carta con la misma pregunta, «¿ya has decidido usar ese anillo?».

Lily devoraba cada carta con el corazón arrebolado y una sonrisa inconsciente en los labios. Y si el correo llegaba a retrasarse por cualquier eventualidad, no podía evitar sentirse de mal humor, deseosa de esas letras que eran una parte de Will, ese hombre al que amaba más que a sí misma, y que, a pesar de todo y lo mucho que hubiese deseado desterrarlo de su corazón, ya formaba parte de él.

Y las cartas no fueron todo. Will hacía lo posible por ganarse su amor, o al menos convencerla de que él la amaba, porque ella ya le había dado su corazón hacía mucho tiempo. Le enviaba presentes desde cada sitio que visitaba, algunos muy hermosos, como un finísimo jarrón de porcelana china que su madre se adueñó para usar en el centro de su sala de estar, o un bellísimo cuadro pintado por un famoso artista de Italia que colgaba ahora en un lugar de honor en su casa. Así como otros obsequios un tanto extravagantes, como un cargamento de chocolate y vainilla de Veracruz, que habrían abastecido a un ejército, o el kimono de delicada seda que le envió en una ocasión, junto a una espada samurái, que le aseguró él usaría para capar a cualquier energúmeno que se atreviera a acercársele con ojitos románticos. Pues Will, tras sus últimas visitas, había comprobado que su adorada Lily estaba bajo la atención de varios hombres, que hacían todo lo posible por pretenderla, entre pacientes y médicos, que por más que ella lo negase, bebían los vientos por ella.

Por suerte para él, Lily parecía no prestarle atención a ninguno de

ellos más allá del trato profesional. Era amable como siempre, por supuesto, haciendo gala de su buena educación y profesionalismo, sin embargo, su corazón sólo estaba reservado para uno. Y él se vanagloriaba que él fuese esa persona. Aunque ella todavía no se decidiera a darle el sí.

Con el paso de los años, ambos se habituaron a una rutina que mantenía sus vidas separadas, al tiempo que conservaba sus corazones unidos a la distancia, compartiendo presentes y cartas colmadas de palabras de afecto, y a través de las que se contaban su día a día, comunicándose mutuamente secretos y las confidencias más profundas, aquellas que nunca le revelarían a nadie más.

Se hicieron tan cercanos, que nunca habría otra persona a su lado que pudiera conocerlos más profundamente de lo que ellos lo hacían mutuamente. Eran en definitiva los mejores amigos, y los cómplices de un amor que aún no se podía materializar.

Lily se graduó con honores como primera de su clase, y Will estuvo allí para verla. También para acompañarla durante su primer día de trabajo en el hospital, demostrándole su apoyo incondicional. Y cuando Lily no estaba estudiando o trabajando, la forzaba a tomarse unas vacaciones para acudir con él a México a visitar a su familia y amigos, haciendo lo posible para que sus visitas coincidieran con las de Jack y Danielle, con la intención de que la joven pudiera ver a Rodrigo durante sus estadías.

A lo largo de esos años, Will había cumplido su promesa e iba a visitarla tan seguido como le era posible, en ocasiones colándose en los barcos de su tío, aunque cada vez con mayor regularidad lo hacía viajando en sus propios barcos, de los que se había ido haciendo con el tiempo. En ellos transportaba el cargamento de café de la familia y, en ocasiones, los caballos de su abuelo, cuya venta se había acordado con algún hombre adinerado de Nueva York. Y en otras tantas ocasiones acudía únicamente con la única intención de verla.

Como ocurrió aquella vez en que fue a visitarla durante las navidades de 1894, cuando Will se tomó unas vacaciones para ir a visitarla durante las fiestas de fin de año.

A su madre no le había gustado la idea de que la familia se separase durante las fiestas, pero comprendiendo el amor que su hijo profesaba por Lily no dudó en desearle la mejor ventura, al tiempo que le entregaba un enorme paquete lleno de regalos para la chica que, sin duda, aún consideraba como a una hija.

Lily salía de la consulta en el hospital, cansada y con profundas ojeras, después de haber tenido que pasar la noche entera vigilando a

sus pacientes. Los cabellos escapaban de su moño que no se había tomado el tiempo de retocar antes de salir a la calle, deseosa de llegar a casa cuanto antes y recostarse en su cama, con la que últimamente parecía tener un romance platónico, pues sólo deseaba estar con ella, un deseo que no se cumplía muy seguido y se limitaba a soñar con su suave colchón.

—¡Feliz Navidad, hermosa doctora! —la saludó una voz que hizo a su corazón vibrar de alegría.

Con ojos abiertos de forma desmesurada a causa de la sorpresa, Lily se giró en redondo para encontrar a Will de pie tras ella. Como siempre, era capaz de caminar sin hacer el menor sonido, a pesar de la nieve que cubría la acera.

—¡Will! —gritó Lily con alegría y corrió a abrazarlo.

Él la encontró a medio camino, incapaz de mantenerse quieto lejos de ella ni un segundo más.

—¡Dios mío, estás aquí! —le decía ella, entre risas y lágrimas de felicidad—. Realmente estás aquí.

—Prometí que te vería lo antes posible —él tomó un pañuelo de su bolsillo y se lo tendió, en ese gesto tan familiar entre ellos que hizo sonreír a Lily.

De pronto notó unas risitas desde el otro lado de la calle, y los ojos de Lily notaron al grupo de médicas, sus antiguas compañeras, conversando entre ellas y observando con sumo interés a Will.

—Vámonos de aquí, no puedo esperar a que mamá te vea, no ha dejado de preguntar por ti desde que enviaste esas delicias turcas —le dijo ella, tirando de su brazo—. Me temo que te va a acorralar hasta hacerte prometer que le enviarás un cargamento completo sólo para ella —bromeó, pero notó que él no reía—. ¿Qué ocurre? —le preguntó, deteniendo su avance.

—¿Te avergüenzas de mí o por qué no quieres que tus amigas me vean contigo? —le preguntó Will en tono neutro, aunque ella notó la tensión en las facciones de su rostro.

—¡¿Qué?! ¡Por supuesto que no! Por el contrario, no podría sentirme más orgullosa de tenerte conmigo. Es sólo que… —apretó los puños.

—¿Qué cosa? —se interesó él.

—Cada vez que ellas te ven, es como si te desnudaran con los ojos —bufó, sorprendiéndolo con esa declaración—. No hablan enfrente de mí, pero las he escuchado cuando creen que no estoy presente cuchicheando sobre ti y lo mucho que les gustaría «darte una probada» —repitió en un tono chillón, claramente imitando a esas

mujeres.

Will soltó una carcajada y la abrazó.

—Cariño, creo que estás sintiendo lo mismo que yo cuando alguno de esos ineptos médicos que vienen a visitarte te miran con ojos de borrego a medio morir.

—No me visitan a mí, sino a los pacientes, y no vienen siempre, sólo en ocasiones especiales. Sería algo grandioso que más médicos participaran en nuestra fundación —dijo ella con amargura.

—Como sea, cualquier hombre que se te acerca lo hace con intenciones que me provocan deseos de arrancarle la cabeza.

—Pues es así como me siento. En especial cuando esas mustias cabezas huecas hablan de lo mucho que desean pellizcar tu trasero perfecto —gruñó, haciéndolo reír más con esa declaración. Ella intentó soltarse, pero él se lo impidió, abrazándola con más fuerza contra su cuerpo.

—No te preocupes, soy sólo tuyo —le dijo al oído, antes de darle un beso en la mejilla.

Ella no pudo evitar sonreír y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Dios, cómo te eché de menos —confesó, soltando un largo suspiro—. Necesitaba hablar contigo, siempre me siento mejor después de que me aconsejas.

—Veo que las cosas siguen difíciles en el hospital —le dijo él, rodeándola por los hombros y llevándola con él calle arriba.

—Nada ha cambiado. La mayoría de los médicos hombres no nos aceptan como colegas ni quieren trabajar con nosotras en el hospital. Son sólo unos cuantos, viejos amigos de mi madre, los que han aceptado, como un favor por su amistad.

—Favor, sí claro —espetó él, que bien sabía la cantidad de admiradores que Lily tenía entre los amigos médicos de su madre. Algunos incluso casados y que le doblaban la edad a su ingenua médica, incapaz tantas veces de ver los sentimientos ocultos tras una sonrisa—. No tienes que preocuparte, Lily. No me caen muy bien tus amigas doctoras, pero si son la mitad de buenas que tú en el campo de la medicina, estoy seguro de que serán más que capaces de sacar ese hospital adelante.

—Te agradezco tu confianza, Will, pero me temo que el asunto va más allá sólo de eso. También los pacientes nos guardan recelo. La mayoría de la gente que atendemos son personas de escasos recursos que no tienen otra alternativa más que venir con nosotras. Y aunque no lo creas, más del noventa por ciento de esos pacientes son mujeres y niños. Los hombres prefieren morir en la cuneta, antes que dejarse

atender por una mujer.

Will soltó un gruñido, molesto por la idiotez de la gente, por esa mentalidad tan retrógrada que al parecer no iba a cambiar con facilidad, por más avances que cada día se suscitaran en el mundo.

—Y aún no te he contado lo del puesto en el consultorio.

—¿Aquella oferta de trabajo del que me hablaste?

—Sí, el mismo. Me pintaron todo a las mil maravillas, y cuando me presenté y se dieron cuenta de que era una mujer, se retractaron enseguida, argumentando que la vacante ya no estaba disponible.

—Esos hijos de… —él se mordió la lengua, antes de soltar una palabrota.

—Pero no importa, Will. Tengo mi propio plan, uno que gracias a ti estoy a un pelo de conseguir realizar.

—¿Y qué plan es ése? —él arqueó una ceja, mirándola con una sonrisa sesgada en los labios.

—Muy pronto lo sabrás —lo besó en la mejilla—. Ahora vamos a casa, me estoy congelando.

—De hecho, tenía otra idea en mente. Aunque puede que tengamos que cambiarte esas ropas —él recorrió el cuerpo con una mirada que provocó que sus mejillas se encendieran.

—¿Qué clase de idea? —ella se cruzó de brazos sobre el pecho, provocando que él riera.

—Ya lo verás —él tomó su mano y tiró de ella—. Sólo tienes que dejarte llevar.

—¡William Collinwood, voy a matarte! —gritó Lily, aferrándose con todas sus fuerzas a la mano con la que Will tiraba de ella por la pista de patinaje.

—¿No es fabuloso sentir el viento en la cara?

—Mientras no sienta el hielo estampándose en mi cara, me conformo —replicó ella, haciéndolo reír.

—Vamos, es divertido —le dijo, disminuyendo un poco la velocidad para poder volverse hacia ella.

—Sí, seguro —espetó Lily, haciendo lo posible por seguirle el paso. Nunca había sido buena patinadora.

—Sólo debes tomar confianza, mira a esos niños —le dijo Will, señalando a un par de pequeños que patinaban con la soltura de un experto. Y para colmo, ellos también la señalaban entre risas, claramente burlándose de ella.

—Ya verán, mocosos —siseó Lily, alzando el puño, ante lo cual los dos salieron disparados lejos de ellos.

—¿Qué ha sucedido con mi dulce e ingenua Lily? —le preguntó Will, esbozando una sonrisa divertida.

—Se quedó allá atrás, junto con mi estómago —contestó ella, señalando con un gesto de la cabeza al conjunto de bancas donde se habían detenido para calzarse los patines.

—Creo que necesitas que aumentemos la velocidad para que te pongas de buen humor.

—¡No, Will! —gritó cuando él la tomó también por la otra mano, justo en el momento en que una pareja de enamorados se atravesaba por delante de ellos, ajenos en su embelesamiento de que estaban a punto de ser arrollados.

Will la rodeó con los brazos, intentando protegerla ante el impacto, y con ello sólo consiguió que comenzaran a girar sin control en medio de aquella multitud. Lily hizo lo posible por mantenerse erguida, pero la suerte no estaba de su lado y una de sus manos escapó de su guante, por lo que, llevada por la inercia su cuerpo se dobló hacia atrás, y de no haber sido por Will, que consiguió mantenerla sujeta de su otra mano para impedir que cayera en el hielo, se habría roto la crisma.

Al fin dejaron de girar y Will tiró de ella para ayudarla a erguirse sobre sus pies una vez más, en medio de una ola de aplausos de la gente que los rodeaba dentro y fuera de la pista de patinaje.

—¡Ha sido fabuloso! —gritó uno de los niños que antes se había burlado de ella.

—¿Cómo es que ha conseguido hacerla girar de ese modo sin que ella perdiera el equilibrio y cayera? —preguntó el otro crío, deseoso de conocer su secreto.

—Es un misterio cuya respuesta me llevaré a la tumba —contestó Will con voz socarrona, rodeando por la cintura a una muy pálida Lily para llevarla consigo lejos del hielo.

—¿Lo has hecho a propósito? —le preguntó ella, indignada.

—Por supuesto que no, me llevaré el secreto a la tumba porque no tengo ni la menor idea de qué demonios sucedió, pero ellos no tienen que saberlo ¿verdad? —le dijo Will, esbozando una sonrisa ladeada que consiguió a ella hacerla reír al fin.

Más tarde, sentados en la cómoda alfombra frente a la chimenea del salón principal, ambos disfrutaban de una taza caliente de chocolate mientras se deleitaban con el crepitar de las llamas.

Los padres de Lily habían salido y su hermano aún se encontraba trabajando en la empresa de su padre, por lo que tenían la fortuna de disfrutar un tiempo a solas, antes de que la familia de ella volviera.

—¿Cómo te queda la ropa de papá? —le preguntó Lily, notando

que la camisa le iba bastante holgada. Últimamente su padre había ganado unos kilos extra que le vendría bien reducir, por el bien de su corazón.

—Está bien, aunque me alegro por no haberme mojado los calzones. Dudo que a él le hubiese gustado que me prestaras su ropa interior —bromeó, haciéndola reír—. Aunque no hubiera aceptado usarlos.

—Bueno, dudo que a papá le agradara que usaras sus pantalones sin llevar ropa interior debajo tampoco —contestó ella a su pulla, provocando que ahora riera.

Al llegar a casa se habían cambiado las ropas húmedas por otras más cálidas. Y ahora Lily, usando ese sencillo vestido verde agua y el cabello revuelto y suelto en suaves ondas sobre sus hombros y espalda, lucía como una figura angelical, tan hermosa que parecía salida de un sueño, irreal y etérea, como un hada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Lily, al notar que él mantenía la vista fija sobre ella.

—Sólo pensaba —musitó él, alzando una mano para tocar uno de los mechones de su cabello y envolverlo en un dedo, deleitándose con la suavidad de éste.

—¿Y en qué pensabas?

—En la siguiente prueba que me pondrás. En cuántas de ellas faltan. El tiempo que todavía deberá transcurrir hasta que decidas convertirte en mi esposa.

Ella bajó la taza de chocolate y se enfrentó a su mirada, notando el fervor que ardía en esos hermosos ojos que tanto amaba.

Pero él no le dio tiempo de responder, temeroso de una negativa, Will se conformó con probar sus labios en un beso lento y suave que arrancó un suspiro de su pecho.

Para su sorpresa, esta vez ella no se apartó, sino que le rodeó el cuello con los brazos, permitiéndole profundizar ese beso como tanto tiempo llevaba anhelando.

Ambos cayeron sobre la alfombra en un mar de caricias que habían estado conteniendo durante años, en un férreo dominio que ahora se desquebrajaba, cuando el deseo y el amor sobrepasaban el autocontrol.

De pronto una figura oscura apareció de la nada y se abalanzó sobre la cabeza de Will, aferrándose a su cuero cabelludo con una ferocidad digna de un apache.

—¡Kitty, ya basta! —gritó Lily, tirando de su gordo gato para que soltara de una vez al hombre.

—Hola, demonio —lo saludó Will, sin inmutarse, ya acostumbrado a los recibimientos de ese maldito felino—. Te habías tardado en aparecer.

—Últimamente está tan gordo que le cuesta moverse —le explicó ella, como si tuviera que excusar a su mascota.

—Eso con excepción de cuando viene a recibirme. Como lo he dicho, ese peludo me adora —bufó él en tono sarcástico acariciando la cabeza del gato, provocando que el animal le lanzara las garras, intentando arañarlo por osar tocarlo.

La puerta principal se abrió en medio de un gran alboroto, dejándoles saber que la familia al fin había vuelto a casa, interrumpiendo de forma indefinida aquel encuentro romántico entre ambos.

Esa Nochebuena, Will la pasó con la familia de Lily. Hayden había estado toda la mañana amasando, friendo, tostando, embetunando y decorando la cena de Navidad para la familia, y Lily estuvo a su lado ayudándola, lo que dejó a Will con la opción de permanecer en el salón, con la adusta compañía de Asher y Adam o de acompañar a su chica favorita en el mundo en la cocina.

Por lo que no tuvo que detenerse a pensarlo dos veces antes de optar por eso último, deseoso de aprovechar cada minuto disponible a su lado.

La comida estuvo deliciosa, por supuesto, y en ese ambiente familiar, gozaron de una encantadora velada tranquila. Will se sintió tan relajado como si se encontrara en su propio hogar, con sus padres y hermanos. Y lo mejor es que podía compartir aquel maravilloso momento con Lily, a la que había extrañado tanto durante los meses que habían estado separados.

Will entregó obsequios para cada uno de los miembros de la familia de Lily, y dejó el último para ella, que consistió en un encantador caballito de felpa con un lazo rojo atado al cuello. Lily estuvo radiante al ver el obsequio, y se lo agradeció con un casto beso en la mejilla, bajo la atenta mirada de su padre.

Para cuando iba terminando la noche y Will debía marcharse a su hogar, la casa de su familia en Nueva York que ocupaba en cada viaje que hacía a la ciudad, él le pidió unos minutos a solas para hablar.

Lily no dudó en seguirlo afuera, a la terraza, donde él le entregó su verdadero obsequio de Navidad.

—Pero si ya me has dado algo —replicó ella, confundida.

—Ese regalo era el que tú me pediste —le dijo él con una sonrisa.

Durante su último viaje, Will le había preguntado qué era lo que quería que le obsequiara para Navidad, a lo que Lily había contestado con sencillez, «un muñeco de felpa de tu animal favorito».

—Exactamente y me encantó —ella intentó devolverle la elegante caja de terciopelo que él le tendía, adivinando que se trataría de un obsequio muy costoso—. Es un regalo que siempre me va a recordar a ti. Justamente lo que yo quería.

—Espero que no sea por mi cara de caballo —bromeó él, haciéndola reír—. Ya en serio, este regalo, amor mío, es del corazón. Y creo sinceramente que te va a recordar más a mí que ese muñeco de felpa.

Ella arqueó una ceja, dedicándole una mirada curiosa.

—Anda, ábrelo —insistió él, poniendo la caja en sus manos—. Por mí.

—Está bien —ella sonrió, vencida por la curiosidad y abrió la tapa, para dejar al descubierto una maltrecha pulsera tejida de lana.

—La hice yo —confesó Will, y para su sorpresa notó que sus mejillas enrojecían—. Es para que tengas algo que realmente hice con mis manos. Está mal tejida, pero…

—¡Es perfecta! —ella lo abrazó con fuerza—. Gracias, Will, me encanta —le dijo con total sinceridad, alargando el brazo y la tirita de lana tejida—. ¿Me harías el favor de ponérmela?

—Pero no va con tus ropas elegantes de esta noche.

—No me importa. Por favor —le pidió, alargando la última palabra.

—Está bien, si insistes tanto —él sonrió e hizo lo que ella le pedía. Entonces notó algo frío contra la piel de su muñeca y al volver el brazo, se percató de que de la pulsera colgaba un dije de corazón de oro.

—¿Pero qué?

—No podía dejar de regalarte mi corazón esta noche —le explicó él, provocando que una nueva sonrisa apareciera en los labios de ella —. ¿Te gusta?

—Eres tan tierno, Will, y es bellísimo —le dijo con total convicción, notando que en el centro del corazón estaba escrito su nombre y el de Will—. Muchísimas gracias —se inclinó para besarlo en la mejilla, pero él se giró y la besó en los labios.

Una vez más, a pesar de la sorpresa, ella no se apartó, sino que lo rodeó en un abrazo, permitiéndole que él la calentara con su cuerpo y aquellas caricias, que parecían ser capaces de derretir la nieve que se acumulaba a su alrededor.

De pronto escucharon un carraspeo a sus espaldas y ambos se apartaron bruscamente.

—Siento interrumpir —dijo Adam en un tono que dejaba claro que no era así—. Lily, te llegó correo esta mañana, había olvidado dártelo —le alargó una carta.

Sólo con ver la letra escrita en el remitente, Lily reconoció enseguida de quién debía ser.

—Es de Evelyn —exclamó rasgando el sobre para leer las líneas que le había enviado su querida prima.

Adam los volvió a dejar solos, por lo que Will aguardó pacientemente al lado de la joven, notando su rostro ensombrecerse a medida que repasaba las líneas, borrando la alegría que hacía tan poco había iluminado sus hermosas facciones.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, cuando ella al fin bajó el papel.

—Tiene problemas —suspiró Lily, negando con la cabeza—. Mi tío consiguió una nueva amante.

—¿La cabaretera? —inquirió Will, recordando lo que Lily le había relatado en una de sus cartas.

Ella negó, frunciendo el ceño muy enojada.

—No, es peor. Se trata de una mujer de buena cuna, por lo que Evelyn teme por la vida de su padre. Cree que la familia de ella lo retará a duelo o el prometido de ella.

—¿Esa mujer tiene un prometido? —Will enarcó las cejas y dio gracias de que sus hermanos no estuviesen allí o ya le estarían echando pullas, por su tono escandalizado de vieja cotilla.

—Lo tenía —ella suspiró—. Al parecer se suicidó después de que el escándalo quedó al descubierto.

Will se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo, intentando infundirle ánimos.

—Lo siento mucho. Supongo que ese escándalo incluye a la familia de tu prima.

Ella asintió, afligida.

—Evelyn está preocupada, teme una venganza contra su padre, o peor, que el hotel se vaya a la ruina ahora que el nombre de su familia ha quedado enlodado.

—No creo que ése sea el orden de sus prioridades. O tal vez sí —rectificó, cuando ella señaló la parte en que Evelyn relataba los hechos en ese preciso orden, poniendo preferencia al hotel a lo que pudiera ocurrirle a su padre—. Pero no vale la pena que te mortifiques por eso. Evelyn siempre ha sido una mujer fuerte, si de algo sirve tener corazón de hielo es para que no te lastimen las cosas que los otros

pueden decir de ti.

—No hables de ese modo de ella, Evelyn no es de esa forma, es dulce y amable —lo reprendió Lily—. Ella ha sido como una hermana para mí, estuvo siempre cuando la necesité y te aseguro que yo lo estaré para ella, si es que llega a necesitarme.

—Lo sé —le aseguró él con total firmeza en la voz—. Conociéndote, no esperaría que fuera de otra forma. Y si ese día se presentara, no dudes en que yo estaré a tu lado respaldándote.

CAPÍTULO 43

Al día siguiente, Will se levantó al alba. Recordaba que Lily le había mencionado que estaba organizando un festejo de Navidad para los niños del hospital, y él le tenía reservada una sorpresa. Por lo que después de enviarle una nota, avisándole que había debido salir para atender un asunto urgente de trabajo y que la vería esa noche, salió dispuesto a arreglarlo todo para la fiesta de ese día.

Un par de horas más tarde, Will entró en el hospital donde Lily trabajaba al lado de su madrastra y otras compañeras médicas, acompañado de una comitiva que había contratado especialmente para el caso.

Encontró a Lily, bailando alegremente alrededor de un grupo de chicos vestidos con sus pijamas y gruesas batas, rodeada de un ambiente festivo que compartía con las enfermeras y médicas del lugar.

Había planeado sorprenderla durante ese festejo navideño, que bien sabía era tan importante para ella. Por lo que había pasado semanas planeándolo todo. Se había hecho un disfraz de Santa Claus, un personaje que había tomado fama en Nueva York y que trataba de un anciano gordo bonachón, que daba regalos a los niños. Para ello, consiguió una larga barba blanca y un sombrero de piel, como se usan en los países nórdicos, adornada con una ramita de muérdago. También una túnica blanca y dorada, como las que utilizaban los monjes, pero que le daba un aspecto angelical con esos colores, o eso le afirmó la vendedora. A su gusto, parecía una butaca con botas. Finalmente, había terminado su atuendo con una larga pipa y un enorme bolso que cargaba al hombro, repleto de obsequios para los niños del hospital.

En una de sus últimas cartas, Lily le había relatado la preocupación que sentía por la salud de esos niños, privados de todo, pues la mayoría vivían en la calle o venían de hogares sumamente humildes. Ella deseaba darles una feliz Navidad a esos pequeños necesitados de tanta ayuda, antes de que tuvieran que regresar a sus duras vidas fuera del hospital, si es que contaban con la suerte de salir.

Era importante para ella y, por eso, Will se había propuesto ayudarla.

En cuanto se enteraron de su plan, su familia no había dudado en participar en su misión secreta, como decidieron llamarla entre ellos, y juntos habían reunido una enorme cantidad de juguetes, ropas, mantas y otros enceres que tanto los pequeños como sus familiares pudiesen necesitar.

Además de la mochila que llevaba al hombro, Will tenía todo un cargamento esperando a ser entregado esa mañana de Navidad para las personas de ese hospital.

Sin embargo, ese justo momento sólo estaba allí para Lily, para sorprenderla y abrazarla, y darle un beso robado bajo el muérdago que llevaba en su sombrero.

Todo lo demás podía esperar a ese beso que ella le daría con total seguridad, cuando se enterase de que todos sus problemas en el hospital habían sido resueltos, y su rostro pudiese iluminarse una vez más por la alegría.

Lo que no se había esperado es que la furia cegara su alegría nada más atravesar la puerta, cuando vio a un maldito hombre elegantemente ataviado con un traje marrón, cubierto por una bata blanca, intentando hacer justamente lo mismo que él tenía planeado.

Lily, incómoda ante el descubrimiento de encontrarse bajo el muérdago junto a ese pelele, sonrió nerviosa en derredor, a la gente que le pedía a gritos que cumpliera con su deber, y conforme a la tradición besara al mono con bata que tenía a su lado.

Ella hizo un gesto a su mejilla, anunciando que era sólo allí donde depositaría el tan preciado regalo de sus labios, pero ni siquiera eso permitiría Will.

—¡Feliz Navidad! —gritó a todo pulmón, interrumpiendo a propósito el momento.

Lily se volvió a mirarlo con ojos como platos, al tiempo que una enorme sonrisa se formaba en sus labios.

—¡Miren niños, es Santa Claus! —aplaudió, corriendo junto a los niños para recibirlo con un coro de risas y palabras de bienvenida.

Will sonrió a su vez, más que contento de ver que ella escapaba a la primera oportunidad del lado de ese medicucho que había intentado besarla, cuya decepción fue tan clara en su rostro como en sus gestos, pues al contrario del resto del personal permaneció aparte, observando desde un rincón mientras Will hacía gala de su buen talento como actor, al representar el papel de Santa Claus.

Los niños lo rodearon con alegría, mientras Lily lo conducía por el brazo hasta una silla cercana, donde los pequeños pudieron acercárseles, dándole la oportunidad al encantador personaje de

saludarlos uno a uno, dedicándole un par de palabras de cariño y buena fortuna personalmente a cada pequeño, acompañadas por alguno de los obsequios, de los muchos que llevaba en su mochila.

Los hombres que había empleado para ayudarle con el resto de la carga no tardaron en entrar, trayendo consigo las tan preciadas cosas que escaseaban en el hospital, así como otros obsequios que enseguida comenzaron a repartir entre los padres de los pequeños o sus familiares, así como del personal.

Hayden, la única que estaba enterada de su plan, le dedicó una sonrisa encantadora de gratitud, antes de guiar a los hombres hacia la bodega, donde podrían dejar la preciada carga.

—Amable señor, no tengo palabras para agradecerle todo el bien que ha traído esta noche al hospital —le dijo Lily, acercándose a su silla una vez que él quedó libre, sin reconocer en su benefactor al hombre que amaba.

Los ojos de Will resplandecieron al verla, y de forma inconsciente bajaron a su mano, buscando la prueba de su amor en su dedo anular, pero en él todavía no estaba el anillo que tanto tiempo había anhelado ver. Había esperado que después de lo que habían compartido la noche anterior ella cambiara de opinión.

Con un suspiro, se forzó por volver a sonreír. Más adelante esperaba que eso cambiara. Además, alegría suficiente para él era ver a Lily tan complacida y feliz con la alegría que había conseguido llevar, con ayuda de su familia, a esos pequeños.

—Si no supiera que no es posible, juraría que es usted el verdadero Santa Claus —continuaba diciéndole ella, claramente encantada con su presencia—. Si pudiera hacer algo para agradecerle, no dude en decirme.

—De hecho hay algo que me encantaría que hiciera —contestó Will, poniéndose de pie para quedar frente a ella, hablando con un acento extranjero y un tono de voz gruesa, todavía en su papel.

—P… por supuesto —contestó ella en un tartamudeo, retrocediendo un paso ante su cercanía.

—Un beso suyo, dulce dama, sería la mejor de las recompensas —le pidió, señalando el muérdago que colgaba de su sombrero con ese fin preciso.

Ella alzó la vista, evidentemente sorprendida. Y cuando lo miró a los ojos, una enorme sonrisa se formó en sus labios.

—Si es en la mejilla, me parece que tenemos un trato —contestó ella, cerrando los ojos e inclinándose de puntillas, para besarlo en el cachete.

Pero él, antes de que tocara su piel, se giró y la besó en los labios.

Ella se sorprendió, pero sin duda no tanto como él, cuando Lily, tomándose una libertad impropia de su personalidad, le rodeó el cuello con los brazos, profundizando aquel beso de forma descarada.

—¡Señorita! —Will se apartó, alarmado y molesto, al ver que ella era capaz de aquello con un desconocido.

—¿Por qué pones esa cara, William Collinwood? —le dijo ella, tirándolo por la barba para volver a acercarlo a su cuerpo—. ¿Es que acaso crees que eres el único que puede sorprenderme con un beso alocado?

—¿Sabías que era yo? —él enarcó las cejas, y ella sonrió encantada, conmovida por ese gesto de genuino asombro que le otorgaba un aspecto casi infantil.

—Reconocería esos ojos donde fuera, William Collinwood —le dijo, tirando de su barba una vez más, para obligarlo a bajar el rostro—. Y esos labios… —añadió, volviendo a besarlo.

Y esta vez él no se apartó, por el contrario, la rodeó con los brazos y la atrajo contra su cuerpo, demostrándole con sus besos lo mucho que la había echado de menos esos meses.

Escucharon un carraspeo y ambos se giraron, para encontrar a todas las doctoras y enfermeras de ese hospital, una multitud de mujeres de todas las edades y proporciones, haciendo fila ante ellos.

—Disculpa, Lily, pero has tardado demasiado —dijo Anita, la primera en la fila, una doctora de enorme delantera, que miraba a Will de la misma forma que un depredador observa a su presa justo antes de saltarle encima para devorarlo—. Las chicas del personal también queremos nuestro beso con Santa —señaló el muérdago que aún colgaba del sombrero de Will.

Lily sintió una ola de celos arder en su interior al notar cómo la mujer se acercaba a su hombre, dispuesta a probar sus labios. ¡Esos labios que sólo eran suyos!

—Lo siento, Anita, pero es mi regalo de Navidad —Lily se interpuso entre la mujer y Will, actuando de una forma posesiva, como él nunca le había visto antes—. Y no pienso compartirlo con nadie.

La doctora frunció el ceño y se cruzó de brazos, dispuesta a replicar, pero antes de darle la oportunidad de abrir la boca, Lily tomó de la mano a Will y lo llevó con ella lejos del alcance de esas mujeres.

—Eso ha sido interesante —musitó Will, aguantando una risita divertida, mientras ella lo conducía hasta el otro extremo del salón, donde un animado grupo de músicos tocaban villancicos y melodías

navideñas.

—Ni una palabra —espetó ella, todavía enojada, deteniéndose a observar a un grupo de niños que bailaban al son de la música.

—¿Me permite este baile, señorita? —pronunció esa última palabra en español, provocando una sonrisa en su rostro que borró todo rastro de enfado.

—Encantada, señor —contestó ella, tomando su mano y dejándose llevar por él al centro de la pista de baile, donde él hizo gala una vez de su maestría cuando se trataba de la danza.

Algo que no pasó desapercibido por las personas reunidas en el lugar, que se detuvieron a observarlos, incluidos aquellos pequeños, que no dudaron en rodearlos, maravillados.

—Doctora Lily, por favor enséñenos a bailar —le pidió una de las niñas, tirando de la falda de su vestido para llamar su atención.

—Por supuesto, Rose. Ven, dame las manos, te mostraré los pasos —Lily le dedicó una sonrisa radiante, estirando una mano hacia la pequeña.

—Yo quiero bailar con Santa Claus —dijo la pequeña, mirando con ojos soñadores a Will, a su lado.

—Por supuesto, princesa, será un honor bailar con tan hermosa dama —le dijo Will, galante, estirando una mano para la pequeña, que ella asió enseguida, muy animada

—Pero no me sé los pasos, ¿qué debo hacer? —preguntó la pequeña, de pronto turbada.

—No te preocupes, sólo debes moverte así, formando un cuatro, ¿lo ves? —le enseñó Lily.

—Rose no te ve los pies, pequeña, ¿así cómo podrá ver lo que haces? —replicó Will.

Lily subió la rueda de su falda, de modo que sus piernas quedaran a la vista, e imitó el movimiento de los pasos a seguir.

—Eso es mucho mejor —Will le dedicó una sonrisa lobuna, que provocó que Lily se sonrojara.

—¡William Collinwood! —espetó Lily, bajando la tela para cubrir sus piernas, ante la risa divertida de él—. Un día de estos te voy a ahorcar, lo juro —siseó, apuntándolo con un dedo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rose, sin comprender por qué de pronto la amable doctora se había enojado con Santa.

—Nada, tesoro, ¿qué te parece si te subes a mis pies y yo te guío en el baile? —sugirió Will, a lo que la niña accedió enseguida, encantada con la idea.

Lily los observó bailar con una sonrisa en los labios, encantada con

la dulzura de Will que se tomó el tiempo para dedicarle una danza a cada niña de esa sala, y después, a alguna que otra enfermera y doctora, que habían escapado de la barrera que Lily había interpuesto entre su adorado Will y los ojos libidinosos de muchas de esas mujeres, que no pondrían reparos de tener la oportunidad de ponerle las manos encima a su hermoso vaquero.

Hizo lo posible por comportarse y mantener los celos a raya, hasta que vio las manos de Minerva, una enfermera que debía doblarle la edad a Will, pero que siempre actuaba como una quinceañera cuando estaba rodeada de hombres, bajando sus manazas por la espalda de su hombre, con toda intención de posarlas en un sitio más que prohibido para esa descarada.

—¡Es suficiente! —gritó Lily, incapaz de soportarlo más, y ante las miradas molestas y asombradas de las demás, lo tomó de la mano y lo llevó consigo fuera del edificio, gritando a todo pulmón que era tarde y debían ir a casa, pues Santa debía estar muy cansado.

—No tenemos que irnos tan pronto, la fiesta apenas comenzaba —replicó Will, divertido al notar su molestia, mientras aguardaban afuera a que el chofer trajera su carruaje—. A menos que tengas algún reparo en que yo baile con todas esas mujeres, tan amables y de noble corazón.

—Son unas lagartonas que sólo quieren ponerte las garras encima… ¿por qué me ves con esa sonrisita divertida?

—Estás celosa —dijo él, encantado, pasando un dedo por su ceño fruncido.

—Quita eso si no quieres que te lo corte —ella apartó su dedo de un manotazo, pero él detuvo su mano y tiró de ella a sus labios, para darle un profundo beso que consiguió borrar el enojo de ella, de una forma que no consiguieron hacerlo las palabras.

—No tienes que ponerte celosa, yo soy sólo tuyo —le dijo Will al oído, hablando con una voz ronca y seductora que a ella le calentó la sangre.

De pronto una mujer de curvas exuberantes y que debía tener más edad que la difunta abuela Lupe, salió caminando a paso tembloroso, con una copa con brandy en una mano y un puro en la otra, al tiempo que llamaba a gritos al Santa Claus que había prometido llevarla sobre sus pies, para bailar con ella.

—¡Oh, no, escóndeme! —le pidió Will, intentando ocultarse tras su espalda. Algo ridículo, considerando que su enorme cuerpo era al menos el doble de la talla de ella, y por lo menos tres cabezas más alto.

—Vamos, no es para tanto. Estoy segura de que soportarás su peso —Lily se mofó de él, aprovechando aquel momento de revancha—, aunque ese aliento a alcohol y a tabaco rancio han de ser alarmantes. Deberías prepararte para cuando la señora Norman intente besarte.

—¿Besarme? —Will palideció tanto que compitió con los copos de nieve que caían a su alrededor.

—El año pasado prácticamente le arrancó las amígdalas al hombre que interpretó a Santa para el hospital. Por eso fue que este año no teníamos candidatos para el papel. Quizá deberías reservar unas mentas, por si…

—¡Ni de coña! —gritó Will, haciéndola reír cuando él, tomándola de la mano, la llevó consigo a la carrera, lejos de allí.

—Espera, ¿qué hay del coche?

—Caminaremos —él no se detuvo hasta que alcanzaron la esquina opuesta y pudieron ocultarse tras el muro de un edificio.

—¿Está nevando, sabes? —le dijo Lily, aunque reía todavía—. Demoraremos una eternidad en llegar a casa.

—Todo vale la pena con tal de salvarme de esa morsa… Es decir, esa encantadora mujer —aseguró él, haciéndola reír más.

—Vamos, señor seductor. Es por aquí —le dijo Lily, aferrándose a su brazo y caminando con él por una calle lateral.

—Creía que el camino a tu casa era por allá —él señaló la calle principal.

—Quiero mostrarte algo —ella le dedicó una sonrisa encantadora, y él no pudo evitar compartir su alegría, deleitándose con la belleza de esa mujer que se había convertido en el centro de toda su vida, y esa Nochebuena lucía tan hermosa, con las mejillas y la punta de la nariz enrojecidas a causa del frío.

Pasando un brazo por sus hombros, la arropó contra su cuerpo, disfrutando de esa caminata bajo la nieve, que en ese momento habría deseado que realmente durara una eternidad.

Se detuvieron ante una enorme y vieja casona que parecía a punto de caerse a pedazos. Para su sorpresa, Lily sacó una llave de su bolsillo y abrió la verja, que chirrió como si se quejara por aquella invasión.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó Will, cuando ella lo condujo dentro y luego se apuró en abrir la puerta principal.

—Es la sorpresa de la que te había hablado —anunció ella, haciendo una elegante reverencia para invitarlo a entrar—. Señor William Collinwood, le presento mi clínica.

—¿Tu clínica? —él enarcó las cejas, sorprendido por aquella revelación.

—¿No es magnífica? —le preguntó Lily, cerrando la puerta tras ellos para evitar que el frío se colase en el interior.

Will observó aquel lugar en penumbras, con el techo derruido y las molduras de las paredes caídas. El papel tapiz colgaba a girones de los muros, y el piso de madera, que en otro tiempo debió ser esplendoroso, ahora lucía como si una manada de elefantes lo hubiesen usado como su guarida, dejando agujeros y tierra por doquier.

—Es enorme —él declaró lo único que se le ocurrió que no fuese una mentira.

Ella rio, negando con la cabeza mientras encendía una cerilla con la que consiguió prender una lámpara que había dejado allí. El lugar se iluminó, dejando a la vista muchos más detalles del estado ruinoso del lugar. Aunque Will tenía que admitir que no estaba del todo mal; tenía una enorme escalera curva de mármol que debió ser un elemento monumental a la vista en otro tiempo. Además de la formidable chimenea, casi tan alta como una persona, que ocupaba el centro del salón principal, que era tan espacioso como para albergar en su interior a la comitiva de la reina.

Will se aproximó a ésta cuando notó las intenciones de Lily de encender el fuego y la relevó en esa labor. Pronto el calor de las llamas iluminó la habitación en penumbras, permitiéndole deleitarse con la grandeza del lugar, que a pesar del tiempo y la falta de cuidados, aún era prácticamente palpable.

—Es un sitio con un gran potencial. Debió ser una casa realmente magnífica en otro tiempo —admitió, recorriendo las habitaciones con ella.

—Lo sé, es casi como si las paredes hablasen del esplendor de su pasado, ¿no es verdad? —ella le dedicó una sonrisa encantadora—. Y este lugar es mío ahora, gracias a ti, Will. Es por eso que deseaba que fueses el primero en verlo. Aún no he traído a nadie aquí, ni siquiera a mis padres ni a Adam. Tú debías ser el primero en poner un pie en su interior.

—Te agradezco que me tengas en tanta consideración, pero me siento confundido, ¿cómo es eso de que gracias a mí has comprado este lugar? —quiso saber.

—Recibí una carta de Evelyn hace poco, en la que me comunicaba que la demanda a mi nombre contra la familia de mi tío había resultado a mi favor, por lo que mi dote así como la herencia de mi familia me habían sido devueltas, después de que el esposo de mi tía se adueñara de todo cuanto tenía. Una demanda que fue interpuesta

por mi abogado, que nunca dejó de pelear por mí —le dedicó una mirada llena de gratitud, al tiempo que se acercaba a él para posar una mano en su mejilla, en una delicada caricia—. Tú lo hiciste, Will. Seguiste peleando por mí, aun sin siquiera decírmelo. Sorteaste los obstáculos, incluso el que incluía que yo estuviese legalmente muerta para la ley y, de todos modos, conseguiste devolverme lo que era mío, y que le entregaran mi herencia a mi pariente más cercano, mi prima. Ella lo depositó a mi cuenta y me contó todo. Sé que tú fuiste quien consiguió este milagro. Gracias, Will.

Él pareció azorado y apartó la mirada.

—Era lo justo —le dijo él, visiblemente turbado—. Y lo menos que te debía ese hombre, después del trato que te dio.

—Gracias, Will —ella sonrió, posando una mano en su barbilla y llevando de vuelta su rostro hacia ella, de modo que pudiera verla a los ojos—. Gracias por no rendirte jamás, ni siquiera conmigo —le dijo en un susurro antes de inclinarse sobre sus labios y besarlo.

Will soltó un gemido ronco al contacto de ese beso, ahuecando una mano en su nuca y otra en su espalda, y atrayéndola contra su cuerpo. Lily le rodeó el cuello con los brazos, ahondando en ese beso hasta perderse completamente en él. Ella abrió los labios y él no dudó en aprovechar la oportunidad, saboreándola con un deseo que era incapaz de contener.

Los dedos de Will buscaron los botones de su abrigo hasta conseguir abrirlo y despojarla de él. La habitación estaba fría, pero Lily sentía que la sangre le hervía bajo los ardientes besos de ese hombre al que tanto amaba. Sus labios abandonaron los suyos y comenzaron un tortuoso y lento descenso por su cuello, dejando un camino húmedo sobre su piel que provocaba sensaciones desconocidas en las partes más profundas de su cuerpo.

Lily tembló cuando él la tomó por la cintura y la aferró con fuerza contra la pared, dejándola atrapada contra su cuerpo, que quemaba a través de las capas de tela. Pudo sentir la prueba de su virilidad contra la parte más sensible de su cuerpo, encendiendo una llama desconocida en su interior.

Lily le rodeó el cuello con los brazos al sentir que el cuerpo le flaqueaba y un gemido escapó de sus labios cuando la fuerte mano de Will bajó por su clavícula hasta ahuecarse sobre uno de sus senos, masajeándolo con una delicada rudeza que resultaba contradictoria pero exquisita, y despertaba en ella sensaciones que hasta entonces había conservado dormidas en su interior. Y todo aquello fue a más cuando él, sin previo aviso, arrancó los botones de su blusa, dejando

expuesta su ropa interior.

Una mirada de sorpresa se reflejó en los ojos de Will al verla y toparse con una joya inesperada colgando entre sus pechos.

Tomó con delicadeza aquel elegante guardapelo y lo examinó entre sus dedos, reconociendo en su interior la fotografía suya y de Lily, en la boda de Alexander y Clara. Pero no había sido aquello lo que había llamado su atención, sino el fino anillo de oro con un rubí incrustado que colgaba de esa misma cadena de oro.

Aquel que no era otro sino el anillo de compromiso que él le había regalado.

—¿Lo estás usando? —le preguntó con voz irregular a causa de la emoción, al tiempo que un brillo colmado de esperanza brillaba en sus ojos.

Ella le dirigió una mirada rebosante de amor, al tiempo que ahuecaba una mano en su mejilla, enternecida hasta lo más hondo del alma al ver la sorpresa en sus ojos al encontrar esa joya inesperada.

—Siempre lo he llevado conmigo, Will —confesó, llevándose una mano a su pecho para tocar el anillo—. Lo llevo conmigo, porque tu pregunta no es algo que pueda mantener guardado en un cajón. Lo cargo junto a mi corazón, porque es allí donde estás tú, Will. Aunque aún no pueda llevarlo en mi dedo, está sin duda en mi corazón. Lo siento.

Él se inclinó y la besó apasionadamente en los labios.

—No te disculpes, eso me basta por ahora —le dijo entre besos apasionados—. Saber que me amas, que sigues siendo mía, dueña de mi corazón.

—Will, puede que no desee casarme todavía, pero nunca he dejado de amarte —le aseguró ella, perdiéndose en el calor de sus besos.

—Y hoy me aseguraré de que eso siga así —afirmó él, dedicándole una mirada oscurecida por la pasión, antes de volver a besarla.

Sus manos juguetearon por su cuerpo y ella se sorprendió cuando él, de un tirón, le bajó el corpiño y las enaguas, dejando a sus senos libres de la prisión que hasta ese momento los había estado cobijando.

Antes de darle la oportunidad de avergonzarse por quedar descubierta a sus ojos, él la alzó por la cintura hasta dejar sus pechos a la altura de su cara y enterró el rostro entre ellos, deleitándola con el calor de un cúmulo de besos ardientes que hicieron que su cuerpo se incendiara. Lanzó un grito mezcla de sorpresa y goce cuando él de pronto se metió uno de sus pechos a la boca, sintiendo una descarga eléctrica bajar por su espalda hasta su vientre, despertando en su camino sensaciones que nunca antes había experimentado.

Y aquel calor no hizo más que aumentar cuando él comenzó a juguetear con su pezón, mordiendo y chupando hasta provocar que sus piernas se derritieran, incapaces de sostenerla bajo su peso. Las manos de Will bajaron por su espalda y la asieron por las nalgas, y ella no dudó en aferrarse a él con las piernas, dejándose llevar por él en volandas, entre besos y caricias, hasta un viejo sofá frente a la chimenea que en otro tiempo debió ser glorioso, y que ahora se convertía en la pieza más magnífica de esa casa, cuando él depositó con cuidado su preciada carga sobre él.

Para sorpresa de Will, nada más dejarla sobre los mullidos cojines, Lily lo rodeó por el cuello y lo atrajo sobre sí misma, impidiéndole apartarse en un frenético deseo de apoderarse de sus labios en un nuevo beso marcado por la pasión.

Sin dejar de saborearla, Will se desprendió de su abrigo y del disfraz, para quedar vestido únicamente con los pantalones que llevaba debajo de la toga, antes de dejarse caer con delicadeza sobre su cuerpo en el sofá, y llenarla una vez más de aquellos besos seductores que eran capaces de arrebatarle el alma.

Cuando sus labios descendieron y reclamaron nuevamente sus pechos, ella arqueó la espalda, dejándole libre acceso a su cuerpo, sintiéndose seductora de una forma desconocida para ella mientras se aferraba con ambas manos a los rizos rubios de Will, cuya cabeza descendía con lentitud por su vientre, desprendiéndola en su camino de las enaguas y de su falda, tomándose su tiempo en cada prenda, y yendo muy lento cuando llegó a sus medias. Ella respiró hondo cuando sintió el calor de las palmas de Will en sus muslos, bajando con delicadeza la tela que los cubría, al tiempo que depositaba tiernos besos en su tersa piel.

Las manos de Lily se crisparon en su cuero cabelludo cuando él la sorprendió depositando un beso en el punto más sensible de su cuerpo, justo en el centro de su feminidad.

—¡Will! —gritó con voz discordante, tirando inconscientemente de sus cabellos.

—Con calma, cariño, o me vas a dejar calvo —le dijo él en broma, esbozando una de esas sonrisas ladeadas que le resultaban tan encantadoras.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó ella, con voz trémula.

—¿Tú qué crees? —él arqueó una ceja, dedicándole una de esas miradas colmadas de pasión que provocaban que ella se sonrojara de pies a cabeza.

Lentamente él comenzó a descender por su cuello y sus hombros, dejando besos húmedos y calientes por donde fuera que tocaba, al tiempo que la ayudaba a desembarazarse de lo que le quedaba de ropa. Lily hizo lo mismo por él, explorando con la yema de los dedos las duras ondulaciones de su perfecto abdomen hasta llegar al botón de sus pantalones.

Cuando ella iba a abrir el botón, él tomó su mano con la suya, deteniéndola.

—Espera —le dijo con una voz ronca y desigual, colmada de pasión —. Si hacemos esto, no habrá vuelta atrás —él la miró a los ojos, y ella pudo ver en esos profundos pozos azules, oscurecidos por el deseo, la preocupación latente por ella—. No quiero que hagas algo de lo que te arrepientas después.

—No lo haré —ella esbozó una sonrisa un tanto frágil—. Es esto lo que quiero —le aseguró, inclinándose sobre sus labios para besarlo una vez más.

Will la rodeó por el cuello, devolviéndole el beso con una pasión que quemaba, al tiempo que terminaba con el trabajo que ella había comenzado.

Los ojos de Lily se abrieron de forma desmesurada al verlo completamente desnudo ante ella. Era glorioso, mucho mejor de como lo recordaba de aquella vez que lo había descubierto desnudo después de tomar un baño.

Will sonrió al notar que Lily se sonrojaba por completo, mientras mantenía los ojos posados sobre cierta parte de su anatomía, que ya había cobrado vida propia.

—Lo sabía —dijo él, con voz ronca, dándole un casto beso en los labios.

—¿Qué cosa? —ella alzó la vista, curiosa.

—Cuando te sonrojas, el rubor cubre todo tu cuerpo —contestó él, provocando que el color rojo de ella se intensificara aun más, al percatarse de que él la estaba mirando.

Y no sólo mirando, prácticamente la estaba devorando con los ojos.

De pronto, un ataque de timidez la embargó. Sintió deseos de cubrirse con las manos, pero antes de que ella pudiera hacerlo, Will se apoderó de sus labios y en menos de un parpadeo, se estaba derritiendo una vez más bajo sus labios.

Él se deleitó con ella, tomándose su tiempo para explorarla, besando cada parte de su cuerpo hasta que ella se perdió en él de una forma tal, que no sabía dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba el de Will.

Ella notó la prueba de su deseo latente y duro contra su sexo, y aquello volvió a provocar un sentimiento de miedo. Pero Will, pacientemente, hizo que se olvidara de ello una vez más. Sus manos eran sigilosas y con caricias suaves y expertas, la llevó con él al borde de la razón, donde nada más que ellos dos existía.

Con una calidez abrasadora, su boca se apoderó de uno de sus pechos mientras sus manos se movían por su cuerpo, quemando su piel con cada caricia. Sus dedos se entrelazaron con una de sus fuertes manos, al tiempo que con la otra descendía por su cadera, justo entre sus muslos. Ella soltó un grito de sorpresa y placer, cuando él la tocó en el centro más sensible de su ser, y ardió de deseo cuando comenzó a moverse allí, provocando que su cuerpo vibrara. Sintió deseos de replicar, pero él no se lo permitió, silenció cualquiera protesta con un beso tan profundo que le arrebató el aliento.

Will colocó una rodilla entre sus muslos, abriéndolos con suavidad para él. Lily gimió contra su boca al sentirlo contra su entrada, abriéndose camino en su interior. Un gemido de dolor salió de entre sus dientes cuando él, incapaz de soportarlo más, se enterró en ella con una dura embestida que fue sorprendente, placentera y dolorosa a la vez.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído, quedándose quieto en su interior.

Se sentía un idiota por no haber podido controlarse, pero había anhelado tanto ese momento, que ahora, al tenerla finalmente entre sus brazos, adorándola con sus besos y su cuerpo, apenas conseguía dominarse.

—Estoy bien —confirmó ella con voz temblorosa.

Él se apartó, apoyándose sobre un codo a la vez que la veía a los ojos. Con una delicadeza que resultaba rara en un hombre tan grande, él limpió una lágrima que había escapado de su ojo y ahora rodaba por su mejilla, y la llevó a sus labios, para besarla.

Ella se conmovió por el gesto, y no pudo evitar soltar un par de lágrimas más a causa de la emoción.

—Te he lastimado —Will intentó apartarse, pero ella se lo impidió, rodeándolo con los brazos y atrayéndolo de vuelta, sobre su cuerpo.

—Estoy bien, te lo juro —le aseguró con voz ferviente—. No me dejes, Will. No ahora. Por favor.

Él le dedicó una mirada colmada de amor, al tiempo que apartaba un mechón de cabello de su rostro.

—Te amo, Lily —le dijo con una voz profunda que le traspasó el alma.

—Y yo a ti —contestó ella, deleitándose con la sensación que era tenerlo en su interior.

Una sensación de placer nació en su interior hasta convertirse en algo increíble, cuando él comenzó a moverse dentro de ella, provocando un placer que hasta entonces nunca antes había conocido.

—Oh, Will… —gimió en su oído, enterrando las uñas en su espalda a medida que él aumentaba el ritmo de cada acometida, elevándola al cielo con cada embestida.

Ella le rodeó la cadera con las piernas, acompañándolo con mayor ímpetu en cada movimiento, perdida en ese placer increíble que estaba experimentado a su lado.

Y cuando ella creyó que no iba a soportarlo más, Will gruñó en su oído al tiempo que se derramaba en su interior con una profunda embestida que terminó de llevarla a la gloria con un orgasmo abrumador que la hizo gritar de placer, cuando juntos alcanzaron el clímax.

Ella respiró de forma agitada, aun aferrándolo contra su cuerpo mientras lo sentía temblar con los últimos estertores dentro de ella, antes de alzar la cabeza y mirarla a la cara, buscando su mirada.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, con evidente preocupación en sus hermosos ojos azules, aún nublados por la pasión.

—Eso… fue estupendo —admitió ella con una lánguida sonrisa, haciéndolo reír.

—¿Te gustaría repetirlo? —le preguntó, esbozando esa sonrisa pícara que ella tanto amaba.

—¿Se puede? —Lily arqueó las cejas, sorprendida.

—Para cualquier palurdo, posiblemente no. Pero tienes la suerte de tener a un dios en tu lecho, preciosa —le dijo con voz seductora, haciéndola reír antes de que él se apoderara de sus labios y comenzara a moverse una vez más en su interior, haciendo gala de su virilidad.

Aquellas fueron unas fiestas maravillosas. Lily deseó que los días no pasaran y Will pudiera permanecer a su lado, aunque era muy consciente de que si no era así, era por su culpa.

Porque, a pesar de todas sus dudas, lo amaba demasiado como para obligarlo a pasar una vida con ella. Aunque sus palabras habían sido acompañadas de tanto fervor, de tanta dulzura, mientras él la sostenía entre sus brazos al hacerle el amor, que no pudo evitar poner en tela de juicio si él realmente la amaba.

Por lo que pensó en algo. Una última prueba que definiría el rumbo que tomarían sus vidas.

—Will, no me parece justo que me esperes de esta forma, sin poner reparos —le dijo ese día en el muelle, cuando fue a despedirlo después de un par de semanas gloriosas en las que ambos disfrutaron cada momento juntos.

—Te dije que te esperaría todo el tiempo que fuese necesario para probarte que te amo, Lily.

—Lo sé y créeme que he pensado mucho en ello —le dijo, alzando la mirada al tiempo que tomaba con fuerza su mano, en un intento de infundirle la intensidad de sus sentimientos—. Te tengo una última petición. Si la cumples, Will, nos casaremos.

Los ojos de él se iluminaron de expectación.

—¡Haré lo que sea!

—Quiero pedirte que no vuelvas a verme…

—¿Qué? ¡No!

—No me has dejado terminar —ella sonrió, estrechando con más fuerza la mano con la que lo mantenía aferrado—. Quiero que no nos veamos en un año, Will. Deseo que ocupes ese tiempo en reflexionar y conocer a otras personas. Si después de ese tiempo todavía estás seguro de tus sentimientos y es tu deseo casarte conmigo, vuelve a mí y ya nunca más nos separaremos. Y si no lo haces —suspiró, encogiéndose de hombros—, entenderé que has cambiado de opinión.

Él acarició su rostro con una mano temblorosa.

—¿Estás segura de esto?

—Quiero que no te arrepientas, Will. A veces la distancia es necesaria para añorar a una persona y aprender a valorarla de verdad. Otras veces, ayuda a olvidar.

—Yo nunca podría olvidarte Lily. Podría pasar toda una eternidad y te seguiría amando igual como lo hago ahora mismo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—En ese caso, nos encontraremos en un año, amor mío. Y ya nunca más volveremos a distanciarnos.

Él la abrazó con fuerza, ahondando en ese beso hasta que a ella le brotaron lágrimas de los ojos.

—Volveré, amor mío —le prometió Will—. No dejes de esperar por mí.

—Jamás —contestó ella con lágrimas en los ojos, dándole un último beso fugaz en los labios, antes de alejarse para permitirle marchar.

CAPÍTULO 44

LONDRES, INGLATERRA. Mayo de 1895

A medida que bajaba por el puente del barco, Will aspiró hondo el aire de mar mezclado con el familiar aroma enrarecido y cargado de hollín de Londres. Matt, a su lado, permanecía con el ceño fruncido y la vista fija al frente, como si de alguna forma pudiera conseguir con ello apurar el descenso de los pasajeros.

—¿No te encanta Londres? —le preguntó Will, intentando animarlo —. Toma una bocanada de aire, hermano, sentirás cómo se te ponen negros los pulmones —bromeó, pero Matt no rio.

—Vamos, Matt, anímate un poco —le pidió Ben, tras ellos—. De todas maneras pasaremos la noche en la ciudad, no pierdes nada por pasar un rato agradable.

—He perdido siete años, Ben. Siete años —el ceño de Matt se intensificó—. Todo cuanto deseo es llegar pronto al lado de Alissa y averiguar qué demonios fue lo que sucedió.

Will entrecerró los ojos al fijar la vista en la joven pelirroja que los acompañaba, y que caminaba unos pasos por delante de ellos, acompañada por Raúl y la hermana mayor de éste, Giny.

Anne Marie era la prima de Alissa, y había llegado de forma tan repentina a México como inesperada fue su noticia al anunciarles que ella en realidad estaba viva y deseaba que Matt fuera a verla enseguida.

Miles de preguntas surgieron al instante, pero ella se negó a responder ninguna, asegurando que todas las respuestas se las daría Alissa en cuanto Matt volviera a verla.

Y como no iban a dejar solo a su hermano para realizar ese fortuito viaje, Will y Ben decidieron acompañarlo, además de Raúl, cuya hermana, que siempre había deseado viajar a Londres, le serviría como carabina a la mujer.

De pronto, los ojos de Will se fijaron en una menuda figura caminando por la acera, acompañada de un hombre alto y delgado, que a duras penas cargaba con un baúl sobre el hombro. Ella no

parecía notar su apuro, y llevando por sí misma un par de maletas se abría paso entre la multitud hacia la calle.

—Lily —musitó él, abriendo los ojos de par en par al reconocer en esa familiar forma de caminar a la mujer que amaba.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Matt, frunciendo más el ceño.

—¡Lily! —gritó Will, quitándose el sombrero y agitándolo sobre su cabeza, en un intento de llamar su atención.

—¿Es realmente Lily? —Ben le preguntó, pero Will ya corría por el puente, abriéndose paso entre las personas, sin importarle nada más que darle alcance a la chica.

Lily caminaba tan de prisa como la multitud reunida en ese puerto le permitía, arrastrando como podía un bolso de mano al tiempo que intentaba localizar la calle a través de ese mar de gente. Los nervios hacían mella en su estómago, ya de por sí bastante revuelto por culpa del viaje. El estar en Londres le provocaba emociones contradictorias, había deseado volver a ver la tierra donde había nacido, pero el hecho de que una vez fuera perseguida para ser colgada aún le provocaba miedo, además que había supuesto que el día que volviera a poner un pie en Inglaterra lo haría al lado de Will.

Apartando el pesar que acompañó a ese pensamiento antes de soltarse a llorar, como había estado haciendo cada vez que traía el recuerdo de Will a su memoria desde el último día que se habían visto, se encaminó hacia el sitio donde otros pasajeros aguardaban con la intención de conseguir transporte.

—¡Vamos, es por aquí! —gritó por encima del hombro, decidida a detener a un coche de alquiler que los llevara.

En su mano aún llevaba la carta de Evelyn firmemente arrugada entre sus dedos, un papel desgastado cuyo contenido ya conocía de memoria, después de haberlo releído al menos un centenar de veces. Y es que ese viaje en barco desde Nueva York le había parecido eterno, y ahora que al fin estaba en Inglaterra no quería perder un segundo más.

—Lily, espera un segundo, apenas consigo cargar con el equipaje —la llamó Adam, dejando sobre el suelo el pesado baúl.

—En ese caso debiste empacar menos cosas, hermano. Te dije que era un viaje rápido —ella se acercó y tomó el bolso de lona que él llevaba colgando del brazo, para cargarlo junto con sus maletas.

—¡Lily, dame eso! —él volvió a arrebatárselo—. Y no se te ocurra tocar esa valija, no te permitiré cargar con nada ¿entendido?

Ella negó con la cabeza, pero sonrió a su hermano, que se

preocupaba tanto por su bienestar.

—Está bien, pero por favor date prisa, Adam, necesitamos tomar un coche de alquiler.

—¡Lily! —una voz masculina que ella reconoció enseguida la hizo detenerse al instante.

—¿Will? —se giró, buscándolo entre la multitud.

Y entonces el corazón se le detuvo en el pecho al verlo aparecer entre la gente, abriéndose paso a empujones hasta alcanzarla de forma tan inesperada que no acertó a hacer nada a causa de la sorpresa.

Will corrió como un bala hasta alcanzarla, y cuando lo hizo, la tomó por la cintura y la alzó del suelo.

—¡Lily, no puedo creer que seas tú!

—¡Dios mío, Will, realmente eres tú! —ella rio, reaccionando al fin cuando se vio girando en el aire, envuelta entre sus fuertes brazos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido con mis hermanos, ¿qué estás haciendo tú aquí? —repitió su pregunta, permitiéndole al fin volver a poner los pies en el suelo.

Ella compartió una mirada con Adam, que parecía tan estupefacto como ella por aquel repentino encuentro.

—He venido con mi hermano —ella contestó del mismo modo, imitando su ejemplo, y señaló al muchacho a su lado. Will frunció el ceño, notando el tono evasivo en su voz, pero lo pasó por alto para estrechar la mano del muchacho que se había acercado a saludarlo.

—¿Y dónde están sus padres? —les preguntó a ambos, quitándole a la joven la bolsa de lona de las manos, antes de que pudiera volver a cargarla.

Ella compartió otra mirada con Adam, y esta vez Will decidió que aquellos dos le ocultaban algo.

—Hemos venido solos —comenzó a decirle Adam, pero ella hizo un gesto con el dedo para que se callara.

—¿Cómo es eso de que han viajado solos? —Will frunció el ceño y encaró a Lily—. ¿Tu padre te permitió viajar sola?

—Ya soy una mujer mayor e independiente, Will. No necesito el permiso de mi padre —ella alzó la barbilla, poniendo los brazos en jarra en un gesto orgulloso—. Además, no estoy sola. Adam me acompaña —lo señaló, como si él aún no lo hubiese visto—. Ya te lo dije.

—¿Este mocoso es tu única compañía? —el ceño de Will se intensificó—. Lily, ¿qué demonios estabas pensando para…?

—¡Lily! —la voz de Raúl los interrumpió.

Ella soltó una risita al verlo aparecer de una forma bastante similar a la de Will, abriéndose paso a empujones hasta llegar a su lado.

—¡Raúl, también has venido tú! —Lily se acercó a abrazarlo y, entonces, sin reservas, él la alzó en el aire, llevado por la emoción.

—¡Qué sorpresa volver a verte, señorita! —dijo la última palabra en español, haciéndola sonreír—. Estás más hermosa que nunca, pequeña —le dijo, haciéndola girar con una mano, para verla completamente.

—Cuida tus palabras, galán, a menos que quieras que te corte la lengua. ¡Ella es mía! —le reclamó Will, rodeando a Lily por los hombros con gesto posesivo.

—¡Will! —lo reprendió Lily, dándole un golpecito en el costado.

—Tranquilo, sólo afirmaba lo que es obvio. Lily, estás resplandeciente —le dijo Raúl, sin inmutarse por su amigo.

—¡Hey, no nos dejes fuera de ese abrazo, pequeña! —replicó Ben, llegando a su lado en ese momento.

Los ojos de la joven se abrieron con alegría al verlo, y corrió a abrazarlo. Él la estrechó con cariño contra su cuerpo, pero al separarse, algo notó ella en su mirada que la hizo estremecer. Ben frunció el ceño, estudiando sus ojos de una forma que sintió que era capaz de llegar a verle al alma y, de forma inconsciente, apartó la mirada.

—¿Y yo qué? —Matt le dio un empujón a Ben, llegando en el momento justo—. También estoy aquí, ¿y mi abrazo?

Ella rio y se colgó de su cuello, abrazándolo con fuerza.

—¡Es increíble verlos aquí a todos juntos! —Lily se tomó el tiempo de volver a abrazar a cada uno, contenta por volver a verlos.

—Ya que estás repitiendo, vuelve aquí y rodéame con tus brazos, niña —le ordenó Will, apartándola de sus hermanos para volver a abrazarla.

—Cálmate, Will, estás actuando como un maldito perro en celo —lo reprendió Matt, ganándose un buen golpe en el brazo por parte de su hermano.

Lily reprendió a Will nuevamente, negando con la cabeza.

—Es estupendo encontrarlos aquí a todos juntos, chicos. ¿Y Alexander? ¿No ha venido con ustedes? —preguntó al notar que uno de sus amigos no estaba presente.

—Lo siento, tendrás que conformarte sólo con nosotros esta vez —le respondió Will.

—¿Y qué ha pasado con Alexander? —quiso saber. Él no solía dejar solos a sus hermanos, era parte de su personalidad protegerlos, a pesar

de que ya eran adultos bien formados y fuertes, capaces de cuidarse por sí mismos.

—Él se quedó en casa con Clara, ahora que se va a convertir en padre, debe estar al lado de su esposa —le contó Will.

Lily esbozó una sonrisa encantadora. Clara le había contado en su última carta sobre el niño que junto a Álex esperaban con gran ilusión. Además, le había relatado en su carta que Alexander estaba tan nervioso por el hecho de convertirse en padre, que no dejaba de rondarla día y noche, en un intento de protegerla a ella y al bebé de cualquier mal que pudiese ponerlos en peligro.

Le relató cómo las últimas noches había despertado en una especie de nido en el que Álex había convertido su cama, pues su marido, nada más ella se quedaba dormida, la rodeaba de almohadas, por temor a que fuese rodar en sueños y caerse de la cama. Algo que era ridículo, pues su amiga había dejado claro que no se caía de la cama desde los cuatro años.

Y eso no era todo, Alexander insistía en cargar todo por ella, incluso su sombrero, como si las plumas que lo adornaban pudiesen poner peso extra en él. Cocinaba por ella, por temor a que se fatigase con el calor de la estufa, e insistía en acompañarla en todo momento cuando salía, temeroso a que ella fuese a tropezar en el camino. Lo único que le permitía hacer, era llevar las cuentas, una tarea que ella sabía manejar con tal pericia que le resultaba incluso relajante. Pero eso sí, los libros se los cargaba él hasta el escritorio.

Además, había enviado a traer un cargamento entero de toda clase de cosas para su futuro hijo, desde muebles hasta juguetes, todo para decorar el cuarto del bebé. Tanto, que ya llevaban tres habitaciones de la casa repletas de cosas que, para que su hijo las usara todas, seguramente tendría que pasar al menos diez años siendo bebé.

Clara estaba sumamente feliz y, como siempre, completamente encantada y enamorada de su marido.

Lily nunca había conocido otra mujer más fiel y devota a una persona, que los sentimientos que profesaba Clara por Alexander. Y lo mejor de todo es que era totalmente correspondida. Por lo que estaba segura que ese recién nacido llegaría a un hogar rebosante de amor, con unos padres más que devotos por él.

—Imagino lo felices que deben estar, y ustedes también —comentó Lily, sonriendo feliz de verlos tan entusiasmados por la llegada de su primer sobrino—. Pronto serán tíos.

—Ya era hora —bromeó Will—. Ese par ha tenido siete años haciéndonos esperar por un sobrino o sobrina.

—No pongas tanto peso en Alexander, alguno de ustedes pudo casarse y cumplir con esa obligación —apuntó Matt—. Y en específico, ustedes dos —añadió, señalando a Lily y a Will con un par de dedos.

—¿Ahora es nuestra culpa? —Will miró a Lily con el ceño fruncido, sin notar que de pronto ella se había puesto muy pálida—. ¿Qué dices, niña? ¿Vas a darme al fin el sí este año, para poder callarle la boca a este mocoso?

—¡Will! —las mejillas de ella se encendieron al rojo vivo—. Es un tema privado.

—¡Giny, allí estás! —Raúl salió al rescate de la joven, tomando de la mano y llevando hacia delante a la mujer mayor que aguardaba cerca de ellos para ser presentada—. Lily, mira quién nos acompaña, ¿ya conocías a mi hermana, no es verdad?

—Por supuesto, ¡Giny, qué alegría volver a verte! —ella abrazó a la mujer, que le devolvió el saludo con gran alegría.

—Es una sorpresa estupenda, querida mía.

—Y ella es Anne Marie —añadió Raúl, señalando a la joven que se había quedado de pie, tras ellos.

—Quizá no la recuerdes, era la prima de Alissa. Aquella que me envió la carta para avisarme de su fallecimiento —intervino Matt, con tono un tanto ácido.

—Oh, sí. Lo recuerdo —la sonrisa se borró del rostro de Lily—. ¿Cómo te va, Anne Marie?

—Bien, gracias —contestó la mujer, apartando la mirada, claramente apenada.

—¿Y qué los trae por aquí? —preguntó Lily, cambiando de tema a propósito—. ¿Han venido a visitar a Jack y Danielle o a revisar el trabajo en Collinwood Hall?

—Hemos venido a ver a Alissa —contestó Matt, hablando con una expresión estoica que se contraponía completamente a sus palabras y su sentir.

—¿Qué has dicho? —Lily arqueó las cejas y buscó la ayuda de Will y de Ben con la mirada—. ¿La tumba? ¿A eso te refieres?

—No, me refiero a Alissa. Resulta que ha estado viva todo este tiempo, y Anne Marie tuvo la gentileza de ir a buscarme a México para darme la noticia —contestó Matt, esbozando una sonrisa mordaz —. Sólo después de siete años, ¿no es un encanto?

Los ojos de Lily se abrieron como platos y los fijó en la chica, que lucía como si quisiera ser ella la que en ese momento se encontrase dentro de una tumba bien cubierta bajo tierra.

—Matt, no tienes que ser tan rudo con ella —Raúl salió en defensa

de la joven—. Si alguien merece tus reproches es Alissa. Después de todo, Anne Marie sólo hizo lo que le pidió su prima.

—Es cierto, Matt —convino Ben—. Y de nada sirve que saques a relucir los errores del pasado. Hemos venido a buscar respuestas, no a criticar.

—Lo siento —mascullό Matt, de mala gana—. Mis disculpas si te ofendí, Anne Marie. Es sólo mi ímpetu por llegar cuanto antes el que habla.

—Está bien, no te preocupes, Matt —contestó ella, aunque aún parecía afectada.

—Será mejor que vayamos a casa y continuemos esta conversación en privado —les pidió Will, alzando una mano para llamar a un cochero.

—¿No traen gente de servicio? —le preguntó Adam, extrañado de verlo hacer esa tarea reservada a los empleados, además de cargar únicamente con un par de maletas.

—Viajamos apurados, y preferimos no traer más personas con nosotros —le explicó Will, contento cuando un par de carruajes se detuvieron ante ellos, atendiendo a su llamado.

—¿Ves? Es así como debes viajar cuando te digo que vamos apurados —le replicó Lily a su hermano.

—Tú no me has explicado el motivo por el que viajas sin el conocimiento de tu padre —le reclamó Will, y ella se maldijo por recordarle el tema.

—Ya te dije que soy una mujer adulta e independiente, no necesito el permiso de mi padre para viajar cuando lo desee.

—A otro con ese cuento —él frunció el ceño—. Conozco bastante bien a Asher como para saber que no te habría permitido subirte a un barco sin su compañía, mucho menos un viaje a Inglaterra.

—Tenemos un asunto importante que atender —contestó Adam por ella—. Y era urgente que viajáramos.

Will inspiró hondo y le dedicó una mirada a cada uno, como si los estuviera estudiando.

—En ese caso, me alegra haberte encontrado antes de que se metieran en problemas. Como te dije una vez, Lily, la vez que volvieras a poner un pie en Inglaterra, yo estaría a tu lado. Y gracias a Dios que ha hecho que los hilos del destino nos juntaran en el momento propicio —abrió la puerta del carruaje más cercano para ella—. Vamos, suban, los llevaremos con nosotros.

Ella frunció el ceño y miró a Adam en busca de una respuesta a su muda pregunta.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Will, notando su duda.

—Gracias, pero no hace falta —ella lo encaró—. Tenemos nuestros propios planes.

—¿Crees que voy a permitir que viajes tú sola por las calles de Londres?

—Ya te dije que no estoy sola —ahora fue ella quien frunció el ceño, colocando los brazos en jarra—. Y tengo mis propios planes, Will. Lo siento.

—Ese niño que aún no sabe ni sacarse los mocos, no cuenta.

—¡Oye! —Adam gritó, ofendido—. Tengo veintiuno, soy un hombre hecho y derecho, por si no lo has notado.

—No, ni tengo interés en notarlo. No te ofendas —él le dirigió una rápida mirada antes de volver a fijar la vista sobre Lily—. ¿Qué está ocurriendo, Lily? ¿Qué es eso que debes hacer que es tan importante, para hacerte viajar a Londres, sin avisarle a tu padre?

Ella suspiró y miró a Ben, que aguardaba junto a uno de los coches, ayudando a los hombres a cargar el equipaje, y luego a Matt, que parecía tan desesperado como un alma en pena, atando las maletas encima del techo del carruaje.

Estaban apurados con sus propios problemas que resolver, no necesitaban además los suyos. Por otro lado, se había prometido no volver a ser una carga para nadie. Mucho menos para esos bondadosos hermanos que ya la habían ayudado tanto en el pasado.

—Will, es un asunto delicado, y ustedes ya tienen bastante encima —comenzó a decir, pero él la interrumpió.

—No me moveré de aquí hasta que me digas qué sucede, Lily, así que te sugiero que lo sueltes de una vez —él se plantó ante ella, cruzándose de brazos.

Ella lo miró a los ojos, molesta, pero supo que él no daría marcha atrás. Por lo que no tenía otro remedio que contarle la verdad, si es que quería apurar las cosas y permitirle a Matt marcharse. Debía estar impaciente por llegar al lado de Alissa, después de tan abrumadora noticia.

Pero si les revelaba la verdad, seguramente no la dejarían partir sola. Quizá pudiese inventarse algo que ellos creyeran. Aunque nunca había podido engañarlos antes. Era como si esos chicos fuesen capaces de oler las mentiras, como un lobo era capaz de detectar la carne a kilómetros.

—Han secuestrado a Evelyn —contestó Adam en su lugar, exasperado por la espera.

—¡Adam! —le reclamó Lily justo en el momento en que escucharon

el sonido sordo de algo pesado chocando contra el piso.

Todos se giraron para ver a Ben. Él había dejado caer una de las maletas que intentaba subir al coche en ese momento.

Obviamente había escuchado todo.

—¿Qué es lo que has dicho? —la vehemencia en el tono de Ben los paralizó a todos.

Tanto que Will se interpuso entre su hermano y Lily, como si temiera que él fuese a hacerle daño, en su ímpetu por conocer la verdad.

—No quería que te enteraras así, Ben, pero es cierto —el rostro de Lily se llenó de preocupación al hablar, rodeando a Will para encarar al hombre, sin temor de él. Sabía que Ben nunca la lastimaría—. Algo le ha sucedido a Evelyn, y estoy aquí para averiguar qué fue.

CAPÍTULO 45

—¿Qué es lo que sabes? —el habitual estoicismo en el rostro de Ben había desaparecido, reemplazado por una clara preocupación—. ¿Por qué Adam ha dicho que la han secuestrado?

Ella inspiró hondo y lo miró a la cara, intentando retener las lágrimas que amenazaban por escapar de sus ojos.

—Porque es lo que me dijo su madrastra en la misiva urgente que me envió a Nueva York —confesó—. Tía Laura no me dio detalles, porque afirma no tenerlos. Sólo sabe que Evelyn desapareció de la noche a la mañana, sin llevarse nada consigo, y que nadie está haciendo nada para encontrarla. Ni siquiera su padre —su voz se tiñó de cólera—. Está muy preocupada por Evelyn, asegura que ella jamás se marcharía sin decir nada, por más que tío Ernest asegure lo contrario, y yo le creo. Tía Laura siempre ha querido a Evelyn como si fuese su propia hija, y la conoce muy bien. Si me ha pedido ayuda para encontrarla, es porque se trata de algo realmente grave. Es por eso que hemos venido de forma tan apresurada. Mi padre está de viaje con mi madre, y no podía esperar a su regreso para partir. Necesitaba estar aquí cuanto antes, cada minuto cuenta, y ya he perdido demasiado tiempo. Voy a encontrar a Evelyn, cueste lo que cueste.

Will vio tal determinación en sus ojos que supo que no habría forma de disuadirla.

—Yo iré contigo —le aseguró enseguida, tomando su mano—. No te dejaré sola en esto.

—También voy —Ben prácticamente rugió—. Si alguien se ha llevado a Evelyn, lo encontraré. Y juro por mi vida que, si la ha lastimado, le haré pagar.

Hubo tal vehemencia en su voz que Lily se paralizó. Nunca había visto a Ben tan enojado.

—¿Pero… qué hay de Matt? —Lily miró al joven que se había acercado a sus hermanos, y parecía tan alterado por la noticia como ellos.

—No se preocupen por mí. Puedo partir solo a ver a Alissa, ya me han acompañado hasta aquí, puedo perfectamente hacer el resto del viaje por mí mismo —el posó una mano en el hombro de Ben—. Sé

cómo debes estar sintiéndote, hermano. Ve y busca a Evelyn.

Lily lo miró con sincera sorpresa y emoción. Ben no era ya nada de Evelyn, pero era innegable que se preocupaba por ella tanto como si aún estuvieran juntos. Como si ella nunca le hubiese roto el corazón.

—Esto es muy serio —Raúl frunció el ceño, preocupado—. No se preocupen por Matt, yo lo acompañaré a él y a Anne Marie. Podemos dejar a Giny en casa de su amiga, de camino, y continuar con el viaje sin demora. Ustedes no se preocupen por su hermano pequeño —apoyó una mano en el hombro de Matt—, deben acompañar a Lily en este momento tan duro para ella.

—No tienen que hacer esto, se los aseguro —comenzó a decir Lily, pero ellos la interrumpieron.

—Sí —Ben le dijo con firmeza—. Sí tenemos.

—Un día juramos protegerte, Lily —añadió Will con la decisión reflejada en su rostro—. Y esa promesa no tiene fecha de vencimiento.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Gracias, chicos.

—Ni lo menciones. Perdona por no poder ir también, pero no puedo esperar —comenzó a decirle Matt, pero ella lo abrazó, silenciando sus palabras.

—Ve con Alissa, es tu deber. Y perdóname a mí por arrebatarte a tus hermanos en este momento de necesidad.

—¿Bromeas? Ahora puedo marcharme enseguida. Este par de vejestorios querían quedarse a pasar una noche en Londres. Sin ellos podemos marcharnos cuanto antes —sonrió Matt, besando en la frente a Lily—. Cuídate mucho, pequeña. No permitas que nada malo te suceda, ¿de acuerdo?

—Lo mismo te digo —ella sonrió, abrazándolo una vez más antes de dejarlo ir.

—Bien, será mejor que nos vayamos ya —intervino Raúl—. Este vejestorio quiere partir cuanto antes, para alcanzar a llegar a una posada donde poder recostar a su hermana para pasar la noche. Giny ya no tiene edad para las acampadas.

—Te agradezco tu ayuda, Raúl —Lily lo abrazó, con su rostro teñido de gratitud—. Por favor, vela por el bienestar de Matt. Y por el tuyo también, por supuesto. Les deseo todo lo mejor.

—Preciosa, no te preocupes por este viejo zorro —él sonrió antes de besarla en la mejilla—. Tú ten mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—Bien, ya basta de despedidas, se les hace tarde y la noche les caerá encima antes de que lo noten siquiera —Will abrazó a Lily por la cintura y la apartó con un movimiento ágil.

—No te pongas celoso, hermanito —Raúl le dedicó una sonrisa divertida a Will—. Se trata de una sencilla e inocente despedida entre viejos amigos.

—Si a todos tus amigos los andas besuqueando, ahora entiendo el motivo de tu popularidad entre la gente del pueblo —bromeó Will—. En especial con Lorenzo García.

La sonrisa se torció en el rostro de Raúl. Lorenzo era uno de los parientes lejanos del tan detestable García, pero más conocido entre los habitantes del pueblo por tener preferencia masculina por las noches. En especial en su cama.

—No es necesario que te enceles también por él —le dijo Raúl, esbozando una sonrisa mordaz—. Sé que tiene tu retrato en su mesita de noche, Will, para verte a la cara cada vez que…

—De acuerdo, es suficiente —intervino Ben, callándolos a ambos antes de que dijeran algo serio—. Matt, cuídate y ten un buen viaje. Y Raúl, cuida de nuestro hermano sin meterte en tantos problemas, por favor.

El hombre rio y asintió con la cabeza.

—No te preocupes, tengo a dos damas a mi cargo —Raúl se encasquetó el sombrero de vaquero, señalando con un gesto de la cabeza a su hermana y a Anne Marie—. No permitiré que nada les pase en ese viaje, por mi vida se los juro.

—Gracias, Raúl —le dijo Will, hablando con absoluta sinceridad esta vez.

—No me agradezcas, sólo cuida bien de Lily. Si algo le pasa, te haré responsable y te daré una paliza —amenazó él, aunque había humor en su mirada.

—¡Hey, que yo he venido para eso! —replicó Adam—. ¿Van a seguir ignorándome? Fui yo quien le impidió a esta cabezota fugarse en medio de la noche, para embarcarse sin ningún acompañante para cruzar el Atlántico.

—Tienes razón. A ti también te daremos una paliza si algo le sucede a Lily, niñito —le dijo Matt, palmeándole el hombro.

Adam rodó los ojos, pero no replicó.

—Bien, hasta luego hermanos. Buena suerte —Matt se colocó su sombrero de vaquero y les dedicó una última mirada antes de partir.

Ben, Will, Adam y Lily los observaron marcharse, antes de subir los cuatro en el segundo carruaje que aguardaba junto a la calle. Will le dio la dirección de su casa al cochero antes de tomar asiento al lado de Lily.

Ella se estremeció con su cercanía, habían pasado varios meses

desde la última vez que se habían visto durante una rápida visita que Will le había hecho en Nueva York, en medio de uno de sus tantos viajes.

Sin embargo, sin importar el tiempo que pasara, cada vez que estaba junto a él era como si nunca se hubiesen separado, Will era tan cercano y familiar para ella como el aire que respiraba, y tan necesario en su vida como el oxígeno que ese mismo aire llevaba a sus pulmones.

Y con el recuerdo de su último encuentro, apenas podía mantener la cordura sabiéndolo tan cerca. Por más que intentase evitarlo, no podía dejar de sentir que el corazón se le iba a salir del pecho, como tampoco podía evitar perderse en el mar infinito de esos hermosos ojos azules en cada ocasión en que sus miradas se conectaban.

—¿Entonces, qué haremos ahora? —preguntó Adam, sacándola tan bruscamente de sus pensamientos que ella dio un respingo.

Will se dio cuenta que lo había estado observando y sonrió de forma socarrona. Con fingida despreocupación, se pegó más a ella, invadiendo a propósito su espacio personal.

—Iremos al hotel de Evelyn —Lily inspiró hondo, intentando dominar los frenéticos latidos de su corazón cuando Will pasó un brazo por encima del respaldo del asiento, demasiado cerca de sus hombros, prácticamente aprisionándola contra su cuerpo—. Es allí donde comenzó todo, y es allí donde debemos empezar a investigar —consiguió decir, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para mantenerse concentrada en lo que decía y no perderse en el calor del cuerpo del hombre que tenía a su lado.

Sin embargo, sus palabras parecieron cobrar un efecto no esperado, porque Will se tensó a su lado.

—¿El hotel? —Will frunció el ceño—. No creo que sea una buena idea, Lily. Sé que tienes una nueva identidad y que han pasado muchos años, pero alguien podría llegar a reconocerte —el sólo pensar en la forma en que la había encontrado en ese lugar, tantos años atrás, le atormentó el alma.

No importaba el tiempo que hubiese transcurrido, aún le angustiaba lo que ella había tenido que sufrir en manos de su tío.

—Eso no me preocupa ahora —le aseguró ella, con voz decidida—, necesito averiguar qué ha sido de Evelyn, y mi única pista está en ese hotel. Es allí donde desapareció, y el lugar lógico donde comenzar a investigar. Además, mi tía Laura me está esperando allá. Tenemos que ir al hotel, no hay remedio.

—Podemos ir nosotros, tú esperarás en nuestra casa —Will intentó

convencerla, pero ella se negó enseguida.

—No, debe ser a mí a quien vea. Debo hablar con mi tía, y ella es algo… excéntrica —buscó la palabra—, no le dirá nada a nadie que no sea yo.

—No me gusta la idea de que vayas a ese hotel, Lily —Will frunció el ceño, y ella pudo ver la preocupación en su rostro—. Puede ser peligroso para ti.

—Tranquilo, estaré bien —ella le dedicó una mirada amable—. Dudo que nadie pueda reconocerme después de todos estos años, y mi tía no dirá nada.

—Creo que la mejor idea sería que todos nos hospedásemos en el hotel —caviló Ben—. Quedarnos en nuestra casa sólo nos quitará tiempo con los traslados, y Lily tiene razón en cuanto a que ya hemos perdido muchos días desde el momento de la desaparición. Además, hospedarnos en el hotel nos dará la oportunidad de hablar con el personal y registrar el lugar, como huéspedes tendremos muchas más libertades que si sólo pasamos allí como visitantes.

—Es cierto —convino Will, asintiendo con la cabeza—. Sin embargo, aún no me gusta la idea de que Lily esté allí, y correr el riesgo de que alguien pueda reconocerla. Después de todo, se parece físicamente a Evelyn, y eso podría despertar la curiosidad de los empleados o los huéspedes. Lo mejor sería que…

—No me quedaré atrás, yo debo ir, Will, ya te lo dije —replicó ella, adivinando lo que él diría después.

Él soltó una exhalación exasperada y frunció el ceño. Entonces una sonrisa casi malévola se formó en sus labios, y ella supo que tenía una idea.

—Quizá podríamos disfrazarte —un brillo singular apareció en los ojos de Will, trayendo viejos recuerdos del pasado a la mente de ella.

—¿Seré un mozo otra vez? —Lily aventuró, arqueando una ceja.

—Por más que me gustaría verte usando una vez más esos pantalones de mozo, pequeña—arqueó las cejas de forma pícara—, me temo que un sirviente no puede entrar por la puerta principal ni compartir habitación con sus señores. Y no podemos permitirnos perderte de vista. Necesitamos tenerte cerca, no vamos a correr el riesgo de dejarte sola ni un momento —le aseguró Will, frunciendo el ceño.

—¿Y entonces? ¿Cuál es tu idea? —adivinó que algo se traía entre manos al notar esa sonrisa sagaz aparecer en su rostro.

—Serás mi esposa —él la rodeó por la cintura—. Nadie le pondrá pegas a eso, y de ese modo, podrás compartir habitación conmigo.

—¡Ni de coña! —exclamaron Ben y Adam al mismo tiempo.

—Ya nos acomodaremos nosotros luego, podremos dejarla sola en una habitación, como hicimos con el barco. Sólo es una tapadera para no llamar la atención a los ojos de la gente —Will les explicó, exasperado—. ¿O creen que será mejor que lleguen a registrarse al hotel tres fulanos con una mujer sola?

—No son cualquier persona, ustedes son bastante conocidos aquí, y también en el hotel —replicó Lily—. Puede que a mí me pasen desapercibida, pero a ustedes los reconocerán enseguida, sin dudarlo. Son bastante famosos por estos lugares, lo saben.

—Querida, nosotros también usaremos disfraces. No somos tan tontos como para presentarnos con nuestro verdadero nombre —él sonrió—. Tú serás mi esposa. Y Ben y Adam pueden llegar después de nosotros, aparentando ser un padre con su hijo.

—Ben no tiene edad para ser el padre de Adam —Lily frunció el ceño.

—La tendrá cuando terminemos de disfrazarlo —Will le dirigió una sonrisa casi maligna a su hermano.

—No quiero ni imaginar lo que estás pensando —musitó él, frunciendo el ceño.

—¿Realmente estás diciéndolo en serio? —Adam se indignó—. Es una idea ridícula.

—No es la primera vez que lo hacemos, funcionará —le aseguró Will, mirando a Lily al hablar.

—No creo que sea una buena idea —comenzó a replicar Adam, pero Lily lo hizo callar con un gesto de la mano.

—¿Crees realmente que funcionará? —Lily le preguntó directamente a Will.

—Por supuesto. Como te dije, no te dejaré sola, y no hay mejor manera para no perderte de vista que siendo tu esposo —él tomó su mano—. Y de paso, te vas haciendo a la idea para cuando nos casemos.

Las mejillas de ella se encendieron y tuvo que apartar la mirada.

—Bien, hagámoslo —dijo Lily con decisión, mirando a su hermano y luego a Ben, para finalmente depositar su mirada de vuelta sobre Will—. Y por el bien de Evelyn, espero que resulte.

Se detuvieron en la casa de los Collinwood, donde los hermanos dejaron su equipaje, con la intención de cargar sólo con lo necesario.

Lily, que se sentía bastante descompuesta, pidió usar el cuarto de huéspedes, delegando a los otros la tarea de encontrar los disfraces y planear el mejor modo de entrar al hotel esa tarde para registrarse.

Después de vaciar el contenido de su estómago, se lavó la cara y los dientes, y se dirigió a la habitación continua, con la intención de dejarse caer en la cama y descansar por un par de minutos, antes de volver a bajar para reunirse con los demás.

Sin embargo, todos sus planes se esfumaron en el instante en que abrió la puerta y encontró a Ben de pie del otro lado. Con el hombro apoyado contra el marco y los brazos cruzados, le dirigió una aguda mirada, dejando claro que estaba aguardando por ella.

—¿Ben? —preguntó Lily, confundida al encontrarlo en su habitación—. ¿Qué estás…?

—Esperando por ti, tenemos que hablar —le dijo él en tono rotundo, apartándose de la pared para aproximarse a ella.

—¿Sobre qué? —Lily intentó esquivar su mirada, que parecía atravesarla hasta lo más profundo del alma.

—Sobre el niño que estás esperando, por supuesto.

CAPÍTULO 46

Lily palideció tanto que, por un momento, Ben temió que fuese a desmayarse.

—¿Cómo es que…? —ella musitó con un hilo de voz.

—Soy médico, Lily. Tú bien sabes que no eres la primera mujer en tu estado que veo —contestó—. Además, poseo cierto… don —buscó la palabra—, una herencia de familia, que me permite saber cuando una mujer está embarazada. No importa si tan sólo lleva horas o meses —frunció el ceño, dirigiendo su mirada hacia su vientre—. ¿Cuánto tienes? ¿Cinco meses?

—Ben, no es una conversación que deseo tener ahora —ella se apartó, sintiéndose más nerviosa que nunca.

—Es importante, lo que sea a lo que nos enfrentemos, podría poner tu vida y la de mi sobrino en riesgo —contestó él, plantándose ante ella sin darle tregua—. ¿Ya se lo dijiste a mi hermano?

Ella negó con la cabeza, intentando apaciguar su corazón que latía a toda velocidad.

—Le había pedido a Will que no nos viéramos durante un año, y eso incluía no compartir ningún tipo de comunicación o correspondencia.

—Lo sé, él me habló de eso. Está bastante determinado a volver por ti. Ya compró una casa en Londres y una hacienda vecina a La Guadalupana, en Veracruz.

—¿Él hizo eso? —los ojos de ella se abrieron con sorpresa e ilusión, y de pronto sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Maldita sea, últimamente no podía parar de llorar.

—Por supuesto que sí, él te ama, Lily —le aseguró Ben, esbozando una sonrisa colmada de afecto—. Will se ha tomado esta especie de pacto entre ustedes muy en serio. Sin embargo, nada de eso importa ahora que las cosas han cambiado. Y no me refiero a este reencuentro inesperado a causa de Evelyn, sino a que ambos deben estar juntos, por el bien del hijo que esperan. Debes decírselo cuanto antes, Lily —posó una mano en su hombro—, si lo amas, él debe saber que va a ser padre.

—Lo haré, Ben, te lo aseguro —un cúmulo de lágrimas escapó de

sus ojos—. Pero necesito tiempo. No quiero que se entere de algo tan importante de la misma forma como te enteras que va a llover esta tarde. Quiero darle esta noticia de la forma correcta. Aunque todavía no sé cuál es.

—No importa cómo sea, sólo díselo. Mientras más tiempo pase, más difícil será. Y no te hará ningún bien intentar ocultárselo —señaló su vientre—. ¿Estás usando un corsé para tapar tu vientre?

—No, por supuesto que no. No soy idiota, también soy médico, Ben —ella frunció el ceño.

—Lo siento, es que para tener cinco meses, es poco lo que se te nota.

—Lo sé, en mi familia las mujeres no suelen desarrollar mucho vientre. Mi madre me contaba que el día anterior al de mi nacimiento se topó con un viajero perdido en su jardín, y él asumió que se trataba de una doncella de la casa e intentó cortejarla, pues su vientre era tan pequeño que no se alcanzaba a notar bajo la ropa —se encogió de hombros—. Supongo que poseo su misma complexión.

—Es un alivio, por un momento temí —él negó con la cabeza—. Lo siento, debí adivinar que tú no harías algo tan riesgoso. Supongo que esta noticia de Evelyn me tiene demasiado ofuscado.

—Está bien, no te preocupes, lo entiendo —ella le dedicó una sonrisa amable—. Y te aseguro que tengo la intención de hablar con Will. Es sólo que… —suspiró—. Tengo miedo.

—Él te responderá, Lily —Ben tomó su mano y la estrechó entre las suyas—. Nunca dudes de eso.

—No, por supuesto que no, sé que él querrá a su hijo, no tengo la menor duda al respecto —ella afirmó con vehemencia—. Temo que se moleste conmigo. Ya sabes, por no haberle dado antes la noticia.

Ben inspiró hondo, comprendiendo su sentir.

—¿Por qué no lo hiciste? —quiso saber—. Pudiste escribirle una carta, un telegrama.

—No es una noticia que das de esa manera, ya te lo dije.

—Pudiste pedirle que fuera a verte a Nueva York, él no habría puesto reparos. Ese pacto que hicieron no tiene importancia junto a una noticia de esta magnitud.

—Tenía miedo, Ben… —confesó—. Temo a esta nueva realidad. Ser madre. No es algo que había planeado —una lágrima escapó de sus ojos—. Estoy aterrorizada.

—Serás una buena madre, Lily —Ben intentó animarla—. Y también Will será un buen padre. No debes tener miedo.

—No lo sé —soltó un sollozo—. En mi familia las mujeres han

tenido malas experiencias en el amor. Y la mayoría de las veces, la pesadilla comenzó después del nacimiento de su primer hijo. No creas que intento decir que no quiero a mi bebé, porque no es así. Lo amo desde el primer momento en que me enteré de mi embarazo. Pero tengo miedo. Temo que Will ya no me quiera después de que nuestro hijo nazca, tal como le sucedió a mi abuela, a mi tía, a mi madre —un sollozo escapó de sus labios, y Ben no pudo evitar rodearla por los hombros y abrazarla contra su cuerpo, para consolarla.

—En un principio me negaba a creer que fuese posible que estuviese embarazada —ella continuó contándole—, pero después de semanas de despertar cada mañana teniendo que correr al lavabo para vomitar, mi madrastra comenzó a sospechar y me obligó a enfrentarme a la verdad. Ella me ha apoyado mucho, también Adam, los dos han sido estupendos, en especial después de que papá se enteró y estuvo a punto de subir a un barco para ir a meterle un tiro a Will entre ceja y ceja, si no cumplía con su deber y se casaba conmigo —negó con la cabeza—. Ellos me ayudaron a hacerle entender a papá que Will ha querido precisamente eso desde hacía años, y si no lo había hecho, era sólo por culpa mía.

—¿Y lo entendió?

—Will sigue vivo, así que es obvio que sí —ella esbozó una sonrisa triste—. Aunque no ha vuelto a dirigirme la palabra desde entonces. Y ha jurado no volver a hacerlo hasta que me despose —se secó el rostro con el pañuelo que Will le había dado—. Así que por culpa de mi cobardía a la maldición de mi familia, ahora mi padre me odia, y temo que Will también lo haga cuando se entere que le he ocultado esta noticia por tanto tiempo.

—Lily, no existen las maldiciones —Ben tomó su barbilla entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos—. William te ama, y lo seguirá haciendo igual cuando nazca su hijo, sino es que más. Mi hermano jamás podría traicionarte, pequeña, te ama demasiado como para siquiera considerar hacerlo. Sólo piensa, han pasado siete años manteniendo esta especie de relación a distancia, y en ningún momento él te ha sido infiel. Por el contrario, no hay minuto en el día en que él no esté pensando en ti, ya sea garabateando algunas palabras en esas malditas cartas que lleva consigo a todas partes, con tal de poder escribirte cualquier cosa, de tener un momento libre, o bien planeando el siguiente viaje para ir a verte, o buscando el regalo perfecto para sorprenderte con él, o la casa perfecta para que vivan juntos, una vez que tú te decidas a aceptarlo como tu marido —él hizo una pausa para secar las lágrimas que resbalaban por sus mejillas—.

¿Crees que un hombre que te ama de esa manera va a ser capaz de traicionarte alguna vez?

Lily negó con la cabeza y ocultó el rostro en su pañuelo, vuelta un mar de lágrimas.

—Además, puede que tu familia tenga una maldición, pero los Collinwood tenemos la nuestra también —ella alzó la vista, sorprendida por esa declaración—: Amar a alguien tan intensamente, completamente y alocadamente, que esa persona se convierte en nuestro mismo ser.

Al escuchar esas palabras, ella sollozó con más fuerza y Ben debió esperar unos cuantos minutos para que se calmara.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Lily? —le preguntó con voz calmada, acariciando su espalda como si se tratase de una niña pequeña—. ¿Vas a contarle a Will la verdad?

—Lo haré, Ben. En cuanto resolvamos esto, lo haré, lo juro. Sólo dame tiempo, te lo suplico. Es una gran noticia y no quiero que él se entere de esta forma —se señaló a sí misma, y las lágrimas que no cesaban de aparecer—. Él merece más que esto. Además, por ahora sólo deseo saber qué ha sucedido con Evelyn. Y en cuanto Will se entere de mi condición no me permitirá hacer nada. Y yo debo ir a ese hotel, mi tía no hablará con nadie que no sea yo —le explicó con voz afligida—, ¿me entiendes, verdad?

Ben notó su desesperación y asintió, mirándola con suma ternura.

—Está bien, hazlo a tu modo, pequeña —le dijo, posando una mano sobre su hombro—. Pero por favor, no dudes en decirme si llegas a cansarte o sentirte mal. Te cubriré con mi hermano, no obstante, si surge algo que pudiera ponerte en peligro, o al niño, no dudaré en intervenir.

—No lo querría de otra forma —ella sonrió, antes de inspirar profundo—. Ahora, si me disculpas —le dijo, poniéndose de pie bruscamente—. Ese viaje en barco ha sido una pesadilla. Y los efectos aún no han terminado —le explicó, hablando a la carrera mientras volvía al cuarto de baño y se encerraba en su interior, para volver a vaciar su estómago.

—¿Qué quiere decir con que no está aquí? —preguntó Lily al recepcionista del hotel, haciendo uso de todo su autodominio para no gritar, o lanzarse sobre el mostrador para ahorcar el delgado cuello de ese pusilánime hombre que hablaba con tanta despreocupación de un tema tan importante para ella.

Últimamente pasaba de la paz total a la furia o al llanto, en menos

de un parpadeo. Así de voluble estaba.

—Calma, cariño, no pierdas la compostura —Will posó una mano sobre su brazo, mirándola con sincera sorpresa ante su exabrupto.

Acababan de llegar al hotel, ataviados en elegantes ropas y con toda la disposición de representar el papel de la pareja perfecta. No obstante, nada más registrarse, Lily había comenzado a interrogar al hombre de la recepción acerca de Laura, la madrastra de Evelyn, y todo se había ido al traste en cuanto el empleado se negó a darles noticias de la mujer.

Lily le relató que era una vieja amiga de Laura, y que ésta le había escrito para que fuera a visitarla cuanto antes, a causa de un problema personal, pero tampoco sus explicaciones obtuvieron respuesta. Ese hombre, o bien realmente no sabía dónde estaba Laura o tenía órdenes de no soltar palabra a nadie al respecto.

—Laura es la esposa del dueño de este hotel, ¿y se atreve a decirme que no sabe dónde está? ¿Es que cree que soy idiota? ¡Quién sino usted, que está aquí parado en la única puerta de entrada y salida de este hotel, podría saber si ella se marchó!

—Oh, claro que se marchó —contestó el hombre, con voz serena a pesar de los gritos de la mujer que tenía enfrente—. Pero no dejó razón de a dónde iba.

—¿Y por qué no me dijo eso cuando le pregunté la primera vez? —siseó Lily, y Will notó que su mano se acercaba peligrosamente a la planta que decoraba la mesa de la recepción.

—Cariño, estoy seguro de que este caballero intenta ayudarnos —intervino, moviendo disimuladamente la planta, para ponerla lejos de su alcance.

El que Lily perdiera la compostura al grado de estar a punto de estamparle una de las muchas macetas con flores que decoraban el recibidor, justo en el medio de la cabeza a ese empleado de aspecto lechuguino y pedante, no sería una buena forma de pasar desapercibidos en ese lugar.

—¿Y usted no tiene alguna idea de a dónde pudo haber ido? —continuó preguntando Lily, acercándose más al extremo de la mesa. Lo cual puso en alerta a Will, cuando notó un helecho colocado sobre un elegante pilar de mármol, justo a su alcance.

Con rapidez, Will se situó entre ella y la planta, pero enseguida notó que aquello no serviría de mucho. El lugar parecía un maldito invernadero, ¿cuántas plantas podían tenerse en un recibidor antes de provocar que los huéspedes lo confundieran con un jardín botánico?

O quizá sólo fuese su pánico el que le hiciera ver más vegetación

de la que realmente había.

—Me temo que no puedo darle esa información —contestó el hombre, sin inmutarse.

—¡Pero si le he dicho que es mi t… amiga! —replicó Lily.

—Molestarnos no nos ayudará en nada —le dijo Will al oído—. O dejar inconsciente a este hombre —Will miró en derredor con una mueca, el lugar estaba repleto de plantas, una fuente numerosa de armas para que su dulce amada pudiese dejar inconsciente al hombre que en ese momento les dedicaba una sonrisa tan falsa como el diamante que decoraba su alfiler de corbata.

—Lo siento, querido —Lily intentó calmarse—. Mi tía… Es decir, la señora Laura Lamberg ha dicho que estaría aquí esperándome. Ella vive aquí, por todos los cielos. Es imposible que este caballero no sepa dónde esté —señaló al hombre con gesto acusador—. Laura es una mujer mayor, con hábitos fijos, si se ha marchado, lo más seguro es que él, el recepcionista de su hotel, sepa el lugar a donde pudo ir.

—Lo siento, señorita Colin, ya le he explicado que la señora Lamberg se ha retirado del hotel sin dar referencia del lugar al que se marcharía —intentó excusarse una vez más el empleado.

—Señora —replicó Will, fulminando al hombre con la mirada—. Señora Colin. Y haga el favor de explicarse mejor, Laura es una antigua amiga de la familia y le escribió a mi mujer para que viniera a visitarla. Entenderá nuestra molestia de llegar aquí, tras tan largo viaje desde Estados Unidos, para no encontrarla.

—Discúlpeme, señor Colin, no era mi intención faltarle al respeto a usted o a su mujer —el hombre mantuvo una expresión serena al hablarle, alzando su respingada nariz, que estaba un poco torcida, seguramente a causa de una fractura del pasado—. Como le explicaba a su mujer, la señora Lamberg dejó el hotel hace unos días, sin decir a dónde…

—¿Y no tiene idea de a dónde pudo ir? —lo interrumpió Will, sin dar el brazo a torcer—. Como le ha explicado mi esposa, la señora es una mujer de hábitos, no puede haber ido a muchos sitios. Usted debe tener alguna idea de a dónde pudo ir.

—Seguramente a alguna de sus propiedades en el campo —comentó el hombre tras un momento de evidente vacilación, pasando un trapo por las hojas de la planta sobre la mesa, que Lily había estado a punto de estrellarle en la cabeza, como si intentara sacarle brillo e igualarla con todo lo que se encontraba en ese recibidor de lujo—. La señora Lamberg no suele ausentarse del hotel por periodos prolongados, las pocas veces que lo ha hecho han sido para tomarse

un descanso lejos de la ciudad, por lo general en su casa en Norfolk. Seguramente ahora mismo se encontrará allá.

—Eso no era tan difícil de decir, ¿no es verdad? —espetó Lily, fulminando al hombre con la mirada.

El hombre alzó la vista de la planta y les dedicó a ambos una sonrisa falsamente encantadora.

—Como les dije, es lo que yo creo. No tengo ninguna certeza de ello. Sin embargo, si les interesa viajar, puedo conseguirles un transporte seguro para que partan esta misma noche.

Will pareció dudar, pero Lily negó enérgicamente con la cabeza.

—Ella nunca iría a Norfolk, odia dejar el hotel —replicó Lily al oído de Will—. Además, no se marcharía sin Evelyn, y menos ahora que su hija está desaparecida.

—Si no hay nada más que pueda hacer por ustedes —el hombre los interrumpió, señalando con un gesto de la mano a una elegante dama que aguardaba de pie cerca de ellos—. Tengo que atender a los otros huéspedes.

—No se preocupe por mí, puedo esperar —dijo la dama, abanicándose el rostro con movimientos lentos—. Estoy disfrutando de la vista.

Lily se giró para encontrarse con el rostro de la elegante mujer, ataviada con un hermoso vestido rosa y blanco, con un sombrero a juego decorado con una gran cantidad de flores naturales. Sus ojos, de un hermoso color chocolate, estaban fijos en Will, o específicamente en su trasero.

En medio de aquella acalorada discusión, su supuesto marido se había quitado la chaqueta, dejando al descubierto sus posaderas.

—Nosotros ya nos íbamos, ¿no es verdad, querido mío? —Lily recalcó esa última palabra, mirando a la mujer con gesto adusto, al tiempo que rodeaba a Will con un posesivo abrazo para llevarla con él, lejos del recibidor.

—Entonces, ¿no querrán el transporte? —insistió el hombre del recibidor, haciendo ademán de llamar a alguien.

—Gracias. Le avisaremos al respecto, por lo pronto nos retiraremos a nuestras habitaciones —le contestó Will al hombre, dedicándole una mirada cortante al tiempo que tomaba a Lily del brazo para llevarla aparte consigo.

—Por supuesto, señor —el hombre le hizo una seña al botones para que se apurara a guiarlos hasta su habitación, cargando encima con su equipaje.

—Creo que voy a ahorcar a ese hombre cuando esto termine —

refunfuñó Lily en voz baja para que el hombre no los escuchara—. Realmente me hizo enojar.

—No me digas, no puedo creerlo —Will esbozó una sonrisa sarcástica.

—Era más que obvio que él sabe más de lo que nos ha dicho —replicó, comenzando a alterarse una vez más.

—Querida mía, apacigua el ánimo, vas a llamar la atención —le pidió él entre dientes, palmeando la mano con la que ella se sujetaba a su brazo, al tiempo que permitía al botones adelantarlos para guiarlos hasta su habitación—. Esto no es un interrogatorio. Si te portas hostil con ese hombre, sólo conseguirás que se cierre más, además de levantar sospechas entre la gente del hotel. Hay otras formas de recabar información.

—¿Cómo cuáles? —ella frunció el ceño.

—Por lo pronto, apeguémonos al plan. Volvamos a nuestra habitación y esperemos allí para averiguar qué consiguen indagar Ben y Adam cuando se registren. Ellos llegarán en una hora —le dijo, tras echar una ojeada a su reloj de bolsillo—. Entonces, veremos qué más podemos hacer.

Lily asintió. Aunque no le agradaba realmente la idea de tener que perder más tiempo, sabía que lo mejor era seguir el plan, tal como Will había dicho.

—Tienes razón. Lo sé bien, pero…

—¿Pero qué? —le preguntó él, estrechando su mano.

—Aún deseo estrangular a ese petulante recepcionista hasta dejarlo sin aire.

Will soltó una carcajada.

—Te comprendo. Yo también lo quisiera. Pero créeme, cariño, estrangular a ese hombre no nos ayudará a encontrar a tu prima. Lo mejor será seguir el plan —la abrazó por los hombros, atrayéndola más a su lado—. Ya podrás asesinarlo después.

—Nunca dije que lo mataría, Will, no exageres —ella negó con la cabeza al tiempo que su sonrisa se transformaba en una expresión preocupada—. Es sólo que me frustra toda esta situación. Y no consigo entender por qué mi tía se marcharía de forma tan repentina y sin avisarme —le preguntó ella, alterada—. Tía Laura jamás me hubiese pedido que viniera si no fuese algo realmente importante. ¿Qué pudo impulsarla a alejarse de aquí, justo ahora? Ella vive en este hotel, y por lo que sé, jamás se marcha de aquí. Es una especie de ermitaña que no sale ni a la esquina. Vive recluida en su habitación y sólo se permite acompañar por Evelyn. La ama como si fuese su hija, Will,

ella no se habría marchado sin mi prima. Y mucho menos ahora, sabiendo que está perdida.

—No lo sé, cariño, pero dudo que sea una mala coincidencia —los ojos de Will refulgían con intensidad, mientras pensaba—. Sin duda debemos averiguar qué fue lo que la obligó a marcharse de forma tan abrupta. Y creo que no hay mejor manera de conseguir esa respuesta que preguntándole directamente.

—¿A qué te refieres?

—Quizá no sea tan mala idea el ir a hacerle una visita a su casa de campo.

—No podemos marcharnos, es de aquí de donde desapareció mi prima, y es aquí donde seguramente estarán las pistas para encontrar a Evelyn. Además, no es seguro que esté en Norfolk —ella calló abruptamente cuando él le hizo una seña para que guardara silencio.

Habían llegado ante su habitación. El botones les abrió la puerta y metió el equipaje en el elegante cuarto, decorado lujosamente con muebles de cerezo y paneles pintados a mano. Will le dio una buena propina y lo despidió, cuidando de revisar que nadie los estuviese observando en el pasillo, antes de cerrar la puerta con llave, tras él.

—Es un bonito lugar, ¿no te parece? —le preguntó a Lily, intentando animarla mientras caminaba hacia la ventana para cerrar las cortinas. Mientras menos gente los viera, mejor. Con Lily no iba a correr ningún riesgo.

—Sí, es linda —ella contestó de mal humor, dejándose caer en una hermosa silla a su lado, tapizada con una tela con tantas flores, que era como si se hubiese zambullido en un prado en primavera—. ¿No debimos interrogar al botones? O quizá debamos volver abajo y preguntarle al recepcionista pedante sobre Evelyn.

Will frunció el ceño y tomó asiento en la silla que hacía pareja a la de ella.

—Esa es tarea de Ben y de Adam, ellos preguntarán sobre Evelyn, cariño. Ése es el plan —le dirigió una mirada severa—. Sé que te están carcomiendo los nervios y la preocupación, pero si te paras a preguntarle todo a todos, no harás más que conseguir que las personas sospechen y se fijen en ti, y eso es justamente lo que no queremos.

—Lo sé… —ella suspiró, negando con la cabeza—. Es sólo que no puedo dejar de pensar en Evelyn. El infierno que ella podría estar viviendo en este mismo momento.

Él comprendió su temor. Estiró una mano y estrechó la de ella, en un gesto colmado de cariño.

—La encontraremos, lo prometo.

—Gracias, Will —los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. Sé que presiono demasiado, pero no puedo evitar sentirme intranquila. Desde que recibí esa carta, en todo cuanto pienso es en lo que mi pobre prima puede estar sufriendo —se secó una lágrima con el pañuelo que él le había dado antes—. Ella me salvó de mi tío, lo menos que puedo hacer ahora es ayudarla.

—Lo conseguiremos, Lily. Confía en mí, ¿de acuerdo? —él se arrodilló ante ella y ahuecó ambas manos en sus mejillas—. Sé que deseas hacer más, pero debemos actuar de forma inteligente. Si la persona que se llevó a Evelyn continúa en el hotel, sólo conseguirás alertarlo con tu presencia y levantarás sospechas sobre tu verdadera identidad. Confía en nosotros, mantén la pantalla y trata de no llamar la atención, si seguimos el plan, daremos con algo. Por el contrario, si te pones a interrogar a cada empleado, acusándolo como a un delincuente, no conseguirás nada más que hacer que nos echen del hotel. O peor, que el que sea el atacante de tu prima se fije en ti y trate de hacerte daño también.

—¿Por qué haría eso? —ella frunció el ceño.

—No lo sé, no es algo seguro, sólo un presentimiento —los ojos de él se oscurecieron—. Es por eso que no te perderé de vista, ¿me has entendido? No permitiré que nada malo te pase.

Ella asintió, mirándolo con los ojos bañados de lágrimas.

—Lo siento, Will. Confiaré en lo que me dices, lo prometo.

—Esa es mi chica buena —él sonrió, acariciando su mejilla.

—Will, me estás hablando como a un perro —ella bromeó, haciéndolo reír.

Intentó ponerse de pie, pero al hacerlo, su zapato se atoró en el dobladillo de su vestido y ella trastabilló. Will la sujetó por la cintura antes de que ella cayera, y enseguida ella se encontró una vez más entre sus fuertes brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó él, preocupado, estrechándola más cerca de su cuerpo.

—Sí, gracias por… —se atragantó con las palabras cuando él posó una mano en su mejilla, apartando un mechón de cabello que había escapado de su moño.

Notó su agarre intensificarse en su cintura, como si a pesar de sus palabras no estuviera dispuesto a dejarla ir. Sus manos se movieron por su espalda, cálidas y suaves, y al mismo tiempo tan fuertes, que la hicieron sentir segura de una forma que le resultó sublime.

Ella se estremeció bajo su toque, sintiendo que el aire se escapaba de sus pulmones cuando él se inclinó sobre su rostro, y ella supo que

iba a besarla.

Justo en ese momento alguien tocó a la puerta, rompiendo con la magia de ese momento.

—Maldita sea —rugió Will, todavía sujetándola contra su cuerpo, como si no se decidiera a dejarla ir.

Volvieron a tocar, esta vez de forma más sonora, y Will supo que no podía tardar más. Se inclinó y posó sus labios sobre la frente de Lily, antes de apartarse y abrir la puerta para recibir a Ben y Adam.

—¿Por qué está tan oscuro aquí? —preguntó Adam, entrando en la habitación con los ojos entornados.

—Sólo una precaución para evitar ser vistos —contestó Lily, antes de soltar una risita cuando Ben se asomó al interior del cuarto.

Era divertido verlo con esa imagen de hombre mayor elegante, con el pelo cano, un mostacho blanco y un bastón en la mano.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Will a su hermano, tras cerrar la puerta tras ellos.

—Como si me hubieses echado un bote entero de talco en la cabeza —replicó él, de mal humor, estornudando sonoramente—. No puedo esperar para quitarme esta cosa de encima.

—Así apestarás menos —contestó Will, volviendo a su lugar en la silla al lado de Lily—. ¿Acaban de llegar?

—Estamos en la habitación al final del pasillo —le dijo Adam como respuesta a su pregunta.

—¿Y consiguieron averiguar algo? —preguntó Lily, impaciente.

Ben negó con la cabeza.

—El hombre de la recepción aseguró no saber nada de Evelyn, ni tampoco el botones que nos trajo aquí —contestó Ben, notoriamente molesto—. Pero no nos detendremos, esperaremos un par de horas y entonces intentaremos sacar más información con la gente del servicio.

Lily asintió, sintiéndose pesarosa.

Will les relató lo que ellos habían descubierto, que no era mucho, y pronto se pusieron de acuerdo con los planes que llevarían a cabo esa tarde.

—Iré a refrescarme antes de la cena —les informó Lily, dirigiéndose al cuarto de baño, que se encontraba en su habitación.

—Yo haré lo mismo —anunció Adam, antes de salir por la puerta principal.

—Ben, ¿podemos hablar un minuto? —Will lo llevó al saloncito privado afuera de la habitación, donde él dormiría esa noche, y cerró la puerta de la habitación de Lily tras él.

—¿Qué ocurre? —Ben le preguntó enseguida, notando la preocupación en el rostro de su hermano.

—Tengo un mal presentimiento —le explicó Will, hablando en voz bastante baja—. Y no quiero que Lily se entere, pero temo que quien sea que raptó a Evelyn, irá tras ella también si se llega a enterar de su presencia aquí. Debemos cuidarla y no dejarla ni un minuto a solas.

—Te entiendo, tengo un mal presentimiento también —Ben frunció el ceño—. Lo que sea que le haya pasado a Evelyn no es bueno. Este asunto es más grave de lo que suponíamos. No podemos perder tiempo, tenemos que encontrar a Evelyn cuanto antes —sus ojos se tiñeron de mortificación—. O no lo haremos jamás…

CAPÍTULO 47

Cuando Lily salió del baño, Will la estaba esperando sentado en la cama. Ella palideció notablemente al verlo, y lo primero que hizo fue cubrirse el vientre con la toalla.

—Tranquila, mujer, no es como si no te hubiese visto antes desnuda —bromeó él, asumiendo que era su timidez lo que la hacía actuar de ese modo.

—¿Qué estás haciendo ahí sentado? —le preguntó ella con voz un tanto vacilante, dirigiéndose a paso rápido hasta el ropero donde había colgado el vestido que usaría esa noche durante la cena.

—He estado pensando en lo que me dijiste —contestó, girándose para darle la espalda—, acerca de no perder tiempo. Y tengo una idea.

—¿Cuál es? —quiso saber ella, apurándose en vestirse.

—Creo que deberíamos ir a la habitación de Evelyn a investigar.

—¿Pero cómo haremos eso? La puerta debe estar bloqueada y no tenemos la llave.

—Eso es lo de menos. Lo importante es buscar en él cualquier pista que pueda llevarnos con tu prima. Iría yo solo, pero me temo que tú me serás de gran ayuda. Si encontramos algo allí fuera de lugar, tú sabrás reconocerlo mejor que yo. Por otro lado, creo que es importante revisar el despacho del gerente. Ben ha intentado hablar con él, pero resulta que el hombre no está en el hotel.

—Eso no puede ser cierto, cuando no está mi tío es el gerente quien es el responsable de este lugar.

—Sospechoso, ¿no es verdad? Por ello hemos acordado con Ben, que él y Adam irán a investigar el despacho del gerente mientras tú y yo nos encontramos arriba.

—Pero Will, aún no me has dicho cómo vamos a abrir su puerta, ¿piensas forzar la cerradura?

—Eso no será necesario —Will esbozó una sonrisa ladeada cuando sacó una llave de su bolsillo.

—¿Es la llave maestra del hotel? —preguntó Lily, arqueando las cejas, sorprendida—. ¿Cómo…?

—Mientras le gritabas a ese hombre en la recepción, aproveché la oportunidad para tomarla prestada —contestó Will, encogiéndose de

hombros de forma despreocupada—. Esto nos abrirá muchas puertas, literalmente. Y nos encargaremos de encontrar los secretos que se oculten tras ellas.

Lily esbozó una sonrisa llena de orgullo.

—Bien. Dame un minuto y terminaré de alistarme, ¿de acuerdo?

—Lily… Hay una cosa más de la que quería hablarte —él pareció dudar, pero de todas formas continuó—. Sé que se suponía que no nos veríamos hasta dentro de unos meses, pero ya que nos hemos encontrado, ¿no crees que deberíamos hablar sobre el tema?

Lily sintió que la sangre se le iba al piso.

—¿El tema…? —repitió, intentando mantener la voz neutral. ¿Ben le habría hablado sobre el bebé? No, no podía ser, él le había prometido no decir nada.

Will se giró y se aproximó a ella, mirándola de una forma tan intensa que Lily sintió que le atravesaba el alma.

—Me gustaría saber si, después de que encontremos a tu prima, vas a casarte conmigo, Lily —alzó una mano para tocar su mejilla en una lenta caricia que hizo colorear su rostro—. Porque es cierto que faltan varios meses para cumplir el plazo todavía, pero yo no he cambiado de opinión, te amo y eso nunca va a cambiar.

Los ojos de ella se humedecieron y tuvo que apartar el rostro antes de soltarse a llorar.

Alguien llamó a la puerta en ese momento, interrumpiendo su conversación.

Lily abrió mucho los ojos, reconociendo la voz de Ben y de Adam desde el pasillo; si la encontraban a medio vestir con Will frente a ella, tendrían problemas. Adam podía ser joven, pero era bastante posesivo en cuanto se refería a cuidar a su hermana.

—Tranquila, iré a recibirlos. Tú termina de vestirte —le dijo Will, y dándole un fugaz beso en la frente añadió—. Pero no creas que hemos terminado con esta conversación —añadió, guiñándole un ojo antes de alejarse por la puerta.

Unos minutos más tarde, los cuatro caminaban en silencio por los pasillos del hotel rumbo a las escaleras que los conducirían a los pisos superiores, actuando con la mayor naturalidad que les era posible en aquellas circunstancias.

—¿Están seguros de que no deberíamos esperar al anochecer? —preguntó Adam en voz baja, después de que una pareja mayor estuvo cerca de descubrirlos al salir de forma inesperada de su habitación.

—No tenemos tiempo —le dijo Ben, cortante, guiándolos por la

escalera cuando el pasillo estuvo libre una vez más.

El ala reservada para la familia dueña del lugar se encontraba en el quinto nivel. Sólo por encima de ellos se encontraban los pisos de los sirvientes, por lo que corrían el riesgo de ser descubiertos por alguno de los empleados que recorriese las escaleras en ese momento.

—Si somos descubiertos, no podremos hacer nada de todas formas —replicó el joven.

—No hay tiempo que perder —repitió Ben, dirigiéndole un gesto duro con la mirada que silenció cualquier protesta del joven—. Evelyn podría estar en peligro.

Llegaron al rellano del pasillo deseado y caminaron a toda prisa frente a las escasas puertas que lo componían. Las habitaciones de ese piso eran enormes.

—Aquí es —Lily se detuvo ante la última puerta, la de su prima—. Ésta es su habitación.

Will tomó la llave de su bolsillo y con rapidez la ensartó en la cerradura. Enseguida se escuchó el sonido del cerrojo al abrirse.

—Su turno —anunció, sacando la llave para entregársela a Ben.

—Después de revisar el despacho, nos encontraremos en los jardines, justo en la fuente —les recordó Ben, antes de comenzar a alejarse a paso rápido por el pasillo.

—¿Es por eso que vinimos hasta aquí? —replicó Adam—. Yo pude abrir la puerta sin esa llave, ¿sabes?

—Niño, no somos piratas, si abres una puerta con una ganzúa, dejarás marcas. No queremos huellas que nos delaten, si nadie sabe que entramos en el despacho habremos salido airosos —le contestó Ben, sin detener su marcha.

—No iba a abrirla con una ganzúa —Adam rodó los ojos, pero se calló, y siguió a su amigo escaleras abajo.

Will sonrió al escucharlos, antes de abrir la puerta para permitirle a Lily entrar en la habitación. Con cuidado de no hacer ruido, cerró tras ellos, era poco probable que hubiese alguien más en el piso, pero las precauciones no estaban de más.

A paso rápido, atravesó el vestíbulo elegantemente decorado que precedía a la habitación y entró en los aposentos de Evelyn, sintiéndose un poco incómodo por esa invasión a la intimidad de la joven.

Lily ya revisaba los cajones de la cómoda, tomándose tiempo en observar cada objeto guardado, con la esperanza de encontrar alguna pista que los condujera a su prima.

—Revisaré el armario —comentó él, todavía algo intimidado.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó ella, sacando una enagua de un cajón.

—Eso no —Will sonrió divertido, al verla enrojecer hasta las orejas, antes de meterla de vuelta en el cajón a toda velocidad.

—No parece que falte ropa, todos los ganchos tienen vestidos colgados y no hay desorden —comentó Will—. Y mira, aquí están sus valijas. De haberse marchado, habría empacado sus maletas, ¿no te parece? Ella no tenía planeado marcharse —comentó él, cerrando la puerta del armario para seguir revisando el resto de la habitación.

—Siento que no vamos a ninguna parte con esto —replicó ella tras un rato de rebuscar en los cajones sin conseguir hallar nada de utilidad—. ¿Qué es lo que se supone que deberíamos notar?

—Cualquier pista podría servir, algo que no te sea familiar, o que te parezca fuera de lugar —él se inclinó para tomar un pañuelo que yacía medio oculto bajo la cama.

—¿Qué es eso? —preguntó Lily, acercándose a él.

—Un pañuelo —contestó él, sentándose en la cama para examinarlo.

—¿Por qué pierdes el tiempo con eso? ¿Qué diferencia tiene con la enagua?

—Cariño, si sólo llevas un pañuelo como ropa interior, en lugar de una enagua, acabas de dejar una idea en mi mente que no me permitirá dormir nunca más —un brillo singular se encendió en su mirada, que provocó que las mejillas de ella ardieran una vez más.

—Me refiero a que es un simple pañuelo, no pierdas el tiempo con él —lo reprendió Lily, apartando la vista a propósito, incapaz de seguir mirándolo a los ojos.

—Es más que un simple pañuelo —Will la tomó por el brazo, obligándola a volverse de nuevo hacia él—. Fíjate.

Lily siguió el dedo de él, señalando sobre una esquina, donde unas flores en blanco yacían bordadas. Eran flores delicadas, de colores blancos y con hojas verdes. Flores que su prima jamás habría hecho.

—Tiene un bordado —los ojos de Lily se entornaron y tomó el pañuelo de su mano para examinarlo mejor—. Evelyn no borda. Siempre ha opinado que es una labor sin sentido —ella alzó la vista y la fijó en Will—. Este pañuelo no es suyo.

—Es un buen punto, pero yo te señalaba esta mancha.

—¿Qué mancha? —ella frunció el ceño cuando él acercó el pañuelo a su nariz.

—¿Has notado el olor que tiene?

Los ojos de ella se abrieron como platos. Reconocería ese aroma en

cualquier lugar, era el que usaba con sus pacientes antes de operarlos.

—Cloroformo…

Will asintió lentamente.

—Alguien usó este pañuelo para secuestrar a Evelyn de su habitación.

Las manos de Lily se crisparon sobre la tela, arrugando el pañuelo entre sus dedos.

—Tranquila, esto es algo importante —Will intentó calmarla—. Encontraremos a tu prima, lo prometo.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Gracias, Will…

—Seguramente quien fuera que se la llevó, la raptó durante la noche, quizá incluso la atrapó indefensa, mientras dormía. No me explico otra manera de sacarla a hurtadillas del hotel sin que nadie viera nada —pensó Will en voz alta—. No obstante, la cama está tendida y todo en la habitación en orden. Esto me hace considerar la idea de que hay alguien en el hotel involucrado con la desaparición de Evelyn.

—¿Quién crees que pueda ser? —los ojos de la joven se abrieron de forma desmesurada.

—No lo sé, pero quizá Ben pueda averiguar algo al respecto en el despacho del gerente.

—¿Crees que él fue quien la secuestró?

—No lo sé, Lily. Lo cierto es que por ahora sólo tenemos esta pista. Pero ya es algo, y te prometo que no nos detendremos hasta averiguar la verdad de lo que le sucedió a Evelyn —le aseguró, rodeándola con los brazos, en un intento de consolarla.

—Gracias, Will —musitó ella con voz triste.

—Sigamos buscando, ¿de acuerdo?

Ella asintió, secándose las lágrimas con su pañuelo, antes de seguir buscando en la habitación cualquier pista que les pudiera ser de utilidad.

De pronto, Lily se detuvo a observar un marco sobre la mesita de noche. Al acercarse, Will pudo ver sobre su hombro que se trataba de un antiguo retrato. En él aparecía una pequeña Lily, que él pudo reconocer de su niñez, acompañada por una chica un par de años mayor con aspecto elegante y altivo, ambas sentadas en las rodillas de una anciana de gran belleza, que la edad no había conseguido menguar.

—Era mi abuela —le contó Lily, acariciando con cariño la imagen —. Ella nació como princesa, pero se enamoró de alguien que no

debía y por él lo perdió todo. Era una buena mujer, nos quería sinceramente, aunque esa experiencia la amargó. Creo que Evelyn es como es por las enseñanzas que ella nos transmitió cuando éramos niñas. Aquello que nos repetía en todo momento…

—¿Qué era aquello?

Lily se giró a mirarlo, y como él aún seguía observando el retrato por encima de su hombro, al hacerlo, sus rostros quedaron sumamente cerca. Tanto, que ella pudo notar el calor de su aliento sobre sus labios. Incapaz de controlar el impulso, ella bajó la vista a su boca, sintiendo extenderse un calor inapropiado por su cuerpo ante la tentación de tenerlo tan cerca.

—Nunca confíes en los hombres —contestó, obligándose a apartarse de él y la tentación que le suponía.

El ceño de Will se frunció.

—¿No confíes en los hombres? —repitió, incrédulo—. ¿Qué clase de abuela le enseña algo así a sus nietas?

—Una que ha sufrido demasiado en la vida por los hombres —contestó Lily, sin inmutarse—. Su padre la desheredó y le quitó el título cuando ella anunció que se había fugado con un simple pintor, un hombre sin título ni poder. Luego, ese hombre por el que dio todo, la engañó no una, sino incontables veces con otras mujeres. Para finalmente ver sufrir a sus hijas en manos de sus maridos, que no las trataron mejor de lo que su padre lo había hecho con su madre. De haber estado en su lugar, ¿no habrías hecho tú lo mismo? ¿No habrías aprendido, de aquella única conclusión que te dio la vida, para enseñarle algo a tus nietas pequeñas?

—Eso no es justo —Will negó con la cabeza—. No todos los hombres somos así.

—Eso creía yo antes.

—¿Qué quieres decir? —él frunció el ceño otra vez—. Lily, yo nunca te engañé.

Ella arqueó una ceja, dirigiéndole una mirada que decía más que las palabras.

—Lily, sabes que nunca te engañé con otra mujer. Puede ser que nuestro comienzo no fuera el ideal…

—Amabas a otra mujer. Te me declaraste pensando que era ella, y luego te quedaste conmigo por lástima. No veo cómo podría ser ideal.

—Me enamoré de ti, Lily.

—Me usaste para sacarte a otra mujer del corazón. Es diferente.

—Eso no es cierto —él se pasó la mano por el cabello, comenzando a perder la paciencia—. Al principio te veía como a una amiga. Esa

niñita molesta que solía seguirme a todas partes —negó con la cabeza al tiempo que una luz especial aparecía en sus ojos—. Pero cuando te besé esa noche. No sé qué pasó… Algo conectó, algo que no había visto antes allí, algo que ni siquiera sabía que existía —se acercó a ella y la tomó por los brazos—. Te vi como en realidad eras, la mujer más hermosa y maravillosa que he conocido. La mujer que me robó el corazón sin que me diera cuenta.

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas al escuchar esas palabras, incapaz de mantenerse fría ante la emoción ardiente que veía en sus ojos. Ella sintió que el corazón se le desbocaba cuando él se inclinó sobre ella.

—¿Cuántas veces debo repetirlo, Lily? ¿Cuántos años serán suficientes para que me creas que eres tú a la que amo? —tomó su mano y la pegó a su pecho, justo sobre su corazón—. ¿Cuándo es que finalmente vas a aceptar casarte conmigo?

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Will, antes de hablar de matrimonio, hay algo que quisiera decirte —ella no pudo pronunciar otra palabra cuando él la silenció colocando una mano sobre sus labios y, antes de que pudiera hacer nada, la arrastró con él al interior del armario. Justo cuando la puerta del vestíbulo se abrió y por ella entró una mujer.

Debía rondar los cincuenta años y, por sus ropas negras y elegantes, Lily la reconoció enseguida como la gobernanta del hotel.

La mujer entró a paso lento, mirando con detenimiento por los alrededores, como si buscara algo. Al caminar dentro de la habitación de Evelyn, rebuscó en algunos cajones antes de dirigirse al tocador. Inspeccionó la superficie, examinando entre los joyeros y los perfumes.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Lily en un susurro tembloroso, al verla tomar un collar de perlas. El favorito de Evelyn, regalo de su abuela.

Will le cubrió una vez más la boca con la mano, pero no antes de que la mujer alzara la vista y se girara hacia el armario.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, la vieron acercarse a paso lento, como si sospechara algo. Alzó una mano para abrir la puerta cuando, de pronto, su vista cayó en la mesita de noche.

Esta vez no demoró y Lily pudo ver a través de la rendija de la puerta que la mujer examinaba el retrato donde ella y Evelyn aparecían con su abuela, de niñas. Lo habían dejado sobre la cama, fuera de su sitio. Y aquello pareció alarmar a la mujer. Lily se maldijo en voz baja.

La gobernanta debió sospechar algo, porque miró en derredor con ojos agrandaros, temerosos… Con el retrato contra su pecho, se alejó a paso rápido de vuelta a la salida y cuidó de cerrar la puerta tras ella. A pesar de encontrarse dentro del armario, pudieron escuchar el chasquido de la llave al cerrar la puerta.

—Maldición, nos ha dejado atrapados aquí —comentó Lily, molesta.

—Yo me siento bastante cómodo —Will le dedicó una amplia sonrisa y hasta ese momento Lily se percató de lo cerca que se encontraban, sus cuerpos tan pegados uno frente al otro, que prácticamente compartían un mismo espacio.

—Will, será mejor que salgamos de aquí antes de que ella vuelva —lo apremió Lily—. Creo que ha sospechado algo.

—Está bien, salgamos de aquí —dijo él sobre su oído, antes de bajar sus labios sobre su cuello y besarla allí.

Lily sintió que su cuerpo se estremecía bajo el calor de sus besos y debió obligarse a mantener la compostura. Algo bastante difícil, considerando lo fuerte que Will la mantenía sujeta contra su cuerpo. Era claro que, al contrario de lo que acababa de decirle, no estaba dispuesto a dejarla ir.

—Will —musitó ella, cuando sus labios comenzaron a trazar besos a lo largo de su mandíbula—. Esto no es correcto.

—Cásate conmigo y será correcto —musitó él, esbozando una sonrisa pícara, al tiempo que su mano vagaba por su cintura.

—Will —gimió sobre su boca antes de que él la silenciara, apoderándose de sus labios en un apasionado beso que le nubló la razón. La mano de él vagó por su cuerpo, estrechándola contra él, buscando una unión que aquel diminuto lugar facilitaba y a la vez imposibilitaba.

—Te he echado tanto de menos, amor mío —dijo él sobre sus labios—. He extrañado tanto tus besos, tu piel —de pronto él se quedó callado.

Lily abrió los ojos de golpe al sentir al bebé moverse en su interior. Y por lo que pudo notar en la sorpresa reflejada en el rostro de Will, él también lo había notado.

La sonrisa en el rostro de él se desvaneció al tiempo que sus ojos se abrían como platos.

—¿Qué…? —preguntó él, en un hilo de voz. Will mantenía la mano sobre su vientre, sus ojos no la veían a ella, sino que se mantenían en la curva que crecía en su cuerpo. Y cuando sus cejas se arquearon con sorpresa, supo que había sentido patear al bebé.

—¿Pero qué…?

—Will, tenemos que hablar —le dijo ella, sintiendo que el aire le faltaba de pronto.

Él alzó la vista y ella notó que su mirada se había oscurecido notablemente.

—Demonios que sí.

CAPÍTULO 48

Will no dijo nada, abrió la puerta del ropero y saltó fuera, para enseguida ayudar a Lily a hacerlo también. Sin decir palabra, se dirigió a la puerta de la habitación, cerrada con llave y la abrió de una patada.

—Creía que no debíamos dejar huella.

—Eso es lo que menos me preocupa en este momento —él le tendió una mano—. Vamos.

Ella tomó su mano con cierto recelo, preocupada de la mirada oscura que veía en sus ojos.

Sin mediar palabra, caminaron de vuelta a su habitación. Lily iba a recordarle a Will que se suponía que se encontrarían con Ben en los jardines, pero al notar la tensión en las facciones de su rostro cuando él le abrió la puerta, permitiéndole pasar primero, decidió desechar la idea.

—Estás embarazada —soltó él, nada más cerrar tras él, con un fuerte portazo.

Ella lo miró dubitativa, sintiendo de pronto que el calor abandonaba su cuerpo. Él estaba molesto, podía notarlo con sólo verlo. Y no lo culpaba. De estar en su lugar, seguramente estaría gritando y rompiendo cosas.

—Will, quería decírtelo —musitó con voz colmada de angustia, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿En serio? —él arqueó una ceja, esbozando una mueca colmada de ironía—. Porque tuviste muchas oportunidades de hacerlo y nunca te vi intentarlo.

—Debes creerme, quería decírtelo. Pero no es una noticia que se puede dar a la ligera.

—Estoy esperando un hijo, Will. Listo, fue sencillo y tardó menos de diez segundos.

—No estoy bromeando, Will, esto es en serio.

—Créeme, no me estoy riendo en este preciso momento —espetó él.

Lily inspiró hondo y lo miró a los ojos.

—Lo siento, no quería que te enteraras de esta forma.

—¡Por un demonio, Lily, debiste decírmelo! —replicó Will, comenzando a caminar de un lado a otro, como un león enjaulado—. ¿Cómo es que…? ¿Por qué no me lo dijiste antes? —la encaró, apuntándola con un dedo.

—Tenía miedo…

—¿Miedo? ¡Miedo! Miedo —repitió en tres tonos diferentes, sin dejar de pasearse por la habitación—. ¿Miedo de qué, Lily? ¿De mí? ¿Qué creíste que iba a hacer, maldición? ¿Abofetearte por esperar a mi hijo? ¿Es tan mala la imagen que tienes de los hombres, de mí? —gritó, realmente furioso.

—No es lo que piensas. Tenía miedo de que ya no me quisieras, no como antes…

—¿Qué tontería es ésa? —él al fin se detuvo para mirarla a la cara —. ¿Cómo es que siquiera concibes esa idea? ¡Yo te amo! Y nunca voy a dejar de quererte, Lilianne Wadlow, ¿vas a creérmelo alguna vez?

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Will —sollozó—. Lo siento tanto.

Él no pudo soportarlo más, rompió la distancia que los separaba y la abrazó con todas sus fuerzas, antes de unir sus labios a los de ella en un apasionado beso.

—Te amo, ¿me oyes? —le dijo en un susurro colmado de fervor—. Te amo, sin importar nada ni nadie. Un hijo es una bendición, nos traerá más amor a nuestras vidas, nunca menos, ¿lo entiendes? Nunca podré amarte menos de lo que ya te amo, porque cada día no hago otra cosa sino amarte más y más. Cada día juntos es una joya que se suma al tesoro que es nuestro amor. Confía en mi palabra cuando te digo que te amo, porque ésa es la única verdad, Lily. Te amo y nunca dejaré de hacerlo.

—Te creo, Will —ella gimió bajo sus labios, mirándolo a través de un velo de nuevas lágrimas—. Por supuesto que te creo. Lo siento, he sido tan estúpida…

Los ojos de él se suavizaron al escuchar sus palabras, dejando al descubierto las verdaderas emociones que ocultaba tras esa máscara de enojo. El amor incondicional hacia ella.

—No importa ya, mi amor. El pasado no importa, sólo este momento. El momento en que me convertirás en un hombre decente.

—¿Qué…?

—Porque al fin te casarás conmigo —una sonrisa pícara apareció en sus labios, provocando que Lily soltara una risita—. Anda, amor, no me digas que a pesar de todo vas a seguir negándote. Seremos padres, lo menos que podemos hacer es darle una familia a nuestro hijo. Di

que te casarás conmigo, Lily —le pidió, limpiando con suma ternura las lágrimas que rodaban sin control por sus mejillas—. Dime que me harás el hombre más feliz del mundo, por saber que podré despertar contigo cada día, que me harás el orgulloso padre de este niño —posó una mano sobre su vientre—. Este milagro que no es otra cosa sino la prueba de nuestro amor. Dime que sí, Lily. Por favor, sólo di que sí.

Ella se inclinó sobre sus pies y lo besó con todo el amor que era incapaz de expresar con palabras.

—Por supuesto que me casaré contigo, William Collinwood —le dijo, esbozando una sonrisa—. Te amo desde el primer momento en el que te vi en ese cementerio nevado, esbozando esa sonrisa roba corazones —trazó con el dedo la curva de sus labios—. Te amo, Will. Te amo con todo mi ser.

—Y yo te amo a ti, mi pequeña, dulce, inteligente y primorosa Lily —le dijo él con una sonrisa pícara en los labios, antes de besarla con dulzura.

Ella abrió los labios, invitándolo a ahondar ese beso, deseosa de esa cercanía que tanto había añorado durante esos fríos meses en los que había estado lejos de él. Will era su sol, su calor, su luz, su vida misma. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Lo había amado desde que era una niña y, ahora, sabiendo con certeza que su amor era correspondido, no podía sentirse más feliz, más plena.

Los labios de él descendieron por su cuello, al tiempo que sus manos buscaban los botones de su blusa para despojarla de ella. Lily se dejó hacer, ayudándolo a desnudarse a la vez que se encargaba de las capas de ropa que todavía los separaban, ansiosa por volver a sentirlo plenamente contra su cuerpo, piel con piel, como debía ser.

En el momento en que su enagua cayó al piso, Will se arrodilló ante ella, arrebatándole lentamente los calzones y las medias, trazando lentas caricias por las curvas de sus muslos y sus nalgas, devorándola con unos ojos oscurecidos por la pasión.

Al encontrarse completamente expuesta ante él, Lily se sintió algo turbada bajo la intensidad de su mirada. Sin embargo, esos sentimientos se esfumaron en el momento en el que él se inclinó suavemente sobre su vientre, que sin las capas de ropas que lo cubrían lucía hinchado a causa del embarazo, y depositó un beso sobre su ombligo.

—Hola, mi amor —dijo él sobre su piel—, soy tu papá.

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas, y no pudo evitar soltarse a llorar cuando él la abrazó por la cintura, pegando su oído contra su barriga.

—¡Ha vuelto a patear! —exclamó él, arqueando las cejas por la sorpresa, adquiriendo una expresión infantil que le calentó el corazón.

—Creo que le ha gustado escuchar tu voz —Lily sonrió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Amor mío, no llores —Will se puso de pie con la intención de rebuscar su pañuelo entre sus ropas, esparcidas por la alfombra.

—Está bien, últimamente no dejo de hacerlo —Lily lo detuvo y lo atrajo contra su cuerpo para abrazarlo—. Sólo quédate conmigo. No sabes cuánto he anhelado este momento —sollozó sobre su pecho, hundiendo el rostro contra su piel y aspirando hondo—. Te amo con toda mi alma, Will.

—Hey, tranquila —Will ahuecó ambas manos en sus mejillas y buscó su mirada—. Todo está bien. Ahora estamos juntos, y esto será para siempre, ¿de acuerdo? Ya no volveremos a separarnos, sin importar qué.

Ella sonrió, a pesar de que aún seguía llorando.

—Te amo, Will.

—¿Y por eso lloras? —bromeó, haciéndola reír.

—Lo siento, es en serio cuando dije que no puedo controlarlo —ella esbozó una cálida sonrisa, cuando él pasó el pulgar por sus mejillas, secando sus lágrimas—. Mamá dice que es por el embarazo.

—Lo que necesitas es que tu esposo te alegre —él posó sus labios contra la sensible piel de su cuello, dándole un pequeño mordisco que la hizo estremecer.

—Me haces cosquillas —ella se retorció bajo su agarre, cuando él buscó una zona entre sus costillas y comenzó a hacer precisamente eso, provocando que ella se carcajeara.

—Ahora te ríes.

—¡Will, para! —gritó en medio de sus alegres risotadas, apartándose de él y saliendo a la carrera hacia la habitación.

—Vamos, preciosa, no huyas —él sonrió triunfal, acercándose a ella con una mirada encendida en esos hermosos ojos azules que ella tanto amaba.

—Aguarda, no intentes acercarte —ella corrió a la cama y lo amenazó con una almohada.

En lugar de alejarlo, él tomó aquello como un reto, porque apartando la almohada con un movimiento ágil, la rodeó por la cintura y la llevó sobre el colchón, con él.

—No te preocupes cariño, si las cosquillas no son suficientes, conozco otra manera de alegrarte —le dijo con voz ronca, antes de apoderarse de sus labios con un beso colmado de pasión.

Ella gimió bajo el calor de sus besos, sintiendo que la sangre le hervía bajo el toque de sus lentas caricias, deseosa de sentirlo una vez más dentro de ella.

Lily le rodeó las caderas con las piernas, buscando esa unión que tanto anhelaba, pero él se apartó de encima de ella, dedicándole una mirada un tanto mortificada. Aunque fue poco lo que ella se fijó, pues sus ojos descendieron hasta cierta parte de su anatomía, que dejaba en claro que él la deseaba tanto como ella a él.

—Espera un segundo. ¿Cómo…? ¿Cómo sabremos que no le estamos haciendo daño? —Will bajó la voz hasta convertirla en un susurro, señalando a su vientre.

—Puedes hablar con normalidad, Will, el bebé aún no te entiende —rio Lily, arrodillándose en la cama ante él—. Y no te preocupes, no le haremos daño —le rodeó el cuello con los brazos, atrayendo su rostro sobre sus labios—. Lo prometo.

Will la besó con pasión, y enseguida ella pudo sentir la prueba de su deseo chocando contra su entrada.

—¿Estás segura? —él se apartó una vez más, buscando sus ojos.

Ella soltó una risita y asintió con la cabeza. Lentamente descendió las manos sobre su pecho y lo llevó hacia atrás, obligándolo a recostarse sobre las almohadas, al tiempo que ella lo seguía, gateando por encima de su cuerpo. Will observó con ojos desorbitados cuando ella rodeó su miembro con sus dos manos, provocando que una ola de placer le recorriera el cuerpo, pero aquello no fue nada comparado con el momento en que ella se acomodó sobre él, guiándolo a su interior con una lentitud abrumadora.

—¿Es mejor así? —le preguntó ella con un susurro que le calentó la sangre.

—¡Oh, sí! —gruñó Will, incapaz de mantenerse quieto por un segundo más. La tomó por las caderas y la embistió con fuerza, provocando que ella soltara un grito de placer.

Will comenzó a moverse en su interior, deleitándose con la belleza de la mujer a la que amaba más que a su vida, desnuda sobre su cuerpo, su pálida piel contrastando con el rojo de sus cabellos, que caían de forma desordenada por sus hombros y su espalda, moviéndose con cada una de sus embestidas.

Lily no tardó en tomar el ritmo, montándolo como una experta. Un nuevo grito escapó de sus labios cuando él se apoderó de uno de sus pechos y se lo metió a la boca, torturando su sensible pezón con la lengua. Ella lo aferró por la nuca, enredando sus delicados dedos entre sus mechones rubios, mientras él se dedicaba a darle placer a su otro

pecho.

Sus movimientos se volvieron cada vez más rápidos, aproximándolos al clímax. Lily le encajó las uñas en los hombros cuando el orgasmo se apoderó de su cuerpo, haciéndola gritar el nombre de Will sobre sus labios una y otra vez.

Pero las cosas aún no terminaban para ella. Esta vez Will estaba dispuesto a llevarla al cielo. No iba a permitirle olvidar lo que era encontrarse en su lecho. Soltando un gruñido gutural, la rodeó por la cintura y la giró para tumbarla boca abajo, sobre la cama. Sus manos se aferraron a sus nalgas antes de penetrarla profundamente por detrás. Lily gritó de placer ante aquella poderosa embestida. Y a aquel grito le siguieron otros cuando él comenzó a moverse frenéticamente en su interior, conduciéndolos a ambos al máximo placer.

Y cuando ya no pudo más, Lily enterró la cara en las almohadas, buscando ahogar el grito profundo que escapó de sus pulmones cuando Will se enterró en lo más hondo de su ser, derramándose en su interior, al tiempo que su cuerpo se convulsionaba con un nuevo orgasmo, más intenso que el anterior.

Lentamente, Will se dejó caer a un lado, temeroso de aplastarla y la rodeó con los brazos, atrayéndola contra su cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó, alzándose sobre un codo para verla a la cara—. ¿El niño…?

Lily ahuecó una mano en su mejilla y acercó su rostro para besarlo.

—Ambos estamos perfectos —le dijo con una sonrisa lánguida en los labios—. Te dije que no podrías lastimarnos.

Él sonrió, bajando la mirada por las curvas de su cuerpo

—Por cierto, es bueno ver que no me has olvidado ni lo que vivimos la última vez que nos vimos —le dijo al oído, trazando su clavícula con un dedo.

—¿Cómo podría? —ella frunció el ceño—. Estás grabado a fuego en mi corazón, amor mío. Y esa noche fue… —inspiró hondo y lo miró a los ojos— la mejor de mi vida —una franca sonrisa se dibujó en sus labios—. No era capaz de apartarla de mi mente ni de mi corazón. Te amo, Will. Sencillamente no puedo evitarlo, te amo más que a mí misma. Eres parte de mi alma.

El rostro de él adoptó una expresión de completa alegría, una felicidad sincera y profunda, que iba mucho allá de una sonrisa.

—Lily, si supieras cuánto te amo —él se inclinó y la besó en los labios—. Me he mantenido en vela estos meses, rememorando esa noche mágica entre nosotros—. Su mano se posó en su vientre en una delicada caricia, antes de subir de vuelta hasta sus pechos, al sitio

donde descansaba el anillo de compromiso que él le había dado, colgando de la cadena de oro.

Él pasó la cadena por encima de su cabeza y sacó el anillo de ella. Tomó la mano de Lily y puso el anillo en su dedo anular, esta vez sin que ella diera la menor réplica.

—Ahora eres mi esposa —le dijo, posando un suave beso sobre sus dedos—. De ahora en adelante te honraré y te amaré como tal. Y, amada mía, juntos iremos al cielo cada noche. Porque te prometo que no habrá una noche desperdiciada entre ambos. No habrá otra noche en la que no te haga el amor, justo como en este momento.

Ella soltó una risita, negando con la cabeza al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos.

—William Collinwood, ¿de dónde sacarás la energía para hacer tal cosa?

—El sólo tenerte en mi lecho será aliciente suficiente, mi amada y hermosa esposa —él esbozó una sonrisa pícara, al tiempo que su mano se posaba sobre la cima de uno de sus senos y comenzaba a juguetear con él, robándole el aliento con sus caricias—. Pero si no me crees, puedo probártelo ahora mismo —añadió, besándola en los labios—. Y durante cada una de las noches que nos queden de vida.

Lily sonrió sobre sus labios, atrayéndolo en un nuevo abrazo de amor, encantada con esa promesa que Will no tardó en demostrarle varias veces esa tarde.

CAPÍTULO 49

Lily se removió entre las sábanas al escuchar voces. Alzó la cabeza, buscando a su alrededor, pero no encontró a nadie. La puerta de la habitación que conducía al vestíbulo estaba cerrada, seguramente Will lo había hecho para darle privacidad. Alcanzó a distinguir la voz de Ben y de Adam desde la estancia contigua, y un escalofrío la recorrió. Se suponía que hacía horas debían encontrarse con ellos en los jardines.

Con rapidez se dispuso a salir de la cama, lo cual resultó bastante más difícil de lo normal, pues pronto descubrió que Will la había rodeado de almohadas por ambos costados de la cama, como si hubiese temido que ella rodara y cayera por el borde. Al parecer, esa idea no era exclusiva de Alexander.

Desde el otro lado se escuchaban las voces cada vez más tensas, por lo que se apuró en vestirse, con la intención de reunirse con los demás.

—La gobernanta tiene el personal a su cargo y los medios para hacer lucir la habitación como si no hubiese sucedido nada allí —comentaba Will, y Lily supo que les había contado lo sucedido en el dormitorio de Evelyn.

—¿Pero por qué ella habría querido raptar a Evelyn? —inquirió Adam.

—No lo sé, pero esa mujer entró en esa habitación por un motivo —dijo Ben, en un claro intento de controlar el enojo en su voz—. Y tenemos que averiguar cuál es.

—Robar las joyas, es obvio —bufó Adam.

—Sólo tomó un collar, Adam, cuando pudo llevarse todo —Will negó con la cabeza—. ¿Y para qué se llevó el retrato? No, algo más sucede. Y debemos averiguarlo —Will guardó silencio al escuchar que la puerta que comunicaba a la alcoba se abría.

Lily sonrió, había intentado no hacer ruido para no interrumpir su conversación, pero una vez más fue inútil. No importaba el tiempo que pasara, era imposible sorprender a William Collinwood y su sensible oído.

—Siento interrumpir —musitó, sintiéndose cohibida de pronto

cuando los tres hombres en el vestíbulo se giraron hacia ella.

En especial, cuando Ben y Adam entornaron los ojos, escrutando su rostro. ¿Es que sabrían lo que Will y ella habían estado haciendo en esa misma habitación sólo hacía unas pocas horas antes?

—No interrumpes nada, preciosa. Sólo intercambiábamos ideas, ven aquí, seguramente podrás aportar algo —le pidió Will, esbozando esa radiante sonrisa que siempre era capaz de embelesarla.

Ella le devolvió el gesto, adelantándose para tomar la mano que él le ofrecía, con la intención de atraerla a su lado.

—Al fin has despertado, ¿cómo te sientes? —le preguntó Adam, acercándose a ella con expresión preocupada en el rostro—. ¿Aún te duele la cabeza?

—¿Uh? —Lily arqueó una ceja, confundida.

—Will nos comentó que estabas indispuesta, y por ello decidieron esperar por nosotros aquí, en lugar de los jardines —le explicó Ben—. ¿Te sientes mejor? ¿Necesitas algo?

El entendimiento le iluminó el pensamiento. Will había inventado una excusa para ella.

—¡Oh!, estoy mucho mejor, gracias —Lily buscó la mirada de Will, agradecida por haberla librado del apuro que significaría tener que explicarle a sus respectivos hermanos lo que realmente había estado haciendo con él.

—¿Hay algo que necesites, Lily? —los ojos de Ben decían mucho más que las palabras, y ella supo que, como médico y amigo, estaba preocupado por su salud y la del bebé—. Quizá deberías volver a la cama y descansar. A veces, un dolor de cabeza no debe tomarse a la ligera.

Lily esbozó una sonrisa sesgada, negando con la cabeza. Comprendía la inquietud de Ben, una que no podía transmitir libremente, considerando que asumía que Will todavía no conocía su estado.

—Me siento mucho mejor, en serio —le aseguró—. Y hay algo que deben saber los dos —añadió, dirigiéndole a Will una sonrisa—. No hace falta que sean tan misteriosos, Will ya está enterado del bebé.

—¿Es en serio? —los ojos de Adam se abrieron como platos—. ¿Y cómo te tomaste la noticia?

—¿Cómo habría de tomármela? Fue como un puñetazo en el estómago que me dejó sin aire.

—¡William! —gritó Lily, dándole un verdadero puñetazo en el estómago.

—Pero sólo fue al principio, amor. Cosa de una fracción de

segundo, porque después de que consiguiera volver a meter aire a mis pulmones, supe que no podía ser más afortunado en la vida —le dedicó una sonrisa angelical, tomando su mano con sumo cariño y estrechándola entre las suyas—. Porque ahora no tendrás más remedio que casarte conmigo —añadió con socarronería, alzando su mano para que los otros dos vieran la sortija en su dedo—. ¡Al fin me ha dicho que sí!

—¡William Collinwood, voy a ahorcarte! —bramó Lily, dándole un patadón en la espinilla.

—Haz conmigo lo que quieras, amor mío, soy tu marido —rio él, sobándose la pierna.

—Futuro marido —lo corrigió ella.

—Tienes la sortija en el dedo y el bollo en el horno, cariño, estamos más que casados —Will rio, a pesar de que debió esquivar otro golpe por parte de ella.

—Ten cuidado, desde que está embarazada se ha vuelto algo agresiva —le advirtió Adam, riendo al ver a su hermana intentar asestarle un nuevo puñetazo a Will.

—Ya, hablando en serio —comenzó a decir William, rodeando a Lily por la cintura en un abrazo un tanto forzado, porque ella aún intentaba golpearlo—, no podría sentirme más feliz por saber que compartiré mi vida al lado de esta maravillosa mujer, y del pequeño angelito que ambos hemos traído a este mundo, fruto de nuestro amor —dijo con voz colmada de fervor, antes de posar un suave beso sobre la mejilla de su amada—. Dejando a un lado las bromas y mi ocasional idiotez, todos saben cuánto te amo, mi dulce Lily, mi futura esposa. Como saben cuánto he anhelado que llegase este momento, en que el que al fin me concedas el honor de ser mi esposa —sonrió de esa forma encantadora que a ella siempre le aceleraba el corazón.

—Oh, Will —musitó ella, derramando un par de lágrimas, enternecida por sus palabras—. Te amo tanto.

—Y yo a ti, mi hermosa pequeña —él sonrió—. Lily, amor mío, no puedo esperar a que al fin llegue el segundo en que me llames por primera vez tu esposo, cuando al fin nos unamos para siempre en el altar, ante Dios y nuestras familias.

—Seguro que sí, después de tanto tiempo, has de temer que se arrepienta —replicó Adam, ganándose ahora él un golpe por parte de su hermana.

—Lo que él quiere decir es «felicidades» —intervino Ben, esbozando una sonrisa amable antes de abrazar a cada uno, y posando una mano en el vientre de Lily, añadió—. Dobles felicitaciones a los

dos. Sin duda es una gran bendición la que este pequeño traerá a sus vidas.

—Gracias —Lily sonrió—. A ambos —añadió con gesto adusto al mirar a su hermano—. Yo también me siento sumamente contenta —le dedicó a Will una sonrisa radiante—. Sin embargo, tenemos todo el tiempo del mundo para festejar en un futuro. Ahora mismo, si no les molesta, quisiera volver a enfocarnos en el tema de Evelyn y lo que estaban discutiendo antes de que yo entrara en la habitación.

—Tienes razón —Ben le dedicó una mirada agradecida, antes de dirigirse a una mesa lateral donde habían extendido unos papeles para estudiarlos—. En la oficina del gerente del hotel encontramos unos documentos dentro de la caja fuerte que nos resultaron interesantes.

—¿Cómo consiguieron abrir una caja fuerte? —las cejas de Lily se arquearon por la sorpresa.

—Gracias a las dotes de tu hermanito, evidentemente aprendidas de tu padre— Ben señaló a Adam que, en ese momento, sonreía de forma socarrona, orgulloso de sí mismo—. En fin, al revisar el contenido, no encontramos nada fuera de lo normal, algunos contratos y dinero, por excepción de este mapa —Ben lo desplegó ante ella—. Son los planos de una casona a las afueras de Londres. Tiene un nombre raro, parece alemán.

—Der Geliebte… —dijo Lily, ganándole la palabra, tras echarle un vistazo a los planos.

—Exacto —Ben frunció el ceño—. ¿Lo conoces?

—Era el palacio de mi abuela Amalia. Ahora está en ruinas. Su hermano mayor se lo compró como regalo de bodas, después de que ella fue desheredada y dada por muerta por su familia, a causa de su matrimonio deshonroso —contestó Lily, tomando el papel de sus manos para revisarlo de cerca—. Como estaba a su nombre, mi abuelo nunca pudo venderlo, como lo hizo con el resto de sus posesiones y propiedades. Fue por ello que, basada en su mala experiencia, mi abuela dispuso que lo que quedaba de su herencia, en concreto esta mansión, pasara de mujer a mujer en la familia. Sé que Catherine, la madre de Evelyn, heredó la propiedad por ser la mayor, y supongo que ahora es de Evelyn —alzó la vista—. Probablemente por ello los planos estén en la caja fuerte de su padre. ¿Pero por qué les llamó la atención justamente esto, de entre los demás documentos? —quiso saber, devolviendo a la mesa los papeles.

—Encontramos los planos mal doblados y medio ocultos bajo un montón de documentos, como si alguien hubiese estado estudiándolos y los guardase a toda prisa, por temor a ser descubierto —explicó Ben.

—Y al examinarlos, descubrimos esto —Adam señaló un punto en el papel donde había una mancha de tinta verde—. Es claro que alguien estuvo revisando estos planos, y en un descuido dejó la huella de un dedo en un lugar, como si lo hubiese señalado. Podría ser una pista.

—Aguarda un segundo —Lily se abrió mucho los ojos, antes de girarse hacia Will—. ¿Dónde está el pañuelo que encontraste en la habitación de Evelyn?

—Aquí mismo —Will levantó el pañuelo del aparador donde lo había dejado, seguramente para examinarlo junto con Ben y Adam.

Lily lo tomó con manos temblorosas y examinó de cerca el bordado de flores, antes de acercarlo al pliego de papel para compararlos.

—¡Es la misma!

—¿Qué cosa es la misma? —Preguntó Will, sin comprender a qué se refería.

—Fíjate, Will, ahí, entre las hojas bordadas hay una mancha verde —le explicó, acercando el pañuelo a su rostro—. Al principio asumí que se trataba de parte del follaje bordado, pero no es hilo, sino una mancha de tinta. Tinta verde, idéntica a ésta —señaló el papel.

—Es cierto —convino Will, pasando el pañuelo a su hermano para que también pudiera examinarlo—. Es la misma tinta.

—¿Creen que se trate del gerente del hotel? —preguntó Adam—. Los planos estaban en su despacho, bien pudo pertenecerle el pañuelo con la mancha.

—Él tiene razón —convino Ben—, al ser el gerente, tendría completa libertad para llegar a Evelyn y raptarla sin levantar sospechas.

—Es cierto, y él tiene el poder para amenazar a los empleados con no abrir la boca —pensó Lily—. Es por eso que nadie nos ha querido decir nada.

—Entonces con toda certeza debe ser el gerente, ¿quién más tiene tanto poder? —convino Adam.

—Es una larga jerarquía la que se tiene entre los empleados del hotel —Will negó con la cabeza—. Una jefa de piso es más que una simple mucama. No podemos encasillarnos únicamente en el gerente. Debemos sospechar de todos.

—Incluso de la gobernanta —añadió Ben—. No olviden su extraña reacción al entrar en la habitación de Evelyn, un sitio donde ni siquiera debía estar, en primer lugar.

—Tienes razón, pero creo que estamos perdiendo el hilo. Debemos hallar a quien la raptó, pero nuestra prioridad es dar con Evelyn —

intervino Lily.

—Es por ello que hemos traído estos planos, pequeña. Creo que hemos dado con una clave importante para dar con ella —dijo Ben, volviendo a enfocarse en los planos—. ¿Qué hay si su secuestrador la llevó a esta casa abandonada, sabiendo que allí nadie la buscaría?

—No sólo a esa casa, sino a esa zona —Lily siguió su razonamiento, señalando el punto verde en el plano.

—¿Pero qué cosa es eso? —preguntó Will, torciendo el cuello en un intento de comprender el dibujo—. Parece un tornillo o un símbolo.

—No, no. Esa zona es… —los ojos de Lily se agrandaron—, ¡el antiguo laberinto de setos!

—¿Un laberinto? —Adam frunció el ceño—. ¿Qué haría un maldito laberinto en una casa?

—Es antiguo, lo sembró el primer propietario de la casa, durante la Edad Media, como un medio de diversión para sus invitados. De niñas solíamos jugar allí —Lily negó con la cabeza—. Pero ahora debe estar tan derruido como el resto de la casa. De entrar allí, seguramente sería imposible salir.

Ben y Will compartieron una mirada de comprensión.

—A menos que poseas los planos del lugar —declaró Will.

—¡Oh, Dios! —Lily se llevó una mano a los labios, silenciando un gritito de horror—. ¿Creen que el gerente llevó allí a Evelyn?

—Aún no podemos asegurar que sea el gerente quien la raptó, pero lo más seguro es que ella se encuentre allí —la mirada de Ben se volvió helada—. A pesar de que la casa esté descuidada, probablemente el laberinto siga funcionando como un sitio perfecto para ocultar a alguien, o perderlo entre sus pasadizos, con la seguridad de que esa persona no volverá a encontrar la salida.

—¿Pero por qué alguien llevarían allí a Evelyn? —preguntó Lily, con voz mortificada—. ¿Con qué fin?

Una mirada colmada de pesar y miedo apareció en el rostro de Ben, antes de que consiguiera disfrazarla con su habitual estoicismo.

—¡No! —Lily negó con la cabeza, sintiendo que las lágrimas se agolpaban en los ojos.

No era necesario que él hablara, no eran necesarias las palabras para saber la verdad.

Quien fuera que se llevó a Evelyn a ese laberinto lo hizo con la intención de asesinarla.

—Lily, ven conmigo, acércate a una silla —Will se apuró en rodearla por la cintura, temiendo que ella fuese a desmayarse, al notar lo pálida que se había puesto.

—Estoy bien —gruñó ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Debemos ir allí, ¡ahora!

—Ten por seguro que sí. Partiremos enseguida en su busca —los ojos de Ben ardían con ira contenida—, pero tú te quedas aquí, Lily.

—¿Qué? ¡No! ¡Ni hablar, yo voy a ir! —Lily comenzó a replicar, pero Will la interrumpió.

—No es un tema que esté a discusión, Lily —Will ahuecó ambas manos en sus mejillas, intentando calmarla—. Vas a quedarte aquí con nuestro hijo.

—¡Muy gracioso, como si pudiera separarme de él!

—Precisamente no puedes separarte de él. Lily, sé que eres muy inteligente y comprendes el motivo por el cual no puedes venir con nosotros. Será arriesgado y no conseguirás nada poniendo en peligro la vida de nuestro hijo. Es tu deber protegerlo, y para ello debes permanecer aquí, donde estarán a salvo —Will limpió con los dedos las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Lily apretó los labios, sabía que él tenía razón, pero no quería quedarse allí sentada sin hacer nada.

Nosotros nos haremos cargo, confía en nosotros —le dijo Ben, removiendo los baúles de Will, aquellos donde llevaba las armas. Ellos nunca salían sin un arsenal completo—. Si vienes con nosotros, nos preocuparemos por ti y no podremos concentrarnos.

—Debes quedarte aquí, ¿de acuerdo? —continuó Will, obligándola a volver a prestarle atención a él, y no a las municiones que Ben se guardaba en el bolso—. Mientras más tardemos discutiendo es tiempo perdido para ella. Tiempo valioso. ¿Comprendes, no es verdad?

—Es lo que Evelyn querría —añadió Ben, poniendo énfasis en sus palabras, al tiempo que se colgaba un carcaj al hombro. Ben era el mejor arquero que jamás había conocido. Si llevaba las flechas es que esto era serio.

Lily lo miró y luego a Will, y asintió con la cabeza.

—Eso es —él pasó su pañuelo por su rostro antes de darle un suave beso en los labios—. Sé que deseas ir en busca de Evelyn, pero sabes que esto es lo correcto.

—Encuéntrenla —susurró, tragándose las lágrimas de impotencia y rabia—. Por favor.

—Lo haremos —le aseguró Ben, cogiendo de su estuche el hermoso arco tallado, regalo de su abuelo Zalo, que era casi tan alto como él mismo, y su favorito, además de su arma más letal.

A su lado, ataviado con ese largo abrigo negro que le llegaba a los tobillos, William se enfundó sus apreciadas colt, junto con una

escopeta y un par de dagas. Sus ojos, por lo general alegres y amables, habían adquirido un brillo mortal, que le heló la sangre.

Y entonces ella comprendió cuando, en una ocasión, escuchó hablar a las mujeres del pueblo sobre los hermanos Collinwood Lobos, amables, pero de temer.

Sin duda, quien los viera llegar como ahora, tan altos y fuertes, y con ese gesto letal en el rostro y armados hasta los dientes, temblaría de miedo.

Ella no podía evitar sentirse turbada, y eso que los conocía bien y sabía que nunca le harían daño.

—Quédate aquí y cierra la puerta con llave —le pidió Will, besándola en los labios antes de apartarse de ella. Como si aquello le costara un enorme trabajo—. Volveremos lo antes posible.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó Ben a Adam, al verlo tomar algunas de las armas que ellos habían mantenido guardadas en su equipaje—. Tú te quedarás con Lily, debes cuidar que nada malo le suceda.

—Puedo ayudar más si voy con ustedes —replicó el muchacho, decidido a partir con ellos.

—Es cierto —convino Lily—. Aquí no hará nada más que verme dormir y ustedes necesitan ayuda. No saben qué encontrarán en ese lugar.

Ben y Will compartieron una mirada sin palabras. Se conocían demasiado bien como para necesitar hablar.

—De acuerdo —Ben asintió—. Sólo asegúrate que no te maten, chico —le dijo, antes de enrollar los planos de la casa para guardarlos en el interior de su abrigo—. Adiós, Lily. No te preocupes, traeremos a Evelyn con vida o no volveremos —se despidió, alejándose a paso rápido por la puerta.

Lily palideció al extremo y se aferró al brazo de Will.

—Tranquila, está nervioso por Evelyn, no lo tomes en serio, Lily —Will intentó disculpar a su hermano, algo extraño, considerando que por lo general era Ben quien hacía ese trabajo por él—. Cuida a nuestro hijo y cuídate a ti misma —le pidió una vez más antes de darle un último abrazo—. Nos veremos pronto, amor mío.

Adam le dio un fugaz beso en la mejilla antes de seguir a los otros dos fuera de la habitación, cargando diestramente con las armas que su padre le había enseñado a usar desde que tuvo uso de razón.

Lily, observándolos partir con lágrimas en los ojos, alzó una oración al cielo. Deseaba poder acompañarlos, pero más que nada, que todos volvieran con bien y con Evelyn aún viva.

CAPÍTULO 50

Evelyn se estremeció cuando una corriente helada le caló la piel, adolorida y enfebrecida a causa de los golpes y el rudo trato al que había sido sometida durante los últimos días. Sus ropas estaban hechas girones y apenas alcanzaban a cubrir su desnudez, pero aquello ya ni siquiera le importaba.

Sólo podía concentrarse en encontrar la forma de escapar. Tenía que liberar a su madre y salir las dos de allí, antes de que terminaran por matarlas.

Escuchó pasos aproximándose por el pasillo y se dio prisa en volver a su lecho. Por lo general, si la encontraban recostada en posición fetal sobre el amasijo de trapos viejos a los que sus captores les gustaba llamar cama, solían dejarla en paz.

En esa vieja casona derruida, que una vez le trajo tantas alegrías, apenas quedaba algo de su antiguo esplendor. El terremoto la había destrozado y el clima había terminado por convertirla en un cúmulo de ladrillos que apenas conseguían formar pisos y muros. Ni hablar de techos, esos yacían en su mayor parte derruidos sobre el piso, mezclando las tejas con las antiguas alfombras y cortinajes, que una vez fueron el orgullo de su abuela.

Su habitación, ubicada en el tercer piso, no tenía ventanas, sólo un muro a medio derrumbar que, unido al hueco del techo, le otorgaba una vista panorámica del paraje.

Hacía tiempo habría buscado la forma de escapar de ese lugar, de no ser porque sabía que en alguna parte también tenían encerrada a su madre. Y sabía que, de marcharse sin ella, sin duda la matarían.

Por lo que pasaba el tiempo encerrada allí observando el cielo, deleitándose con las estrellas cuando tenía oportunidad, fugándose de la tortura de esa realidad de la única forma que podía, hasta que consiguiera escapar de verdad.

La puerta se abrió y Evelyn se tensó. Esta vez su estrategia de permanecer quieta no había resultado.

—Es hora —escuchó esa voz familiar que le revolvía las entrañas —. Ponte de pie, Cherry.

Ella no se movió. No le gustaba obedecer. Pero sí que le gustaba

hacerlo enfadar.

Y que ella lo desobedeciera, lo hacía enfurecer. Y aunque no era algo que conseguiría un buen final para ella, estaba decidida a fastidiarlo lo más que pudiera. Incluso si sólo era molestarlo con algo tan estúpido como desobedecer a sus órdenes.

—¡He dicho que te levantes! —gritó el hombre, tomándola por el pelo y tirando de ella fuera de las mantas—. ¡Hazlo ahora, si no quieres que te lleve a rastras hasta los jardines!

Reuniendo lo que le quedaba de dignidad, Evelyn se levantó y encaró al hombre que aguardaba de pie ante ella.

Alto, de rostro ceniciento y ojos cerúleos, un hombre sin ninguna cualidad que lo hiciera destacar por encima de otros. Sin embargo, era el hombre al que Evelyn más odiaba en el mundo. Aquel que había convertido su vida en un infierno.

Owen Dempsey.

Un hombre del que no había escuchado ni su nombre en toda su vida, hasta que él la obligó a grabarlo en su memoria por medio de golpes.

El hombre que buscaba vengarse de Ernest Lamberg, su padre, haciéndola pagar a ella por sus pecados.

—Eso es, Cherry —le dijo con una sonrisa mordaz grabada en sus delgados labios, tomándola ahora por el brazo—. Ven conmigo.

Ella apretó los dientes. Odiaba el apodo que ese imbécil le había puesto, todo por su pelo rojo.

—¿A dónde me llevas esta vez? —preguntó, resistiéndose a ir con él.

—¿Por qué quieres saber? —él acercó su horroroso rostro al de ella —. ¿Me has extrañado, dulzura? —le pasó un dedo por los labios, y ella, sin dudarlo, lo mordió con todas sus fuerzas.

El hombre lanzó un alarido y la abofeteó, provocando que Evelyn viera luces. Se sintió trastabillar, pero pronto sintió un par de brazos, mucho más fuertes y musculosos que los anteriores.

El par de matones que Owen había contratado para mantenerla bajo control.

El muy cobarde ni siquiera era capaz de conseguir hacer eso por sí mismo.

—¿Te crees muy valiente, Cherry? —el tipejo se acercó a ella y la tomó con fuerza por la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, esos ojos que ella se había jurado arrancarle con las uñas—. Pues ya veremos lo que haces para salir de ésta.

Evelyn sintió que la sangre se le escapaba del cuerpo, pero hizo lo

posible para no mostrar ninguna emoción.

No le daría el placer de saber que tenía miedo.

—Adiós, mi dulce Cherry —él rio, acercándose a ella para besarla —. Fue divertido jugar contigo mientras duró.

Reuniendo todo el odio que le quedaba, Evelyn le escupió en la cara.

Como respuesta, recibió una bofetada tan fuerte que la hizo desplomarse contra el piso.

—¡Llévensela! —bramó Owen, limpiándose el rostro con un pañuelo bordado de flores blancas.

Los dos hombretones volvieron a alzarla por los brazos y la llevaron a rastras fuera de la habitación. Evelyn no se resistió, sabía muy bien que aquello sería inútil.

A lo lejos escuchó los gritos frenéticos de su madre acompañados de sus puños aporreando la puerta, en su intento de ayudarla desde donde fuera que la tuvieran encerrada.

Evelyn sintió que una lágrima se derramaba por su mejilla. No por ella. Una lágrima por su madre…

Ya no lloraba por ella.

—¿A dónde me llevan? —preguntó cuando notó el frío césped bajo las plantas de sus pies desnudos.

—Te lo dije, Cherry —escuchó esa odiosa voz a su espalda—. Esta noche terminará todo para ti.

Evelyn sintió frío en la sangre, pero ni siquiera aquello la alteró.

Ya estaba más allá de todo eso…

Por lo que se dejó llevar por esos hombres hacia el prado que conducía colina abajo, donde se alzaba imponente y aterrador el laberinto que alguna vez fue uno de sus sitios favoritos en su infancia.

El camino que conducía a la casona abandonada se encontraba en completa oscuridad. Un sendero de piedra salía de la carretera principal y se perdía en el horizonte, envuelto en brumas. El viento azotaba contra la maleza que crecía de forma irregular entre el empedrado, dificultando el paso. A lo lejos, en la cima de una colina, se alzaba lo que una vez debió ser una esplendorosa casona, que ahora yacía en ruinas. La vegetación la rodeaba por doquier, las raíces habían conseguido apoderarse de los cimientos, y ahora lo que fue una vez una magnífica construcción, yacía engullida parcialmente por la madre naturaleza.

William detuvo su caballo a un lado de la senda y se volvió hacia su hermano. Sosteniendo una linterna en alto, Ben intentaba distinguir

el camino en el mapa, no obstante la niebla imposibilitaba ver cualquier cosa más allá de dos metros de distancia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Adam. Llevaba el rostro pintado de negro y cubierto con la capucha de su capa, tal como su padre le había enseñado—. No se alcanza a distinguir nada a la redonda.

—Tendremos que ingeniárnoslas —contestó Ben, guardando el mapa antes de bajar de su montura.

Comenzó a andar por el bosque, seguido de cerca por los otros dos. Vestidos completamente de negro, resultaban ser casi invisibles en medio de aquella oscuridad.

Will imitó el sonido de un búho, e inmediatamente Ben detuvo su avance.

—Un rastro —susurró muy bajo, cuidando no ser oído por sus enemigos, al tiempo que hacía a un lado su viejo abrigo de cuero, para inclinarse sobre la tierra—. Alguien ha pasado por aquí hace poco —musitó, revolviendo un puñado de tierra, palpando una mezcla de barro y hojas secas partidas por pisadas—. Vamos, es por aquí —les dijo, liderando el avance.

Ben y Adam lo siguieron de cerca, manteniendo sus respectivas armas a mano, en caso de llegar a necesitarlas. Pronto llegaron a un prado que comunicaba con un inmenso bosque, que crecía de forma extraña y desmesurada, justo a la orilla de un lago que con las lluvias se había desbordado, invadiendo parte del pasto y la arboleda.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Adam en un susurro bajo, incapaz de ocultar su asombro ante aquella imponente masa de árboles creciendo desproporcionadamente altos, uno al lado del otro.

—Me temo que sí —contestó Ben—. Es el laberinto.

—Es la cosa más tétrica que he visto en mi vida —apuntó Adam—. Y he visto muchas cosas tétricas en mi vida.

—¿Sí? Pues prepárate para enfrentar al terror, niñito —espetó Ben, avanzando un paso.

—Aguarda, Ben —Will lo detuvo por el brazo—. No pretenderás entrar allí sin un plan.

—Evelyn está allá dentro —contestó él, como si aquella respuesta contuviera toda la lógica que necesitaba para explicar su proceder impetuoso.

—Lo sé, pero si tú te pierdes allí dentro también, o peor, caes en una emboscada, no podrás hacer nada para rescatarla y ella morirá de todos modos —le explicó Will, intentando razonar con él—. Además, fíjate, hay luces en la casona. Apenas se consiguen distinguir entre la

niebla, pero allí están.

Los ojos de Ben se entornaron, reconociendo que su hermano tenía razón.

—Hay gente dentro —comentó—. ¿Crees que nos hemos equivocado y que tienen a Evelyn allá?

Will se aproximó a los árboles de la entrada del laberinto y cuidando no ser visto, los inspeccionó, así como al camino.

—No, ella ha pasado por aquí —dijo, alzando un puñado de tierra.

Ben frunció el ceño, apenas conseguía ver algo. Pero entonces lo notó, un par de cabellos rojos casi invisibles entre el barro.

—Estas deben ser sus huellas. Son muy pequeñas, como de mujer. Al parecer va descalza —Will continuó inspeccionando el terreno—. Y dos hombres van con ella.

—Tenemos que ayudarla —siseó Ben, removiéndose en su lugar, comenzando a exasperarse.

—Ellos deben haber estudiado el laberinto para entrar y salir. Podrían tendernos una emboscada en cualquier esquina. Si no tenemos un plan no conseguiremos hacer nada más que nos maten —le reclamó Will, obligándolo a entrar en razón.

—¿Qué sugieres entonces?

—Es ahora cuando el maldito lobo de Matt nos hubiese venido de maravilla —masculló Will.

—Lamentarnos por lo que no tenemos no nos sirve de nada ahora. Encontraremos la salida de alguna forma cuando demos con ella, puedes rastrearla.

—¿Has visto lo oscuro que está allí dentro? Con dificultad conseguiré ver la punta de mi nariz.

—¡Pues ya pensaremos en algo! —él se meció los cabellos, perdiendo la paciencia—. ¡Estamos perdiendo tiempo valioso, Will! Esos hombres podrían estar haciendo cualquier cosa con ella.

—Silencio, intento pensar —Will lo hizo callar, moviéndose como un león enjaulado—. Es un laberinto, está diseñado para que quienes entren no consigan salir, al menos no fácilmente —murmuró, moviéndose de un lado a otro mientras observaba el conjunto de árboles, como una fiera acechando a su presa—. Pero eso no quiere decir que no tenga una salida.

—Eso ya lo sé, genio. De hecho, en el plano viene marcada la salida —Ben rodó los ojos—, pero sólo Dios sabe si sigue existiendo. Por la forma en que han crecido esos árboles, bien podría ya no haber ninguna salida, y si todavía está allí, con esta maldita niebla nos será imposible encontrarla.

—Difícil, pero no imposible, hermano —replicó Will, esbozando esa sonrisa maliciosa que precedía a cada una de sus travesuras—. Déjame ver ese plano una vez más, hermano.

CAPÍTULO 51

Sintiéndose exhausta de pronto, Lily se recostó en el sofá del vestíbulo y cerró los ojos. Sabía que debía intentar relajarse, estresar al bebé no era bueno, pero no podía evitar sentirse inquieta por cómo pudiesen resultar las cosas.

No supo en qué momento se quedó dormida, sólo que unos gritos provenientes del pasillo la despertaron de forma brusca. Corrió a la puerta y se asomó por la mirilla, afuera una mucama yacía al pie de las escaleras, llamando a gritos por un médico.

El sentido del deber pudo más en ella que cualquier otra precaución. Corrió en busca de su maletín médico y se cercioró de que la pistola que siempre llevaba en su interior se encontrase allí. A toda prisa, corrió al tocador y se recogió el pelo con un largo alfiler, regalo de su padre, antes de coger sus cosas y abrir la puerta, dispuesta a seguir a la mujer por el pasillo.

—Yo soy médico —anunció Lily, corriendo hasta ella. La mucama se giró al escucharla. Sus cejas se arquearon con sorpresa al verla, pero Lily no le permitió poner en duda su profesión. Ya había tenido demasiados años de eso—. ¿Dónde está el paciente? —preguntó, adelantándola por el pasillo con paso firme y decidido.

—Por… por aquí —la mujer tartamudeó, antes de alcanzarla y guiarla al rellano de las escaleras, donde una mujer yacía en el suelo desmayada.

Arrodillado a su lado, un hombre intentaba reanimarla, dándole suaves palmaditas en la mejilla.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Lily con voz autoritaria, apurando el paso por la escalera.

—No lo sé —contestó la mucama, haciendo lo posible por seguirle el ritmo—. Se comenzó a sentir mal y se ha desmayado de repente.

—Creo que ha sido que se la ha bajado la presión —contestó el hombre arrodillado junto a la mujer, y Lily reconoció en él al recepcionista al que había estado a punto de estrangular la otra mañana.

—¿Ella suele tener ese problema con regularidad? —lo interrogó Lily, arrodillándose al otro lado de la mujer para revisarla.

Al acomodarle la cabeza para revisar sus pupilas, la sangre le abandonó el cuerpo cuando reconoció en ella a la gobernanta del hotel.

La misma mujer que había estado cerca de atraparlos a Will y a ella en el cuarto de Evelyn.

La mujer que había robado el collar de perlas de su prima, aprovechando la oportunidad de que ella estaba desaparecida.

La mujer de la que ella sospechaba que estaba detrás del rapto de Evelyn.

—En realidad no lo sé, ella nunca lo ha comentado —contestó el hombre, sacando a Lily de sus pensamientos.

—Está bien, no hay problema —Lily se decidió a dejar de lado sus preocupaciones y concentrarse en su labor.

Al palparle la frente, enseguida notó que estaba caliente. Además, ella estaba sudando mucho y tenía un color amarillento en la piel.

—Debemos sacarla de este lugar —dijo, intentando moverla. Y al hacerlo, se percató de que había vomitado.

—Pobre mujer —el hombre arrugó la nariz, claramente asqueado.

Lily lo ignoró, preocupada por la salud de su paciente.

—Necesito un lugar donde poder atenderla mejor —dijo Lily, después de tomarle los signos vitales y percatarse que efectivamente la presión de la mujer estaba bastante baja—. ¿Notaron algo más? ¿Algo de lo que se quejara? —interrogó a ambos, colgándose el brazo de la mujer por encima del hombro.

—Lucía enfebrecida y se quejó de dolor abdominal —explicó la mucama, ayudando a Lily a levantar a la gobernanta.

—¿El hotel tiene enfermería? —Lily le preguntó al recepcionista.

—No, lo siento —contestó el hombre, cogiendo a la mujer por las piernas para ayudarlas a cargar con ella.

—¿A dónde podemos llevarla? —comenzó a preguntar la mucama, cuando una voz femenina, proveniente de la cima de las escaleras la interrumpió.

—Pueden traerla a mi habitación.

Lily reconoció en ella a la elegante dama que había visto el otro día en la recepción, aquella que había estado comiéndose a su Will con los ojos.

—Es usted muy amable, señorita Bedder —el recepcionista comenzó a decirle a la mujer, pero ella detuvo su palabrería con un gesto de la mano.

—Por favor, es lo menos que puedo hacer —ella sonrió encantadoramente antes de adoptar un gesto de preocupación en su

aristocrático rostro—. Caballero, ¿necesita ayuda con la dama? Justamente acababa de hacer llamar a mi valet personal para un recado.

—Se lo agradecería, milady —resopló el recepcionista, sudando la gota gorda mientras intentaba subir las escaleras con el peso de las piernas de la gobernanta encima—. Mientras más rápido movamos a la dama, mejor será para ella.

La mujer volvió a su habitación y llamó a alguien. Enseguida un fornido hombre apareció por la puerta y bajó a toda prisa las escaleras, dispuesto a ayudarles.

Lily escuchó el murmullo de voces, de la gente que había salido de sus habitaciones para enterarse de lo que ocurría, pero no les prestó atención.

Sin mediar palabra, el hombre tomó a la gobernanta en brazos con la misma facilidad que si se tratase de un saco de plumas, y la llevó consigo escaleras arriba, con la mucama siguiéndolos de cerca.

—Todo está bien, damas y caballeros. Por favor, vuelvan a sus habitaciones —pidió el recepcionista al pequeño público reunido en el lugar—. Vamos, milady, la acompaño —el hombre, en un gesto de caballerosidad, hizo ademán de tomar el maletín de Lily, pero ella se lo impidió, cogiéndolo del suelo antes que él.

—Lo sigo —ella le dirigió una sonrisa tan falsa como la que él le había dedicado antes. Nunca permitía que un desconocido tocase su maletín. Y menos cuando llevaba su arma en él.

Él no pareció tomar a mal su comportamiento, porque asintió y la precedió por la escalera, guiándola a los aposentos de la distinguida dama que había acudido en su ayuda.

En cuanto cruzó el umbral de la puerta, se dirigió al saloncito, donde en ese momento el hombretón acomodaba a la pobre gobernanta sobre el mullido sofá.

Sin detenerse a perder más tiempo, Lily avanzó hasta ella y comenzó a atenderla. Prácticamente debió forzar a la mucama a hacerse a un lado para poder hacer su trabajo. La mujer lucía bastante afligida y aferraba la mano de la anciana contra su pecho.

—¿Se va a poner bien? —le preguntó una vez más, con voz temblorosa—. ¿Ya sabe qué es lo que sucede con ella?

—Debo revisarla antes de poder dar un diagnóstico —anunció Lily, inclinándose sobre el pecho de la mujer para comenzar a desabotonar el cuello del vestido.

La señorita Bedder se aproximó también, observando la escena con gesto preocupado.

—Permítame ayudarle también, doctora —intervino la elegante mujer, dejando a un lado su bolsito de mano, bordado con delicadas flores.

Los ojos de Lily se fijaron en el bordado y la alarma se encendió en su interior al reconocer aquellas flores.

Las mismas flores del pañuelo…

Tragando saliva, se forzó a mantener la compostura.

—Necesito agua fresca y una jofaina para lavarme —Lily habló con la mayor naturalidad que pudo, tomando su maletín.

—Iré por ella —la mucama se puso de pie, y al instante se escuchó un golpe seco, seguido del sonido de un cuerpo al chocar contra el piso.

—¡Qué…! —Lily se giró sobresaltada, para encontrar a la chica desmayada a su lado, en medio de un charco de sangre. De pie tras ella, el hombretón que había cargado a la gobernanta, balanceaba como un bate el tubo de metal con el que había golpeado en la cabeza a la pobre mucama.

La mano de Lily fue instintivamente a su maletín y alzó su pistola.

—Yo no haría eso si fuera tú —le advirtió el recepcionista, alzando su propia arma contra ella.

Lily tragó saliva, comprendiendo que él también era parte de todo aquello.

—Baja el arma, querida, no tienes oportunidad —le dijo la elegante mujer, sonriendo como si aquello fuese lo más divertido del mundo—. Al fin te tenemos, Lilianne Wadlow, y no vamos a perderte. Aunque tengamos que llevarte con nosotros como un cadáver.

Lily respiró de forma agitada, comprendiendo que estaba atrapada.

Le habían tendido una trampa y como una idiota había caído.

Owen Dempsey estaba seguro de haber cumplido con su deber, tenía el completo derecho de vengarse de su enemigo, hacerle pagar por todas las humillaciones a las que lo había hecho pasar, y lo había conseguido de la forma más inteligente, haciéndolo sufrir por medio de su única hija, a la que había secuestrado sin que él pudiera hacer nada para detenerlo.

Y ahora la asesinaría de la forma más cruel que se le pudo ocurrir.

Una risita apareció en sus labios, al tiempo que encendía su pipa, dirigiéndose al balcón para tener una vista perfecta del espectáculo de esa noche.

Sin duda su plan era perfecto. Había conseguido llevarse a Evelyn Lamberg de su propia cama, en su habitación supuestamente segura

en su perfecto hotel y la había mantenido oculta en esa mansión, propiedad de su impía familia, sin que nadie pudiera hacer nada para impedirlo.

Ni siquiera su maldito padre.

Sabía que Lamberg había estado buscando en secreto a Evelyn, pero él había sido más inteligente, escondiéndola bajo sus propias narices.

Tuvo suerte de dar con esa propiedad cuando buscaba algún documento incriminador para hundir a Ernest Lamberg, cuando en su oficina había hallado esos planos por casualidad.

En cuanto vio ese lugar y el laberinto que contenía, enseguida concibió el plan perfecto.

Era un genio. Siempre se había enorgullecido de su propia inteligencia.

Había conseguido hacer sufrir a su enemigo con el rapto de su hija, lo había atormentado con la aflicción de no saber qué clase de trato le estaba otorgando a su única heredera y, a la vez, él había pasado un buen rato, gozando con todas las formas de sufrimiento en que se le ocurrió hacer pasar a la chica.

Y se había divertido con ella.

Raptar a Evelyn había sido la mejor idea que jamás había tenido. Y ahora le pondría la cereza al pastel, asesinándola de la forma más vil que pudo ocurrírsele.

Y con ello, terminaría de destrozar a Lamberg. Culminaría con su venganza, haciéndole pagar todos sus errores a través de su única hija.

Buscó su catalejo y al mover la mano, sintió una punzada. Esa maldita le había hecho un corte en la piel.

—Maldita bruja —siseó, chupándose la sangre.

Sí, se divertiría al acabar con ella. Esa maldita arpía era igual de orgullosa y altanera que su padre, un demonio en carne viva, dotada de tanta astucia como de belleza.

Sin duda gozaría abandonándola en medio de ese asqueroso laberinto, infestado de alimañas. Ya se imaginaba riendo al verla correr a través de esos pasadizos, medio desnuda y descalza, sin agua ni comida. La pobre infeliz pasaría días en un suplicio interminable, buscando la salida sin conseguir jamás escapar de allí hasta que la muerte la alcanzara, encontrándola exhausta, famélica y seguramente vuelta loca por la desesperación.

Y es en esa condición de total martirio en que la hallaría su padre.

Porque sí, él encontraría al maldito cobarde de Lamberg y lo obligaría a enfrentarse al cadáver putrefacto de su hija, justo antes de

asesinarlo también.

Y cuando lo llevara ante ella, se deleitaría con su sufrimiento cuando viera en sus malditos ojos reflejado el cuerpo mancillado y demacrado de su única hija. Con suerte, Evelyn aún tendría la expresión de tortura grabada en el rostro cuando Lamberg la encontrara.

Y él se reiría en su cara, disfrutando de haberle hecho pagar al fin a su enemigo por todas sus faltas. El haberlo humillado ante la sociedad, ante el mundo entero.

Su mano tembló de rabia con sólo recordar aquello.

Ernest Lamberg había seducido a su prometida, y con ello lo había dejado en ridículo ante sus amigos y familiares, y ante toda la sociedad misma, convirtiéndolo en un hazmerreír.

Había jurado vengarse de ese malnacido y la oportunidad le llegó en bandeja de oro cuando esa estúpida soñadora de Clothilde había llegado a su puerta, con el plan perfecto para llevar a cabo su desquite.

Clothilde estaba tan decidida como él en hacer pagar a Lamberg por el agravio contra su hermana y su propia familia.

Elora había sido lo bastante estúpida e ingenua como para caer bajo las redes engañosas de las palabras falsas de amor de Lamberg. No la culpaba, el tipo era conocido en toda Inglaterra por su capacidad de seducción. Sin embargo, había esperado que su estúpida prometida mantuviera la boca cerrada o al menos las piernas.

La muy imbécil le entregó su corazón además de su virginidad. Y no satisfecha con aquello, accedió a convertirse en su amante.

Pero Lamberg no era un hombre de una sola mujer, y cuando obtuvo lo que buscaba de ella, la abandonó, como había hecho con todas las anteriores.

Aquello debió enloquecer a Elora, ya fuera por su corazón roto o el orgullo herido, buscó la manera de recuperarlo, ventilando a los cuatro vientos su amor por él y lo que habían compartido, con la esperanza de que, ya fuera por honor o por miedo al escándalo, él recapacitara y se quedara a su lado.

Nunca imaginó que a Lamberg no le preocupaban ninguna de las dos cosas. No sólo no volvió con ella, sino que la humilló ante todos, rebajándola a la condición de una simple mujerzuela que sólo era merecedora de una esquina cualquiera.

Elora, humillada y desconocida por su familia, no encontró otra salida más que saltar desde un puente, poniendo así fin a su vida y a su sufrimiento.

Aquello había encolerizado a Clothilde, su hermana más cercana y querida, por lo que juró vengarse. Y con esa idea había llegado a su puerta, buscando una forma de hacerle pagar a Lamberg por lo que le había hecho a Elora, y las humillaciones que él había sufrido por su culpa, cuando su tonta hermana había roto el compromiso llevada por el deseo y la locura.

Owen no dudo en aceptar. Sabía que no tenía nada que perder, ya estaba en la ruina, Elora iba a ser la solución a sus problemas económicos, y tras el desaire de su ex prometida, dudaba que quedaran muchas mujeres jóvenes y guapas con una buena dote que quisieran compartir su vida con él.

Se vengaría de Lamberg, se divertiría un poco de paso y, sin duda, conseguiría la forma de arrebatarle su fortuna al viejo. Porque sin duda, el muy malnacido estaba podrido en oro.

Aunque aquello Clothilde no lo sabía. No, la muy ingenua creía que él era el doliente ex prometido de su hermana, que buscaba la manera de limpiar su nombre y hacer pagar al hombre que la había conducido a la desgracia. Dudaba que sospechara que sus verdaderos deseos de venganza eran para sí mismos y su orgullo herido, y nada tenían que ver con su hermana muerta.

De hecho, para él era mejor que Elora estuviera muerta, o la habría matado con sus propias manos después de su traición y el haberlo sometido a tal humillación.

Entre ambos llevaron a cabo el secuestro. Fue sencillo, entre los planos de la casona también estaban los del hotel, y en ellos los pasadizos secretos que conectaban a la mayor parte de las habitaciones. Incluido el cuarto de Evelyn.

Pero Lamberg era más escurridizo de lo que habían pensado. O más cobarde…

Como fuera, no había dado la cara hasta entonces.

Clothilde estaba segura de conseguir hacerlo volver para enfrentarlos, si es que deseaba volver a ver a su hija. Y hasta entonces, él se había divertido con Evelyn.

Sin embargo, el mensajero que Clothilde envió esa tarde, con la advertencia de que corrían peligro y debía llevarse a Evelyn de allí o serían descubiertos, ponía fin a toda su diversión.

Y no permitiría que su perfecto plan fuese destruido.

No, él vería sufrir de desesperación a esa maldita arpía.

Ya luego le daría alguna excusa a Clothilde.

Después de todo, los rehenes morían todo el tiempo…

Ahora sólo tendría que sentarse a observar su sufrimiento, pensó

con una sonrisa en los labios, observando a través del catalejo al laberinto que se extendía colina abajo.

Quien fuese que planeó ese lugar fue lo suficientemente inteligente como para crearse ese lugar estratégico, desde el cual poder observar a los caminantes paseando de un lado a otro, sin conseguir encontrar la salida.

Debió deleitarse enormemente con su desesperación. Y ahora él sería quien se deleitara.

Se asomó por el derruido barandal del balcón, cuidando de poner demasiado peso en él, no se fuera a derrumbar. La noche estaba demasiado oscura y apenas conseguía ver algo entre la maleza y la neblina. Por ello había ordenado que los hombres llevasen antorchas. Quería poder ver lo que sucedía. El rostro de Evelyn cuando al fin la dejaran en el centro de ese maldito lugar, para morir a su suerte.

No se perdería ningún movimiento desde el catalejo que llevaba consigo. Estaba oscuro, pero alcanzaba a distinguir algunas sombras, gracias a la luna que al fin asomaba desde lo más alto. Además, pronto amanecería y el espectáculo sería perfecto.

Impaciente, miró su reloj. Más les valía darse prisa. Quería ver a esa mujer gritar de desesperación antes de que hiciera aparición el hombre del que Clothilde le había advertido.

William Collinwood, un excelente rastreador que encontraría a Lamberg y lo llevaría con ellos, si encontraban la forma de obligarlo …

Clothilde le había explicado en el mensaje que ese hombre había descubierto su plan, y que lo más seguro era que él y otros dos fueran en camino a Der Geliebte para rescatar a Evelyn. Por lo que le había ordenado escapar de allí enseguida, y lo más importante, no asesinar a William Collinwood.

Una que orden que, por supuesto, él no cumpliría. En cuanto lo tuviera enfrente, lo asesinaría enseguida. Como había asesinado al mensajero.

Ninguna mujer le daba órdenes.

Por fin alcanzó a divisar el momento en que sus hombres dejaron a la chica en el lugar acordado. Una sonrisa de triunfo se formó en sus labios.

—Veamos cuanto duras con vida, Cherry —rio por lo bajo, observando a través del cristal del catalejo.

—Mucho más que tú —escuchó una gruesa y profunda voz a su espalda.

Él se giró con la pistola en alto, justo en el momento en que una

flecha le atravesó el pecho.

Incapaz de creer lo que sucedía, Owen se llevó las manos al sitio donde ahora yacía incrustada la flecha, y desde donde brotaba una cantidad desmesurada de sangre. Abrió la boca, pero de ella sólo brotó más sangre, antes de que las piernas le fallaran y cayera de rodillas.

Una oscura figura se cernió sobre él desde las sombras, mirándolo a través de unos ojos azules y fríos como el hielo, llevando un enorme arco cargado en una mano y una daga en la otra.

Tras él, alcanzó a divisar el cuerpo de uno de los hombres que había estado cuidándolo. Y por las manchas de sangre que él llevaba encima, era claro que había asesinado a todos sus guardias antes de llegar con él.

—¿Quién eres? —siseó Owen, escupiendo un hilo de sangre.

—Lo último que verás en tu vida —contestó Ben, antes de encajarle la daga en la cuenca del ojo y atravesarle el cráneo con ella.

El hombre cayó sin vida hacia atrás, el desvencijado barandal cedió con su peso y ambos se desplomaron al vacío.

Ben avanzó hasta el hueco del balcón y echó una mirada al horizonte. Enseguida se dio cuenta de que Will había tenido razón, desde ese lugar se alcanzaba a divisar todo el laberinto.

«¿Quién crearía un lugar así para sus invitados sin aprovechar la oportunidad de divertirse a su costa, observándolos mientras intentan hallar la salida?», había dicho su hermano, antes de señalar un punto en la torre más alta: «Aquí. Tienes que ir a este lugar, Ben. Desde aquí podrás ver todo el laberinto».

Y como siempre, el maldito diablo había estado en lo cierto. Desde esa torre se alcanzaba a divisar completamente el lugar.

A pesar de que los árboles habían crecido hasta fundirse en una especie de domo y el bosque había medio engullido el lugar, aún eran distinguibles los pasadizos.

Y la salida.

Ben sacó de su cinto un mechero y lo encendió con una cerilla, antes de dejarlo en el suelo. Enseguida abrió la bolsa especial que guardaba en el carcaj y sacó una de las flechas preparadas con yesca y alcohol. Con destreza la encendió con la flama y entonces, apuntó…

CAPÍTULO 52

Lily se removió en su lugar, manteniendo su pistola alzada. Tenía que pensar en algo y hacerlo rápido.

—No hagas nada o mato a la gobernanta y a la mucama —le advirtió el hombre al ver que ella no cedía, apuntando a la mujer inconsciente en el sofá—, y luego te mato a ti.

—Haz lo que él te dice, querida. Ya te lo dije, no vas a escapar de aquí aunque tengamos que asesinarte —la mujer caminó hasta la puerta y, ante la impotente mirada de Lily, la cerró con llave.

—Quítale la pistola, Clothilde —el hombre le ordenó a la elegante mujer, que aún permanecía de pie a su lado.

—Te he dicho que no me llames por mi nombre, Arnold —replicó ella, fulminando con los ojos al recepcionista.

—¡Sólo hazlo!

Ella apretó los labios, guardándose una réplica para más tarde.

—Dame esa arma, querida —la dulce sonrisa que había estado adornando antes el rostro de Clothilde había desaparecido, reemplazada por una dura mueca de desprecio.

Lily dudó, pero entonces el hombretón se situó tras el sofá y puso el filo de una daga contra el cuello de la gobernanta.

—Hazlo, querida, o Fred le cortará el cuello a la pobre Teresa, y luego le hará lo mismo a esa insignificante mucama. ¿Estás dispuesta a llevarte la vida de dos mujeres inocentes contigo, Lilianne? Porque ya te lo he dicho, no escaparás de aquí. Te mataremos. Aunque por ahora nos servirás más con vida. Y si no peleas, dejaremos a estas dos también vivas.

Maldiciendo por lo bajo, Lily le alargó el arma, con la culata por delante.

—Así me gusta. Eres una buena niña, ¿no es verdad? —ella soltó una risita mordaz, cargando la pistola entre dos dedos, como si se tratase de un objeto inmundo.

—Revisa el maletín. Podría llevar más armas —le pidió Arnold, sin bajar su propia arma.

—Eso no es necesario, querido —la mujer le dedicó una mirada altiva, antes de meter la pistola de vuelta en el maletín médico y

hacerlo a un lado de una patada—. Asunto resuelto, Arnold —dijo ella, sin quitar esa sonrisa triunfal que hizo enfurecer al hombre.

—Como quieras, Clothilde. Si esa zorra te apuñala de repente con un bisturí o lo que sea que pueda traer encima, no me culpes cuando te estés desangrando —espetó él, esbozando una sonrisa similar a la de ella.

Aquello pareció tomárselo a consideración, porque la sonrisa se borró en el rostro de Clothilde. Con gesto adusto, se giró hacia el hombretón que aún permanecía de pie con el tubo en la mano y, señalando a Lily, le ordenó:

—Desármala, Fred.

Sin ninguna consideración, el tipo comenzó a manosear a Lily, buscando cualquier arma que ella pudiese llevar encima o escondida bajo la ropa, sin importarle tomarse más tiempo del necesario con algunas partes de su cuerpo.

Sintiéndose asqueada, Lily le dirigió a la mujer ante ella una mirada dura, aguantando sin rechistar. No le iba a dar la oportunidad de verla llorar o quebrarse por el miedo.

—¿Quién eres? —le preguntó Lily, cuando al fin el hombre se apartó de ella.

—Mi nombre no es importante aquí —dijo ella, bajando al fin el arma y acercándose a ella—. Sólo el tuyo, Lilianne Wadlow, prima de Evelyn Lamberg —entrecerró los ojos—, y su mejor amiga, a la que adora como a una verdadera hermana —esbozó una sonrisa maliciosa que a Lily la hizo estremecer hasta las entrañas.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Lily, intentando mantener la voz firme a pesar del miedo.

—Porque Evelyn me lo dijo —ella soltó una risita de triunfo al leer la sorpresa en sus ojos—. No te aflijas, tu prima no te traicionó. Tuve que hacerle cosas malas para que soltara la lengua.

Una mezcla de terror recorrió el espinazo de Lily. Evelyn estaba viva, pero, ¿en qué condiciones?

—Tú… ¿tú fuiste quién la raptó? —tartamudeó, sintiendo que la sangre se le helaba.

—Cariño, ¿que esa respuesta no es obvia? —una risita salió de los labios de la mujer, al tiempo que se acercaba a ella esbozando una sonrisa retorcida, que le revolvió las entrañas—. Evelyn va a sufrir y mucho —su sonrisa se transformó en una mueca colmada de ira—. Es lo que se merece.

—¿Por qué? —Lily se forzó en mantener su mirada.

—Porque sólo así es como haré pagar a Ernest Lamberg por lo que

le hizo a mi hermana —una expresión de vivo odio enrareció las antes delicadas y hermosas facciones de la mujer.

—¿A qué te refieres? —Lily negó con la cabeza—. ¿Qué tiene que ver el padre de Evelyn en todo esto?

Ella apretó los labios, dejando entrever el gran odio que bullía en su interior.

—Todo —masculló con voz teñida de rabia, y dirigiéndose al hombretón a su lado, le ordenó—. Átala y amordázala, no queremos que alguien pueda escucharla mientras la sacamos de aquí.

—¡Espera! —Lily la llamó, revolviéndose entre los brazos del hombre que intentaba someterla—. Antes dime, ¿qué fue lo que te hizo Ernest para que quieras vengarte con su hija?

Ella no contestó, pero Lily no se dio por vencida.

—¡Dímelo! ¿Por qué atacas a una persona que no tiene la culpa de nada?

—¡Porque ella es la única persona a la que él realmente ama! —contestó Clothilde, perdiendo los estribos—. ¡Y juré hacerle pagar a ese malnacido por todos sus pecados!

—Ernest no es el mejor hombre, pero no por ello tienes que ensañarte con Evelyn, que de nada tiene la culpa…

—¡Ese maldito malnacido asesinó a mi hermana! —gritó, lanzando un florero contra la pared con tanta fuerza que se rompió en mil pedazos—. Ese bastardo enamoró a la pobre Elora, aprovechándose de su juventud e ingenuidad, para después botarla como si se tratase de un trasto viejo que ya no le fuera útil —su voz se quebró por el dolor y la rabia—. ¡Ese maldito destruyó la vida de mi hermana! ¡Le rompió el corazón! ¡Le destrozó el alma!

Lily sintió lástima por ella. Esa mujer estaba rota por dentro. Sus actos eran llevados a cabo por la desesperación y el dolor.

—Entiendo tu aflicción, Clothilde, y tu enojo… —intentó razonar con ella—. ¿Pero te das cuenta de que estás haciendo pagar a alguien inocente por lo que Ernest hizo?

—¿Inocente? —espetó ella, alzando la barbilla con gesto desafiante —. ¿Desde cuándo una arpía como Evelyn Lamberg es inocente? Esa maldita bruja creída y orgullosa —bufó—. No tienes idea de la cantidad de tiempo que me tomó conseguir hacerme su amiga. Esa mujer no confía en nadie. Y en cuanto al pobre Arnold —ella pasó una mano por el rostro del recepcionista, quien la veía con ojos embelesados de amor—. Si Evelyn no hubiese sido tan mala con él, quizá no hubiese sido tan sencillo convencerlo para que la traicionara. Verás, Arnold estaba enamorado de ella, pero Evelyn nunca le

permitió siquiera acercársele. Tan altiva y arrogante como siempre, no iba a fijarse en un simple recepcionista de hotel. Así que él pudo cumplir su propia venganza a sus desaires, ayudándome con mi plan de hacerle pagar a ese maldito Lamberg por lo que hizo, secuestrando a Evelyn.

—Arnold… Ahora te recuerdo —Lily frunció el ceño—. Evelyn me habló de ti. Dijo que eras un busca fortunas, que tratabas a las mucamas como basura e idolatrabas a su padre, en un intento de parecerte a él. Por ello no podía despedirte como hubiera querido —le dirigió una mirada de asco—. Es mentira, tú nunca la quisiste, intentabas usarla, querías su dinero.

—¡Es tan vil y mentirosa como su prima! —Arnold entrecerró los ojos y alzó el puño, pero Clothilde lo detuvo.

—No, querido, aquí no —le dijo con voz melosa—. Ella nos va a ser útil para atraer a William Collinwood, ¿recuerdas? Podrás golpearla en su presencia, eso le dolerá más a él. Le hará más daño.

Lily sintió que la sangre se le iba del cuerpo al escuchar el nombre de Will.

—¿De qué están hablando? —musitó con voz entrecortada—. ¿Qué tiene que ver William Collinwood en todo esto? Él… él ni siquiera está en este hotel —buscó seguir el plan original. Después de todo la habían descubierto a ella, pero nunca quedó revelado el verdadero nombre de Will.

—Querida, sé que tú y tu noviecito pensaron que tramaron el plan perfecto para pasar desapercibidos en este hotel, pero se olvidaron de algo importante —sonrió, aproximando su rostro al de ella—. Los reconocieron en cuanto llegaron.

Lily frunció el ceño, intentando aparentar sorpresa y no el terrible terror que sentía.

—La gente aquí suele trabajar durante años y escalar posiciones —Clothilde señaló a Arnold, a su lado—. Este elegante recepcionista comenzó como valet, hace algunos años ya, y trabajaba aquí cuando, coincidentemente, tú hiciste una tormentosa aparición en el hotel, vestida de forma andrajosa, con toda la apariencia de una vagabunda.

Lily tragó saliva, ni siquiera se había detenido a considerar aquello.

—Sí, querida, estoy enterada de ello —la mujer sonrió, leyendo su sorpresa en sus ojos—. Como sé que Evelyn te acogió y te ayudó, a pesar de ponerse en riesgo a sí misma. Algo que no habría hecho con cualquier persona. Y estoy enterada de todo esto, gracias a Arnold, que fue uno de los hombres encargados de llevarte a los aposentos de Evelyn. Una situación irónica, pues él había sido quien intentó evitarte

el paso al hotel, lo que provocó que tu querido William Collinwood le asestara un golpe tan fuerte en el rostro, que le rompió la nariz.

—Me desfiguró el rostro —se quejó Arnold, dejando en claro que aún seguía dolido en el orgullo.

—Verás, mi amigo aquí, siempre ha sido un tanto vanidoso y nunca ha podido perdonarles a ambos esa afrenta —Clothilde soltó una risita—. Por lo que no fue difícil para él reconocerlos, en cuanto los volvió a tener enfrente. ¿Y qué podría querer la primita de Evelyn en el hotel, sino rescatarla de sus captores? —trazó la línea de su nariz con un dedo, como si fuera una niña pequeña—. Pero fuimos más listos que tú, Lilianne, y te descubrimos antes que tú a nosotros. Y ahora vas a ayudarnos a terminar con nuestro cometido.

—¿A qué te refieres? —siseó, apretando los dientes con rabia.

—William Collinwood no dudará en ir hasta el fin del mundo a rescatarte, querida. Daría lo que fuera por volver a verte con vida. Es esa clase de hombre —una sonrisa triunfal apareció en su rostro—. Y por ello, no dudará en obedecer mis órdenes y traer ante mí a Ernest Lamberg, para que yo pueda asesinarlo con mis propias manos.

—¿Así que por eso haces esto? —estalló Lily, y enseguida se vio rodeada por los fuertes brazos de Fred, inmovilizándola.

—No te alteres tanto, querida. Perdiste, caíste en la trampa, ahora atente a las consecuencias.

—¿A cuántas personas vas a asesinar en tu camino de venganza? —le gritó, forcejeando con el hombre.

—Las que sean necesarias —contestó ella, con el rostro lívido por la rabia y el rencor acumulados—. Y no me importa a cuántos más me deba llevar en el camino, conseguiré vengarme de Ernest Lamberg, cueste lo que cueste.

—Pero…

—Ha sido suficiente —ella la interrumpió y se dirigió al cuarto de baño. Con sorpresa, Lily vio que abría un pasadizo a través de un muro, oculto tras el armario de toallas—. Ya has descubierto la manera en que conseguimos sacar a Evelyn del hotel —le dijo la mujer, volviendo a su lado—. Ahora llévatela, Fred. Estoy cansada de verle la cara.

—¡Haz lo que quieras conmigo, pero deja a Will en paz! ¡Él nunca te ayudará a matar!

—¡Lo hará! —espetó Clothilde, sujetándola de la barbilla con tanta fuerza que le hizo daño—. Lo hará si es que desea volverte a ver con vida, porque juro que te mataré si se niega. Y él lo sabrá.

—Will no está aquí y tú nunca podrás encontrarlo.

—Querida, William va directo a una trampa —ella soltó una risita al ver la sorpresa en su rostro—. ¿Es que acaso creíste que dejaría a tu primita sola y abandonada sin atenciones? No cariño, soy más considerada que eso. Alguien ha estado cuidando de ella todo este tiempo, como la dama de alta cuna que es —le palmeó la cabeza—. Y esa persona también se encargará de cuidar de ti con la misma delicadeza.

Lily palideció todavía más.

—¿El gerente? —preguntó antes de poder contener la lengua—. ¿Es él quien tiene a Evelyn custodiada?

—¿El gerente? —repitió ella, riendo divertida—. ¡Por favor! Tuve que matar a ese idiota después de que se negó a ayudarme y amenazó con llamar a la policía cuando me encontró revisando la caja fuerte del hotel —se cruzó de brazos, molesta—. No cariño, se trata de otra persona. Pero ya lo conocerás por ti misma —rio una vez más, haciendo un gesto al hombre que la sostenía, para que la llevaran fuera.

—Vamos, niña. Será un largo viaje para jugar juntos —le dijo Fred al oído, pasando una mano por su cabello y enredando sus sucios dedos en él—. Espero que seas tan divertida como tu prima.

—¿Qué le hiciste a Evelyn? —siseó, revolviéndose en sus brazos en un intento por zafarse de sus garras.

—Mejor te lo mostraré cuando estemos los tres juntos —rio bajo en su oído, llevándola consigo.

Lily luchó con todas sus fuerzas, sintiendo tanto odio y rabia como nunca en su vida, bullendo furiosamente en su interior. No era justo, esa desgraciada mujer había quitado muchas vidas en su intento de vengarse de una sola persona, sin importarle a quién dañaba en el camino.

Y ahora le haría daño a Will y a su hijo, porque en cuanto se la llevasen del hotel, ese hombre haría lo que se le diera la gana con ella.

Pero no se lo pondría tan fácil.

—¿Y qué hay de ella? —preguntó Arnold, señalando a la gobernanta inconsciente en el sofá.

—Déjala. El veneno que le di va a matarla de todos modos —contestó la mujer con total indiferencia—. En cuanto esté muerta, las abandonaremos a las dos en los pasadizos, tal como hicimos con ese estúpido gerente —añadió, dándole una patadita a la mucama inconsciente en el piso.

—¡No puedes hacer eso, ellas necesitan ayuda! —Lily gritó, incapaz de concebir tanta maldad—. Por favor, permíteme tratarlas. Algo

podré hacer para ayudarlas…

—De eso ni hablar —la mujer le dedicó una mirada de odio—. Es más, será mejor matarlas de una vez. No dejaremos testigos atrás… —alzó una mano hacia Arnold para que él le entregara la pistola.

—¡No! —gritó Lily, luchando con más fuerza con el hombre.

—¡Llévatela de una vez, Fred! —le ordenó Clothilde, apuntando el cañón al pecho de la gobernanta, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

—¡No! ¡No lo hagas! —Fred le cubrió la boca con la mano, antes de comenzar a arrastrarla hacia el pasadizo.

Lily intentó gritar con todas sus fuerzas, pero fue en vano. Aquel hombre era demasiado fuerte como para que ella consiguiese soltarse de él.

Antes de adentrarse en la oscuridad, alcanzó a escuchar la voz del recepcionista del hotel dirigiéndose a la mujer.

—¿Estás loca? Se van a escuchar los disparos…

—¿Y eso qué? Ya nos habremos marchado para cuando eso ocurra. Anda, obedece, dame el arma. No dejaremos testigos.

Lily gritó, revolviéndose sin parar, pero la mano que le cubría la boca silenciaba por completo su voz.

Y entonces sucedió.

Dos disparos.

Y el alma se le sobrecogió.

Habían asesinado a esas dos pobres mujeres.

Y si no hacía algo, pronto seguirían su bebé y ella.

Evelyn observó en derredor con desesperación, buscando algún medio de escape. No tenía idea de qué planeaba Owen esta vez, pero sin duda, no conseguiría salir viva en esta ocasión.

Y debía vivir si quería salvar a su madre y a Lily.

Lily, su dulce prima, a quien siempre había querido como a una hermana pequeña estaba en peligro. Clothilde, esa mujer desgraciada que se había hecho pasar por su amiga para acercarse a ella y tener la oportunidad de secuestrarla, había dado con Lily y ahora iba tras ella.

Se odiaba a sí misma por haberle revelado la verdadera identidad de Lily y su profesión. No había tenido opción, lo sabía, esa arpía la había obligado a hablar usando a la pobre de su madrastra para conseguirlo.

Aquello no había podido soportarlo. Podrían torturarla todo lo que quisieran, pero no a su amada madre, no a la única mujer que se había preocupado por ella, a pesar de que ni siquiera compartían la misma

sangre.

Le había revelado a esa maldita mujer todo lo que quería saber, con tal de proteger a su madre. Pero ahora debía redimirse. Tenía que encontrar la manera de escapar de allí para advertir a Lily del peligro que corría, ¿pero cómo?

Los dos hombres que la custodiaban no le quitaban los ojos de encima. Gracias al cielo la habían soltado, ni siquiera esos bestias eran capaces de conseguir caminar entre aquellos pasadizos sin caerse entre tantos obstáculos. Cargando con una antorcha para iluminar su camino en una mano y sujetándola a ella en la otra, no tenían ninguna defensa para no azotar contra el piso al chocar contra algo casi a cada paso.

Después de la tercera vez que uno de ellos perdió el equilibrio y terminó comiendo tierra, decidieron dejarla avanzar por su propio pie.

Por lo que ahora Evelyn sólo tenía que encontrar el momento oportuno para escapar.

Avanzando a trompicones entre los recovecos que una vez fueron los senderos de un perfecto laberinto, Evelyn alzó la vista al cielo. Algo difícil, considerando que los árboles crecían tan alto que prácticamente formaban un domo sobre sus cabezas, con sus frondosas copas.

Encontrar la salida en medio de aquella vegetación que no respetaba los senderos, sería difícil. Y los hombres que la custodiaban parecían darse cuenta de ello. A cada paso se ponían más nerviosos, y aunque iban dejando marcas en el camino, en medio de aquella oscuridad no servirían de mucho para encontrar la ruta de regreso.

—Es por aquí —dijo uno de ellos, cuando llegaron a una bifurcación.

—Estás loco, es por este lado —replicó el otro.

Evelyn rodó los ojos y aguardó a que se pusieran de acuerdo.

—Bien… sigamos por allí —aceptó el primero, después de estudiar una especie de plano.

Ella reanudó la marcha, intentando ignorar el dolor de sus pies. Notaba el nerviosismo acrecentándose en sus acompañantes. Cada camino estaba cubierto por doquier de maleza y raíces, además de la multitud de árboles del bosque que habían invadido a los originales setos que conformaban los muros del laberinto.

Ahora ese lugar lucía más como un bosque cerrado y tenebroso, como los que hablaban en las antiguas leyendas. Esos sitios maldecidos por demonios listos para atrapar eternamente en sus insondables caminos a todos los viajeros que osasen adentrarse en él.

Pero mientras los hombres temblaban a cada paso que daban, ella se sentía más viva, más cerca de la libertad.

Porque a diferencia de esos hombres, no era la primera vez que se adentraba en ese bosque maldito.

Ese idiota de Dempsey creía haber tramado el plan perfecto, llevándola a la antigua casona de su abuela, considerando que nadie la buscaría allí. Y había pensado que el final perfecto para su plan sería verla morir en ese terrorífico laberinto.

Cuando todo lo que ella había estado esperando es que precisamente la liberara allí.

El muy imbécil nunca consideró la cantidad de años que ella había pasado en esa misma casa siendo niña, los veranos jugando entre esos pasadizos, la cantidad de veces que se había perdido en ellos, así como la cantidad de veces que había conseguido salir de él.

Y si algo sabía de los laberintos hechos de árboles y setos, era que para escapar de ellos no tenías que necesariamente encontrar la salida. Las reglas no existían allí dentro.

Y era precisamente eso con lo que ella contaba.

—Vamos, ya casi llegamos al centro —dijo uno de sus captores precediéndola por un sendero.

Varios pasadizos habían sido bloqueados por la vegetación, haciéndoles más difícil el avance.

El hombre maldijo cuando llegaron a una encrucijada del camino, donde prácticamente había una versión en miniatura de un pantano. El lugar estaba bañado por las tinieblas, otorgándole al lugar un aspecto tétrico.

—Vamos, camina —la empujó el otro hombre, haciéndola avanzar por el agua estancada.

Evelyn siseó cuando el escozor de las heridas la debilitó por el dolor. Pero no se daría por vencida. No ahora que estaba tan cerca.

Escuchó a los hombres maldecir a cada paso que daban, con el agua engulléndoles las piernas hasta la cintura.

—Al llegar al otro lado de este maldito charco estaremos en el centro —anunció el hombre que llevaba la delantera.

Evelyn alzó la vista al cielo, buscando alguna ayuda. Si no conseguía escapar pronto, todo estaría perdido.

Y entonces sucedió.

Las nubes se despejaron y la estrella del norte brilló en el cielo, tan gloriosa para ella como la misma estrella de Belén. A su derecha, sobresaliendo entre los árboles vio al viejo sauce.

No tenía idea de cómo un sauce pudo crecer en medio de aquel

laberinto, pero siempre había sido su favorito. Su guía y escape.

Se zambulló en el agua, justo en medio de los dos hombres y se arrastró hasta el sauce. El viejo sauce tenía las raíces más retorcidas que había visto de niña, aquellas que habían sido sus preferidas para jugar y para atravesar de un sendero a otro, rompiendo las reglas del laberinto.

No tuvo problema para dar con las raíces, aquellas mismas curvas y nudos que recordaba de su niñez. Los árboles podían crecer, pero sus raíces seguían allí.

Escuchó los gritos de los hombres cuando intentaron sujetarla, pero gracias al pantano que se había formado allí no pudieron ni tocarla. Ella nadó bajo las aguas y atravesó las raíces con la misma facilidad que lo había hecho de niña. Gracias a que estaba tan delgada, después de tantos días sin una buena comida, no le había costado pasar entre las ramas de los otros árboles, y pronto estuvo en otro pasillo del laberinto, lejos del alcance de sus persecutores.

Escuchó el sonido de las balas y las sintió rozando a sus costados, pero no se detuvo. Continuó avanzando con todas sus fuerzas, decidida a escapar.

Salió del agua y tomó una larga bocanada de aire. En la oscuridad parecía haber conseguido escapar de sus persecutores.

Alzó la vista buscando la estrella del norte. La salida estaba al norte. Pero apenas consiguió ver nada a través de las copas frondosas de esos árboles, que prácticamente se cerraban como un domo sobre su cabeza. Realmente debían estar muy cerca del centro, donde los árboles eran más viejos y altos. Los muy malditos habían conseguido su propósito.

Intentó llegar al otro lado de la orilla de esa especie de lago que engullía los senderos, pero le resultó bastante difícil. El suelo estaba pantanoso y el barro succionaba sus pies a cada paso.

De pronto perdió pie y se vio sumergida en el agua pantanosa una vez más. Intentó nadar, pero lo que fuera que la había succionado, la mantenía firmemente sujeta, impidiéndole escapar.

Sintió rabia e impotencia, iba a morir allí, en un maldito charco en medio de un laberinto de una casa en ruinas. Nunca nadie encontraría su cadáver. Se convertiría en uno de esos fósiles, de los que tanto Ben le había hablado cuando eran jóvenes.

Ben…

¿Qué estaría haciendo él? ¿Le importaría algo su muerte? ¿Tendría él algún pensamiento para ella, en su lecho de muerte, como ella pensaba en él hasta en el instante de su último aliento?

Sintió una mano aferrarse a la suya, justo antes de que alguien tirara de ella hacia arriba.

Evelyn inspiró hondo, llenando sus pulmones del preciado oxígeno, al tiempo que se aferraba con fuerza al brazo de quien fuera que la había salvado de esa muerte segura.

—Tranquila, ya estás a salvo —le dijo una voz de hombre joven, ayudándola a salir del agua.

Ella alzó la vista para encontrarse con unos ojos tan verdes y brillantes que parecían irreales, en un rostro completamente pintado de negro.

—¿Quién eres tú? —le preguntó ella, indecisa sobre si debía salir huyendo o no de su salvador.

—Soy Adam, el hermano de Lily, ¿me recuerdas? —él esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus perfectos y blancos dientes—. Nos conocimos cuando fuiste de visita a Nueva York, hace un par de años.

—Oh, sí —ella abrió mucho los ojos—. Pero, ¿por qué estás…? —sus palabras se vieron silenciadas por el sonido de las balas.

Se sintió temblar, pero no por el frío. Había un tiroteo no lejos de ellos.

Pero tan pronto como comenzó, terminó, sumiendo una vez más el laberinto en el silencio.

—Debemos salir de aquí —le dijo a Adam en un susurro, buscando frenéticamente la estrella entre la copa de los árboles, la guía que los llevaría a la salida.

Una sombra se movió sobre su cabeza, saltando entre las ramas de los árboles. Evelyn quiso huir, pero antes de que ella pudiera siquiera gritar, un hombre aterrizó justo a unos metros, por delante de ellos.

—¿Will? —Evelyn abrió los ojos como platos al reconocer a William Collinwood de pie ante ella.

—Ya está hecho —dijo él, guardando su arma de vuelta a su cartuchera.

—¿Has…? —ella tragó saliva—. ¿Los has matado?

—Desde allá arriba se obtiene una excelente perspectiva —fue la respuesta de él, antes de alzar la vista al cielo, nublado de nuevo—. Ahora, salgamos de aquí.

—No se ven las estrellas desde aquí —Evelyn supuso que buscaba lo mismo que ella cuando Adam, a su lado, alzó la escopeta que llevaba cargada al hombro, y disparó al aire tres veces seguidas.

Enseguida una bola de fuego atravesó el cielo y se ensartó justo en el tronco de un árbol cercano, seguida inmediatamente por otra que fue a dar a otro árbol y así continuamente, dejando ante ellos

desplegado un camino de llamas de fuego.

—Ben… —musitó ella con la voz entrecortada, reconociendo en el acto al autor de aquellas flechas.

Sólo Ben tenía esa destreza con el arco y la flecha.

—Vamos —Will le tendió una mano para ayudarla a avanzar. Ella se estremeció al notar la rabia y la aflicción reflejados en sus ojos al notar su estado. Tragándose un nudo de lágrimas junto con su orgullo, se aferró a su mano y avanzó junto a ambos hombres fuera de ese laberinto, guiados por el camino de flechas que se iba abriendo a su paso.

Al llegar a la salida continuaron avanzando hacia la casona derruida. Evelyn apenas era capaz de dar otro paso, sus pies descalzos sangraban. Will había intentado cargarla en brazos, pero ella no se lo permitió.

No quería que ningún hombre volviera a tocarla.

Y entonces lo vio, alto e imponente como un dios vengador, alzado sobre la cornisa destrozada de lo que debió haber sido un balcón, todavía con el arco, casi tan alto como él, en su mano.

Ben.

Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, incapaz de contenerlas por más tiempo.

Se había jurado no volver a llorar, pero en ese momento le resultó imposible.

—Todo va a estar bien —le aseguró Will, apoyando una mano sobre su hombro en un intento de consolarla.

Evelyn alzó la vista a la ventana una vez más. Ben había desaparecido.

—Ya nos hemos hecho cargo de todos —le dijo Adam, a su otro costado—. Ahora iremos a casa.

—Mi madre… —musitó Evelyn, entre sollozos—. Ella está allí dentro también.

—Ella está bien —escuchó que le decía una voz masculina que habría reconocido en cualquier parte.

Y al alzar la vista, él estaba allí.

—¡Ben! —gritó y todo el dolor quedó en el olvido.

Corrió a sus brazos y se dejó envolver por su calor. Ese calor aterciopelado y acogedor, tan único, y que nunca podría compararse con el de nadie más.

—Ya estás a salvo, Ling —le dijo él al oído, envolviéndola en un abrazo protector—. Nadie volverá a dañarte.

Ella se estremeció al escuchar ese nombre en sus labios. Era la

forma en que él solía llamarla. Ling, bella campana tintineante. Es eso lo que él le había dicho que significaba. Como él la veía, siempre viva, siempre moviéndose de un lado al otro, incapaz de quedarse quieta.

Sollozando sobre su pecho, se aferró a él con todas sus fuerzas, como si temiese que al soltarlo, él se esfumase. Como había ocurrido en cada uno de sus sueños.

Will tragó saliva. Nunca había visto a Evelyn tan vulnerable. Al alzar la vista compartió una mirada de entendimiento con su hermano. Ben estaba furioso, y él lo comprendía perfectamente.

De haber estado Lily en el lugar de Evelyn, él también se sentiría de esa forma.

—¡Evelyn! —Laura, vestida con andrajos y sin zapatos, caminaba por el sendero de piedra con ayuda de Adam, que más presto que él, había acudido en su ayuda al verla salir por la puerta de la casa.

La chica alzó la cabeza al escuchar la voz de Laura y corrió a su lado. Juntas se envolvieron en un apretado abrazo, contentas y aliviadas de encontrarse al fin a salvo.

—Gracias —musitó Laura, alzando la vista a Ben y luego a Will.

—No hay nada que agradecer —Will tomó la palabra.

Ben no parecía capaz de hablar. Se había quedado quieto en su lugar, sus puños apretados con fuerza a sus costados, como si aún quisiese vengar a las mujeres y los sufrimientos que habían padecido.

—Ahora todo ha terminado, pueden estar tranquilas —continuó diciéndoles—. Vamos a casa, Lily está esperando impaciente.

—¡Lily! —Evelyn alzó la cabeza de golpe. En medio de toda aquella conmoción, el agotamiento, la mezcla de sentimientos de alivio y alegría, lo había olvidado—. Lily corre peligro. Clothilde sabe quién es en realidad y va por ella.

—¿Quién es Clothilde? —Preguntó Will, alarmado.

—Es la persona que planeó todo esto —Evelyn explicó a toda prisa, adoptando una vez más ese brío que era tan puro en su forma de ser —. Era ella quien siempre estuvo tras todo esto y se hospeda en el hotel. Irá tras Lily, ella me lo dijo. Está decidida a hacer que tú —señaló a Will— vayas por papá y lo lleves ante ella para poder asesinarlo. Y planea utilizar a Lily para obligarte a hacerlo.

Los ojos de Will refulgieron con rabia.

Y entonces la vio. Esa aparición con la que había esperado no volver a toparse en su vida.

La mujer de cabellos rojos y vestido blanco, aguardando de pie junto al camino, haciéndole saber que Lily corría peligro.

Will corrió a toda prisa hacia el sitio donde habían dejado los

caballos con Adam siguiéndole los talones.

—Esa arpía acaba de condenarse a muerte —gruñó, subiendo a su caballo de un salto para alejarse a todo galope de allí.

CAPÍTULO 53

Will bajó las escaleras tan rápido como le permitieron las piernas, de regreso al vestíbulo del hotel donde se reuniría con los otros. Había encontrado la habitación vacía, sin ninguna nota o rastro de Lily. Y los peores temores comenzaron a hacer mella en su interior.

—¡No está! —prácticamente bramó, al encontrarse con Adam en la recepción.

—Tampoco está en el comedor ni por los alrededores —le informó Adam, tan preocupado por ella como él.

—Su maletín médico tampoco está, pero no ha dejado ninguna nota. Lily no se habría marchado del hotel sin avisarnos, así que o sigue aquí o se la han llevado a la fuerza —Will parecía a punto de desquiciarse, moviéndose frenéticamente de un lado a otro.

—¿Qué haremos? —le preguntó el chico, reflejando la angustia que sentía en sus grandes ojos verdes.

—Ben no debe tardar en llegar —Will pensó a toda velocidad—. Le dejaré una nota aquí mismo, y entonces nos marcharemos a buscarla —avanzó hasta la mesa de la recepción y comenzó a revolver las cosas, en busca de papel y algo con lo que escribir—. ¿Dónde está el maldito recepcionista cuando se le necesita? —gruñó, notando por primera vez que el altanero hombre no se encontraba en su puesto de siempre—. Él pudo ver a Lily salir del hotel.

—No lo sé, pero no es algo que me preocupe en este momento —Adam consiguió dar con un tintero y se lo alargó a Will.

—¡Esta cosa está vacía! —bramó al intentar inútilmente mojar la pluma con tinta.

—Aguarda un segundo —Adam saltó por encima de la mesa con una agilidad envidiable, y comenzó a buscar dentro de los cajones—. ¿Dónde es que guardan la puta tinta? —el chico revolvió sin miramientos entre los papeles y todas las cosas guardadas dentro y por encima del escritorio, tan nervioso que ni siquiera se fijó en las plantas que tiraba en su frenético apuro.

Los ojos de Will se abrieron de forma desmesurada cuando, entre la cantidad de cosas que Adam comenzó a sacar del escritorio, dejó a la vista un rociador de agua para plantas, relleno de un extraño líquido

verde.

—¿Qué es esto? —preguntó, alzando el frasco para leer la etiqueta escrita a mano que el envase tenía en la cubierta.

—Verde de París —leyó Adam—. ¿No es una especie de insecticida para plantas?

—Es verde.

—¿Y eso qué?

—La mancha del pañuelo era verde —Will se dio prisa en rodear la mesa del escritorio, y sin importarle nada, comenzó a tirar los cajones al suelo, dejando al descubierto su contenido.

Removió las cosas, entre papeles, cuadernos de registro, archivadores, tierra y hojas de las macetas destrozadas, hasta dar con un paño.

El mismo que el recepcionista había estado utilizando para limpiar las plantas, el día que Lily y él hablaron con él.

—¡Es verde! —exclamó, alzando el paño en alto para que Adam lo viera también—. Él tuvo que ser la persona que dejó la huella en el pañuelo bordado y en los planos de la casa.

—Él es el cómplice del que nos habló Evelyn —Adam frunció el ceño—. ¿Pero no dijo que se llamaba Clothilde?

—No creo que el recepcionista se llame Clothilde, Adam. Obviamente hay más de una persona implicada en el secuestro dentro de este hotel —Will apretó con rabia el pañuelo—. Debemos encontrar a ese maldito recepcionista, él nos dirá a dónde se han llevado a Lily —su voz se silenció de repente cuando una figura familiar de mujer apareció de la nada, justo en medio de las enormes escaleras.

—¿Qué? —Adam se giró, buscando lo que fuera que él estuviera viendo—. ¿Qué ocurre?

—Es ella —contestó Will, sintiendo que se le helaba la sangre—. ¡Vamos! —gritó, saliendo a toda prisa hacia las escaleras, tras la figura de esa hermosa mujer de cabellos rojos que aguardaba por él.

Escuchó la voz de Adam cuestionándolo a su espalda, pero no se detuvo para contestar. Sólo podía pensar en esa mujer. La misma que había visto tantos años atrás, cuando Lily estaba en peligro.

Subieron hasta el tercer piso y entonces la mujer torció por el pasillo. Will corrió tan rápido como le permitieron las piernas, pero ni siquiera así podía igualar la velocidad del espectro.

Apenas alcanzó a divisarla al atravesar una de las puertas, antes de perderla de vista.

Justo cuando el sonido de un disparo lo hizo detenerse en seco.

—¡Lily! —gritó, desenfundando su arma antes de abrir la puerta

con un fuerte golpe del hombro.

En el preciso momento en que se escuchaba un segundo disparo.

Y entonces la escena más extraña quedó a la vista ante él.

Una mucama con el rostro cubierto de sangre luchaba a muerte con una mujer elegantemente ataviada. Ambas rodaban por la alfombra, peleando por ser la primera en dar alcance a una pistola que yacía tirada a escasa distancia de un sofá, donde una tercera mujer dormitaba.

Una mujer que Will reconoció enseguida como la gobernanta.

Y entonces notó al hombre muerto en el piso, con una herida de bala en el pecho.

El recepcionista del hotel.

—¡Alto allí! —bramó a todo pulmón, alzando su propia arma contra ambas mujeres, al tiempo que se adentraba en la habitación y se hacía con la pistola tirada en el piso.

Las mujeres dejaron de pelear y se apartaron mutuamente, mirándolo con ojos agrandados por la sorpresa.

Adam entró a la carrera tras él y se quedó de piedra en el umbral, tan sorprendido como él por la escena que se encontró en esa habitación.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Will, sin bajar su arma.

—¡Señor, gracias al cielo que llegó! Esa mujer me atacó sin ningún motivo —contestó enseguida la dama ataviada con el elegante vestido, señalando a la otra con un dedo acusador—. Ella y ese recepcionista se metieron a hurtadillas a mi habitación para robarme, y cuando entré aquí, debí tomarlos por sorpresa, porque no dudaron en atacarme.

—¡Eso no es verdad! —replicó la mucama, poniéndose de pie con dificultad. Will pudo notar la herida abierta en su cráneo, seguramente debía dolerle bastante—. Esa mujer y ese recepcionista son quienes secuestraron a Evelyn Lamberg y asesinaron al gerente de este hotel, del mismo modo que intentaron asesinar a la pobre Teresa y a mí —explicó la mujer a toda prisa—. Yo sólo me defendía…

—¡Patrañas! —gritó la mujer a su lado, amenazando con soltarle una bofetada, pero Adam fue más rápido y consiguió interponerse entre ellas, antes de que se matasen.

—Esa mujer estaba a punto de dispararme con esa arma, cuando se la conseguí quitar de las manos —contestó la mucama—. Ese hombre se interpuso y lo maté antes de que se hiciera con el arma, pero ella me atacó por detrás y me lanzó al suelo, provocando que la pistola escapara de mis manos —le contó—. Estábamos luchando por

alcanzarla.

William frunció el ceño, notando el ansia con el que las dos mujeres miraban la pistola, y decidió que sería mejor apartarla de la vista de ambas. Por lo que la metió en el cajón de un escritorio cercano y lo cerró con llave, para enseguida guardarse ésta en el bolsillo de su abrigo.

—Usted no debe creerle ni una palabra a esta mentirosa —bufó la elegante mujer, intentando acomodarse el pelo de su destrozado peinado—. Es ella quien me ha atacado. Yo sólo me defendía…

—¿Y cómo consiguió matar al hombre? —le preguntó Adam, arqueando una ceja al mirarla, claramente dejando entrever que no le creía una palabra—. ¿Se cansó de tener un cómplice, o sólo no quiso dejar testigos, Clothilde?

La mujer palideció al saberse descubierta.

—Yo no sé por qué me llama de ese modo…

—Deja de mentir y habla de una vez —replicó Adam—. ¿Dónde está mi hermana?

—Yo no sé de qué están hablando.

—¡Lilianne, mi hermana! —repitió Adam, comenzando a perder la paciencia—. ¿A dónde la has llevado, Clothilde?

—¡Ya he dicho que no sé quién es esa tal Clothilde!

—¡Miente! —intervino la mucama—. Ese hombre la llamó así —señaló al recepcionista muerto—. Y ella ha ordenado que se llevaran a Lilianne…

—¡Cállate, maldita mentirosa! —chilló Clothilde—. ¡No eres nadie para acusarme! ¡Nadie, sólo una estúpida mucama!

—Necesitamos ayuda urgente, señor —continuó la mujer, sin inmutarse—. Creo que Clothilde envenenó a la gobernanta y la usó como artimaña para atraer a Lilianne aquí. La pobre mujer está muy mal, si alguien no la atiende enseguida, morirá.

—¡Eso es mentira! —Clothilde alzó la nariz de forma despectiva—. Nadie va a creerle a una simple criada…

—¡No soy una criada! —le contestó ella, también subiendo el tono de voz—. Mi nombre es Rose Bennet, y soy detective privado.

—¡Eso no puede ser verdad! —gritó Clothilde, comenzando a perder los estribos.

—Lo es —la mujer continuó, hablando con firmeza en la voz—. Teresa Adrian, la gobernanta, me contrató para investigar la desaparición de Evelyn Lamberg —la mujer hizo un gesto de buscar algo en su bolsillo, y ella le enseñó a Will una tarjeta, donde estaba escrito su nombre y ocupación, validada por la policía de Londres.

—Es cierto —los ojos de Will ardieron de rabia—. Lo que te convierte a ti en Clothilde, la secuestradora de Evelyn.

—¡Eso no es verdad! —gritó la mujer con desesperación en la voz.

—Y como le he dicho, también ha secuestrado a Lilianne Wadlow —añadió Rose—. Un hombre se la acaba de llevar por ese túnel —señaló la abertura en el muro del baño—. Si nos damos prisa, podremos ir tras ellos.

—No, estás herida y apenas puedes mantenerte en pie. Mi hermano es médico, estará aquí en cualquier minuto —le dijo Will—. Explícale la situación de la gobernanta, él sabrá qué hacer. Adam, quédate con ellas —le pidió al chico, pasando por su lado para llegar al cuarto de baño donde estaba el pasadizo—. Y cuando Ben llegue, llama a la policía.

—¡No! —aprovechando el momento de descuido, Clothilde se abalanzó sobre el maletín de Lily y extrajo de su interior la pistola que le había quitado antes a la joven—. ¡Vas a hacer lo que yo diga, William Collinwood o tu adorada Lilianne morirá! —lo amenazó, apuntando su arma contra Adam, tomándolo por sorpresa antes de que el chico pudiera sacar su propia pistola para defenderse—. ¡Vuelve aquí enseguida, William, o le volaré los sesos al hermano de Lilianne! ¿Crees que tu adorada mujer va a perdonarte alguna vez que por tu culpa muera su hermano?

Will se dio la media vuelta quedando de cara ante ella.

—Creo que olvidas una cosa, querida —le dijo Will, esbozando una sonrisa ladeada—. Yo también tengo un arma. Y antes de que puedas disparar a nadie, yo te mataré a ti.

—Ponme a prueba, William —ella apuntó el cañón de la pistola contra la sien de Adam—. Podrás matarme, pero antes me llevaré al hermanito de Lilianne al otro mundo.

—Bien, bien, entiendo… —él alzó las manos, acercándose lentamente a ella—. Estás hablando en serio. Lo he comprendido, no le hagas daño a nadie. Baja esa arma y podremos definir los términos de lo que quieres que haga.

—No me tomes por idiota, William Collinwood. No te acerques otro paso más —lo amenazó, amartillando la pistola sin apartarla de Adam—. Tira tu arma y levanta las manos. Sólo entonces bajaré la mía.

—Muy bien, como quieras —él tomó su pistola por el cañón, para que ella viera con certeza que no iba a usarla contra ella, y entonces la dejó sobre el piso—. ¿Quieres que la patee hacia ti?

Ella pareció sorprenderse por la pregunta, pero asintió enseguida.

—Está bien, como quieras —Will pateó la pistola hacia ella con la fuerza suficiente para que le chocara contra los pies.

Los ojos de ella adoptaron un brillo triunfal y sin dudarlo, se agachó a recogerla del suelo.

Fue el momento que Will había esperado.

Antes de que la mujer pudiera siquiera saber lo que había sucedido, Will sacó su otra colt de su cartuchera y disparó.

La mujer cayó hacia atrás, llevada por la inercia de la bala que le dio justo entre los ojos. La expresión de triunfo estaba todavía grabada en su rostro cuando chocó contra el piso.

—¡Hombre, eso estuvo cerca! —exclamó Adam, limpiándose con la mano la sangre de la mejilla.

—Da gracias a que soy ambidiestro, niño —Will hizo girar el arma en la mano, antes de ponerla de vuelta en su cartuchera.

—¿Qué ha sido eso? —Ben apareció en el umbral en ese preciso momento, llevando su rifle en alto.

—Ben, gracias al cielo. Hay una mujer envenenada aquí, hazte cargo de ella y de la detective herida en la cabeza —le pidió Will, saliendo a toda prisa hacia los laberintos—. Adam, ve afuera y cerciórate de cerrar todas las salidas. ¡Ese hombre no sale del hotel con Lily!

—¿A dónde vas? —le preguntó Ben, pero ya no obtuvo respuesta.

Will había desaparecido por el hueco de la pared del baño, que por lo que pudo ver, conducía a una especie de serie de túneles sumidos en la oscuridad.

—Pedazo de idiota —bramó Ben, negando con la cabeza—. Y me reprendió a mí cuando quise entrar a ese laberinto sin tener un plan.

Lily estaba cansada de escuchar la risa de ese hombre. El muy imbécil no dejaba de carcajearse a medida que la arrastraba por el túnel, como si su desesperación le resultase de lo más divertido.

—Ya está hecho —le dijo, confirmando su temor—. Deja de llorar, niña estúpida, esas dos están muertas y pronto tú las seguirás.

Desde que habían escuchado los disparos, no había cesado de reír en su oído.

Ella sintió las lágrimas calientes rodando por sus mejillas. Acababan de asesinar a dos mujeres inocentes sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

—Vamos, niña, deja de forcejear y cállate de una buena vez o te obligaré a ello.

Lily se enderezó sobre sus pies, alzando el mentón de forma altiva,

antes de asestarle al hombre un puntapié en la entrepierna.

El hombre gruñó de rabia y la agarró por el pelo, haciéndola caer con fuerza contra el piso.

—¡Maldita bruja, ahora verás! —gritó, dándole un golpe seco que la lanzó contra el muro.

Lily soltó un alarido de dolor, resbalando sin remedio contra el piso, cuando sus piernas no consiguieron sostenerla.

—¡Levántate! —bramó el hombre, dándole un puntapié en las costillas.

—¡No te me acerques! —Lily sollozó con más fuerza.

—Maldita sea, niña estúpida, levántate de una vez o te llevaré a rastras por todo el camino.

Ella no hizo ademán de moverse. Recogida sobre su costado, sollozaba en silencio, cubriéndose el vientre con la mano.

—¡Te he dicho que te levantes! —el tipo se inclinó sobre ella para obligarla a ponerse de pie—. Para la próxima pórtate mejor, niña estú… —no pudo pronunciar otra palabra.

Una aguja le atravesaba la garganta justo por la yugular.

—Te dije que no te me acercaras —le dijo Lily con rabia en la voz, arrancando su aguja de pelo del cuello del hombre, dejando así que el desgraciado se desangrara ante sus ojos.

El hombre balbuceó algo ininteligible, cubriéndose la herida con ambas manos, pero aquello era inútil. Moriría en minutos. Lily lo sabía muy bien. Y se sorprendió de no sentir ningún remordimiento por lo que acababa de hacer.

Era el segundo hombre al que mataba en su vida y, en ambas ocasiones, había sido para proteger la suya. Pero en esta ocasión también protegía la de su hijo.

Limpió la sangre de la aguja de acero en la falda de su vestido.

—Gracias, papá —musitó entre dientes, empuñando la aguja como una espada, antes de salir corriendo por el túnel.

Su padre había insistido en darle aquella arma, disfrazada de aguja de pelo, con la intención de que la usara para protegerse. En las calles de Nueva York una doctora debía poder defenderse incluso con sus adornos de cabello.

«La yugular o los ojos, Lily», le había dicho su padre, «sabes que son las partes vulnerables y letales. Ningún hombre esperaría un ataque de una mujer indefensa, cuando tengas la oportunidad aprovéchala y asesta tu arma justo allí y retuércela hasta ver escapar la luz de sus ojos».

Y ella lo había hecho.

Ahora debía encontrar la forma de escapar de esos malditos túneles que no parecían tener salida.

Pronto Will se percató de que no había sido tan buena idea el haber entrado en esos túneles sin tener antes un plan. Esos pasadizos estaban oscuros, y conseguir salir de ellos sería más difícil de lo que había supuesto. Los túneles iban de un sitio a otro y muchos no terminaban en nada. Quizá con algo de luz habría sido más sencillo ubicarse, pero ahora se sentía completamente perdido.

Y lo peor de todo es que aquello no hacía más que demorar que él pudiera hallar a Lily.

Al bordear un recodo estuvo a punto de caer de bruces cuando tropezó con el cuerpo de un hombre. Al agacharse a comprobarlo, se percató de que estaba bañado en su propia sangre.

Sangre que había manado de una herida abierta en su cuello.

Lily se había defendido y había conseguido de alguna manera asesinar a ese hombre.

—Esa es mi chica —sonrió, apurando el paso.

Rose había mencionado que un hombre se había llevado a Lily, por lo que ahora ella debía encontrarse sola. Lo que significaba un gran alivio, ella ya no corría peligro inmediato. Pero si él estaba perdido en medio de esos túneles interminables y oscuros, también ella podría estarlo.

¿Y si Lily estaba herida y necesitaba ayuda? ¿Cómo podría encontrarla?

—¡Lily! —gritó una vez más con todas sus fuerzas, pero sólo fue el eco de su propia voz la que respondió a su llamado.

Y entonces la vio, la hermosa mujer de cabello de fuego.

Ella le dirigió una penetrante mirada antes de darse la vuelta y comenzar a alejarse.

Esta vez Will ni siquiera notó el cansancio, corrió con todas sus fuerzas tras ella, tropezando y chocando contra las paredes en medio de aquella oscuridad. Sólo le importaba no perderla.

Como no iba a perder a Lily.

Al doblar una esquina, estuvo cerca de caer al vacío en su ímpetu por seguir a la mujer. Apenas alcanzó a frenar antes de resbalar hacia la nada, aferrándose incluso con las uñas de los muros de las paredes para detener su caída.

—¿Dónde estás? —preguntó, cuando, al alzar la vista, notó que la mujer ya no estaba.

Giró la cabeza en todas direcciones, desesperado. Pero ella ya no se

encontraba allí.

—¡Oye, mujer fantasma! —la llamó de la única forma que se le ocurrió—. ¡Vuelve!

—¿Will?

El corazón de Will se aceleró al escuchar esa voz apagada, que reconoció al instante.

—¡Lily! —gritó a todo pulmón, haciendo todo lo posible para divisar algo en medio de aquella insondable oscuridad—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —para su alivio, la escuchó hablar con más fuerza—. ¡Will, aquí estoy!

—Sigue hablando, pequeña. No te detengas —le pidió Will, percatándose de que, para alcanzarla, tendría que dejarse caer al vacío.

No tenía idea de qué tan alto fuera, pero por Lily se lanzaría a un precipicio sin dudarlo.

Por lo que apretó los dientes y saltó al vacío.

Lily se removió en la dura piedra al percibir una mano acariciando su rostro. Y al abrir los ojos, una sonrisa se formó en sus labios al ver a esa chica de hermoso cabello rojo de fuego, sentada a su lado.

—Meredith —musitó, alzando una mano para estrechar la de ella. Pero al hacerlo, su figura se desvaneció en la nada.

Confundida por el sueño, se sentó en la roca y miró en derredor, intentando divisar algo en medio de aquella negrura que lo invadía todo. Los recuerdos se suscitaron en su mente de golpe, uno tras otro. Había estado huyendo y cayó al vacío, y ahora se encontraba allí.

¿Cómo iba a conseguir salir de esos túneles? Estaba tan oscuro y no parecía haber salida.

De pronto, la voz de Will llegó hasta ella como una bendición de salvación.

Se forzó en ponerse de pie, llamándolo a su vez, intentando acercarse al sonido de su voz.

De pronto escuchó un fuerte golpe seguido de una serie de gruñidos y maldiciones.

—¡Will! —gritó, avanzando a trompicones hacia él.

—¡Lily! —él hizo lo mismo, guiándose por el sonido de su voz, y pronto ambos pudieron encontrarse al fin.

Sintió los fuertes brazos de Will, tan familiares para ella, envolviéndola y apretándola contra su cuerpo, en un abrazo protector que la hizo sentir a salvo al instante.

—Dios, me tenías tan preocupada —musitó ella, sin dejar de abrazarlo.

—¿Yo te tenía preocupada? —repitió Will, en tono sarcástico—. ¡Fuiste tú la que tuvo que enfrentarse a un matón con cuerpo de gorila y que terminó perdida sin rumbo en este maldito lugar!

—Sí, pero eras tú el que me preocupaba —rio ella, sin dejar de abrazarlo.

Él soltó una carcajada, y alzándola entre sus brazos la besó en los labios.

—No tienes idea de lo mucho que me alivia el saber que te encuentras bien, amor mío —le dijo sobre los labios—. ¿Cómo está el niño?

—Ambos estamos bien, no te preocupes —ella sonrió cuando él palpó su vientre con una tierna caricia—. Aunque un poco cansados de estar aquí, ¿qué te parece si buscamos la salida?

—Me parece una idea estupenda, cariño —él alzó la cabeza e intentó buscar en derredor con la mirada, pero no alcanzaba a ver nada.

—¿Cómo haremos para hallar la salida? —le preguntó Lily, adivinando su turbación.

—De niño, mi padre me decía que si llegaba a perderme, me quedara quieto en un solo sitio, y así sería más sencillo que él me encontrara. Quizá deberíamos sólo quedarnos aquí, Ben no tardará en buscarnos —se quedó callado cuando la figura de la mujer de cabello rojo apareció una vez más ante ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Lily, cuando él tomó su mano.

—La ayuda ya llegó.

—¿Qué ayuda? —ella se giró, sin comprender.

—Está aquí —contestó él, estrechándola por la cintura para poder guiarla mejor en la oscuridad—. Confía en mí.

Lily notó ese brillo singular en sus ojos, aquel que había visto desde que eran niños. Aquel que se encendía cada vez que él veía a «alguien» que se suponía no estaba allí.

—Por supuesto que sí —contestó ella con total seguridad en la voz, avanzando a su lado por aquellos túneles envueltos en tinieblas.

Sentados en varias mesitas de jardín, los huéspedes del hotel reían en voz baja y bebían el té de la tarde, comentando los últimos cotilleos de la temporada, mientras eran atendidos por los solícitos camareros que pululaban a sus alrededores, llevando con ellos bandejas con canapés y delicados dulces, destinados a satisfacer los paladares de sus refinados comensales.

Lo último que esperaban era ver abrirse una loza del piso, justo en medio de la terraza, antes de que un hombre con aspecto de bandido y una mujer de cabello rojo emergieran de él.

—¿Qué significa esto? —preguntó el encargado del comedor, observando a la pareja con ojos agrandados por la sorpresa y el enojo —. ¿De dónde han salido ustedes?

—No tengo idea, pero si quieres, puedes bajar y averiguarlo por ti mismo —le contestó Will con despreocupación, volviendo a rodear a Lily por la cintura—. Vamos, cariño, necesitas descansar y yo muero de hambre —añadió, arrebatándole un plato repleto de bocadillos a uno de los camareros.

—¡Señor, usted no puede hacer eso!

—Sólo ponlo en mi cuenta, muchacho —Will le dio una palmadita en el hombro—. Y yo en tu lugar, cerraría de vuelta esa loza. No vaya a ser que escape una rata, había bastantes allí dentro.

Enseguida se escucharon varios gritos y voces alteradas, seguidas de sillas moviéndose y pasos apurados, cuando la gente comenzó a escapar en tropel del lugar.

—Will, eres terrible —musitó Lily, negando con la cabeza aunque sonreía.

—Pero así me amas —le dijo él, metiendo uno de los bocadillos a su boca antes de depositar un suave beso sobre sus labios.

—Por siempre y para siempre —asintió ella, rodeándolo por el cuello para besarlo una vez más.

CAPÍTULO 54

—Estoy bien, por favor Lily deja de estar rondando a mi alrededor como una mosca —se quejó Evelyn, terminando de secarse el cabello.

Nada más llegar al hotel, lo primero que había querido hacer fue darse un baño. Ben había insistido en examinarla, pero ella sólo le permitió a Lily hacerlo. Y como Ben debía hacerse cargo de la mucama y la gobernanta, él no pudo poner demasiados reparos en ello.

Por ahora.

—Sólo intento revisar tus heridas —le dijo Lily, haciendo lo posible por colocarle un ungüento en una zona donde una llaga supuraba un líquido amarillento.

—Te digo que estoy bien, no voy a morir por unas cuantas cortadas y magullones. Soy mucho más fuerte que eso —replicó Evelyn—. ¿Por qué no vas a darte un baño también? No hueles a rosas precisamente después de haber estado en esos pasadizos…

—¡Evelyn! —la reprendió Laura, su madrastra, ayudándola a secarse el magullado cuerpo con la delicadeza y el cuidado que le dedicaría a una niña pequeña.

—Lo siento —Evelyn soltó un suspiro—. Lily, eres médico, ve con Ben, él puede necesitar tu ayuda. Tiene dos pacientes que atender y tú ninguna. Además, Teresa, la gobernanta, es una mujer mayor y puede estar más delicada de lo que aparenta.

—Ben puede hacerse cargo por sí mismo. Ha descubierto que esa mujer usó una variedad de setas contra la gobernanta, y ya está administrándole un antídoto mezcla de flores de la abuela Lupe. En cuanto a la mucama, sólo tenía un golpe en la cabeza, y él también ha vendado la herida. Son daños superficiales, pasarán. En cambio tú… —las palabras de Lily se quedaron atoradas en su garganta, incapaz de saber cómo expresar lo que debía decir.

—Estoy bien, Lily ¿cuántas veces debo decirlo? —espetó Evelyn, apartándose de ella para dirigirse a su armario—. No es la primera vez que me sucede algo así, ¿recuerdas?

—Evelyn… Yo… Lo siento tanto… —Lily agachó la cabeza, incapaz de contener las lágrimas.

—No llores por mí ni me mires con esa cara de lástima, Lily, o te haré salir de mi habitación —Evelyn soltó la toalla para ponerse el camisón de dormir, dejando a la vista un amasijo de moretones que cubrían todo su cuerpo, formando arcoíris de tonalidades sobre su magullada piel.

El aire se atoró en la garganta de Lily, incapaz de mantenerse firme ante el dolor de su prima. Un dolor que ella se negaba a demostrar.

—¡No llores! —gritó Evelyn, lanzándole una almohada a la cabeza, tomándola por sorpresa.

—Cariño no le hables a Lily de esa forma, sólo está preocupada por ti —le pidió Laura, tomándola delicadamente de la mano para llevarla a la cama.

Allí, la obligó a tomar asiento a su lado, como hacía desde que era una niña, y entonces comenzó a cepillar su cabello, con la misma ternura que siempre le había dedicado.

Un suspiro de alivio emergió de los labios de Evelyn. Aquello la relajó al instante. Tal como siempre había sucedido, desde que era pequeña y su madre había usado ese método para calmarla.

—Lo siento, Lily. No quise hablarte de ese modo —Evelyn estiró una mano y estrechó la de su prima, atrayéndola a su lado en la cama —, han sido demasiadas cosas las que han pasado…

—Lo entiendo —los ojos de Lily se llenaron de lágrimas y se apuró en apartar la vista. No quería molestar a su prima, y ciertamente quería permanecer a su lado. Si la echaba, no podría brindarle ni siquiera el consuelo de su compañía.

—Shhh —Evelyn ahuecó una mano en su mejilla, volviendo su rostro hacia el suyo—. No quiero que llores, porque si no me vas a hacer llorar. Y si lloro, me desmoronaré. Y soy más fuerte que eso, Lily. Tienes que ayudarme a mantenerme fuerte. Esto no sucedió. Nada de esto —esbozó una sonrisa, aunque ella pudo notar la humedad en sus ojos—. Va a quedar atrás, igual que la vez anterior. Nadie será capaz de afectarme si yo no lo permito, tal como la abuela decía, ¿recuerdas?

Lily asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Eso es, ahora sonríe para mí —le pidió, secando sus lágrimas con un dedo—. Sé la alegre Lily que siempre conseguía hacerme reír cuando éramos niñas.

Lily intentó hacerlo, pero sólo consiguió derramar otro par de lágrimas.

—Oh, vamos, ¿es todo lo que puedes hacer? —se quejó Evelyn, alzando las manos como si fuesen un par de garras—. Creo que tendrá

que hacer una pequeña aparición el osito de las cosquillas —una mueca de dolor apareció en su rostro, al tiempo que se llevaba una mano a su antebrazo.

—Evelyn, cielo, no creo que debas moverte tanto. Tu brazo aún no está completamente sano —le recordó su madre, tomando con cariño el brazo de Evelyn para comenzar a vendarlo. Se lo había fracturado poco después de que la raptaran, y todavía le dolía terriblemente—. Quizá Lily podría brindarnos algunas noticias alegres, Dios sabe que nos hemos mantenido alejadas de los chismes del mundo durante un buen rato.

—Es cierto —convino Evelyn, apartando a propósito la vista de su brazo. La fractura aún no se soldaba bien y todavía le ocasionaba bastante dolor, sin mencionar que estaba de un color morado bastante feo—. Lily, cuéntanos querida, ¿qué ha habido de nuevo? Relátanos alguna noticia, algo que nos alegre el día.

—Pues… —los ojos de Lily se encendieron con un brillo especial— vas a ser tía.

Ella no pareció entenderla en un principio, porque se quedó mirándola por un momento, hasta que sus ojos se abrieron como platos, llenos de vida.

Y entonces Evelyn lanzó tal grito que tanto Lily como Laura pegaron un salto por el susto.

—¡Vas a tener un bebé! —gritó llena de entusiasmo—. ¡Mi Dios, es la mejor noticia del mundo! —le dijo, al tiempo que la abrazaba y le llenaba el rostro de besos—. ¡Voy a ser tía, mamá! ¡Y tú vas a ser tía abuela! —le dijo a Laura, abrazándola también—. ¡Oh, Lily, qué emoción! ¿Cuánto tienes?

—Unos cinco meses —contestó ella, sonriendo al fin.

—¡Cinco meses! —Evelyn abrió mucho los ojos—. Pues casi ni se te nota. Aunque eso es de familia, la abuela siempre presumía de que nunca tuvo barriga. Bien, eso nos deja poco tiempo para todos los preparativos —ella comenzó a pasearse por toda la habitación, eufórica por la noticia, mientras Lily y Laura la perseguían sin remedio, intentando terminar de aplicarle los vendajes que necesitaba —. Vamos a tener que conseguir una cuna y ropa para la bebé, porque será niña, por supuesto. Aunque si es niño de todas formas lo consentiremos, nada de eso de tratarlo como un hombrecito en miniatura. No, será un niño y podrá jugar y divertirse. ¡Oh, Lily, nos divertiremos tanto! —se giró para abrazarla otra vez, haciendo volar el trozo de venda que colgaba de su brazo, sin permitirle a su madre terminar de vendárselo—. Consentiré a ese niño como si fuese mi

propio hijo. Después de todo, no puedo tener hijos, así que será como si realmente fuese mi hijo.

El rostro de Lily se ensombreció al escucharla decir aquello, pero una vez más fue Evelyn quien la animó.

—Vamos, no pongas esa cara triste. Debes sonreír, tu hijo necesita a una mamá contenta —le pidió, ahuecando ambas manos en sus mejillas—. Ahora piensa de qué color quieres la cuna, mañana mismo la mandaremos a hacer con el mejor ebanista de la ciudad. Y comenzaremos a decorar una habitación, la tendrá en este mismo piso. Será la mejor del hotel.

—Mi cielo, lo más seguro es que Lily y el padre del bebé ya tengan su propia casa con una habitación para su hijo —intervino Laura, posando con suma delicadeza una mano sobre el hombro de su hija, como si temiera romper esa especie de burbuja de felicidad en la que Evelyn se había envuelto, en su intento de mantenerse fuerte tras la terrible experiencia vivida.

Los ojos de la mujer se llenaron de turbación al tiempo que apartaba la mirada.

—Está bien, estoy segura de que a Will no le importará que vivamos un tiempo en Londres —le dijo enseguida Lily, intentando reanimarla.

—¿Will? —una nueva sonrisa apareció en los labios de Evelyn—. ¿Así que el vaquerito de ojos de color del cielo al fin ha conseguido convencerte para casarte con él?

Lily asintió, alzando la mano donde llevaba la sortija de compromiso que Will le había regalado.

—Tenías razón, él me amaba de verdad.

—Por supuesto que sí. Nadie espera tantos años por una persona, de no amarla sinceramente, ¡muchas felicidades, mi pequeña pecosa! —sonrió de oreja a oreja, abrazándola una vez más—. Y más vale que apresuren la boda, con un bebé en camino es crucial hacerla antes de que nazca. No querrás traer a mi sobrino como un bastardo al mundo. Aunque no por ello será menos adorable o amado por su tía, te lo aseguro —le guiñó un ojo, posando una mano en su barriga.

—Por supuesto que no, aunque me gustaría que la boda fuese en México, para que Lupita y Richard, así como todos los demás de la familia puedan estar presentes. Y también quiero a toda mi familia allí, Adam, papá y mamá podrían viajar desde Nueva York. Y quizá tú también podrías hacerlo, venir a México —estrechó su mano—, y quedarte un tiempo conmigo en Veracruz. Tú también, tía Laura, por supuesto —añadió, estrechando la mano de la mujer a su lado y

uniendo las tres en un apretón colmado de cariño—. Será un cambio agradable, se los aseguro. Nunca han conocido un lugar más hermoso o gente más amable. Se enamorarán de esa tierra, tanto como lo hice yo. Además, estará Ben… —añadió en voz baja, guiñándole un ojo a su prima.

Para su sorpresa, las mejillas de Evelyn se encendieron.

Lily le dedicó una profunda mirada de cariño, siempre había sabido que su prima nunca había dejado de amar a Ben, ni él a ella, a pesar de los intentos de Evelyn por alejarlo.

—México… —musitó Evelyn, caminando lentamente hasta la ventana. Se quedó en silencio mirando hacia afuera, observando las calles grises, las casas grises, las chimeneas soltando nubes de humo gris, la lluvia mojando a los transeúntes ataviados de gris y a los coches avanzando por las calles empedradas, también grises.

Todo negro y gris. Tan frío…

—Siempre describiste ese sitio como un lugar cálido y luminoso, colmado de toda clase de colores… —le dijo—. Una tierra mágica.

—Así es —Lily esbozó una sonrisa suave, avanzando hasta situarse a su lado, frente a la ventana—. Una tierra mágica.

Evelyn tomó una honda bocanada de aire y se giró hacia Lily.

—Muy bien —soltó con total decisión—. Nos iremos a México contigo. Mañana mismo.

—¿Mañana? —repitió Laura, llevándose una mano a los labios para reprimir un gritito—. Pero tenemos tanto que hacer, hijita. Debemos dejar a alguien a cargo del hotel y empacar.

—Mañana, mamá —repitió Evelyn, con total decisión—. O cuando zarpe el primer barco a México. No me importa nada más. Que luego nos envíen nuestras cosas, sólo quiero marcharme.

—Pero hija…

—Es lo que deseo mamá —Evelyn le dedicó una mirada encendida, llena de emoción—. Quiero abandonar este hotel y todo lo que conlleva. Apartarme de este lugar que me ha absorbido la vida. Dejar atrás todo esto de una buena vez… —miró en derredor con una mezcla de odio y de melancolía. Eso significaba ese hotel para ella, una mezcla de buenos y malos recuerdos—. Ya he dedicado demasiados años a este lugar. Es tiempo de comenzar a vivir —suspiró —. A vivir de verdad.

Laura esbozó una sonrisa colmada de cariño y, ahuecando las manos en las mejillas de Evelyn, le dijo:

—Mañana mismo nos marchamos de aquí.

—Cariño, ya te dije que no cargues nada —Will se acercó a ella y le arrebató la sombrilla de la mano.

—¿No crees que estás exagerando un poco, mi amor? —Lily lo miró con ojos embelesados, incapaz de dejar de sentirse feliz por tener a ese maravilloso hombre a su lado—. Es sólo una sombrilla.

—Han puesto una decoración de pedrería en la empuñadura —le reclamó él—. Esta cosa pesada te va a torcer la columna por cargarla.

—Por favor, pesa mucho más el collar de diamantes que le diste como regalo de compromiso —comentó Adam al pasar por su lado para subir al barco—. Si Lily llegase a caer por la borda, esa cosa la llevará directo al fondo.

Los ojos de Will se entrecerraron y Lily notó que estaba considerando quitarle el collar.

—No sigas por ese camino, no voy a quitarme el collar, Will. Y por favor, devuélveme mi sombrilla —se la arrebató de la mano, y antes de que él pudiera decir nada, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en los labios—. Debes confiar en mí, ¿de acuerdo? Soy más fuerte de lo que parezco.

Él esbozó una sonrisa sesgada, envolviéndola entre sus brazos para atraerla con más fuerza contra su cuerpo.

—Lo sé, amor, es sólo que me preocupo por ti.

—No tanto como yo por ti —ella frunció el ceño, señalando con un gesto a unas mujeres que caminaban tras ellos—. Es la tercera vez que esas mujeres pasan por aquí para echarte un vistazo. Creo que tendré que colgarte un cartel al cuello que indique que ya tienes dueña, mi amor, y otro en tu trasero.

Él soltó una risita baja y negó con la cabeza.

—No tienes nada de qué preocuparte, amor, podrán ver lo que quieran, pero yo soy sólo tuyo —la besó en los labios—. Y también mi trasero —repitió del mismo modo que ella, haciéndola reír.

—Ya estamos listas para embarcar —Laura llegó en ese momento, ataviada con un elegante traje y un sombrero tan ancho, que Will consideró que podría competir con los de un mariachi—. Me siento un tanto nerviosa, hace tantos años que no viajo. William, querido, ¿crees que mi atuendo es el adecuado?

—Creo que va a combinar bastante bien con las costumbres de mi país —asintió, alargando el brazo para que ella lo tomara—. ¿Me permite acompañarla a bordo?

—Qué galante, por supuesto que sí —Laura sonrió encantada, aferrándose al brazo de Will.

—¿Amor? —Will le ofreció su otro brazo a Lily, pero ella estaba

concentrada en algo más allá de ellos.

Entonces se fijó en lo que ella miraba. Evelyn, a escasa distancia de ellos, se despedía del personal del hotel donde había vivido toda su vida.

—Tranquila, ella estará bien —le dijo Will en un susurro—. Tiene a Ben acompañándola pegado a su lado como una lapa.

Lily rio por lo bajo y negó con la cabeza.

—William Collinwood, eres tremendo —le dijo, aferrándose a su brazo para subir con él a bordo del barco.

Desde la barandilla, miró atrás. Evelyn se tomaba el tiempo para despedirse con un abrazo de cada miembro del personal que había acudido al puerto para decirle adiós.

Esa gente amable, que prácticamente eran su única familia, lloraba a lágrima viva, deseándole lo mejor durante la travesía y el comienzo de su nueva aventura.

Ellos habían estado muy preocupados por su ausencia, así como la de Laura, pero Ernest Lamberg, su jefe, les había pedido mantener cerrada la boca, por temor a que la noticia de la desaparición de su hija y su esposa afectase sus negocios, con la amenaza de despedirlos en el acto si se enteraba de que le contaban a alguien cualquier cosa. Temeroso de los reporteros encubiertos, dispuestos a lo que fuera por sacar una noticia o un chisme que vendiera periódicos. Es por ello que nadie había hecho nada para ayudar a Lily, a quien no conocían ni su parentesco con Evelyn, de lo contrario, sin duda habrían hecho lo posible por ayudarla.

—Debe ser tan difícil para ella —musitó Lily, mirando con empatía a Evelyn.

Ese hotel había sido el hogar de Evelyn desde su nacimiento, el sitio donde había trabajado y entregado cada día de su vida.

Debía ser muy difícil dejar todo eso atrás. Ella lo sabía muy bien.

Lily observó con dulzura a su prima, cuando se detuvo un momento más largo para abrazar a Teresa, esa bondadosa mujer que por poco había muerto, en su intento por encontrar a Evelyn.

Fue por haber contratado a la detective que Clothilde la eligió como blanco para su veneno.

Lily aún se sentía mal por haber sospechado de Teresa. La pobre mujer, en su desesperación después de la desaparición de Evelyn y Laura, buscó ayuda en la policía y el gerente, pero después de que la primera no consiguió hacer nada para ayudarla, y el segundo también desapareció sin dejar rastro, supo que debía tomar el asunto por otro camino.

Por ello decidió conseguir un detective privado que la ayudara. Como no tenía dinero para pagarle, acudió al cuarto de Evelyn en busca de algo que vender. Fue ese el motivo por el que tomó el collar, con la intención de empeñarlo y usar lo que le dieran para pagar a la investigadora, considerando que después podría recuperarlo.

Ella les contó más tarde que al encontrar la habitación abierta y el retrato de la abuela de Evelyn fuera de su sitio, temió que alguien pudiera haber entrado a robar, y por ello cerró con llave, decidida a buscar al culpable y que nadie más pudiese entrar allí después de ella. Sin embargo, al detenerse a ver la foto, reconoció en una de las niñas a Lily, y supo que la joven había acudido para ayudarla.

Pero antes de que pudiera encontrar la forma de hablarle, Clothilde envenenó su comida, usándola como cebo en esa trampa para atrapar a Lily.

Como recompensa por su amabilidad, entrega y cariño, Evelyn decidió nombrarla nueva gerente del hotel, y dejar a todo el personal a su cargo. Una decisión que fue muy bien recibida por el resto de los empleados, que también tenían en alta estima a la mujer.

Ernest no hizo reparos en apoyar esa decisión. El padre de Evelyn había hecho aparición en el hotel al día siguiente de su regreso, cuando se enteró de que su hija y su esposa estaban a salvo y de vuelta en casa.

No dijo nada sobre lo ocurrido, ni para bien ni para mal, sencillamente se limitó a mantener un semblante estoico, y cuando Evelyn le comunicó su decisión de partir a México junto a su madre, él la apoyó, ofreciéndole todo lo que necesitase para los gastos.

Fue todo lo que hablaron padre e hija.

En cuanto a Laura, no quiso ni siquiera ver a su marido.

—¿Está todo bien? —le preguntó Will al oído.

Lily dudó por un momento, sin saber qué responder.

Abajo, Evelyn se giró y le dedicó una enorme sonrisa, al tiempo que se aferraba al brazo de Ben, lista para embarcar también.

—Sí, Will. Todo está bien —Lily se giró hacia él, deleitándose con la visión de esos hermosos ojos que tanto amaba—. De hecho, ahora todo es perfecto.

EPÍLOGO

VERACRUZ, MÉXICO. Unos meses después…

Will se paseaba de un extremo a otro del pasillo, pasándose los dedos por los cabellos una y otra vez, en un gesto nervioso lleno de turbación.

—Calma, hijo o vas a quedarte calvo —le dijo Richard, abrazándolo por los hombros—. Todo va a estar bien, éste es un proceso completamente natural, y Lily está en las mejores manos.

—Lo sé, pero no por ello puedo sentirme menos nervioso —masculló él, dejándose caer en una butaca y apoyando la espalda contra el muro—. Debería estar allí dentro con ella.

Aglomerados en el salón de su casa, su familia intentaba apoyarlo, aguardando tan impacientes como lo estaba él el momento en que al fin Lily diera a luz. Los dolores de parto habían comenzado la noche anterior, y ya era más de medio día, lo que no hacía más que aumentar el nerviosismo de Will, y el número de personas en su casa. Ya prácticamente toda la familia aguardaba allí, ayudando a su manera, en el nacimiento de su primer hijo.

Escuchó un grito y su rostro palideció de miedo. Se puso de pie, dudando sobre si debía entrar o no en la habitación contigua, el dormitorio de ambos, donde Lily llevaba horas sufriendo con las contracciones y las dificultades que acompañaban a un nacimiento.

—Puedes entrar si lo deseas —le dijo Matt, sentado en un sofá ante él—. Sólo piensa que es el parto de una yegua. Ya has visto a muchos potrillos nacer y nunca te desmayas en el proceso.

—¿Estás comparando a mi esposa con un caballo? —bramó Will, adoptando un semblante adusto.

—Sólo intentaba ayudar —Matt alzó las manos, en señal de paz.

—Mejor cierra la boca, mocoso —espetó Will, reanudando su marcha de un lado al otro del pasillo.

—¿Cómo va todo? —preguntó Alexander, llegando por el rellano que conducía a la cocina, con una hermosa bebé de cabellos tan rubios que parecían blancos y unos hermosos ojos azules, cargada en brazos

—. ¿Ya han nacido los cachorros?

—Uno —gruñó Will—. Será uno. Y no, todavía no nace.

Durante las últimas revisiones, Ben había creído escuchar el latido de dos criaturas en lugar de una. Un hecho que se complementó con esa especie de raro don que tanto Ben como Lupita compartían, que les permitía saber cuándo una mujer estaba embarazada, y al parecer, aventurarse a adivinar que se trataba de gemelos.

—No te pongas tan gruñón Will, los gemelos somos arrebatadores —le dijo Cedric, dándole una palmada en la espalda a su hermano.

—Es cierto, sin mencionar que te darán el doble de trabajo —añadió Jacke, riendo al ver el rostro cetrino de su hermano al escuchar sus palabras—. Pero no pongas esa cara, hombre. Sólo es un nacimiento. Con mucha sangre, restos intestinales, fluidos y algunas vísceras, expuestas.

—Guarden silencio, ustedes dos. Es un momento delicado para Will, deberían tener mayor consideración por sus sentimientos. Después de todo, su temor a la sangre nació junto con ustedes dos —los reprendió Alexander.

—Es cierto —convino Richard, dirigiéndole a sus hijos una de esas miradas de padre que desde niños los ponía a temblar cuando hacían una travesura—. Si no van a decir nada positivo para ayudar a su hermano, mejor cierren la boca de una vez y lárguense de aquí.

—Lo siento, Will —se disculparon al unísono, agachando la cabeza como un par de críos reprendidos.

Will asintió con la cabeza, sintiéndose un poco mal por sus hermanos menores. Aunque en ese momento no tenía mente para nada más que no fuese Lily.

—Ya comprenderán sus sentimientos, cachorros, cuando ustedes se conviertan en padres y se encuentren en sus mismos zapatos —les dijo Zalo, con su habitual sabiduría, posando una mano en los hombros de Cedric y de Jacke.

—Así es, entonces ustedes serán los que estarán a punto de dejarse calvos por los nervios —apuntó Lee, quien sentado en otra butaca, se mantenía sereno mientras leía un libro con el título de *El otro amante de la condesa* en la portada.

—Will, ya he enviado el telegrama a Nueva York —Nathe llegó corriendo por el pasillo, cargando con una canasta a rebosar de empanadas—. Los familiares de Lily han respondido enseguida, se han puesto muy contentos y han dicho que zarparán en el siguiente barco.

—Pobrecilla, estaba tan ilusionada con que su madre estuviera aquí para ver nacer al niño —comentó Will, con sentido pesar en la voz.

—Tranquilo, ya estarán aquí —lo intentó animar su padre—. Ahora lo único que importa es que Lily y el niño estén bien.

—Gracias, papá —agradeció Will, dejándose caer en una elegante silla de cuero.

—Will, debes comer. Calita te envía estas empanadas, y está preparando más en la cocina —Nathe le entregó la canasta a rebosar de comida—. Me atajó de camino aquí, dijo que debías comer algo para mantenerte fuerte.

—¿Calita está aquí? —preguntó Will, sorprendido.

—Huracán, si estuvo aquí contigo toda la mañana —le dijo Zalo—. ¿No lo recuerdas?

—Lo siento, estoy demasiado nervioso —Will escondió el rostro entre sus manos.

—No te preocupes, hijo, estoy seguro de que ella entiende —Zalo rio, negando con la cabeza—. Pero cómete su comida, o entonces seguro que sí la ofenderás.

—Sin mencionar de que está allá dentro cocinando como para un ejército —añadió Nathe—. Y tiene a Alissa y a Anne Marie amasando como si no hubiese un mañana. Ah, por cierto, Alexander me pidió que te recordara que te había pedido a ti traer contigo esta canasta, y en lugar de cargar con las empanadas, trajiste a tu hija —esbozó una sonrisa divertida—. Creo que Calita está comenzando realmente a preocuparse porque tengas un apego excesivo a tu bebé.

—Son los nervios, supongo —Alexander repitió la excusa de Will y se encogió de hombros, esbozando una sonrisa ladeada mientras alzaba un juguete al rostro de su hija, para que ella intentase cogerlo con sus manitas—. Eso es, ya eres muy fuerte, ¿no es verdad, Carolina? Pronto podrás aprender a lanzar el hacha.

Negando con la cabeza, Nathe acercó la canasta de empanadas al rostro de Will para ofrecerle una, como si se preocupase de que su hermano no hubiese notado que las tenía enfrente.

—Anda, come Will, están muy buenas. Hay de cangrejo, pollo, mole…

—Gracias, Nathe, ahora mismo no me apetece —le dijo él, apartando a un lado la canasta.

—Dios, debes estar realmente nervioso. Nunca te he visto rechazar la comida —bufó Nathe, arqueando las cejas, sinceramente sorprendido.

—No te burles de tu hermano —lo reprendió Cedric, adoptando un ceño idéntico al de su padre.

—Es cierto, algún día estarás en sus zapatos —bufó Jacke,

arrebatándole la canasta con empanadas a su hermano menor—. No hay que desperdiciar la comida —añadió cuando Alexander le dirigió una mirada dura.

—¿Y a estos dos qué les pasa ahora que son tan cordiales? —le preguntó Nathe a Alexander, tomando asiento a su lado.

—Están aprendiendo a usar el cerebro —contestó su hermano, sin apartar los ojos de su hija.

—Ya era hora —escucharon una voz femenina, antes de ver aparecer a Roxy por el pasillo, acompañada por Lucy. Cada una llevaba una canasta con tacos y volovanes—. Calita envía esto para Will, ¿ya te has terminado las empanadas? Alissa y Anne Marie no tardarán en venir con más comida.

—No tiene hambre —contestó Nathe por él—. No lo molestes, está pasando por un momento difícil.

—No iba a molestarlo —Roxy frunció el ceño—. Pero debes comer, Will, Calita está preocupada de que mueras de hambre.

—Dudo que eso pase pronto, pero gracias por la preocupación, mocosa —sonrió Will, pasando una mano por la cabeza de Roxy y despeinándole las trenzas a propósito.

—¡Will! —ella rio, reacomodándose el peinado antes de dirigirse a su hermana pequeña—. Anda, Lucy, deja la comida aquí en este banco, al lado de Will. Quizá así le tiente un poco y se decida a comer.

Lucy miró a Will con sus grandes ojos celestes y le dedicó una sonrisa encantadora, antes de llevar la comida a su regazo, en lugar de seguir la orden de su hermana.

—Tú sabes que a ti nunca podría decirte que no, ¿verdad, preciosa? —rio Will, cargando a la niña sobre sus piernas para darle un beso en la mejilla.

Lucy no lo miró, pero sonrió, manteniéndose relajada en ese silencio habitual en ella.

Muchas veces el comportamiento de su hermanita menor le recordaba al de Rodrigo. Lucy no hablaba y le gustaba la soledad, como al pequeño, que ahora era su primo.

Por suerte, Lucy había nacido en una familia colmada de amor, y crecido rodeada de mimos y la aceptación de su familia, consentida por todos a cada momento.

Lucy se removió hasta tomar uno de los volovanes de la canasta y, para sorpresa de todos, lo llevó a la boca de Will, obligándolo a dar un mordisco.

—Así se hace, pequeña —rio Richard, llevando a la más joven de sus hijas sobre su regazo, para darle un abrazo—. Tú sabes hacerte

obedecer.

—Voy a empezar a ponerme celosa —replicó Roxy, cruzándose de brazos—. Se supone que yo soy la niña de los ojos de papá.

—Lo siento, te ganaron el puesto —le dijo Nathe, ganándose un patadón en la espinilla por parte de su hermana.

—Tengo dos ojos, uno para cada hija —intervino Richard, tomando a su hija de la mano para llevarla a su otra rodilla—. Roxanne, ¿cuándo llegaste, por cierto? ¿No se supone que deberías estar en el colegio?

—Acabo de llegar, papá, Raúl fue a buscarme a la estación —le explicó Roxy—. Él no tardará en venir, está ayudando a Calita en la cocina. Al parecer, hacía falta leña para la hornilla —rio.

—¿Y por qué te has salido de clases? —la interrogó su padre, dirigiéndole una de esas miradas duras, que tenían efecto en todos, excepto en sus hijas.

—Le pedí a mamá estar presente cuando naciera mi nuevo sobrino o sobrina, y envió por mí —le contó Roxy, esbozando una sonrisa llena de orgullo—. Quizá debería entrar allí también, yo también seré doctora algún día, y debería comenzar a prepararme.

—Cariño, ven aquí, mira lo que he conseguido —la llamó Lee, alzando el libro que estaba leyendo para que ella pudiera ver la portada.

—¡Oh, mi Dios! ¿Es el nuevo libro de la condesa? —Roxy aplaudió contenta y corrió al lado de su abuelo para tomar asiento a su lado—. Cuéntame, ¿ya se sabe de quién era el hijo que esperaba la viuda del pantano?

—¡No cuenten nada! —los reprendió Zalo, desde su lugar frente a ellos—. Aún no he tenido oportunidad de leerlo.

—No te preocupes, buen amigo, en cuanto termine el libro te lo prestaré. Aunque debería tomar revancha de la vez que me contaste el final de *La condesa de corazón de hierro*.

—Ya te dije que se me escapó, no fue a propósito.

—¡No digan otra palabra, voy en la mitad de esa novela! —Roxy los reprendió a ambos, completamente metida en esa conversación.

Will soltó una carcajada al escucharlos discutir cuando un nuevo grito se escuchó desde el interior de la habitación.

La puerta se abrió en ese momento y por ella apareció Clara. Lucía muy cansada, tenía mechones de pelo blanco que habían escapado de su moño, pegados a su rostro a causa del sudor. Aquella imagen, unida a la del delantal manchado de sangre que llevaba encima, provocaron que la sonrisa en el rostro de Will se esfumara, reemplazada por una

palidez extrema.

—Tranquilo, Will, todo va bien —ella apoyó una mano en su hombro, conocedora de su turbación.

En cuanto la vio, Alexander se puso de pie y estuvo a su lado en dos zancadas.

—Luces agotada, mi amor. Tal vez deberías tomar un descanso —le dijo, ahuecando una mano en su mejilla, en un gesto colmado de amor.

—Estoy perfectamente, no te preocupes —ella sonrió y lo besó en los labios, y luego se inclinó para hacer lo mismo en la rubia cabecita de su hijita—. Cuida a tu papá, Caro, hasta que mami vuelva. Aún tengo mucho trabajo que hacer.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Alexander, solícito.

—No te preocupes, sólo voy a buscar más toallas limpias y agua caliente —le explicó, cuidando de cerrar la puerta tras ella, cuando un nuevo grito se hizo oír y notó que Will comenzaba a asomarse por el pasillo con la intención de ver dentro—. Todo va bien, lo prometo —le dijo a su cuñado, esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Regreso en un minuto.

—Yo te ayudo —Roxy se puso de pie de un salto y siguió a Clara por el pasillo, rumbo a la cocina.

Will se puso de pie también, y antes de pensar en lo que hacía, abrió la puerta y se coló en el interior de la habitación.

Por un momento las peores imágenes invadieron su mente, recuerdos de paredes ensangrentadas y de su madre, pálida y demacrada, derrumbada en la cama.

Pero entonces vio a Lily y todo miedo desapareció. El mundo volvió a tener color. El aire retornó a sus pulmones, así como la fuerza de sus piernas. Porque en ese mismo segundo tuvo la firme certeza de que ése era su lugar, al lado de su mujer y su hijo nonato.

Caminando de un lado a otro de la habitación, Lily respiraba profundamente una y otra vez, sujeta de la mano de Evelyn, que la ayudaba a sostenerse en los momentos de mayor dificultad. Lupita, sosteniéndola por la espalda desde su otro costado, respiraba con ella, guiándola en esa especie de ejercicios, que su madre aseguraba servían para menguar el dolor. Una enseñanza transmitida por la bisabuela Lupe.

Will se estremeció al verla, Lily se veía tan frágil y tan fuerte al mismo tiempo, caminando con esa voluminosa barriga. Parecía imposible que su esposa pudiera dar un paso sin irse de frente. Los últimos meses su vientre se había expandido de forma desmesurada,

provocándole muchas molestias y malestares, por lo que cuando comenzó con dolores de parto, la noche anterior, ella se alegró porque el embarazo al fin terminara, en lugar de preocuparse por haberse adelantado un par de semanas de la fecha que Ben les había dado.

De pronto, ella dejó de caminar y se giró hacia él, como si hubiera sentido su presencia, incluso antes de verlo. Sus ojos se agrandaron con sorpresa al encontrarlo allí, al tiempo que el color le abandonaba el rostro.

—Will… —una expresión de temor y preocupación apareció en sus ojos, cuando se toparon con los suyos—. ¿Qué estás haciendo? Hay sangre, no debes estar aquí.

Él llegó a su lado en dos zancadas y se situó ante ella.

—Es mi lugar, mi amor —le aseguró, tomando su mano y estrechándola con fuerza—. No me iré a ningún lado, Lily, juntos hicimos a este niño y juntos lo traeremos al mundo. No voy a dejarte sola.

—Pero, Will… —ella se acercó para susurrarle al oído, temerosa de que alguien los oyera—. Te dan pánico los partos.

—Estoy aquí —reafirmó con total convicción en su voz—. Y aquí me quedaré hasta el final.

Ella lo miró con gesto preocupado, pero al notar la clara determinación en sus hermosos ojos celestes, terminó por asentir.

—Muy bien —sonrió, ahuecando una mano en su mejilla—. Pero si de pronto sientes que vas a desmayarte, intenta caer en un sitio suave.

Él soltó una risita divertida.

—Lo intentaré —afirmó, rodeándola por los hombros y besándola en los labios—. Mi dulce esposa, siempre más preocupada por mí que por ella.

—Yo estaré bien —le aseguró, alzando el mentón en gesto arrogante—. Tú, por otro lado, vas a tener que apañarte, porque aquí viene otra vez —le dijo, aferrando con fuerza su mano.

—¿Qué es lo que viene? ¡Ahhh! —gritó cuando la mano de ella se apretó con una fuerza descomunal en la suya, al grado que sintió que le estrujaba los nudillos.

—Una contracción —le explicó Lupita, acariciando en círculos la espalda de Lily—. Eso es, mi niña, ya casi acaba.

—¡Duele!

—¡Sí! —gritó a su vez Will, apretando los dientes, pero sin soltarle la mano.

—Lo siento, amor —Lily lo miró a través de un velo de lágrimas, respirando agitadamente.

—No te preocupes, tú aprieta cuanto quieras, para eso estoy aquí —le dijo él, intentando sonreír mientras sacudía la mano atormentada.

—Por cierto, gracias por el relevo, Will —le dijo Evelyn, con una sonrisita, alzando una mano enrojecida y magullada—. Lo digo en serio.

—Calita envía algo de comida para la futura mamá —Laura entró en ese momento en la habitación, llevando con ella una bandeja con sandía y agua fresca—. Ella dijo que el día que Lupita vino al mundo, lo único que se le antojaba era la sandía, y asegura que le ayudó a traer a su hija más rápido al mundo.

—¡Dame la sandía!

—¡Denle la sandía! —gritaron al unísono Evelyn y Lily.

—¿Cómo van esos bebés? —preguntó Ben, entrando por la puerta de atrás—. ¿Te parece bien si echamos un nuevo vistazo, Lily?

—¡Sí! —contestó ella, caminando hacia la cama a paso de tortuga, a causa del dolor.

—¿Dónde estabas tú? —lo reprendió Will, aunque ni siquiera se había percatado de que Ben no estaba presente en la habitación, nervioso como se encontraba—. ¡Mi esposa está por dar a luz! Debes quedarte a su lado, Benjamin.

—Tuve que ir al retrete —contestó él con paciencia, colocándose la bata de médico.

—¿Para qué?

Ben arqueó una ceja.

—¿Quieres que te relate explícitamente lo que hice en el retrete?

—Ben, está nervioso, no lo tomes en serio —le pidió Lily, ahogando otro gritito de dolor—. Ven aquí, creo que ya viene uno de los bebés.

—Uno —replicó Will—. Será sólo uno.

—Sí, Will, será uno —Lily le dio una palmadita en la mano—. Y luego otro… ¡Oh, demonios, aquí viene de nuevo!

—Ya nada de clavos de Cristo, eh —se burló Will, y con eso se ganó un nuevo apretón de manos que por poco le rompieron los huesos—. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Cuándo te hiciste tan fuerte, Lily! —gritó, sacudiendo su mano magullada cuando ella al fin lo soltó.

—¡Ya vienen! Van a nacer, Ben, esta vez es en serio. Estoy segura —gimió Lily, sintiendo que las fuerzas le fallaban a causa del dolor.

Will la rodeó por la cintura y la cargó en brazos para llevarla a la cama. Ella estaba tensa, su rostro desfigurado por el dolor, y se maldijo por haberle ocasionado aquel tormento.

—Lo siento, amor —le dijo al oído, acariciando su frente sudorosa con sumo cariño—. Lo siento tanto. Si pudiera estar en tu lugar.

—Estoy bien —le dijo ella, ahuecando una mano en su mejilla, intentando tranquilizarlo—. Voy a estar bien, Will. Puedo hacer esto, confía en mí.

Él sintió una aflicción como nunca atormentarle el alma, pero al ver la determinación en sus ojos, supo que ella necesitaba que él creyera en ella, en sus palabras, en su fuerza.

—Por supuesto que puedes hacer esto, mi amor —le aseguró, estrechando con sus dos manos la suya—. Vamos a hacerlo juntos.

Ella esbozó una sonrisa débil y asintió.

—Eso es, Lily —Ben se había situado entre las piernas de la futura madre, atento a su labor—. Ya estás lista. Ahora deberás comenzar a pujar.

Lily apretó los dientes y pujó. A su lado, Evelyn le había tomado la otra mano, y le daba ánimos para continuar. Lupita, de pie al lado de Ben, estaba atenta a todo lo que su hijo pudiese necesitar, solícita a entregarle algún instrumento médico o una toalla.

Laura, por otro lado, se hallaba de pie cerca de Will, y por la forma en que lo miraba, manteniendo una almohada bien aferrada entre los brazos, él comenzó a sospechar que estaba más atenta a la posibilidad de él desmayándose que al nacimiento de los bebés.

La puerta se abrió en ese momento y por ella entraron Clara y Roxy, trayendo consigo varias toallas limpias y una olla con agua caliente. En seguida se dispusieron a ayudar, preparando todo para la llegada de los bebés.

—Vamos, Lily, puja con fuerza una vez más y tu hijo nacerá —le pidió Ben, en tono firme.

Lily parecía agotada, respiraba agitadamente, mirando a Will a los ojos, como si él fuese su única fuente de fortaleza en ese difícil momento.

—Puedes hacerlo, amor —le dijo Will, esbozando una de esas sonrisas ladeadas que tanto amaba—. Vamos, rómpeme la mano y saca a ese niño de tus entrañas de una buena vez.

Ella rio bajito y asintió.

—Bien, hermosa, aquí vamos —le dijo Ben, mirándola a los ojos—. ¡Hazlo, puja!

Lily apretó los dientes y pujó con todas sus fuerzas.

—¡Ahí viene! ¡Lily, realmente está naciendo! —gritó Will—. ¡Dios mío, Lily, tiene cabello! ¡Cabello rojo, como el tuyo!

—¿Seguro que no es sangre? —preguntó Evelyn, esbozando una mueca extraña en el rostro.

Laura se movió con rapidez, colocándose ahora detrás de su hija

con la almohada en la mano.

—¡Ya ha salido la cabeza! —gritó Will, eufórico—. Y ahí viene el cuerpo. ¡Es un niño, Lily! ¡Tenemos un hijo!

El sonido del llanto de un recién nacido se hizo oír en la habitación, mezclándose con el sonido de las risas de Lily, aliviada de ver al fin a su hijo.

—Felicidades, mamá —le dijo Ben, sonriendo de oreja a oreja, mientras envolvía en una toalla limpia a su nuevo sobrino, antes de entregárselo a Lupita. Ella, con lágrimas en los ojos, besó a su nuevo nieto en la frente y se lo llevó a Lily y a Will.

—Es precioso —les dijo a ambos, llorando de alegría—. Muchas felicidades, hijos míos.

Lily estrechó al recién nacido entre sus brazos y lo besó en la mejilla, deleitándose con la visión de esa carita amoratada que le parecía perfecta. Will, a su lado, sonreía mientras observaba a su hijo con ojos iluminados por las lágrimas, incapaz de pronunciar palabra.

—Will, anda, cárgalo —le pidió Lily.

—No sé si pueda. Es tan pequeño, ¿qué tal si lo rompo?

—Estarás bien —rio—. Anda, hazlo, carga a tu hijo, mi amor — insistió.

Él tomó al pequeño en sus brazos con tanta delicadeza como si temiera que fuese a romperse. Y se maravilló con ese momento, embelesado con la belleza perfecta de su hijo recién nacido.

—Es tan hermoso —comentó Evelyn, asomándose para ver el rostro del bebé—. No puedo creer que sea real.

—Lo sé —convino Will, sin poder dejar de sonreír—. Aún creo que estoy soñando.

A su lado, Lily soltó un gruñido bajo y se arqueó hacia delante. Su rostro contorsionándose en un gesto de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Will, sintiendo de pronto que la sangre le abandonaba el cuerpo—. ¿Ella está bien? ¿Qué le ocurre?

—Tranquilo, no pasa nada —Lily respiró hondo, intentando esbozar una sonrisa despreocupada, a pesar de que era claro que ella sufría—. Sólo es otra contracción.

—¿Qué? —él frunció el ceño—. ¿No se supone que eso debe terminar cuando nace el bebé?

—Sí, pero aún no terminamos aquí —contestó Ben, mirándolo de una forma que expresaba claramente un «te lo dije» sin palabras—. Will, prepárate para darle la bienvenida a tu otro hijo.

Will palideció todavía más, si es que aquello era posible.

—Vamos, no es como si hubiese sido una total sorpresa —Lily

intentó animarlo, alzando una mano hacia él—. Ven aquí, amor, te necesito a mi lado.

—Anda, mi cielo, yo cuido del angelito —le dijo Lupita, tomando de sus brazos a su nieto.

—Muy bien, amor, traigamos a ese niño al mundo —Will estrechó su mano, infundiéndole ánimos.

Evelyn se situó a su otro lado, y con Laura custodiando sus espaldas, también la animaron a continuar.

Esta vez fue mucho más rápido. Una diminuta cabeza rubia no tardó en aparecer, y sólo hizo falta un pequeño pujido más para que el bebé naciera.

—¡Es una niña! —gritó Roxy, llena de emoción, alzando los brazos al cielo—. ¡Tenemos otra sobrina!

—¡Es hermosa, Lily! —le dijo Clara, ocupándose de envolver a la bebita en una toalla.

—¡Tenemos una hija! —gritó a su vez Will, inclinándose para besar a Lily en los labios—. ¡Una hija, Lily! ¿No es maravilloso? ¡Y eso es todo por hoy, ¿no es verdad?! —añadió, girándose hacia Ben con una expresión de advertencia en el rostro.

—Sí, Will, hemos terminado por hoy —sonrió Ben, poniéndose de pie para poner en los brazos de su hermano a su nueva hija—. Anda, carga a tu bebé, hermanito. Es una belleza.

—Por supuesto que sí —Will sonrió, observando embelesado a la bebita en sus brazos—. Es idéntica a su madre.

Lily rio, compartiendo con su marido la alegría de esa nueva vida que llegaba a formar su amor.

—Pobre de ti, es en realidad preciosa, ya te imagino espantándole los pretendientes cuando crezca —bromeó Roxy, asomándose para ver el rostro de la pequeña.

Pero por la expresión que ensombreció las facciones de Will, supo que él no se lo tomó a broma.

—Tranquilo, aún faltan muchos años para eso —le dijo Lupita, esbozando una sonrisa colmada de amor mientras se aproximaba con su nieto en brazos, para ver a su nueva nieta.

—¿Qué les parece si llevan afuera a los bebés para que los demás los puedan conocer, en lo que terminamos aquí? —sugirió Lily, conocedora del proceso del parto.

—Me parece una idea estupenda —convino Lupita—. Estoy segura de que Richard ha de estar muriéndose por conocer a sus nuevos nietos.

—Yo me quedaré aquí, contigo —le dijo Will, aferrándose a su

mano.

—Nada de eso, debes estar allá para presentar a nuestros hijos.

—Es cierto, debes hacerlo. Yo me quedaré aquí con ella —intervino Evelyn—. No es la primera vez que ayudo a Ben —añadió, compartiendo una mirada con el médico, que en ese momento se mantenía en silencio, observando con cariño aquella escena familiar.

Will y Lily compartieron una mirada y entonces él asintió.

—Muy bien, como tú desees. Pero volveré enseguida, ¿de acuerdo? —le dijo sobre los labios, antes de besarla.

—No esperaría que fuese de otra forma —ella asintió, rodeándole el cuello con un brazo para volver a besarlo antes de permitirle marchar.

Nada más atravesar la puerta, Lily rio al escuchar los gritos de júbilo compartidos por toda la familia, así como las orgullosas palabras de Will, al presentar a los recién nacidos a su familia.

Una alegría que no hizo más que crecer cuando vio las manos unidas de Ben y Evelyn, justo antes de que se pusieran a trabajar.

—Lily, las placentas están completas —le anunció Ben—. Un par de puntos y estarás bien.

—Ahora, vamos a limpiarte un poco, mamá —le dijo Evelyn con una sonrisa, acercándose a ella con una jofaina con agua caliente y una esponja—. Vamos a dejarte muy guapa.

Esa noche, al fin solos, Will observaba con embelesada fascinación a su esposa sentada en una mecedora, amamantando a su hijo. Juntos formaban la perfecta imagen del amor.

Él, con su pequeña niña en brazos, se paseaba de un lado a otro, esta vez no por nervios, sino con el fin de arrullarla. Esa pequeña parecía que iba ser tan inquieta como lo era él de niño, sino es que lo superaba. Sólo tenía horas de nacida y ya no quería obedecer cuando la enviaban a dormir.

—Es igual a ti —le dijo Lily, alzando la vista con una sonrisa en los labios, adivinando lo que él estaba pensando.

—Si es así, creo que nos provocará unos cuantos de dolores de cabeza cuando crezca —él se sentó en la cama, a su lado, dándole palmaditas en la espalda a la bebita.

—Por mí está bien —ella estiró una mano y estrechó la suya—. Eso la hace perfecta. Igual que su padre.

—Igual que su madre —la corrigió él, inclinándose para besarla en los labios.

La pequeña niña en sus brazos se revolvió, inquieta y, a modo de respuesta, su hermano se movió también, asomando por la manta que

lo cubría su diminuta cabecita, colmada de rizos rojos. Un cabello tan rojo como el de su madre.

—¿Cómo puedes amar tanto a alguien que acabas de conocer? —le preguntó Will en un susurro, inclinándose para besar la cabeza de su hijito.

—Es amor de verdad —ella le dedicó una amplia sonrisa—. Amor de verdad, eterno, sin principio ni fin, inalterable al tiempo y a los elementos. Amor puro.

Will la miró a los ojos, ahuecando una mano en su mejilla en un gesto colmado de cariño.

—Es verdad —le dijo, inclinándose para besarla en los labios—. Amor puro. La clase de amor que conocí contigo, y que cada día me llena de vida, porque sé que será un nuevo día a tu lado. Un nuevo día donde conoceré la más perfecta expresión del amor, como he hecho cada día desde que aceptaste quedarte por siempre a mi lado.

NOTA DE LA AUTORA

El autismo es un tema muy importante en mi vida, y es la causa que nos mueve en mi familia. Es por ello que, en cada libro que escribo, me he impuesto la labor de poner un personaje con autismo o un personaje con alguna capacidad especial con la intención de crear conciencia y abrir los corazones de los lectores.

En este caso se trata de los personajes de Rodrigo y de Lucy, cada uno con un tipo diferente de autismo, como ocurre con este trastorno, tan variado como lo son los tonos de azul.

Buscamos un mundo donde la aceptación, la integración y el amor hacia las personas con capacidades especiales sea una realidad en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Por favor, abre tu corazón y únete a nuestra causa.

¡Apoya a las personas con autismo y con capacidades especiales!

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a tantas personas que me han ayudado a terminar este libro, ustedes saben quiénes son, y si por un error de memoria me olvido de mencionar algún nombre, me disculpo de antemano. Sepan que les agradezco su cariño y apoyo durante esta travesía.

Gracias a Dios por la inspiración, el valor, la imaginación, por darme las historias que puedo transmitir en cada página.

Gracias querida Rebecca Villa, mi lectora número uno, por tu confianza y gran ayuda, eres una amiga invaluable. Dios te bendiga.

Gracias a mi familia adorada, a mi esposo e hijas, que siempre están a mi lado, apoyándome y permitiéndome alcanzar mis sueños, que también comparten conmigo. Gracias por su amor infinito, cada meta alcanzada es por y gracias a ustedes. Gracias a mi padre, que desde el cielo sé que me sigues cuidando y leyendo, estas páginas siempre serán dedicadas para ti, mi fan número uno. A mi hermosa madre, tan cariñosa e inteligente, que siempre ha sabido inspirarme con su ejemplo de vida y el saber que existe el amor verdadero e incondicional. A mis queridos hermanos; Xime, tan sabia e inteligente, es para mí un honor que puedas leerme, muchas gracias de todo corazón por siempre estar ahí para mí, te amo, hermanita. Rober y Pau son una pareja excepcional, me alegra tanto contar con su apoyo y cariño, gracias por todo lo que me han dado en este largo camino. Tomás y Pancho, gracias por las risas y los momentos compartidos, muchas veces sus bromas me han servido de inspiración como ejemplo de la hermandad que existe en una familia. Gracias a mi querida Nonna, tan tierna y amable, la quiero tanto, gracias por su apoyo incondicional. Gracias a mis tíos y tías, primos y primas, cuando me envían sus palabras, me llena de alegría al saber que les ha gustado el libro. Especialmente gracias tío Ramiro, tío Ulises y tía Sandrita, tía Martita, tía Iris, Pepa, Fernanda, Claudia, Caro, tía Flavia, tía Vivi, Vivi, Faby, gracias querida Isa y Humbertito, gracias querida familia Carvajal, en especial gracias a Noemí y Marco. Y por supuesto a todos los demás que conforman esta enorme lista de gente amada, no puedo mencionarlos a todos, pero todos ustedes, saben que los quiero y que

les agradezco de todo corazón por su gran apoyo y cariño.

Gracias a mis queridos amigos y lectores, que han estado a mi lado. Es gracias a ustedes que ahora este libro es una realidad. Gracias querida amiga Marta Fernández, gracias por ser una gran impulsora de los nuevos escritores, gracias por tu apoyo y amistad, eres una persona genial.

Gracias a esos lectores especiales por dedicarme sus palabras cada vez que les ha gustado un libro, son ustedes muy importantes para mí. Cada una de sus palabras ha sido guardada, se los aseguro. Gracias en especial por todas esas anécdotas, siempre encantadoras, queridas Rebe (Beca Vic), WenSofi, Dany López, Mary M. Martínez, Caludia, Brenda, Paola A., me fascina escucharlas-leerlas. Son las mejores amigas lectoras, y las más divertidas.

Gracias a Ediciones B por su apoyo, y a todas las personas que colaboran allí y que hacen este sueño posible. Gracias en especial a mis queridas editoras Yeana y Alma, son geniales.

Y gracias a cada uno de ustedes, queridos lectores, por otorgarme el honor de dedicar su tiempo al leer este libro. De corazón espero que les guste esta novela.

Gracias, siempre gracias.



Victoria Magno es una autora de novela romántica que logra cautivar a sus lectoras con historias que sorprenden, enamoran y seducen desde la primera página. *Quédate siempre a mi lado* forma parte de la serie romántica de la familia Collinwood.

En esta ocasión, nos narra la historia de William, un apuesto joven que ha vivido siempre bajo la sombra de sus hermanos mayores, incluso en el amor. Durante años, Lily ha estado enamorada de él, pero para cuando Will se da cuenta del amor que le profesa, es demasiado tarde. Lily se ha ido. Sin embargo, ella tiene una vida secreta de la que no puede escapar. ¿Podrán tener ellos un final feliz o Will tendrá que conformarse con vivir a la sombra de su familia por siempre?



Victoria Magno nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión.

Como madre de una niña con autismo, difundir información sobre este trastorno es una de sus más importantes metas. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con "capacidades extraordinarias", la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con las que debe enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales.

Es también autora de otras novelas románticas, entre las que figuran *Estefanía* y *Amar es para siempre*, de Ediciones B.

Quédate siempre a mi lado

Primera edición digital: marzo de 2017

www.megustaleer.com.mx

ISBN: 978-607-316-672-0

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice